



**STAR  
WARS®**  
THRAWN

TIMOTHY ZAHN

 Planeta

Desde su introducción en la ya clásica novela *Herederero del Imperio*, de Timothy Zahn, pasando por sus aventuras en *El resurgir de la fuerza oscura* y *La última orden*, el Gran Almirante Thrawn se hizo lugar entre los más grandes villanos de *Star Wars*. Pero los orígenes y la historia de su ascenso en los rangos imperiales han sido un misterio. Después de ser rescatado de su exilio por soldados imperiales, el ingenio y las habilidades letales de Thrawn no tardan en capturar la atención del Emperador Palpatine. En poco tiempo, Thrawn demuestra ser tan indispensable para el Imperio como ambicioso; tan devoto como Darth Vader; y un guerrero tan brillante que no debe nunca ser subestimado. Triunfa una y otra vez capturando contrabandistas, cazando espías y derrotando piratas, incluso cuando sus métodos poco convencionales hacen enojar a sus superiores —al tiempo que inspiran admiración por parte del Imperio—. Un ascenso le sigue a otro en su adquisición de poder. En el camino, se convierte en el mentor de su leal ayudante, el Alférez Eli Vanto, a quien educa en las artes del combate y del liderazgo, así como en los secretos para alcanzar la victoria. Pero, aunque Thrawn domina el campo de batalla, aún tiene mucho que aprender en el mundo político, donde la brutal administradora Arihnda Pryce mantiene el potencial de convertirse en una aliada poderosa o una enemiga brutal. Todas estas lecciones serán puestas a prueba cuando Thrawn se convierta en almirante y deba utilizar todo el conocimiento, los instintos y la fuerza de batalla a su disposición contra el levantamiento enemigo que amenaza no sólo con acabar vidas inocentes, sino también el lugar del Emperador de la galaxia, así como los planes de Thrawn en su incansable búsqueda de poder.

# STAR WARS

**Thrawn**

*Timothy Zahn*

# NUEVO CANON

Esta historia está confirmada como parte del Nuevo Canon.

Título original: *Star Wars: Thrawn*

Autor: Timothy Zahn

Traducción: Eloy Pineda Rojas

Arte de portada: Two Dots

Publicación del original: abril 2017



13 años antes de la batalla de Yavin

**OTROS LIBROS DE STAR WARS POR TIMOTHY ZAHN**

*STAR WARS: Heredero del Imperio*

*STAR WARS: El resurgir de la fuerza oscura*

*STAR WARS: La última orden*

*STAR WARS: Lealtad*

*STAR WARS: Decisiones*

*STAR WARS: Bandidos*

STARBUCKS™

A todos aquellos que han deseado leer más historias del Gran Almirante Thrawn y a todos aquellos en Lucasfilm y Del Rey que lo han hecho posible.

Gracias.

Timothy Zahn

Hace mucho tiempo en una galaxia muy, muy lejana...



## CAPÍTULO 1

---

«Todos los seres empiezan su vida con esperanzas y aspiraciones. Entre esas aspiraciones está el deseo de que habrá un camino directo a esas metas. Rara vez es así. Tal vez nunca lo sea.

»En ocasiones, los giros se deben a la propia voluntad, a medida que las ideas y los objetivos propios cambian con el tiempo. Sin embargo, con mayor frecuencia los giros obedecen a fuerzas externas.

»Así pasó conmigo. El recuerdo permanece vivo, inmaculado por la edad: los cinco almirantes que se levantan de sus sillas mientras me escoltan a la cámara. La Ascendencia ha tomado una decisión y ellos están aquí para entregarla. Ninguno está feliz con ella. Puedo interpretar eso por sus rostros. Pero son oficiales y sirvientes de los chiss, y seguirán sus órdenes. El protocolo por sí solo exige eso.

»La palabra es la que esperaba: exilio.

»Ya se ha elegido el planeta. El Aristocra reunirá el equipo necesario para asegurar que la soledad no se convierta rápidamente en muerte por acción de los depredadores o los elementos naturales.

»Me conducen afuera. Una vez más, mi camino ha dado un giro. Adónde se dirige es algo que no puedo decir».

La choza era pequeña, aparentemente hecha de materiales de la localidad, situada en el centro del claro del bosque. La rodeaban ocho cajas altas y rectangulares con dos conjuntos de marcas distintivas.

—¿Así que para ver *esto* es para lo que me traje del *Strikefast*? —preguntó el Capitán Voss Parck.

—Sí, capitán —dijo el Coronel Mosh Barris, con tono amargo—. Lo que pasa es que tal vez tengamos un problema. ¿Ve esas marcas?

—Por supuesto —dijo Parck—. Letra de bogolan, ¿o no?

—Es letra de bogolan, pero no es bogolanese —dijo Barris—. Los droides traductores no pueden llegar al fondo de esto. *Además*, ambos generadores de energía detrás de la choza no coinciden con los diseños imperiales.

De pie, a un lado, mirando cómo conversaban su capitán y el comandante mayor de tropas del *Strikefast* sobre el misterioso asentamiento que han encontrado en este mundo sin nombre, el cadete de primera clase, Eli Vanto, trataba de llamar lo menos posible la atención.

Al mismo tiempo, se preguntaba qué hacía ahí.

A ninguno de los otros diez cadetes de la Academia Myomar se le había ordenado que bajara a la superficie con el transbordador de Parck. Eli no tenía experiencia particular en artefactos o tecnología desconocida. Y tampoco era que necesitara

experiencia planetaria: estaba encaminado a ser un oficial de suministros. No podía pensar en una razón para que se le hubiera distinguido de esta manera.

—¿Cadete Vanto? —dijo Barris.

Eli apartó la mente de sus cavilaciones.

—¿Sí, coronel?

—Los droides dijeron que hay media docena de idiomas comerciales que usan letra bogolana. Usted es nuestro experto en idiomas locales poco conocidos. —Señaló las cajas—. ¿Y bien?

Eli se acercó mientras hacía una mueca. Así que era por *eso* por lo que estaba ahí. Había crecido en el planeta Lysatra, en esta parte del Espacio Salvaje, pegado a las llamadas Regiones Desconocidas. La empresa de envíos de su familia trabajaba principalmente en su planeta natal y cerca de este, pero había trabajado lo suficiente en las Regiones Desconocidas como para que Eli hubiera adquirido fluidez en varios de los idiomas comerciales de la zona. Sin embargo, eso difícilmente lo convertía en experto.

—Puede ser una variante de *sy bisti*, señor —dijo—. Algunas de las palabras son familiares y la sintaxis es correcta, pero no es estándar.

Barris resopló.

—Es difícil imaginar un *estándar* para un idioma tan desconocido que ni siquiera los droides se han preocupado en aprender.

Eli se mordió la lengua. El *sy bisti* era en realidad un idioma perfectamente bien definido y sumamente útil. La gente que lo usaba y los mundos en que vivía eran los que resultaban poco conocidos.

—¿Dijo que puede leer parte? —Parck exigió una respuesta.

—Sí, señor —dijo Eli—. En su mayor parte, parece información de rastreo y el nombre de la compañía que proporcionó el contenido. También una corta proclamación de la grandeza y el honor de la compañía.

—¿Qué? ¿Graban textos promocionales en sus propias cajas de envío? —preguntó Barris.

—Sí, señor. Muchos negocios pequeños lo hacen por aquí.

—Supongo que no reconoces el nombre del negocio —dijo Parck.

—No, señor. Creo que es Red Bye o Redder Bye. Tal vez el nombre del propietario.

Parck asintió.

—Podemos ver si hay algo en nuestros registros. ¿Qué hay de la segunda letra?

—Lo siento, señor —dijo Eli—. Nunca la he visto antes.

—Estupendo —murmuró Barris—. Así que si se trata de la base de un contrabandista o el campo de sobrevivientes de un naufragio, de todos modos queda bajo los protocolos AD.

Eli hizo una mueca. Los protocolos «Alienígena Desconocido» eran una reliquia de los días de gloria de la República, cuando se descubría una nueva especie cada semana y el Senado quería que se tuviera contacto con cada una de ellas y se le estudiara. La

moderna Armada Imperial no tenía relación con el manejo de esas tareas y estaba aún menos interesada en llevarlas a cabo, como el Alto Mando lo había dicho una y otra vez.

En la Academia se rumoraba que el Emperador Palpatine estaba trabajando para revocar los protocolos. Pero, por el momento aún eran órdenes estándar, y demasiados senadores las apoyaban. Eso iba a representar un obstáculo en el itinerario del *Strikefast*. En todo caso, los oficiales y tripulantes de la nave no estaban exactamente fascinados por tener a un montón de cadetes bajo sus órdenes, y Eli podía interpretar que esperaban con ansias volver a deshacerse de ellos en Myomar. Esto iba a demorar esa feliz separación al menos por un par de días más.

—Estoy de acuerdo —dijo Parck—. Muy bien. Que sus tropas se pongan cómodas mientras hago que envíen un equipo de análisis técnico. Manténgase atento en caso de que su contrabandista o náufrago regrese.

—Sí, señor. —El intercomunicador de Barris se activó, y el coronel lo sacó—. Habla Barris.

—Habla el Mayor Wyan desde el sitio del choque, coronel —surgió una voz tensa—. Siento interrumpir, pero creo que es mejor que venga a ver esto.

Eli frunció el ceño. No había escuchado nada acerca de un choque.

—¿Hubo un *choque*, señor? —preguntó.

—Uno de los cazas estelares V-Wing se desplomó —dijo Parck, y señaló con la barbilla el claro donde podían verse luces distantes parpadeando a través de los zarcillos de niebla que flotaban entre los árboles.

Eli asintió en silencio. Había observado las luces antes, pero supuso que tan sólo eran otros integrantes del equipo de exploración de Barris.

—Voy para allá —dijo Barris—. Con su permiso, capitán.

—Adelante —dijo Parck—. Me quedaré aquí con el Cadete Vanto y veré qué más puede decirnos de lo escrito en esas cajas.

Eli había recorrido casi todo cuando regresó Barris, junto con un soldado uniformado de la armada, con casco negro, que cargaba un traje de vuelo de piloto de V-Wing, relleno de hierba, hojas y unas moras rojas de olor extraño.

—¿Qué es *esto*? —Parck preguntó con exigencia.

—Es lo que encontramos cerca del lugar del choque —dijo Barris sombríamente, mientras colocaban el traje en el suelo, enfrente del capitán—. El cuerpo desapareció. No quedó nada más que este... este... —Agitó una mano.

—Espantapájaros —murmuró Eli.

Parck le lanzó una mirada penetrante.

—¿Esto es algo que su gente hace por aquí?

—Algunos granjeros todavía usan espantapájaros para mantener a las aves lejos de las cosechas —dijo Eli, mientras subía la temperatura de su rostro. «Su gente». Parck estaba dejando salir sus prejuicios del Mundo Central—. También los usan en festivales y desfiles.

Parck le regresó la mirada a Barris.

—¿Han buscado al piloto?

—Aún no, señor —dijo Barris—. He ordenado que establezcan un perímetro de tropas alrededor del asentamiento y estoy ordenando que baje otro pelotón de soldados.

—Bien —dijo Parck—. Una vez que lleguen aquí, expandan su búsqueda y encuentren el cuerpo.

—Sí, señor —dijo Barris—. Sin embargo, tal vez debamos esperar hasta la mañana.

—¿Sus soldados le temen a la oscuridad?

—No, señor —dijo Barris tenso—. Es sólo que también encontramos el paquete de supervivencia del V-Wing. Faltan el bláster, los paquetes de energía excedentes y las granadas de conmoción.

El labio de Parck se contrajo.

—Seres primitivos con armas. Maravilloso. Muy bien. Busquen hasta que oscurezca y luego reanuden la búsqueda por la mañana.

—Podemos seguir la búsqueda toda la noche, si gusta.

Parck negó con la cabeza.

—Ya es bastante difícil navegar por terreno poco familiar en la oscuridad. He visto demasiadas patrullas nocturnas que se desorientan y empiezan a saltar o a dispararse unos a otros, y la neblina que sigue extendiéndose tan sólo empeorará las cosas. Mantendré vigilancia aérea constante, pero será mejor que sus soldados permanezcan en el campamento hasta el amanecer.

—Sí, señor —dijo Barris—. Tal vez quienes hayan tomado las granadas sean lo suficientemente considerados como para volarse solos en pedazos antes de llegar con nosotros.

—Tal vez —Parck levantó la vista al cielo que se oscurecía—. Regresaré a la nave y organizaré un patrón de cobertura más amplio de cazas estelares. —Bajó la mirada a Eli—. Cadete, usted se quedará aquí con el equipo del Coronel Barris. Estudie el asentamiento y vea si hay más inscripciones. Cuanto antes sepamos todo lo que sea posible, más pronto podremos irnos.

Estaba casi completamente oscuro cuando los hombres de Barris terminaron de crear su perímetro. El equipo técnico había armado una mesa de exploración, con una cubierta climática transparente, donde podían estudiar la hierba y las hojas tomadas del traje de vuelo. Empezaban su trabajo cuando el Mayor Wyan y su partida de búsqueda regresaron del bosque con las manos vacías.

Por lo visto no habían encontrado el cuerpo del piloto del V-Wing. Aun así, tampoco había nada que indicara que había heridos o muertos entre su equipo. Con granadas y blásters en las manos de seres primitivos o un naufragio de especie desconocida, Eli deseó en privado que ordenaran la retirada.

—Entonces ¿eso es lo que había en el traje de vuelo? —preguntó Wyan, mientras caminaba hacia el lugar donde Barris miraba cómo los dos técnicos extendían el traje del espantapájaros.

—Sí —dijo Barris. La brisa cambió momentáneamente de dirección y Eli detectó una brizna de un extraño aroma que había percibido antes. Tal vez provenía de algunas de las moras que los técnicos habían aplastado para analizar—. Hasta ahora parece sólo flora local. Tal vez todo esto era algún tipo de ritual religioso...

El destello y el crujido atronador de una explosión detrás de ellos llegaron sin aviso.

—¡CÚBRANSE! —gritó Barris, mientras giraba, colocaba una rodilla en tierra y sacaba su bláster.

Eli cayó de golpe al piso detrás de una de las grandes cajas, luego se asomó con cautela para ver a su alrededor. A mitad del camino que llevaba a la orilla del claro, un parche de hierba ardía a causa de la explosión; más allá, los soldados de la armada corrían hacia la línea de centinelas más cercana, con los blásters en las manos y listos para disparar. Alguien encendió un reflector. La luz brillante barrió el bosque e iluminó la niebla que fluía entre los árboles. Eli siguió el punto de luz con la vista, buscando un atisbo del enemigo que los estaba atacando...

En cambio, miró cómo una segunda explosión bañaba de golpe la cara de Barris.

—¡CORONEL! —gritó Wyan.

—Estoy bien —le contestó Barris con un grito. Detrás de él, la colección de hierbas y hojas en la mesa de exploración se quemaba luminosamente, y la misma mesa estaba inclinada a medias por la explosión. En el extremo de la mesa, los dos técnicos trataban de levantarse, con manos y rodillas temblorosas. Eli maldijo en voz baja y permaneció aplastado sobre el suelo, preparándose para la inevitable tercera explosión.

Lo inevitable no sucedió. Uno por uno, escuchó que los soldados del perímetro se fueron reportando con Barris, confirmando que las defensas estaban aseguradas. Wyan condujo una búsqueda de los primeros veinte metros del bosque fuera del claro e informó que los atacantes no identificados habían huido.

El hecho de que no atacaran no le pareció a Eli muy reconfortante, aun considerando que, en primer lugar, aparentemente nadie había visto nada. Las explosiones en sí también resultaban misteriosas.

—Definitivamente no fueron granadas de conmoción —dijo Wyan—. Ni siquiera se acercan a su potencia. Nuestra mejor suposición es que fueron los paquetes de energía de los blásters con las espigas de activación extraídas.

—Eso no suena a algo que los «salvajes» podrían descubrir —comentó Eli, con el ceño fruncido.

—Muy buena deducción, cadete —dijo Wyan con sarcasmo—. El Coronel Barris cree que nuestro naufrago ha regresado. —Hizo un gesto en dirección de la choza—. No lo hice venir para saber su opinión sobre nuestra situación táctica, sino para ver si encontraba algo en la choza o las cajas de almacenamiento que nos diera un indicio de su aspecto o su capacidad técnica.

—En realidad no, señor —contestó Eli—. Por la forma de la cama y el diseño de los utensilios de cocina, probablemente sea humanoide. Pero en realidad no hay nada más.

—¿Qué hay de los generadores de energía? Debe tener alguna habilidad técnica para hacerlos trabajar, ¿o no?

—No necesariamente —dijo Eli—. Funcionan de manera casi automatizada.

Wyan frunció el ceño en dirección de la noche.

—Entonces ¿por qué atacó? —murmuró para sí—. ¿Por qué de forma tan débil? Si es tan inteligente para saber lo de las espigas de activación, debe serlo también para lanzar una granada.

—Tal vez está tratando de asustarnos para que nos vayamos sin arruinar su casa —propuso Eli.

Wyan le dirigió una mirada penetrante, tal vez preparándose para repetir su advertencia de no ofrecer consejos militares. Pero no lo hizo. Quizás recordó que Eli tenía experiencia en esta insignificante región de la galaxia.

—¿Cómo entró en el campamento?

Se escuchó un pequeño rasguño cerca de los pies de Eli. Saltó, pero sólo era una pequeña criatura rastrera que se escurría entre la hierba.

—Tal vez lanzó los paquetes de los blásters con una catapulta o algo.

Wyan alzó las cejas.

—¿A través de la cubierta climática?

Eli hizo una mueca mientras miraba la masa de hierba quemada que seguía ardiendo. No, por supuesto que no: un explosivo lanzado hubiera rebotado contra la cubierta y nunca habría llegado a la mesa. Qué estúpido.

—Supongo que no, señor.

—Supone que no, señor —Wyan repitió sarcásticamente—. Gracias, cadete. Regrese a su trabajo y esta vez encuéntenos algo útil.

—Sí, señor.

—¿MAYOR? —gritó Barris, mientras atravesaba el claro.

—¿Señor? —dijo Wyan y volteó a verlo.

—El capitán está enviando algunos V-Wing para una búsqueda en rejilla —le dijo el coronel—. Mientras tanto, tome una escuadra y dirija algunos reflectores al perímetro: quiero que el borde del bosque quede iluminado como el interior de un módulo de encendido. Luego tamice finamente la pantalla del sensor del hemisferio. No quiero que un solo explosivo más atraviese sin que por lo menos sepamos que se acerca.

La respuesta de Wyan se perdió entre el súbito rugido mientras un par de V-Wings pasaban disparados a la altura de las copas de los árboles.

—¿Qué? —preguntó Barris.

—Estaba recordando al coronel que hay muchos pájaros volando por aquí —repitió Wyan—. Pequeños animales rastreros, también. Casi me torcí un tobillo al pisar uno hace un minuto. Si tamizamos demasiado la pantalla, las alarmas se estarán disparando toda la noche.

—Bueno, olvide el tamizado fino —dijo Barris—. Tan sólo coloquen esas luces.

De pronto, directamente adelante, una bola de fuego que hizo erupción en algún lugar a la distancia destacó la silueta de los árboles más cercanos.

—¿Qué demo...? —vociferó Wyan.

—¡Se estrelló un V-Wing! —dijo Barris con brusquedad y accionó su intercomunicador—. Equipo de rescate al transporte. ¡Ahora!

Por lo menos esta vez no desapareció el cuerpo del piloto. Por desgracia, sí lo hicieron su bláster, sus paquetes de energía y sus granadas de conmoción. Los rumores y las especulaciones empezaron a volar.

Eli no participó en la mayor parte de las discusiones en voz baja, porque siguió trabajando en la choza del náufrago. Pero cada tanto, uno de los técnicos entraba a recoger algo más para analizarlo. Por lo general, los técnicos parecían ansiosos por hablar, exponer sus propias ideas y fingir que no abrigaban miedo alguno, pero esto no era cierto.

Eli también. Los reflectores que ardían a la orilla del bosque habían contenido con éxito ataques adicionales, pero las masas de insectos y aves nocturnas atraídas por el brillo resultaban casi igual de desquiciantes. Los V-Wings que volaban sobre sus cabezas daban una ilusión de seguridad y protección, pero Eli se ponía tenso cada vez que pasaba uno y se preguntaba si este sería el siguiente en ser derribado del cielo.

Por encima de todo estaba el porqué: ¿*por qué* estaba sucediendo? ¿Alguien estaba tratando de asustar a los imperiales para alejarlos? ¿El atacante estaba tratando de fijarlos o rodearlos? O, lo peor de todo, ¿esto era algún tipo de juego macabro?

¿El traje de vuelo relleno de hierba era una finta, una distracción o algún tipo de ritual nativo? Eso por lo menos recibió una respuesta. Cerca de medianoche, después de una consulta por intercomunicador con el Capitán Parck, Barris ordenó que se examinara por completo el traje de vuelo relleno. Sólo entonces descubrieron que faltaba el intercomunicador del casco.

—Pequeñas serpientes listas —refunfuñó Barris, mientras Eli se acercaba a la conversación—. ¿Qué hay de ese?

—El intercomunicador sigue aquí —confirmó Wyan, mientras miraba el casco del segundo piloto derribado—. No les debió alcanzar el tiempo para quitárselo.

—O simplemente no les importó —dijo Barris.

—¿Porque ya podían escuchar subrepticamente nuestras comunicaciones?

—Exactamente —dijo Barris—. Bueno, eso se termina ahora. Llame al *Strikefast* y haga que apaguen ese circuito.

—Sí, señor.

Barris dirigió la mirada hacia Eli.

—¿Tiene algo que agregar, cadete, o sólo estaba escuchando indebidamente la conversación?

—Sí, señor —dijo Eli—. Es decir, no, señor. Quería reportar que encontré un par de monedas entre las cubiertas interna y externa de una de las cajas; datan del inicio de las

Guerras de los Clones. Así que, al parecer, nuestro náufrago ha estado aquí por lo menos todo ese tiempo...

—Espere —dijo Barris—. ¿Monedas?

—Muchos de los transportistas ponen monedas recién acuñadas, de baja denominación, en sus cajas —explicó Eli—. Es de buena suerte, además de que representa una manera de asegurar que no se alteren las fechas de los manifiestos. Las sacan y ponen nuevas cada vez que esa caja regresa con ellos.

—Así que, si se supone que el náufrago recibió esas cajas nuevas, lleva aquí varios años —dijo Wyan, mientras pensaba con detenimiento—. Eso explicaría parte de su comportamiento.

—No, para mí no —dijo Barris—. Si todo lo que quiere es un viaje de regreso a la civilización, ¿por qué no sale simplemente del bosque y lo pide?

—Tal vez estaba huyendo cuando se estrelló —sugirió Wyan—. O tal vez vino aquí por voluntad propia y tan sólo quiere que nos vayamos.

—En ese caso, va a terminar tristemente decepcionado —dijo Barris—. Muy bien, cadete, siga buscando. ¿Quiere que asigne a un técnico para que le ayude?

—No hay mucho espacio, señor. Probablemente sólo nos estorbaríamos.

—Entonces regrese a sus asuntos —dijo Barris—. Tarde o temprano, nuestro amigo va a tentar demasiado a su suerte. Cuando lo haga, estaremos preparados.

Esa noche tuvieron cinco bajas entre los soldados de la armada que integraban el perímetro de centinelas. Tres de ellos quedaron incapacitados a manos de un enemigo invisible, con pechos o cascos aplastados por granadas de conmoción. Nadie vio nada, ni antes ni después de los ataques. Las otras dos bajas se debieron a disparos accidentales de sus propios camaradas nerviosos, quienes los confundieron con intrusos en la oscuridad nebulosa.

Cuando el cielo empezó a aclararse al amanecer, Barris volvió a usar el comunicador con el *Strikefast*. En el momento en que el sol terminó de disipar la neblina nocturna, dos escuadrones de stormtroopers habían llegado. Consultaron con Barris, luego se dirigieron con brío al bosque, con los rifles bláster en ristre y cruzando su pecho.

Personalmente, Eli dudaba que tuvieran mejor suerte para encontrar al misterioso atacante que los propios soldados de Barris. Pero, tenía que admitir que la presencia de guerreros con armadura blanca levantaría los ánimos, lo cual se agradecía.

Estaba desbaratando la última caja para buscar más monedas marcadoras cuando escuchó la erupción de un suave pero persistente chillido en algún lugar fuera de la choza, seguido al instante de gritos y maldiciones.

¿Una alerta general? Sacó rápidamente su comunicador y marcó, pero dejó de hacerlo con la misma rapidez y lo apartó lo más lejos posible, cuando el chillido de afuera explotó en sus oídos. Alguien estaba interfiriendo los comunicadores.

—¡Alerta general! —Escuchó que Barris gritaba al otro lado del claro—. Todos los soldados, alerta general. Mayor Wyan, ¿dónde se encuentra?



Eli corrió por el costado de la choza, y casi terminó derribado por una mujer de la armada que se dirigía al perímetro. Tenía el rostro cubierto de ceniza debajo del pesado casco negro, su expresión era adusta y el uniforme estaba salpicado de polvo. Eli apareció a la vista de Barris justo cuando Wyan llegó hasta él.

—Todos los canales de comunicación están inactivos, señor —reportó Wyan.

—Lo sé —refunfuñó Barris—. Ya fue suficiente. Hay dieciocho stormtroopers abriéndose paso entre la maleza allá fuera. Envíe algunos soldados de la armada para llamarlos. Nos retiramos.

—¿Nos *vamos*, señor?

—¿Tiene alguna objeción?

—No, señor. Pero ¿qué hay de eso? —Wyan señaló la choza con un pulgar tembloroso—. Los protocolos exigen que lo estudiemos.

Barris miró la choza un par de segundos. Luego su cara se aclaró.

—Pero no exigen que los estudiemos *aquí* —dijo—. Nos los llevaremos.

Wyan se quedó boquiabierto.

—¿Al *Strikefast*?

—¿Por qué no? —dijo Barris, como si aún lo pensara detenidamente—. Hay mucho espacio en el transporte para todo esto. Diga a los técnicos que traigan los elevadores repulsores de carga pesada y se pongan a trabajar.

Wyan lanzó una mirada menos que entusiasta al asentamiento.

—Sí, señor.

—DÍGANLES QUE SE APUREN —gritó Barris detrás de Wyan, mientras el mayor se alejaba deprisa—. La única razón para interferir nuestras comunicaciones es que se esté preparando para lanzar un ataque en grande.

Eli se acercó a la choza mientras observaba la orilla del bosque. No vio enemigos acechando allí, pero hasta entonces nadie los había visto.

Tres minutos después, un escuadrón de soldados y técnicos con gestos adustos llegó al campamento y empezó a colocar los ganchos de montaje de los repulsores elevadores sobre los generadores y las cajas de almacenamiento. Uno de los técnicos permaneció junto a Eli mientras los demás empezaban a transferir su botín al transporte; ambos estudiaron el exterior de la choza para darse una idea de dónde debían unirse los ganchos para mantener intacta la construcción.

Todavía seguían analizando el procedimiento cuando los primeros stormtroopers empezaron a resurgir del bosque como respuesta a las órdenes de Barris. La interferencia continuó mientras el resto de las tropas llegaba al campamento, dándose vuelta para quedar de frente al bosque en formación defensiva ante el ataque previsto.

Sólo que no hubo tal. Después de la media hora estipulada por Barris, el campamento terminó empacado a bordo del transporte, lo que dejó a todo el grupo listo para partir. Excepto por un pequeño inconveniente: uno de los dieciocho stormtroopers se había perdido.

—¿A qué te refieres con «perdido»? —Barris exigió una respuesta en una voz que recorrió casi todo el claro mientras tres de los stormtroopers se dirigían de nuevo al bosque con determinación—. ¿Cómo puede perderse un stormtrooper?

—No lo sé, señor —dijo Wyan, mientras miraba alrededor—. Pero tiene razón. Cuanto antes salgamos de aquí, mejor.

—Maldita sea si no tengo razón —dijo Barris—. Eso es todo, mayor. Que los técnicos aborden el transporte y que sus soldados los sigan en formación de retaguardia estándar.

—¿Qué pasará con los stormtroopers? —preguntó Wyan.

—Ellos tienen su propio transporte de tropas —dijo Barris—. Pueden quedarse atrás y destrozarse los arbustos todo lo que quieran. Nos iremos en cuanto todos estén a bordo.

Eli no esperó a escuchar más. La orden de Barris no lo había mencionado específicamente a él, pero era más técnico que soldado. Había estado cerca. Se dio vuelta hacia el transporte y entonces se quedó inmóvil. Uno de los stormtroopers estaba de pie, rígido, montando guardia justo afuera de la escotilla, con el arma preparada contra el pecho. Si hacía una excepción a la orden de Barris y lo abandonaba a él y a sus compañeros...

Sin movimiento o advertencia alguna, el stormtrooper se disolvió abruptamente en una violenta explosión. Eli se tiró al suelo en un instante.

—¡Alerta! —escuchó que alguien gritaba, con la voz distorsionada por el tintineo en sus oídos.

Un puñado de soldados se lanzó a la carga hacia el bosque, pero Eli no logró distinguir si seguía un auténtico rastro o si tan sólo esperaba atrapar al atacante al azar. Miró de nuevo al transporte y se quedó sin aliento. El humo de la explosión se estaba levantando, revelando que la propia nave sólo había recibido daños menores. Sobre todo cosmético; nada que pudiera interferir con la operación de vuelo o la integridad del casco. Los fragmentos de la armadura del stormtrooper, que ya no era de un blanco prístino, estaban dispersos en un radio pequeño alrededor del lugar donde el hombre había estado de pie. Todo lo que quedaba era la armadura; el cuerpo se había esfumado.

—No —Eli escuchó su propio murmullo. Era imposible. Una explosión que causó tan poco daño a la nave detrás de él no pudo haber desintegrado el cuerpo de una manera tan completa. Sobre todo sin hacer lo mismo a la armadura que lo cubría.

Un movimiento a su izquierda le llamó la atención. Los tres stormtroopers que habían ido a buscar al camarada perdido estaban saliendo al claro. En efecto, lo habían encontrado. O al menos lo que quedaba de él.

Eli había esperado que atacaran al transporte y al carguero de las tropas mientras se elevaban al cielo, pero no los siguieron misiles, pulsos láser ni granadas lanzadas con catapultas. Para su alivio, pronto estuvieron a salvo en la bahía del hangar del *Strikefast*.

El Capitán Parck estaba esperando junto a la escotilla del transporte mientras los hombres salían de él.

—Coronel —dijo y asintió con severidad cuando Barris salió detrás de Eli—. No recuerdo que le haya dado permiso de dejar su posición.

—No, señor, no lo hizo —dijo Barris, y Eli no tuvo problemas para escuchar el cansancio en la voz—. Pero yo era el comandante en la escena e hice lo que consideré mejor.

—Sí —murmuró Parck. Eli miró por encima de su hombro para encontrar que el capitán desplazaba su mirada de Barris al propio transporte—. Me dicen que trajo el asentamiento del alienígena con usted.

—Sí, señor —afirmó Barris—. Todo lo que había allí, hasta el polvo. Puedo poner a los técnicos de vuelta a trabajar en ello en el momento que usted lo desee.

—No hay prisa —dijo Parck—. Acompáñeme a mi oficina. Todos los demás deben reportarse para hacer un resumen de su actividad. —Dio vuelta para enfrentar a la fila de técnicos y soldados de la armada. Fue entonces cuando sus ojos se fijaron en Eli.

Rápidamente, Eli giró la cabeza. No era muy adecuado que lo descubrieran escuchando la conversación de los oficiales. Esperaba que Parck no lo hubiera notado, pero, por desgracia, no fue así.

—¿Cadete Vanto?

Eli se preparó para lo que viniera, se detuvo y se dio vuelta.

—¿Sí, señor?

—Usted también nos acompañará —dijo Parck—. Vamos.

Abandonaron la bahía del hangar con Parck a la cabeza. Sin embargo, y para sorpresa de Eli, no fueron a la oficina del capitán. En cambio, Parck los condujo a la torre de control de la bahía del hangar, cuyas luces se habían oscurecido inexplicablemente.

—¿Señor? —preguntó Barris mientras Parck se acercaba a la ventana de observación.

—Un experimento, coronel —Parck señaló al hombre en el tablero de control—. ¿Ya salieron todos? Bien. Atenúe las luces en la bahía.

Barris se acercó a Parck mientras las luces al otro lado de la ventana de observación se atenuaban a intensidad nocturna. Con cautela, tratando de pasar lo más desapercibido posible, Eli se acomodó justo detrás de Parck, al otro lado. El transporte y el carguero de tropas eran muy visibles, directamente abajo; más allá, en el otro extremo de la bahía había tres transbordadores de clase *Zeta* y una nave de mensajería *Harbinger*.

—¿Qué clase de experimento? —preguntó Barris.

—La comprobación de una teoría —dijo Parck—. Pónganse cómodos, coronel, cadete. Es posible que estemos aquí algo de tiempo.

Llevaban allí casi dos horas cuando una figura con forma humana, cubierta por las sombras, emergió a hurtadillas del transporte. Se deslizó en silencio por la oscura bahía del hangar hacia las otras naves, aprovechando las escasas oportunidades de cubrirse que encontraba en el camino.

—¿Quién es *ese*? —preguntó Barris, mientras se inclinaba un poco más hacia el divisor de transpariacero.

—A menos que me equivoque, es la fuente de sus problemas allá abajo, en la superficie —dijo Parck con obvia satisfacción—. Creo que es el náufrago cuyo hogar invadieron.

Eli parpadeó y frunció el ceño. ¿Un hombre? ¿*Un solo* hombre? Al parecer, Barris tampoco lo creía.

—Eso es imposible, señor —protestó Barris—. Esos ataques no pudieron ser el trabajo de una sola persona. Debió tener *algo* de ayuda.

—Esperemos un momento y veamos si alguien se le une —dijo Parck.

Nadie lo hizo. La figura envuelta en las sombras recorrió el piso hacia las otras naves, donde hizo una pausa momentánea, como si pensara en lo que debía hacer. Luego, de manera deliberada, caminó hacia la puerta del transbordador Zeta del centro y entró.

—Parece que en realidad estaba solo —dijo Parck y sacó su intercomunicador—. Está en el Zeta del centro. Pongan todas las armas en aturdir: lo quiero vivo e ileso.

\* \* \*

Después de todos los problemas que el náufrago había creado en la superficie del planeta, Eli había esperado que diera una terrible batalla a sus captores. Para su sorpresa, se rindió ante los stormtroopers sin resistencia alguna. Tal vez lo habían tomado por sorpresa, pero lo más probable es que supiera cuándo era inútil resistir.

Por fin, Eli pudo comprender por qué Parck quiso que los acompañara. Las cajas de carga del prisionero estaban etiquetadas con una variante de *sy bisti*. Si hablaba ese idioma y si era el único que hablaba, los imperiales necesitaban un traductor.

El grupo iba a medio camino hacia la escotilla donde esperaban Parck, Barris, Eli y las escoltas de stormtroopers cuando las luces de la bahía del hangar volvieron a encenderse. El prisionero, de acuerdo con lo que Eli había observado, tenía forma y dimensiones humanas, pero hasta allí llegaba el parecido con los seres humanos normales. Su piel era azul; sus ojos, de un rojo brillante y su pelo, de un reluciente negro azulado.

Eli se quedó rígido. En su hogar de Lysatra, había mitos que hablaban de seres como ese. Guerreros orgullosos y mortíferos a los que llamaban *chiss* en las historias. Con esfuerzo apartó la vista del rostro y su mente de los viejos mitos. El prisionero iba vestido con lo que parecían pieles de diversos tipos de animales originarios del bosque donde había vivido, unidas con costuras. Mientras marchaba en el centro de un rectángulo de stormtroopers armados, tenía un aire de confianza casi perteneciente a la realeza. Confianza: eso era definitivamente parte de las leyendas.

Los stormtroopers lo llevaron a unos metros de Parck y lo obligaron a detenerse.

—Bienvenido a bordo del destructor estelar clase Venator *Strikefast* —dijo el capitán—. ¿Hablas básico?

Por un momento el alienígena pareció estudiarlo.

—¿Sería mejor el *sy bisti*? —agregó Eli en ese idioma.

Barris le lanzó una mirada, y Eli hizo una mueca. «Estúpido», pensó. Debió esperar órdenes. El prisionero también lo miró, aunque su expresión parecía más pensativa que furiosa. El Capitán Parck, por su parte, sólo tenía ojos para el prisionero.

—Supongo que le preguntaste si hablaba *sy bisti*.

—Sí, señor —dijo Eli—. Mil disculpas, capitán. Sólo pensé que... todas las historias dicen que los *chiss* usaban *sy bisti* en su...

—¿Los *qué*? —preguntó Parck.

—Los *chiss* —dijo Eli, mientras sentía que le ardía el rostro—. Son un... bueno, siempre se les ha considerado un mito del espacio exterior.

—No deben serlo —dijo Parck, mientras miraba al prisionero—. Parecería que son un poco más sustanciales. Pero te interrumpí. ¿Qué estabas diciendo?

—Tan sólo que en las historias los *chiss* usaban *sy bisti* en sus tratos con nosotros.

—Igual que ustedes usaban ese idioma con nosotros —dijo con calma el prisionero en *sy bisti*.

Eli se crispó. El prisionero había respondido en *sy bisti*... a un comentario que Eli había hecho en básico.

—¿Comprendes el básico? —preguntó en *sy bisti*.

—Comprendo algo —respondió el *chiss* en el mismo idioma—. Pero me siento más cómodo con este.

Eli asintió.

—Dice que comprende algo de básico, pero que se siente más cómodo con el *sy bisti*.

—Ya veo —dijo Parck—. Muy bien. Yo soy el Capitán Parck, comandante de esta nave. ¿Cómo te llamas?

Eli abrió la boca para traducir.

—No. —Parck lo detuvo con una mano levantada—. Puedes traducir su respuesta, pero quiero ver cuánto básico comprende. Tu nombre, por favor.

Por un momento, el *chiss* permaneció en silencio, mientras su mirada vagaba por la bahía del hangar. Eli pensó que no lo hacía como un ser primitivo superado por el tamaño y la magnificencia del lugar, sino como otro militar evaluando las fortalezas y debilidades de su enemigo.

—*Mith'raw'nuruodo* —dijo, dirigiendo de vuelta sus ojos brillantes hacia Parck—. Pero creo que será más fácil para ustedes que me llamen *Thrawn*.

## CAPÍTULO 2

---

«El camino de una vida puede cambiar debido a decisiones o acontecimientos importantes, como los que determinaron mi camino actual.

»En ocasiones el acontecimiento más insignificante también puede llevar a una desviación. En el caso de Eli Vanto, esa fuerza fue una sola palabra escuchada por casualidad: *chiss*. ¿Dónde había escuchado el Cadete Vanto ese nombre? ¿Qué significaba para él? Ya había dado una razón, pero podría haber otras. Por supuesto, toda la verdad podría tener varias capas. Pero ¿cuáles eran?

»En una nave del tamaño de esta, sólo había una manera práctica de descubrirlo. Por lo tanto, mi camino tomó otra desviación. Como seguramente también la tomó el suyo».

—Thrawn —repitió Parck, como probando si podía pronunciar el nombre—. Muy bien. Como dije, bienvenido. Quiero que sepas que no tratamos de entrometernos en tu privacidad. Estábamos buscando contrabandistas y sucedió que llegamos a tu hogar. Una de nuestras órdenes activas consiste en estudiar todas las especies desconocidas con las que nos topamos.

—Sí —dijo Thrawn en *sy bisti*—. Eso dijeron los comerciantes que contactaron a mi gente por primera vez.

—Él lo comprende, señor —tradujo Eli—. Sabía de esa orden por los comerciantes que se pusieron en contacto con su gente.

—Entonces ¿por qué no saliste? —Barris exigió una respuesta—. ¿Por qué acosaste y mataste a mis hombres?

—Fue necesario... —empezó Thrawn a explicar en *sy bisti*.

—Basta —lo interrumpió Barris—. Entiende básico. Eso significa que lo puede hablar. Que hable. ¿Por qué acosaste y mataste a mis hombres?

Por un momento, Thrawn le lanzó una mirada dubitativa. Eli se quedó viendo a Parck, pero el capitán también permaneció en silencio.

—Muy bien —dijo Thrawn en básico. Las palabras tenían un acento marcado, pero eran comprensibles—. Fue necesario.

—¿Por qué? —preguntó Parck—. ¿Qué esperabas lograr aquí?

—Esperaba regresar a casa.

—¿Naufragaste?

—Yo estaba... —Miró a Eli—. *Xishu azwane*.

Eli parpadeó. ¿Estaba...?

—Dice que estaba exiliado —informó a los demás.

La palabra pareció suspenderse en el aire que olía al humo de la bahía del hangar. Eli miró a Thrawn mientras recordaba las historias de los campamentos en su infancia. Los relatos hablaban de la unidad y el poderío militar de los chiss. Las leyendas no mencionaban que se exiliaran entre ellos ni una sola vez.

—¿Por qué? —preguntó Parck.

Thrawn miró a Eli.

—En básico, si puedes —dijo Eli.

El chiss se le quedó viendo a Parck.

—Los líderes y yo estuvimos en desacuerdo.

—¿Un desacuerdo que llegó hasta el exilio?

—Sí.

—Interesante —murmuró Parck—. Muy bien. Así que *por eso* acorralaste a los hombres del Coronel Barris. Ahora dínos *cómo* lo lograste.

—Fue no difícil —dijo Thrawn—. Su nave espacial se estrelló cerca de mi lugar de exilio. Tuve oportunidad de examinar antes de seguir a los soldados llegados. El piloto estaba muerto. Tomé su cuerpo y lo escondí.

—Y llenaste su traje de vuelo con hierba —añadió Barris—. Esperando que no notáramos que habías robado su equipo.

—No ustedes —dijo el chiss—. Importante más que nada era que llevaran el traje de vuelo y las moras *pyussh* podridas con ustedes.

—¿Las moras? —repitió Barris.

—Sí. Las moras *pyussh* podridas aplastadas son carnada para pequeños animales de la noche.

Eli asintió para sí «Podridas: fermentadas; animales de la noche: nocturnos». Era como si Thrawn hubiera trabajado con un diccionario de básico muy bueno, pero careciera de algunas de las palabras más técnicas y tuviera que improvisar. Su gramática era también un poco vacilante, lo que sugería que había aprendido de libros en lugar de la experiencia más práctica de las conversaciones. ¿Eso implicaba que el chiss sólo había tenido contacto limitado reciente con alguien fuera del Espacio Desconocido?

—Así que ataste los paquetes de energía modificados de los blásters a los animales —dijo Barris—. Así fue como pasaste nuestro perímetro de centinelas.

—Sí —dijo el chiss—. También como más tarde atacé soldados. Con una honda lancé más moras a sus armaduras.

—Luego hiciste que un caza estelar se estrellara —dijo Parck—. ¿Cómo?

—Sabía que nave espacial vendría a buscar. En preparación había atado alguna... —Hizo una pausa—: *ohuludwu*.

—Línea de monofilamento. —Eli proporcionó la traducción.

—Línea de monofilamento entre copas de árboles. La nave espacial la golpeó.

—A esa altitud, el piloto no tendría tiempo de recuperarse —dijo Parck, mientras asentía—. No te habría servido de mucho capturar al caza intacto, por cierto. No tienen hiperimpulsores.

—Yo no quería la nave espacial —dijo Thrawn—. Del piloto quería el... —una pausa de nuevo—. *Ezenti ophu ocengi*.

—Equipo e intercomunicador —dijo Eli.

—Pero no tomaste su intercomunicador —objetó Barris—. Revisamos el traje en el campamento. Seguía allí.

—No —dijo Thrawn—. Lo que estaba allí era el intercomunicador del primer piloto.

Eli asintió para sí. Astucia, táctica y mantenimiento del control de la situación. Esas eran por supuesto las características distintivas de los chiss, por lo menos de acuerdo con las leyendas. Aun así: ¿exilio?

—Ingenioso —dijo Parck—. Pensábamos que sabíamos lo que estaba sucediendo, así que nunca nos preocupamos de revisar el número de serie. Por eso cuando descubrimos que faltaba el primer intercomunicador y lo sacamos del circuito, aún tenías uno que funcionaba.

—Así que mataste a un hombre tan sólo para obtener su intercomunicador —dijo Barris con aspereza. Evidentemente, no estaba tan impresionado por los recursos del alienígena como el capitán—. ¿Por qué seguiste atacando a mis hombres? ¿Por diversión?

—Lamento la pérdida de vida —dijo con severidad Thrawn—. Pero necesitaba que soldados con armadura más completa vinieran.

—¿Más completa? —interrumpió Barris—. ¿Los stormtroopers? ¿Querías que vinieran los *stormtroopers*?

—Sus soldados visten cascos —dijo el chiss y trazó un marco imaginario alrededor de su frente—. No es bueno para mí. —Se llevó una mano al rostro—. Necesitaba cubierta de cara.

—La única manera en que podías entrar en el campamento sin ser detectado —dijo Parck, mientras asentía.

—Sí —Thrawn concordó—. Usé explosivos en uno, para obtener armadura que pudiera estudiar.

—¿Cómo hiciste eso sin que alguien escuchara la explosión? —lo interrumpió Barris.

—Fue como empecé ruido de retroalimentación del intercomunicador —dijo el chiss—. El ruido encerró el ruido de explosivo. De la armadura aprendí cómo matar al soldado sin ruido o daño observable. Tomé un segundo soldado y su armadura y caminé a la nave.

—¿Mientras estábamos metiendo tu equipo? —preguntó Barris.

—Seleccioné un momento cuando nadie estaba dentro —dijo Thrawn—. Con pequeñas ramas paré derecha la armadura y la coloqué afuera de la entrada. Un explosivo en el interior la destruyó.

—Una distracción para que no nos diéramos cuenta de que en realidad estaban perdidos *dos* stormtroopers —dijo Parck—. ¿Dónde te escondiste durante el vuelo de ascenso?



—Dentro de la caja del segundo generador —le dijo Thrawn—. Estaba casi vacía, porque había usado las partes para mantener al primero.

—Entiendo que has estado aquí un buen tiempo —dijo Parck—. Puedo ver por qué querías irte con tanta desesperación.

Thrawn se incorporó.

—No estaba desesperado. Pero mi gente me necesita.

—¿Por qué?

—Están en peligro. Hay muchos peligros en la galaxia. Peligros para mi gente. Peligros para ustedes. —Hizo un gesto extraño—. Harían bien en comprenderlos.

—Sin embargo, tu gente te exilió aquí —señaló Parck—. ¿Estaban en desacuerdo contigo en cuanto a la magnitud de esas amenazas?

Thrawn miró a Eli.

—¿Repites? —pidió en *sy bisti*.

Eli tradujo la pregunta del capitán.

—No estuvimos en desacuerdo sobre amenaza —respondió Thrawn en su básico con acento exagerado—. Estuvimos en desacuerdo en proceso. No aceptaron creer en... *ezeboli hlusalu*.

Eli pasó saliva con dificultad.

—Ellos no creen en ataques preventivos.

—Así que tu gente necesita protección —dijo Parck, y su voz cambió sutilmente—. ¿Cómo harías esto, solo y sin naves o aliados?

Eli frunció el ceño. Una pregunta extraña, en un tono también extraño. ¿El capitán estaba tratando de obtener información sobre posibles aliados del chiss? Thrawn no dio muestras de percibirlo.

—No lo sé —dijo en voz baja—. Encontraré una manera.

—Estoy seguro de que así será —dijo Parck—. Mientras tanto, has tenido un día ocupado, y estoy seguro de que te vendrá bien un poco de descanso. ¿Comandante?

—¿Señor? —Uno de los stormtroopers dio un paso adelante.

—Usted y su escuadrón escoltarán a nuestro invitado a la oficina de los oficiales de cubierta mientras se preparan el alojamiento y los alimentos adecuados —ordenó Parck—. Thrawn, me tengo que ir ahora. Volveremos a hablar más adelante.

—Gracias, Capitán Parck —dijo el chiss—. Estaré al pendiente.

Eli estaba en sus alojamientos, trabajando en el informe de actividades que le habían ordenado, cuando vinieron por él. Nunca había estado en la oficina privada del capitán. Nunca había estado siquiera en esta parte del *Strikefast* y *nunca* había estado en compañía de todos estos oficiales de alto rango. Era como una sesión de certificación del consejo... o una corte marcial.

—Cadete Vanto —lo saludó el Capitán Parck. Señaló una silla colocada enfrente de la fila de oficiales—. Tome asiento.

—Sí, señor. —Eli se sentó. Esperaba fervientemente que su temblor no fuera visible.

—En primer lugar, quiero elogiar su comportamiento durante las acciones recientes —dijo Parck—. Se comportó admirablemente bajo fuego.

—Gracias, señor —dijo Eli. Sin embargo, según recordaba, había hecho muy poco excepto permanecer lo más lejos posible de la batalla y la confusión.

—Dígame, ¿qué piensa del prisionero?

—Parece muy confiado, señor —dijo Eli. ¿Por qué le preguntaba a él?—. Muy controlado. —Lo pensó con detenimiento—. Excepto tal vez cuando lo capturaron en la bahía del hangar. Tal vez lo tomó por sorpresa ahí.

—No lo creo —dijo Parck—. Se rindió muy rápido, sin tratar de oponer resistencia o escapar. —Elevó un poco la cabeza—. Al parecer, usted sabe algo de su pueblo.

—En realidad no, señor —dijo Eli—. Tenemos historias acerca de los chiss, más bien mitos, que han pasado a través de las generaciones. Hasta donde sé, ninguno de ellos ha estado en Lysatra o algún otro lugar del área durante cientos de años.

—Por lo menos *sí* tienen mitos. Es más de lo que existe en los registros del *Strikefast* —dijo Parck—. ¿Qué cuentan esas historias de ellos?

—Se supone que son grandes guerreros —dijo Eli—. Astutos, llenos de recursos, orgullosos. Intensamente leales entre sí, también. Lo del exilio... *realmente* deben odiar la idea de los ataques preventivos para hacerle eso.

—Así parece —concordó Parck—. Veo que está en Myomar, a punto de convertirse en oficial de suministros.

—Sí, señor —dijo Eli, aunque el cambio de tema lo sacó momentáneamente de balance—. Mi familia está en el negocio de la mensajería y considera que el servicio en el Imperio sería un avance.

—¿Tiene algún entrenamiento en enseñanza o tutoría?

—Nada formal, señor —dijo Eli.

¿Parck le iba a recomendar que cambiara a la enseñanza? Esperaba que no. Había pasado su juventud volando transportes de carga para su familia y no quería quedarse encerrado en una oficina o un salón de clases en algún lado.

El capitán lo observó un momento. Luego se reclinó en su asiento y miró a los otros oficiales que lo flanqueaban. Una señal silenciosa pasó entre ellos...

—Muy bien, cadete —dijo Parck, mientras volteaba de nuevo hacia Eli—. A partir de este momento, se le asigna como enlace, traductor y ayudante de nuestro prisionero. También...

—¿Señor? —Eli se exaltó, mientras sentía que sus ojos se abrían desmesuradamente—. Pero yo sólo soy un cadete.

—No había terminado —dijo Parck—. Junto con la traducción, también lo entrenará en básico. Él tiene los fundamentos, como lo vio, pero necesita un vocabulario más extenso y algunas correcciones en la pronunciación y la gramática. ¿Alguna pregunta?

—No, señor —logró decir Eli. Las sorpresas llegaban una tras otra—. En realidad, sí, señor. ¿Por qué necesita saber básico? ¿No lo vamos a regresar al planeta?

Hubo una agitación silenciosa entre los oficiales; Eli tuvo la súbita sensación de que acababa de cruzar una línea invisible. Se puso tenso.

—No —dijo Parck. Su voz era tranquila, pero también un poco incisiva, como si fuera una pregunta que él y los otros ya habían discutido, y en la que no necesariamente estaban de acuerdo—. Lo vamos a llevar a Coruscant.

—¿A...? —Eli apretó la boca. En su mente, destellaron visiones de antiguos reyes que hacían desfilar por las calles a enemigos derrotados. Pero, seguramente eso no era lo que Parck tenía en mente, ¿o sí?

—Creo que al Emperador le interesará conocerlo y saber más sobre estos chiss —dijo Parck. Había algo en su tono que sugería que la explicación iba dirigida a sus oficiales más que a Eli—. También creo que podrían convertirse en un activo importante para el Imperio. ¿Sus mitos incluyen alguna sugerencia de dónde se localiza su planeta de origen?

—Tan sólo que vienen de las Regiones Desconocidas, señor. Nada más específico.

—Qué pena —dijo Parck—. No importa. Esa será otra de tus tareas en los próximos días: aprender lo más que puedas de él, su mundo de origen y su gente.

—Sí, señor —dijo Eli, mientras sentía que su corazón daba saltos. De cadete de baja categoría a ser traductor y tutor de un ente sacado directamente de las historias de Lysatra.

La única desventaja era que podría costarle su futuro. Porque ya había visto que el Imperio era una enorme generadora de maquinaria gigante e implacable. Si se desviaba aunque fuera unos grados del curso de la carrera que había elegido, podría verse de pronto relegado a algún otro camino, algo oscuro que podría enviarlo al escritorio central de una base estelar olvidada y abandonarlo allí.

Sin embargo, este pequeño desvío en su ruta sólo debería ocupar cuando mucho una semana, mientras el *Strikefast* transportaba a Thrawn a Coruscant. Después, regresaría a Myomar con los demás cadetes, y con una historia que podría contar por el resto de la vida. Además, en realidad, ¿qué podría salir mal?

—Pareces divertido —dijo el Cadete Vanto. «Se reclina en su asiento».

—¿Divertido? —preguntó Thrawn.

—Experimentando una sensación de buen humor —dijo Vanto. «Cambia a sy bisti para la explicación»—. ¿Hubo algo en particular en esta historia que te haya resultado humorística?

—Encontré la historia muy interesante.

—Encuentras interesantes algunas de mis historias —dijo Vanto. «Se forman arrugas en su frente»—. Otras te parecen increíbles. Unas pocas las encuentras divertidas. ¿Esta fue una de esas?

—No quise ofender —dijo Thrawn—. Pero, yo mismo soy un chiss y nunca he escuchado de alguien de mi pueblo sustentando semejante poder.

—Te concedo eso —dijo Vanto. «Las arrugas se suavizan parcialmente»—. Te dije desde el principio que esas historias apenas están por arriba de los mitos. Pero tú me pediste que te las contara.

—Aprecio tu complacencia para compartir —dijo Thrawn—. Uno puede aprender mucho acerca de un pueblo por las historias que cuenta de otros.

—¿Y? —preguntó Vanto. «Las arrugas regresan. Su cabeza gira ligeramente a la derecha».

—No comprendo.

—Pregunto qué has aprendido de los seres humanos —dijo Vanto. «Sus ojos se entrecierran ligeramente».

—Me expresé mal. Mis disculpas. Quise decir que puedo aprender acerca de una persona, tú, a partir de las historias que decides contar.

—¿Qué has aprendido de mí? —preguntó Vanto. «Sus ojos vuelven al tamaño normal. Su tono es menos agudo».

—Que no deseas estar aquí —dijo Thrawn—. No deseas actuar como traductor y asistente. Evidentemente no deseas actuar como interrogador.

—¿Quién dijo que era un interrogador? —preguntó Vanto. «Su tono se vuelve un poco más agudo y su voz aumenta de volumen. La musculatura debajo de sus mangas se aprieta».

—Deseas regresar a los números y las listas de inventarios —dijo Thrawn—. Ahí es donde están tus talentos y es el lugar al que deseas que tu camino te lleve.

—Fascinante —dijo Vanto. «Su tono toma una textura nueva, de redoble. Las comisuras de sus labios se aprietan brevemente»—. Supongo que como un gran comandante militar importante te parece que la logística y los suministros están por debajo de tu dignidad.

—¿Tú lo ves así?

—Por supuesto que no —dijo Vanto. «Su torso se estira ligeramente en la silla, la voz adquiere un tono más lleno»—. Porque lo conozco bien. Mi familia ha hecho este tipo de trabajo durante tres generaciones. Simplemente lo estoy haciendo ahora para la Armada Imperial y no para mi familia, eso es todo.

—Supongo que eres bueno en eso.

—Soy *muy* bueno —dijo Vanto—. El Teniente Osteregi me dijo que soy uno de los mejores cadetes que ha tenido a bordo. En cuanto termine mi último periodo en la Academia, se me garantizará una comisión a bordo de una nave de la línea.

—¿Es lo que deseas? —preguntó Thrawn.

—Por supuesto —dijo Vanto. «El tono más lleno se desvanece parcialmente de su voz». Lo que no sé es por qué te interesa.

—¿Por qué me intereso en qué?

—Por qué te interesas en *mí* —dijo Vanto. «Sus ojos se entrecierran de nuevo. Su tono regresa al tono más grave». Me has estado estudiando, no creas que no me he dado cuenta. Me pides que te cuente una de las leyendas que aprendí de niño, luego me preguntas sobre mi hogar, mis antecedentes o mi infancia. Siempre pequeñas preguntas, siempre hechas de manera muy casual. Lo que quiero saber es por qué. —«Cruza los brazos sobre el pecho».

—Lo siento —dijo Thrawn—. No quise hacer daño. Tan sólo estaba interesado en ti, como estoy interesado en todo lo relacionado con tu Imperio.

—Pero ¿por qué en *mí*? —preguntó Vanto—. Nunca preguntas por el Capitán Parck, el Mayor Barris o cualquiera de los otros oficiales con experiencia. Ni siquiera por el Emperador Palpatine o el Senado Imperial.

—No están conectados con mi supervivencia inmediata —contestó Thrawn—. Tú, sí.

—Con todo el debido respeto, no puedes estar más equivocado —replicó Vanto. «Sacude la cabeza, hacia delante y hacia atrás, a los lados». El Capitán Parck podría ordenar que te echen por una esclusa de aire en cualquier momento. El Mayor Barris podría levantarte cargos o implicarte en algo y hacer que te den un tiro. En cuanto al Emperador... —«La musculatura de su garganta se aprieta brevemente. Hay un mayor brillo infrarrojo en su cara». Tiene poder absoluto sobre todas las cosas y los habitantes del Imperio. Si no se divierte o se siente complacido contigo, terminarás muerto.

—El Capitán Parck busca honores y ascensos —dijo Thrawn—. Cree que yo soy el camino a ese fin. Le desagrado al Mayor Barris, pero no se arriesgará a enfurecer a su capitán. En cuanto al Emperador... Ya veremos.

—Bien —dijo Vanto. «La musculatura de su garganta se relaja parcialmente, pero no por completo». En lo personal, yo me preocuparía *mucho* más por él, pero eso depende de ti. Sin embargo, yo sigo siendo el hombre de menos importancia en la jerarquía. ¿Por qué siquiera te preocupas por mí?

—Tú eres mi traductor. Tienes mis palabras en la mano, al igual que sus significados. Una traducción equivocada confundirá o enfurecerá. Un error deliberado puede llevar a la muerte.

—Escupitajo de krayt —contestó Vanto. «Hace un sonido de ronquido por su nariz».

—¿Perdón?

—Lo llamo escupitajo de krayt —dijo Vanto—. Has aprendido *mucho* de básico en estos dos días. Lo hablas tan bien como yo. Tal vez mejor: no tienes un acento del Espacio Salvaje del que la gente se pueda burlar. Lo último que necesitas es un traductor.

—Tú defiendes mi causa —dijo Thrawn—. ¿Qué significa «escupitajo de krayt»?

—Es un término coloquial para decir que algo no tiene sentido —contestó Vanto. «La comisura de su labio se tuerce hacia arriba». Sobre todo, una falta de sentido de la que está *muy consciente* quien la dice.

—Ya veo. «Escupitajo de krayt». Recordaré eso.

—No —dijo Vanto. «Su tono es profundo, la palabra se corta bruscamente»—. No es cortés. Además, esa expresión apesta a lugares apartados como Lysatra. «Apartado» significa cualquier planeta que no forma parte de los Mundos Centrales, ni de la elite y la gente poderosa que vive allí.

—Supongo que existe una jerarquía de mundos y sus habitantes.

—Por fin... una pregunta real acerca del Imperio —dijo Vanto—. Sí, por supuesto que hay una jerarquía. Una jerarquía grande, impresionante; principalmente no escrita, pero absolutamente rígida. Si estás contando conmigo para que te presente a los elevados y poderosos, vas a terminar seriamente decepcionado.

—Te das a ti mismo muy poco crédito, Cadete Vanto —dijo Thrawn—, o tal vez le das demasiado a la jerarquía social. Estoy contento de tenerte como mi traductor.

—Me da gusto que te sientas complacido —dijo Vanto. «Su tono se vuelve ligeramente más agudo. La musculatura de su garganta todavía muestra tensión»—. No creo que hayas tenido influencia alguna en la decisión.

—Tal vez —dijo Thrawn—. Cuéntame, ¿cuándo llegaremos a tu mundo capital?

—Mis órdenes son tenerte en la bahía del hangar delantero, que es donde trataste de escapar, a las setecientas en punto, mañana —dijo Vanto.

—¿Me encontraré con el Emperador poco después de eso?

—No tengo idea de lo que pasará después —dijo Vanto. «Los músculos debajo de su túnica se endurecen ligeramente y las arrugas regresan a su frente»—. Sin embargo, es probable que te presenten ante alguien que no sea siquiera cercano al Emperador. Tal vez algún administrador con experiencia. O uno novato.

—¿Vendrás conmigo?

—Eso depende del capitán —dijo Vanto—. Yo *sí* tengo todavía otras labores a bordo del *Strikefast*. También necesito prepararme para mi regreso a la Academia Myomar.

—Por supuesto que tus deberes y estudios son importantes —comentó Thrawn—. Ya veremos a qué decisión llega el Capitán Parck. Hasta mañana, cadete, te digo adiós y te deseo buena noche.

—Sí —dijo Vanto. «La tensión en su musculatura disminuye. Pero, no se va por completo»—. Hasta mañana.

El trasbordador *Lambda* personal del Capitán Parck dejó el hangar precisamente a las siete y cinco de la mañana siguiente. Aparte de Parck, Thrawn y Eli, la lista de pasajeros incluía al Mayor Barris, tres de los soldados de la armada que estuvieron en el planeta cuando Thrawn los puso a correr desesperadamente y dos stormtroopers, supuestamente también parte del grupo que había visto al alienígena en acción.

Además había diez soldados fuertemente armados. Aunque Parck se sentía preocupado por los impasibles administradores del Alto Mando, tampoco quería arriesgarse a que su prisionero se fugara una vez que llegaran al planeta.

Como todos los demás en el Imperio, Eli había visto cientos de hologramas de Coruscant. También había pasado un par de horas estudiando mapas planetarios al día siguiente de que Parck anunció que se dirigirían allí.

Nada de ello lo preparó para la asombrosa grandeza de la realidad. Miró con absoluta fascinación la pantalla repetidora en la cabina de pasajeros. Todo el planeta estaba rodeado por media docena de anillos de transportes orbitales, naves de pasajeros y vehículos militares, cada uno esperando su turno para dirigirse a la superficie. Por todos lados, flujos persistentes de naves que partían creaban sutiles fuentes de luz, mientras se unían a los corredores de salida para atravesar la atmósfera, y luego se dispersaban en todas direcciones una vez que llegaban al espacio.

Mientras el *Lambda* continuaba hacia el interior, Eli miró cómo la serie de puntos brillantes parecidos a estrellas que cubrían el planeta poco a poco se convertían en edificios y torres. Se acercaron aún más, y distinguió las rejillas de vehículos repulsores elevadores que entretejían su apretado camino entre los edificios elevados, realizando una danza intrincada mientras se dirigían a miles de destinos. Entonces tuvo una idea repentina y esclarecedora: justo ahora tal vez estaría viendo más vehículos de los que había visto en todo su planeta de origen.

El piloto los condujo a uno de los carriles más altos, que parecía reservado para vehículos militares. Ahora estaban lo suficientemente cerca para que Eli pudiera distinguir sitios icónicos específicos. Estaba la Real Academia Imperial, donde la elite del Imperio entrenaba para el ejército y la armada. Más allá, hacia el este, se encontraba una de las áreas industriales, con torres altas que escupían vapor de agua y desperdicios supercalientes a lo alto de la atmósfera. A la distancia, más allá de eso pudo ver un área abierta que estaba muy por debajo de las puntas de las torres que la rodeaban, pero muchos pisos arriba de la superficie planetaria real. Un área de aterrizaje, con toda probabilidad, tal vez para políticos de elite o vehículos militares de mayor tamaño. En la otra dirección, distinguió el techo del edificio del Senado Imperial.

Contuvo el aliento. Si el Senado estaba allí y la Real Academia Imperial estaba allá... No se dirigían al Almirantazgo ni a las oficinas centrales del Departamento de Seguridad Imperial, o DSI, que había concluido que eran los dos destinos más probables; iban directamente al Palacio Imperial. ¿El *Palacio* Imperial?

No, eso no podía ser. No para un solo ser casi humano cualquiera, de piel azul, capturado en un mundo sin nombre en el Espacio Salvaje. No era posible que el Emperador hubiera percibido siquiera un evento así, mucho menos que tomara un interés personal en él. Sin embargo, eso parecía ser exactamente lo que estaba pasando.

Eli miró al otro lado del pasillo subrepticamente, donde Thrawn y Parck estaban sentados uno al lado del otro, rodeados por guardias. El capitán parecía anormalmente tenso, como si tampoco pudiera creer su destino. Los guardias tenían el mismo aspecto,

excepto que algunos parecían callada pero genuinamente aterrados. Y debían estarlo. Para empezar, eran los hombres y mujeres cuyos errores habían permitido a Thrawn subir a bordo del *Strikefast*. Circulaban historias sombrías de lo que el Emperador hacía con la gente que le fallaba.

Sin embargo, Thrawn no parecía atemorizado, ni siquiera preocupado. Todo lo que Eli podía ver en su cara era esa enloquecedora confianza suya. Tal vez Parck no le había dicho a dónde iban ni le había contado de la historia del Emperador ni su reputación. O quizás le había contado todo a Thrawn y el chiss simplemente suponía que cualquiera que fuera su destino, mantendría las cosas bajo control.

Eli volteó a ver la pantalla, mientras las viejas historias del poderío militar de los chiss resonaban en su mente. Hasta donde lograba comprender, todo conocimiento de su cultura y sociedad había estado perdido de la República durante siglos, tal vez milenios. Ahora, de pronto, reingresaban en la historia.

¿El grado de confianza de Thrawn era único en él o todos los chiss eran así? Como alguien a quien algún día podría llamársele para combatirlos, Eli esperaba fervientemente que no fuera la segunda opción.

Eli casi se había convencido de que el grupo simplemente se encontraría con algún oficial del palacio cuando los condujeron al interior de la sala del trono del Emperador, pasando junto a un par de guardias imperiales con túnicas y cascos rojos.

Aún más que el propio Coruscant, los hologramas y videos que Eli había visto del Emperador Palpatine palidecían en comparación con la realidad. A primera vista, el Emperador no parecía muy imponente. Llevaba puesta una simple túnica con capucha café, sin adornos, nada extravagante. Su trono, aunque enorme, era negro, sólido y muy simple; una vez más, sin ostentación, apenas cuatro escalones por arriba del piso. En realidad, la oscuridad de su bata lo hacía casi desaparecer de la vista ante el fondo negro del trono.

Fue hasta que el grupo se fue acercando cuando empezó lo horripilante. En primer lugar, estaba el rostro del Emperador. Los hologramas y videos siempre lo mostraban como un anciano digno, envejecido con la experiencia de la vida y las preocupaciones del liderazgo. Pero los hologramas estaban equivocados. El rostro bajo la capucha era *viejo*; viejo y surcado por cientos de profundas arrugas.

Tampoco eran arrugas comunes, del tipo que los abuelos de Eli habían desarrollado por años bajo cielo abierto. Estas arrugas no eran como las producidas por la edad; parecían más bien cicatrices o tejido quemado. Las historias explicaban que el último intento de los traidores jedi por tomar el poder había sido un ataque sobre el entonces Canciller Palpatine. Las historias no habían mencionado que su victoria sobre los asesinos hubiera tenido un costo tan terrible.



Tal vez eso era también lo que le había pasado a sus ojos. Un escalofrío recorrió la espalda de Eli. Los ojos eran brillantes e inteligentes, omniscientes y absolutamente poderosos. No obstante, eran... extraños, únicos, perturbadores, tal vez dañados por la misma traición que había devastado su rostro. Inteligencia, conocimiento y poder. Y, aún más que Thrawn, daba la sensación de que poseía un completo dominio sobre todo lo que lo rodeaba.

El Emperador miraba en silencio mientras el grupo avanzaba hacia él. Parck iba adelante, Barris y Eli lo seguían y, tras ellos, Thrawn, con los soldados de la armada y los stormtroopers como testigos. El contingente de la guardia que Parck había traído permaneció fuera de la puerta; seis de los guardias imperiales habían tomado la tarea de escoltarlos.

Pareció una eternidad el tiempo que les costó llegar al trono. Eli se preguntaba qué tanto se les permitiría acercarse y cómo sabría el Capitán Parck cuándo habrían alcanzado ese punto. La pregunta tuvo respuesta cuando Parck llegó a cinco metros y los dos guardias imperiales que se encontraban al pie de la escalinata se deslizaron para colocarse directamente enfrente de él. Parck se detuvo y los demás también. Esperó, y siguió esperando.

Tal vez sólo fueron cinco segundos, pero Eli lo sintió como una eternidad. La sala del trono estaba completamente quieta, en silencio total. El único sonido era el golpeteo de su latido contra los oídos; el único movimiento era el temblor de los brazos bajo las mangas.

—Capitán Parck —dijo el Emperador, al final, con voz gravemente neutra—. Me dicen que me trae un regalo.

Eli hizo una mueca. ¿Un *regalo*? Para el chiss de las historias, ese habría sido un insulto mortal. Thrawn estaba detrás de él, y Eli no se atrevió a voltear, pero podía imaginar la expresión en esa cara orgullosa.

—Sí, Su Majestad —dijo Parck, con una marcada reverencia—. Un guerrero de una especie conocida como los chiss.

—Por supuesto —dijo el Emperador, con una voz que se volvió aún más seca—. Dígame, por favor, ¿qué es lo que debo hacer con él?

—Si me permite, Su Majestad —interrumpió Thrawn antes de que Parck pudiera responder—. No soy simplemente un regalo, sino un recurso. Como nunca lo ha visto antes, y como tal vez nunca volverá a verlo. Haría bien en utilizarme.

—¿Haría bien? —dijo el Emperador, con tono divertido—. Evidentemente eres un recurso de confianza ilimitada. ¿Qué es exactamente lo que ofreces, chiss?

—Para empezar, ofrezco información —dijo Thrawn. Si el chiss estaba ofendido, Eli no lo escuchó en su voz—. Hay amenazas acechando en las Regiones Desconocidas, amenazas que algún día llegarán ante su Imperio. Yo estoy familiarizado con muchas de ellas.

—Me enteraré de ellas muy pronto por mi propia cuenta —contrató el Emperador plácidamente—. ¿Puedes ofrecer algo más?

—Tal vez las conocerá a tiempo de derrotarlas —dijo Thrawn—. Tal vez no. ¿Qué más ofrezco? Mi habilidad militar. Puede utilizar esa habilidad en la elaboración de planes para localizar y eliminar esos peligros.

—Esas amenazas de las que hablas —dijo el Emperador—. Supongo que no son simplemente amenazas para mi Imperio.

—No, Su Majestad —dijo Thrawn—. También son amenazas para mi pueblo.

—¿Y buscas eliminar todas esas amenazas para tu pueblo?

—Sí.

Los ojos amarillentos del Emperador parecieron brillar.

—¿Y deseas la ayuda de mi Imperio?

—Su apoyo sería bienvenido.

—¿Deseas que ayude a la gente que te exilió? —preguntó el Emperador—. ¿O el Capitán Parck no estaba en lo correcto?

—Él habló correctamente —dijo Thrawn—. Yo estaba exiliado.

—Sin embargo, aún buscas protegerlos. ¿Por qué?

—Porque son mi pueblo.

—Si rechazan tu gratitud y se niegan a aceptarte de regreso, ¿qué pasará entonces?

Hubo una leve pausa. Eli tuvo la misteriosa sensación de que Thrawn estaba lanzando al Emperador una de esas pequeñas sonrisas con las que era tan bueno.

—No necesito su permiso para protegerlos, Su Majestad. Ni espero su agradecimiento.

—He visto a otros con tu sentido de nobleza —dijo el Emperador—. La mayoría se quedó en el camino cuando su ingenuo desinterés chocó con la realidad.

—Yo *he* enfrentado la realidad, como usted la llama.

—Por supuesto —dijo el Emperador—. ¿Qué es lo que deseas exactamente de mi Imperio?

—Una situación en que ambos ganemos —dijo Thrawn—. Le ofrezco mi conocimiento y mi habilidad, en este momento, a cambio de su consideración para mi pueblo en el futuro.

—Cuando ese futuro llegue, ¿qué pasará si me niego a otorgarte esa consideración?

—Entonces habré jugado y perdido —dijo Thrawn en voz baja—. Pero tengo hasta ese momento para convencerlo de que mis objetivos y los suyos en realidad coinciden.

—Interesante —murmuró el Emperador—. Dime, si sirves al Imperio, pero surge una amenaza contra tu pueblo, ¿dónde recaerá tu lealtad? ¿A quién de nosotros le serás fiel?

—No veo conflicto en el intercambio de información.

—No estoy hablando de información —dijo el Emperador—. Hablo de servicio.

Hubo una corta pausa.

—Si fuera a servir al Imperio, le sería fiel a usted.

—¿Qué garantía ofreces?

—Mi palabra es mi garantía —dijo Thrawn—. Tal vez su sirviente pueda hablar de la fortaleza de ese juramento.

—¿Mi sirviente? —preguntó el Emperador y parpadeó en dirección de Parck.

—No me refiero al Capitán Parck —dijo Thrawn—. Hablo de otro. Tal vez supuse incorrectamente que era su sirviente. Sin embargo, siempre ensalzó al Canciller Palpatine.

El Emperador se inclinó un poco hacia delante, con sus ojos amarillentos brillando.

—¿Cómo se llama?

—Skywalker —dijo Thrawn—. Anakin Skywalker.

## CAPÍTULO 3

---

«En esencia, la guerra es un juego de habilidad. Es un enfrentamiento de mente contra mente, tácticas contra tácticas. Pero, también hay un elemento de azar que es más adecuado para los juegos de cartas o dados. Un táctico inteligente también estudia esos juegos y aprende de ellos.

»La primera lección de los juegos de cartas es que estas no se juegan al azar. Sólo cuando se disponen apropiadamente puede alcanzarse la victoria.

»En este caso, no había más que tres cartas. La primera se jugó en el campamento y el resultado fue la entrada al *Strikefast*. La segunda se jugó a bordo de la nave y el resultado fue la promesa del viaje a Coruscant y la asignación del Cadete Vanto como mi traductor. La tercera fue un nombre: Anakin Skywalker».

\* \* \*

—Interesante —dijo el Emperador. «Sus ojos son firmes y no parpadea. La piel del rostro está inmóvil»—. ¿Cómo te llamas tú?

—Ya lo sabe.

—Deseo que lo digas.

—Mith'raw'nuruodo.

—Así que *fuiste* tú —dijo el Emperador. «Se echa hacia atrás en el trono. Las comisuras de la boca se curvan hacia arriba. Los ojos no cambian de tamaño»—. Cuando llegó el mensaje del Capitán Parck, esperaba que fueras tú.

—¿El Jedi Skywalker sobrevivió a la guerra, entonces?

—Lamentablemente, no —dijo el Emperador.

—Lloro su muerte —dijo Thrawn—. Fue muy astuto, muy... ¿puedo consultar con mi traductor?

—Hazlo —dijo el Emperador. «Sus ojos se entrecierran ligeramente. El tinte amarillo parece ahora más fuerte».

—*Eghuwa*.

—Valiente —tradujo Vanto. «Su cara irradia calor adicional. Los músculos debajo de la túnica muestran rigidez. Los labios se comprimen con fuerza antes y después de que dice la palabra».

—Fue un muy astuto y valiente guerrero —continuó Thrawn—. Esperaba verlo de nuevo.

—El más valiente, por supuesto —dijo el Emperador. «Su cabeza gira ligeramente a la izquierda. Los ojos descansan brevemente en Vanto y luego regresan. Sus dedos presionan gentilmente contra los reposabrazos del trono»—. Pero antes de su final me

detalló las circunstancias de su encuentro y habló encomiablemente de tus habilidades. Así que ¿deseas convertirte en mi asesor en asuntos de las Regiones Desconocidas?

—He dicho eso ya.

—¿Y si ofrezco más? —preguntó el Emperador.

—¿Qué ofrecimiento más grande haría?

—Puedes ver el poder que he creado —dijo el Emperador. «Sus ojos están firmemente concentrados, los labios muestran una pequeña curva»—. O puedes ser parte de él.

—Mi hogar está perdido para mí —dijo Thrawn—. Los servicios del Jedi Skywalker están perdidos para usted. Si desea mi servicio directo como reemplazo del suyo, me honro en ofrecerlo.

—Interesante —dijo el Emperador. «Fija la mirada un momento; luego cambia de dirección y se enfoca en el Capitán Parck»—. Hizo bien en traer a su prisionero ante mí, capitán. Usted y sus hombres regresarán a su nave y sus deberes. El Alto Mando proporcionará una recompensa adecuada por su servicio y su iniciativa.

—Sí, Su Majestad —dijo Parck e hizo una nueva reverencia—. Gracias.

—¿Un favor, Su Majestad? —dijo Thrawn.

—Habla, Mitth'raw'nuruodo —dijo el Emperador. «Sus ojos se estrechan».

—Todavía soy inexperto en su idioma. Solicitaría que mi traductor sea transferido a servir a mi lado.

«El Emperador se queda sentado sin moverse ni hablar. Luego presiona las manos sobre el descansabrazos del trono y se pone de pie».

—Camina conmigo, Mitth'raw'nuruodo.

Los dos guardias al pie del trono se pararon a un metro a cada lado. El Emperador descendió al piso y dio vuelta a la izquierda, hacia un área de jardín al lado de la cámara.

«El jardín es pequeño, pero contiene diversas plantas. Casi todas se encuentran en grandes macetas o en largas zanjas de flores que bordean los senderos curvos y empedrados. Unas cuantas flores de colores brillantes crecen directamente de la piedra decorativa. Pequeños árboles con corteza reluciente permanecen en la periferia como centinelas de la privacidad. La distancia del jardín al trono asegura privacidad de quienes aún esperan allí. Hay una base artística en la organización del jardín. Hay un patrón en la interacción de curvas y líneas, en la fusión y el contraste de la forma y el color, en el sutil juego de luz y sombra. Habla de poder, de sutileza y de una gran profundidad de pensamiento».

—Un espacio interesante —dijo Thrawn—. ¿Usted lo creó?

—Lo diseñé —dijo el Emperador. Se detuvo en la primera curva de arbustos—. Dime, ¿qué piensas?

«Sutileza y profundidad de pensamiento».

—No me traje aquí para hablar de traductores —dijo Thrawn—. Desea que el Capitán Parck y los demás así lo crean.

—Bien —dijo el Emperador. «Su tono es más profundo. Las comisuras de la boca se elevan. Su boca se abre ligeramente, revelando los dientes»—. Bien. Anakin habló de tu perspicacia. Me complace comprobar que tenía razón. Las Regiones Desconocidas me intrigan, Mitth'raw'nuruodo. Hay gran potencial allí.

—También hay gran peligro.

—Hay gran peligro aquí también —replicó el Emperador. «Las comisuras de la boca se vuelven hacia abajo y entrecierra los ojos».

—Ciertamente hay *poder* aquí —dijo Thrawn—. Pero sólo hay peligro para sus enemigos.

—¿No consideras que tu pueblo esté entre esos enemigos?

—Habla de un interés en las Regiones Desconocidas. ¿Cómo puedo ayudar a satisfacer su curiosidad?

—Buscas evitar mi pregunta —dijo el Emperador. «Sus labios se comprimen»—. Dime: ¿tu pueblo considera al Imperio como enemigo?

—No soy responsable por las acciones o metas futuras de mi pueblo —dijo Thrawn—. Puedo hablar sólo por mí mismo. Y he dicho ya que le serviré.

—Hasta que te resulte conveniente escapar de mi alcance.

—Soy un guerrero, Su Majestad —dijo Thrawn—. Un guerrero puede retirarse, pero no huye. Puede caer en emboscadas, pero no se oculta. Puede experimentar victoria o derrota, pero no deja de servir.

—Me apegaré a eso —dijo el Emperador—. ¿Por qué deseas tener a tu traductor?

—Sabe algo de mi gente —dijo Thrawn—. Deseo explorar la profundidad de ese conocimiento.

—Si conoce las Regiones Desconocidas, entonces tal vez deba ordenarle que permanezca conmigo aquí.

—Su conocimiento es poco más que historias y relatos —dijo Thrawn—. No sabrá de mundos o personas. Tampoco sabrá de carriles del hiperespacio y posibles paraísos para la seguridad.

—¿Sólo tú tienes ese conocimiento? —preguntó el Emperador. «Su tono se vuelve grave».

—Por el momento —dijo Thrawn—. Más adelante, también usted lo tendrá.

—Una vez más, tu elocuencia desmiente la necesidad de un traductor —dijo el Emperador. «Sus labios se curvan de nuevo hacia arriba»—. Pero te lo concederé. Vamos, reunámonos con los demás.

El grupo aún esperaba entre las filas de guardias.

—¿Es él? —preguntó el Emperador y señaló a Vanto.

—Él es, Su Majestad —dijo Thrawn—. Cadete Eli Vanto.

—Capitán Parck, ¿cuánto le falta al Cadete Vanto para graduarse?

—Tres meses estándar, Su Majestad —dijo Parck—. Teníamos programado regresarlo a Myomar, junto con sus compañeros cadetes, cuando nos desviamos para perseguir al contrabandista que finalmente nos llevó al lugar del exilio de Thrawn.

—Regresará a los demás cadetes de acuerdo con lo planeado —dijo el Emperador—. El Cadete Vanto permanecerá en Coruscant y terminará su enseñanza en la Real Academia Imperial.

—Sí, Su Majestad —dijo Parck, dirigiendo una breve mirada a Vanto y luego a Thrawn—. Informaré al Almirante Foss de este cambio.

«La cara de Vanto irradia con más fuerza que antes y los músculos de su garganta se han puesto rígidos. Empieza a abrir la boca, como para hablar, pero la cierra sin decir palabra. No comprende. Ni lo comprenderá. Al menos por un buen tiempo».

En la Academia Myomar, situada en la Región en Expansión, el personal y los ayudantes eran sobre todo residentes de mundos lejanos. Allí, Eli había estado entre los de su propia clase, lo más relajado y cómodo posible, dada la insoportable presión del régimen de entrenamiento más intenso del Imperio.

El personal de la Real Academia Imperial, en contraste, estaba integrado exclusivamente por la elite del Imperio, con un cuerpo de estudiantes que concordaba con eso. Desde el momento en que Eli y Thrawn pusieron un pie fuera del transbordador del Palacio, sintió que los ojos de todos estaban fijos con determinación en los recién llegados. Y no tenía duda, además, de que casi todos esos ojos eran hostiles: el alienígena y el campesino de mundos olvidados. Eli pensó con enfado que eso daría lugar a alguna broma que se volvería clásica. El Comandante Deenlark evidentemente lo pensaba así.

—Vaya —externó, mientras parpadeaba y pasaba la vista entre ambos, quienes permanecían en posición de firmes frente al escritorio—. ¿Esta es la idea que tiene el Almirante Foss de una broma?

Thrawn no respondió: al parecer, le dejó eso a Eli. Estupendo.

—El mismo Emperador nos envió aquí, señor —dijo Eli, sin saber qué más decir.

—Esa fue una pregunta retórica, cadete —refunfuñó Deenlark, con los ojos fijos debajo de las densas cejas—. *Sí* tienen palabras complicadas como «retórica» en el Espacio Salvaje, ¿verdad?

Eli apretó los dientes.

—Sí, señor.

—Bien —dijo Deenlark—. Porque aquí usamos una gran cantidad de palabras importantes. No quisiéramos que se perdieran en ellas. —Desplazó su vista hacia Thrawn—. ¿Cuál es *tu* excusa, alienígena?

—¿Mi excusa para qué, señor? —preguntó Thrawn con calma.

—Tu excusa para vivir —dijo Deenlark con mordacidad—. Dime.

Thrawn permaneció en silencio y por unos segundos intercambiaron miradas. Luego el labio de Deenlark se contrajo.

—Claro, como pensaba —dijo con amargura el comandante—. Tienes la maldita suerte de que le hayas agradado al Emperador. Aunque no me imagino *por qué*.

Hizo una pausa, como si esperara que Thrawn se lo explicara. De nuevo, el chiss no respondió.

—Bien —dijo Deenlark, al final—. El mensaje de Foss decía que ya eras una especie de soldado bonito, que lo único que necesitabas era un poco de orientación en los procedimientos, el equipo y la terminología imperiales. Eso representa un curso de seis meses para el recluta burdo típico. Tal vez dos años para cadetes provenientes del último rincón de ninguna parte —agregó y se quedó viendo a Eli.

Eli había aprendido que en ocasiones lo mejor era no decir una palabra. Esta era una de ellas. Mantuvo la cabeza levantada, los ojos enfocados directamente al frente y la boca cerrada.

—Así que este es el trato —dijo Deenlark y se dio vuelta hacia Thrawn—. Al Cadete Vanto le faltan tres meses para que se le comisione. Ese es todo el tiempo que tienes para ponerte al corriente. Si no lo logras, quedarás fuera.

—Es probable que el Emperador no esté de acuerdo —dijo Thrawn con tono amable. El labio de Deenlark se contrajo.

—El Emperador comprenderá —dijo, pero había perdido parte de su aire fanfarrón—. Su propio mandato para las academias es que produzcan oficiales valiosos para el servicio imperial. Cualquier cosa menos que eso y toda la armada sufrirá, oficiales y reclutas por igual. Por supuesto, si el Emperador quiere dejarte aquí por decreto, puede hacerlo. —Alzó las cejas—. Espero que pruebes que eres lo bastante bueno para que no tenga que hacer eso.

—Ya veremos —dijo Thrawn.

—Supongo que sí. —Deenlark frunció los labios—. Una cosa más. Foss dijo que te irías de aquí como teniente, en lugar del rango estándar de alférez. Era algo relacionado con ponerte en una posición de mando lo antes posible. Me imagino que no hay por qué perder tiempo. —Abrió un cajón, extrajo una insignia de teniente y la lanzó girando de modo que aterrizó en la orilla del escritorio, enfrente de Thrawn—. Aquí tiene. Felicidades, teniente. El Cadete Vanto puede mostrarle qué lado de la insignia va hacia arriba.

—Gracias, señor —dijo Thrawn cortésmente y recogió la placa—. Supongo que se enviarán uniformes apropiados a nuestros cuarteles.

—Sí —dijo Deenlark, con el ceño fruncido—. ¿Está seguro de que necesita un traductor? Parece hablar muy bien el básico.

Eli sintió un aleteo de esperanza. Deenlark ya había dejado en claro que no estaba feliz con este arreglo. No podía tocar a Thrawn directamente, pero tal vez podría expresar algo de su molestia si se negaba a aceptar a Eli como traductor. Si lo hacía, tal vez aún quedaba tiempo para que regresara a Myomar y terminara su educación en un entorno más cómodo.

—Aún hay muchos términos técnicos y de jerga con los que no estoy familiarizado —dijo Thrawn—. Su servicio será de lo más valioso.



—Estoy seguro que sí —concedió Deenlark con renuencia—. Bien. Ahora lárguense de aquí. Quiero decir, *pueden irse, cadetes*. Se les ha asignado un aposento doble: el guardián de afuera hará que un droide ratón los lleve allí. Los horarios y las instrucciones están en su computadora, suponiendo que se las arreglen para encenderla.

—Estoy familiarizado con sus sistemas de cómputo —dijo Thrawn.

—Le hablaba a Vanto —dijo Deenlark con sarcasmo—. Pueden irse.

El guardián era tan rígido como el comandante, aunque eficiente. Dos minutos después, Eli y Thrawn seguían a un droide ratón mientras se escurría por el pasadizo elevado que llevaba a las Barracas Dos.

Así de simple, la vida de Eli quedó completamente de cabeza. La trayectoria de su carrera con la armada, calculada e implementada con tanto cuidado, se había ido. Lo peor era que el hecho de que aunque se encaminara firmemente a graduarse en Myomar no significaba que también lo lograría en el entorno mucho más difícil de la Academia Imperial. Aunque sólo le faltaban tres meses, aún podía tropezar. Sobre todo porque dividiría el tiempo entre los estudios y los juegos de palabras con Thrawn, un alienígena que actuaba más como un pez en tierra que el propio Eli y que difícilmente alcanzaría el éxito.

Eli sabía cómo eran las academias imperiales. Había escuchado todas las bromas que se hacían sobre falleens, umbaranos, neimoidianos y otros alienígenas. Y la Real Imperial, justo en el centro del Imperio, casi seguramente sería la peor de todas. Thrawn tenía tantas posibilidades de sobrevivir aquí como un pájaro herido en un nido de blood spites.

Cuando cayera, ¿Eli caería con él? No tenía idea, pero suponía que posiblemente sí.

—Pareces pensativo —dijo Thrawn.

Eli hizo una mueca. El chiss no tenía idea de qué era en lo que se había metido.

—Sólo me preguntaba cómo nos iba a ir aquí.

—Sí —Thrawn se quedó en silencio un momento—. Una vez hablaste de una jerarquía planetaria y social. Dime cómo esa jerarquía se... —hizo una pausa—. *Binesu*.

Eli suspiró.

—Manifiesta.

—Gracias. ¿Cómo se manifiesta aquí esa jerarquía?

—Tal vez igual que en cualquier academia militar —dijo Eli—. El comandante está en la cima, los instructores se encuentran abajo de él y los cadetes están más abajo de estos últimos. Muy simple, en realidad.

—¿Hay buenas relaciones entre cada capa de autoridad?

—No lo sé —dijo Eli—. Tienen que trabajar juntos, así que supongo que todos se llevan bien.

—Pero ¿hay rivalidad entre cadetes?

—Por supuesto.

—¿Los cadetes no tienen rango o jerarquía militar oficial hasta la graduación?

—Hay un orden social no escrito —dijo Eli, con el ceño fruncido—. Nada oficial. ¿Por qué todas esas preguntas?

—Por esto —Thrawn abrió la mano y miró la insignia del rango de teniente que yacía en su palma—. Deseo comprender por qué me la dio.

—Bueno, no fue por la bondad de su corazón —resopló Eli—. Tampoco fue para ahorrar tiempo.

—Explica.

Eli resopló.

—Mira. Son tres las reacciones que vas a provocar en cuanto empieces a mostrar esa insignia. Una: algunos estudiantes e instructores te verán como mascota de Deenlark y te resentirán por eso.

—¿Qué es una «mascota»?

—En este caso, es jerga para «estudiante consentido» —le dijo Eli—. Ese grupo te resentirá por todos los privilegios que aparentemente estás obteniendo.

—No espero obtener privilegios.

—No importa: aun así se imaginarán que estás obteniendo algunos. La reacción número dos será que algunos te verán como un oficial fallido que ha sido enviado de regreso para repasar lo que no aprendió. Ese grupo te tratará con desprecio total.

—Así que esto es más un arma que un regalo.

—Un arma en contra *tuya*, claro —dijo Eli—. Por último están los del grupo tres: pensarán que eres una broma. No, pensándolo mejor, tal vez creerán que eres una prueba.

—¿Qué tipo de prueba?

—De las difíciles —dijo Eli. Sí, esa debió ser la intención de Deenlark—. Está bien. Aquí se supone que no debes faltar al respeto a los superiores. Supongo que también es así en la milicia chiss, ¿verdad?

—Normalmente —dijo Thrawn con sequedad.

Eli hizo una mueca. Por un momento había olvidado que Thrawn acababa de llegar al Imperio.

—Bueno, oficialmente tampoco tenemos permitido faltarle al respeto a los alienígenas —añadió de prisa—. Digo *oficialmente* porque eso es lo que las órdenes generales dicen que se supone que debemos hacer. Pero no es eso lo que siempre hacemos *realmente*.

—¿A ustedes les desagradan los seres que no son humanos?

Eli dudó. ¿Cómo se suponía que debía responder a eso?

—Había gran cantidad de diferentes grupos no humanos en el movimiento separatista —dijo; cada palabra elegida con todo cuidado—. En las Guerras de los Clones murieron muchas personas y se devastaron mundos enteros. Aún hay mucho resentimiento por eso, sobre todo entre los seres humanos.

—Pero ¿no había otros grupos no humanos aliados con la República?

—Seguro —dijo Eli—. La mayoría actuó bien. Pero, los seres humanos aún cargaron con casi todo el peso. —Lo pensó bien—. Bueno, esa es la percepción, en todo caso. No sé si sea verdad.

Thrawn asintió, ya sea porque estaba de acuerdo o como simple reconocimiento.

—En todo caso, ¿no sería más razonable molestarse sólo con los grupos no humanos que se les opusieron?

—Tal vez —dijo Eli—. Bueno, de acuerdo: definitivamente. Es probable que haya empezado de esa manera. Pero, en ocasiones ese tipo de cosas se filtran hacia otros grupos inferiores —titubeó—. Encima de eso, hay mucho desprecio en los Mundos Centrales hacia la gente de cualquier lugar más allá del Borde Medio, humana o no humana por igual. Y como yo soy del Espacio Salvaje y tú de las Regiones Desconocidas, estamos metidos hasta el fondo de la Zona del Desprecio.

—Ya veo —dijo Thrawn—. Si lo comprendo, soy intocable por tres razones: soy un oficial, no soy humano y soy de la orilla despreciada del Imperio. Así que la prueba para los cadetes sería ver qué tan creativos pueden ser para faltarme al respeto.

—En resumen —dijo Eli—. Además: ¿qué tan cerca de la línea pueden llegar sin traspasarla?

—¿Cuál línea?

—La línea donde hayan hecho algo que no puede ignorarse —dijo Eli, mientras trataba de pensar—. Está bien, probémoslo así. Alguien puede tirarte de una pasarela y asegurar que *tú* fuiste quien chocó contra él. Pero no puede entrar en tus aposentos y arruinar tu computadora. ¿Ves la diferencia? En el segundo caso, no hay manera de que pueda asegurar que tú tienes la culpa.

—A menos que afirme que en esa computadora tenía datos que le robé y que él sólo trató de recuperarlos.

Eli hizo una mueca.

—No había pensado en eso —dijo—. Pero sí, así es exactamente como funcionaría. Aunque en este caso tendría que probar que tú *habías* robado los datos para salirse con la suya.

—Podrían plantarlos después de entrar en mis aposentos.

—Supongo —dijo Eli. Esto se estaba poniendo cada vez mejor—. Parece que vamos a tener que caminar sobre cáscaras de huevo durante los siguientes tres meses.

Thrawn se quedó en silencio otro momento.

—Supongo que es otro término de jerga —dijo—. Tal vez sería mejor que no tengas que caminar conmigo sobre esas cáscaras de huevo.

—Sí, bueno, eso lo debiste pensar antes de pedir al Emperador que me quedara como tu traductor —dijo Eli con amargura—. ¿Quieres llamar al palacio y decirles que has cambiado de opinión?

—Todavía necesito tus servicios —dijo Thrawn—. Pero te puedes unir a los demás para expresar tu desprecio por mí.

Eli frunció el ceño.

—¿Cómo está eso?

—¿Perdón?

Eli hizo un gesto de fastidio. En ocasiones, Thrawn captaba el sentido de ciertas frases de inmediato. En otras, no tenía ni idea.

—Eso significa que quiero que lo repitas o que expliques de otra manera lo que quisiste decir.

—¿Las palabras no fueron claras? Muy bien. Puedes hacer evidente para los demás que no soy más que una comisión. Alguien a quien tú, más o menos, te resististe y quien te desagrada por completo.

—No me disgusta mi comisión —protestó Eli; la mentira cortés había llegado automáticamente a sus labios—. Y no me desagrada.

—¿No? —replicó Thrawn—. Por mí te apartaron de tu nave y te trajeron a esta Academia, a la que le temes.

Eli sintió que algo se agitaba en su interior.

—¿Quién dijo que le temo? —exigió una respuesta—. No tengo miedo. Nada más que no me entusiasma pasar mi último periodo con un montón de presumidos del Mundo Central, eso es todo.

—Me da gusto escuchar eso —dijo Thrawn con seriedad—. Debemos resistir juntos.

—Claro —dijo Eli y frunció el ceño con dureza. ¿Lo había manipulado para que apoyara al chiss contra cualquier cosa que la Real Imperial pudiera lanzarles? Al parecer, así había sido. Lo que no significaba que no pudiera echarse atrás en el momento que quisiera. Y ese momento muy bien podría llegar—. Lo espero con ansias —dijo—. Cambio de tema. ¿Realmente conociste al General Skywalker?

—Sí —dijo Thrawn y su voz se volvió distante—. Fue una época interesante.

—¿Y ya? ¿Es todo lo que vas a decirme: que fue *interesante*?

—Por ahora —dijo Thrawn—. Tal vez después hablaremos más de eso. —Abrió la mano y miró su nueva insignia de rango—. No puedo dejar de ser no humano o venir de una región que no merece respeto —comentó—. Pero tal vez sería mejor si mantenemos este secreto entre nosotros. —Se guardó la insignia en la túnica.

Eli asintió.

—Me parece bien.

Adelante, el droide ratón dio vuelta frente a un edificio de tres pisos y se detuvo, esperando a que alguien abriera la puerta.

—Supongo que ya llegamos —agregó Eli—. Veamos lo que el almirantazgo nos ha preparado.

—Luego veremos nuestro horario y nuestras labores —dijo Thrawn—. Y nos dispondremos lo mejor posible para la masacre.

Eli suspiró.

—Sí. Y eso.

## CAPÍTULO 4

---

«En cierta medida, la dirección del camino elegido por uno mismo selecciona automáticamente los caminos que lo pueden cruzar. El camino de un guerrero se intersecará con el de otros guerreros, aliados y enemigos por igual; el de un trabajador se intersecará con el de otros trabajadores.

»Sin embargo, como en los juegos de cartas o dados, en ocasiones ocurren cruces inesperados. Algunos se deben al azar, otros obedecen a un diseño y otros ocurren por un cambio en los objetivos propios. Algunos más surgen por la malicia. Esas manipulaciones pueden resultar efectivas a corto plazo, pero las consecuencias a largo plazo suelen ser peligrosamente difíciles de predecir.

»El camino de Arihnda Pryce es uno de esos ejemplos. Un estudio profundo y perceptivo de este servirá como una lección valiosa y como una advertencia aún más valiosa».

—¿Señorita Pryce?

Arihnda Pryce se detuvo y se dio vuelta. Arik Uvis venía corriendo hacia ella por el largo corredor, con un datapad en la mano y una expresión intensa en el rostro.

Arihnda frunció el ceño para sí. Uvis, con una de sus preguntas o comentarios absurdos, no era algo con lo que quisiera tratar ahora mismo. Pero no se iba a ir, y el edificio corporativo de Minera Pryce era demasiado pequeño como para evitarlo con éxito todo el día. Tal vez sería mejor que terminara con esto de una vez.

Él la alcanzó y se detuvo.

—Señorita Pryce —repitió, con dificultades para respirar. El hombre tenía más de treinta años, casi la misma edad que Arihnda, pero mucho peor vividos—. Me da gusto alcanzarla.

—¿Qué puedo hacer por usted, señor Uvis? —preguntó Arihnda, con expresión y voz neutrales.

—Escuché un rumor de que su padre acaba de descubrir una veta de doonium hasta ahora desconocida —dijo Uvis—. ¿Es verdad?

—Sí —dijo Arihnda, mientras se preguntaba ominosamente quién había filtrado la noticia. El doonium era uno de los metales más duros conocidos, lo que lo convertía en un componente clave en la manufactura de los cascos de naves de guerra, y bajo el programa recién acelerado de la Armada Imperial el precio del metal se había ido a las nubes. Aun una pista de que se había encontrado una veta fresca sería suficiente para iniciar un frenesí entre refinadores y compradores de minerales—. ¿Puedo preguntar cómo se enteró?

—Eso es lo de menos —dijo Uvis—. Lo que importa es que podamos mantener en secreto el hallazgo para sacar la mayor ventaja de él.

—Estoy segura de que mi madre ya está viendo eso —aseguró Arihnda—. Tenemos varios contactos entre comercializadores capaces de manejar algo como esto.

Uvis resopló.

—Estoy seguro de eso —dijo en un tono vagamente condescendiente—. Gente pequeña, local, sin duda, que trabaja con una promesa y un saludo de mano.

—No todos son pequeños —dijo Arihnda, con gran esfuerzo para no mostrar irritación. Uvis era un extranjero del Centro, impuesto de cierta manera por la oficina del Gobernador Azadi hacía unos seis meses estándar. Podía contar con una mano los viajes que él había hecho fuera del área de la Ciudad Capital durante ese tiempo. No sólo desconocía casi todo lo relacionado con Lothal, sino que evidentemente no le importaba conocerlo—. En todo caso, ¿cuál es el problema de que lo sean? Si ninguno de ellos puede manejar el contrato completo, haremos tratos con dos, tres o cuatro. Todo está interconectado aquí.

—No tengo duda de que ese sistema funciona bien para un mundo común de las regiones apartadas del Borde Exterior —dijo Uvis con paciencia forzada—. Sin embargo, algunos de nosotros tenemos mayores ambiciones para Lothal.

Arihnda resopló de manera poco perceptible. Ambiciones para un mundo poco valioso y apartado como Lothal. Bien.

—Buena suerte.

—Lo digo en serio —insistió Uvis—. Ahora que tenemos una veta de doonium...

—*Nosotros* tenemos una veta de doonium —Arihnda lo interrumpió—. Minera Pryce. No usted ni Lothal. *Nosotros* la tenemos.

—Bien —dijo Uvis—. Sólo recuerde que la oficina del gobernador y yo estamos incluidos en ese «nosotros». Somos sus socios, ¿recuerda?

—No por mucho tiempo —dijo Arihnda—. En cuanto las ganancias por el doonium empiecen a llover, vamos a pagar su préstamo. Podemos hacerlo: lo dice el contrato.

—El contrato no anticipaba algo como esto. —Uvis respiró a fondo—. Mire, Arihnda, esta es la realidad: sí, ahora tienen riqueza, más de la que habían soñado. Eso significa que es su gran oportunidad, no sólo para Minera Pryce, sino también para usted personalmente.

—De verdad —dijo Arihnda, con un tono que quiso ser sarcástico. Aunque no logró expresarlo así por completo. Porque él tenía razón, este tipo de súbita riqueza podía finalmente permitirle salir de aquí. Alejarse no sólo de los negocios familiares sino completamente de Lothal.

—También llamará la atención y no necesariamente la del tipo bueno —continuó Uvis—. Usted necesita...

Se interrumpió cuando una cabeza de martillo ithoriana apareció en la esquina y pasó de prisa junto a ellos, con una pila de tarjetas de datos en la mano. Arihnda recordó

vagamente que era la sobrina de alguien, que trabajaba en un interinato de dos semanas. La ithoriana murmuró un «Buenos días» y desapareció por una esquina diferente.

—Necesita apoyo —dijo Uvis—. Más que eso: necesita protección. El Gobernador Azadi puede brindársela.

La nebulosa idea de salir finalmente de Lothal se esfumó en una repentina nube de sospecha.

—¿Protección? —replicó—. ¿O se refiere a toma del control?

—No, por supuesto que no —protestó Uvis.

—¿De verdad? —dijo Arihnda—. Porque hemos oído esto antes. Otras personas han venido a Lothal, muchas, a buscar maneras de levantarnos del polvo y, casualmente, hacerse ricos. Tarde o temprano, todos descubrieron que la gente aquí es obstinada, resuelta y carece de interés en que tipos bonitos del Centro les digan lo que tiene que hacer.

—Me da gusto que Lothal se haya conformado con la mediocridad —incredó Uvis—. Pero ese patrón se ha terminado. Los tipos bonitos regresarán, esta vez para quedarse. Comerán peces pequeños, como Minera Pryce, en el desayuno.

—No me amenace, Uvis —le advirtió.

—No la estoy amenazando —dijo él—. Lo que trato de decirle es que todo está a punto de cambiar. Una gran corporación minera tiene una docena de maneras de meterse a una operación pequeña como la de ustedes y apoderarse de ella o explotarla hasta secarla. Ni usted ni yo queremos eso, y el Gobernador Azadi definitivamente tampoco lo quiere.

Con un esfuerzo, Arihnda logró controlar de nuevo su temperamento. ¿Así que Uvis ya le había dicho a Azadi sobre el doonium?

Demonios. En una comunidad tan cerrada como Ciudad Capital, eso significaba que la mitad de los ciudadanos ya lo sabía ahora. Y si la mitad de los ciudadanos lo sabía, una buena cuarta parte de los extranjeros en el área probablemente también.

—Supongo que ya tiene una solución que ofrecer.

—La tenemos —aseguró Uvis—. Empezamos con que ustedes le venden al gobernador otro veintiún por ciento de Minera Pryce. Eso haría...

—¿Qué? —exclamó Arihnda, mientras sentía que se quedaba boquiabierta—. Por supuesto que no. Ustedes no van a tener una participación que les permita controlar la compañía.

—Es la única manera de quitarles de encima a una megacorporación depredadora —dijo Uvis—. Con el poder y la oficina del gobernador protegiéndolos, haremos tratos con refinerías *reales*, de las que tienen dinero e influencias...

—No —dijo Arihnda llanamente.

Uvis respiró a fondo.

—Sé que este es un gran paso —dijo él, con tono tranquilizador—, pero es la única manera...

—Dije que *no* —repitió Arihnda.

—Por lo menos necesita comentarle a sus padres la oferta del gobernador —persistió Uvis—. Cuando menos a su madre. Como administradora general, necesita saber...

—¿Qué parte de «no» lo está confundiendo?

El rostro de Uvis se ensombreció.

—Si usted no lo hace, lo haré yo.

—No, lo que va a hacer es desaparecer de mi vista —le dijo Aarihnda—. En realidad, lo que puede hacer es salir de nuestra propiedad.

Él resopló.

—Por favor, soy el dueño del treinta por ciento de Minera Pryce. No puede echarme de aquí así como así.

—La familia Pryce posee el setenta por ciento —replicó Aarihnda—, y los droides guardias nos obedecen a nosotros.

Se miraron a los ojos un largo momento. Luego Uvis inclinó la cabeza.

—Muy bien, señorita Pryce —dijo—. Pero escuche esto. Puede sentarse en su mundito sucio, como una enorme rana en un pequeño charco polvoso, y pensar que puede mantener su posición aislada contra la galaxia, pero no puede. Cuanto antes se dé cuenta de eso, menos será el costo para usted —alzó las cejas— y para sus padres.

—Adiós, señor Uvis —dijo Aarihnda.

—Adiós, señorita Pryce —dijo él—. Llámeme cuando esté lista para entrar en razón.

Uvis se había ido, pero la nube que dejó sobre Aarihnda persistió. Una docena de veces al día pensó en ir con su madre y contarle de la advertencia y el ofrecimiento de Uvis. Sin embargo, cada una de esas veces decidió no hacerlo. La mina había sido parte de su familia casi desde los primeros asentamientos planetarios, y sabía que sus padres caerían peleando en lugar de cederla.

Tenían derechos legales plenos sobre la mina, la tierra y el negocio. Más aún, el sistema legal de Lothal, donde se escucharía cualquier desafío, estaba lleno de conocidos, proveedores, clientes, amigos y amigos de amigos. Era la única ventaja de vivir en un mundo fronterizo y adormilado. Cada vez que corporaciones, seres inescrupulosos o gusanos rastrosos de la oficina del gobernador trataron de echarlos, habían capoteado la tempestad.

Trabajó hasta tarde para terminar de ordenar los datos del día y diseñar un informe para el momento en que sus padres decidieran anunciar la noticia. Que la mitad de Lothal probablemente ya lo supiera no significaba que a fin de cuentas no tuvieran que comunicarlo oficialmente.

Era casi de noche cuando finalmente dejó la oficina. Se dirigió a casa, conduciendo con más lentitud de lo habitual, observando los colores en el cielo de occidente y la luz que se desvanecía mientras algunos destellos se reflejaban en los arbustos y las intrincadas formaciones rocosas que bordeaban el camino. En el horizonte, las luces de los edificios



de Ciudad Capital se estaban encendiendo, con un brillo más suave y blanco que los rojos y rosas de la puesta de sol. De algún lado, a la distancia, llegaron gritos felices de niños que jugaban. En el horizonte vio un par de speeders aéreos, probablemente con adolescentes a los controles, alardeando sobre las colinas onduladas, cubiertas de hierba, mientras cazaban el sol poniente. Era el tipo de belleza primitiva por la que deliraban los asesores de viajes. Sin embargo, Arihnda la odiaba.

No siempre había sido así. Por un tiempo, de niña, adoró la vida tranquila, los espacios abiertos y la compañía de niños de tantas especies y antecedentes diferentes. Sin embargo, durante la adolescencia la quietud empezó a aburrirla; los espacios abiertos, a parecerle carentes de cultura y excitación; los lugares familiares, sofocantes y aburridos. A menudo, mientras permanecía despierta en cama, había observado las estrellas por la ventana y deseado de todo corazón escapar a un mundo *real* en algún lado, un sitio con emociones, luces brillantes y gente sofisticada.

Nunca lo había hecho. No obstante, una vez dejados atrás sus años de juventud y hecha la transición a las responsabilidades de la edad adulta, supo que nunca escaparía. El dolor y la frustración habían disminuido un poco en la última década, pero nunca desaparecieron por completo. Aún odiaba la vida ahí, pero era un odio familiar, constante, como un dolor sordo que nunca había sanado por completo.

Redujo un poco más la velocidad en su speeder de superficie, para contemplar la interacción entre la luz de la ciudad y el brillo de la puesta de sol. Sospechaba que en mundos con emociones y luces brillantes, muchos de los habitantes nunca llegaban siquiera a ver el horizonte, mucho menos la puesta de sol. Por supuesto, tal vez ni siquiera les interesaban esas cosas. Si estuviera allí, dudaba que le interesarían.

¿Tendría razón Uvis y los depósitos de doonium serían su oportunidad de escapar, por fin? Resopló. Por supuesto que no. Todo ese discurso había sido un juego mental, diseñado para distraerla de su intento de abrirse paso al control de la compañía.

Que lo intentara. No tenía un gusto especial por la vida aquí, pero era su vida; Minera Pryce era *su* compañía. Vería a Uvis en el infierno antes de permitir que alguien la robara.

Los últimos jirones de color se habían desvanecido. Estaba estacionando el speeder terrestre en su garaje, cuando sonó el timbre de su intercomunicador. Miró la identificación (era su padre) y contestó.

—Hola, padre —lo saludó—. ¿Qué pasa?

—Arihnda, necesitas ir a la comisaría de inmediato —dijo Talmoor Pryce, con voz casi irreconocible—. Han arrestado a tu madre.

Arihnda abrió mucho los ojos.

—¿*Qué?* ¿Por qué demonios? ¿Y quién lo ordenó?

—La queja vino de la oficina del gobernador —dijo Talmoor, mientras su respiración surgía en cortas erupciones—. El cargo es malversación.

Talmoor Pryce había trabajado en la mina de la familia toda su vida, y Arihnda lo había visto actuar con tranquilidad y decisión en docenas de situaciones de crisis. Pero esta no se relacionaba con la mina y por una vez evidentemente no tenía idea de qué hacer. Al parecer, la policía tampoco.

Talmoor y Arihnda estaban en muy buenos términos con varios de ellos, pero esta vez esos contactos personales no fueron suficientes para suavizar las cosas o siquiera para abrirse paso entre el desorden burocrático. Todo lo que la policía podía decir era que Elaine estaba bajo custodia, que se había negado la solicitud de fianza y que se tenían órdenes de no permitirle visitas. No se mencionó a la persona que dio la orden, pero todo había llegado directamente de la oficina del gobernador. Por supuesto, Arihnda no ignoraba quién estaba detrás.

—Arik Uvis trabaja en la oficina de Azadi —señaló Talmoor mientras él y Arihnda dejaban la comisaría—. Tal vez pueda ayudar.

—Tal vez —dijo Arihnda, mientras un aguijón de culpa rompía brevemente el hielo que se había formado en su alma. Viéndolo en retrospectiva, *debió* contarles a sus padres la última conversación con Uvis. Por lo menos no habrían quedado completamente cegados ante este cobarde ataque—. Iré a verlo después de que te deje.

—Gracias, pero me siento bien —dijo Talmoor—. Podemos ir a verlo juntos.

—En realidad creo que debes ir a casa —insistió Arihnda. En un rincón de su mente se estaba formando lentamente un plan, de los que funcionaban mejor sin testigos presenciales—. Barkin va a seguir tratando de sacarla bajo fianza. Si lo logra, no querrás estar al otro lado de Ciudad Capital cuando mi madre esté lista para que vengas por ella.

—Supongo que tienes razón —concedió Talmoor—. Me informarás lo que diga Uvis, ¿verdad?

—Por supuesto —prometió Arihnda—. Pero no espero que pase algo de inmediato. Trata de dormir un poco, ¿te parece?

—Lo intentaré. —Él se le quedó viendo, con los ojos ligeramente entrecerrados—. Ten cuidado, Arihnda.

—No te preocupes —le aseguró Arihnda sombría—. Lo tendré.

Fue pura buena suerte que el Senador Domus Renking estuviera en Lothal, en lugar del distante mundo de Coruscant donde pasaba casi todo el tiempo. De acuerdo con el boletín de prensa, había regresado a su mundo de origen para tomar unas cortas vacaciones y tener algunas reuniones con el Gobernador Azadi y otros líderes políticos e industriales. Su partida estaba programada para dos días después.

Arihnda llegó precisamente a las nueve de la mañana, cuando abrió la oficina de Renking, dio su nombre y explicó la razón de su visita a una mujer sonriente en la recepción. Dos horas más tarde, finalmente la condujeron al interior.

—Señorita Pryce —Renking la saludó y se puso cortésmente de pie cuando la vio entrar—. Por favor, tome asiento.

—Gracias, senador —dijo Arihnda, mientras pasaba entre el par de guardias silenciosos que flanqueaban la entrada y seguía hacia la silla frente al escritorio de Renking—. Gracias por recibirme.

—Probablemente era inevitable —comentó Renking con una sonrisa y esperó a que ella se sentara para volver a tomar asiento—. Entiendo que su madre, Elainye, ha sido arrestada por malversación.

—Sí, así es —dijo Arihnda—. Es inocente.

Renking se echó hacia atrás en su silla.

—Cuénteme más.

—Sí, senador —Arihnda encendió su datapad y tecleó para desplegar el primer archivo—. Antes que nada, aquí están las finanzas de mi madre —dijo, colocó el datapad sobre el escritorio y le dio vuelta para que quedara frente a él—. Verá que no hay aumentos en ninguna de sus cuentas. De haber malversado fondos, el dinero habría ido a algún lado.

—Pudo crear una cuenta secreta —señaló Renking—. Quizás fuera de los mundos conocidos.

—De acuerdo —dijo Arihnda—. Pero si los malversó, los fondos tuvieron que salir, por definición, de Minera Pryce. Busqué en todas las cuentas de la compañía y ahondé en todos los vectores a los que tenía acceso. No hay indicaciones de dinero, crédito o recursos faltantes. Ni de transacciones virtuales.

—Que usted haya podido encontrar.

—Sé más de las operaciones de cómputo de Minera Pryce que mi madre —dijo Arihnda—. No hay manera de que pudiera sacar algo sin que yo fuera capaz de seguirle el rastro.

—Ajá —dijo Renking—. Supongo que se da cuenta de cómo la hace ver eso a *usted*.

—Sí, y yo tampoco malversé fondos —dijo Arihnda, estiró la mano a través del escritorio y desplegó el siguiente archivo—. Estos son los datos de las ganancias de la compañía en los últimos dos años. Verá que hay caídas y resurgimientos regulares en ese periodo.

—Fluctuaciones de los mercados galácticos —comentó Renking, mientras asentía—. Sucede en todas las industrias. ¿Qué intenta demostrar?

—Verá que hay un patrón —dijo Arihnda—. Hundimientos aquí, aquí y aquí. En caso de malversación, tal vez se hubieran coordinado para caer en el lugar adecuado y, con suerte, pasar desapercibidas.

—Dijo *en caso de* malversación —dijo Renking—. Tenía la impresión de que la oficina del Gobernador Azad había confirmado que hubo fondos faltantes.

—Es lo que he oído —dijo Arihnda y se preparó mientras tecleaba de nuevo en el datapad. Ahora venía la parte difícil—. Aunque tal vez no se trate simplemente de fondos faltantes. He aquí un video de seguridad de una fiesta en la compañía, hace dos semanas,

justo en medio de la última caída financiera. —Señaló a un ser de cara ancha con papadas difusas y ojos muy abiertos, vestida con una túnica color café oscuro—. ¿Ve a la lutrilliana aquí al lado?

—Sí.

—Es Pomi Harchmak —dijo Arihnda—. Maneja las operaciones de inventario de equipo pesado. Su cuenta está separada de los fondos de la operación principal. Ahora... aquí. ¿Ve cómo sale del salón justo cuando la fiesta está en su mejor momento?

—Sí —dijo Renking—. ¿A dónde lleva ese pasillo?

—Al conjunto de oficinas centrales —dijo Arihnda—. Su escritorio está allí. Desde él se tiene acceso a todo el sistema de inventario. Ah, y una orden reciente de cabezas de excavación acababa de llegar, con los fondos programados para salir a la mañana siguiente. Un momento perfecto para actuar.

—También un momento perfecto para que una asistente borracha vaya al baño —señaló Renking—. ¿Qué es lo que la hace pensar que estaba haciendo precisamente eso?

—Porque salió tres veces más en las dos horas siguientes y se ausentó diez minutos cada vez —dijo Arihnda.

—¿Qué tiene que ver eso?

—Así es como funcionan aquí las transacciones financieras —dijo Arihnda—. No sé cómo sea en Coruscant, pero en Lothal el desplazamiento seguro de fondos suele necesitar dos o tres puntos de contacto, y los códigos de autorización en ocasiones van de un lado a otro por una hora o más.

Renking vociferó.

—¡Qué ineficiente!

—Demasiado ineficiente —concordó Arihnda, con amargura. Era una parte más de las costumbres pintorescas de Lothal que la enfurecían—. Pero estamos atrapadas en ellas. Los bancos y los proveedores tienen sus maneras de hacer las cosas, y ninguno de ellos desea pasar todo a computadoras o droides. Todos quieren tener un toque personal en las grandes transacciones.

—Sí, eso *sí* suena a algo de Lothal —concedió Renking. Colocó un dedo sobre el datapad—. ¿Puedo?

—Por supuesto.

Dio un golpecito en el datapad para avanzar rápidamente la grabación. Hasta donde Arihnda podía saber, él no sospechaba que lo dicho fuera algo más que la verdad. Eso era, en realidad... excepto que Arihnda recordaba que su madre le mencionó temprano ese mismo día que Pomi Harchmak había tenido problemas digestivos. Lo que significaba que todas esas desapariciones seguramente  *fueron*  para ir al baño.

Tal vez Harchmak era inocente. Tal vez no había fondos faltantes, y Uvis únicamente estaba haciendo una jugarreta desvergonzada para tomar el control. O tal vez lo del estómago había sido un engaño y una excusa y Harchmak era genuinamente culpable.

Arihnda no lo sabía y tampoco le importaba. Todo lo que le preocupaba era apartar las sospechas de su madre lo suficiente para persuadir a Renking de que interviniera. Una vez que lo hiciera, la culpabilidad o inocencia de Harchmak sería problema de ella.

—¿Puedo hacer una copia de esto? —preguntó Renking.

—En realidad, ya le hice una —dijo Arihnda, sacó una tarjeta de datos de su bolsillo y la colocó sobre el escritorio.

Él sonrió con ironía mientras la recogía.

—Estaba usted muy segura de lo que pasaría, ¿o no?

—Todo lo contrario —dijo Arihnda—. Si no hubiera podido verlo en persona, pensaba que por lo menos podría ver la evidencia que había compilado.

—Me da gusto haber decidido tomarme el tiempo —dijo Renking—. Permítame un momento.

Terminó de ver la grabación de seguridad y luego, en silencio, empujó el datapad al otro lado del escritorio, hacia Arihnda, y se volvió a su computadora. Durante los minutos siguientes golpeó las teclas, mirando la pantalla. Arihnda permaneció en su lugar, tratando de interpretar, sin éxito, la expresión de él. Finalmente, golpeó la última tecla y se dio vuelta para quedar frente a ella.

—He aquí la situación —dijo él, con voz seria—. En primer lugar, como están las cosas, no puedo levantar el cargo de malversación.

Arihnda se le quedó viendo. Esa no era la respuesta que esperaba.

—¿Qué hay de Harchmak? Acabo de mostrarle otra sospechosa que es por lo menos tan viable como mi madre.

—Ah, es viable, de acuerdo —concordó Renking—. No tengo duda de que será detenida en cuanto pase esto a la policía. Pero sin pruebas de la inocencia de tu madre, el Gobernador Azadi no va a soltarla.

—¿Por lo menos podemos sacarla bajo fianza?

—¿En realidad no comprende de qué se trata esto? —le preguntó Renking, con una mirada extraña—. Este es un intento de Azadi de apoderarse de Minera Pryce.

—¿De Azadi o de Uvis?

—No importa.

—Tal vez no —concedió Arihnda—. Por eso vine con usted en lugar de ir a suplicarle. Esperaba que si le daba suficientes municiones podría detenerlo. ¿Ahora me está diciendo que no puede?

Renking enarcó las cejas.

—¿Qué le hace pensar que *quiero* detenerlo? —preguntó—. ¿Qué le hace pensar que no soy parte de su plan?

Arihnda frunció los labios. ¿Qué le *hacía* creerlo?

—Si usted fuera parte del complot, no me habría contado de él. Se habría quedado callado o me habría animado para que hiciera un trato y vendiera.

—Muy bien —dijo Renking y le regaló una sonrisita—. Tiene razón, hay una cierta... rivalidad entre el gobernador y yo. Y *sí* hay una manera en que puedo ayudar a su madre, pero no creo que le guste.

—Lo escucho.

—Puedo hacer que retiren los cargos —dijo Renking.

—Hasta ahora suena bien —dijo Arihnda—. ¿Qué pasa con la compañía?

—Esa es la parte que no le gustará —dijo Renking—. Tendrá que entregar la mina al Imperio.

Arihnda había sospechado que algo así habría de ocurrir. No obstante, las palabras fueron como un golpe en el estómago.

—¿El Imperio?

Renking extendió las manos, con las palmas arriba.

—Usted va a perder la mina, Arihnda —dijo—. Ante Azadi o ante el Imperio.

—Debido al doonium.

—En esencia —dijo Renking—. Tenga en cuenta que Coruscant puede tomarla por decreto, sin compensación alguna. Por ahora, prefieren jugar limpio en esta parte del Borde Exterior, pero esa restricción no durará para siempre. De esta manera, por lo menos, logrará que su madre salga libre y tendrá nuevos trabajos para su familia.

Arihnda movió la cabeza de un lado a otro.

—No creo que quieran trabajar la mina para alguien más.

—Ah, no estaba hablando de mantenerlos aquí —le aseguró Renking—. Ni en Minera Pryce ni en otro lugar de Lothal. El Gobernador Azadi es un hombre vengativo, y mientras permanezcan bajo su jurisdicción podría verse tentado a meterse con ellos por puro rencor. Afortunadamente, hay una mina que conozco en Batonn, donde necesitan un asistente de administrador y un capataz experimentado. Ya tengo un ofrecimiento.

Arihnda sonrió veladamente.

—De ahí las dos horas que me tuvo esperando.

Renking se encogió de hombros.

—Eso y otras cosas. Desafortunadamente, por el momento no hay un puesto de manejo de datos para usted, pero el propietario dice que puede ponerla en inventario hasta que surja algo mejor.

—Ya veo —dijo Arihnda, mientras fijaba la vista en él. Lothal estaba lleno de pequeños políticos y con los años había aprendido a navegar entre ellos. Si las mismas reglas aplicaban a la versión imperial...—. Supongo que podría permanecer aquí, en Lothal, hasta entonces.

—No le aconsejaría eso —dijo rápidamente Renking—. No mientras Azadi se sienta infeliz por usted.

—¿Infeliz por *mí*?

El labio de Renking se torció en una leve sonrisa.

—Infeliz por *mí*, entonces —concedió él.

—Entonces probablemente tampoco dudará en tratar de aplastarme —dijo Arihnda con lentitud, como si apenas lo estuviera comprendiendo—. Eso no sería bueno para ninguno de los dos.

—Lo dudo —dijo Renking, con una mezcla de diversión y resignación en el rostro—. Saltémonos a la última página. ¿Qué es exactamente lo que quiere?

—Quiero ir a Coruscant —dijo Arihnda—. Debe tener cientos de buenos puestos de asistente que ofrecer. Quiero uno de ellos.

—¿A cambio de qué? —preguntó Renking—. Los favores tienen que hacerse de ida y vuelta.

—A cambio de no crear problemas por que el Imperio se apodere de Minera Pryce —dijo Arihnda—. Tal vez haya olvidado cómo es la gente aquí, pero no se sentirán felices por una toma desvergonzada.

—Ah, lo recuerdo muy bien —le aseguró Renking—. ¿Por qué cree que estoy haciendo las cosas así en lugar de dejar que el Imperio entre directamente y ponga a Azadi de rodillas? Lothal es como todos los demás planetas fronterizos del Borde Exterior: ingobernable y con posibilidades de convertirse en una piedrita en el zapato.

—Pero ¿vale la pena enfrentar el problema por una nueva veta de doonium?

—Vale la pena enfrentar un *montón* de problemas. —Renking respiró a fondo y se quedó mirando detenidamente a Arihnda—. Muy bien. Da la casualidad de que tengo un trabajo en Coruscant que puedo ofrecerle. Hay una vacante en una de mis oficinas de ayuda ciudadana.

—¿De qué se trata?

—Mi trabajo consiste en representar los intereses de Lothal en Coruscant —dijo Renking—. Eso incluye a los ciudadanos que visitan o trabajan temporalmente allí. Resulta que hay un contingente de buen tamaño de esos ciudadanos desplazados trabajando en las minas de Coruscant.

Arihnda debió mostrar sorpresa, porque él sonrió.

—No son minas *reales*, por supuesto, como las suyas —añadió—. Son más bien operaciones de recuperación, en que se extraen siglos de escoria, fragmentos de metal y otros desperdicios tirados como basura alrededor de los cimientos de viejas plantas industriales. El contingente de Lothal está en flujo constante, así que tengo una oficina de apoyo en el área para ayudarlos con el alojamiento y la orientación en general, además de guiarlos por el laberinto burocrático de Coruscant.

—¿De cuántas personas estamos hablando?

—De unas quinientas, más o menos, por el momento —dijo Renking—. Además, hay mineros y personal de apoyo de una docena de otros mundos del Borde Exterior que trabajan en los proyectos de recuperación, y el número probablemente se acerque a los diez mil o más. Tengo gente que entiende de burocracia, pero nadie que sepa de minas, sus necesidades específicas y el lenguaje de los mineros. Creo que usted sería un gran activo para mí.

—Estoy segura de eso —dijo Arihnda—. ¿Dónde viviría y cuál sería mi salario? ¿Cuándo quiere que deje Lothal?

—El alojamiento sería modesto, pero el salario sería mucho más alto que aquí —dijo Renking, mientras estudiaba su rostro—. Suficiente para mantener su actual estilo de vida, aun a los precios de Coruscant. En cuanto a partir, la podría llevar allí en cuanto se termine el acuerdo con el Imperio para tomar el control de Minera Pryce. A menos que prefiera ayudar antes a sus padres a establecerse en Batonn, por supuesto.

—Quizás eso sería lo mejor —dijo Arihnda—. Suponiendo, para empezar, que logre persuadirlos de seguir con este plan.

—Espero que lo logre, por la seguridad de ellos —advirtió Renking, con voz más ominosa—. Es esto, o el próximo trabajo de minería de su madre podría ser en Kessel.

—Entonces es mejor que vaya a hablar con ellos. —Arihnda se levantó y volvió a guardar su datapad en su bolso—. Supongo que puede hacer que levanten la prohibición de visitas a mi madre.

—Daré la orden en cuanto salga por esa puerta.

—Gracias —dijo Arihnda—. Seguiré en contacto.

Cinco minutos después iba manejando por el camino, mientras su mente daba vueltas entre ideas y emociones en conflicto. Así que por fin había llegado la hora. Después de años de espera, de años de saber que nunca sucedería, finalmente iba a salir de Lothal. No sólo eso, sino que iría a Coruscant. Y el costo únicamente sería los trabajos y la dignidad de sus padres y de varias generaciones del legado de la familia Pryce.

Tampoco era que Renking hubiera tenido un arrebato de altruismo. Parte de su objetivo al aceptar la exigencia tenuemente velada de Arihnda era evidente: dividir a su familia. Eso ayudaría a sofocar cualquier desafío legal o local que pudieran montar. Pero maquinaciones y complots aparte, algo destacaba de manera clara: Coruscant.

De niña había querido ver las luces, los colores y los grandes edificios de ese mundo distante. En el torbellino de su desesperanza y desesperación juveniles, la brillante capital le había parecido el epítome de la vida que ella quería tan desesperadamente.

Ahora, cuando toda la esperanza había pasado, finalmente iba a ir allí. Renking tenía razones e intenciones propias; Arihnda también. Porque, además de las luces, los colores y los grandes edificios, Coruscant era, en primer lugar y ante todo, el centro del poder político imperial: el poder que Azadi había usado para poner a su madre en prisión, el que Renking estaba usando para quitarles su mina a nombre del Imperio y el que Arihnda algún día usaría para recuperarla.

Así que sus padres aceptarían los términos de Renkings. Arihnda se encargaría de eso y luego iría a Coruscant, trabajaría en la pequeña oficina de apoyo, sería una buena chica y una empleada modelo.

Justo hasta el momento en que encontrara una manera de acabar con Renkings.



## CAPÍTULO 5

---

«No todos los oponentes son necesariamente enemigos, pero enemigos y oponentes cuentan con ciertas características en común. Ambos perciben a su opuesto como un obstáculo, una oportunidad o una amenaza. Unas veces la amenaza es personal; otras, una violación percibida de los estándares o las normas aceptadas de la sociedad.

»En su forma más benigna, los ataques de un oponente son verbales. El guerrero debe elegir a cuál de ellos oponerse y cuál ignorar. A menudo otros toman en sus manos esa decisión. En esos casos, la falta de disciplina puede disuadir al oponente de realizar ataques posteriores. Sin embargo, con más frecuencia, el oponente se ve animado a seguir adelante o intensificar los ataques.

»Cuando los ataques se vuelven físicos es cuando el guerrero debe tomar la más peligrosa de las decisiones».

\* \* \*

—¿No lo ves? —dijo Vanto con exigencia. «Su voz es ruda y estridente. Los movimientos de la mano son amplios y exagerados. Está furioso y frustrado»—. Si sigues ignorando estos episodios, tan sólo van a empeorar.

—¿Qué se supone que debería hacer? —preguntó Thrawn.

—Necesitas decirle al Comandante Deenlark —dijo Vanto. «Su voz aún es áspera, pero sus gestos se están tranquilizando. La furia amaina, pero la frustración permanece»—. Llevamos un mes aquí y ya has tenido altercados con cuatro cadetes diferentes.

—Tres —corrigió Thrawn—. El segundo incidente no fue intencional.

—Sólo piensas eso porque no estás al tanto de la jerga del Mundo Central —dijo Vanto. «Hace un gesto imitando el del supuesto insulto»—. Esa no es de ninguna manera una marca de respeto.

—He visto gestos similares sin esa intención.

—No lo has visto en el Mundo Central. —«Vanto pasa la mano formando una equis al frente, lo que indica que desecha la idea»—. Mira, tres o cuatro, no importa. Lo que importa es que no se te respeta, y Deenlark necesita saberlo.

—¿Con qué fin? —preguntó Thrawn.

—Mira. —«Vanto hace una pausa, los músculos de su quijada se tensan y relajan mientras prepara su afirmación»—. El Emperador en persona te puso aquí. Aunque nadie más lo sabe, Deenlark sí. Necesitas comentárselo por su propio bien. Porque si el Emperador descubre que esto está pasando y que Deenlark no ha hecho nada, habrá problemas.

—El Comandante Deenlark se encuentra en una mala posición táctica —dijo Thrawn—. Si se le dice y no hace nada, se arriesga a que el Emperador lo ataque. Si escucha y actúa, se arriesga a que los ataques provengan de las familias de los cadetes.

—Entonces ¿qué haría un buen táctico?

—Idealmente, se retiraría hasta que tenga una mejor posición o se presente un momento diferente —dijo Thrawn—. En este caso, no puede tomar ninguna de las dos opciones.

«Vanto mira hacia la ventana. Su calor facial está disminuyendo. Aumenta profundamente su entendimiento de la situación».

—Entonces lo que estás diciendo es que estamos atrapados.

—Sólo por dos meses más —dijo Thrawn—. Entonces nos graduaremos y dejaremos este lugar.

—Y finalmente te pondrás esa insignia de rango de teniente —comentó Vanto. «Regresa su mirada y señala al bolsillo donde la insignia suele permanecer oculta. Los músculos de cara y garganta se endurecen de nuevo por un momento. Su frustración aumenta».

—¿Te perturba eso?

—¿Perturbarme qué? —preguntó Vanto. «Su voz se vuelve profunda y más ruda. Frustración, pero también resentimiento»—. ¿Que recorras cuatro años de entrenamiento académico en tres meses? ¿Que luego saltes a un rango por encima de todos los demás?

—¿Has olvidado que ya he pasado por muchos años de experiencia militar?

«Vanto aparta de nuevo la cara».

—Lo sé. Sólo que a veces se me olvida que tú... siento haber hablado del tema siquiera —«Su cara se suaviza, mientras el resentimiento se desvanece. Sus manos se abren y cierran brevemente con vergüenza».

—Comprendo —dijo Thrawn—. No te preocupes. Los incidentes se detendrán cuando los ofensores se sientan envalentonados lo suficiente para llevar sus acciones demasiado lejos.

«Los ojos de Vanto se entrecierran. Ahora está sorprendido, con creciente incredulidad y sospecha».

—¿Estás diciendo que quieres que crucen la línea?

—Creo que la falta de respuesta a los ataques verbales lo vuelve inevitable —dijo Thrawn—. Esas acciones los pondrán en posición de merecer disciplina oficial, ¿o no?

—Tal vez —«Vanto sostiene la mano al frente, en un gesto de confusión»—. Pero ¿acaso tú no...? Espera; tengo una llamada —sacó su comunicador—. Cadete Vanto.

Por un minuto escuchó en silencio. «La voz es humana, las palabras indistinguibles. Los músculos faciales de Vanto se endurecen y el calor facial aumenta. Primero está sorprendido por lo que oye, luego cauteloso, luego suspicaz».

—Seguro, suena divertido —dijo Vanto. «Su voz es precavida, pero no contiene nada de la cautela revelada en su expresión»—. Allí estaremos. —Cortó el comunicador—. Bueno, tal vez se te acaba de conceder tu deseo —dijo—. Nos han invitado al

laboratorio de metalurgia esta noche a jugar cartas con Spenc Orbar y Rosita Turuy mientras realizan pruebas de corrosión en uno de sus tableros de aleación.

—¿Tenemos permitida la entrada al laboratorio de metalurgia? —preguntó Thrawn.

—No, a menos que estemos trabajando en un proyecto —dijo Vanto. «Sus labios se comprimen brevemente. Su sospecha cambia a certeza»—. Mismo que no tenemos.

—¿Y si somos huéspedes invitados de quienes están en esos proyectos?

—No puede pasar —dijo Vanto—. No en los grandes laboratorios. Si algún instructor u oficial que pasa por allí nos atrapa, *no* se sentirá feliz. *Además*, si el juego de cartas incluye apuestas, será aún peor. Está estrictamente prohibido apostar créditos.

—Eso asegura que no intentarán semejante trampa.

—¿No? ¿Por qué no?

—Porque si nos acusan de apostar, también los acusarán a ellos —dijo Thrawn.

Vanto negó con la cabeza.

—Aún no comprendes cómo funciona, ¿verdad? —«Su calor facial aumenta; la tensión muscular también. Una vez más muestra frustración»—. La familia de Orbar es de aquí, de Coruscant. Peor aún, tienen conexiones con el senador del planeta. Probablemente se librará de la expulsión por cualquier cosa que no sea un asesinato.

—Entonces simplemente rechazaremos cualquier propuesta de apostar.

«Vanto exhala ruidosamente».

—Vas a ir, ¿verdad? —«Su voz es más tranquila, lo que indica pocos deseos de aceptar».

—Estamos invitados —le recordó Thrawn—. Puedes quedarte, si lo deseas.

—Oh, me gustaría —dijo Vanto—. Pero no creo que el Emperador tuviera la idea de dejar que vagaras por allí solo cuando me puso aquí. Podría descubrir también lo que Orbar ha planeado —«Su cabeza voltea ligeramente a un lado. Siente curiosidad, o tal vez se siente perplejo»—. ¿Esto es lo que hacen los chiss? ¿Ven una trampa y caminan hacia ella? Porque así no es como dicen las leyendas que operan.

—Te aconsejo que interpretes con cautela esas historias —comentó Thrawn—. Algunas han sido distorsionadas hasta que no queda nada de la verdad. Algunas hablan sólo de victorias y guardan silencio sobre derrotas. Algunas han sido armadas deliberadamente para dejar falsas impresiones en el oyente.

—¿Con cuál de esas opciones se relaciona esta?

—A veces caminar hacia una trampa es la mejor estrategia —dijo Thrawn—. Son pocas las trampas que no pueden volverse contra sus diseñadores. ¿Qué juego de cartas sugirió?

—Se llama Desafío de Tierras Elevadas —dijo Vanto. «¿Aceptación resignada?»—. Ven, creo que hay un mazo en la sala de estar. Te enseñaré a jugar.

—Supongo que se están preguntando por qué les pedimos que vinieran esta noche —dijo Orbar, mientras barajaba la primera mano.

—Dijiste que era para jugar cartas —dijo Eli y lo miró detenidamente.

Tanto Orbar como Turuy estaban tomándolo con calma: saludaron a Eli y Thrawn en la puerta, hicieron los preparativos para su prueba de corrosión con gran alboroto, luego jalaron cuatro sillas a una de las mesas del laboratorio y sacaron las cartas.

Sin embargo, la cortesía y la amabilidad no eran reales. Tal vez Thrawn todavía no percibía las sutilezas de las expresiones humanas, pero Eli sí. Había recibido su propia dosis de sonrisas astutas y comentarios susurrados desde el día en que llegaron y había desarrollado una fina percepción que le permitía saber cuándo estaban a punto de hacerle una broma, una travesura o un insulto. Orbar y Turuy estaban definitivamente preparando uno de los tres. O algo peor.

Por lo menos no fue con lo de las apuestas, que era lo que había preocupado a Eli. Turuy había hecho un poco de alboroto cuando Eli le dijo que ni él ni Thrawn podían darse el lujo de apostar créditos extra en el juego. Ella y Orbar habían aceptado la condición haciendo una mueca de fastidio y sonriendo con sarcasmo apenas velado, pero el alboroto no había sido demasiado, y habían cedido con demasiada facilidad. Habían tramado algo más.

Hizo una mueca. Caminar hacia una trampa desconocida. ¿Así era como *realmente* los chiss hacían sus cosas?

—Oh, seguro, el juego era una parte —dijo Orbar, mientras terminaba de barajar y recogía sus cartas—. Las pruebas de corrosión son aburridas y te cansas con los juegos entre dos. —Desplazó su mirada hacia Thrawn—. Pero, más que nada quería hurgar en el cerebro de tu amigo.

—¿Sobre qué tema? —preguntó Thrawn, mientras entrecerraba ligeramente los ojos brillantes y rojos y abría con cuidado sus cartas en abanico como Eli le había enseñado.

—Táctica y estrategia —dijo Orbar—. Se me han presentado algunos problemas en un par de clases de simulación de batalla y me imaginé que con toda tu experiencia militar...

—Al menos, eso es lo que nos han dicho —intervino Turuy con una sonrisa. Ella estaba sonriendo mucho esta noche.

—Correcto —dijo Orbar—. Nos imaginamos que podrías ayudarnos.

—Me siento feliz de compartir mi experiencia —dijo Thrawn—. ¿Tienen una pregunta específica?

—Me interesa la idea de las trampas —dijo Orbar, con voz demasiado casual—. Por ejemplo, estas cartas. Si estoy sosteniendo una fila de reyes, no hay manera de que alguno de ustedes pueda ganarme, pero no lo sabrás sino hasta que sea demasiado tarde. ¿Cómo te prepararías para ese tipo de situación?

—Primero estudiaría las probabilidades —dijo Thrawn—. La fila de reyes es evidentemente imbatible, pero recuerda que hay tres corridas equivalentes en el mazo. Cualquiera de ellas se escalonaría con la tuya y llevaría a un bloqueo mutuo.

Turuy resopló.

—¿Tienes idea de que las probabilidades están en contra de tener dos filas de reyes en el mismo mazo? —preguntó.

—Las probabilidades de tener dos son similares a las de tener una —señaló Thrawn—. Pero como dices, esas corridas son raras. Es más probable que tengas una fila de príncipes, en el mejor de los casos, o un cubo o una triada. En ese caso, lo que describiste como trampa más probablemente sería tan sólo una batalla —sus ojos brillaron—, o un alarde.

—Muy bien, pero estás evitando la pregunta —dijo Orbar—. Pregunté qué harías si *tuviera* una fila de reyes. No pedí una disertación sobre teoría de los juegos.

—Supongamos que tienes las cartas que sugieres —dijo Thrawn—. Como ya dije, aun en ese caso tus posibilidades de éxito también dependen de cuáles cartas tengo yo. —Levantó ligeramente sus cartas dispuestas en abanico—. Conocimiento que tú no tienes.

—La premisa es que mi mano es imbatible.

—Eso no existe —dijo llanamente Thrawn—. Como ya sugerí, podría tener una fila de reyes propia. En ese caso, un desafío significaría la destrucción mutua. Tu mejor opción sería evitar mi mano y dirigir tu desafío a un jugador diferente.

Orbar lanzó una mirada a Eli.

—Para eso, debe suponerse que vale la pena ir tras otro blanco.

—Cierto —dijo Thrawn—. Pero la destrucción mutua nunca es la opción preferida. —Hizo un gesto para abarcar la mesa—. Aún no has hecho tu desafío. No es demasiado tarde para elegir a otro.

—Pero ninguno sería más satisfactorio —dijo Orbar y lanzó una media sonrisa.

—Como desees —dijo Thrawn, con los hombros encogidos—. Un momento, por favor. —Puso sus cartas sobre la mesa, boca abajo, metió la mano en la túnica y la sacó sosteniendo su insignia de teniente. La aseguró sobre la parte superior izquierda de su túnica y recogió sus cartas.

—Creo que estabas a punto de hacer un desafío.

Eli miró a Orbar y Turuy. Ambos cadetes estaban mirando la insignia con los ojos y la boca bien abiertos. Orbar lanzó un rápido vistazo a Turuy y recibió de regreso una mirada sin sonrisa.

—¿QUÉ PASA AQUÍ? —gritó una voz ruda detrás de Thrawn. Eli sacudió la cabeza. Uno de los instructores estaba de pie en la entrada del laboratorio, con los puños en la cadera y expresión alterada mientras miraba a los cadetes reunidos alrededor de la mesa—. Supongo que todos tienen autorización para estar aquí —masculló, mientras caminaba hacia la mesa.

—Los Cadetes Orbar y Turuy están realizando una prueba, señor —dijo Thrawn, mientras se ponía de pie y se daba vuelta para quedar frente al instructor.

El otro hombre se detuvo de golpe, con los ojos muy abiertos. Eli pensó que esa reacción bastaba para demostrar que había estado en el plan de Orbar.

—Teniente —respiró con dificultad—. Yo... ¿y él? —preguntó mientras señalaba a Eli con la barbilla.

—El Cadete Vanto es mi traductor —dijo Thrawn en voz baja—. Adonde yo vaya, él debe acompañarme.

El labio del instructor se contrajo.

—Ya veo. Yo... muy bien, teniente. Sigán adelante. —Se dio vuelta sobre sus talones y realizó una rápida retirada.

Thrawn lo miró alejarse. Luego, con toda deliberación, regresó a la mesa y bajó la vista hacia los demás.

—Ninguna mano *tiene* garantizado el triunfo, Cadete Orbar —dijo en voz baja—. Sugiero que no olvide eso. Cadete Vanto, creo que ya terminamos aquí. Buenas noches, cadetes.

Un minuto después, él y Eli iban de regreso entre la luz reflejada de la ciudad planetaria que los rodeaba, caminando por la pasarela que llevaba a las Barracas Dos.

—Bueno, eso fue divertido —comentó Eli e hizo una mueca ante el ligero temblor en su voz. *¿Nunca* se acostumbraría a las confrontaciones?—. *¿Sabías* que iba a salir con eso?

—Tú mismo sugeriste su táctica esta tarde —le recordó Thrawn—. El único desafío fue encontrar el momento oportuno.

—¿El momento oportuno?

—Si hubiera sacado mi insignia demasiado pronto, habrían tenido oportunidad de prevenir a su cómplice —dijo Thrawn—. Si hubiera esperado hasta después de que apareciera el instructor, podía disciplinarme por no estar uniformado apropiadamente.

—O desafiar tu derecho a llevarla —señaló Eli—. Nunca antes te la habías puesto.

—Porque soy oficial y cadete a la vez —dijo Thrawn—. Es una situación única, que lleva a oportunidades únicas —sonrió ligeramente—. Además de sembrar confusión e incertidumbres entre nuestros oponentes. *¿Qué aprendiste* esta noche?

Eli arrugó la nariz. *¿Que* Orbar y Turuy eran tontos a los que debían evitar en el futuro? A pesar de ser bastante cierto, tal vez no era lo que esperaba Thrawn.

—Anticipar a tu enemigo —dijo—. Descubrir lo que está haciendo y luego tratar de permanecer un paso adelante de él.

—Un paso adelante o al costado —dijo Thrawn y asintió—. Cuando se presenta un ataque, suele ser mejor estar fuera del blanco, si es posible, y luego permitir que la energía del asalto se disipe hacia cualquier otro lugar.

—Sí, puedo ver que sería útil —dijo Eli secamente—. Aunque supongo que no siempre puedes...

Sin aviso, Thrawn puso su mano sobre el hombro de Eli y le dio un violento empujón a un lado. El comentario de Eli terminó en un grito de sorpresa mientras sus piernas golpeaban la protección que rodeaba la pasarela y que le llegaba a las rodillas; el impacto y la inercia lo lanzaron desmadejado sobre la barrera hacia la franja decorativa de piedra triturada, al otro lado. El grito se convirtió en un gruñido cuando brazos y hombro

recibieron lo peor del impacto. Se empujó para volver a sentarse, mientras hacía muecas porque la grava se había hundido en sus palmas. Qué demo...

Se quedó rígido. Tres encapuchados habían aparecido de repente y rodeaban a Thrawn. Mientras Eli miraba con incredulidad, se lanzaron a matar.

Durante ese primer segundo larguísimo, la mente de Eli se negó a creerlo. Cosas como esta no pasaban en los terrenos de la Real Academia Imperial. Simplemente *no* podía ser, pero estaba pasando. Justo enfrente de él.

La primera carga enloquecida no dio en el blanco, tal vez porque la acción de Thrawn de lanzar a Eli por encima de la protección había empujado de igual manera al chiss un metro en la dirección opuesta. Pero los asaltantes eran rápidos. Ahora habían regresado al camino y convergían sobre el chiss. Atacaron mientras Eli veía con incredulidad y horror.

El curso estándar de la Academia incluía una unidad de combate sin armas. Por desgracia, como los estudios de Thrawn estaban enfocados exclusivamente en tecnología y protocolo de la armada, aún no recibía entrenamiento en el dojo de combate.

Y se notaba. Estaba haciendo su mejor esfuerzo para rechazar a sus atacantes, pero su defensa consistía principalmente en tratar de apartarlos, agacharse ante sus ataques, esquivarlos para que no llegaran hasta él todos al mismo tiempo y tratar de protegerse la cara y el torso.

No era suficiente: nunca basta únicamente con defenderse. Necesitaba empezar a agregar unos cuantos contrataques, hacer un esfuerzo para reducir las probabilidades en su contra. Justo ahora estaba en una batalla de desgaste, y no importaba cuánta resistencia tuviera, casi seguramente se quedaría sin fuerzas antes que sus atacantes.

Entonces, inesperadamente, le llegó una idea a Eli: *este podría ser el final de sus problemas*. Era una idea horrible, espantosa. Sin embargo, resultaba sorprendentemente convincente. Si Thrawn terminaba tan mal herido como para no poder completar su entrenamiento, no tendrían otra opción más que descartarlo. El gran experimento del Emperador, cualquier cosa que esperara lograr al llevar al chiss a la armada, habría fracasado. No quedaría nada más que regresar a Thrawn a su planeta de exilio y dejarlo allí. Y Eli quedaría libre.

El *Strikefast* se había ido hacía mucho tiempo, por supuesto. Pero podría tomar un transporte a Myomar, pagarlo de su propio bolsillo si era necesario, y retomar su curso en la Academia en una semana. De seguro el Comandante Deenlark no desearía que permaneciera en la Real Imperial una vez que Thrawn se hubiera ido, o al menos no más que el propio Eli. De regreso a Myomar, a su propia carrera... a su vida.

Uno de los atacantes le dio un sólido golpe en el estómago a Thrawn, haciendo que el chiss cayera de rodillas. Entonces, la vergüenza recorrió abruptamente el alma de Eli. ¿Qué demonios estaba *pensando*?

—¡EH! —gritó, impulsándose para quedar en cuclillas. Mientras lo hacía, hundió los dedos en la piedra triturada debajo de él, ignorando los destellos de dolor cuando las orillas puntiagudas se hundieron en su piel—. ¡Eh, tú! ¡Ojos brillantes!

Dos de los tres se dieron vuelta para enfrentarlo. Con toda su fuerza, Eli les lanzó dos puñados de grava directo al rostro. No había esperado en realidad que funcionara, pero funcionó. Ambos atacantes aullaron de dolor y levantaron tardíamente sus manos contra la lluvia de piedra. Eli se agachó y enterró de nuevo sus manos en el terreno, preguntándose si podría lanzar otra andanada al aire antes de que se recuperaran y respondieran. Porque si no podía, si saltaban la protección y lo atrapaban primero, estaría en serios problemas. Thrawn seguía apoyado sobre una rodilla, incapaz de ayudar, y una probabilidad de dos contra uno sería más que suficiente para acabar con Eli.

Demasiado tarde, se le ocurrió que los asaltantes habían aprendido todas sus lecciones de táctica demasiado bien. Dividir a la fuerza enemiga en dos partes y demolerlas una por una era un método clásico en la guerra. Habían concentrado con éxito sus esfuerzos en Thrawn y ahora iban a hacer lo mismo con Eli.

Sólo que calcularon mal. Mientras los dos atacantes se lanzaban hacia Eli, el indefenso aunque todo menos demolido Thrawn se inclinó hacia el hombre que estaba parado junto a él y estrelló su antebrazo con fuerza paralizante en el muslo del hombre, quien jadeó y lanzó una sorprendida maldición, casi cayéndose mientras apretaba su pierna herida. Sus dos amigos se volvieron hacia él, su impulso hacia Eli vaciló cuando su atención se dividió repentinamente entre sus dos objetivos. Eli levantó los brazos para volver a lanzar un puñado de grava.

—¡EH! —alguien gritó cerca.

Eli se dio vuelta para mirar. Cinco cadetes habían salido de uno de los edificios y corrían hacia la pelea. Eso fue suficiente para los atacantes. Se dieron vuelta y se alejaron deprisa en la noche, mientras el hombre al que Thrawn había golpeado en la pierna se apoyaba en sus dos acompañantes.

—¿Estás bien?

Eli parpadeó para apartar el repentino sudor que se había escurrido hasta sus ojos, con el cuerpo temblando después de la conmoción. ¿Se había terminado?

—Estoy bien —le dijo a Thrawn, mientras trepaba con torpeza sobre la protección. Lo extraño es que su voz no temblaba en absoluto—. ¿Y tú?

—Mis heridas son menores —dijo Thrawn, mientras se ponía cuidadosamente de pie.

—Sí —dijo Eli, mientras le fruncía el ceño. La túnica de Thrawn estaba demasiado arrugada y había lugares en que la sangre escurría de ambas mejillas—. ¿Estás seguro?

—Parece peor de lo que es —le aseguró Thrawn y se tocó con cuidado una de las mejillas—. Tu ayuda fue muy oportuna. Gracias.

Eli sintió que el rostro se le ruborizaba por una vergüenza privada. Si tan sólo el chiss supiera por qué no había actuado más rápido.

—Lamento no haber hecho más —dijo—. Estaba en el lado equivocado del cerco, ¿sabes? Supongo que los oíste acercarse.



—Todos los depredadores tienden a usar un paso de avance determinado —dijo Thrawn, mientras se acercaba a él—. Un equilibrio entre silencio y velocidad. Los seres humanos usan una versión de este paso.

—Ah. —Eli ya sabía que la vista de los chiss era un poco mejor que la de los seres humanos y que su espectro visible se inclinaba un poco hacia el infrarrojo. Al parecer, su sentido del oído también era mejor—. Gracias por apartarme del camino. He tenido el entrenamiento suficiente para saber que no soy muy bueno en esto.

—De nada. —Thrawn miró a los cadetes que se acercaban; ahora que los atacantes se habían ido, habían dejado de correr y se acercaban trotando—. Y ahora, creo que ha llegado finalmente el momento de que veamos al Comandante Deenlark —agregó.

## CAPÍTULO 6

---

«Un líder es responsable de quienes están bajo su autoridad. Esa es la primera regla del mando. Es responsable de su seguridad, sus provisiones, su conocimiento y, por último, sus vidas.

»Quienes están bajo su mando son, a su vez, responsables de su propio comportamiento y dedicación al deber. Cualquiera que viole la confianza del líder debe ser disciplinado por el bien de los demás. Pero, esa disciplina no siempre es fácil o simple. Hay muchos factores, algunos más allá del control de quien tiene el mando. En ocasiones esas complicaciones incluyen relaciones personales. Otras veces las propias circunstancias son las difíciles. También puede haber política e intervención exterior.

»La falta de acción siempre trae consecuencias, pero en ocasiones estas pueden cambiarse para beneficio propio».

\* \* \*

—Muy bien —dijo el Comandante Deenlark mientras tomaba una nota final en su datapad. «La piel alrededor de sus ojos está hinchada. Tal vez se acaba de despertar. El calor facial es brillante y los músculos de su garganta están tensos. Hay una delgada capa de transpiración en su cara. Tal vez está nervioso»—. Dicen que los Cadetes Orbar y Turuy organizaron el asalto. ¿En realidad escucharon que llamaran a los hombres que los atacaron?

—No, señor, no los oímos —dijo Vanto—. Pero los registros de su intercomunicador o el sistema de intercomunicación del propio laboratorio deben darle los indicadores necesarios.

—Sí, así es —concordó Deenlark. «El tono de su voz se vuelve más grave. ¿Renuencia?»—. A menos que los asaltantes fueran un grupo completamente aparte.

—No lo eran —negó Thrawn.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó Deenlark. «Sus ojos se entrecierran».

—Vinieron de la esquina suroeste del área de desfiles —dijo Thrawn—. En ese momento ya se estaban desplazando con rapidez y sigilo. Pero la única manera de que nos hubieran identificado independientemente era con electrobinoculares.

—Ninguno de ellos los tiene —dijo Vanto. «Asiente: es un gesto de comprensión»—. Eso también descarta un ataque impulsado por celos o xenofobia, porque no podrían saber que era el Cadete Thrawn. Así que fue Orbar o Turuy. ¿O el instructor? —añadió. «Su tono se eleva ligeramente al considerarlo».

—No —dijo Deenlark—. No fue él.

—Pudo serlo —dijo Thrawn.

—Dije que no fue —repitió Deenlark. «Su tono se ha vuelto más profundo, la cara más rígida, los ojos miran con elevada intensidad. Tal vez no desea que fuera posible»—. Ya es suficientemente malo que los cadetes estuvieran involucrados en algo así. No vamos a arrastrar a un instructor también. —«Mira de nuevo su datapad. Su calor facial aumenta mientras toma una nota final».

—Señor, con todo el debido respeto, no creo que la política deba entrar en esto —intervino Vanto. «Su tono es respetuoso pero firme».

—Ah, no lo crees, ¿verdad? —dijo Deenlark. «La voz se vuelve áspera»—. ¿Estás listo para que ponga tu nombre en la lista de testigos?

—Lo podría manejar, señor.

—Lo dudo, cadete —dijo Deenlark—. La familia de Orbar tiene mucho que decir acerca de lo que sucede en Coruscant. Aunque permitan que te gradúes, probablemente terminarás comisionado en algún puesto de escucha en el Espacio Salvaje.

—¿No es ilegal ese tipo de manipulación del sistema de justicia? —preguntó Thrawn.

—Por supuesto —dijo Deenlark. «Sus labios se comprimen. Su brillo facial se desvanece lentamente»—. Muy bien. Suponiendo que sus asaltantes no hayan descubierto una manera de pasar por alto los registros de intercomunicador, debemos tener sus nombres por la mañana.

—No será una búsqueda larga —dijo Thrawn—. No se arriesgarían a salir de su círculo de amigos más cercanos. Otros ocho cadetes suelen socializar con ellos; a dos se les puede eliminar por el aura.

—¿Aura?

—Esethimba.

—Presencia o aura —tradujo Vanto—. El término en *sy bisti* puede aludir a la altura, el peso, la complexión, la calidad vocal, los gestos, la profesión y la experiencia de una persona, o alguna combinación de estos.

—Son cadetes —dijo Deenlark—. No *tienen* una profesión.

—Los diez están en el área de estudio de ingeniería de armas —dijo Thrawn.

—Sí, creo que sí —dijo Deenlark—. Lo que nos deja seis sospechosos.

—Supongo que todos ellos son también del mismo estrato social que los Cadetes Orbar y Turuy.

—Si estás sugiriendo que dejaré pasar esto, cadete, te sugiero firmemente que lo pienses dos veces —dijo Deenlark. «Su voz es áspera, su temperatura facial ha aumentado. Tal vez está furioso o siente culpa»—. Sí, estoy preocupado por las posibles consecuencias políticas. Es por eso que he pasado por alto las travesuras de Orbar durante casi cuatro años. Dos meses más y será el problema de alguien más. De modo que sí, me gustaría que esto desapareciera, pero no puedo dejarlo pasar. Y no lo haré.

—Me complace escucharlo, comandante —dijo Thrawn—. Déjeme sugerir entonces un medio alternativo de acción. Encontraré a nuestros atacantes, pero no presentará cargos contra ellos.

«Los ojos de Deenlark se entrecierran. La boca se abre ligeramente por la sorpresa».

—¿No quieres que presente cargos? —Preguntó—. ¿Entonces qué demonios están haciendo aquí?

—Como dije, quiero que los encuentre —dijo Thrawn—. Luego recomiendo que se les transfiera.

Deenlark resopló con furia.

—¿A dónde? ¿Mustafar?

—A entrenamiento de pilotos de caza.

«Deenlark se queda mirando. Su expresión de sorpresa se profundiza».

—Consideraría que eso difícilmente es un castigo.

—No tiene esa intención —dijo Thrawn—. Los tres muestran la aptitud y el aura necesaria para ser pilotos de naves de combate.

—¿En verdad? —«Deenlark se echa hacia atrás en su silla. Cruza los brazos en el pecho»—. Me muero por escuchar esto.

—Resultaba obvio por su método de ataque —dijo Thrawn—. Por la manera en que se movieron juntos y aislados. No tengo las palabras para explicarlo apropiadamente, pero fue la marca de pilotos de combate instintivos.

—¿Cadete Vanto? —«Deenlark hace un ademán hacia Vanto a manera de invitación»—. ¿Puede corroborar eso?

—Lo siento, señor —dijo Vanto. «La expresión es pensativa»—, pero no estaba concentrado en sus tácticas. Además, de haberlo estado, dudo que hubiera visto lo que menciona el Cadete Thrawn.

—Esa acción también tiene otras implicaciones —dijo Thrawn—. El programa de cazas estelares de la Real Imperial es excelente, pero creo que el programa de la Academia Skystrike es igualmente capaz.

—Nada la iguala: la Skystrike es mucho mejor con sus pilotos que nosotros —dijo Deenlark. «Se endereza en su silla. Su ceño se desvanece. Ahora comprende»—. Por lo que no hay razón para decirle a Orbar y Turuy en a dónde han ido a parar sus conspiradores, ¿o sí?

—En absoluto, señor —conviene Thrawn—. En realidad, sugeriría que los tres empezaran su nuevo entrenamiento. —Hizo una pausa—. *Ngikotholu*. ¿Hay una palabra en básico para eso?

—Sí: *incomunicados* —dijo Vanto—. ¿*Pueden* mantenerse *incomunicados*, comandante?

—¿En Skystrike? —«Deenlark hace un sonido de burla»—. Es difícil *no* estar *incomunicado* allí. Y tienes razón: imagino que aun Orbar podría aprender a comportarse después de que tres de sus colegas conspiradores desaparezcan sin dejar rastro.

—Las incertidumbres suelen ser útiles para frustrar los planes y las acciones de un oponente —dijo Thrawn—. Para un ser humano como el Cadete Orbar, quien se cree capaz de manejar todas las situaciones, esto también será una lección útil para su futuro. Es de esperar que capte su esencia y se vuelva una mejor persona y un mejor oficial.

—Yo no iría *tan* lejos —dijo Deenlark—. No con Orbar. Pero vale la pena intentarlo. Si estás *seguro* de que quieres hacerlo de esa manera.

—Permítame expresarlo con más firmeza —replicó Thrawn—. Si lleva a los atacantes a una corte marcial, no testificaré contra ellos.

—Vaya... —«Deenlark inclina su cabeza unos cuantos grados a un lado»—. ¿Así es como hacen las cosas en las Regiones Desconocidas, cadete? Pasan por alto las leyes y las reglas, y obtienen todo mediante el chantaje y la extorsión.

—Intentamos resolver los problemas. Esta es la mejor solución para el Imperio como un todo.

—¿No tienes nada que agregar, cadete? —preguntó Deenlark. «Levanta sus cejas hacia Vanto».

—No, señor —dijo Vanto.

«Deenlark se encoge de hombros, tal vez con aceptación renuente».

—Iniciaré el proceso —dijo—. Tal vez haga una llamada al comandante de la Skystrike. Tendremos los nombres de las partes culpables por la mañana y sus traseros estarán fuera de Coruscant antes de la cena. —«Sonríe. Tal vez con maliciosa diversión»—. Eso les debe dejar tan sólo el tiempo suficiente para decirles a Orbar y Turuy que no tienen idea de adónde los llevan antes de desaparecer. Como dijo, cadete: incertidumbre.

—Exactamente —dijo Thrawn—. Gracias, comandante.

—No me des las gracias —«El tono de Deenlark se vuelve profundo»—. Tan sólo quedas avisado de que en caso de que esta cosa explote, tu nombre estará justo debajo del mío en la lista de quienes *pagarán las consecuencias* —«Inhala profundamente»—. Tienen permiso para seguir con sus tareas. Ambos. Regresen a sus aposentos y duerman un poco. Pueden retirarse.

—Sí, señor —dijo Vanto, mientras se ponía de pie—. Gracias, señor.

Ambos llegaron otra vez al pasillo antes de que Vanto hablara de nuevo.

—Interesante solución —comentó. «Su voz es pensativa»—. Estoy un poco sorprendido de que Deenlark la aceptara.

—Yo no —dijo Thrawn—. ¿Observaste el bajorrelieve en la pared de la izquierda?

—Sí, eso creo —dijo Vanto. «Frunce el ceño y su voz se vuelve más titubeante. Está concentrando su memoria»—. ¿La de las olas del océano y el barco navegando?

—El barco de guerra navegando, sí —dijo Thrawn—. Es una obra de arte muy valiosa, cuesta mucho más de lo que un hombre de la posición del Comandante Deenlark se puede permitir.

—Dudo que sea suya —dijo Vanto—. Quizás es parte de la decoración de la oficina.

—Aun así, es demasiado valiosa para que la Academia la compre —dijo Thrawn—. Por tanto, concluyo que fue un regalo de una o más de las familias poderosas de Coruscant.

—Lo que significa que... —dijo Vanto. «Su postura se endereza abruptamente cuando lo comprende»—. Deenlark sabe que la Real Academia Imperial está en deuda

con las familias. Lo que significa a su vez que saltaría ante cualquier oportunidad de evitar una confrontación pública.

—¿En deuda?

—*Ubuphaka*.

—Ah —dijo Thrawn—. Sí, esa es evidentemente la posición del Comandante Deenlark. Por eso aceptó tan rápido mi plan. Es extraño que esos intercomunicadores no tengan una señal de emergencia presente.

—¿Qué? —«Vanto frunce el ceño con sorpresa o confusión».

—Los intercomunicadores de los chiss tienen un botón de emergencia —dijo Thrawn—. Permite pedir ayuda rápidamente.

—Sí, eso sería útil —concordó Vanto—. Los intercomunicadores civiles los tienen, pero no los militares. Tal vez necesitaban el espacio para chips de cifrado adicionales que aseguren que nadie pueda espiar la conversación de los oficiales.

—También sería útil arreglar los intercomunicadores para que no se necesite sacarlos del cinturón o el bolsillo.

—Eso definitivamente sería práctico. —«Vanto señala la insignia de teniente»—. Sería mejor que te guardes la insignia. Por lo menos no tendrías que preocuparte de que se te caiga.

—¿Puede hacerse eso?

—¿Qué, poner un intercomunicador en la insignia? Seguro. Sólo tendrías que ahuecar las placas desde atrás. Hay mucho espacio allí para un intercomunicador lleno de componentes electrónicos. —«Sus ojos se entrecierran con una idea adicional»—. Aunque pensándolo bien tal vez no tengas espacio suficiente para todos los chips de cifrado. Tal vez tampoco se podría contar con la suficiente potencia en la batería para usarlo a grandes distancias.

—¿Entonces sólo funcionarían a bordo de la nave?

—Correcto —dijo Vanto—. Lo que significa que aún tendrías que llevar una versión de largo alcance para usarlo fuera de la nave. —«Suspira con resignación»—. Supongo que hay una razón por la que la gente hace las cosas de una manera determinada.

—A veces —dijo Thrawn—. No siempre.

—Supongo —dijo Vanto. «Su tono es pensativo»—. *¿De verdad* sabes que serán buenos pilotos de cazas estelares? ¿O esa sólo fue una manera de lograr que los corrieran de la Real Imperial?

—De verdad lo sé —dijo Thrawn—. ¿Tú no?

—Ni por asomo. —«Se queda callado tres pasos más. Su frente está fruncida»—. Todavía no afrontas el hecho de que te atacaron, ¿sabes? ¿Tan sólo vas a dejar que se salgan con la suya?

—Tu pregunta supone que no sufrirán castigo —dijo Thrawn—. Por el contrario. Mañana se la pasarán creyendo que sus obras se han puesto al descubierto y preguntándose qué suerte ha planeado el Comandante Deenlark para ellos. Viajarán a Skystrike con los mismos miedos e incertidumbres.

—Ah —dijo Vanto—. Veo adónde vas. Ni cuando estén allí se sentirán seguros de que no los sacarán de la cama en medio de la noche y los traerán de regreso a Coruscant para enjuiciarlos.

—Ese miedo desaparecerá con el tiempo —dijo Thrawn—. Pero falta mucho para eso.

—Supongo que así es —dijo Vanto—. De modo que caminarán sobre cascarones de huevo unos meses, Orbar hará lo mismo, así Deenlark no tendrá que enfrentar a la familia de Orbar.

—Tampoco necesitarás enfrentar esa misma presión.

—Me pregunto si pensaste que de esa manera se hizo justicia, más o menos —dijo Vanto—, y todos los demás salen adelante. Un resultado en que todos ganan —«Señala a la cara de Thrawn»—. Excepto tú.

—Mis heridas son menores y sanarán. He soportado cosas peores.

—Apuesto a que sí. —«Vanto se queda callado unos pasos más»—. Así que esto es lo que los líderes chiss tienen que esperar con entusiasmo.

—No comprendo.

—Este tipo de justicia —dijo Vanto—. Venganza por exiliarte. Las historias dicen que los chiss nunca olvidan heridas que se les han hecho.

—Tus historias suponen que la memoria necesariamente lleva a la venganza —dijo Thrawn—. No siempre es así. Las situaciones cambian. Las razones y motivaciones también. No, no busco venganza.

—¿De verdad? Porque me parece que la merecen.

—Tenían razones para exiliarme.

—Lo del ataque preventivo —preguntó Vanto. «Su tono muestra curiosidad pero también cautela. Ve información a su alcance, pero teme ahuyentarla»—. En todo caso, ¿qué sucedió? ¿Dejaste que el ataque de alguien atravesara las líneas de los chiss?

—No —dijo Thrawn—. Lancé un ataque por mi cuenta.

—¿Contra quién?

—El mal —dijo Thrawn—. Piratas nómadas que depredaban mundos indefensos. Consideré que era deshonroso para la Ascendencia chiss permanecer inmóvil y no ayudar a los desamparados.

—¿Los derrotaste?

—Sí —dijo Thrawn—. Pero, mis líderes se sintieron infelices.

—Suena muy desagradecido —dijo Vanto. «Su voz es firme, sin incertidumbre»—. Muy estúpido, además. Piratas como esos se volverían contra tu gente tarde o temprano. ¿Qué harían entonces?

—Tendríamos que pelear —dijo Thrawn—. Pero entonces seríamos las víctimas.

—¿Y no puedes pelear hasta que suceda?

—Esa es la doctrina militar actual de la Ascendencia.

«Vanto sacude la cabeza».

—Aún así es injusto.

—A veces las decisiones de un comandante deben tomarse sin importar cómo serán percibidas —dijo Thrawn—. Lo que importa es que hagan lo necesario para la victoria.

—Claro —dijo Vanto—. Por suerte para mí, yo estoy preparándome para un puesto de oficial de suministros. Nunca tendré que preocuparme por eso.

—Sí —dijo Thrawn—. Tal vez.

—Ahora mire —dijo Arihnda, mientras señalaba el lugar descolorido donde el conducto entraba por la pared del departamento—. Está bien, Daisy. Ábrela.

Desde la otra habitación llegó el sonido del agua del baño que empezaba a correr. Un momento después, un pequeño aerosol de agua brotó del lugar.

—¿Una fuga de agua? —vociferó Chesna Braker—. ¿Me arrastraste hasta aquí por una *fuga de agua*?

—Es su edificio —le recordó Arihnda en voz baja—. Su gente de mantenimiento sigue dando evasivas y no puedo hacer que alguien de su oficina tome esto con seriedad.

—¿Y entonces como una niñita que se raspó la rodilla, vas llorando con algún burócrata en el departamento de vivienda y haces que expida una orden para que *yo* deje todo y venga aquí?

—Su contrato de arrendamiento con el gobierno dice que usted es responsable de las reparaciones —dijo Arihnda—. Es la dueña de la compañía que posee este bloque de departamentos. Eso la convierte en la máxima responsable. Si su gente no obedece la ley, supongo que lo tendrá que hacer usted. Personalmente.

—Eh... —Dijo Braker, mientras la miraba como si destilara veneno—. Ven aquí un minuto. —Se dio vuelta y cruzó hasta la ventana que daba a la enorme ciudad planetaria que era Coruscant.

Arihnda la siguió, con el ceño fruncido.

—¿Ves eso? —dijo Braker, cuando las dos mujeres estuvieron otra vez juntas—. Allí está la gente pequeña a la que representas tan orgullosamente. ¿Sabes lo que van a hacer si alguna vez te metes en problemas o necesitas ayuda?

—No. ¿Qué?

—Absolutamente nada —dijo Braker—. Te olvidarán como al desayuno de ayer. —Se dio unos golpecitos en el pecho—. *A mí* es a quien debes impresionar, señorita Pryce. Hombres y mujeres como yo. No a Daisy o como se llame quien está por allá. Nosotros somos quienes tenemos el poder de hacer que triunfes o fracases. Te advierto que es mejor que recuerdes eso.

—Aprecio su preocupación por mi bienestar —dijo Arihnda—. Pero ya tengo un amigo en lugares elevados.

—¿Quién? ¿El Senador Renking? —Braker resopló—. Sigue creyendo eso si quieres. Sólo eres la última en una larga fila de personas a las que ha echado en un trabajo sin salida y las ha dejado a que se pudran allí.



—Lo tendré en cuenta —dijo Arihnda—. Mientras tanto, tiene que hacer algunas reparaciones, y me falta tocar en cincuenta y siete puertas más. Mientras esté aquí, también podría ver qué otros desperfectos hay en este lugar.

—No te preocupes —masculló Braker—. Haré que alguien entre mi *pequeña* gente revise las quejas de los inquilinos. Tendremos todo terminado para finales de la siguiente semana.

—Tengo su palabra, señorita Braker. Buenos días.

Diez minutos después, Arihnda iba en su carro aéreo, abriéndose paso por el cielo de Coruscant junto con millones de otros vehículos que zumbaban igual que este. Y pensar que un mes antes le aterraba el flujo del tráfico. Ahora apenas lo notaba.

Hacia un mes ella habría estado de acuerdo con la sugerencia de Braker de que Renking la había condenado allí para deshacerse de ella. Durante los primeros dos meses el senador quizás había hablado con ella dos veces, y no más de tres minutos cada vez. En muchos sentidos, era como si se hubiera olvidado de ella. Eso habría de cambiar pronto; muy pronto.

Su intercomunicador timbró y ella lo sacó. La identificación decía que era el Senador Renking. Sonrió ampliamente: muy pronto, o tal vez en este mismo momento.

—Arihnda Pryce —dijo.

—Habla el Senador Renking, señorita Pryce —dijo Renking en el intercomunicador—. ¿Cómo van las cosas?

—Muy bien, senador, gracias —dijo Arihnda—. Acabo de poner en su lugar a otro casero por faltar a sus responsabilidades con los inquilinos.

—Es lo que oí —dijo Renking, con voz dura pero titubeante—. Lo acabo de oír del Concejal Jonne, quien lo escuchó de la señorita Braker. Está causando una verdadera agitación allí.

—Sólo hago mi trabajo, senador —dijo Arihnda con una sonrisa dirigida a sí misma. Por lo visto, su pequeña y solitaria cruzada contra la corrupción y la indiferencia finalmente estaba atrayendo el tipo correcto de atención—. Espero que usted y el concejal no vayan a sugerir que ignore leyes y regulaciones.

—No, por supuesto que no —le aseguró Renking.

—Porque los ciudadanos de Lothal a los que estoy sirviendo parecen realmente felices con los avances —continuó Arihnda—. Esa *es* la razón por la que estoy aquí.

—Por supuesto —dijo Renking—. Está haciendo un trabajo muy efectivo. En realidad por eso la llamo. Como tal vez lo sepa, con tanta gente viviendo en Coruscant, el conjunto habitual de servicios gubernamentales se ha visto sujeto a tensiones por muchos años. Se ha iniciado un nuevo programa que estimula a los senadores para que instalen (y financien, por supuesto) oficinas suplementarias de ayuda ciudadana en todo el planeta.

—¿Oficinas abiertas a todos los ciudadanos de Coruscant, no sólo los temporales del mundo del propio senador?

—Exactamente —dijo Renking—. Tengo cuatro de esas oficinas, además, estoy por abrir una quinta en el Sector Bartanish Cuatro. Se me ocurre que usted es la persona perfecta para dirigirla.

—¿De verdad? —Arihnda respiró a fondo y puso algo de entusiasmo de colegiala en su voz, aunque envió una sonrisa cínica hacia el tráfico del exterior—. Eso sería maravilloso. ¿Cuándo empezaría?

—En cuanto cierre su oficina hoy, ya haré que alguien más la reabra la semana que viene, limpie su departamento y lleve todo a Bartanish Cuatro. La oficina allí está lista y ya tengo un departamento reservado para usted a dos y seis de distancia.

—Eso suena estupendo —dijo Arihnda. Dos cuabras y seis pisos la pondrían a una distancia perfecta para ir caminando—. Regresaré a la oficina y empezaré con todo de inmediato.

—Bien. Le enviaré las direcciones de la oficina y del departamento. Hágame saber cuándo llega para que alguien la reciba y le entregue las llaves. ¿Le parece bien?

—Suena perfecto —dijo Arihnda—. Gracias de nuevo.

—No es necesario agradecer —dijo Renking—. Se lo ha ganado. Cuídese.

La conexión terminó. Arihnda apartó el intercomunicador y volvió a sonreír. A Renking no le importaba que importunara a los relativamente ricos y poderosos; lo único que quería era que sus actividades no se relacionaran directamente con él. En una oficina anónima de apoyo, sin una conexión obvia con Renking, podría hacer todas las olas que quisiera casi sin repercusiones políticas.

Desde el punto de vista de Renking, tenía unas cuantas y agradables ventajas. Arihnda seguiría agitando el lodo de Coruscant, tal vez descubriendo elementos de apoyo que Renking podría usar en el futuro contra la gente con poder e influencias. Al mismo tiempo, con suerte, su nuevo puesto la mantendría demasiado ocupada para preocuparse por la mina que había perdido ante el Imperio.

De lo que Renking tal vez no se daba cuenta era de que se trataba de una situación en que ella ganaba por partida doble, por eso se había esforzado tanto por obtener precisamente este trabajo desde que oyó sobre el proyecto unas semanas antes. Tratar con ciudadanos reales de Coruscant en lugar de expatriados de Lothal era ascender un modesto escalón en la escalera social; además, en Bartanish Cuatro también se acercaría físicamente varios pasos al todopoderoso Distrito Federal.

Pequeños pasos, para ir a lo seguro. Pero si sus padres le habían dejado alguna enseñanza cierta era que la mejor ruta no tenía que ser rápida, siempre y cuando fuera correcta. Y Arihnda no tenía prisa... ninguna prisa en absoluto.

De pronto, casi sin que Eli lo notara, se acabó.

—Felicidades, hijo —dijo su padre, mientras le apretaba la mano con firmeza.

—Gracias, papá —dijo Eli.

A pesar de las sonrisas y palabras alegres, pudo sentir que una inesperada reserva acechaba detrás de los ojos de su padre. Las preocupaciones de su madre eran aún más visibles. No era difícil imaginarse la razón. Cada contemplación del horizonte de Coruscant, cada mirada persistente a uno de los otros alféreces recién graduados, cada vez que bajaban la voz cuando alguien cercano podría oír... todo señalaba al hecho de que un cadete del Espacio Salvaje como Eli nunca debió estar en la Real Imperial, para empezar. Sin contar a Thrawn, además.

—¿Seguro que todo está bien con él? —preguntó su madre, mientras caminaban por una de las áreas del jardín que conducían a los cuarteles—. Porque si las historias de los chiss son correctas... —Su voz se fue apagando.

—No lo son, mamá —le aseguró Eli—. Por lo menos, no en las que estás pensando.

—¿Cómo sabes en cuáles estoy pensando?

—Las de su astucia y su cruel necesidad de venganza —dijo Eli—. Si lo fueran, un montón de los cadetes que ves nunca habrían sobrevivido para graduarse. —Hizo una mueca cuando las últimas palabras dejaron su boca. Tal vez no era la mejor manera de explicarlo—. Todo está bien con él —les aseguró—. De verdad. Es muy inteligente.

—¿Entonces *esa* parte de las historias es cierta? —intervino su padre.

—Sí —dijo Eli—. No hablemos de él, ¿está bien?

—Bien —dijo su padre—. Hablemos de ti. ¿Qué pasará ahora que te has apartado de tu carrera?

—¿Quién dice que me aparté de ella? —replicó Eli—. Antes de llegar aquí, llevé a cabo la mayor parte de mi entrenamiento. Hasta donde sé, todavía sigo en eso.

—Bueno, eso espero —dijo su padre—. Yo sólo... nunca estás preparado para los sinsentidos del Mundo Central.

Eli suprimió un suspiro. Después de todo, había superado el desafío de la Real Imperial... pero, bueno, así eran las cosas.

—Estar tan cerca de ese chiss pudo haber afectado las cosas —agregó su madre.

—No tenía otra opción, mamá —explicó una vez más, con toda la paciencia posible. No importaba lo bajo que estuviera una persona en la escala social, añadió amargamente para sí mismo, siempre había alguien más abajo—. Me asignaron a él como traductor.

—Bueno, espero que eso haya terminado ahora —dijo su padre—. ¿Cuándo recibirás tu comisión en una nave?

—Hoy, más tarde —dijo Eli—. Podría ser una asignación en tierra, no en una nave.

—Será en una nave, querido —dijo su madre, dándole una palmada en el brazo—. Vienes de una familia de viajeros y eres bueno con los números. Serían tontos si te ponen en una base.

—Seguro —dijo Eli. Aunque ahora que comprendía mejor la logística de la armada, sabía que ser bueno con los números podría ser la razón perfecta para que lo pusieran en una base o en un depósito de suministros.

—Tenemos que irnos —dijo su padre súbitamente.

Eli frunció el ceño y se le quedó viendo. De soslayo, vio que Thrawn se acercaba con paso rápido. Evidentemente, su padre también lo había notado: «Siempre hay alguien más abajo».

—En realidad no tienen que hacerlo —dijo—. Si pueden quedarse otro día, o unas cuantas horas siquiera, podremos saber juntos cuál será mi comisión.

—Tenemos que irnos —dijo su padre, mientras hurgaba en su túnica—. Tenemos que... demonios.

Entonces fue demasiado tarde.

—Buenas tardes —dijo Thrawn mientras se unía al pequeño grupo—. Ustedes son los padres del Alférez Vanto, por supuesto. Bienvenidos a Coruscant.

—Gracias —dijo el padre de Eli, con voz un poco tensa—. Usted es... eh...

—Soy el Teniente Thrawn —dijo—. Su hijo lo ha hecho muy bien. Deben estar orgullosos de él.

—Lo estamos —dijo la madre de Eli. Su voz era menos tensa que la de su esposo, pero la descarada curiosidad en el rostro lo compensó con creces—. ¿Usted es... realmente un chiss?

—Así es —confirmó Thrawn—. Su hijo ha hablado de sus leyendas relacionadas con nosotros. Tengan en cuenta que no todas ellas son exactas.

—Pero ¿algunas lo son? —preguntó con todo cuidado el padre de Eli—. ¿Puedo preguntar cuáles?

—¡Papá! —lo amonestó Eli, mientras sentía que su cara ardía.

—Las más halagüeñas, por supuesto —comentó Thrawn y una sonrisita rozó sus labios—. Sin embargo, aunque sean falsas, las leyendas pueden ser de lo más informativas.

—Creía que dijo que no todas son verdad —dijo la madre de Eli.

—No me refería a las propias leyendas —dijo Thrawn y volvió los ojos brillantes hacia ella—. Sin embargo, lo que se recuerda dice mucho acerca de quienes lo recuerdan.

Por un momento un torpe silencio rodeó al grupo.

—Ya veo —dijo finalmente el padre de Eli—. Muy interesante, pero como decía, tenemos que irnos.

—¿Cuál es el problema? —preguntó Eli.

—¿El problema?

—Dijiste «demonios». Eso suele implicar un problema.

—Oh —dijo su padre—. No, no en realidad. Sólo se me olvidó que no podemos utilizar un llamador aquí, es todo. Tendremos que tomar un aerobús a nuestra plataforma de aterrizaje.

—Por lo que cobran un brazo y una pierna —añadió su madre—. Pero estaremos bien. De todos modos, necesitamos llegar a casa. —Dio un paso hacia Eli y lo envolvió en un gran abrazo—. Gracias por invitarnos aquí, Eli. Haznos saber dónde te pondrán y cuídate.

—Lo haré, mamá —prometió Eli mientras su padre abrazaba a los dos—. Qué tengan un viaje seguro de regreso.

—Así será —dijo su padre—. Adiós y cuídate. —Se soltó del abrazo—. Teniente —dijo y movió la cabeza de arriba abajo con timidez hacia Thrawn.

—Señor Vanto —dijo Thrawn y le devolvió el movimiento de cabeza—. Señora Vanto. Felices viajes.

—Gracias. —El padre de Eli tomó el brazo de su madre y la condujo afuera.

Por un momento, permanecieron en silencio, mirando a los padres de Eli avanzar por el camino hacia la plataforma de aterrizaje de la Academia.

—Están preocupados por ti —dijo finalmente Thrawn.

—Es el deber de los padres —replicó Eli, mientras se preguntaba con incomodidad cuánto había podido interpretar Thrawn de su breve encuentro con ellos. ¿Se había dado cuenta de que una parte importante de la preocupación de sus padres era que la presencia de Thrawn en su vida podía envenenar de alguna manera su futuro?—. No se sienten tan cómodos aquí. Es una ciudad grande, con gente del Mundo Central, ¿sabes?

—Sí —dijo Thrawn—. Tu padre habló de un llamador. ¿Qué es eso?

—Es un dispositivo que puede traer tu nave remotamente —dijo Eli—. Todas las naves del negocio de mi familia están modificadas para responder a un llamador. Con algunos de nuestros clientes, es una buena idea mantener tu nave y el resto de tu carga fuera de la vista y llamarla sólo hasta que hayas terminado el trato.

—¿Por la posibilidad de un robo?

—Sobre todo eso.

—¿Por qué el Imperio no suprime esa actividad criminal?

—Porque no puede estar en todos lados —dijo Eli—. El Espacio Salvaje no está exactamente en primer lugar en la lista de Coruscant —dijo, y luego señaló con la barbilla la insignia de rango de teniente, ahora engarzada visiblemente en la túnica de Thrawn—. ¿Así que Deenlark te dio una nueva insignia en la ceremonia? ¿O le habías regresado antes la vieja?

—Es nueva —dijo Thrawn y pasó la punta de los dedos cuidadosamente por las placas—. Evidentemente se le olvidó que ya me había dado una.

—Ah —dijo Eli y asintió—. Supongo que puedes conservar la otra como recuerdo.

—O encontrar otro uso para ella —dijo Thrawn—. ¿Cuándo conoceremos nuestras comisiones?

Eli revisó su cronómetro.

—En cualquier momento. —Volvió a ver a sus padres que se alejaban, ahora casi perdidos entre el resto de los familiares que se habían reunido para las ceremonias de graduación—. También podríamos dirigirnos a la oficina del comandante y ver.

—Muy bien —dijo Thrawn—. ¿Por qué no simplemente nos enviaron las comisiones a nuestras computadoras?

—No lo sé —dijo Eli. Dio la espalda a los otros cadetes y a quienes les deseaban buena suerte y se dirigió a la oficina del comandante—. Quizás quieren que nos

acostumbremos a manejar adecuadamente órdenes y datos codificados. O es como siempre hacen las cosas. Tú elige. Vamos, hay una buena posibilidad de que seamos los primeros de la fila.

No fueron los primeros, sino el segundo y el tercero. Eli miró su tarjeta de datos mientras pasaba caminando, junto con Thrawn, a un lado de la fila de graduados que ahora empezaban a formarse. Su vista se quedó fija en el logotipo de la Real Academia Imperial, mientras un hilo de satisfacción se escurría sobre la decepción por la partida de sus padres. Tal vez no le daban mucha importancia a su transferencia a Coruscant, a diferencia de todos los demás en la armada.

Lo había logrado. Verdaderamente lo había logrado. Contra todos los pronósticos, habían lanzado al patán del Espacio Salvaje entre la elite de Coruscant y había tenido éxito.

—¿Y bien? —Thrawn apuró una respuesta.

—Tú primero —dijo Eli. De la misma manera en que su tiempo en la Real Academia Imperial estaba llegando a su fin, también lo estaría el tiempo con Thrawn. Había sido interesante, pero ahora se encontraba preparado para dar el siguiente paso.

—Muy bien. —Thrawn deslizó su tarjeta en su datapad y miró la pantalla—. Interesante. Voy a ser segundo oficial de armas a bordo del crucero de clase Gozanti *Blood Crow*.

—Estupendo —dijo Eli. Los Gozanti eran un diseño corelliano, de unos sesenta y cuatro metros de largo, con torretas láser dorsales y ventrales. Eran un poco antiguos (casi todos de manufactura previa a las Guerras de los Clones) pero aún podrían mantenerse al ritmo de naves más modernas. Casi todos eran usados como cargueros o naves de evacuación, pero estaban modernizando algunas con pinzas externas para transportar cazas estelares o caminadores, lo que los llevaría a la vanguardia contra piratas, contrabandistas y esclavistas. Sin embargo, en cualquier rol un Gozanti era una nave buena y sólida que permitiría hacer carrera.

—¿Y tú? —preguntó Thrawn—. Supongo que pediste un puesto de oficial de suministros.

—Sí —confirmó Eli, mientras insertaba su propia tarjeta de datos—. Hay buenas posibilidades de que lo consiga también: las naves más grandes siempre están necesitadas de personal de suministros... —Luego perdió la voz. ¿Qué demonios?

—¿Qué pasa? —preguntó Thrawn.

Eli necesitó dos intentos para recuperar la voz.

—El *Blood Crow* —se ahogó—. Ayudante del... Teniente Thrawn. —Levantó la vista hacia Thrawn, mientras una roja neblina de furia caía sobre su vista—. ¿Tú hiciste esto? —exigió una respuesta.

—No. —Thrawn movió la cabeza de un lado a otro.

—¡No mientas! —vociferó Eli—. Los tenientes no tienen asistentes. *Nunca*. Tú arreglaste esto con el Emperador, ¿o no?

—El Emperador no habla conmigo —dijo Thrawn—. Ni he hablado con él desde mi primer día en este mundo.

—Esto no sucedió por accidente —aseguró Eli—. Debiste decir *algo*. ¿Qué fue? ¿Qué fue?

Thrawn titubeó y luego bajó la cabeza.

—El *Blood Crow* está programado para tareas en los sectores fronterizos donde pueden hablarse sy bisti e idiomas relacionados con el comercio —dijo con renuencia—. Simplemente señalé que podría ser benéfico tener dos oficiales a bordo que comprendieran esos idiomas.

—¿Porque no están programados en droides traductores? —concluyó Eli, con mordacidad y sabor ácido en la boca.

—Pero te aseguro que no dije nada de un asistente —insistió Thrawn—. Si lo deseas, me negaré a aceptarte en ese puesto.

Eli bajó la vista a su datapad, mientras sentía que la furia lo abandonaba. La furia y el entusiasmo de la graduación. Thrawn podría negarse, pedir o exigir todo lo que quisiera. No serviría de nada. Una vez que se registraban las órdenes en el sistema de datos de la armada, era como si las hubieran grabado con láser sobre granito.

Así que eso era todo. De un solo golpe, la vida de Eli se había puesto completamente de cabeza. De nuevo. Sólo que ahora no se trataba tan sólo de su educación. Esta vez le habían arrebatado la carrera, tan cuidadosamente calculada y puesta en práctica. No entraría en la armada como un oficial de suministros prometedor y capaz, sino como asistente de un oficial. Ahora estaba más que garantizado que su carrera no llegaría a ninguna parte. *Eso* suponiendo que el propio Thrawn fuera él mismo prometedor. ¿Y si no? ¿Y si fracasaba?

Porque podría fracasar. En realidad, había muchas posibilidades de que así pasara. Tal vez la falta de respeto hacia los seres no humanos no era una política oficial, pero estaba extendida en la armada. Thrawn tendría que esforzarse el doble que cualquier otro y tener éxito con el doble de frecuencia, tan sólo para mantenerse al paso de los demás. Y cuando Thrawn cayera, estaba casi garantizado que también lo haría cualquiera que estuviera asociado con él.

—¿Alférez Vanto? —preguntó Thrawn—. ¿Debo hablar con el comandante?

—No tiene caso —dijo Eli, cerró el datapad y lo puso a un lado—. La armada no cambia órdenes tan sólo porque a los oficiales novatos no les gustan. Cuando seas almirante, veremos qué podemos hacer.

—Comprendo —dijo Thrawn en voz baja—. Muy bien. Me esforzaré por alcanzar ese rango lo antes posible.

Eli le clavó la mirada. ¿El maldito chiss se estaba burlando de él? Sin embargo, no había indicios de diversión en su rostro. Thrawn estaba mortalmente serio.

Un escalofrío recorrió la espalda de Eli, mientras el fantasma de las viejas historias susurraba en su mente. Los chiss no alardeaban ni hacían promesas vacías. Una vez que fijaban la mente en algo, tenían éxito o morían en el intento. Tal vez en realidad pensaba que llegaría a ser almirante. Tal vez tenía razón.

—Esperaré con ansias ese momento —dijo Eli—. Vamos. Las órdenes dicen que estemos en el transporte de Corellia a las mil ochocientas horas. No vamos a empezar nuestras carreras perdiendo nuestro viaje.



## CAPÍTULO 7

---

«Causa satisfacción derrotar a un enemigo, pero uno nunca debe permitirse la complacencia. Siempre hay más enemigos por identificar, encarar y conquistar.

»Todos los guerreros comprenden la necesidad de enfrentar y derrotar al enemigo. Ambos aspectos de la tarea llegan a ser desafiantes. Ambos pueden requerir meditación, conocimiento y planeación. Las fallas en cualquiera de esas áreas pueden costar tiempo innecesario y vidas irremplazables. Sin embargo, un guerrero puede olvidar que aún la tarea de identificar al enemigo puede ser difícil, y el costo de no hacerlo, catastrófico».

Eli había prevenido ocasionalmente a Thrawn de la presencia de políticas dentro de la armada. Ciertamente habían visto evidencia de esa influencia durante el incidente de Orbar. Ahora, una vez más, la política había surgido y podía afectarlos directamente.

—No pude encontrar las razones por las que reemplazaron al Capitán Virgilio —murmuró Eli mientras seguían la procesión de oficiales que escoltaban a la nueva comandante, la Capitán Filia Rossi, en su recorrido por el *Blood Crow*—. Pero, todos están de acuerdo en que Rossi tiene muy buenas conexiones. Hoy en día, es todo lo que necesitas para obtener un puesto de mando.

—Ya veo —comentó Thrawn.

Eli hizo una mueca. «Ya veo». Esa era la respuesta obligada de Thrawn cuando no quería decir algo más.

Evidentemente, había muchas cosas que sí *podía* decir. Empezando con el tipo de capitán que fue Rik Virgilio. Había sido excelente en el trabajo, manteniendo el necesario equilibrio entre órdenes obligatorias y flexibilidad. En los dieciocho meses que Eli y Thrawn sirvieron bajo su mando, el capitán había adquirido una fina reputación de atrapar contrabandistas, brindar ayuda a naves en desgracia y desactivar situaciones potencialmente dañinas en los mundos de los Bordes Medio y Exterior. Había logrado el respeto de oficiales y tripulación, además de reseñas muy satisfactorias de los gobernadores y otros líderes políticos con quienes interactuó.

Igual de importante era que, evidentemente desde el punto de vista de Eli y Thrawn, Virgilio había tomado con buen talante la presencia de un oficial alienígena en su nave. Se había producido cierta tensión durante las primeras semanas, mientras Virgilio probaba los límites de la inteligencia, el conocimiento y la habilidad de Thrawn, pero una vez que el capitán aprendió los parámetros de su nuevo oficial, Eli no pudo detectar diferencia en el trato o la aceptación de su segundo oficial de armas por parte del capitán. Cuando se abrió la vacante de primer oficial de armas, no opuso objeciones al ascenso de

Thrawn a ese puesto. En realidad, los rumores en la nave sugerían que tal vez Virgilio había recomendado al chiss para el trabajo.

Ahora, sin aviso ni explicación, habían retirado a Virgilio del *Blood Crow* y traído a una capitán más joven, menos experimentada.

Eli no tuvo oportunidad de averiguar gran cosa de la nueva capitán. Filia Rossi se había graduado de la Academia de Raithal doce años atrás y pasó casi todo el tiempo desde entonces en Socorro, primero en la superficie, luego a bordo de una plataforma de defensa orbital a las afueras, en los cinturones de asteroides del sistema. Durante los últimos años había sido la primera oficial a bordo de la escolta de un carguero de minerales. Ahora, de pronto, la habían ascendido al mando de un crucero.

Parecía obvio que la decisión se basaba en influencia política más que en méritos o experiencia. Aun así, Eli deseaba darle a Rossi el beneficio de la duda. Era posible que la razón definitiva fuera menos el estatus político y más el simple resultado de transferencias de personal. Si habían ascendido al Capitán Virgilio a un mando mejor, con mayor prestigio, entonces debía traerse a alguien más al *Blood Crow* para que tomara su lugar.

No obstante, de haber sido ese el caso, no se notificó del ascenso de Virgilio a otros oficiales del *Blood Crow*. Ese silencio del Alto Mando aumentaba las sospechas de Eli de que habían obligado al antiguo capitán a retirarse o de que lo habían despedido silenciosamente.

—Aun así, debe haber un primer puesto de mando en la carrera de todo oficial —dijo Thrawn ante las ideas de Eli.

—Supongo —concedió Eli—. Simplemente no veo por qué su primer puesto de mando tiene que darse en *nuestra* nave.

Adelante, la capitán y la corta fila de oficiales que la seguían habían llegado a la bahía de almacenamiento número dos. La capitán golpeó la palanca para liberar la escotilla y entró, con el Primer Oficial Nels Deyland muy cerca, detrás de ella.

Eli hizo una mueca.

—Oh, oh —murmuró.

El resto de los oficiales también sabía lo que significaba. Empezaron a desplazarse hacia ambos lados del pasaje, abriendo espacio para que Thrawn pasara cuando llegara la llamada esperada. Esa espera fue de apenas diez segundos.

—¡Thrawn! —la voz de la capitán atronó desde el interior de la bahía de almacenamiento—. Venga aquí, *ahora mismo*.

\* \* \*

La Capitán Rossi y el Teniente Mayor Deyland estaban parados a un lado de la bahía de almacenamiento. «El brillo facial de Rossi está aumentando, con los ojos entrecerrados y el ceño fruncido. Deyland permanece inmóvil, con la cara mostrando una expresión parcialmente disimulada de incomodidad».

—El Teniente Mayor Deyland me dice que esto es suyo —dijo Rossi, mientras señalaba el equipo almacenado a lo largo del mamparo.

—Así es, capitán.

—¿Le importaría decirme qué demonios es lo que hace ocupando espacio en mi nave?

—Lo encontró en un mercado de chatarra que estábamos investigando por actividad de contrabando —intervino Deyland—. Como mencioné antes...

—¿Usted se llama Teniente Thrawn? —Rossi lo interrumpió. «Su brillo facial aumenta. La postura es rígida, los dedos se mueven ligeramente».

—No, señora.

—Entonces cálese. Le hice una pregunta, teniente.

—Como dijo el Teniente Mayor Deyland, las partes estaban en un mercado de chatarra —dijo Thrawn—. Son antigüedades, restos de las Guerras de los Clones.

—Sé lo que son —masculló Rossi mientras miraba de nuevo la pila—. Droidekas, droide de sabotajes... dos droides... media STAP... —Sus ojos se entrecerraron—. ¿Esto es parte de un *anillo de hiperimpulsión*?

—Sí, señora.

—Esas no son antigüedades, teniente —«Rossi resopla, sus labios se curvan hacia abajo brevemente»—. Son basura.

—Tal vez, señora —dijo Thrawn—. Sin embargo, como no estoy completamente familiarizado con la tecnología de esa era, esperaba obtener conocimiento si los estudiaba.

—¿Tal vez también pensaba echarlas a trabajar de nuevo? —preguntó Rossi—. No lo niegue: puedo ver rellenos en ambos droides de sabotaje. Componentes nuevos. —«Ella levanta las cejas. Los movimientos de sus dedos se intensifican por un momento»—. Más vale que no se trate de componentes de los almacenes del *Blood Crow*.

—No, señora —dijo Thrawn—. Se compraron en otro lado.

—Los pagó de su bolsillo —murmuró Deyland.

—El Teniente Mayor Deyland tiene razón —dijo Thrawn—. Los droides de sabotaje en particular me parecen potencialmente útiles. Son compactos, con herramientas de perforación y corte especializadas que les permiten...

—Evíteme la explicación —lo interrumpió Rossi. «Su mano hace un movimiento de corte abreviado en el aire. El tono de su voz se vuelve más grave»—. Tal vez haya leído de las Guerras de los Clones, pero algunos de nosotros las vivimos. ¿Virgilio simplemente le dejó traer estas cosas a bordo?

—El Capitán Virgilio me permitió comprarlas, sí, señora —dijo Thrawn—. También me dio permiso para almacenarlas aquí cuando no estuviera trabajando con ellas.

—Muy generoso de su parte —dijo Rossi—. Tal vez se haya percatado que Virgilio ya no es el capitán. *Yo lo soy* y dirijo una nave limpia. Quiero que tire esta basura antes de su siguiente turno. ¿Queda claro?

Junto a ella, Deyland se agitó. «Su postura indica desacuerdo».

—Señora, podría sugerir...

—Pregunté si estaba claro, teniente.

—Sí, capitán —contestó Thrawn—. ¿Puedo ofrecer una alternativa?

—Si no la quise oír de mi primer oficial, ¿qué le hace pensar que quiero oírla de usted? —replicó Rossi—. Teniente Mayor Deyland: usted supervisará que la tire como lo ordené. Hemos terminado aquí.

—Sí, señora. —«Deyland permanece en su lugar, sin indicación de que se prepare para abandonar la bahía»—. Con su permiso, señora, me gustaría escuchar la sugerencia del Teniente Thrawn.

«Los ojos de la Capitán Rossi se entrecierran aún más mientras mira a Deyland. Los brazos están rígidos debajo de las mangas del uniforme, los dedos ahora inmóviles, la postura ligeramente inclinada hacia delante. La expresión del Teniente Mayor Deyland es tensa pero su postura indica firmeza. La Capitán Rossi se endereza ligeramente».

—Al parecer, nadie a bordo entiende el debido respeto que debe prestarse a su capitán —dijo ella, con voz rígida—. Tendremos que lidiar con eso. —Se dio vuelta hacia Thrawn—. Bien, escuchemos su alternativa.

—Por lo que comprendo, señora, el material a bordo de una nave de guerra imperial es propiedad de esa nave y, por tanto, está bajo el control de su comandante —dijo Thrawn—. Cuando compré estos artículos por quinientos créditos...

—¿Quinientos créditos? —interrumpió Rossi—. ¿Lo dice en serio? Esas cosas no valen una décima parte de eso.

—Eso sería correcto, capitán, si se tratara de droides de sabotaje estándar —dijo Thrawn—. Pero son la versión Mark Uno. Muy raros, y evidentemente muy valiosos.

—¿De verdad? —«Rossi mira a los droides con los labios fruncidos»—. ¿Qué tan valiosos?

—Cuando los traje, no funcionaban —dijo Thrawn—. Como ha observado, he avanzado en su reparación. Esperaría que una vez que estén completamente restaurados sean muy valiosos para los coleccionistas.

—¿Coleccionistas? —«El tono de Rossi es plano»—. Gente con más dinero que cerebro.

—Algunos también tienen interés en las antigüedades de las Guerras de los Clones —dijo Thrawn—. Me han comentado que algunos miembros del Alto Mando tienen ese interés.

«Los labios de Rossi se separan ligeramente, su postura se endereza. Mira de nuevo a los droides de sabotaje, los músculos en las mejillas se tensan, luego se relajan y se vuelven a tensar. Sus dedos están en movimiento: el pulgar y el índice de la mano derecha se frotan ligeramente».

—¿Mark Uno, dijo?

—Así es.

—Mark Uno —murmuró ella. «Su voz conlleva una mezcla de tensión e interés, e indica súbita comprensión. Su mano hace un pequeño movimiento hacia su datapad,

luego se detiene»—. Muy bien, ni usted ni yo. Debemos estar de regreso en Ansion en tres meses. Tiene hasta entonces para divertirse con sus juguetes. Una vez que lleguemos a Ansion, los tomaré, funcionen o no. ¿Está claro?

—Claro, señora —dijo Thrawn—. Gracias.

«Rossi mira a Deyland y luego a los droides. Las líneas de tensión en su rostro se suavizan. Pasa de prisa junto a Deyland hacia la bahía de salida».

—CUANDO GUSTE, TENIENTE MAYOR DEYLAND —gritó por encima de su hombro.

—Sí, señora —«Deyland lanza una sonrisita de satisfacción, luego sigue a la capitán de regreso por el corredor. Siguen hacia popa, mientras el resto de los oficiales se forma de nuevo detrás de ellos».

—¿Qué pasó? —preguntó Vanto en voz baja cuando llegó a la bahía. «Su expresión contiene expectativa y temor»—. ¿Hará que lo tires todo?

—¿Por qué supones eso?

—Porque Virgilio te dejó tenerlo y Rossi tratará de borrar todo rastro de él del *Blood Crow* —dijo Vanto. «Su voz contiene un bajo nivel de amargura»—. Créeme: he visto a muchos hacer lo mismo.

—Interesante —dijo Thrawn—. Porque sucede que está de acuerdo en darme hasta el final de nuestro patrullaje actual para que los artículos funcionen por completo.

—Generoso de su parte. Supongo que hay una trampa.

—Le recordé que podrían volverse de su propiedad.

—Ah —dijo Vanto. «Asiente comprensivamente»—. ¿Recordaste lo que dije cuando los compraste por primera vez sobre los coleccionistas y no el valor intrínseco?

—Sí, gracias por esa revelación.

—De nada —dijo Vanto—. Supongo que no mencionaste que los droides de sabotaje ya funcionaban.

—Ella no preguntó. Pero, creo que tardó en comprender que tienen un valor muy superior al del atractivo no intrínseco para los coleccionistas. ¿Recuerdas un metal llamado doonium de nuestras clases técnicas?

—Oh, conocía el doonium mucho antes de ingresar a la Real Imperial —dijo Vanto—. Papá siempre ponía seguridad adicional cada vez que teníamos la suerte de transportar una caja o dos de esa cosa. Pero no hay doonium en los droides de sabotaje.

—Había en los modelos Mark Uno —dijo Thrawn—. Era un escudo que protegía el núcleo del cerebro. Se eliminó en modelos posteriores porque el costo superaba los beneficios defensivos.

—Así que es raro y *además* intrínsecamente valioso —comentó Vanto. «Asiente con comprensión»—. ¿Dices que la capitán descubrió esa última parte por sí sola?

—Eso creo. Estiró la mano para sacar su datapad, supuestamente para tratar de confirmar lo que recordaba de la construcción del Mark Uno, pero luego cambió de opinión.

—No quería darle mucha importancia enfrente de todos —dijo Vanto—. Esperará hasta quedarse sola. —«Sonríe con cínica diversión»—. Luego sin duda se felicitará por su memoria y conocimiento y por engañar a su pobre e inocente oficial de armas.

—Tal vez —dijo Thrawn—. Y nosotros probablemente debamos reunirnos con los demás.

—Correcto. —«Vanto empieza a caminar deprisa por el corredor»—. Espero que Deyland tampoco mencione que los droides funcionan. Si lo hace, Rossi probablemente los tomará ahora mismo, y ya no podrás jugar más con ellos.

—No dijo nada en su momento.

—Bien por él —dijo Vanto—. Por supuesto, él te debe una. El hecho de que esos delphidianos lo hayan tomado por sorpresa cuando lo atacaron pudo ser embarazoso.

—Posiblemente letal, también.

—Con toda probabilidad —estuvo de acuerdo Vanto.

—¡THRAWN! —Un grito distante resonó por el corredor.

—Creo que han llegado al taller de reparaciones de artículos electrónicos —comentó Thrawn.

—Y encontraron la otra parte de tu anillo de hiperimpulsión —dijo Vanto—. Sí: tal vez debamos apresurarnos.

Le tomó una semana a la Capitán Rossi ponerse al día con su nuevo mando y familiarizarse con su nave, sus oficiales y su personal.

Eli tuvo que admitir que era muy buena en eso. Al final de la segunda semana la mayoría de la tripulación hablaba de ella con cautelosa aceptación, e iba camino a establecer buenas relaciones de trabajo con la mayoría de sus oficiales. Con dos brillantes excepciones: Eli, por supuesto, era la segunda.

Lo más frustrante fue que había predicho el problema justo desde el principio. La capitán tenía un asistente; el teniente no humano Thrawn tenía otro; y nadie más a bordo de la nave lo tenía.

No era el protocolo y, por supuesto, tampoco la tradición apropiada. En la Armada Imperial, esas dos cosas eran las piedras de base sobre las que descansaba todo lo demás.

Le había tomado al Capitán Virgilio algo de tiempo acostumbrarse a la idea, y mucho más tiempo al Teniente Mayor Deyland. Eli sospechaba que ninguno de los dos hombres en realidad se había sentido feliz con la situación. No esperaba que Rossi siquiera se acostumbrara a ello o lo aceptara. Por desgracia, había una cantidad infinita de maneras en que un comandante podía mostrar su molestia con algo. O alguien.

Por supuesto, en el mes siguiente Eli vio cómo se desarrollaba un patrón evidente. Todos los trabajos desagradables, sucios o indeseables terminaban de alguna manera en la lista de Thrawn. Si se trataba de un trabajo que no se le podía ordenar legítimamente a

un oficial hacerlo, aun así se le encargaría a Thrawn que supervisara el procedimiento. Como asistente de Thrawn, a Eli solía asignársele el trabajo junto con él.

Thrawn lo tomaba con estoico donaire. Eli se aseguraba de que su propia contrariedad fuera igualmente invisible. Sabía que si mostraba el más ligero atisbo de insubordinación, Rossi se echaría sobre él como un gato colmillo sobre un shaak.

Así que cuando el *Blood Crow* captó una señal de ayuda de un carguero que transportaba gas tibanna bloqueado por estática, Eli supo exactamente quién lideraría la partida de abordaje.

—Si lo comprendo correctamente —dijo Thrawn, mientras la Alférez Merri Barlin maniobraba su transbordador entre el *Blood Crow* y el carguero abandonado *Dromedar*—, la parte más desagradable de esta tarea es el polvo.

—Sí, señor —dijo Eli, mientras miraba al hombre y a la mujer sentados en silencio en los asientos de salto a lo largo de las paredes del transbordador. Tampoco ellos parecían particularmente felices con su asignación—. La Técnica en Electrónica Layneo ha tenido experiencia con bloqueo por estática —continuó Eli y señaló a la mujer—. ¿Le molestaría explicar más sobre el problema?

—Como dice el Alférez Vanto, señor, hay polvo —le informó Layneo, con el rostro brevemente arrugado por el disgusto—. Grandes cantidades. Algo del bloqueo por estática provoca que salga el polvo de cada rincón y grieta de la nave y lo deposita cerca del uniforme y la piel. Se sale con el aspecto de un minero.

—Se pega especialmente bien a las telas —agregó el Técnico en Ingeniería Jakeeb—. Por lo general se tiene que echar dos veces el uniforme a la lavadora para sacar todo.

—Y TODOS SABEMOS QUE A LA CAPITÁN ROSSI LE GUSTA QUE SU TRIPULACIÓN SE VEA LIMPIA —gritó Barlin desde la cabina de mando.

—¿Cómo afecta al equipo electrónico? —preguntó Thrawn.

—Por fortuna, el polvo suele ser tan grueso que no se mete en el equipo si está adecuadamente sellado —dijo Layneo—. Con énfasis en *adecuadamente*. Nunca he visto un transporte civil en donde todo siga el código adecuado.

—En realidad, apostaré cincuenta créditos a que no encontramos a nadie a bordo —dijo Jakeeb—. Señal automatizada, muerto en el espacio; es probable que el polvo se haya metido en su hiperimpulsor, no lo pudieron arreglar y se fueron.

—Aceptaré la apuesta —dijo Layneo.

—Tranquilos —previno Eli—. No se permiten apuestas a bordo de la nave, ¿recuerdan?

—Pero no estamos a bordo de la nave, señor —dijo Jakeeb, con inocencia.

—Esta nave se considera parte del *Blood Crow* —dijo Thrawn—. Si el bloqueo por estática tiene tan fuertes desventajas, ¿por qué se sigue usando?

—En realidad sólo se usa con gas tibanna, señor —dijo Layneo—. Esa cosa es muy explosiva y demasiado valiosa. Gran atracción para los secuestradores. El bloqueo por estática de los tanques convierte al robo en un negocio riesgoso.

—Lo que significa que será igualmente riesgoso para nosotros si la Capitán Rossi quiere llevarlos a bordo —previno Jakeeb—. Espero que tan sólo sea asunto de arreglar cualquier desperfecto y hacer que el carguero completo vuele a Ansion.

Hubo un suave salto.

—Aquí vamos, señor —informó Barlin—. Anclando collar de bloqueo... muy bien, ya lo hicimos. La lectura de la atmósfera en el interior es normal. Luces bajas, temperatura de rango medio, gravedad funcional y estándar. La depuración todavía está ejecutándose.

—¿Lecturas de formas de vida? —preguntó Thrawn.

—Nada útil, señor —respondió ella—, los bloqueos por estática siguen fastidiando todo. Muy bien, la depuración está terminada... negativo sobre químicos o microorganismos peligrosos. Es seguro seguir adelante, teniente.

—Gracias —dijo Thrawn—. Alférez Vanto, lleve a los Técnicos Layneo y Jakeeb de inmediato a la sección de motores. La Alférez Barlin y yo iremos directo al puente.

Dos minutos después, Eli y los dos técnicos bajaban por el pasaje central del carguero, mientras el sonido de sus pisadas rebotaba en la oscuridad.

—*De verdad* odio las naves abandonadas —murmuró Layneo mientras caminaba. Su mano, se percató Eli, descansaba sobre la empuñadora de su bláster enfundado—. De niña escuché demasiadas historias de naves fantasma.

—Yo también tuve mi buena ración de ellas —dijo Eli—. Casi todas son simples historias. El resto son incidentes reales embellecidos de tal manera que resultan irreconocibles.

—Estoy seguro de que este lugar se verá un poco más alegre cuando Barlin llegue a los controles de iluminación —dijo Jakeeb, para suavizar la tensión.

—Oh, sí. No lo creo —vociferó Layneo—. Ni toda la luz en el mundo...

De pronto, el corredor estalló en un cegador resplandor de luz.

—¡No se muevan! —dijo una voz tensa desde algún lugar detrás de ellos—. ¿Me escuchan? ¡No se muevan! O *jure* que dispararé adonde están.

«La expresión de Vanto es de cautela cuando aparece a la vista, pero la tensión que había en su voz cuando dio la alarma ha cedido. Mantiene con poca firmeza en la mano un bláster con el que no está familiarizado».

—Alférez Vanto: informe —ordenó Thrawn.

—Teniente —dijo Vanto. «Hace un movimiento breve y formal con la cabeza, a manera de saludo y reconocimiento. Los dedos están doblados en una señal silenciosa que confirma que todo en realidad está bien»—. Le presento a Nevil Cygni. Aparentemente, nos confundió con alguien más.

—¿De verdad? —dijo Thrawn. «Cygni es un ser humano de cabello oscuro y la piel curtida de alguien que ha trabajado muchos años bajo la luz brillante del sol. Permanece



sentado en la cubierta a los pies de Vanto. El torso está encorvado hacia delante, la cara enterrada en sus manos. La expresión está básicamente oculta, pero los músculos tensos en su cuello y brazos contienen miedo y cansancio. Su ropa está teñida con el mismo polvo que se aferra a los propios uniformes imperiales. Las manos muestran las cicatrices y los callos de alguien que realiza un leve trabajo físico»—. ¿Con quiénes nos confundió?

—¿Cygni? —Vanto le exigió una respuesta.

—Sí, señor —dijo Cygni. «Todavía sentado, se estira y baja las manos. El rostro es carnoso, sin signos de desnutrición. La piel alrededor de los ojos está tensa por el estrés, igual que los músculos en su garganta. Los ojos son oscuros y cautelosos»—. Por favor, créame que pensé que eran... —«Se interrumpe y sus ojos se agrandan»—, eh...

—El Teniente Thrawn te hizo una pregunta, Cygni —dijo Vanto.

—Sí —dijo Cygni. «Parpadea dos veces y vuelve la vista hacia Vanto»—. Lo siento. Me llamo... no, ya sabe mi nombre. Lo siento. La cosa es que fuimos atacados por piratas.

—¿Quiénes eran? —preguntó Vanto—. ¿Mencionaron algún nombre? ¿Llevaban algún tipo de insignia?

—No —dijo Cygni—. No hubo nombres. —«Sus labios se contraen»—. Por lo menos, nada que hubiera oído. Como que... corrí.

«Hay un breve silencio».

—¿A dónde corriste? —preguntó Vanto.

—Hay un casillero de almacenamiento allá atrás donde la capitán Fitz almacena sus cosas privadas. —«Cygni echa la cabeza hacia atrás»—. Cosas especializadas que recoge por el camino y que vende en cualquier lugar en donde obtenga ganancias. Solíamos robar: tomábamos lo que había atrás y manteníamos el frente intacto para que no lo notara tan rápidamente.

—¿Lo que dejaba suficiente espacio detrás de los paquetes para que pudieras esconderte?

—Sé lo que está pensando —dijo Cygni. «Su voz se vuelve áspera»—. Debí permanecer con los demás. Tal vez pelear, tal vez... —pausó mientras pasaba saliva—. Luego se los llevaron. —«El volumen de su voz se reduce»—. A todos ellos. Escuché que alguien dijo que iban a regresar a su base para traer a un hacker que echara a funcionar la nave. Pero se llevaron a todos los demás.

—¿Qué le pasó al hiperimpulsor? —preguntó Thrawn.

—Puse a Layneo a revisarlo —dijo Vanto—. La mejor suposición es que alguien lo bloqueó antes de que los piratas llegaran a él.

—Sí, así fue —dijo Cygni—. La Capitán Fitz bloqueó el hiperimpulsor. Escuché que la amenazaban. O tal vez fue Toom, nuestro ingeniero, quien lo bloqueó. —«Cierra los ojos con fuerza»—. Escuché... gritos.

—¿Pensaste que éramos los piratas que regresaban? —preguntó Thrawn.

—Sí. —«Cygni abre los ojos y señala a Vanto»—. Estaba asustado y no vi los uniformes. Nunca pensé que alguien pudiera escuchar la señal o venir a buscar, en todo

caso. Cuando vi quiénes eran... —«Cambia su hilo de pensamiento»—. Supongo que tengo suerte de que no me hayan disparado por apuntarles con un bláster.

—Tenemos mejor autocontrol que eso —dijo Vanto. «Mira a Thrawn»—. ¿Órdenes, señor?

—Contacte al *Blood Crow* —ordenó Thrawn. «Cygni entierra de nuevo la cara entre las manos, cuyos músculos están apretados por la tensión»—. Informe de la situación a la capitán e indíquele que llevaré a cabo una revisión completa de la nave.

—Excepto por el compartimiento de máquinas, señor —dijo Layneo, que acababa de dar vuelta en la esquina y ahora se les unía—. Hay una fuga grave en el reactor principal.

—Ah, sí... no vayan allí —dijo Cygni con rapidez. «Aparta las manos de la cara. La espalda se pone rígida mientras levanta la mirada»—. Lo siento... debí prevenirlos sobre eso.

—Está bien —dijo Layneo, con voz seca—. Los indicadores y los enclavamientos de la escotilla fueron un aviso muy firme.

—Ah. Correcto. —«Cygni suspira. Su torso se dobla de nuevo para encorvarse».

—Y además, infórmele que recomendé traer a bordo una tripulación completamente operacional mientras intentamos reiniciar el hiperimpulsor —siguió diciendo Thrawn a Vanto—. Si no logramos hacerlo, recomiendo tratar de desenganchar los bloqueos por estática para que puedan retirarse los cilindros de tibanna y transferirse al *Blood Crow*.

«La quijada de Layneo se cae unos milímetros».

—Ah... sí —dijo Vanto cautelosamente—. Señor, sospecho que sus sugerencias le parecerán a la capitán... un tanto excesivas.

—Podría ser —dijo Thrawn. «La cara de Cygni sigue escondida en sus manos»—. No obstante, esas son mis recomendaciones.

—Sí, señor —contestó Vanto—. Las remitiré de inmediato.

—Gracias, alférez —dijo Thrawn—. Mientras lo hace, la Técnico Layneo me mostrará los cilindros de tibanna.

«Layneo aprieta la quijada con fuerza».

—Sí, señor —respondió ella—. Por aquí.

## CAPÍTULO 8

---

«Liderazgo y obediencia son las dos piernas sobre las que se equilibra la vida de un guerrero. Sin ambas, no puede lograrse la victoria.

»El liderazgo depende de la información y la comprensión. No así la obediencia. En ocasiones un comandante decide compartir detalles de su plan. Por lo general, no lo hace. En cualquier caso, la obediencia debe ser instantánea y completa. Esa respuesta automática depende de la confianza entre el comandante y los subordinados. Esa confianza sólo puede obtenerse a través del liderazgo».

Eli había esperado que la capitán Rossi tomara a mal las recomendaciones de Thrawn. No quedó decepcionado.

—¿Una tripulación *completamente* operacional? —repitió Rossi con incredulidad—. ¿Perdió la razón?

—Señora, la carga es extremadamente valiosa —señaló Eli, mientras contenía una creciente molestia. No había razón para que Rossi rechazara las sugerencias de Thrawn. Pero de igual manera, Thrawn no debió poner a Eli en medio de esto, para empezar. Si quería lanzar este plan loco, debió hacerlo él mismo—. Si podemos mover la nave o el tibanna...

—Si piensa que va a jugar con veinte cilindros de tibanna mientras mi nave se encuentra en el mismo sistema solar, está *muy* equivocado —lo interrumpió Rossi.

—Sí, señora —dijo Eli, mientras fruncía el ceño a su intercomunicador. Ahora la capitán simplemente estaba siendo dramática. Una explosión en cascada de tibanna sería terriblemente desagradable, pero no era *tan* mala—. Pero si el Teniente Thrawn cree que puede hacerse, tal vez valga la pena dejar que lo intente.

—Difícilmente sería una pérdida importante para la nave si queda reducido a átomos —replicó Rossi con sarcasmo—. Pero no voy a arriesgar a gran parte de mi tripulación ante esa opción. En todo caso, es discutible. El jefe local Makurth de Moltok está disparando a un asentamiento Ho'Din, y necesitan que algún músculo imperial choque sus pequeñas cabezas antes de que se desate una guerra. Necesitamos ir allí.

—Sí, señora —contestó Eli; deseaba tan sólo dejar las cosas así y que la decisión de Rossi recayera, para bien o para mal, sobre su propia cabeza.

Pero Cygni también necesitaba protección y justicia. Al igual que la base imperial o la fuerza de defensa planetaria local que había ordenado ese envío de tibanna. Además, Thrawn contaba con él.

—¿Y si el Teniente Thrawn y yo nos quedamos? —sugirió a Rossi—. ¿Quizá con uno de los técnicos, para que nos ayude? Trataríamos de echar a andar la nave y tal vez

trabajaríamos un poco en el tibanna. Podría regresar y recogerlos después de que haya arreglado la situación en Moltok.

Hubo una corta pausa; Eli podía visualizar a Rossi golpeteando su reposabrazos con los dedos mientras ponderaba las opciones. Si a Eli le gustara apostar (y el juego estuviera permitido a bordo del *Blood Crow*) apostaría a que la capitán preferiría cualquier opción que presentara las mayores posibilidades de que Thrawn se volara en pedazos. Si el tibanna no lo hacía, tal vez los piratas regresarían para darle el gusto.

—Muy bien, alférez —dijo Rossi—. Informe al Teniente Thrawn que puede tener cualquier equipo que necesite y hasta tres tripulantes, suponiendo que se ofrezca esa cantidad de voluntarios. Por supuesto, usted permanecerá con él. Un oficial tan importante no puede quedarse sin su asistente.

Eli frunció el ceño. Lo había logrado, muy bien.

—Sí, señora —dijo—. Entregaré su mensaje de inmediato.

Dadas las circunstancias, Rossi no dudó en suponer que la partida de reparación constaría sólo de Thrawn y Eli. Tal vez resultó una sorpresa poco placentera que Barlin, Layneo y Jakeeb se ofrecieran voluntariamente a quedarse también.

—Les agradezco que todos ustedes tengan deseos de ayudar —dijo Cygni mientras él y los demás miraban desde el puente del *Dromedar* cómo el *Blood Crow* saltaba a la velocidad de la luz—. Tan sólo espero que no termine mal para ustedes.

—No será así —le aseguró Thrawn—. Alférez Barlin, Técnico Layneo: pueden empezar cuando estén listas.

—Sí, señor —dijo Barlin, mientras se sentaba ante la estación de timón—. ¿Layneo?

—Estoy en ello, señora —dijo Layneo y acercó una silla a la estación de la computadora principal—. Aquí vamos.

—¿Qué hacen? —preguntó Cygni, casi en un susurro, como si temiera perturbar su trabajo.

—Están probando lo que se conoce como puerta trasera asimétrica —le informó Thrawn—. Es un código oculto programado en las computadoras principales de muchas naves precisamente para este fin.

Cygni lanzó un silbido apenas audible.

—Nunca había oído de eso. Estupendo. —Lanzó una mirada de soslayo a Thrawn—. Tampoco había oído nunca de un oficial imperial que no fuera humano. Usted es alguna especie de pantorano, ¿verdad?

Eli respiró a fondo, preparado para señalar que los pantoranos no tenían ojos rojos.

—Algo así, sí —dijo Thrawn—. Lo que soy es un teniente en la Armada Imperial.

—Correcto —dijo Cygni de nuevo—. Lo siento... no deseaba entrometerme. Tan sólo... No quise ofender.

—No hay problema —dijo Thrawn—. Alférez Vanto, vaya a ingeniería y desempaqué la caja que hice que enviaran a bordo. Nos reuniremos con usted enseguida.

—Sí, señor —dijo Eli, con el ceño ligeramente fruncido. Había algo extraño en la manera en que Thrawn estaba actuando, algo que no podía identificar. ¿Estaba

preocupado por la nave? ¿El gas tibanna? ¿Los piratas? ¿La Capitán Rossi? Pensándolo bien, no era para sorprenderse en absoluto que Thrawn se sintiera preocupado.

Habían dejado la caja justo afuera de la bahía de carga, donde la línea de cilindros de tibanna permanecía contra el casco. Eli pasó la mirada por la bahía (Jakeeb estaba allí tomando las lecturas que Thrawn había ordenado) y luego se puso a trabajar en la caja. Abrió un extremo y al instante sintió que abría los ojos al máximo. No tenía idea de lo que Thrawn había traído.

—¿Qué demonios? —La voz aturdida de Cygni llegó de atrás—. ¿Eso es un *droide de sabotaje*?

—Así es —dijo Thrawn en voz baja—. Me sorprende que lo reconozcas.

—No eran exactamente un arma secreta —replicó Cygni, mientras se acercaba a Eli y se agachaba junto a él para mirar dentro de la caja—. Es un Mark Uno, ¿verdad? Raro. ¿Funciona? Por favor, dígame que no funciona.

—Por supuesto que funciona —dijo Thrawn—. De lo contrario, no tendría ninguna utilidad.

Cygni miró a Thrawn, luego al droide de sabotaje y una vez más de vuelta a Thrawn.

—Muy bien, estoy confundido —dijo—. Estas cosas se diseñaron para comerse cazas estelares, ¿verdad?

—También tienen otros usos —dijo Thrawn—. Ven, te explicaré.

Se dio vuelta y pasó por la escotilla de la bahía de carga. Cygni lo vio irse y luego se volvió hacia Eli.

—¿Habla en serio? Me refiero a usar los droides de sabotaje aquí.

—Supongo que sí —dijo Eli.

—¿De verdad? —Cygni miró a la escotilla de nuevo, luego se encogió de hombros e hizo una seña a Eli—. Después de ti —dijo—. Esto lo *tengo* que ver.

Thrawn estaba de pie junto a Jakeeb, en un intercambio de ideas en voz baja, cuando Eli y Cygni se les unieron.

—El Técnico Jakeeb confirma mis suposiciones iniciales —dijo Thrawn—. El bloqueo por estática sella los cilindros de tibanna, pero sólo desde este lado.

—¿Perdón? —preguntó Cygni, que sonaba aún más confundido—. ¿Qué quiere decir con «este» lado?

Thrawn hizo un ademán.

—¿Técnico Jakeeb?

—El bloqueo está sólo del lado de la bahía de carga de los cilindros —explicó Jakeeb—. Vean: están sujetos contra el casco con puntales de medio metro. Es una distancia demasiado corta para que el bloqueo los rodee por completo; de otro modo, haría cortocircuito o sería una fuga de energía que terminaría por agotar esta. Así que el bloqueo sólo rodea las superficies dentro de la bahía.

—Aunque supongo que también alrededor de los extremos de la fila de cilindros —dijo Eli. Ahora veía a donde iba Thrawn con esto.

—Correcto —confirmó Jakeeb—. Sólo falta en la parte trasera. Así que si quieren llegar a ellos, la mejor apuesta consiste en hacerlo a través del casco.

—Para eso es el droide de sabotaje —dijo Cygni, y sonó atemorizado—. Diablos. ¿Por qué nadie pensó antes en eso?

—Ah, sí lo han hecho —dijo Jakeeb—. Lo que pasa es que no resulta tan simple como suena.

—¿Por qué?

—Uno, debes tener un droide de sabotaje y tal vez reconstruirlo —dijo Jakeeb y empezó a contar con los dedos—. Dos, una vez que hayas hecho eso, los cascos de las naves grandes son más gruesos y duros que los de los viejos cazas estelares. Es posible que arruines tu droide antes de que atravesase la mitad. Tres... —Miró a Thrawn y alzó las cejas.

—La tercera razón es que necesariamente drenarás uno de los cilindros en el espacio cuando cortes —dijo Thrawn—. Eso representa una pérdida que pocos están dispuestos a aceptar.

—Aunque perder uno de veinte no está mal, si tomamos en cuenta los porcentajes —murmuró Cygni—. Sobre todo si la alternativa es perderlos todos. Así que supongo que una vez que se haya drenado el cilindro, puede cortarlo en pequeñas piezas y tirarlo por el hueco del casco, lo que entonces da acceso a los otros desde la parte de atrás. Entonces tan sólo se recorre la fila, cortando todos los pilares y liberándolos uno por uno.

—Exactamente —dijo Jakeeb—. Toma un tiempo, pero una vez que has sacado al primero es una operación puramente mecánica. —Miró de nuevo a Thrawn—. Por supuesto que hay otro *ligero* problema. En teoría, desalojar el tibanna de la nave funciona bien. Pero si una chispa entra en contacto con el vapor de la manera correcta... bueno, habrá problemas.

—¿Como volar la nave? —preguntó Cygni.

—No *tantos* problemas —dijo Jakeeb—. Pero sería un desastre.

—Por fortuna, eso no será necesario después de todo —intervino Thrawn. Eli vio que tenía la cabeza ligeramente ladeada, como si escuchara algo.

—¿Por qué no? —preguntó Cygni.

Como respuesta, Thrawn sacó su intercomunicador.

—¿Alférez Barlin? ¿Escuché que el hiperimpulsor se activó?

—Sí, señor, en efecto. —La voz de Barlin surgió débilmente del intercomunicador—. Atravesé el bloqueo y está listo para iniciar. ¿Cygni tiene las coordenadas de destino? ¿O tan sólo vamos a llevar la nave a Ansion?

—Me temo que ninguna de las dos —dijo Cygni en voz baja.

Eli frunció el ceño, mientras se daba vuelta hacia él, y se quedó congelado. El tripulante angustiado, nervioso y desdichado se había esfumado. En su lugar había alguien más: quieto, tranquilo y supremamente confiado. Un pequeño bláster se mantenía con firmeza en su mano.

—¿Qué *demonios*? —Jakeeb respiró a fondo.

Cygni ignoró el comentario. Sacó un intercomunicador con su mano libre y lo encendió.

—Estamos bien —dijo—. Tres con el tibanna; dos en el puente —alzó las cejas hacia Thrawn—. Agradeceré que le ordenes a Barlin y Layneo que se rindan tranquilamente.

—¿Por qué debo privarlos del deber y el derecho a defender sus vidas? —contrató Thrawn.

—Porque si se rinden, no sufrirán daño —dijo Cygni—. Les doy mi palabra.

—¿Y estos? —preguntó Thrawn inclinando la cabeza hacia Eli y Jakeeb.

—Ninguno de ellos sufrirá daño —dijo Cygni—. Todo lo que queremos es el tibanna. —Arrugó la nariz—. Bueno, y la nave también. Supongo que no es necesario decirlo.

Antes de que Thrawn pudiera responder, apareció una docena de hombres grandes, de aspecto rudo, pasando por la escotilla hacia la bahía de carga. Uno de ellos, un hombre delgado con barba trenzada, levantó su bláster.

—Bajen los blásters —dijo bruscamente Cygni—. Se han rendido. No disparen. Angel, dije *bájenlos*.

El hombre con la barba trenzada lo ignoró.

—¿Qué demonios es *eso*? —exigió una respuesta mientras golpeaba a Thrawn con el bláster.

—*Eso* —contestó Cygni—, es un teniente de la Armada Imperial. Ahora baja tu arma. —Miró a Thrawn—. ¿Teniente?

Por un momento, Thrawn lo estudió. Luego volvió a levantar el intercomunicador.

—Alférez Barlin, un grupo de piratas va en camino. Se les ha ordenado que no les hagan daño si se rinden sin resistencia. Háganlo.

—¿Señor?

—Ríndase, alférez. Es una orden. —Thrawn apagó el intercomunicador—. ¿Desea aceptar mi rendición personalmente, señor Cygni?

—Está bien, teniente —dijo Cygni, sin moverse—. No disfruto en lo personal la derrota de mis oponentes. ¿Angel? Desármalos, por favor.

—Sí. —Angel sonrió malvadamente—. Porque yo sí lo disfruto. Así que no traten de pasarse de listos. —Hizo un ademán para que tres de sus soldados se adelantaran.

Por el rabillo del ojo, Eli vio que Jakeeb actuaba como si se preparara para la acción.

—Hazlo, Jakeeb —murmuró—. Se te ha dado una orden.

Jakeeb suspiró.

—Sí, señor —siseó.

Un momento después, los imperiales estaban desarmados.

—Bien —dijo Cygni. A los ojos de Eli, parecía más relajado ahora que el riesgo de combate había pasado—. Mejor llama a tu nave, Angel.

—Ya la llamé —dijo Angel—. Supongo que quieres que lance a esta tripulación con los demás.

—Ese fue el trato —dijo Cygni—. No habrá muertos ni heridos. Ah, y en caso de que no lo haya mencionado, ya tengo gente en el terreno en el punto de descenso para asegurar que entregues a todos a salvo.

—Bueno, ya sabes, las cosas no salen siempre como quieres —lo previno Angel. Eli observó que no había apartado los ojos por un minuto de Thrawn—. A veces ocurren accidentes, se presentan problemas. Podría...

—A veces hay consecuencias que en realidad no quieres enfrentar —dijo Cygni. No había levantado la voz, pero algo en su tono hizo que un escalofrío recorriera la espalda de Eli—. Basta de alardes. ¿Tienes a los otros dos imperiales? Bien. Tráelos aquí. En cuanto tu nave llegue, los transferiremos. Confío en que hayas decidido cuáles de tus hombres me ayudarán a llevar el *Dromedar* a puerto.

—Oh, sí, tengo tu equipo —dijo Angel, mientras seguía viendo a Thrawn—. Empezando conmigo.

Cygni frunció el ceño.

—No es necesario que vengas personalmente —dijo—. Se necesitará un poco de tiempo para tomar los cilindros, ya sea que rompamos el bloqueo por estática o que usemos la idea del Teniente Thrawn de cortarlos a través del casco. Tiempo suficiente para que dejes a los prisioneros y te nos unas de nuevo.

—Lo sé —dijo Angel—. Tan sólo disfruto tu compañía, es todo. —Señaló a Thrawn con la barbilla—. Te estaba diciendo que podrían pasar accidentes, no que pasarían o que no pasarían, tan sólo que podrían pasar.

Cygni se le quedó viendo, con una expresión ilegible en el rostro. Miró a Thrawn, luego a Angel. Eli contuvo la respiración.

—Aumentemos la recompensa —dijo Cygni—. ¿Observaste esa caja en el corredor cuando venías aquí?

—Claro —dijo Angel—. ¿Es un droide de sabotaje?

—En efecto —dijo Cygni—. Tómalo como algo adicional. Tal vez valga, ¿cuánto...?  
—Levantó una mano hacia Thrawn.

—Doscientos créditos en su estado actual —dijo Thrawn.

Cygni resopló.

—No tienes idea, teniente. Es un Mark Uno, Angel. A precios actuales, probablemente mil créditos tan sólo por el escudo de doonium del núcleo.

Angel lanzó una mirada de asombro al droide.

—¿Tiene un escudo de doonium?

—Refinado, endurecido y listo para que el comprador adecuado lo retire y lo lance al mercado negro —confirmó Cygni—. Mil créditos. Doscientos por cada uno de estos cinco imperiales que de otra manera carecen de valor. Tan sólo por mantenerlos vivos.

Angel arrugó la nariz.

—Bien —dijo con renuencia—. Seguro. Supongo.

—Si eso no es suficiente, piensa en esto —dijo Cygni—. Si no los hubiera persuadido de rendirse, habrían peleado, y algunos de tus hombres estarían muertos ahora. Tal vez tú.



—Dije «Bien» —reiteró Angel con desdén—. Si no se meten en problemas, los bajaré con el resto. ¿Contento?

Cygni inclinó la cabeza.

—Tal vez no te des cuenta de esto, Angel, pero vale la pena labrarte la reputación de que mantienes tu palabra.

—No para los tipos para los que trabajo —dijo Angel con amargura—. Bien. Terminemos con esto.

—¿De modo que como no tengo tu reputación cristalina, crees que mi palabra no es de fiar? —«Angel mira hacia atrás, por encima de su hombro, a los prisioneros y los otros piratas. Sus ojos están entrecerrados, los labios torcidos con las comisuras hacia abajo. Los músculos en la garganta y espalda están tensos».

—En absoluto —dijo Cygni. «Su tono es tranquilo, sus palabras conciliatorias. Los movimientos son cuidadosos y precisos. El rostro muestra poca expresión, pero hay un músculo apretado detrás de la mejilla»—. Siempre y cuando esté aquí, creo que yo vigilaré a los demás prisioneros. Tus hombres fueron un poco rudos con un par de ellos.

—Oye, si lanzas un puñetazo a un sincu, regresa con intereses —refunfuñó Angel—. Tienen suerte de que no los haya matado de un disparo.

—Sí —murmuró Cygni—. Supongo que la tienen.

—¿Qué es un sincu? —preguntó Thrawn.

—¿Qué? —Angel exigió una respuesta. «Sus ojos se estrechan, el calor corporal se intensifica. El tono es cauteloso y repentinamente molesto, lo que tal vez indica arrepentimiento de haber dicho la palabra».

—Es una palabra que no he escuchado antes —dijo Thrawn—. ¿Alférez Vanto?

—Yo tampoco la conozco —dijo Vanto. «Su tono es cauteloso, pero interesado»—. Algo de jerga, supongo. Probablemente significa «idiota».

«Angel da un paso hacia Vanto. Su expresión de pronto es furiosa. Cierra el puño».

—Escucha, niño...

—Basta —dijo Cygni—. Muévete, Angel. Tenemos el tiempo encima.

La tripulación del *Dromedar* estaba metida dentro de una jaula grande con barrotes de metal, construida en el tercio posterior de la bahía de carga de popa y estribor de la nave pirata. Eran diez: siete seres humanos de diversas edades, tamaños y tonos de piel; dos gran, cada uno con tres ojos y los hocicos de cabra propios de su especie; y una togruta: los montrales de cuerno cónico y las colas de la cabeza a rayas la hacían destacar entre los prisioneros. «La togruta mira mientras los nuevos prisioneros se acercan, la mano frota verticalmente con lentitud uno de los barrotes de su prisión. Mira brevemente a cada uno de los imperiales, luego vuelve su atención a Angel».

Llegaron a la jaula. Angel tomó una llave sujeta a una cadena alrededor de su cuello y abrió el candado que aseguraba la puerta. Era de estilo mecánico, impenetrable para el

hackeo de cerraduras electrónico. La propia llave tenía forma ondulada, elaborada, con múltiples protuberancias y muescas, probablemente difícil o imposible de duplicar.

Tres de los piratas apuntaban sus blásters a los prisioneros en la jaula mientras Angel desacoplaba la cerradura. Abrió la puerta e hizo un ademán.

—Vamos —ordenó.

Angel esperó hasta que los cinco imperiales estuvieron dentro, luego cerró la puerta detrás de ellos y volvió a sellar el candado.

—¿Satisfecho? —preguntó a Cygni.

Angel entregó la llave a uno de los otros piratas, quien colgó la cadena alrededor de su propio cuello y se metió la llave en la camisa.

—Por ahora —dijo Cygni—. Recuerda: todos desembarcarán como acordamos. Ilesos. —«Alza las cejas en un desafío silencioso»—. No quiero accidentes. Recuérdaselo a tus hombres.

—No te preocupes —vociferó Angel—. Ustedes, queridos... de regreso a sus estaciones. Los quiero en los Puestos en seis días. —«Mira de nuevo a Cygni. Los ojos entrecerrados»—. Asegúrense de no mallugar a ninguno de ellos cuando los dejen. Vamos, largo de aquí.

Dejó la bahía de carga y se dirigió al frente, seguido por sus hombres. «Cygni lanza a los prisioneros una mirada final, con los labios apretados, luego avanza».

—Supongo que ustedes son nuestro escuadrón de rescate —preguntó uno de los otros seres humanos en la jaula. «Su labio está torcido, tal vez con reproche o sarcasmo».

—Algo así —dijo Vanto—. Él es el Teniente Thrawn; yo soy el Alférez Vanto. ¿Usted es la Capitán Fitz?

—Sí —dijo la mujer—. ¿Así que también los engatusó?

—¿Quién, Cygni?

—Sí —dijo Fitz—. Subió a bordo del *Dromedar* con una autorización falsa y luego se las arregló para caerle encima a todos.

—Él no atrapó a *todos* —corrigió Layneo—. Dijo que usted bloqueó el hiperimpulsor.

—Sí —dijo de nuevo Fitz—. Para lo que nos sirvió. Así que él te convenció de encenderlo en su lugar.

—Más o menos —dijo Vanto.

Fitz maldijo.

—Entonces aquí termina todo. La nave y el tibanna perdidos, y nosotros acabados. También podrían matarnos.

—Yo no perdería la esperanza aún —dijo Vanto—. ¿Teniente?

—Aún no, alférez —dijo Thrawn—. Paciencia.

—¿Todavía no qué? —preguntó Fitz—. Oye, ojos brillantes. Te estoy hablando a ti.

—Tal vez está ideando qué va a decir en su informe —dijo uno de los prisioneros—. De alguna manera tiene que hacer que este desastre se vea bien.

—Cuiden lo que dicen —previno Vanto—. Están hablando con un oficial de la Armada Imperial.

—Sí, estoy *realmente* impresionado.

—Dije que cuidaran sus palabras. —«Vanto no eleva la voz, pero el efecto en los prisioneros es inmediato. Fitz le lanza una mirada encubierta y baja la mirada. El brillo facial aumenta».

—Lo siento —dijo ella en voz baja.

—Gracias —dijo Vanto—. Si creen que el Teniente Thrawn está perdiendo el tiempo con excusas, están muy equivocados. ¿Teniente?

—Otro momento —dijo Thrawn.

—Mire, teniente... —empezó a decir Fitz.

—Dijo que esperen —interrumpió Vanto.

—¿Para qué? —«Fitz aprieta los dientes, luego se obliga a relajarlos»—. ¿Qué estamos esperando?

—Que Cygni y los demás vuelvan al *Dromedar* y salten a la velocidad de la luz —le contestó Thrawn—. Estoy contando el tiempo estimado ahora.

—¿*Quiere* que se aleje con nuestra nave?

—Tranquila, capitán —dijo Vanto.

—Pero...

—Dije «tranquila» —repitió Vanto. «Una vez más, su voz permanece firme y controlada, pero el propósito y la confianza vuelven a calmar la protesta de Fitz»—. No lo pediré de nuevo.

La jaula se quedó en silencio. Thrawn siguió contando, hasta que llegó el momento.

—Técnico Layneo, ¿está familiarizada con los componentes electrónicos de control de una nave de este tipo? —preguntó.

—No de este tipo específicamente, señor —dijo Layneo. «Mira por los barrotes de metal hacia la entrada de la bahía de carga»—. Pero miré los tableros de control de máquinas cuando pasamos y parecen estándares. ¿Qué necesita que haga?

—Si aislamos el puente, ¿podemos volar la nave desde aquí?

«Un murmullo pasa entre los prisioneros».

—Probablemente —dijo Layneo—. ¿Alférez Barlin?

—Creo que podemos hacerlo, teniente —convino Barlin—. Aunque se requerirá un rápido recableado. Si los piratas actúan con gran velocidad, podrán deshabilitar algunos de los circuitos antes de que los sobrescribamos.

—Creo que podremos mantenerlos ocupados —dijo Thrawn.

—Suena estupendo —dijo la Capitán Fitz—. Sólo que los circuitos están afuera y nosotros estamos aquí.

—Supongo que no será por mucho tiempo, capitán —dijo Vanto—. Teniente, ¿necesita que le demos algo de espacio?

—En absoluto, alférez. —Thrawn retiró su insignia—. Me preguntó alguna vez qué haría con la insignia sobrante que el Comandante Deenlark me dio en la Academia.

«Vanto se inclina para acercarse, con el ceño fruncido. Estudia la insignia y los componentes electrónicos y microinterruptores parcialmente visibles en la parte de atrás. Su frente pierde sus arrugas».

—Es un llamador, ¿o no?

—Así es —dijo Thrawn.

—Esperen un segundo —dijo Fitz—. ¿Está diciendo que su nave está lo bastante cerca para Ila...? No, eso no tiene ningún sentido.

—Nuestra nave ya se fue hace mucho —dijo Vanto. «Sonríe»—. No es eso a lo que está llamando.

—¿Entonces a qué? —Fitz exigió una respuesta.

Cinco segundos después, recibió la respuesta. Los hologramas de la era de las Guerras de los Clones mostraban que los ataques de los droides de sabotaje sobre los cazas estelares de la República eran muy impresionantes. Pero esos combates habían tenido lugar en el vacío del espacio, donde sólo podían grabarse leves sonidos conducidos por el metal. El droide que ahora se abría paso, cortando y moliendo a través del mamparo de la bahía de carga hacia ellos, era mucho más ruidoso de lo que Thrawn había esperado.

—¡RETROCEDAN! —gritó por encima del ruido mientras las orillas de las navajas, las puntas del taladro y la hoja brillante de la antorcha de plasma aparecían a través del metal del mamparo. Una vez que el droide pasara, lo único que lo separaría del llamador era la propia jaula. La sincronización sería crítica para permitirle que cortara los barrotes pero no continuara hacia el control remoto y quien lo sostenía.

El droide emergió a través del mamparo, deshaciéndose de unos últimos fragmentos de metal. Siguió su vector interrumpido a través de la bahía, cerrándose a su forma esférica mientras volaba. Golpeó la jaula y se abrió de nuevo. Con sus apéndices de gancho aferró un barrote mientras la sierra circular y la antorcha atacaban los otros dos. Una sección de un metro de largo de los barrotes, cortado por completo, produjo un ruido metálico contra la cubierta, y la hoja avanzó al siguiente barrote.

—Esto va a tomar demasiado tiempo —advirtió Vanto.

Thrawn ya había estimado el avance del droide. Vanto tenía razón.

—De acuerdo —dijo Thrawn. Dio dos pasos a la derecha, llevando el llamador al extremo de la puerta de la jaula. El droide se desplazó hacia él. Thrawn reubicó el llamador, lo que atrajo al droide directamente a la puerta. Un ajuste final y la sierra del droide empezó a comerse el mecanismo de cerradura.

Thrawn miró la entrada de la bahía. En unos segundos, los piratas que se encontraban en esta sección de la nave seguramente vendrían a investigar. Volvió a mirar la puerta de la jaula, para valorar una vez más el avance del droide. El momento se acercaba.

—¡CUIDADO! —gritó uno de los prisioneros.

Tres piratas aparecieron abruptamente por la escotilla. «Su paso vacila, los ojos se ensanchan y las bocas se abren cuando ven al droide de sabotaje devorando la jaula». Un segundo después se recuperaron de la sorpresa y estiraron la mano para tomar sus

blásters, titubeando porque aún no lograban recuperarse de la impresión. «Sus expresiones pasan de la sorpresa a la furia».

Thrawn estiró las manos a través de los barrotes de la jaula y lanzó el llamador sobre sus cabezas para que cayera sobre la cubierta de la sala de máquinas, detrás de ellos. Al instante, el droide de sabotaje cerró sus instrumentos de corte, se desenganchó de la jaula y salió disparado a través de la bahía, hacia los piratas.

«Los ojos de los piratas se abren mucho de nuevo». Sus blásters apuntaban a los prisioneros. Ahora dieron vuelta a las armas hacia el droide que se acercaba y dispararon.

Aun con una cubierta interna de doonium, el mecanismo interno del droide de sabotaje era vulnerable al fuego de los blásters, pero la coraza esférica externa era mucho más resistente. Los disparos de los tres piratas dieron en el blanco, pero ninguno lo atravesó. Los piratas dispararon de nuevo y fallaron los tres tiros. Dos de los hombres se lanzaron a la cubierta, tratando de evadir el acercamiento del droide. El tercero fue demasiado lento y terminó golpeado por una explosión brillante que lo lanzó lejos, girando.

Junto a Thrawn, Jakeeb dio un paso adelante, se aferró a los barrotes superiores de la jaula y golpeó las suelas de ambos pies contra la puerta. La parte restante del mecanismo de cerradura que no había sufrido daño se abrió con el impacto. Jakeeb cayó de regreso al piso y se agachó para salir de la jaula. Barlin, Layneo y el resto de los prisioneros salieron detrás de él.

Hubo un breve combate. Cuando terminó, los tres piratas habían sido reducidos a la inconciencia.

—Bien hecho —dijo Thrawn—. Alférez Vanto, Técnico Jakeeb, Capitán Fitz: tomen sus blásters y cuiden el acceso a esta sección. Alférez Barlin y Técnico Layneo: el sistema de control.

—Sí, señor —dijo Barlin. Corrió hacia los tableros de control. Layneo y tres de los tripulantes del *Dromedar* iban detrás de él.

—Necesitaremos más armas para defender la posición —dijo la Capitán Fitz.

—Lo más probable es que eso resulte innecesario —replicó Thrawn—. Los piratas que siguen al otro lado de la escotilla de entrada no se nos unirán.

—¿Qué va a detenerlos? —preguntó Fitz.

—Los enclavamientos de seguridad de la escotilla interna —contestó Thrawn. Señaló adelante, a las luces rojas que parpadeaban a la distancia—. En este momento, la cámara de entrada y la sección entre naves se han abierto al vacío.

—¿Qué? —preguntó Fitz. «Sus músculos se tensan por la sorpresa y la perplejidad»—. ¿Cómo demonios...?

—Relájese, capitán —dijo Vanto. «Sonríe con satisfacción y buen humor»—. El Teniente Thrawn siempre está preparado. Resulta que también posee un *segundo* droide de sabotaje.

«Fitz se queda en silencio dos segundos. Luego una lenta sonrisa se esparce por su rostro».

—Qué desafortunado para nuestros piratas —dijo ella—. Teniente Thrawn, creo que la nave es suya. ¿Qué curso debemos tomar?

## CAPÍTULO 9

---

«Un gran táctico crea planes. Un buen táctico reconoce la solidez de un plan que le presentan. Un táctico justo debe ver que el plan tiene éxito antes de ofrecer aprobación.

»Quienes no tienen habilidad táctica en absoluto tal vez nunca lo comprenderán o aceptarán. Esa gente tampoco comprenderá o aceptará al táctico. Para quienes carecen de esa habilidad, quienes la poseen son un misterio. Cuando una mente es demasiado deficiente para comprender, la brecha resultante suele llenarse con resentimiento».

—Permítanme aclarar esto —murmuró la Capitán Rossi, con la vista fija en Thrawn y Eli—. ¿Están diciendo que ustedes mismos se *dejaron* capturar?

—Sí, señora —dijo Thrawn—. Parecía la manera más simple de encontrar y rescatar a la tripulación del *Dromedar*.

—¡Qué riesgo tan estúpido! —dijo Rossi llanamente—. Sobre todo cuando no sabían siquiera si estaban vivos.

—Pensé que había buenas posibilidades de que lo estuvieran, señora —dijo Thrawn—. Cygni no es un asesino malicioso o casual. Si lo fuera, simplemente nos hubiera disparado a los tres una vez que la Alférez Barlin desbloqueó el hiperimpulsor. Estábamos de espaldas a él y tenía blancos claros.

—Lo que representa *dos* riesgos estúpidos —dijo Rossi—. No sólo para su propia vida, sino también para la de mi tripulación.

—No era un riesgo serio —dijo Thrawn—. Estaba mirando su reflejo en los cilindros de tibanna. De haberse preparado para disparar, habría percibido el cambio en su postura a tiempo de detenerlo.

Rossi resopló.

—Tiene una respuesta para todo, ¿verdad?

—Parte de mi trabajo consiste en anticipar las acciones de nuestros enemigos.

Rossi lanzó una mirada a Eli, como para desafiarlo a que dijera algo. Pero Eli sabía que no debía hacerlo. Había visto a la capitán de este humor y sabía que estaba ansiosa por encontrar algo que pudiera echarle en cara a Thrawn. Sólo que en este caso, carecía de suerte. Thrawn había ganado a Cygni con sus maniobras; lo había hecho también con los piratas y con Rossi.

—Suena más mera suerte que a planeación sólida —dijo la capitán, regresando la mirada a Thrawn y subiendo la intensidad dos rayitas—. No hay manera de que hubiera sabido que Cygni no era exactamente lo que aseguraba hasta que sacó ese bláster.

—Por el contrario, señora, supe desde el principio que era parte de una trampa —dijo Thrawn en voz baja—. Su ropa estaba cubierta de polvo, lo que indicaba que había estado

en el área de los cilindros de tibanna y en la sala de máquinas. Un miembro de la tripulación nos habría prevenido de la supuesta fuga del reactor en cuanto se dio cuenta de que no éramos piratas. Pero él no lo hizo.

Eli hizo una mueca. Había pasado eso completamente por alto.

—Gran error de su parte.

—Más bien un riesgo calculado —dijo Thrawn—. Sabía del peligro de que alguien percibiera la omisión, pero también que si llamaba nuestra atención a la fuga, tal vez nos preguntaríamos por qué había mencionado ese peligro específico. Eso podría llevar a que examináramos el compartimiento del reactor más de cerca y no podía permitir que eso pasara.

—Porque si lo hacíamos, habríamos pasado junto al resto de los piratas —dijo Eli, mientras asentía.

—Eso habría llevado a nuestra captura de cualquier forma, porque nos superaban en número significativamente —dijo Thrawn—. Pero Cygni habría perdido entonces la oportunidad de reiniciar el hiperimpulsor y tomar el tibanna, que era su principal objetivo.

—A menos que forzara a Barlin y Layneo a hacerlo a punta de bláster —dijo Eli, mientras un escalofrío recorría su espalda. Cygni podría tener algunos límites morales, pero Eli no apostaría un crédito a encontrar esos estándares éticos en Angel o el resto de los piratas.

—Entonces no habría alcanzado el éxito.

—Tal vez sí, tal vez no —dijo Rossi—. Lo que nos trae de regreso a *su* sentido de las prioridades.

—¿Señora?

—Tenía que tomar una decisión, teniente —dijo Rossi—. El *Dromedar* y su carga o la fragata pirata y la tripulación del *Dromedar*. Eligió la segunda. —Ella sacudió la cabeza—. Decisión incorrecta.

Los ojos de Thrawn parpadearon hacia Eli.

—Salvamos a la tripulación, señora —dijo, con el tono más confundido que Eli le hubiera escuchado—. Además capturamos a varios piratas y su nave.

—Nada de lo cual se compara siquiera con *un* tanque de gas tibanna, mucho menos con veinte —dijo Rossi abruptamente—. Estoy esperando una orden de Coruscant pero, hasta que envíen una, no tengo otra opción que suspenderlo de sus labores.

Eli contuvo el aliento.

—Señora, usted... —se interrumpió cuando Rossi desplazó su mirada hacia él.

—¿Tiene algo que decir, alférez?

—No —dijo Thrawn y lanzó una mirada de advertencia a Eli—. Supongo que me dejará en Ansion mientras continúan su patrullaje.

—Sí —dijo Rossi, que parecía demasiado molesta ante el hecho de no haber podido dar ella misma este mensaje—. Dependerá del Almirante Wiskovis si lo confina a los cuarteles o no.



Eli apretó los dientes. Esto era completamente injusto. Abrió la boca para decirlo. Pero Rossi habló primero.

—Una palabra suya más, alférez —lo previno— y se quedará aquí con él.

—Eso no será necesario, capitán —dijo Thrawn—. Estoy seguro de que el Alférez Vanto será muy valioso para usted en el resto del patrullaje.

—¿De verdad? —dijo Rossi—. Pensándolo bien, ahora no puedo privar de su asistente a mi teniente en misión especial, ¿o sí? Felicidades, Vanto: se le ha asignado un permiso para desembarcar. Un permiso *extendido*, por cierto.

Eli sintió que el estómago se le hundía. ¿Qué demonios?

—Barlin los llevará a la base —dijo Rossi. Seguía mirando a Eli, como si aún esperara algún comentario o protesta. Una vez más, él sabía que no podía hacerlo.

—Le diré a Wiskovis que los espere. Pueden retirarse.

Dejaron la oficina: Thrawn en silencio y Eli, hirviendo, sin decir palabra. ¿Qué había sido todo *eso*? Porque había sido deliberado. Tal vez Rossi no se había dado cuenta, pero no había pasado tanto tiempo con Thrawn como Eli. Para él las señales habían sido tan claras como el día: el chiss había manipulado deliberadamente a la capitán para que echara a Eli del *Blood Crow* junto con él.

Pero ¿por qué? ¿Por qué haría eso? ¿Había manipulado a Rossi tan sólo por diversión o desafío? ¿O había algo más detrás de los ojos rojos y brillantes de Thrawn? ¿Acaso tenía tanto miedo de perder a su asistente que no se atrevió a permitir que Rossi (o cualquier otro en el *Blood Crow*) viera lo que Eli podía hacer en realidad?

Para ser honesto, Eli sólo tenía una vaga idea de lo que él mismo podía hacer. Era bueno con los números y las cifras de suministros: diablos, era *extremadamente* bueno con ellos. Pero era cuestionable, en el mejor de los casos, que pudiera mostrar algo de ese talento durante el presumiblemente corto tiempo que estuviera lejos de la sombra de Thrawn.

—Mis disculpas, Alférez Vanto —dijo Thrawn en voz baja, entre los pensamientos enredados de Eli—. Me doy cuenta de que deseabas regresar al *Blood Crow*. Bajo circunstancias normales, me hubiera complacido permitirte que mostraras la profundidad y el alcance de tus habilidades a la Capitán Rossi y los demás. Pero las condiciones aquí no son normales.

—¿*Alguna vez* las condiciones son normales en la Armada Imperial, señor? —refutó Eli. Sin embargo, podía sentir que la curiosidad se agitaba entre su resentimiento. Había una intensidad en el tono de Thrawn que resultaba extrañamente contagiosa—. ¿Qué tiene esta de particularmente anormal?

—La Capitán Rossi tiene razón: el gas tibanna es muy valioso y, por tanto, despierta gran interés —dijo Thrawn—. Si queremos encontrar el *Dromedar* antes de que retiren los cilindros, debemos actuar con rapidez.

—Escuché que el Departamento de Seguridad Imperial está enviando un interrogador —dijo Eli, y su estómago se tensó por el disgusto. El DSI jugaba una parte necesaria para mantener el orden, pero en ocasiones parecía excederse de sus funciones y era visto con

antipatía, desconfianza y miedo—. Dudo que los piratas conserven muchos secretos después de lo que haga con ellos.

—Esa es, por cierto, la reputación del Departamento —dijo Thrawn—. Pero tal vez el interrogador no llegue a tiempo o no logre extraer la información necesaria con la rapidez suficiente. Recuerda que sólo tenemos cuatro días antes de que Angel se dé cuenta de que reaparece la falla en su nave y abrigue sospechas.

—O por lo menos enfurezca. —Eli frunció el ceño en dirección de Thrawn mientras lo comprendía de pronto—. ¿Tú vas a interrogarlos?

—Suponiendo que persuada al Almirante Wiskovis de que me lo permita —dijo Thrawn—. Dime, ¿qué es lo que ya sabemos?

Eli movió una mano con desdén.

—Casi nada.

Thrawn permaneció en silencio. Eli apretó los dientes.

—Bien —dijo con un suspiro. Otro juego en el que Thrawn era muy bueno—. Sabemos que estaban a seis días del punto de encuentro, incluida una parada para dejarnos en algún lugar junto con los demás prisioneros. Como dijiste, eso nos deja cuatro días para llegar a cualquier lugar al que se dirigían. Pero no sabemos siquiera en qué dirección mirar.

—Tenemos los datos capturados del sensor de la nave pirata —le recordó Thrawn.

Eli negó con la cabeza.

—No puedes saber a dónde se dirige una nave a partir del vector de salida.

—Cierto —dijo Thrawn—. Pero sería ineficiente partir en la dirección completamente opuesta. Sobre todo porque saben que tienen tiempo limitado antes de que la desaparición del *Dromedar* se haga del conocimiento general. Por tanto, tenemos que hacer la suposición inicial de que su destino está dentro de un cono de no más de noventa grados alrededor de este vector de salida.

Eli frunció los labios. Ese cono cubría su ubicación actual en Ansion, así que por lo menos no estaba descartada por completo la posibilidad de llegar al destino de Cygni en cuatro días.

—Dondequiera que *esté*. Sobre eso, aún no tienen una pista.

—¿Qué más sabemos? —presionó Thrawn—. ¿Cómo llamó Angel a su punto de encuentro?

Eli tuvo que rascar en su memoria.

—Lo llamó Puescos —dijo—. Supongo que ya buscaste un planeta con ese nombre.

—Sí —dijo Thrawn—. No hay un planeta ni una ciudad importante en el registro. Pero, observé que la llamó los Puescos, no simplemente Puescos. Eso puede implicar un término coloquial o de jerga.

—¿Término para qué?

—Aún no lo sé —dijo Thrawn—. Pero creo que con las preguntas correctas podremos descubrirlo. ¿Qué más sabemos?

Eli se encogió de hombros.

—Tenemos las caras de nuestros prisioneros. Pero aunque no las hayan alterado o no hayan borrado sus archivos de datos, y un montón de criminales hacen exactamente eso, tomaría días o semanas sortear todos los registros planetarios y descubrir quiénes son.

—Tal vez los propios piratas nos hayan dado su propio nombre —señaló Thrawn—. ¿Recuerdas? Te pregunté eso en el momento.

—¿Te refieres a sincu? —preguntó Eli, con el ceño fruncido—. Pensaba que era sólo alguna palabra de jerga.

—Creo que es más que eso —dijo Thrawn—. Angel reaccionó con tanta brusquedad ante mi interés por la palabra que no creo que fuera inocente o inofensiva.

—No observé ninguna reacción.

—Fue un poco sutil.

—Te creeré —dijo Eli y empezó a sentir un cauteloso entusiasmo. Una base del Borde Medio, como Ansion, tal vez no tuviera archivos completos de los ciudadanos del Imperio, pero por lo menos debería tener una lista de las principales organizaciones criminales dentro de su jurisdicción—. ¿Los has buscado?

—Sí —dijo Thrawn—. No hay nada bajo ese nombre.

—Oh —dijo Eli y sintió que su entusiasmo se desvanecía.

—Pero hay varias posibles conexiones que podría explotar —continuó Thrawn—. Lo veremos en cuanto podamos hablar con ellos.

—Entonces ¿qué quieres que haga? —preguntó Eli—. Supongo que manipulaste a Rossi para que me dejara aquí por una razón.

—Dos razones —dijo Thrawn—. Necesito que vigiles mi interrogatorio. Puede haber una situación en que seas útil de manera única.

—Está bien —dijo Eli, mientras se preguntaba a qué se refería Thrawn con eso. «Útil de manera única» no era un término que alguien le hubiera aplicado—. ¿Y la segunda razón?

Thrawn se quedó en silencio por un momento.

—Para lo que planeo, tal vez necesite un testigo —dijo en voz baja—. Tú, Alférez Vanto, serás ese testigo.

«Los tres piratas carecen de expresión cuando entran a la sala de interrogación en una sola fila. Cada uno mira alrededor, observando las paredes, el techo y el piso de metal gris. Cada uno distingue rápidamente el escritorio de interrogación más allá de la barrera transparente que divide la sala por el medio».

Thrawn esperó hasta que estuvieron sentados. Luego tocó el control de comunicación sobre el escritorio. A ambos lados de la barrera parpadearon luces indicadoras.

—Buenas noches —dijo directamente al micrófono—. Soy el Teniente Thrawn.

«Ninguno de los tres responde, pero su calor facial aumenta. Los músculos en mejillas, gargantas y alrededor de los ojos cambian entre hosquedad y hostilidad. Los

músculos más grandes del cuerpo debajo de la ropa de prisión se tuercen y tensan en distintos patrones».

—Sin duda se están preguntando por qué están aquí —continuó Thrawn—. Deseo ofrecerles un trato.

«Su brillo facial se intensifica brevemente, luego se desvanece a la intensidad previa».

—No me creen, por supuesto —dijo Thrawn—. Pero, es cierto. Tenemos un dicho: «Atrapa lo útil, deja que lo inútil se vaya volando». Ustedes tres son los inútiles.

—Y tú puedes irte de regreso directamente a Pantora —replicó el más alto de los tres. «Hay un timbre distintivo en su voz, un timbre que se ha vuelto evidente durante el viaje a Ansion. No es idéntico al acento de Vanto, pero tiene fuertes similitudes, lo que tal vez indica raíces similares en el Espacio Salvaje»—. Si viniste aquí a insultarnos, estás perdiendo tu tiempo.

—No pretendo insultarlos —dijo Thrawn—. Al contrario, estoy impresionado de que los sucesores de la reina pirata Q'anah sigan operando en la galaxia.

«El calor facial de los piratas aumenta de manera impactante, sus ojos se agrandan; los músculos de sus gargantas se ponen rígidos. De inmediato tratan de ocultar sus reacciones, pero sólo tienen éxito parcialmente y ya es demasiado tarde».

—De seguro no creían que pasarían desapercibidos —continuó Thrawn—. Por supuesto, el Gran Moff Tarkin ha observado desde hace mucho que restos de los *Marauders* de Q'anah habían escapado a la suerte de su capitán. He estado en contacto con Tarkin, y ha expresado el deseo de venir a Ansion y tratar personalmente con este último rastro de su vieja enemiga.

—No tenemos idea de qué hablas —exclamó el vocero de los piratas.

—Un alarde valiente, pero inútil —dijo Thrawn—. Sin embargo, como ya lo afirmé, preferiría intercambiarlos por su líder. El Gran Moff Tarkin tal vez no esté de acuerdo. Pero yo estoy aquí y él no. La verdadera ironía es que su líder Angel comparte mucha de la misma filosofía conmigo.

—¿A qué te refieres?

—Seguramente observaron a cuáles colegas suyos seleccionó para que lo acompañaran al punto de encuentro con Cygni —dijo Thrawn—. Lo más importante es que seguramente también observaron a quiénes no eligió: a ti y al resto. Los dejó aquí para morir.

«Uno de los piratas mira a su vocero, con expresión tensa. El vocero lo ignora, pero su brillo facial se intensifica».

—Desde las perspectivas a corto y largo plazo, fue una decisión razonable —continuó Thrawn—. A corto plazo, Angel pierde varios tripulantes experimentados, pero su captura e interrogación le da tiempo adicional para retirar los cilindros de tibanna del *Dromedar*. A largo plazo, se deshace de quienes considera que ya no son útiles para sus fines.

—¿Y el *Marauder*? —replicó el vocero—. Lo siento, Carazul, pero Angel no es tan estúpido para echar a la basura una fragata perfectamente buena por nada.

—Como dije: perspectiva a largo plazo —respondió Thrawn. Ahora tenían el nombre de la nave pirata—. Cygni ha mostrado la eficacia de su método más sutil para la captura de naves. Sin duda persuadió a Angel de que el *Dromedar* les servirá mejor que el *Marauder*. Evidentemente, un carguero permite un acercamiento más sigiloso a su víctima que una fragata armada.

En el escritorio, su datapad se encendió con un mensaje: «Fragata *Marauder* vinculada con cinco secuestros bajo el código de identificación *Esperanza de Elegin*».

—Sobre todo una que viene con tanto escrutinio como *Esperanza de Elegin* —agregó.

—Estás lanzando escupitajos de sabelotodo. —«La voz del vocero pirata es baja y desdeñosa».

—Aplaudo tu tenacidad —dijo Thrawn—. Pero seguramente pueden ver que carece de valor. Ya sé demasiado para que se salven a sí mismos, y una vez que Tarkin llegue sabremos todo. A menos que decidan aceptar mi ofrecimiento, están perdidos.

«Los tres piratas se miran con urgencia entre sí».

—Escuchemos el trato —dijo el vocero.

—Les daré a ti y a tus compañeros prisioneros un transporte civil —dijo Thrawn—. Está parcialmente abandonado, pero debe alejarlos a salvo de este sector antes de que necesite reparaciones. A cambio, identificarán el sistema adonde Cygni y Angel han llevado el *Dromedar* para retirar el tibanna.

—¿Qué garantías tenemos de que no tomarás la información y nos entregarás de todos modos a Tarkin?

—Te doy mi palabra —dijo Thrawn—. También ofrezco simple lógica: ustedes tres son demasiado jóvenes para haber sido parte de los piratas originales de Q'anah. Por tanto, la venganza de Tarkin no se dirigirá especialmente a ustedes. Lo más importante es que conozco al moff. Él sentirá un placer adicional por el hecho de que Angel sabrá que los liberamos como recompensa por traicionarlo.

—No conoces muy bien a Tarkin si crees que alguna vez mostrará piedad. A *quienquiera que sea*.

—Precisamente —dijo Thrawn—. Su reputación no permite esas acciones. Por eso los liberaré bajo mi propia iniciativa. Por tanto, aceptará todo el placer de comunicar la noticia a Angel sin la necesidad de que él mismo tome la decisión.

Hizo una pausa. Los piratas no dijeron una palabra.

—Esa es mi oferta —dijo Thrawn—. Esperaré mientras lo discuten entre ustedes.

Tocó de nuevo el interruptor del sistema de comunicación, y las luces indicadoras se apagaron. Eso no engañó a los piratas. Probablemente habían sido interrogados antes en lugares así y sabían que el sistema seguía activo a pesar de la evidencia de los indicadores.

Thrawn había jugado todas sus cartas. Pero los piratas tenían una carta propia. Se inclinaron para acercarse y empezaron a hablar en voz baja entre ellos.

Lo hicieron en un idioma que habían aprendido por crecer en el Espacio Salvaje. Un idioma que sólo se usaba allí y en las Regiones Desconocidas, que nunca se había programado en los droides traductores o de protocolo de la república o imperiales y que podían esperar de manera razonable que ningún imperial había escuchado antes: *sy bisti*.

—¿Qué piensan? —preguntó el vocero a los demás—. ¿Creen que podemos confiar en él?

—Es un imperial —se burló el segundo—. Por supuesto que no.

—¿A quién le importa? —replicó el tercero—. Lo oyeron. Viene *Tarkin*.

«El vocero se burla».

—Creen demasiado en las historias de fantasmas de Angel. Ni siquiera Tarkin puede ser *así* de malvado.

—¿No? ¿Entonces cómo es que Angel sigue contando las historias? Te digo que Tarkin es la maldad pura.

—Hablando de maldad —intervino el segundo hombre—, ¿qué creen que Angel hará si descubre que lo vendimos a Carazul?

—Buena observación —comentó el vocero—. Pero tal vez podamos matar dos pájaros de un tiro. Tomamos el ofrecimiento, inventamos a Carazul algo insustancial, luego salimos disparados a los Puestos y avisamos a Angel. Si somos suficientemente rápidos, llegaremos allí antes de que Tarkin o hasta Carazul puedan atraparnos.

—A menos que ya hayan hackeado el bloqueo por estática —previno el tercer hombre—. Entonces llegaremos justo a tiempo para que nuestra nave se destartale y nos deje allí clavados hasta que Tarkin nos atrape.

—¿Crees que van a encontrar un *ub-dub squalsh* que pueda hacer un trabajo de hackeo como ese? —replicó el vocero, con voz cargada por el resentimiento—. No es posible, Angel va a tener que traer a alguien de fuera.

—Tal vez Cygni ya lo hizo.

—Se *suponía* que Cygni desactivaría el bloqueo por estática antes siquiera de que abordáramos —dijo el vocero—. No te preocupes, tenemos mucho tiempo para llegar allí.

—Entonces tomemos la oferta —dijo el segundo hombre—. Démosle... no sé: algo. Y larguémonos de aquí.

—Antes de que llegue Tarkin —sugirió el vocero.

—Adelante y ríanse —vociferó el tercer hombre—. Yo no.

—Bien. —El vocero dirigió la vista a Thrawn y levantó la mano—. EY —gritó en básico—. Tú, imperial.

Thrawn movió el interruptor del sistema de comunicación.

—¿Han tomado una decisión?

—Aceptaremos tu oferta —dijo el vocero—. Angel y Cygni fueron a Cartherston en un planeta llamado Keitwn. ¿Necesitas las coordenadas?

—Gracias, podemos encontrarlo —les aseguró Thrawn—. ¿Algo más?

—Sólo que es mejor que se apresuren si van a atraparlos —advirtió el vocero—. No van a estar allí más tiempo del necesario.

—Estoy de acuerdo —dijo Thrawn—. Gracias por su cooperación. Los guardias que esperan afuera los escoltarán a su nuevo transporte.

—¿Y el resto de la tripulación? —preguntó el vocero.

—Tus compañeros ya van en camino —dijo Thrawn—. Una cosa más. Se les ha dado una segunda oportunidad. Sugiero que la usen para rehacer sus vidas y mejorar.

—No necesitamos sermones, hermano —dijo el vocero, mientras se levantaban de las sillas—. Créeme: nunca volverás a oír de nosotros.

Salieron. Thrawn los miró irse, y cuando la puerta se cerró detrás de ellos, se levantó y vio hacia la puerta de salida de su lado de la sala. Esta se deslizó para mostrar a Vanto y el Almirante Wiskovis.

—¿Almirante?

—Teniente —asintió Wiskovis como respuesta—. Esa fue una de las mejores actuaciones que he visto.

—Gracias, señor —dijo Thrawn—. ¿Lo tenemos?

—Sí —dijo Vanto con satisfacción—. Uba, en el sector Barsa. Es un sitio muy tranquilo para estacionar un carguero por un buen tiempo, se encuentra a la distancia correcta de donde se apoderaron del *Dromedar* y el insulto en jerga para él es «ub-dub». «Squalsh» también es la jerga local para los habitantes, a quienes no suele considerárseles genios tecnológicos. —Sonrió de manera contenida—. Además, hay un montón de centros importantes de comerciantes en el continente del norte, a lo que la jerga local alude como puestos comerciales. O, para abreviar, puescos.

—Lo tenemos, muy bien —estuvo de acuerdo Wiskovis—. De lo que no tengo ni la más ligera idea es por qué los tenemos. ¿Cómo sabía que este grupo solía trabajar con Q'anah?

—No lo sabía a ciencia cierta —dijo Thrawn—. Sólo era una suposición, basada en su nombre.

—¿Qué nombre? —preguntó Vanto. «Frunce el ceño, confundido»—. ¿Angel?

—«Sincu» —dijo Thrawn—. El nombre que Angel le dio a su grupo. Lo escuché como sin-Q, o un grupo que ha perdido a Q. Después de que llegamos, mientras esperábamos el regreso de la Capitán Rossi, busqué grupos criminales conocidos. Había varios que incluían una referencia a *Cu*, pero los *Marauders* de Q'anah parecían tener mayores probabilidades de contar con los recursos, la historia y los contactos para tratar con gas tibanna robado.

—Parece una apuesta muy arriesgada.

—Lo era —estuvo de acuerdo Thrawn—. Pero Q'anah solía firmar sus robos con una referencia cifrada a su nombre. Parecía razonable que los sobrevivientes de su pandilla también disfrutarían dejar esas pistas.

—Sigue siendo arriesgada —«Wiskovis mueve la cabeza de un lado a otro»—. ¿Y si se hubiera equivocado?

—No se habría perdido nada —dijo Thrawn—. El interrogador del Departamento de Seguridad habría llegado y el interrogatorio hubiera seguido de acuerdo con lo programado. Todo habría pasado como si yo no hubiera hecho un intento.

—Excepto que ustedes habrían quedado expuestos a corte marcial —dijo Wiskovis. «Su voz es sombría»—. Por lo menos debo liberar el transporte yo mismo.

—No puedo permitir que haga eso —dijo Thrawn.

—¿Perdón? —«Wiskovis se retrae con rigidez. Su expresión se endurece, los músculos de su garganta se aprietan. La expresión de Vanto contiene repentina incomodidad»—. ¿No puede permitirme que haga eso?

—Creo que lo que quiso decir el Teniente Thrawn, señor, es que le sugiere firmemente que se mantenga lo más alejado posible de la situación —intervino Vanto de prisa—. Creo que su objetivo es atraer hacia sí cualquier represalia, mientras deja a todos los demás fuera de esto.

—Muy noble de su parte —dijo Wiskovis. «Su expresión aún es rígida y furiosa»—. ¿Y si decido hacerlo de otra manera? Esta es mi base, teniente. Lo que suceda aquí es, al final de cuentas, mi responsabilidad.

—Tiene razón —reconoció Thrawn—. No obstante, aún es posible que muchas cosas salgan mal, y el equilibrio entre éxito y fracaso todavía es indeterminado. No desearía que cargara con alguna culpa por mi plan y mis acciones.

—¿O que acepte algún mérito por su éxito?

«Vanto hace una mueca».

—Dudo que esa sea la intención del Teniente Thrawn, señor —dijo.

—Bueno, entonces, tal vez deba escuchar eso del propio teniente —replicó Wiskovis.

—Si tenemos éxito, por supuesto reconoceré abiertamente su apoyo —dijo Thrawn—. Si fracasamos, le anticipo que cuando sea llevado ante una corte marcial, el Alférez Vanto testificará que actué solo.

—¿Perdón? —dijo de nuevo Wiskovis. «Sus ojos se agrandan mientras mira a Vanto. Su calor facial aumenta y los músculos de sus mejillas se aprietan»—. ¿Thrawn acaba de decir que está preparado para cometer perjurio, alférez?

—Sí, señor —contestó Vanto. «La tensión en su voz aumenta, su expresión muestra extrema incomodidad»—. Como dije, su objetivo es protegerlo a usted y a su carrera de las consecuencias de esto.

«Por tres segundos, Wiskovis permanece en silencio. La tensión y la furia no ceden».

—Esta discusión no se ha terminado —dijo por fin—. Pero justo ahora tenemos trabajo que hacer. ¿Cuándo quieren que envíe una fuerza a Uba?

—Debe esperar hasta que los prisioneros liberados hayan hecho el salto a la velocidad de la luz —dijo Thrawn—. No queremos que observen los preparativos y empiecen a sospechar. Debe ponerse en contacto con el agente del Departamento de Seguridad Imperial y alertarlo de que cambie la ruta de su nave a Uba.



—¿Y luego?

—El Teniente Thrawn sólo prometió dejarlos ir —le informó Vanto. «Su tensión tampoco ha cedido»—. Nunca dijo que no los recapturaríamos si iban a Uba.

—Bien —dijo Wiskovis—. ¿Algo más?

—También sugeriría que envíe una fuerza al otro sitio que mencionaron, la ciudad Cartherston en Keitum.

—Pensé que tan sólo dijeron que nos alejarían de la pista.

—Evidentemente ese fue su primer objetivo —dijo Thrawn—. Pero el nombre surgió con mucha rapidez y facilidad. Tal vez la tripulación del *Dromedar* iba a ser liberada en Keitum.

—Además, Cygni dijo que su gente estaría vigilando —intervino Vanto.

—Sí —dijo Thrawn—. Quizás descubramos exactamente quién es su gente.

—Si acaso podemos atraparlos. —Wiskovis empezó a darse vuelta hacia la puerta, luego hizo una pausa—. *Realmente* no se puso en contacto con el Gran Moff Tarkin, ¿verdad?

—No —dijo Thrawn—. Nunca he conocido al hombre.

—Tal vez sea algo bueno —dijo Wiskovis—. Si esta es la manera en que habla a sus superiores, teniente, es mejor que nunca lo conozca. Vámonos: hay piratas que capturar.

## CAPÍTULO 10

---

«Alguien cuyo camino ha dado un nuevo giro suele desorientarse al principio, pero conforme pasa el tiempo y el camino sigue su nueva dirección de modo estable, hay tendencia a creer que permanecerá así para siempre, sin mayores giros.

»Nada más lejos de la verdad. Una vez que un camino se tuerce, siempre es susceptible a nuevos cambios. Sobre todo cuando el cambio original surge por la manipulación de una fuerza externa».

—Entonces —dijo Juahir Madras y le dio un cuidadoso sorbo al caf que Arihnda le había servido—. ¿Vas a ir a la Cuadra Central a pasar el fin de semana? ¿O vas a ser una aburrida y sólo vas a pasarla en Bash?

—Tal vez seré una aburrida —se lamentó Arihnda, mientras olía su propia taza. A Juahir le gustaba el caf mucho más caliente que a Arihnda, de modo que así era como siempre lo preparaba cuando su amiga pasaba por la oficina. Era más fácil dejar que el suyo se enfriara que mirar a Juahir tratando de no quejarse por lo tibia que estaba su propia bebida—. La Cuadra Central es tremendamente cara.

—Así es —concordó Juahir con sensatez—. Pensaba que solías dormir en tu speeder aéreo cuando ibas allí.

—Eso era antes de que atraparan a Wapsbur consumiendo especias en un estacionamiento público —le recordó Arihnda—. Después de eso, Renking nos prohibió dormir o vivir en cualquier vehículo.

—No sabía que fuera una prohibición total —dijo Juahir—. Pensaba que tan sólo quería que no atraparan a su gente haciendo cosas ilegales o vergonzosas.

Arihnda se encogió de hombros.

—Siempre es más fácil imponer una prohibición total.

—Y necesita menos cerebro —dijo Juahir—. ¿No puedes quedarte en su oficina principal?

—En la oficina duermen diez, si lo fuerzas —dijo Arihnda—. En la actualidad soy la número dieciocho en la lista de espera. Así que no.

—Ah —repitió Juahir—. Bueno, la Semana de la Ascensión es fantástica.

Arihnda asintió y volvió a disfrutar el aroma de su caf. Esto era un asunto de importancia para el residente promedio de Coruscant, pero aún más para la elite política. Grandes acontecimientos como este eran la pantalla perfecta para que los grandes y poderosos se mezclaran entre sí, y la Semana de la Ascensión era lo máximo para eso. Las festividades duraban toda la semana y llegaban a su clímax cuando el Día del Imperio atraía multitudes al centro de la sociedad imperial mientras los políticos hacían

rápidos contactos y tratos sin la notoriedad de ir a las oficinas de los demás ni tener que tomar la ruta menos evidente, pero en teoría más fácil de rastrear, de las llamadas por intercomunicador.

Un millón de personas y un millón de posibilidades, y Arihnda había trabajado muy duro para aprovechar ambos. Había empezado de a poco, entablando conversación con otros auxiliares y asistentes senatoriales, pero en los últimos dos festivales también había hecho contacto con un periodista de bajo estatus y con el gerente de la oficina de uno de los moffs del Borde Medio. Este año, esperaba aprovechar ambos contactos para subir un escalón más hacia sus respectivos jefes.

Ahora, con la nueva prohibición de Renking sobre lo que su personal había mencionado alegremente como alojamiento portátil, parecía que no iba a suceder.

No podía dejar de preguntarse cuánto de la prohibición se había debido a la indiscreción de Wapsbur y cuánto a que finalmente Renking había notado las propias maquinaciones políticas de Arihnda y dio pasos para bloquearlas. Aunque, para ser honesta, tenía que admitir que era muy improbable. Pero, después de todo, demasiadas cosas en Coruscant se inclinaban hacia lo improbable.

Su trabajo en la oficina de ayuda ciudadana en Bartanish Cuatro, conocido universalmente por sus habitantes como Bash Cuatro, había empezado un poco tambaleante. La población, formada principalmente por clase trabajadora, estaba cortada casi por el mismo molde que los mineros de Lothal, pero aun con esa gente de lugar común, su acento del Borde Exterior y su falta de crianza en Coruscant la habían dejado expuesta a la diversión y al reproche. Sin embargo, Arihnda se había seguido esforzando y lentamente había ganado su aceptación y su confianza. Lo más improbable de todo era que, en el camino, había hecho una genuina amiga.

—Así que supongo que vamos a tener que hacer algo sobre eso —comentó Juahir. Dio otro sorbo y luego dejó su taza—. Está bien, lo concedo. *Es* posible que esta cosa esté demasiado caliente.

—Te dije —afirmó Arihnda y sonrió. Llevaba más de un año en Bash Cuatro, y empezaba a ganarse a la población, cuando Juahir llegó a pedirle ayuda para buscar alojamiento. Arihnda había localizado uno en su propio edificio y esa misma semana la había ayudado a llevar su magra colección de pertenencias. Juahir le había agradecido con una cena en un restaurante tan pequeño que a duras penas cabían. Desde entonces habían sido inseparables—. No vale la pena estresarse por eso. También aquí *habrá* celebraciones, tú lo sabes.

Juahir hizo un rudo borboteo a través de sus labios.

—Tienes razón: las festividades del Día del Imperio en Bash Cuatro. Diez minutos completos de fuegos artificiales, de los cuales dos minutos son restos del año pasado, y tres minutos de todos los speeders aéreos tocando sus cláxones. Escuchar un discurso pregrabado de Palpatine, dos minutos más de cláxones y todos a casa. Superimpresionante. —Negó con la cabeza—. Qué mal que no tengas una amiga cuyos amigos posean un departamento con vista al Palacio Imperial.

Arihnda resopló un poco.

—Si te refieres al Senador Renking...

—Oh, espera —la interrumpió Juahir, avivada—. Es correcto. La *tienes*. —Se señaló a sí misma con un dedo—. *Yo*.

—¿De qué demonios hablas? —preguntó Arihnda, con el ceño fruncido.

—Hablo de la Cuadra Central —dijo Juahir, quien evidentemente se sentía muy complacida consigo misma—. Conozco a un tipo que acaba de conseguir un lugar en las Torres Sestra.

—¿Las *Torres Sestra*? —Arihnda jadeó. Sestra era un lujoso complejo de departamentos tan cerca del centro del Distrito Federal que era visible desde la oficina principal de Renkings—. Estás bromeando.

—Nop —le aseguró Juahir—. No es muy acogedor, pero podemos acomodarte.

—¿Hablas en serio? —dijo Arihnda, casi sin atreverse a creerlo—. ¿Segura que a tu amigo no le importará?

—Ya me dio permiso —dijo Juahir—. Sin embargo, hay una condición. —Señaló con un dedo a Arihnda—. Nosotros seremos responsables del transporte y el alojamiento; tú deberás conseguirnos por lo menos una fiesta o recepción exclusiva. ¿Es un trato?

—Por supuesto —dijo Arihnda y le regresó la sonrisa—. No hay problema, yo puedo aparecer hasta con dos invitados con mi pase de ayudante del senador.

—No, no, no —la reprendió Juahir—. *Nunca* debes decirle a la multitud cómo se hace el truco. ¿Así que puedes escaparte un poco más temprano?

—Seguro —Arihnda revisó su cronómetro—. Como jefa de esta oficina, me doy el resto del día libre.

—*Yo* desearía tener amigos en las alturas.

—Los tienes: las Torres Sestra.

—No lo olvides —dijo Juahir—. ¿Cuánto tiempo te tomará empacar una bolsa?

—Cinco minutos —prometió Arihnda, apagó su computadora y arregló para que los mensajes se reenviaran a su intercomunicador—. Vamos: yo conduciré, tú puedes recoger tu bolsa mientras empaco, nos encontraremos de regreso en mi speeder aéreo.

—Dije que yo proporcionaría el transporte —le recordó Juahir.

—Lo sé —dijo Arihnda—. También he visto tu speeder aéreo. Nos llevaremos el mío.

El Distrito Federal, conocido informalmente como el Centro de Coruscant (o, aún más informalmente, como la Plaza Central), era el centro indiscutible de la galaxia, tanto política como socialmente. El Senado estaba allí, igual que el Palacio Imperial. Todos los ministerios importantes y las oficinas centrales combinadas del ejército y la Armada Imperial.

La elite del Imperio vivía y trabajaba aquí. Al igual que todos aquellos que tenían ambiciones de unirse a esa sociedad noble y quienes ejecutaban la voluntad de la elite.

—Así que ¿cuál es *tu* excusa? —preguntó Arihnda a Driller MarDapp mientras iban en el aerobús atestado hacia el Hotel Alisandre.

—Se refiere a cómo conseguiste un departamento aquí —tradujo Juahir—. Como diciendo: ¿a la mascota de qué tooka tienes que alimentar, pasear o pulir?

—Ah, ¿a *eso* se refería? —preguntó Driller, con una sonrisa. En el breve tiempo que llevaba de conocerlo, Arihnda había observado que él sonreía mucho. Por fortuna, sus dientes y hoyuelos en las mejillas le permitían hacerlo sin restricciones—. Lamento decepcionarte, pero ningún tooka está relacionado con esto. Sucede que tengo un tío que es un funcionario con antigüedad del personal de la Real Imperial y que ha salido del planeta por tres meses. Como soy su sobrino favorito...

—Traducción: es el sobrino que hizo la petición antes que cualquiera de los otros parientes —interrumpió Juahir.

—Bueno, el sobrino favorito entre todos los que se lo pidieron —enmendó Driller secamente—. Tuve que mudarme.

—¿Y a qué te dedicas? —preguntó Arihnda—. Me refiero al trabajo.

—Me temo que a nada llamativo. Estoy con un grupo de activistas que hace peticiones a senadores y ministros a nombre de ciudadanos ordinarios.

—Ah —comentó Arihnda, mientras lo tachaba mentalmente de su lista. Los grupos de activistas en ocasiones tenían acceso a los poderosos, pero no contaban con poder propio. No había nada allí que pudiera cultivar.

—Suena muy parecido a lo que Arihnda hace en Bash Cuatro —dijo Juahir.

—Muy parecido, sí —dijo Driller—. Excepto que tú manejas gente y problemas locales, mientras que nosotros hablamos a nombre de gente de otros planetas. En realidad, a veces a nombre de todo el planeta.

—Creía que eso era lo que se supone que deben hacer los senadores —reflexionó Arihnda.

—Con énfasis en la parte de «se supone» —dijo Driller—. Lo siento; eso sonó más rudo de lo que deseaba. Tú sabes mejor que nadie lo fácil que es para alguien caerse por las grietas. Ese es nuestro trabajo: tapar las grietas.

—Suena tan excitante cuando lo explicas así —intervino Juahir—. ¿Alguna idea de cuál de estas es la fiesta en que el Emperador es el anfitrión?

—No estoy segura de que vaya a ser el anfitrión de alguna —dijo Arihnda—. Ese rumor surge cada año. —Entrecerró los ojos para ver mejor hacia el hotel al que se acercaban rápidamente—. No veo guardias imperiales por ninguna parte, así que si está sucediendo, no es aquí.

—Está bien —dijo Juahir—, vamos a ir a muchas otras fiestas antes de que termine la semana, ¿verdad?

—A todas las que puedas ir —prometió Arihnda—. O por lo menos hasta que nos echen.

—Ey, eso también puede ser divertido.

Supuestamente el gran salón de baile del Alisandre era uno de los más grandes de la Plaza Central, y estaba rodeado por un conjunto de salones más pequeños. El diseño lo hacía ideal para grandes reuniones, también para los grupos más pequeños que buscaban intimidad y que inevitablemente se apartaban de las grandes multitudes. Los hombres de seguridad en la puerta le dedicaron a la identificación de Arihnda una revisión detenida y ruda, y otras aún más rudas a Juahir y Driller, pero los tres pasaron sin comentarios.

—Guau —suspiró Juahir y echó un vistazo alrededor mientras Arihnda los guiaba entre el flujo serpenteante de gente—. Me siento vestida *muy* pobremente.

—Son los invitados de una asistente de bajo estatus de un senador —les recordó Arihnda—. No se espera que tengas un vestido de mil créditos.

—Estoy seguro de que hay muchos como nosotros alrededor —agregó Driller—. Sólo que no los ves por el brillo de la joyas de todos los demás. ¿Quiénes exactamente están aquí, Arihnda?

—Es una mezcla muy diversa —respondió, mientras estudiaba los pequeños nudos de conversación que se habían formado entre los remolinos y flujos de asistentes—. Por allá están los gobernadores de un par de los mundos menores del Centro. Hay un moff del Borde Medio más allá y veo por lo menos a seis o siete senadores.

—¿Los conoces a todos? —preguntó Driller—. ¿Puedes presentarme?

—En realidad no los *conozco*, pero me he cruzado con muchos —contestó Arihnda. Aunque en verdad había tratado de conocer mejor a la mayoría—. En ocasiones el Senador Renking me envía a entregar tarjetas de datos confidenciales cuando estoy aquí en la Plaza Central.

—Así que *allí* es a donde desapareces todo el tiempo —comentó Juahir.

—Difícilmente es *todo el tiempo* —la corrigió Arihnda con severidad—. Tal vez cuatro días al mes, si tengo suerte.

—Claro, pero por cada uno de esos días recibo veinte llamadas preguntando por qué no estás en tu oficina arreglando el problema de alguien.

—¿Por qué te llaman a *ti*? —preguntó Arihnda, con el ceño fruncido. Era la primera vez que oía de esto—. Tú no trabajas allí.

—No, pero una cantidad sorprendente de personas en nuestro edificio sabe que somos amigas —replicó Juahir secamente—. Se imaginan que soy responsable de ti o algo así.

—Es ridículo —dijo Arihnda—. Apenas eres responsable de ti misma.

—Si ustedes dos se dejaran de dimes y diretes por un minuto —interrumpió Driller—, ¿alguna se molestaría por explicarme *eso*?

Arihnda siguió el dedo de Driller, que señalaba algo. Al otro lado del salón había otro nudo de conversación, integrado sólo por cuatro personas.

Pero se trataba definitivamente de un grupo llamativo. Uno de ellos era un hombre de pelo blanco con un bigote que hacía juego y que llevaba la túnica blanca y la insignia de un coronel del DSI Imperial. El segundo hombre daba la espalda a Arihnda, pero su vestimenta formal coincidía con la del Senador Renking. El tercer hombre era joven y llevaba el uniforme y la insignia de alférez de la armada. Y el cuarto hombre... no era un

hombre en absoluto. Tenía forma y rasgos humanos, pero su piel era azul, el pelo negro azulado y los ojos de un rojo brillante. *Su* insignia lo identificaba como teniente mayor.

—Nunca había visto algo así antes —continuó Driller—. ¿Qué es, algún tipo de pantorano con una enfermedad en los ojos?

—Oye, eso es una grosería —lo regañó Juahir, pero miraba al extraño ser con la misma intensidad que él—. ¿Arihnda? ¿Alguna idea?

—Seguro —dijo Arihnda—. Vamos allá y preguntemos.

El jadeo de Juahir fue audible incluso por encima del murmullo de conversaciones que llenaba el salón de baile.

—Estás bromeando.

—En absoluto —dijo Arihnda—. En realidad, creo que ese es el Senador Renking, así que tan sólo puedo fingir que estaba comprobando si necesitaba algo.

—Pensé que estabas de descanso.

—Los asistentes del senador nunca tienen descanso —dijo Arihnda—. Vamos.

Había decidido que si no era Renking, su traje lo marcaba como alguien de estatus similar. Sería muy fácil cambiar un caso humorístico de confusión de identidad en un nuevo contacto entre la elite. Sin embargo, el plan de contingencia resultó innecesario. El hombre era, en realidad, el Senador Renking.

Lo primero que había aprendido Arihnda como asistente era que nunca debía interrumpir una conversación. Lo segundo: cómo adentrarse poco a poco en esas conversaciones. En este caso, el mejor método consistía en colocarse a una distancia discreta, fuera del grupo pero dentro de los límites de la visión periférica del senador. Sabía que en algún momento él la vería. En este caso, la espera fue de apenas diez segundos.

—Ah, Arihnda —dijo Renking y él mismo se interrumpió y tendió una mano para invitarla a unírseles—. Esperaba toparme con usted: su intercomunicador decía que estaba aquí, pero no quería interrumpirla con una llamada, a menos que fuera necesario.

—No hay problema, senador —dijo Arihnda—. ¿Qué puedo hacer por usted?

—Necesito un favor —Renking dio media vuelta hacia las otras tres personas—. Pero estoy olvidando mis modales, coronel, teniente, alférez: les presento a Arihnda Pryce, una de mis asistentes. Señorita Pryce: le presento al Coronel Wullf Yularen, del Departamento de Seguridad Imperial; el Teniente Mayor Thrawn, una estrella en ascenso de la armada; y el Alférez Eli Vanto, asistente y traductor del teniente.

—Es un honor, nobles señores —dijo Arihnda e hizo una respetuosa reverencia.

—El Coronel Yularen me estaba contando sobre una intrigante operación en que participaron recientemente el teniente y el alférez en el Borde Medio —continuó Renking.

—¿De verdad? —preguntó Arihnda y puso algo de fascinación en su voz (la mayor parte genuina). A la elite le encantaba oírse hablar, pero casi nunca sus historias eran dignas de escucharse.

—De verdad —confirmó Yularen, y sus ojos parpadearon sobre el hombro de ella para ver a Juahir y Driller. Tal vez para asegurarse que no pudieran escuchar—. El teniente capturó, casi por sí solo, una nave pirata y la mayoría de su tripulación; además, por encima de todo, salvó un valioso embarque de gas tibanna.

—No lo hice solo en absoluto, coronel —dijo el no humano. Su voz era tranquila y respetuosa, con un callado rasgo de confianza e inteligencia.

—Sólo tenía a cuatro subordinados con usted, incluido el Alférez Vanto —dijo Yularen—. Yo diría que es casi como si hubiera estado solo. ¿Qué opina *usted*, alférez? ¿Estaba sobrestimando el caso?

—En absoluto, señor —dijo cortésmente el Alférez Vanto. Se veía y escuchaba un poco afligido, como si no tuviera idea de lo que hacía aquí y tan sólo quisiera irse a casa.

Por su acento distintivo, Arihnda supuso que era alguien del Borde Exterior o aun del Espacio Salvaje, lo que probablemente hacía que su presencia aquí, entre la elite, le resultara aún más pesada e incómoda. La propia Arihnda se había esforzado mucho para deshacerse de su acento del Borde Exterior, pero aún se sentía consciente de sus raíces.

—Quizás el Alférez Vanto es demasiado modesto con sus contribuciones y las de los otros —comentó Thrawn—. Pero lo que importa es el resultado.

—Bueno, sin importar como se desenmarañe, felicidades a los dos —dijo Renking—. Supongo que están aquí en Coruscant para recibir elogios. —Alzó las cejas—. ¿O ascensos?

—No exactamente —replicó Yularen—. Debo decir que hay que revisar algunos datos... adicionales.

—¿Qué tan serio es el asunto? —preguntó Renking, con la mirada fija en Thrawn.

—Muy serio —contestó Yularen—. Pero no estoy particularmente preocupado. Fui almirante durante las Guerras de los Clones y aún tengo amigos en lugares importantes.

—Sin duda hará unos cuantos más esta noche —murmuró Arihnda.

Yularen la miró con nuevo interés.

—Es usted muy perceptiva, señorita Pryce —la felicitó—. Sí, es por eso exactamente que estoy poniendo al teniente en el molino social de Coruscant. Creo que hizo un trabajo notable y quiero asegurarme de que la mayoría del Senado lo conozca.

—Bueno, me aseguraré personalmente de ver los detalles cuando tenga oportunidad —dijo Renking—. Pero justo ahora, como dije, necesito que la señorita Pryce me haga un encargo. Arihnda, necesito irme, pero también debo entregar una tarjeta de datos al Moff Ghadi. Sabe quién es, ¿verdad?

—Sí, señor, por supuesto —contestó Arihnda. En realidad, había hecho algunas entregas privadas a Ghadi en los últimos dos años. Siempre estaba demasiado ocupado para hablar con ella durante esas visitas, pero siempre se había preocupado de entablar amigables conversaciones con la gente de recepción y personal. Esta podría ser finalmente su oportunidad de hablar con el propio moff.

—Bien —dijo Renking—. Necesitará cargarla en un datapad seguro, descargar los archivos y regresarle la tarjeta.



—Comprendido —dijo Arihnda. Un procedimiento ligeramente inusual, pero aun así lo había hecho en ocasiones anteriores—. ¿Quiere que la lleve a su oficina cuando cumpla el encargo?

—Por favor —dijo Renking—. Tan sólo déjela en el buzón de recepción. —Señaló con la barbilla en dirección de Yularen y los demás—. Ahora, de verdad debo irme. Coronel, buena suerte. Teniente y alférez, aún mejor suerte. —Se dio vuelta y empezó a abrirse paso entre la multitud hacia la entrada principal.

—Si nos disculpa, señorita Pryce —dijo Yularen con una reverencia cortés—. Hay unas cuantas personas a las que quiero presentar al Teniente Mayor Thrawn antes de que crucemos la Plaza Central a la siguiente recepción.

—Por supuesto, coronel —dijo Arihnda, mientras devolvía la reverencia—. Teniente, alférez.

Se dio vuelta y se alejó, mientras observaba que Yularen y los otros oficiales se dirigían a un grupo de otros senadores.

—Pensé que ibas a presentarnos —se quejó Driller, cuando él y Juahir llegaron a su lado.

—Lo siento —se disculpó Arihnda—. En realidad no hubo oportunidad. En el siguiente grupo.

—¿Quién es? —preguntó Juahir—. ¿Y *qué* es?

—Cualquier cosa que sea, está en problemas con el Alto Mando —dijo Arihnda—. No llegamos más lejos.

—Interesante —dijo Driller—. El Alto Mando no suele preocuparse con los oficiales novatos. Me pregunto al tooka de quién le pasó por encima.

—Puedes preguntarle a tu tío cuando regrese —dijo Arihnda—. Todo lo que sé es que cuando alguien como el Coronel Yularen dice que hay *datos adicionales*, con una pausa entre las palabras, está hablando de algo serio.

—O más precisamente, *no* hablando de eso —dijo Driller.

—Exactamente —dijo Arihnda—. Pero ese es problema de Thrawn. El *mío* es que tengo que ir a trabajar.

—Sí, vimos que te dieron algo —comentó Juahir—. Una entrega, ¿verdad?

—Así es.

—Y durante una fiesta de la Semana de la Ascensión, además. —Juahir negó con la cabeza—. Renking es un esclavista. ¿Quieres que vayamos contigo?

—No, está bien —dijo Arihnda y elevó el cuello. No veía a Ghadi, pero si estaba aquí no tomaría mucho tiempo encontrarlo—. Regresaré lo antes posible. Diviértanse, disfrútenlo y no se emborrachen con swirlydips.

—¿Los swirlydips tienen alcohol? —preguntó Juahir, sonriendo.

—Aquí, sí —dijo Arihnda—. No se metan en problemas, ¿de acuerdo?

Renking había tenido razón en que vería pronto a Ghadi. Con el aspecto distintivo del moff, Arihnda lo distinguió a los tres minutos de iniciada la búsqueda.

—Así que Renking te ha puesto a trabajar esta noche, ¿verdad? —preguntó Ghadi, mientras jugaba con la tarjeta de datos entre los dedos. Arihnda observó con un poco de intranquilidad que sus ojos eran brillantes e intensos. Swirlydips o algo más fuerte. Esperaba que no estuviera tan tomado para terminar con esto rápidamente; así podría regresar a aprovechar la fiesta.

—Sí, Su Excelencia —dijo ella—. Pero, estoy segura de que él no lo interrumpiría si no fuera importante.

—Y te envié a *ti* —dijo Ghadi, con una sonrisa torcida—. Bien, vamos. —Se dio vuelta y su capa con patrones rojos y amarillos se arremolinó alrededor, mientras se dirigía a los elevadores—. En la suite está mi datapad seguro —agregó mientras Arihnda se apresuraba para seguirle el paso—. Sólo tomará un minuto, y podrás regresar a disfrutar la fiesta.

—Sí, Su Excelencia —dijo Arihnda, mientras miraba alrededor a medida que se abrían paso entre la multitud. Nunca había visto imágenes del aspecto de las suites del Alisandre. Si el salón de baile era algo que valía la pena, la suite de Ghadi bien merecería una rápida visita. Y así fue.

—Prepárate un trago, si gustas —dijo Ghadi mientras cruzaba la alfombra mullida del área de recepción principal hacia una de las puertas laterales—. El droide puede prepararte cualquier cosa que menciones.

—Gracias, Su Excelencia —dijo Arihnda, mientras veía a un lado el enorme bar y, de pie, inmóvil junto a él, al exquisitamente restaurado droide LeisureMech C5. Se sintió tentada, pero al menos por el momento estaba oficialmente en horas de trabajo. En cambio, se contentó con ver el tallado de las obras de arte y las incrustaciones del panel decorativo. Esta habitación por sí sola era del doble del tamaño de su departamento, y tal vez cada noche costaba un año entero de su trabajo.

—ME DA GUSTO QUE TE HAYA ENVIADO A TI —gritó Ghadi desde la otra habitación—. Te he visto varias veces en mi oficina en los últimos meses, por lo general jugando al mensajero. Es obvio que Renking tiene una buena opinión de ti.

—Gracias, Su Excelencia.

—Al igual que yo, por supuesto —agregó Ghadi—. Una muy buena opinión. Dime, ¿has disfrutado el trabajo con él?

—Ha sido interesante —dijo Arihnda, con el ceño fruncido. Este no era el tipo de preguntas que solía hacérsele. ¿Ghadi tan sólo le estaba haciendo la plática? ¿O pasaba algo más?

—Por supuesto: interesante —dijo Ghadi—. La palabra más diplomática posible, además de la más insípida. —Regresó al área de recepción, con la tarjeta de datos de Renking en la mano, y volvió a cruzar la alfombra hacia ella—. Aquí tienes —dijo y se la entregó—. Puedes regresársela ahora.

—Gracias, Su Excelencia —comentó ella, con el ceño fruncido en dirección de la tarjeta. Se parecía a la que Renking le había dado... pero al mismo tiempo, algo en ella parecía diferente. El color era correcto y el logotipo del senador en la esquina superior parecía correcto. ¿Sería el peso? La sopesó con cuidado, mientras trataba de decidir. No, de pronto se dio cuenta: era el logotipo. El del Senador Renking estaba grabado en la superficie de todas las tarjetas de datos de la oficina. El logotipo de esta tarjeta estaba en relieve, en lugar de grabado: no era la misma tarjeta que ella le había entregado a Ghadi.

Levantó la vista hacia el moff, quien tenía la mirada fija en ella y una media sonrisa en el rostro.

—Muy bien, señorita Pryce —dijo Ghadi en voz baja—. Muy mal, en realidad.

—¿Su Excelencia? —preguntó ella con cuidado.

—Notaste que había algo diferente en la tarjeta de datos —dijo Ghadi—. Es una pena. Si tan sólo se la hubieras regresado... como digo, muy mal.

Sin aviso, acercó su mano a ella, quien apenas tuvo tiempo de ver un pequeño tubo oculto en la palma de él mientras un aerosol de polvo fino le bañaba la cara y el pecho. Retrocedió, apretando los ojos por reflejo...

—Así que ahora tendremos que hacerlo de la manera difícil —continuó Ghadi—. Esta, señorita Pryce, es especia de polstine. Muy apreciada, costosa y, sobre todo, ilegal. Y tú, querida, tienes suficiente encima para garantizar que pasarás el resto de tu vida en prisión.

## CAPÍTULO 11

---

«El liderazgo militar es un viaje, no un destino. Se le desafía continuamente y asimismo debe probarse continuamente contra nuevos obstáculos. En unas ocasiones, esos obstáculos son acontecimientos externos; en otras, hay dudas entre los subordinados; y en otras más son resultado de las propias fallas y los defectos del líder.

»Las influencias y el poder políticos son diferentes. Una vez que se han alcanzado ciertas alturas, no hay necesidad de probar liderazgo ni competencia. Una persona con semejante poder está acostumbrada a que se piense cuidadosamente cada palabra que se dice y a que cada capricho sea tratado como una orden. Todos aquellos que reconocen ese poder saben que deben inclinarse ante él.

»Unos cuantos tienen el valor o la inocencia de resistirse. Algunos tienen éxito al mantenerse firmes contra la tormenta. Con mayor frecuencia, encuentran que sus caminos se alejan una vez más de su meta esperada. Pero ese tipo de giro no siempre significa que la víctima ha perdido. Ni que se ha obtenido una victoria».

\* \* \*

No había razón para que Eli estuviera aquí. Él lo sabía, Yularen seguramente lo sabía y estaba seguro de que todos los demás en el salón de baile también lo sabían.

Simplemente no tenía sentido. Era muy poco civilizado en comparación con las personas del Centro. Tenía un rango demasiado bajo para los diversos almirantes y generales presentes. Y era de una clase demasiado baja para estar a la altura de la elite del Imperio.

Los mismos inconvenientes también se aplicaban a Thrawn, por supuesto, sumado al inconveniente de no ser humano en una sociedad que, aunque tolerante en su mayoría, no era exactamente amigable. Pero por lo menos había una razón para que Yularen lo hubiera arrastrado hasta aquí para presumirlo a los hombres y las mujeres del poder. Si el Alto Mando decidía tomar seriamente la amenaza de la corte marcial, el interés de una base civil podría ser útil como contrapeso contra los almirantes ofendidos.

Thrawn necesitaba estar aquí. La presencia de Eli era completamente innecesaria. Sin embargo, aún con Thrawn, no podía evitar la sensación de que se estaba viendo al chiss menos como un oficial acusado injustamente y más como un inusual trofeo.

—Interesante —murmuró Yularen.

Eli regresó la vista del traje brillante y de color cambiante que estaba viendo para encontrar la mirada del coronel en el datapad.

—¿Señor? —preguntó.

—Una nota de los cuarteles generales —dijo Yularen—. Al parecer, la más reciente sugerencia del Teniente Thrawn ha tenido su recompensa.

—¿Es el seguimiento retrospectivo de Cygni, como sugirió hace un par de días? —dijo Eli con la vista en Thrawn.

—No —dijo Thrawn, quien se quedó viendo detenidamente a Yularen—. Resultó que el Coronel Yularen no logró establecer los suficientes puntos de datos con ese interrogatorio como para producir resultados útiles. En este caso, observé que el planeta Kril'dor, una fuente conocida de gas tibanna, está muy cerca del sistema Uba. Se me ocurrió que si Cygni intentaba únicamente vender los cilindros, hubiera llevado el *Dromedar* allí, donde el tibanna adicional podía agregarse fácilmente y sin ser visto a sus propios canales de distribución.

—Eso sugería que los destinatarios querían el tibanna como está —dijo Yularen—. Lo que de inmediato señaló a comerciantes de armas o gente que ya tiene blásters y quería poder dispararlos.

Eli hizo una mueca.

—Criminales o insurgentes.

—Sí —confirmó Thrawn—. Hemos estado elaborando perfiles de muchos de ellos, mirando indicadores y marcadores.

—¿De verdad? —preguntó Eli, con el ceño fruncido. No había escuchado nada acerca del trabajo de creación de perfiles de criminales—. ¿Cuándo han estado haciendo todo esto?

Thrawn inclinó la cabeza.

—Duerme más que yo.

Eli sintió que el calor subía a su cara.

—Lo siento.

—No es necesario que se disculpe —dijo Yularen con un gruñido—. Y no se preocupe: una carrera en la armada le apartará de eso rápidamente. Lo importante es que si lanza el último filtro de Thrawn con todo el resto, esto es lo que sale.

Entregó el datapad a Thrawn. Eli se inclinó cerca del chiss y observó la pantalla. Había un reporte completo allí, pero en el centro, Yularen había resaltado dos palabras: «Cisne Nocturno».

—En el último año hemos estado escuchando rumores acerca de alguien que se hace llamar Cisne Nocturno —continuó Yularen—. Al principio, parecía ser una especie de consultor, que planeaba trabajos como este para varios grupos.

—¿Y ahora? —preguntó Thrawn, mientras le regresaba el datapad.

—Ahora no estamos seguros —dijo Yularen y movió los ojos de un lado a otro mientras repasaba el informe—. Un par de analistas sugiere que tal vez se ha establecido con una sola organización. No estoy seguro de eso. —Frunció la boca—. Bueno, seguiremos atentos a sus movimientos. Por lo menos ahora sabemos uno de sus alias.

Aunque Eli sabía que probablemente el hombre nunca lo volvería a usar. Nadie había descubierto todavía cómo Cygni había escapado entre el cordón que el Almirante Wiskovis había tendido alrededor de Uba, pero de alguna manera lo había hecho. Tal vez los interrogatorios de los piratas sobrevivientes les darían algunas pistas. Eli lo dudaba.

—En fin, esto surgió mientras ustedes hablaban con el último grupo de senadores, y pensé que les gustaría saberlo —dijo Yularen.

—Aprecio eso, coronel —dijo Thrawn—. Gracias.

—No es necesario que me agradezca: fue su sugerencia la que nos trajo aquí —le recordó Yularen. Empezó a apartar el datapad, pero se detuvo cuando algo le llamó la atención—. Espere un momento: está surgiendo algo nuevo. Los cilindros de tibanna... —Su voz se apagó.

—¿Hay algún problema, coronel? —preguntó Thrawn.

—Podría decirse que sí, teniente —Yularen respiró a fondo—. Al parecer, doce de los veinte cilindros que recuperamos junto con el *Dromedar* —de nuevo, le ofreció el datapad a Thrawn— estaban vacíos.

Eli sintió que la quijada se le iba al suelo.

—¿Vacíos? Pero, eso es imposible. Estaban bloqueados por estática.

—Al parecer, nuestro amigo Cygni encontró una manera de sacar de todos modos el gas —masculló Yularen—. Parece que entró por la parte de atrás de los cilindros.

Eli hizo una mueca. La misma técnica que Thrawn había sugerido. Estupendo.

—A través del casco.

—El casco estaba intacto —dijo Yularen, mientras negaba con la cabeza—. No, van a tener que desarmar todo para descubrir cómo lo hizo.

Por un largo momento, los tres tan sólo se quedaron viendo uno al otro.

—Aun así salvó la nave —dijo al final Yularen—. Junto con casi la mitad del tibanna y la tripulación del *Dromedar*. Y atrapó a la mayoría de los piratas.

—Considerando el valor que el Alto Mando deposita en el tibanna —dijo Thrawn—. Tal vez no lo consideren suficiente. —Su voz sonaba demasiado tranquila, pero la expresión en su rostro hizo que un escalofrío recorriera la espalda de Eli. Algunos mitos hablaban de lo que sucedía cuando un chiss era derrotado o engañado. Ninguna de esas historias terminaba bien.

—Si no lo consideran así, deberían hacerlo —dijo Yularen con voz plana—. No importa. Aún queda un largo camino por delante y, al menos yo, siempre he considerado que medio pan es muy superior a ningún pan. Haremos que esto funcione. —Le lanzó a Thrawn una sonrisa torcida—. Si la armada decide echarlo, el Departamento de Seguridad Imperial estaría más que feliz de aceptarlo. —Dio unos golpecitos a su túnica blanca—. Me atrevo a decir que se vería bien de blanco.

—Gracias, coronel —dijo Thrawn—. Pero mis habilidades y aptitudes son más adecuadas para naves y guerra abierta.

—Entonces debemos asegurarnos de que permanezca aquí. —Yularen miró alrededor—. Creo que el ministro de guerra está por allá. No tiene caso apuntar bajo cuando se puede apuntar a las alturas. Si tenemos suerte, y si ha estado bebiendo, tal vez consigamos que deseche por completo la idea de la corte marcial.

—Su Excelencia, por favor —dijo Arihnda con cuidado y fue retrocediendo hacia la puerta, mientras sus pulmones se quemaban y congelaban alternativamente con los pedazos de especia que había inhalado por accidente, ¿qué *demonios* estaba pasando?

Lo que fuera, había muy poco que pudiera hacer. La puerta estaba seguramente cerrada con cerrojo, las ventanas eran irrompibles y en todo caso estaba en el piso cinco mil.

—Es muy listo, tu Senador Renking —dijo Ghadi. Su voz era fría, casi como si conversara—. ¿Realmente pensó que podía salirse con esta?

Arihnda negó con la cabeza.

—Lo siento, Su Excelencia, pero no tengo idea de lo que está diciendo.

—Hablo de plantar datos falsos en la computadora de un oficial de alto rango del Imperio —dijo Ghadi, con voz que ahora era suave y amenazadora—. Al parecer, Renking esperaba que estuviera tan distraído contigo que tan sólo cargara la tarjeta de datos sin revisarla.

Arihnda sentía que sus ojos se agrandaban.

—Espere un minuto. ¿Plantar *datos* falsos? ¿Qué tipo de datos falsos?

—Así que he aquí lo que vas a hacer —continuó Ghadi, sin prestar atención a su pregunta—. Vas a tomar la tarjeta de datos —señaló lánguidamente hacia la tarjeta en su mano— y harás cualquier cosa que Renking te dijo que hicieras con ella. Dejarla en su escritorio, archivarla, ocultarla debajo de la alfombra; lo que te haya dicho. Y nunca *jamás* le dirás acerca del cambio o de esta conversación. —Ghadi alzó las cejas—. Sigue mis instrucciones y será el final de esto. Desvíate y te arrestarán por posesión. ¿Qué eliges?

Los pulmones de Arihnda empezaban lentamente a limpiarse. Al mismo tiempo, la habitación empezaba a tomar una extraña claridad, con colores y texturas cada vez mejor definidos, mientras luz y sombra pulsaban de un lado a otro.

—¿Qué me está haciendo esta cosa? —preguntó. Notó que la voz vibraba al ritmo de la danza de luz y sombra.

—No mucho —dijo Ghadi—. Necesita cocinarse para liberar toda su potencia. Por supuesto, el hecho de que esté cruda significa que serías identificada como traficante o mensajera en lugar de una simple usuaria. Eso llevaría a una sentencia mucho más dura. Necesito tu decisión.

Arihnda apretó los ojos con fuerza. Aun a través de los párpados cerrados parecía capaz de ver la nueva vibración de la sala.

—¿Cómo sé que mantendrá su palabra? —preguntó y abrió de nuevo los ojos.

—¿Por qué no lo haría? —replicó Ghadi y se encogió de hombros—. Eres un pez muy pequeño y no vale la pena dedicar tiempo y esfuerzo a destriparte.

—Ya veo —dijo Arihnda—. ¿Qué había en la tarjeta de datos que le di?

Ghadi frunció el ceño.

—Haces muchas preguntas, señorita Pryce —dijo, pensativo—. ¿Estás *tratando* de hacer que piense que vale la pena destriparte?

—Me está pidiendo que le haga a Renking lo mismo que él trató de hacerle a usted — señaló Arihnda—. No quiero escapar de su hoguera tan sólo para caer en la de él.

—Haz tu trabajo y nunca sabrá que fuiste tú —dijo Ghadi—. Además, en realidad no tienes otra opción, ¿o sí?

Arihnda miró el talco que Ghadi había lanzado a su túnica. El blanco brillante se estaba desvaneciendo a medida que la tela absorbía el polvo, pero sabía que sería detectable por días con el equipo adecuado.

—Supongo que no.

—No lo olvides. —Ghadi le lanzó una sonrisa amplia, amarga, malvada—. Bienvenida a la política, señorita Pryce. Bienvenida al *verdadero* Coruscant.

Arihnda logró salir del salón de baile sin que Juahir o Driller la distinguieran. Tomó un taxi aéreo, fue a la oficina de Renking y echó la tarjeta de datos de Ghadi en la ranura de la caja fuerte del escritorio, como le había indicado. Luego llamó otro taxi y regresó al departamento prestado de Driller. Lo último que quería hacer era permanecer en la Plaza Central un segundo más de lo necesario, pero sabía que correr la haría parecer culpable.

Además, sus pulmones y su visión aún mostraban los efectos de la especia, y probablemente había otras pistas visuales que la marcarían ante cualquiera que supiera buscar. Sería el colmo de la ironía que Ghadi mantuviera su palabra de no entregarla sólo para que algún guardia de seguridad lo hiciera en su lugar y al azar.

Permaneció despierta en el sofá cama durante las tres horas siguientes, esperando a que los síntomas se desvanecieran y preguntándose qué había en la tarjeta, qué es lo que esta haría y qué debía hacer *ella*. No tenía respuestas.

Fue hasta después de las dos de la mañana cuando Juahir y Driller finalmente regresaron. Arihnda se deshizo de las preguntas de Juahir con la historia de que no se sentía bien, luego se defendió de los esfuerzos de la otra mujer por ayudarla. Al final, Juahir cedió y ella y Driller se dirigieron a sus camas.

No fue sino hasta que el amanecer empezó a iluminar el cielo cuando Arihnda finalmente cabeceó. Su último pensamiento mientras se quedaba dormida fue preguntarse cuándo caería el primer golpe.

Cayó muy rápido.

La llamada del intercomunicador general llegó a las novecientas en punto, apenas tres horas después de que Arihnda se había quedado dormida. Llegó a la oficina de Renking para encontrar que la mayoría del personal local ya se había reunido e intercambiaba susurros urgentes y aprehensivos. Renking llegó unos minutos después, con los ojos fríos y la cara oscura y rígida.



—Tengo algunas malas noticias —dijo sin preámbulo. Su mirada recorrió la multitud mientras hablaba, pero Arihnda observó que los ojos de él nunca parecieron llegar al rostro de ella—. Recientemente han surgido alegatos de discrepancias financieras y corporativas en mi oficina. Aunque esos alegatos son categóricamente falsos, debo atenderlos lo antes posible. Por tanto, regresaré a Lothal por un tiempo y probablemente necesitaré hacer una breve visita a otros mundos antes de regresar. Por desgracia, hasta que la situación se haya resuelto, mis finanzas... estarán fuertemente restringidas. No tengo más opción que cerrar varias de mis oficinas periféricas y liberar a quienes están asignados allí de sus deberes. He aquí las oficinas afectadas.

Leyó una lista de siete oficinas de su datapad. Arihnda sospechó que no fue coincidencia que dejara Bash Cuatro para el final.

—Gracias a todos por venir —concluyó—. Mis disculpas a quienes ya no puedo emplear, pero estoy seguro de que encontrarán otros puestos pronto. Disfruten el resto de las festividades de la Semana de la Ascensión. Señorita Pryce, ¿puede quedarse un momento?

Arihnda permaneció de pie junto a la pared mientras los demás salían. Renking se mantuvo ocupado con su datapad, o por lo menos así lo fingió, hasta que los dos quedaron solos. Entonces, por primera vez desde que entró en la oficina, la miró.

Arihnda había esperado ver furia en sus ojos. Sólo vio hielo. Esperaba que gritara o maldijera. La voz, cuando finalmente habló, fue suave e infinitamente más atemorizante.

—Espero que te sientas orgullosa de ti misma.

—No tenía otra opción —dijo Arihnda, mientras maldecía en silencio el temblor que de pronto se había apoderado de su voz. Se había prometido que equipararía tono con tono, pero un senador imperial en pleno arrebató de ira era mucho más intimidante de lo que había esperado—. Dijo que haría que me arrestaran.

—¿Y le *creíste*? —Renking exigió una respuesta—. ¿Honestamente creíste que eras tan importante para desperdiciar siquiera el tiempo de una sola llamada a la policía? —Sacudió la cabeza—. Realmente *eres* una tonta, ¿o no?

—¿Qué hay de *usted*? —contrató Arihnda. ¿Cómo iba a ser esto culpa *de ella*?—. Cualquier cosa que tratara de hacer, no lo disfrazó muy bien. Si yo hubiera sabido lo que pasaba, por lo menos habría estado preparada para él.

—Ah, muy bien —respondió él—. Una torpe e inexperta de Lothal hubiera estado preparada para un moff. Sí, hubiera pagado una buena suma para mirar *ese* encuentro —extendió la mano—. La llave de tu speeder aéreo.

Arihnda la entregó, mientras apretaba bien la boca para evitar la réplica que quería salir.

—Supongo que también me quitará el departamento —dijo, en cambio—. Voy a ir y empezaré a vaciarlo.

—Ya lo están vaciando —le informó Renking—. Tus cosas te estarán esperando en la oficina externa mañana. —Sus labios se torcieron—. Pudimos haber hecho grandes cosas juntos, Arihnda. Lamento que no haya podido confiar en ti.

—Lamento que no haya podido confiar en *usted*, tampoco —dijo Arihnda.

—¿Confiar? —Renking expulsó ruidosamente el aire por la nariz—. No seas tonta. No hay confianza en la política. Nunca la ha habido y nunca la habrá. Ahora vete. Estoy seguro de que te sentirás feliz de vuelta en Lothal.

Para sorpresa de Arihnda, Juahir y Driller la esperaban afuera de la oficina.

—¿Te sientes bien? —preguntó Juahir con ansiedad—. Recibí una llamada de la casera de que un grupo de *ugnaughts* estaba en tu departamento empacando todo y me imaginé que estarías aquí.

—Me acaban de despedir —le dijo Arihnda. El temblor empezaba de nuevo a colarse en su voz. Sin piedad, lo obligó a detenerse—. El departamento desapareció junto con el trabajo.

—Ay. —Juahir la miró detenidamente—. ¿Tiene algo que ver con la razón por la que nos dejaste anoche?

—Sí, y no quiero hablar de eso. —Arihnda miró el paisaje citadino que se elevaba alrededor de ellos, los majestuosos edificios y el flujo interminable de tráfico de *speeders* aéreos. Cuando llegó por primera vez la vista le había parecido exótica y excitante. Más tarde, se había vuelto familiar: un lugar común. Ahora era ominosa. Miles de millones de seres humanos y alienígenas hacinados, todos compitiendo por los mismos trabajos y el mismo espacio para vivir. Ahora Arihnda era uno de ellos.

—Está bien —dijo Juahir con energía—. Bueno, puedes quedarte conmigo por el momento. Un poco apretadas, pero nos las arreglaremos. En cuanto al trabajo... bueno, sabes cómo es la clientela del *Topple's*, así que tal vez ni siquiera quieras considerarlo. Pero los droides de servicio se descomponen todo el tiempo, así que Walt siempre está contratando.

—Sí —murmuró Arihnda. Las palabras de Renking «Lamento que no haya podido confiar en ti» hacían eco acusadoramente en su mente.

Tal vez ese era el truco para sobrevivir en *Coruscant*: nunca confiar en alguien. Si eso era lo que se necesitaba, Arihnda podía hacerlo.

—O podrías quedarte conmigo dos meses, si lo prefieres —ofreció Driller—. Más cerca del centro de las cosas y los trabajos más atractivos. Aunque tal vez te será difícil conseguir uno de esos.

—Tal vez —dijo Arihnda. Respiró profundamente. Podía hacer esto—. Gracias por sus ofrecimientos. Lo que necesito, Driller, si lo desean, es quedarme contigo y con Juahir por el resto de la Semana de la Ascensión. Después, podrán dejar de preocuparse por mí.

Juahir y Driller intercambiaron miradas.

—Está bien —dijo Juahir con cuidado—. ¿Segura que no quieres regresar conmigo?

—No —dijo Arihnda—. Gracias.

—¿No hay *algo más* que pueda hacer por ti? —Driller la presionó—. ¿No necesitas algo más?

—Tan sólo una cosa —dijo Arihnda y sacó su datapad. Por lo menos este era suyo, no de Renking—. Necesito la dirección de la oficina de asistencia ciudadana más cercana.

—Por tanto, es decisión de este panel que el Teniente Thrawn sea liberado de todos los cargos.

Eli respiró a fondo. Así que eso era todo. El panel de la corte marcial había considerado todos los detalles del incidente del *Dromedar*, específicamente la mezquindad de la Capitán Rossi, y había tomado la decisión correcta.

Era una sólida reivindicación. Aun así, Eli abrigaba emociones encontradas mientras él y Thrawn se alejaban juntos del salón. Él mismo había estado bajo sospecha tangencial en este caso, pero como oficial subordinado su carrera no había estado tanto en riesgo como la de Thrawn. Si *hubieran* declarado culpable a Thrawn y lo hubieran echado de la armada, ¿Eli habría regresado a su vieja carrera de oficial de suministros? De haber sido así, ¿se sentiría complacido o decepcionado?

Frunció el ceño en dirección de las paredes grises y planas que los rodeaban. No había pedido el papel que se había visto obligado a representar y definitivamente no lo había querido. Como había sospechado desde hacía mucho, su posición como ayudante de Thrawn estaba teniendo un efecto amortiguador en su propio avance, y hubo muchas veces en el último par de años en que hubiera dado cualquier cosa para liberarse del chiss y alejarse de él.

Sin embargo, había otros momentos, aquellos en que Thrawn conectaba algunos datos u observaba algún pequeño hecho que servía para atrapar a un contrabandista o un estafador con las manos en la masa. Las veces en que el chiss sugirió una maniobra táctica que llevó a una inesperada victoria cuando se creía todo perdido. Las veces, como con Cygni y sus piratas, en que Thrawn estuvo dos pasos adelante del enemigo ante cada giro. O, por lo menos, la mayor parte de los giros. El tibanna perdido todavía lo irritaba. Sabía que irritaba aún más a Thrawn.

Entonces ¿qué es lo que *realmente* quería? ¿Un camino tranquilo y seguro en donde utilizara sus talentos y habilidades a su máximo potencial y lo llevara a la cima de su campo elegido? ¿O uno donde casi siempre se sentía como un pez flotando en la orilla, pero donde podía ver a un verdadero genio en acción? Había estado dando vuelta a esa pregunta casi desde la Real Academia Imperial. Aún no tenía una respuesta.

—Tu familia sigue dedicándose a las entregas privadas, ¿verdad? —La pregunta de Thrawn interrumpió sus pensamientos.

—Sí, señor —confirmó Eli, con una leve mueca. Aún no estaba seguro de cómo se sentía por ser el asistente de Thrawn, pero sus padres habían dejado *muuy* en claro lo que

pensaban del estancamiento de su carrera. La situación había empeorado al grado que ya no esperaba con ansia sus cartas o llamadas.

—Supongo que este trabajo también incluye conocimientos de la oferta y la demanda.

—La mensajería en sí, no —dijo Eli—, pero también hacen muchas compras, y para las compras definitivamente sí son útiles. ¿Por qué? ¿Necesitas algo?

Thrawn guardó silencio unos pasos más.

—Doonium —dijo—. Cygni identificó mi droide de sabotaje como un modelo Mark Uno y reconoció claramente su valor. Eso sólo pudo deberse a su contenido de doonium.

Eli se encogió de hombros.

—No es de sorprender. El precio del doonium se ha ido a las nubes desde que la armada empezó su última oleada de construcción de naves.

—Eso es lo que se dice —concordó Thrawn—. Me pregunto si sabes cuántas naves se están construyendo y cuánto doonium necesitan.

—No de primera mano, pero tal vez pueda averiguarlo —dijo Eli, con el ceño fruncido—. ¿Crees que la armada podría estar almacenando esa cosa?

—Es una posibilidad —dijo Thrawn—. La otra es más... intrigante.

—¿Y esa posibilidad es...?

—Algún otro proyecto —dijo Thrawn, pensativo—. Algo grande y no anunciado.

—A veces los militares tienen proyectos activos más o menos secretos —señaló Eli—. Pero no sé qué tamaño pueda tener. Supongo que el primer paso sería revisar los registros públicos del Senado y el ministerio de finanzas.

—A menos que el proyecto se haya hecho invisible hasta para ellos.

—Eso exigiría que fuera algo aún más pequeño —dijo Eli—. Proyecto secreto o no, el dinero tiene que venir de *algún lado*. No sólo costos materiales, sino ingeniería, pago de trabajadores y transporte de recursos. Cuanto más grande sea, más difícil resulta ocultar todo esto.

—Mas no imposible.

—Mis padres siempre decían que nada era imposible —dijo Eli—. Si lo prefieres, puedo buscar.

—Te lo agradecería mucho —dijo Thrawn—. Gracias. —Señaló la puerta de adelante—. Me dijeron que nuestras nuevas órdenes nos estarían esperando aquí.

—Ah —dijo Eli. Qué rápido. Al parecer, el Alto Mando había conocido de antemano el veredicto del panel. Por lo menos Thrawn y él no se quedarían sentados en el limbo.

Aun así, las noticias probablemente estarían mezcladas. Por lo que había leído, las cortes marciales eran lo más definitivo para acabar una carrera. Aunque el oficial fuera exonerado, por lo general sólo se le daban comisiones en tierra u órbita durante algunos años. Dada la actitud de la armada hacia los seres no humanos (y la manera en que Thrawn había alborotado el plumaje del Almirante Wiskovis y la Capitán Rossi en su camino a apuntarse una victoria a medias), dudaba que fuera una de los más agradables o prestigiosas comisiones en tierra. Y adondequiera que fuera Thrawn, Eli lo seguiría.

—¿Alférez Eli Vanto? —Una voz surgió detrás de ellos.

—Sí, señora —confirmó Eli, mientras se daba vuelta.

La mujer que caminaba hacia ellos era de mediana edad, vestida con un traje poco llamativo pero costoso, cubierto por una capa corta. Su expresión era fría, su piel suave, con el aspecto de alguien que pocas veces, si acaso, ha caminado a cielo abierto.

—¿Me permite unas palabras? —preguntó ella.

Eli miró a Thrawn.

—Puedes hablar con ella —dijo Thrawn—. Voy por nuestras órdenes y regreso. —Le lanzó una breve mirada a la recién llegada y siguió hacia la puerta que había indicado. La deslizó para abrirla y desapareció en el interior.

—«¿Puedes hablar con ella?» —repitió la mujer—. Ni siquiera sabía que los alféreces necesitaran permiso de sus superiores para hablar con la gente.

—Es su forma de hablar —dijo Eli, pero sintió calor en el rostro. Desde hacía tiempo Thrawn hablaba el básico con fluidez, pero su habilidad para hacer sus comentarios de maneras corteses o diplomáticas seguía siendo algo de lo que solía carecer, lamentablemente—. ¿Usted es...?

—Me llamo Culper —dijo la mujer—. Soy asistente del Moff Ghadi. —Elevó ligeramente las cejas—. Supongo que *sí* sabe quién es el Moff Ghadi.

—Por supuesto —dijo Eli. En realidad recordaba vagamente que *había* escuchado de Ghadi, el moff del importante sector Tangenine aquí en el Centro. Sin embargo, más allá de ese hecho, los detalles de la vida y la posición de Ghadi eran un poco borrosos.

—Bien —dijo Culper con entusiasmo—. Su Excelencia ha estado siguiendo este caso con algo de interés. Está de acuerdo con el resultado, pero de alguna manera se siente poco complacido de que no se reconociera por completo su papel en el éxito del teniente.

—No es difícil explicarlo —dijo Eli—. El Teniente Thrawn fue quien identificó al impostor Cygni como una trampa, diseñó el plan para capturarlo y luego ejecutó su plan con habilidad y eficiencia.

—Pero no lo hizo solo —indicó Culper—. Usted y los otros miembros de la tripulación del *Blood Crow* fueron vitales para lograr ese resultado.

—Lo que se ha dejado en claro una y otra vez —le recordó Eli—. Sobre todo, lo ha hecho el propio Teniente Thrawn, quien creo que también ha recomendado reconocimientos para nosotros.

—Pero no ascensos.

—Los oficiales novatos no le dicen a los oficiales con experiencia cómo hacer su trabajo —dijo Eli—. Confío en que el Alto Mando y la Armada Imperial harán lo correcto y apropiado.

Culper sonrió ampliamente.

—Ah, sí, lo correcto y apropiado. Dos palabras que suenan importantes pero carecen de sentido. Uno no recibe lo que merece en este universo, Alférez Vanto. En realidad uno no debe esperar a que alguien más considere lo que es correcto o apropiado. No, uno debe estar alerta para distinguir las oportunidades y tomarlas con firmeza. —Levantó una mano y formó un puño enfático.

—¿Se ha presentado alguna oportunidad que me esté perdiendo?

—Por supuesto —dijo Culper—. Su Excelencia Moff Ghadi tiene muchos contactos y socios en todo el Imperio. Uno de ellos, un gobernador en un prestigioso sistema del Borde Interior, necesita un agregado militar asistente. Una sola palabra de Su Excelencia y el trabajo es de usted. —Otra leve sonrisa—. Además, seguramente se le ascendería a teniente en el proceso, con un ascenso a capitán poco después.

—Interesante —dijo Eli—. Por desgracia, estoy comprometido a tres años más de servicio con la armada antes de que pueda tomar en cuenta siquiera ese ofrecimiento.

—No hay problema —le aseguró Culper—. En el sistema particular en cuestión, la oficina del agregado es una extensión de la Armada Imperial. Terminaría de cumplir su compromiso con el Imperio mientras se establece en la jerarquía local.

—Suenan aún mejor —dijo Eli—. Aprecio el ofrecimiento, pero no estoy listo aún para un trabajo de escritorio.

—Este difícilmente sería un trabajo de escritorio —dijo Culper, mientras torcía ligeramente la boca, con diversión o reclamo. Al parecer, Eli sabía menos de este tipo de cosas de lo que había pensado—. Sería un enlace con la Armada Imperial, sí, pero también sería un oficial en la fuerza de defensa de la flota del sistema. Antes de que se diera cuenta, tendría un comando propio. Una nave de patrullaje para empezar, luego una fragata, hasta un crucero ligero o uno pesado.

—Suenan interesantes —comentó Eli.

—Más que simplemente *interesantes*, espero —replicó Culper, mientras fruncía el ceño—. Parece dubitativo, alférez. Confío en que se dé cuenta de que hay oficiales experimentados en toda la armada que saltarían ante una oportunidad como esta. Nunca se ha oído que Su Excelencia lo ofrezca a un oficial tan novato como usted.

—No lo dudo —estuvo de acuerdo Eli—. Lo que lleva a una pregunta obvia: ¿por qué yo?

Culper se encogió de hombros.

—Uno podría preguntarse ¿y por qué *no*? Ha dado muestras de que es capaz en una situación inusual, se ha hecho de un nombre por sí mismo. —Hizo una pausa y miró furtivamente a la puerta por la que acababa de salir Thrawn—. Y no parece que la armada tenga su futuro en cuenta.

Eli apartó la vista, mientras se le formaba un nudo en el estómago. En todo caso, Culper tenía razón en eso. Thrawn iba rumbo a una comisión de escritorio y era probable que su asistente cayera como un meteorito junto a él. En cambio, podía aceptar el ofrecimiento del Moff Ghadi y comandar su propia nave.

Nunca había considerado eso como una posibilidad para su futuro. Se había orientado a los suministros en la Academia y lo mejor que esa carrera tenía que ofrecer era la jefatura de suministros de un destructor estelar o quizás el mando de un almacén importante en la superficie de un planeta.

Sin embargo, ese camino había desaparecido hacía mucho tiempo. Ahora era el asistente de un oficial... y si había un camino que llevara a ninguna parte, era ese. Podría

terminar como capitán, tal vez hasta como teniente comandante, pero siempre estaría a la sombra de un comandante pleno, un almirante o un gran almirante.

En cambio, podría ser el capitán de su propia nave. Era una oportunidad única en la vida. Sería un tonto si la rechazaba. Pero ¿en realidad podría dejar todo esto? ¿Podría mandar una nave entera, aunque fuera tan pequeña como la patrulla de un sistema? No tenía la capacitación ni la experiencia. Evidentemente no tenía las dotes de liderazgo ni el carisma. Aun así: capitán de su propia nave...

—Confío en que la ubicación no sea un problema —dijo Culper ante sus titubeos—. Para ser perfectamente honesta, una comisión en el Borde Interior es más que generosa.

Las ideas de Eli se congelaron.

—¿A qué se refiere con «más que generosa»?

Culper apretó los labios brevemente.

—Me refiero a que para una persona del Espacio Salvaje como usted, el Borde Interior es un ascenso increíble.

—Ya veo —dijo Eli, mientras lo invadía un hilito de ira. Había visto superioridad y desdén suficientes en los cadetes del Centro en la Real Academia Imperial, pero nunca había pensado que escucharía ese mismo prejuicio de una funcionara gubernamental con experiencia—. Dígame, señora Culper: ¿por qué exactamente se me ha elegido a mí para este honor?

—Porque Su Excelencia lo considera digno de un ascenso.

—Ya lo dijo —estuvo de acuerdo Eli—. ¿Cuál es la verdadera razón?

Culper volvió a apretar los labios.

—Si no desea aprovechar esta oportunidad...

—Es por Thrawn, ¿verdad? —Eli la interrumpió porque de pronto lo había comprendido—. Al Moff Ghadi no le importa si tuve éxito. Lo que quiere es que Thrawn fracase.

—Su Excelencia no tiene interés en lo que le pase a un teniente mayor de bajo estatus.

Eli miró la puerta de adelante con un súbito destello de comprensión.

—Sólo que ya no es un teniente mayor, ¿no? Lo han ascendido a capitán.

Culper apretó aún más los labios. No mucho, pero lo suficiente para mostrar a Eli que había dado en el blanco.

—Bien —dijo ella, mientras su voz suave se ensombrecía—. Sí, lo han ascendido, y sí, hay unos cuantos entre nosotros que no nos sentimos complacidos por toda la atención que está recibiendo el alienígena. Sus acciones le costaron al Imperio cientos de miles de créditos por el gas tibanna perdido.

—Salvó la mitad.

—Cuarenta por ciento —dijo Culper, con frialdad—. Y eso fue gracias al Almirante Wiskovis, no a él. Todo lo que le importó a su alienígena amigo fue mostrar lo inteligente que era.

—También rescató a la tripulación del carguero.

—Tres de ellos eran alienígenas.

Eli sintió que la piel le picaba.

—¿Cuál es la diferencia?

—¿Realmente no comprende? —demandó Culper—. La prioridad del Imperio era recuperar el tibanna. *Eso* era lo valioso. En *eso* es en lo que debió concentrarse un oficial del Imperio. En cambio, arriesgó las vidas de usted y los otros tripulantes del *Blood Crow* para rescatar a algunos alienígenas. ¿Qué cree que hará la próxima vez que deba tomar ese tipo de decisiones?

—Ya veo —dijo Eli. Así que eso era. No se le había elegido por su habilidad ni se le prepararía para un puesto prestigiado. No era más que una herramienta con la que Ghadi y sus amigos esperaban acabar con ese ser que no era de elite ni humano y que representaba una amenaza para sus pequeño y cómodo universo—. Aprecio su honestidad, señora Culper. Por favor, agradezca a Su Excelencia, el Moff Ghadi, su ofrecimiento. Pero me siento feliz donde estoy.

—Entonces es un tonto —dijo Culper con acidez—. Algún día él *caerá*. Aunque usted se encuentre allí para suavizarle el camino político, caerá. Tuvo suerte esta vez. Pero, la suerte nunca dura. Y cuando caiga, todo el que esté demasiado cerca de él también caerá.

—¿El Moff Ghadi se asegurará de eso?

Culper sonrió.

—Buen día, alférez —dijo ella. Empezó a darse vuelta. Luego se detuvo—. Ah, y si yo fuera usted, me acostumbraría a ese título —agregó—. Lo conservará por mucho tiempo.

Se dio vuelta nuevamente y esta vez su capa formó un remolino, mientras se dirigía a la salida. Eli la miró alejarse. La confusión emocional surgió de nuevo mientras el enojo cedía. A pesar de la confusión, ahora le quedaba claro su camino. De una u otra manera, su carrera estaba enlazada a la de Thrawn.

—Estás perturbado. —La voz de Thrawn surgió detrás de él.

—Me siento bien —rebatió Eli. ¿Era mucho pedir que la gente dejara de espiarlo?—. ¿Tienes tus órdenes?

—Sí —dijo Thrawn—. ¿Qué quería de ti?

—Me ofreció un trabajo —lo resumió Eli—. ¿Cuál es tu nueva comisión?

Thrawn miró el datapad en su mano.

—Primer oficial a bordo del *Thunder Wasp*. Aparece en la lista como un crucero ligero de clase *Arquitens* que en la actualidad se encuentra en tarea de patrullaje en el Borde Medio.

—¿Y te ascendieron a capitán?

Thrawn inclinó la cabeza, mientras sus ojos brillantes se entrecerraban ligeramente.

—¿Cómo supiste?

—Adiviné por suerte —dijo Eli—. Supongo que recogiste mis órdenes mientras estabas en eso.



—Sí. —Thrawn le entregó una tarjeta de datos—. También el *Thunder Wasp*, como mi ayudante de campo.

—¿Sin ascenso?

—Así es —dijo Thrawn—. Mis disculpas, alférez. *Había* recomendado para ti un ascenso y una estación de combate.

—Para lo que realmente no estoy entrenado —indicó Eli—. Donde *debo* estar es en suministros.

Thrawn guardó silencio un momento.

—El trabajo que te ofrecieron ¿era mejor que el que la armada te ha asignado?

Eli miró a lo lejos justo a tiempo para ver que Culper dejaba la sala. Capitán de su propia nave...

—No —dijo—. En realidad no.

Arihnda necesitó cuatro intentos para encontrar lo que buscaba. Pero fue un tiempo bien invertido.

El lugar en que se encontraba ahora era sin duda la oficina de ayuda ciudadana con la menor cantidad de personal que había visto. Sólo cuatro de los doce escritorios estaban ocupados, dos por seres humanos, uno por un rodiano y otro por un duros. Una luz salía de la puerta de la oficina del supervisor, así que aparentemente había por lo menos otra persona allí.

La falta de personal se debía probablemente al momento, porque las festividades de la Semana de la Ascensión habían cobrado su cuota entre el personal de la oficina. El corolario obvio era que quienes *estaban* aquí serían quienes no lograron tener descanso, lo que quizá significaba que eran los más nuevos y los menos competentes.

Por supuesto, como tampoco los ciudadanos comunes tenían una semana libre, la fila era tan larga como siempre. Más larga, en realidad, porque sólo una tercera parte del personal estaba aquí para solucionar sus problemas.

Arihnda sonrió para sí misma. Era perfecto. Mientras esperaba en la fila, tuvo tiempo de sobra para evaluar a los trabajadores. Finalmente se decidió por uno de los seres humanos, una mujer de baja estatura cuyo rostro y lenguaje corporal proclamaban en silencio el hecho de que no deseaba estar aquí. Arihnda modificó hábilmente su posición en la fila para asegurarse de terminar sentada ante el escritorio de Gruñona.

—Bienvenida a la Asistencia Ciudadana de la Avenida Proam —dijo la mujer con una voz más mecánica que la de algunos de los droides con los que Arihnda había trabajado—. Me llamo Nariba. ¿En qué puedo ayudarla?

—Me llamo Arihnda —dijo—. Acabo de perder mi empleo y necesito otro. Lo mejor sería algo interesante y divertido. Ah, y también necesito un lugar para quedarme.

—¿Eso es todo? —masculló Nariba, mientras miraba su computadora—. ¿Referencias? ¿Calificaciones? ¿Antecedentes laborales? Vamos, vamos: no tengo todo el día.

—Solía trabajar para un senador —dijo Arihnda alegremente—. Pero todo lo que me han ofrecido desde entonces ha sido un trabajo de camarera.

—¿Y no lo tomó? —murmuró Nariba—. No es algo inteligente. No va a obtener nada mejor por aquí.

—Pero solía trabajar para un *senador*.

—Oiga, cariño, mire alrededor —dijo Nariba con voz de tensa paciencia—. La mitad de la gente en la Plaza Central solía trabajar para un senador. Qué suerte que no tuvo que trabajar *debajo* de un senador, si sabe a lo que me refiero. —Miró un poco más de cerca—. O tal vez lo hizo. Usted es del tipo que le gusta a muchos de ellos.

—¿Está sugiriendo que mi senador actuaría *inmoralmente*? —preguntó Arihnda, mientras una pequeña parte de ella apreciaba la ironía de la pregunta.

—¿Qué, acaba de bajarse del transporte de Rimma? —Nariba frunció los labios en una sonrisa condescendiente—. Por *supuesto*. Veo que trabajó en su acento. Necesita esforzarse un poco más.

—Lo haré —prometió Arihnda—. Pero ¿qué hay de mi trabajo y un departamento?

Nariba hizo un gesto de molestia.

—Seguro, ¿por qué no? Aún hay muchas personas que creen en milagros. Deme el número de su intercomunicador y la pondré en la lista.

Arihnda lo hizo. Le dio las gracias a Nariba, se levantó e hizo una seña a la siguiente persona de la fila. Luego se dirigió directo a la oficina del supervisor.

Había un timbre en la puerta. Arihnda lo oprimió y esperó un momento. Volvió a timbrar una y luego otra vez. Al cuarto timbrado, la puerta se abrió.

La oficina era más pequeña de lo que Arihnda había imaginado, no mucho más grande que el escritorio de tamaño medio y los estantes de tarjetas de datos de pared a pared que ocupaban casi todo el espacio. Detrás del escritorio estaba sentado un hombre de edad media y aspecto hostil.

—¿Quién es usted y qué quiere? —masculló.

—Me llamo Arihnda Pryce —dijo, entró y miró la placa en el escritorio. «Alistar Sinclair»—. Tiene un problema, señor Sinclair, y yo cuento con la solución.

Sinclair pestañeó.

—¿Perdón?

—Acabo de hablar con Nariba —dijo Arihnda—. Su empleada en el escritorio tres. No es muy buena en su trabajo. Se porta grosera, insultante y, lo peor de todo, no es útil. Entre usted y yo, necesita despedirla.

—¿De verdad, ahora? —dijo Sinclair—. No creo que usted esté en posición de hacer ese tipo de juicio.

—No, pero *usted* sí —dijo Arihnda—. Aquí es donde entra mi solución. Contrátame para reemplazarla.

Sinclar alzó las cejas.

—¿Sus credenciales?

—Trabajé durante los últimos dos años en la oficina de asistencia del Senador Renking en Bash Cuatro —dijo Arihnda—. Era muy buena en mi trabajo.

Sinclar frunció los labios.

—Trabajar para un senador es un *poco* aisla...

—He tratado con caseros e inquilinos furiosos, patrones renuentes y buscadores de trabajo llenos de pánico —continuó Arihnda—. Además de jefes de sindicatos, futuros jefes de sindicatos, mineros en huelga, mineros rompehuelgas, hombres y mujeres furiosos que querían reducir a escombros mi oficina, criminales de baja estofa, criminales de altos vuelos y políticos: desde el intruso más burdo hasta el fósil más atrincherado.

Se detuvo para tomar aire. Por la expresión en el rostro de Sinclar, tal vez no había escuchado a nadie lanzarse a enumerar una lista de esta profundidad nunca antes.

—¿De verdad? —preguntó él, un poco débilmente.

—De verdad —le aseguró—. Pero no dé mi palabra por hecho —señaló con la barbilla la oficina detrás de ella—. Tiene ocho escritorios vacíos allá fuera. Déjeme trabajar gratis el resto de la Semana de la Ascensión. Después, podrá decidir por sí mismo a cuál de nosotras quiere conservar.

Sinclar sonrió.

—Usted *es* atrevida, ¿verdad?

—Lo soy —estuvo de acuerdo Arihnda—. Pero me han dicho que no es atrevimiento cuando se alcanza el éxito.

—Interesante afirmación. —Sinclar se puso de pie y le tendió la mano a través del escritorio—. Estoy de acuerdo, señorita Pryce. Tome el escritorio ocho. Veamos si es tan buena como cree.

## CAPÍTULO 12

---

«Nadie puede saber a dónde lo llevará su camino, ni siquiera por lo que dura un solo día. Más difícil aún es ver dónde se intersecará el camino propio con el de otro guerrero.

»Un guerrero siempre debe estar alerta para esos encuentros. Algunos se generan por casualidad, y esos pueden ser benignos. Otros, en cambio, son organizados con un objetivo. Esos nunca deben subestimarse.

»Por fortuna, siempre hay señales. Antes de que se active cualquier trampa, debe prepararse y armarse. Si uno lee las señales apropiadamente, el patrón del ataque será evidente. Pero siempre debe recordarse que lanzar una trampa es más fácil que vencerla».

Los contrabandistas habían sido escoltados a bordo, ceñudos o maldicientes, y enviados uno por uno al calabozo. El Comandante Alfren Cheno se paró junto a la escotilla externa del calabozo, palpando una concha grande de molusco grist.

—Conchas —dijo llanamente—. Estaban contrabandeando iridio dentro de *conchas*.

—Sí, señor —respondió Eli.

Cheno era un tipo de la vieja escuela, que había llegado a la cumbre de sus habilidades como capitán del *Thunder Wasp*. Tal vez estaba destinado a terminar su carrera a bordo de él o de otra nave como esa. Dada la edad y educación del capitán, Eli había temido que pudiera mostrar los prejuicios de Culper, la vocera condescendiente de Moff Ghadi, o el desdén de la Capitán Rossi del *Blood Crow*. En cambio, Cheno había tomado la asignación de Thrawn con tranquilidad, aunque con cierto grado de callada pero inconfundible desconfianza. Sin embargo, con el tiempo el chiss se lo había ganado con su habilidad de llegar a través de una maraña al corazón de cualquier asunto que se estuviera tratando.

Aun así, el comandante nunca había perdido su capacidad para sorprenderse. Lo que hacía que momentos como este fueran tan entretenidos.

—Llevaban el iridio robado de las minas a un viejo transporte submarino excedente, señor —explicó Eli—. Posiblemente de los gungans; aún no logramos una identificación positiva del vehículo. Luego lo transportaron a un grupo de barcos de pesca donde formaron pequeños discos con él y lo ocultaron dentro de las conchas para sacarlo del planeta.

—¿La discrepancia en peso no evidenció el espectáculo?

—No la había, señor —dijo Eli—. Los discos eran pequeños, y la carne de molusco grist suele ser densa. Lo tenían todo estudiado.

—Ajá. —Cheno frunció la boca—. Me atrevo a preguntar quién echó abajo el plan.

—¿Realmente es necesario, señor?

—Supongo que no —dijo Cheno—. Bien. ¿Cómo lo hizo?

Eli reflexionó que apenas hacía un año, cuando él y Thrawn habían subido por primera vez a bordo del *Thunder Wasp*, le había dolido un poco tener que explicar cómo Thrawn había logrado el más reciente de su larga cadena de milagros. Ahora Eli estaba tan acostumbrado a eso que le resultaba casi divertido. Era como ser el asistente de un ilusionista, quien conocía los secretos de cómo funcionaban los trucos. Lo que no era lo mismo que decir que fuera capaz de hacer los trucos él mismo. Pero se estaba conformando sorprendentemente bien con eso.

—Fueron los makorrs, señor —dijo—, una de las especies acuáticas depredadoras del lugar. El Capitán Thrawn observó que eran inusualmente activos cerca de estos botes en particular. Algo parecía atraerlos.

—Esa misteriosa carnada era comida gratuita —dijo Cheno, mientras asentía al comprenderlo—. Los contrabandistas tuvieron que desecher la carne de molusco para hacer espacio al iridio, y se limitaron a echarla por la borda. —Agitó la cabeza—. Cuando lo ves, resulta muy simple.

—Sí, señor —estuvo de acuerdo Eli. Asistente de ilusionista—. Casi todo lo es.

La escotilla se deslizó para abrirse y apareció Thrawn.

—Capitán —lo saludó Cheno—. ¿Todos nuestros invitados han sido encerrados para pasar la noche?

—Sí, señor —dijo Thrawn—. Aunque parecen un poco desconcertados.

—Bien —dijo Cheno—. Me gustan los prisioneros desconcertados. Les da algo en qué pensar además de escapar. Hablando de encierros, comprendo que tenemos más antigüedades en camino.

—Sí, señor —dijo Thrawn—. Mis disculpas por no informarle antes.

—No hay problema —dijo Cheno—. ¿De qué se trata esta vez? ¿Otra pieza de anillo de hiperimpulsor?

—No, señor. Una pieza de un droide de sabotaje y una sección de un arma de ataque. Creo que se le llamaba droide buitre.

Cheno refunfuñó.

—Otra vez material bélico de las Guerras de los Clones —dijo, mientras observaba detenidamente a Thrawn—. ¿Algo de esa era le interesa?

—De hecho, señor, *todo* lo de esa era me interesa —le comentó Thrawn—. ¿Puedo seguir almacenando los artículos en la bahía del hangar de popa?

—Por supuesto —respondió Cheno—. No se preocupe; si alguna vez recibimos esos cazas TIE que siguen prometiéndonos, necesitaremos llegar a algún acuerdo. Hasta entonces, no veo razón por la que el espacio no pueda ser suyo.

—Gracias, señor —le agradeció Thrawn—. Con su permiso, iré a ver que los estiben apropiadamente.

—Por supuesto —dijo Cheno—. Adelante, capitán, alférez. —Con un movimiento de cabeza a cada uno, se dio vuelta y se dirigió al puente.

—¿Le gustaría caminar conmigo, alférez? —Thrawn lo invitó, haciendo un gesto en dirección de la bahía no utilizada del hangar.

—Por supuesto, señor —dijo Eli mientras salían—. ¿Dijiste que estaban desconcertados?

—Están furiosos por la manera en que se les capturó.

—Apuesto a que sí —dijo Eli—. Tal vez el siguiente grupo será lo bastante inteligente para guardar la carne de molusco y tirarla en partes por todo el camino de regreso al puerto. De esa manera no atraerán a un banco completo.

—Excelente —dijo Thrawn.

Eli frunció el ceño.

—¿Qué es excelente?

—Cada vez eres más apto en el arte de la táctica. —Thrawn le entregó su datapad—. ¿Qué piensas de esto?

—¿Qué es? —preguntó Eli mientras tomaba el dispositivo. Apenas se relacionaba con la táctica el hecho de ver los movimientos estúpidos que había hecho un grupo de contrabandistas confiados. Como Cheno había dicho, todo era obvio en retrospectiva.

—Una lista de los precios de varios artefactos de las Guerras de los Clones en varias tiendas de antigüedades, almacenes de excedentes y patios de chatarra en los últimos tres años.

Eli frunció el ceño.

—Quieres decir, ¿desde el momento en que empezaste a coleccionarlos en el *Blood Crow*?

—Sí —dijo Thrawn—. Las cifras más antiguas están al principio. Estúdialas y dime qué ves.

Eli observó la lista. Era un documento impresionante, largo y detallado. No eran sólo los artículos que Thrawn había comprado, sino todo un espectro de armas y equipo de las Guerras de los Clones. Miró la lista y su mente cambió automáticamente al modo de suministro y envió que no había tenido mucha oportunidad de usar desde la graduación de la Academia.

—Bueno, los precios de los droides de sabotaje Mark Uno están por los cielos —comentó—. Pero como el precio de doonium sigue subiendo, eso era inevitable.

—Por supuesto —dijo Thrawn—. Sigue revisando la lista, si lo deseas. Busca un patrón.

Eli asintió, distraído, porque ya se había adelantado a la sugerencia. Artículos, precios, fechas... Allí estaba.

—Los droides buitre —confirmó, mientras daba golpecitos al datapad—. Los precios habían sido estables hasta hace cinco meses.

—Cuando de pronto empezaron a subir —dijo Thrawn, mientras asentía—. ¿Qué concluyes de eso?

—Obviamente, alguien los está comprando. Alguien está comprando *muchos*. —Eli alzó las cejas—. ¿Más doonium?

—No con esos droides —dijo Thrawn—. Pero recuérdame: ¿has avanzado en tu análisis del programa de construcción de naves de la armada?

—Algo —contestó cauteloso. En realidad, habían estado tan ocupados los últimos meses que sólo había tenido momentos ocasionales para dedicarlos a ese proyecto—. Hay muchos huecos y grietas en ese tipo de hoja de matriz, así que no lo puedo asegurar. Pero justo ahora no encuentro ningún proyecto de construcción que pueda absorber ni de cerca la cantidad de doonium que ha estado desapareciendo de los mercados.

—¿Y las finanzas?

—Tampoco nada obvio. Si está pasando algo, ha estado *muy* bien escondido.

—Interesante —murmuró Thrawn—. Confío en que seguirás tu investigación. —Señaló el datapad—. Mientras tanto, tenemos que pensar en esos droides buitre. ¿Dices que los están comprando?

—Sí —dijo Eli—. La compra no sólo es local. No verás cifras que aumentan tan rápido a menos que también se estén drenando todos los sectores de alrededor.

—Eso era también lo que suponía —estuvo de acuerdo Thrawn—. Sin otro valor obvio para los droides, la conclusión posible es que el comprador pretende usarlos.

—Un droide buitre no tiene mucho uso, además de disparar a otras personas —señaló Eli—. Su tecnología debe ser de hace por lo menos un par de décadas. Tenía la impresión de que habíamos aprendido a tratar con ellos.

—Es posible que lo hayamos olvidado —indicó Thrawn—. A medida que las armas avanzan, las técnicas usadas contra la artillería obsoleta se descuidan o se pierden.

—Tal vez —dijo Eli—. Aunque se requiere una persona con mucha confianza para pensar que puede derrotar a los modernos turboláseres con cañones bláster.

Thrawn se encogió de hombros.

—Yo podría.

—Correcto, pero tú estás de nuestro lado —dijo Eli con sequedad—. ¿Quién más podría?

Thrawn alzó las cejas como si preguntara en silencio. Eli frunció el ceño...

—Déjame adivinar. ¿Cisne Nocturno?

—El rodiano que me vendió la parte del droide buitre tenía una orden para más partes de esas bajo el nombre Cisne Nocturno —confirmó Thrawn.

—¿El comerciante te dejó ver sus pedidos?

—No se dio cuenta de que los vi.

—Ah —murmuró Eli, mientras lo miraba con atención. Desde Uba y el tibanna perdido, Thrawn se había concentrado sutil pero firmemente (Eli se negaba a calificarlo como obsesivo hasta en la privacidad de su propia mente) en Cisne Nocturno. En el último año, habían convocado de nuevo a Thrawn a Coruscant cuatro veces para consultas con el Emperador, y durante cada una de esas visitas se había dado tiempo para visitar al Coronel Yularen para recibir una actualización privada y no oficial sobre las actividades de Cisne Nocturno—. No supongo que pueda haber un segundo Cisne Nocturno por allí.

—Eso siempre es posible —dijo Thrawn—. Pero piénsalo. Sabemos que nuestro Cisne Nocturno se especializa en estrategias inteligentes. Sabemos que ha visto de primera mano la efectividad de tecnología y armas antiguas que nadie espera enfrentar. Además, junto con el nombre, la solicitud especificaba que el pago se haría en iridio.

—¿Así que también lo estás relacionando con la operación que acabamos de desbaratar? —Eli sacudió la cabeza—. No lo sé. Cisne Nocturno es inteligente. Estos tipos son idiotas.

—Por supuesto que lo son —concordó Thrawn—. Por eso le pregunté a uno de ellos por la carne de molusco mientras los encerraban. Admitió que el hombre que desarrolló el plan específicamente les dijo que dispersaran la carne por todo el camino. Ellos le dijeron que era demasiado problema.

—Interesante —dijo Eli—. Pero todavía no califica como prueba.

—Es verdad, pero requiere mayor análisis —dijo Thrawn—. Informaré al comandante mis ideas y especulaciones. Mientras tanto, tal vez puedas rastrear los metales contrabandeados y buscar una conexión con las compras de droides buitre.

—Haré lo que pueda —dijo Eli—. Pero es muy fácil cubrir líneas como esa.

—Confío en tus habilidades —dijo Thrawn—. También debemos buscar informes de problemas en el planeta Umbara.

—¿Por qué Umbara?

—Los contrabandistas recordaban que el hombre que les dio las instrucciones mencionó ese mundo.

—Suenas como distracción —le previno Eli—. Umbara fue uno de los principales planetas separatistas. Los habitantes locales pelearon arduamente y fueron pisoteados con gran fuerza. Es difícil creer que quieran pasar de nuevo por eso.

—Estoy de acuerdo —dijo Thrawn—. Pero igualmente vigilaré los informes de allí. —Su expresión se endureció—. Cisne Nocturno escapó una vez del Imperio. Estoy seguro de que este apreciará si remediamos esa falla.

Arte: para algunos era una medida de cultura; para otros, de riqueza. Para la mayoría era asunto de simple gozo; para Thrawn, una herramienta invaluable.

La biblioteca electrónica del *Thunder Wasp* sólo contaba con un catálogo limitado de reproducciones de arte, y sólo tres piezas eran de Umbara. Por fortuna, Thrawn había pasado los últimos tres años construyendo una extensa colección de tarjetas de datos que rivalizaba con los mejores archivos de arte del Imperio.

Se sentó en su cabina, rodeado por hologramas de esculturas, bajorrelieves, móviles, arte cinético, interactivo y las demás formas de arte que los umbaranos habían desarrollado y explorado con el paso de los siglos. De particular interés eran los cambios sutiles que habían tenido lugar entre trabajos creados antes y después de las Guerras de los Clones.



Los otros chiss no comprendían. Nunca lo hicieron. Se le había preguntado incontables veces cómo era posible construir ese conocimiento táctico tan detallado a partir de ingredientes tan oscuros e insignificantes.

La pregunta conllevaba su propia respuesta. Para Thrawn, nada en el arte de una especie era oscuro o insignificante. Todos los hilos se unían. Todos los trazos de pincel le hablaban; todas las curvas de luz contaban la historia de su creador.

Los artistas eran individuos, pero también productos de su cultura, historia y filosofía. El tejido de artista y cultura era evidente para el ojo que lo discernía. El patrón fundamental de una especie podría bosquejarse, luego dibujarse y finalmente desarrollarse por completo. Lo más importante de todo era que podría deducirse la relación entre arte, cultura y doctrina militar. Y lo que se deducía también podría contrarrestarse.

Vagamente, Thrawn se volvió consciente de que una nueva imagen había entrado en el patrón del arte umbarano que flotaba a su alrededor. Con renuencia, apartó su mente de la contemplación y la reflexión y estrechó su enfoque: el Alférez Vanto había entrado en su cabina.

—Alférez —dijo Thrawn—. Perturbas mi soledad.

—Nos preocupaste —replicó Vanto. «Su expresión es preocupada»—. El Comandante Cheno lleva diez minutos tratando de ponerse en contacto contigo por intercomunicador. Hemos entrado en el sistema Umbara, y él te quiere en el puente.

—Discúlpame —dijo Thrawn—. Estaba más concentrado de lo que me di cuenta.

—Seguro —dijo Vanto. «Mira el arte que lo rodea»—. El comandante temía que te hubieras enfermado. ¿Qué es todo esto?

—Arte de los umbaranos —dijo Thrawn—. ¿Ha llegado el resto del cuerpo especial?

—Ya llegó nuestro destructor estelar —dijo Vanto. «Sigue estudiando el arte con interés»—. El destructor estelar *Foremost*, al mando del Almirante Carlou Gendling. Tiene consigo a dos de sus cuatro corbetas, pero envió a las otras dos y a su crucero ligero a investigar un problema que surgió de improviso en otro sistema.

—¿El Almirante Gendling planea esperar a las otras naves?

—Parece confiado en que podemos manejar el asunto sin su ayuda —le informó Vanto—. Supongo que una vez que alcancemos la órbita ordenará a los disidentes que vayan a la guarnición o la estación de policía más próxima, se rindan y entreguen sus armas. El Comandante Cheno te quiere en el puente por si no lo hacen.

—Comprendido —dijo Thrawn—. Por favor, presenta mis disculpas al comandante y dile que me uniré en un momento.

Llegó al puente para encontrar que la tripulación de combate estaba reunida y en sus estaciones apropiadas. Todos los indicadores mostraban al *Thunder Wasp* con preparación completa para la batalla.

—Reportándome a mis deberes, comandante —dijo—. Disculpas por mi demora.

—No hay problema —dijo Cheno. «Mira detenidamente la cara de Thrawn»—. ¿Se siente bien? Pensaba que había caído enfermo.

—Me siento bien —le aseguró Thrawn—. Entiendo que el Almirante Gendling se está preparando para entregar un ultimátum.

—Sí —dijo Cheno. «Su expresión indica aprehensión»—. Le aconsejé que esperara al resto del cuerpo especial, pero Gendling es un poco impaciente. —«Da un paso hacia Thrawn y baja el volumen de su voz»—. También tiene un concepto demasiado inflado de sí mismo y sus habilidades —agregó—. Aunque esa es sólo mi opinión.

—No simplemente su opinión, señor —dijo Thrawn—. El patrón general de su carrera valida su evaluación.

—¿De verdad? —dijo Cheno. «Está sorprendido»—. ¿Ha estudiado su carrera?

—He hecho una revisión superficial.

—¿De verdad? ¿Hizo la misma revisión superficial de mi carrera?

—A usted no se le han dado las mismas oportunidades que al Almirante Gendling —dijo Thrawn—. Sin eso, se le han presentado pocas situaciones en que pueda probar sus habilidades.

—¿Aunque pudiera? —preguntó Cheno. «Su expresión es de burla y comprensión»—. No, no evite herir mis sentimientos. Usted es un oficial brillante; yo soy uno adecuado. Ascenderá por los rangos. Yo terminaré mi carrera con tranquilidad. —Se dio vuelta hacia el ventanal delantero—. Pero tal vez nos favorezca la suerte, tengamos que pelear en una batalla y usted la gane por mí. Por lo menos el *Thunder Wasp* finalmente recibirá algún reconocimiento. —Señaló a popa con la barbilla—. El sistema de blanco del turboláser de estribor nos ha estado dando algunos problemas. Vaya a ver si el Alférez Vanto necesita ayuda revisando el diagnóstico, por favor.

—Sí, señor.

Vanto estaba de pie junto a la estación de diagnóstico cuando llegó Thrawn.

—Alférez —lo saludó Thrawn—. Reporte del sistema de blanco de estribor.

—Sólo ejecutaron un diagnóstico —dijo Vanto—. No hay problemas obvios, pero las cosas no quedaron claras así que lo estamos ejecutando de nuevo. ¿Escuché que el Comandante Cheno esperaba que los umbaranos nos dispararan?

—Así es —confirmó Thrawn—. Pero su esperanza probablemente no se cumplirá. Los umbaranos no atacarán.

—¿De verdad, señor? —preguntó Vanto, con tono de sorpresa—. Porque atacaban muy bien durante las Guerras de los Clones.

—Sólo cuando percibían que contaban con una ventaja numérica, de posición o capacidad de mando —dijo Thrawn—. Esos factores no existen aquí. Más aun, su mundo está destinado a absorber un fuerte daño del bombardeo orbital si inician el combate.

—Ah —dijo Vanto—. Muy mal para el Comandante Cheno, supongo.

En la pantalla del intercomunicador principal, apareció el rostro del Almirante Gendlings.

—Pueblo de Umbara —dijo. «Su voz es fuerte y orgullosa, mostrando desafío y desprecio»—. O tal vez deba decir insurgentes de Umbara. Les habla el Almirante Carlou Gendling del destructor estelar imperial *Foremost*. Han entrado en sedición y reunido

armas en desafío a la ley imperial. En nombre del Emperador, les ordeno que se rindan y entreguen sus armas en la guarnición militar o la estación de policía más cercana. Sus líderes serán juzgados de acuerdo con la gravedad de sus crímenes; a quienes los hayan seguido por ignorancia o por lazos familiares se les permitirá regresar a sus hogares y seguir con sus vidas sin castigo. Si no obedecen, su mundo enfrentará toda la fuerza destructiva que un destructor estelar imperial puede producir. Les doy una hora.

—Eso es todo —dijo Vanto. «Hay cierto lamento en su voz. Al igual que el Comandante Cheno, desea probarse a sí mismo en combate»—. Tal vez terminará enviando unos cuantos escuadrones de stormtroopers para mantener el orden y asegurarse de que los revoltosos recuerden lo que es sentarse sobre sus cabezas. Pero para nosotros...

—¡SE APROXIMAN! —gritó la Teniente Mayor Hammerly desde la estación de sensores. «Su voz contiene sorpresa y tensión»—. Cuantiosas naves, se aproximan desde atrás de la luna exterior. Doscientas... trescientas..., *cuatrocientas*. Cuatrocientas naves se acercan a nuestro cuarto de babor-estribor, y se mueven sobre vectores de ataque. Identificación: droides buitre.

## CAPÍTULO 13

---

«Ningún plan de batalla puede anticipar todas las contingencias. Siempre se presentan factores inesperados, incluidos los que surgen de la iniciativa del oponente. Por tanto, una batalla se convierte en un equilibrio entre plan e improvisación, entre intelecto y reflejo, entre error y corrección.

»Es una línea delgada, pero el oponente también debe caminar por ella. A pesar de todo el equilibrio entre experiencia e inteligencia, a menudo es el guerrero que actúa más rápido quien prevalece».

—Que todas las naves se dispersen. —La voz del Almirante Gendling resonó a través del puente—. Giro de un octogésimo de grado. Prepárense para el combate.

Eli masculló por lo bajo. ¿Qué *pensaba* esa exagerada excusa de almirante que habían estado haciendo? Sin embargo, por lo menos uno de los oficiales del *Thunder Wasp* sí dio muestras de escuchar cualquier insulto implícito en la orden. El Comandante Cheno estaba parado, rígido y erguido en la pasarela de mando, con la cabeza en alto, los hombros hacia atrás. Esta era su oportunidad de brillar en combate, tal vez la última.

—TURBOLÁSERS, PREPARADOS —gritó—. Timonel, llévenos a popa, por encima del *Foremost*. Tiradores, su trabajo es interceptar y destruir los cazas enemigos que tomen como blanco las superficies dorsales del *Foremost*.

Un coro de reconocimiento surgió de los fosos de la tripulación.

—Parece que, después de todo, se le va a cumplir su deseo —murmuró Eli a Thrawn.

—No —dijo Thrawn.

—¿Perdón?

—Él deseaba enfrentarse a los umbaranos en combate, pero este ataque no es de ellos.

—Viene de una luna umbarana —indicó Eli, mientras trataba de apartar el sarcasmo de su voz. En ocasiones, la confianza inquebrantable de Thrawn lo sacaba de quicio—. Todo el sistema está lleno de umbaranos. Sus líderes no están gritando a Gendling que no son ellos y que por favor no dispare.

—Porque aún no se han visto en una posición de debilidad —dijo Thrawn—. Están observando el ataque para valorar si somos lo bastante débiles como para que nos enfrenten.

Eli movió la cabeza de un lado a otro.

—¿Cómo *sabes* todo esto?

—Todas las armas: ¡FUEGO! —gritó Cheno.

El puente del *Thunder Wasp* se iluminó con parpadeos de luz verde cuando los rayos de turboláser salieron disparados hacia los cazas que se acercaban. Dieron en algunos de

los droides, que se despedazaron instantáneamente en brillantes explosiones de humo y escombros. Pero casi todos evitaron el ataque del crucero con facilidad.

—¡Fuego de nuevo! —exclamó Cheno mordaz—. Y esta vez, *atinen*.

—¡SON DEMASIADO PEQUEÑOS, SEÑOR! —gritó como respuesta el Oficial de Armas Osgoode—. Vamos a tener que esperar a que se acerquen más.

Antes de que Cheno pudiera responder, los droides buitre abrieron su propia tanda de fuego de respuesta.

—¡Deflectores! —dijo bruscamente Cheno. Eli observó que su voz empezaba a sonar tensa.

Vaya sorpresa. En teoría, los droides buitre no deberían ser rivales para naves imperiales de línea, pero eran demasiados. Los artilleros del crucero hicieron su mejor esfuerzo. No obstante, poco pudieron hacer contra el enjambre que se acercaba. La nave más pequeña era demasiado rápida y ágil, y estaba muy lejos. El *Thunder Wasp* siguió disparando, pero sólo unos cuantos rayos dieron en el blanco.

Entre tanto, el fuego de respuesta de los droides buitre estaba desgastando el casco del *Thunder Wasp*, abriendo huecos penetrantes en campos superpuestos para destruir sensores, emplazamientos de artillería y una pequeña pero creciente cantidad de placas externas del casco.

Eli miró la pantalla táctica. Hasta ahora el *Foremost* parecía aguantar, pero las dos corbetas de clase *Incursor* estaban recibiendo golpes aún más potentes que el *Thunder Wasp*.

Sin embargo, el Comandante Cheno permanecía en la pasarela de mando. Inmóvil. En silencio. Rebasado. Indefenso.

Eli lanzó una mirada de soslayo a Thrawn. El chiss también permanecía inmóvil, con la cara tan impasible como la de Cheno, pero algo en él hizo que un escalofrío recorriera la espalda de Eli. Thrawn vio algo. En algún lugar entre todo ese caos y destrucción, vio algo. Abruptamente, pareció llegar a una decisión.

—¿QUIÉN TIENE AQUÍ EXPERIENCIA EN COMBATE CON DROIDES BUITRE? —gritó.

—Yo, señor —respondió Hammerly y levantó la mano.

—Estación de turboláser uno, teniente —ordenó Thrawn.

—¿Comandante? —preguntó Hammerly, mientras miraba a Cheno en busca de confirmación.

—Vaya —le ordenó Cheno, con voz severa—. Oficial de sensores secundario...

—Yo tomaré la posición de oficial de sensores en jefe —interrumpió Thrawn—. Alférez Vanto, venga conmigo.

Segundos después, Thrawn estaba sentado ante la consola de Hammerly. Eli permanecía detrás de él, esforzándose para no mostrar el nerviosismo que sentía. De por sí era malo que los estuviera acabando una fuerza de ataque que no podían detener, pero al dar órdenes sin la aprobación de Cheno, Thrawn había usurpado efectivamente el mando. La mente de Eli recordó a la Capitán Rossi y el Almirante Wiskovis, y sus

reacciones ante la despreocupación casual de Thrawn por el protocolo de la cadena de mando.

—¿Ahora qué? —preguntó en voz baja—. ¿Ya sabías que Hammerly había estado en combate?

—Necesitaba un motivo para tomar su estación —respondió Thrawn en voz baja—. He estudiado los droides buitre, alférez. Por lo general no pelean con esta eficacia.

Eli miró la pantalla. Los combatientes se habían acercado a las cuatro naves imperiales y se arremolinaban a su alrededor, lanzando fuego continuo mientras seguían esquivando con efectividad el contraataque de los defensores.

—Bueno, no se les diseñó para que fueran muy inteligentes —señaló Eli—. Se les programó previamente con unas cuantas maniobras y patrones de combate simples; luego se les lanzaba en grandes cantidades para superar a sus blancos...

—¡Allí! —Thrawn lanzó un dedo hacia delante—. Ese grupo de cuatro. ¿Lo ves?

Eli frunció el ceño.

—No.

—Las emisiones de sus drives aumentaron de pronto, lo que les permitió acelerar —dijo Thrawn—. Pero, no había razón para una velocidad extra. Ya estaban evadiendo nuestro ataque con efectividad.

—Muy bien —dijo Eli, mientras fruncía el ceño con más fuerza. El grupo que Thrawn había distinguido serpenteaba entre las explosiones de turboláser y daba vuelta para otra tanda.

Se puso rígido. Ahí estaba.

—Lo vi.

—Bien —dijo Thrawn—. Observa cómo su estilo de combate también cambia. En lugar de disparar deliberadamente a sitios vulnerables, disparan indiscriminadamente sin importar si vale la pena dar en el blanco o no.

—Comprendo —dijo Eli. Los cambios en el estilo de combate eran sutiles, pero ahora que sabía qué buscar eran muy visibles—. ¿Qué significa?

—Tú mismo dijiste que esos droides no eran inteligentes —comentó Thrawn—. Sus creadores supusieron que un determinado combatiente no sobreviviría mucho, así que los programaron para que fueran armas que atacaban en enjambre.

—¿Así que quemarán sus recursos lo más rápido posible, sin consideraciones a largo plazo? —preguntó Eli, con el ceño fruncido—. ¿Estás seguro?

—Mira la curva de las cápsulas de combate —dijo Thrawn—. La forma de las tiras, las posiciones de los cañones del bláster. Armas como esta no sólo son funcionales, sino que también incorporan el arte de sus creadores. Los seres que crearon y construyeron estos combatientes creen en respuestas cortas y rápidas a preguntas y problemas.

—Te creeré —dijo Eli. La explicación sonaba ridícula, pero había visto a Thrawn extraer hechos igualmente misteriosos de pistas visuales también imperceptibles—. ¿Qué nos deja eso?

—Están diseñados para actuar en enjambre —dijo Thrawn—. Pero sólo muestran brevemente esa táctica. ¿A qué conclusión lleva eso? —Hizo una pausa, expectante.

—El resto del tiempo están bajo un mando directo que proviene de algún lado —dijo Eli mientras lo comprendía de pronto—. ¿Algún lugar en la luna exterior?

—Fueron lanzados de allí —estuvo de acuerdo Thrawn—. Pero no los controlan desde allí. Los cambios ocurren cuando los combatientes vuelan por la sombra de transmisión de una de nuestras naves.

—De modo que, si analizamos todas las sombras, podremos rastrear el transmisor —dijo Eli con una súbita ráfaga de esperanza—. ¿Viniste aquí porque necesitabas una estación del sensor para realizar ese tipo de cálculo?

—Precisamente —dijo Thrawn.

Eli sintió un tic en el labio mientras el elemento final caía en su lugar. Al ocultar de esta manera su conocimiento y revelación, Thrawn esperaba pasar una mayor parte del crédito al resto de la tripulación del *Thunder Wasp* y, por extensión lógica, al Comandante Cheno. Una última oportunidad para que brillara en combate.

—¿Qué quieres que haga?

—Ejecutaré los cálculos y coordinaré las ubicaciones y vectores —dijo Thrawn—. Tú buscarás otras sombras y las marcarás.

—Bien. —Eli miró la pantalla de despliegue táctico e hizo una mueca ante todas las manchas rojas que marcaban el daño importante a las naves imperiales—. Trabajan rápido.

Los dos minutos siguientes pasaron muy lentamente. Eli miraba de un lado a otro la batalla, percibiendo tres cambios sutiles más que marcaban a un combatiente ejecutando brevemente su propia programación. No tenía idea de cuántos había distinguido Thrawn en el mismo periodo, pero el chiss volteó abruptamente a su tablero no menos de diez veces.

—¡Corbeta derribada!

Eli miró de nuevo la pantalla y sintió que el estómago se le hundía. En el lugar en que había estado una de las corbetas *Incursor*, ahora quedaba una nube arremolinada de metal aplastado y restos teñidos por el fuego.

—¿Señor? —murmuró con urgencia.

—Hecho. —Thrawn tocó una última tecla.

Abruptamente, aparecieron puntos de mira de color amarillo brillante en la pantalla de despliegue planetario.

—¿COMANDANTE CHENO? —gritó Thrawn en dirección de la pasarela de mando—. Creo que hemos aislado al transmisor que está coordinando el ataque desde la superficie. Le recomiendo que pase esta información al Almirante Gendling y solicite que le apunte y lo destruya.

—¿De qué está hablando? —preguntó Cheno, con el ceño fruncido—. ¿Qué transmisor?

—El que está alimentando datos técnicos a los droides buitre —dijo Thrawn—. Los turboláser del *Foremost* son los únicos que pueden alcanzar la superficie.

—Ya veo —dijo Cheno. Eli sospechaba que no era cierto, pero que sabía que era mejor no ignorar el consejo de su primer oficial—. Oficial de Comunicaciones: póngase en contacto con el *Foremost*. Informe al almirante que necesito hablar con él de inmediato.

Eli dejó escapar un largo suspiro. Con eso, se había terminado. Thrawn lo había hecho de nuevo y todo había terminado. Sólo que esta vez no fue así.

—Ridículo —se mofó el Almirante Gendling—. Aunque estos combatientes *estén* controlados y no se les haya simplemente reprogramado, no existe manera posible de que haya localizado el transmisor.

—Señor, como le expliqué...

—No voy a ir disparando al azar a una ciudad de civiles por la loca suposición de algún oficial de medio rango —interrumpió Gendling—. Menos plática, comandante. Más lucha.

Eli hizo una mueca. En general, no disparar a una población civil era un método de combate perfectamente sensato (más sensato, en realidad, de lo que habría esperado de un montón de oficiales del Imperio), pero en este caso, el ataque propuesto difícilmente era casual, y la falta de acción podría ser muy costosa.

—¿Ahora qué? —le preguntó a Thrawn.

Por un momento Thrawn miró la pantalla de despliegue táctico en silencio. Luego volvió a colocar las manos sobre el tablero y tecleó una nueva orden. En las pantallas del sensor y el despliegue táctico apareció un conjunto de cuñas grises en movimiento.

—Señale todas las naves —ordenó al oficial de comunicaciones—. Las cuñas grises marcan las sombras de transmisión donde los droides buitre dependen de su propia programación. Dentro de esas sombras se volverán más vulnerables y, por tanto, será más fácil destruirlos. —Elevó la voz—. ¿Teniente Mayor Hammerly?

—ESTOY EN ESO, SEÑOR —respondió ella con un grito. En la pantalla táctica, cuatro droides que volaban por la sombra del *Thunder Wasp* se desintegraron en cuatro explosiones de fuego de turboláser—. ¿Eso es lo que tenía en mente, señor?

—Así es —confirmó Thrawn—. Bien hecho.

—Todas las naves respondieron a nuestra transmisión —agregó el oficial de comunicaciones—. Los artilleros están cambiando a pantalla táctica.

Con eso, la marea finalmente empezó a cambiar, pero fue sangriento. Al final, la corbeta restante de Gendling terminó seriamente dañada, y casi la mitad de su tripulación muerta o herida. El *Thunder Wasp* y el *Foremost* estaban en mejor forma, pero ambas naves necesitarían tiempo en el astillero antes de quedar listas de nuevo para el combate.

Todos los droides buitre terminaron destruidos. Los umbaranos tuvieron que rendirse incondicionalmente. Los escuadrones de stormtroopers del *Foremost* estaban en la superficie y supervisaban la rendición de los insurgentes. Y el Almirante Gendling estaba furioso.



—Tiene suerte de que no le levante cargos ahora mismo en este lugar, comandante —dijo el almirante. «Su expresión contiene vergüenza y culpa. Su tono es áspero y furioso»—. Usted no... *no* usurpa la autoridad de un almirante y ordena de esa manera. Yo hablo a mi tripulación y respondo por ella.

—Lamento que se sienta de esa manera, almirante —expresó el Comandante Cheno. «Su tono contiene tensión, pero también es resuelto»—. Simplemente traté de recuperar la iniciativa de la manera más eficiente posible, salvar la batalla y, con ello, unas cuantas vidas.

—¿Se está burlando de mí, comandante? —el Almirante Gendling exigió una respuesta—. Porque en ese caso, con el Emperador como testigo, lo haré caer tan fuerte y rápido que tendrán que raspar lo que quede de su carrera con un volteador de flatcakes. En todo caso, ¿de quién fue esa brillante idea? Sé que usted no descubrió nada de eso por sí mismo.

«La expresión del Comandante Cheno sigue siendo resuelta».

—Yo ordené que la información se pasara al *Foremost* y la corbeta restante —dijo. «Hay un pequeño énfasis en la palabra “restante”»—. En cuanto al descubrimiento de la debilidad del enemigo, eso fue un esfuerzo conjunto de mi tripulación de puente.

Con lenta deliberación, el Almirante Gendling volvió la vista hacia Thrawn. «Los músculos de su brazo y su torso están rígidos».

—Su primer oficial se ha ganado una reputación por sí mismo —le dijo a Cheno—. Tal vez deba preguntarle a él quién tuvo la idea del transmisor.

—O tal vez deba hablar directamente conmigo —replicó Cheno—. Como dijo, el comandante habla por su tripulación.

«Durante tres segundos, Gendling sigue con la mirada fija. Luego voltea hacia Cheno».

—Acabaré con su carrera, comandante —dijo—. Tomaría su nave, también, pero es evidente que algún advenedizo de la mitad de su edad hará *eso*.

—Si el advenedizo lo merece, bien por él —dijo Cheno.

«Gendling sonrío con malicia y orgullo».

—Esto no ha terminado, comandante. Puede estar *muy* seguro de eso. Lo veré en su corte marcial. Pueden retirarse.

«El Comandante Cheno guarda silencio mientras regresan al transbordador. Sólo una vez a bordo de este y en vuelo, habla».

—Bueno —dijo—. Parece que no terminaré mi carrera con la tranquilidad que esperaba.

—No es necesario que me proteja —dijo Thrawn—. El registro del *Thunder Wasp* responderá todas las sospechas.

—Tal vez —comentó Cheno—. Usted sabe que los registros *pueden* alterarse.

—No lo sabía.

—No es fácil, por supuesto —prosiguió Cheno. «Ofrece una leve sonrisa»—. Por supuesto que no es legal, pero no importa. Como él lo dijo, usted tiene cierta reputación. Lo más importante es que él no puede exponer todos los detalles de este supuesto rompimiento de protocolo sin exponer su propia ineptitud. No, se contentará con destruir mi carrera y dejarlos solos a usted y el resto de la tripulación del *Thunder Wasp*.

—Eso no es correcto ni apropiado.

—No, pero *es* la realidad —afirmó Cheno—. Como dije, mi carrera no es tan importante como el futuro de la Armada Imperial. —«Hace un gesto con respeto y admiración»—. Usted es ese futuro, Thrawn. Ha sido un privilegio ser su comandante.

—Gracias, señor —dijo Thrawn—. He aprendido mucho sirviendo bajo su mando.

—Lo dudo —dijo Cheno. «Su tono contiene humor seco, sin amargura ni resentimiento»—. Pero le doy las gracias. Yo también he aprendido mucho.

En cierta medida, Eli había esperado que el transbordador regresara vacío y que ambos pasajeros fueran consignados al calabozo del *Foremost*. Para su alivio, tanto Cheno como Thrawn surgieron de la bahía de embarque. Cheno le murmuró algo a Thrawn y luego se dirigieron al puente. Thrawn miró hasta que el carro turboelevador del comandante partió y luego le hizo señas a Eli para que se le uniera.

—Alférez —saludó a Eli en voz baja—. Supongo que deseas saber cómo resultó nuestra reunión con el Almirante Gendling. En resumen, no muy bien.

—No me sorprende —dijo Eli, con una mueca. La expresión en el rostro de Cheno mientras dejaba la bahía de embarque—. Supongo que el comandante se llevó la peor parte.

—Sí —dijo Thrawn—. En parte porque estaba al mando durante la batalla. En parte porque trató de proteger mi papel en el resultado.

—De modo que como Gendling arruinó todo, te está haciendo responsable de sus propios errores —masculló Eli—. Pensaba que sólo los políticos llegaban a ese grado de estupidez y suciedad.

—He encontrado esas características en todos los campos de acción —dijo Thrawn—. ¿Has descubierto algo útil en tu investigación?

—Tal vez. —Eli le entregó su datapad a Thrawn—. El edificio en que operaba el transmisor era propiedad de un grupo de seres humanos. Los habitantes locales no conocen sus nombres y no pueden ofrecer ninguna descripción útil. Pero queda claro que tenías razón en que los umbaranos no estaban relacionados directamente con el ataque.

—Dudo que el Almirante Gendling tome eso en cuenta.

—*Nadie* lo está tomando en cuenta —dijo Eli con amargura—. Como la mayor parte de la inquietud y la revuelta estaban concentradas en los distritos mineros, Gendling ya llamó para que el Imperio se apodere directamente de todo el sector de minería y refinería de Umbara.

—Interesante —dijo Thrawn—. ¿Encontraste algún indicio de que Cisne Nocturno interviniera directamente?

—El transmisor era accionado por seres humanos —dijo Eli—. Eso es lo más que he podido averiguar.

—Aun así, sabemos que Cisne Nocturno ha participado en el contrabando de productos de minería y metal por todos lados —dijo Thrawn—. Dime, ¿qué tan valiosos son los depósitos de minerales umbaranos?

—Mucho —contestó Vanto. Tomó de nuevo el datapad e ingresó unos cuantos comandos—. Varios importantes. Claves entre ellos: doonium.

Thrawn lo pensó por un momento.

—¿Hay alguna manera de calcular la tasa de éxito del sistema contra los contrabandistas?

—Puedes tener una cifra aproximada, en todo caso —dijo Eli—. Tomas la cantidad de envíos legítimos de algún producto de fácil identificación (por ejemplo, esos moluscos grist de Paklarn) y los comparas con la cantidad que se ha vendido en otro lugar. Los números son un poco imprecisos y obviamente no se aplican a todo tipo de producto, pero, como dije, te da una cifra aproximada.

—Comprendo —dijo Thrawn—. ¿Tienes esa cifra para Umbara? Si es posible, me gustaría que mostrara la tasa de éxito de los contrabandistas de metales o minerales raros.

Eli desplegó las cifras relevantes y realizó un rápido cálculo mental.

—Es muy buena —dijo—. Algo cercano al rango de noventa por ciento.

—¿Cuál es el número para un mundo comparable controlado por el Imperio?

Eli asintió y se puso a trabajar en su datapad.

—Parece que... guau. De sesenta y cinco a setenta por ciento. Aunque por la experiencia personal de mi familia, supondría que en realidad podría ser hasta cuarenta o cuarenta y cinco.

—Parece que hemos encontrado la razón del ataque —dijo Thrawn—. El objetivo de un asalto evidentemente fútil contra una fuerza imperial. Cisne Nocturno deseaba que el Imperio tomara control de las minas de Umbara.

—Porque es más fácil para él y sus contrabandistas pasar material engañando a los inspectores del Imperio que a los umbaranos. —Eli resopló—. Reconozco que suena como el tipo de plan taimado de Cisne Nocturno, pero ni siquiera sabemos a ciencia cierta si está implicado.

—Lo está —dijo Thrawn—. Por supuesto. ¿Quién más me invitaría aquí para demostrar su obra?

Eli pestañeó.

—¿Cómo?

—Seguramente es evidente —dijo Thrawn—. Conformó su grupo de contrabando de moluscos en un área que sabía que era patrullada por el *Thunder Wasp*. Se aseguró de que los contrabandistas mencionaran que habían escuchado algo de Umbara. Conocía mi

interés en las armas de las Guerras de los Clones y se aseguró de que el nombre de Cisne Nocturno estuviera por lo menos en una orden.

—Interesante —murmuró Eli. En la superficie, el hecho de que Thrawn siquiera sugiriera eso bordeaba con la megalomanía. Sin embargo, el chiss casi nunca se equivocaba en asuntos tácticos. Además, Cisne Nocturno tampoco era exactamente una mente maestra común y corriente. Parecía enteramente posible que hiciera algo así simplemente por el desafío que planteaba—. Bueno, si es él, perdió esta.

—En absoluto —dijo Thrawn, con voz severa—. Derroté su ataque de droides buitres, pero su objetivo real no era ganar ese encuentro.

—¿La toma de control del Imperio?

—O quizás la toma de control en sí era sólo un paso —meditó Thrawn—. Podría ser su objetivo final si fuera un simple contrabandista, pero él es más que eso.

—Entonces, si no es un contrabandista, ¿qué es?

—No lo sé aún —dijo Thrawn—. Posiblemente sus actividades están armando una confrontación o resolución política en algún planeta o sistema. Tal vez busca vengarse o humillar a alguna persona u organización. Pero, más allá de sus objetivos y motivaciones, es una persona extremadamente interesante.

—Supongo que entonces será mejor estar atentos a él —dijo Eli—. Tarde o temprano, tendrá que salir a la superficie.

—Incorrecto, alférez. Tarde o temprano, él *decidirá* salir a la superficie.

## CAPÍTULO 14

---

«Se nace con un conjunto único de talentos y habilidades. Uno debe elegir cuáles de esos talentos nutrir, cuáles hacer a un lado por un tiempo y cuáles ignorar por completo.

»Unas veces, la decisión es obvia; otras, las pistas y los impulsos son más oscuros. Luego, tal vez sea necesario realizar varios regímenes de entrenamiento y probar diferentes profesiones antes de determinar dónde recaen los mayores talentos. Esta es la fuerza impulsora detrás de muchas alteraciones del camino de la vida.

»Hay unos cuantos conjuntos de habilidades que coinciden con un solo trabajo específico. Más a menudo son adaptables a muchas profesiones diferentes. En unas ocasiones, uno puede planear semejante cambio; en otras, el cambio aparece sin aviso. En ambos casos, debe estarse alerta y considerar con cuidado todas las opciones. No todo cambio es un paso adelante».

\* \* \*

Había sido un día difícil, lleno de gente desesperada y de poca importancia con problemas desesperados y poco importantes. Con todo derecho, Arihnda estaba exhausta.

Al mismo tiempo, había sido un día de éxito resonante, con soluciones para casi todos los problemas y efusiones de sincera gratitud. Con todo derecho, debería sentirse en éxtasis.

Estaba tratando de decidir cuál emoción dominaría su noche y anticipando el inicio de esta, cuando se escuchó un bip de advertencia de la puerta exterior. Miró el cronómetro y suprimió un suspiro. Técnicamente, aún faltaban dos minutos para que la oficina cerrara. Para ser realista, ninguno de los problemas de hoy se había resuelto en menos de veinte minutos. Era evidente que su noche habría de empezar después de lo esperado.

Sin embargo, este era su trabajo, y ella era buena. Además, no había nada mejor a diez kilómetros en cualquier dirección, incluidos arriba y abajo. Así que sin importar cuánto tomaría esto...

—Hola, extraña —comentó Juahir alegremente mientras pasaba por la puerta interior—. ¿Cómo te va?

—¡Juahir! —Arihnda no pudo sino jadear, mientras sentía que su rostro se iluminaba con una sonrisa—. Bien. ¿Qué estás haciendo en el extremo lujoso del planeta?

—Ah, este es el extremo lujoso, ¿verdad? —preguntó Driller, que entró detrás de ella—. Ey, por lo menos ganas lo suficiente para *vivir* aquí.

—Apenas —dijo Arihnda y sintió que su sonrisa se volvía un poco más brillante. Driller había pasado por la oficina un par de veces antes de que su tío volviera para reclamar su departamento, pero no lo había visto desde entonces.

En cuanto a Juahir, sólo había venido una vez, casi seis meses antes. Sin embargo, habían hablado algunas veces por intercomunicador, y Juahir tenía una invitación pendiente para recorrer el Distrito Federal si alguna vez se daba tiempo para venir a esta parte del planeta. Al parecer, ese momento había llegado.

—Es estupendo verlos a los dos —dijo Arihnda, rodeó el escritorio y le dio a cada uno un rápido abrazo—. ¿Cuánto tiempo van a estar aquí? ¿Tienen planes para la noche? Termina de trabajar en minuto y medio.

—¿Estás segura de que pueden prescindir de ti? —preguntó Driller, mientras veía deliberadamente la fila de escritorios vacíos—. ¿O el supervisor decidió que eras tan buena que no necesitaba a nadie más?

—No, aún somos una oficina con personal completo y exceso de trabajo —dijo Arihnda—. Lo que pasa es que todos los demás tenían planes para la noche y me ofrecí a hacer la última media hora sola.

—Bueno, *eso* no es justo —dijo Juahir, con indignación burlona—. Se merecen que alguien venga y te haga perder la cabeza.

—No está tan mal —dijo Arihnda—. En realidad, trabajo mejor cuando estoy sola.

—¿Te gusta la presión adicional? —preguntó Driller.

—Me gusta la falta de testigos.

Él la miró de soslayo.

—Bromeas, ¿verdad?

Arihnda se encogió de hombros.

—Te sorprendería lo lejos que puedes llegar con una leve insinuación a un propietario de departamentos.

—¿Qué tipo de insinuación? —preguntó Juahir.

—Sugerencias de que sabes lo que hizo la noche anterior —contestó Arihnda—. El mes pasado o el año anterior. Lanza unos cuantos comentarios vagos y la mayoría llenará el resto. Una vez que lo hacen, hay más apertura para solucionar los problemas de los inquilinos.

—Suponiendo que tienen alguna suciedad oculta con qué llenarlo —señaló Juahir.

—Todos tienen cosas sucias ocultas —dijo Arihnda—. Nunca dijiste cuánto tiempo estarías aquí.

—*Tú* nunca respondiste mi comentario de que alguien te hará perder la cabeza —replicó Juahir.

—Pensé que bromeabas —dijo Arihnda, consciente del hueco permanente en el centro de su ser.

Había conocido muchos hombres en el último año, y algunos habían tratado de ser sus amigos o tener un romance con ella. Había hecho el intento con algunos (lo había intentado sinceramente) pero nada funcionó. Tampoco había encontrado a alguien, hombre o mujer, a quien pudiera llamar amigo. En su línea de trabajo, cada que conocía a alguien, empezaba por considerarla una auxiliar, defensora o hasta figura materna. Ninguna de esas opciones era buena base para una conexión emocional equilibrada.

—Nunca bromeo sobre la comida —dijo Juahir con solemnidad—. Estamos hambrientos y apostamos a que tú también. Así que cierra este lugar y vámonos.

—Un momento —dijo Arihnda y empezó el procedimiento de apagado de la computadora—. Una buena advertencia: esta vez no puedo llevarlos a un lugar tan lujoso como el Hotel Alisandre.

—No te preocupes, lo tenemos cubierto —dijo Juahir con una sonrisa traviesa—. Ya tenemos reservaciones.

—¿En el *Alisandre*? ¿En serio?

—No, no, no —Juahir señaló arriba—. En el Pináculo.

Arihnda sintió que sus ojos se agrandaban.

—¿El *Pináculo*? Estás bromeando.

—Nop —dijo Juahir, con una sonrisa aún más amplia—. ¿Le entras?

—Seguro. —Arihnda bajó la mirada a su vestimenta—. En ese caso, necesito cambiarme.

—No hay problema —dijo Juahir—. Tenemos tiempo.

El Pináculo no era la cima en Coruscant, pero sí del Distrito Federal. Ofrecía además unas estupendas vistas del palacio, el edificio del Senado y los diversos ministerios y monumentos agrupados alrededor.

La clientela coincidía con la vista. Parecía como si en cada tercera mesa hubiera una cara que Arihnda recordaba de sus días de trabajo con el Senador Renking.

Era emocionante pero, al mismo tiempo, vagamente deprimente. Había venido a Coruscant a establecer conexiones, ganar influencia y ascender en la escalera política. En cambio, había terminado atrapada a unos cuantos escalones del fondo.

Mientras pasaba la mirada por el lugar y la subía por la escalera que se alzaba como burlándose de ella, su antigua meta de recuperar Minera Pryce se desvanecía aún más en las brumas de la imposibilidad.

Sin embargo, la comida era tan buena que casi logró que desaparecieran las punzadas nostálgicas de resentimiento por la manera en que la habían tratado. Una o dos veces se había preguntado cómo pagarían todo esto Juahir y Driller, pero con la excitación, los recuerdos y las sensaciones de puro sabor no se lo preguntó muy a menudo ni con mucha insistencia.

—Entonces ¿qué se siente estar de regreso en las alturas del poder? —preguntó Juahir, mientras el mesero colocaba los platos del postre.

—Muy bien —contestó Arihnda—. Pensaba que lo había dejado atrás, pero en realidad me sigue atrayendo.

—De modo que si pudieras regresar a esta vida, ¿lo harías?

Arihnda resopló un poco.

—¿Qué, el Senador Renking está contratando?

—Tal vez no —Juahir señaló con la barbilla a Driller, que estaba a un lado—. Driller sí.

Arihnda frunció el ceño en su dirección.

—¿De verdad? ¿Para qué?

—Para un puesto con mi grupo de activistas —dijo—. Recuerdas lo que hago, ¿verdad?

—Por supuesto —dijo Arihnda—. Es que suponía que gente como tú tenía presupuestos que colgaban de un hilo. ¿De verdad estás contratando?

—De verdad —dijo mientras asentía.

—¿Y *tú* no lo aprovechaste? —preguntó Arihnda y se quedó viendo a Juahir—. Lo que sea, tiene que ser cien escalones arriba de un trabajo de camarera en el Topple's.

—Ya no soy camarera —dijo Juahir, con el ceño fruncido—. Ya lo sabes. Desempolvé mi viejo equipo de artes marciales y me metí a entrenar guardaespaldas, ¿recuerdas?

—¿Desde cuándo? —preguntó Arihnda, también con el ceño fruncido. En ocasiones Juahir había hablado de su trabajo de combate cuerpo a cuerpo cuando iba a la escuela, pero nunca había dado indicios de que le gustara ese tipo de cosas profesionalmente.

—Unos cuatro meses después de que te mudaste de Bash Cuatro —dijo Juahir—. Empecé de medio tiempo con un pequeño dojo, cuatrocientos pisos abajo de mi departamento, y cuando se abrió una vacante de tiempo completo, la tomé... mira, ya te lo había contado todo.

—Por supuesto que no —comentó Arihnda.

—Pero... —Juahir miró suplicante a Driller.

—Oye, no me mires a mí —dijo él rápidamente—. Tú *me* dijiste que le habías dicho.

—Lo siento, Arihnda —dijo Juahir, con una mueca—. Lo hubiera *jurado*... en todo caso, me mudé aquí y ahora tengo un trabajo en el dojo Yinchom. Entrenamos a civiles, pero también tenemos permiso para entrenar a guardaespaldas gubernamentales. Hemos tenido un puñado de guardias del Senado, y una buena publicidad de boca en boca está atrayendo nuevos.

—Se encuentran ciento treinta pisos abajo de tu oficina, pero piensan buscar un lugar más arriba —añadió Driller.

—Ventajas y desventajas —dijo Juahir—. Los pisos inferiores son más discretos para los ayudantes y asistentes cuyos senadores quieren que hagan la doble función de guardaespaldas, pero no quieren que todo el mundo sepa que se están entrenando. Los pisos superiores son más prestigiosos y podrían atraer a más personas que se *supone* que deben parecer guardias.

—También son más caros —murmuró Driller.

—*Mucho* más caros —estuvo de acuerdo Juahir, con la nariz arrugada—. En todo caso, para regresar a tu pregunta original, esa es una de las razones por las que Driller no me ofreció el trabajo.

Arihnda casi había olvidado que así fue como había iniciado esta conversación.



—¿Cuál es la otra razón?

—Estamos buscando un experto en minas, minería y refinería —comentó Driller—. Juahir no sabe lo más básico de esas cosas, mientras que tú sabes lo básico, lo detallado y todo lo que se encuentra entre esos extremos.

—No iría *tan* lejos —dijo Arihnda con modestia, mientras su mente corría a toda prisa. Trabajar para un grupo de activistas no representaba un salto enorme, en cuanto a estatus, pero la llevaría de nuevo a los centros del poder político. Tan sólo eso hacía que valiera la pena. Sin mencionar que la alejaría de los ciudadanos desesperados y sus problemas igualmente desesperados.

—La desventaja del trabajo es que no viene con un departamento como tu trabajo en la oficina de asistencia —continuó Driller—. Pero Juahir consiguió un lugar de tamaño decente, está más cerca del edificio del Senado y ya me dijo que le encantaría tener una compañera de habitación.

—Por supuesto —confirmó Juahir—. No tienes idea de cuántas veces me he derrumbado en el sofá, con todos los músculos adoloridos, y deseé que alguien estuviera allí para hacerme la cena sin tener que moverme.

—Soy muy buena con la cena —dijo Arihnda, con los hombros encogidos. Había aprendido que, en política, nunca era bueno mostrarse demasiado ansiosa—. Y definitivamente estoy lista para mudarme a algún otro lugar. ¿Dónde y cuándo hago la solicitud para el trabajo?

—La acabas de hacer —dijo Driller con una sonrisa—. En serio. Ya mencioné tu nombre, y el resto del grupo ya te ha investigado. Si quieres el trabajo, es tuyo.

Arihnda respiró profundo. Al demonio con no parecer demasiado ansiosa.

—Quiero el trabajo.

—Estupendo. —Driller levantó su postre y frunció el ceño un poco en dirección de Juahir—. Entonces. ¿La etiqueta indica que es apropiado brindar por un acontecimiento espontáneo con un plato de postre?

—No lo sé —dijo Juahir y levantó su propio plato—. Vamos a descubrirlo.

Con eso, Arihnda estaba de regreso.

Fue como despertarse de una pesadilla. De pronto estaba de nuevo entre la elite, caminando por los pasillos adornados del Senado y los edificios de oficinas, hablando con la gente que gobernaba el Imperio. En realidad, no sólo hablando, sino siendo escuchada. Antes, cuando entregaba paquetes de tarjetas de datos para el Senador Renking, la mayoría de los destinatarios apenas la tomaban en cuenta. Pero los grupos de activistas con licencia tenían prestigio, si no es que poder real, y se les *tomaba en cuenta*. Ahora, de pronto, parecía que todos conocían su rostro y a su grupo. Algunos hasta recordaban su nombre.

Arihnda había sobrevivido a los más bajos estratos del Distrito Federal. Pero, aquí arriba, donde el sol brillaba y las luces intensas destellaban, era donde quería estar.

Estaba de regreso y nunca más lo dejaría. Jamás. Haría cualquier cosa que se necesitara para permanecer en las alturas del poder.

—Muy bien —dijo Driller y sentó a Arihnda enfrente de la computadora principal del Grupo de Activistas Cielos más altos—. Último trabajo del día, lo prometo.

—Prometiste eso hace dos trabajos —le recordó.

—¿Quién? ¿Yo? —dijo él, con expresión inocente—. Lo sé, lo sé. ¿Qué puedo decir? Tú eres la experta en minería. Eso significa que te tocan todos los trabajos que requieren experiencia relacionada.

—Tienes razón —estuvo de acuerdo Arihnda. Después de todo, no parecía que alguien más pudiera hacerlo. Sobre todo porque nunca parecía haber nadie más alrededor.

Al principio, eso la desconcertó. Driller le había explicado que la mayor parte del tiempo los demás miembros estaban fuera de la oficina, hablando con senadores o asistentes, visitando los diversos ministerios o viajando fuera del planeta para hablar con gobernadores o moffs, o sólo para recabar información de primera mano. También le había recordado que ella misma solía estar fuera de la oficina y sugirió que era simple mala suerte que no se cruzara con alguno de los demás.

Era mentira, por supuesto. Arihnda había descubierto eso muy pronto. O el resto del personal estaba fuera, haciendo cosas nefastas, o no había más personal. Pero no le importaba. Driller pagaba a tiempo y le sobraban créditos suficientes para hacerse de los trajes adecuados para la compañía enrarecida que frecuentaba por estos días.

Lo más importante era que su licencia le seguía dando acceso al poderoso Imperio. Al final de cuentas, eso era todo lo que importaba.

—Así que esto es lo que necesitamos —dijo Driller, estiró la mano sobre el hombro de ella y oprimió unas cuantas teclas—. Al parecer, ha habido una cantidad inusual de tomas de control imperial últimamente, instalaciones mineras y en ocasiones planetas completos. Quiero que hagas la lista y la evalúes para conocer la importancia de las minas en cuestión, las circunstancias de la toma de control imperial y cualquier cosa adicional que pueda establecer un patrón de lo que está pasando. ¿Qué?

—¿A qué te refieres con «qué»? —preguntó Arihnda.

—Frunciste el rostro en todo momento —dijo Driller—. ¿Hay algún problema?

—No —dijo Arihnda. No se había dado cuenta de su reacción—. Lo siento. Estaba pensando que el Imperio se apoderó de la mina de nuestra familia hace tres años.

—Lo siento, lo había olvidado —se disculpó Driller—. Si es demasiado incómodo para ti hacer esto...

—No, no, estoy bien —le aseguró Arihnda.

—Está bien —dijo él—. No te sientas obligada a terminar esta noche. Tengo una cita más tarde. ¿Te parece bien si cierras sola?

—Seguro —dijo Arihnda. El departamento que compartía con Juahir estaba doscientos pisos abajo y no se ubicaba en la mejor parte del distrito, pero los malvivientes no solían salir a los pasillos y plataformas hasta que la luz del sol se esfumaba de los pedazos de cielo claro que quedaban arriba. En esta época del año, faltaban dos horas para eso—. Que la disfrutes.

—Bien —dijo él, con sequedad—. Una reunión con un portero del Senado. ¡Va a ser *muy* divertido!

Salió, cerrando la puerta detrás de él, y Arihnda se acomodó para leer. Supuso que Driller estaba imaginando cosas, viendo patrones y conspiraciones que terminarían siendo producto de su imaginación exagerada. Tenía tendencia a eso. Pero, en este caso, había dado justo en el blanco.

Había veintiocho minas en la lista, veintiocho tomas imperiales que empezaban un año antes de que Renking hubiera arrancado Minera Pryce de las manos de Arihnda. Sin embargo, casi todas (veintiuna, para ser precisa), habían ocurrido el último año. Ahondó en la lista, rastreando los elementos básicos, en ocasiones revisando a fondo o sólo superficialmente los subarchivos adjuntos, buscando hilos comunes. Llegó a la entrada del acontecimiento más reciente, un ataque a una fuerza de tareas del Imperio en Umbara...

Se detuvo, con el ceño fruncido, porque uno de los nombres en el informe le llamó la atención: «Capitán Thrawn».

—No —murmuró para sí. Seguramente no podía ser el mismo ser no humano de piel azul que había conocido en el Hotel Alisandre un año antes. Ese Thrawn era teniente, este era capitán, y ella había escuchado en algún lado que solían necesitarse de diez a quince años en la armada para escalar tan alto en las filas.

Sin embargo, era él, por supuesto. Había un subarchivo adjunto que daba los detalles de la batalla y las imágenes que lo acompañaban no dejaban lugar a dudas. El teniente de rango inferior que el Coronel Yularen había tratado de rescatar dio un salto en las filas de mando en menos de dos años.

Mentalmente, movió la cabeza de un lado a otro: o era demasiado competente o tenía amigos demasiado poderosos. Le pareció interesante, pero no le dio demasiada importancia. Lo sacó de su mente y regresó al trabajo.

Concentrada en su análisis, no se percató de que el tiempo corría y se sorprendió cuando miró el cronómetro y se dio cuenta de que el sol se había metido desde hacía más de media hora. Los malvivientes estarían empezando a reunirse, pero el viaje de regreso a su departamento aún debía ser seguro, si se apresuraba. Apagó el sistema de cómputo y salió, cerrando con seguro al salir.

La débil luz diurna sobre su cabeza se había esfumado desde hacía mucho, pero la creciente intensidad de las lámparas de la calle y los estridentes anuncios publicitarios la

compensaban con creces. Aun así, la falta de sol creaba de alguna manera la ilusión psicológica de oscuridad.

Arriba, donde la policía vigilaba, las cosas iban bien, pero en las partes inferiores del distrito, los malvivientes se estarían reuniendo para beber, buscar diversión y hacer ruido. Algunos de ellos, en algún momento, también empezarían a crear problemas.

Cuando llegó, el carro turboelevador iba atiborrado. El siguiente carro podría ser más cómodo, pero Arihnda no tenía humor para esperarlo. Por fortuna, los pasajeros empezaron a vaciarlo casi de inmediato conforme el carro se fue deteniendo en los pisos residenciales más elitistas, justo debajo de las oficinas gubernamentales. Veinte pisos arriba del de ella, salió su último acompañante, y se quedó sola.

No era una situación ideal, sobre todo a esta hora y a esta profundidad, pero todo estaría bien. Además, siempre que tuviera el carro para ella sola, también podría aprovechar la inesperada privacidad. Sacó su intercomunicador y llamó a Juahir.

—Hola —respondió Juahir alegremente—. ¿Qué pasa? ¿Ya estás cenando?

—No exactamente —dijo Arihnda—. Me quedé trabajando en la oficina y apenas voy a casa.

—Uh —dijo Juahir y su voz sonó seria—. ¿Estás bien? ¿Dónde te encuentras?

—En el turboelevador hacia abajo —dijo Arihnda, mientras miraba el indicador—. Casi...

Se detuvo mientras su aliento quedaba atrapado en su garganta. El carro había llegado a su piso pero, en lugar de detenerse, siguió bajando.

—Juahir, no se detuvo —dijo Arihnda, mientras luchaba por mantener su voz tranquila. Tardíamente, se abalanzó hacia el panel de control y oprimió el siguiente botón hacia abajo.

Demasiado tarde. El carro había pasado ese piso. Trató de nuevo, presionando un botón diez pisos más abajo, esta vez. De nuevo, el carro llegó al lugar indicado y siguió sin detenerse.

—¿Arihnda? ¡Arihnda!

—No se está deteniendo —explicó. Esta vez pasó el dedo por toda la columna de botones. El carro los ignoró todos y empezó a tomar velocidad—. Juahir, no puedo detenerlo —dijo—. Se dirige abajo y no puedo detenerlo.

—Está bien, no entres en pánico —dijo Juahir con firmeza—. Hay un botón para paradas de emergencia. ¿Lo ves?

—Sí —dijo Arihnda.

Estaba en la parte inferior del panel, protegido por una cubierta de un color anaranjado deslavado. Después de años de viajes sin incidentes, había olvidado que estaba allí. Levantó la tapa, había un botón anaranjado menos deslavado, lo oprimió. Luego tuvo que aferrarse al barandal mientras el carro chirriaba para detenerse de golpe. Por un momento, todo quedó en silencio.

—¿ARIHNDADA? —gritó Juahir con duda.

Arihnda logró hablar.

—Estoy bien —dijo ella—. Por fin se detuvo.

—¿Dónde estás?

Arihnda miró el indicador.

—Piso cuatro mil ciento veinte.

Juahir lanzó un silbido suave.

—A mil pisos de la punta. Está bien. Tomaste tu turboelevador de siempre, ¿verdad?

—Así es. —Las puertas del carro se deslizaron para abrirse. Con cautela, Arihnda miró afuera.

Nunca antes había estado tan abajo, pero se veía exactamente como lo pintaban los videos y hologramas. Por todos lados brillaban pantallas con anuncios llamativos, mucho más brillantes y más estridentes que los de pisos superiores; promovían tiendas, anunciaban productos o parpadeaban con la estática visual de las fallas de funcionamiento o las facturas no pagadas. En contraste con los colores brillantes, las lámparas de la calle arrojaban una luz blanca, débil e impasible; sólo unas tres cuartas partes funcionaban, y las restantes luchaban por mantener la iluminación o estaban completamente apagadas. Las pasarelas debajo de las luces, como las mismas luces, estaban más o menos bien, pero la gran cantidad de mosaicos rotos o faltantes destacaba que ya no estaba en los pisos superiores de la ciudad. Las fachadas detrás de los anuncios iban desde las cuidadosamente conservadas y casi alegres hasta las que hacían esfuerzos por mantenerse en pie, o las desgastadas y con aspecto de tugurio. Todo, hasta los escaparates valientemente pintados, parecía sucio.

Además estaba la gente. No había muchos transeúntes en las pasarelas en este momento. La mayoría viajaba en grupos de tres o más, como si nadie quisiera o se atreviera a estar solo, y todos caminaban con el extraño andar de la gente que desea apresurarse pero no quiere dar la apariencia de que lleva prisa. Al igual que los edificios y las pasarelas, la gente también parecía sucia.

—Está bien —surgió la voz de Juahir por el intercomunicador—. Vas a tener que moverte. Obviamente ese turboelevador está descompuesto, y no querrás esperarte hasta que alguien llegue a componerlo. Hay otro turboelevador a unas seis cuadras al oeste. ¿Ves el anuncio?

Arihnda forzó la vista para explorar la pasarela. En caso de que fuera teóricamente visible desde este ángulo, el brillo de los anuncios se había tragado la señal indicadora del turboelevador.

—No, pero puedo llegar allí.

—Está bien, anda —ordenó Juahir—. Nosotros vamos en camino; trataremos de encontrarte antes de que llegues allí.

Arihnda frunció el ceño. «¿Nosotros?».

—¿Driller está contigo?

—Tan sólo sigue avanzando —dijo Juahir—. Esconde tu intercomunicador; te marcará como alguien de la clase alta y no te va a gustar. Cuídate.

—Lo haré. —Cortó la comunicación y volvió a meter el intercomunicador en su bolsillo. Echó una mirada final alrededor y luego avanzó por la pasarela, tratando de ir al paso sin prisa de los demás.

En realidad no parecía tan malo. La gente era ruda, se veía un poco asustada, y no le quedaban dudas de que estaría dispuesta y era capaz de hacer cosas rudas si le apetecía. Pero en Bash Cuatro había aprendido trucos de expresión y lenguaje corporal que hacían que la gente lo pensara dos veces antes de meterse con ella. Por suerte, el patrón aquí parecía el mismo que allá. El puñado de personas que se acercaba lo suficiente para verla bien pasaba sin comentarios y sin aminorar el paso.

Había recorrido cuatro cuadras y finalmente podía ver la señal indicadora del turboelevador, cuando todo se vino abajo.

Llegaron sin avisar: seis de ellos, jóvenes pandilleros intoxicados con especias o algo peor, que salieron disparados de un par de puertas oscuras entre dos luces rotas. Dos de ellos llevaban largas cadenas; los otros cuatro sostenían navajas cortas de manera casual.

—EY, DULZURA —gritó uno de los cadeneros—. ¿Buscas diversión?

Arihnda lanzó una rápida mirada sobre su hombro. Dos matones más habían salido de sus escondites detrás de ella. Con una sensación de hundimiento, se dio cuenta de que se encontraba atrapada. A su izquierda había ventanas y entradas de pequeños negocios ya cerrados; a su derecha, un barandal de dos metros de alto, que separaba la pasarela de una caída de por lo menos veinte pisos antes de que siquiera golpeará algo sólido.

—NO ESTOY INTERESADA, GRACIAS —respondió con un grito, mientras trataba de que la voz pareciera firme. Había peleado con amigos mientras crecía y había tenido que tratar con borrachos o usuarios de especias ocasionales en Lothal, pero nunca había enfrentado algo como esto.

Podría llamar a los policías. Pero, estaban dispersos por todo el distrito y los matones se encontraban justo aquí. Tendría problemas mucho antes de recibir cualquier ayuda. Podría darse vuelta, correr y esperar poder pasar entre los dos hombres detrás de ella, pero no había nada allí, excepto pasarelas poco familiares y un turboelevador descompuesto.

—Ay, no seas así —dijo el malhechor, entre burlón y dulce—. ¿Quieres un trago? Seguro que sí. Igual que nosotros. Puedes comprarnos uno a todos. Tienes dinero, ¿verdad?

Arihnda sintió que el estómago se le tensaba. ¿Qué demonios iba a hacer?

Detrás de los seis matones, aparecieron un hombre y una mujer, que caminaban deprisa hacia la confrontación entre las sombras de otro par de lámparas callejeras rotas. Arihnda los vio y sintió una oleada de esperanza. Era su oportunidad. Si la pareja se acercaba demasiado antes de que se dieran cuenta de lo que sucedía, podría señalar a los matones en esa dirección y huir mientras estaban ocupados con una presa más interesante.

Demasiado tarde. El hombre se detuvo diez metros detrás de los matones cuando distinguió el problema. Si él y la mujer se daban vuelta y corrían, probablemente

regresarían al turboelevador antes de que los malvivientes pudieran atraparlos. Excepto que la mujer no se detuvo cuando su acompañante lo hizo. Siguió caminando hacia los matones como si ni siquiera los hubiera visto. Arihnda se preparó...

El vocero de los malhechores debió escuchar los pasos que se acercaban. Empezó a darse vuelta cuando la mujer llegó hasta él... Sin hacer una pausa siquiera, la mujer levantó la pierna y lo golpeó atrás de la rodilla con el borde del pie.

La pierna del malhechor se dobló. Puso una mano sobre el pavimento, mientras aullaba de rabia y dolor y se agitaba para tratar de equilibrarse. Su maldición se cortó abruptamente cuando la mujer le dio con el dorso del puño a un lado del cuello. Cayó a la acera y permaneció inmóvil.

Por un segundo, los otros malhechores quedaron congelados, boquiabiertos y como hipnotizados. La mujer no les dio tiempo para recuperarse del impacto. Mientras iba cayendo su primer blanco, le arrebató la cadena de los dedos sin resistencia y la lanzó a la cabeza de los tres jóvenes que estaban a su derecha.

Dos de ellos lograron esquivarla. La cadena dio de lleno en la garganta del tercero, quien cayó con un borboteo torturante mientras la cadena producía ruidos metálicos.

La mujer giró para enfrentar a los dos que permanecían de pie a su izquierda, pero había sido suficiente para la pandilla. Los cuatro que seguían de pie partieron a toda velocidad, pasando a ambos lados de Arihnda sin mirarla siquiera. Ella giró mientras pasaban y vio que los dos que estaban detrás ya habían desaparecido entre las llamativas luces de la noche.

—¿Estás bien?

Arihnda se dio vuelta y se quedó boquiabierta.

—¿*Juahir*?

—Sí. Hola. ¿Estás bien? —*Juahir* la tomó por los hombros y la miró de arriba abajo—. ¿Te hicieron daño?

—No —logró decir.

El hombre con el que *Juahir* llegó caminando finalmente se despegó de la pasarela y se acercó a ellas.

—Yo estaba... me sorprendiste.

—*Dije* que vendría —le recordó *Juahir* e hizo una seña para que su acompañante avanzara—. Arihnda Pryce, te presento a Otlis Dos. Otlis es un guardaespaldas que ha estado tomando clases extra de combate cuerpo a cuerpo en el dojo. Acabábamos de terminar nuestra sesión e íbamos a casa cuando recibí tu llamada. Se ofreció a acompañarme, por si lo necesitaba.

—Supongo que no fue necesario —dijo Arihnda, mientras veía detenidamente al hombre. No tenía aspecto de guardaespaldas.

—Nop —dijo *Juahir*—. Antes de que preguntes, dejó que me encargara yo sola de ellos porque se lo pedí. Es un empleado gubernamental. Si golpea a alguien, tendría que llenar una enorme cantidad de datos.

—En caso de que las víctimas presentaran una demanda —murmuró Arihnda.

—Bueno, así es —concedió Juahir—. En cambio, como ciudadana privada todo lo que tengo que hacer es declarar autodefensa o defensa de otros y salgo libre.

—Es estupendo cuando la ley está del lado de la gente.

—¿Quieres decir, para variar? —preguntó Ottlis. Su voz era suave y resonante, placentera y casi alegre. No era el tipo de voz que Arihnda esperaba de un hombre que golpea salvajemente a la gente para vivir.

—Eso no es lo que dije —protestó Arihnda.

—Está bien, Ottlis no se hace ilusiones sobre lo amañadas que están las leyes imperiales —dijo Juahir—. Trabaja... bueno, en realidad se supone que no debe hablar de su trabajo ni de su patrón. Lo siento.

—No hay problema —dijo Arihnda y echó un segundo vistazo. Ese tipo de silencio obligado solía implicar que alguien muy arriba en la escalera política se asomaba detrás de la cortina. Tal vez valdría la pena establecer conexión con este personaje Ottlis—. Debemos movernos ahora, ¿no creen?

—Por supuesto —dijo Juahir—. En cuanto estés lista.

—Estoy lista ahora —dijo Arihnda.

Dio un paso y terminó luchando inesperadamente por equilibrarse mientras una pierna amenazaba con doblarse.

—Guau —dijo Juahir, mientras la tomaba por el brazo—. Permíteme ayudarte.

—Gracias —dijo Arihnda, mientras la cara le ardía por la vergüenza—. No estoy asustada, ¿sabes? Tan sólo estoy... temblando.

—No te preocupes, le pasa a cualquiera —dijo Juahir, mientras la miraba detenidamente—. Adrenalina e impresión demorada. ¿Alguna vez has pensado en tomar entrenamiento de defensa personal?

—He pensado mucho en eso —le aseguró Arihnda, mientras empezaban a caminar hacia el turboelevador—. Sobre todo en los últimos tres minutos. ¿Cuánto cobra tu dojo?

—Por desgracia, estamos totalmente llenos en este momento —dijo Juahir, con la nariz arrugada mientras pensaba—. Podríamos enviarte a... —se interrumpió y miró a Ottlis, quien se había colocado al otro lado de Arihnda—. ¿Qué tal tú? ¿Te gustaría darle una hora de entrenamiento antes o después de tus clases? Podríamos arreglar las cosas para hacerte un descuento.

—No puedo pedirte que hagas eso —protestó Arihnda—. Juahir, déjalo... lo estás avergonzando.

—En absoluto —dijo Ottlis e inclinó la cabeza hacia ella—. Me encantaría instruirte un poco. Se dice que un hombre nunca entiende por completo un tema hasta que lo enseña.

—Pero ni siquiera tienes tiempo —lo presionó Arihnda—. Juahir dijo que eras el guardaespaldas de alguien.

—Sí, pero por el momento sólo estoy ayudando a cuidar una suite vacía de oficinas —dijo Ottlis—. Mi patrón llegará a su siguiente visita hasta dentro de seis semanas.



Tiempo más que suficiente para enseñarte lo básico. —Sonrió, casi con timidez—. Tal vez un poco más.

Arihnda volvió a mirar a Juahir. Había una expresión extrañamente inocente en el rostro de la otra mujer. Tal vez esto no se relacionaba *sólo* con la defensa personal.

De pronto, Arihnda se dio cuenta de que no le importaba. En realidad podía servirle otro amigo en esta ciudad. Si Juahir quería jugar a la casamentera, bien por ella.

—Está bien, tienes un trato —dijo—. Los dos —añadió, mientras miraba de uno al otro—. Con una condición.

—¿Cuál? —preguntó Ottlis.

—Tengo que llevarlos a cenar hoy —dijo Arihnda—. A los dos.

## CAPÍTULO 15

---

«Muchos de quienes tienen habilidad en la guerra tecnológica creen que el entrenamiento físico y la disciplina son innecesarios. Con turboláseres, hiperimpulsores, placas de blindaje y los recursos mentales para dirigirlos, se cree que la fuerza muscular y la agilidad son fútiles.

»Están equivocados. La mente y el cuerpo se encuentran entrelazados en una malla de oxígeno, nutrientes, hormonas y salud neuronal. El ejercicio físico impulsa esa malla, estimulando el cerebro y liberando el intelecto. El combate simulado tiene la virtud adicional de entrenar al ojo para distinguir pequeños errores y explotarlos.

»Un cambio en el enfoque también puede permitir a la mente subconsciente enfocarse en preguntas no resueltas. A menudo, cuando el combate simulado termina, el guerrero ha descubierto que una o más de esas preguntas se han resuelto inesperadamente. Además, ese ejercicio puede servir en ocasiones a otros fines».

\* \* \*

—No comprendo —dijo Thrawn, con el rostro habitualmente impasible ahora preocupado mientras miraba el informe en el datapad. Eli reflexionó que si Thrawn fuera un ser inferior, casi podría decir que estaba confundido.

—¿Qué hay que entender? —preguntó Eli—. Es el resultado que todos esperaban.

Los brillantes ojos rojos se hundieron en los de Eli.

—¿*Todos*?

—Casi todos —Eli contestó con evasivas. Sí, eso era definitivamente lo que podría caracterizar como confusión—. En realidad, sólo se trata de política de la armada, como es normal.

—Pero viola todo razonamiento táctico —objetó Thrawn—. El Comandante Cheno se condujo bien, y las acciones de su nave ganaron la batalla y salvaron muchas vidas. ¿Cómo es que el Alto Mando concluye que se le debe relevar de su cargo?

—No lo relevaron, exactamente —señaló Eli—. El comunicado afirma que se le ha permitido retirarse.

—¿Hay alguna diferencia en el resultado?

—En realidad no —admitió Eli—. Tienes razón, dejar que se retire es sólo una salida digna. Como digo: política. Gendling tiene conexiones, y su delicado y pequeño orgullo recibió un raspón, así que la está tomando contra Cheno.

Thrawn miró de nuevo el datapad.

—Es un desperdicio tonto de recursos.

—De acuerdo —dijo Eli—. Pero pudo ser peor.

—¿Cómo?

—¿De verdad? —preguntó, con el ceño fruncido. *¿En realidad* no era obvio para él?—. Tú eras a quien Gendling realmente quería clavar al mamparo. Cheno se hubiera salvado de haber dicho al panel que te extralimitaste en tu autoridad. Sin embargo, no lo hizo. Como no tenían nada contra ti, lo lanzaron a los lobos en tu lugar.

Thrawn se quedó en silencio otros tres pasos.

—Un desperdicio tonto —murmuró de nuevo.

Eli suspiró.

—Deberías acostumbrarte.

Una vez más, los ojos rojos brillantes se volvieron hacia él.

—¿A qué te refieres?

Eli titubeó. En realidad no le correspondía decirlo a él, pero si no lo hacía, ¿quién más lo haría? Con todas sus habilidades y su conocimiento militar, parecía incapaz de ver esto por sí mismo.

—Me refiero, señor, a que hay una buena posibilidad de que vayas a dejar una estela de carreras dañadas a tu paso. En realidad, ya lo has hecho: el Comandante Cheno, el Almirante Wiskovis, el Comandante Deenlark... todos ellos han tenido consecuencias por tenerte bajo su mando oficial.

—No fue esa mi intención.

—Lo sé —dijo Eli—. No es por algo que hayas hecho. Es sólo una reacción política a, bueno, a ti.

—No tuve nunca la intención de aceptar el servicio del Emperador.

—La intención no es lo importante —dijo Eli con paciencia—. El problema es que no cabes en la cajita bien cuidada que se supone que los oficiales de la armada deben llenar. Tú no eres un ser humano; peor que eso, no eres de los Mundos Centrales.

—Tampoco tú ni muchos otros.

—El resto de nosotros, parias del Espacio Salvaje, no estamos volando en círculo alrededor de toda la elite políticamente conectada que cree que son lo máximo del universo —señaló Eli—. Tú los estás poniendo en evidencia y te resienten por eso. Entonces, si no pueden derribarte, irán tras la gente que creen que te ayudó a ser quien eres.

—Gente como tú.

Eli dejó que su mirada vagara. *Sí*, gente como él. Gente que todavía tenía el rango más bajo (el mismo con el que se graduó de la Academia) mientras todos los demás subían con paso vigoroso. Pero esta conversación no era sobre él. Era sobre Thrawn, y debía servir como advertencia.

—Tal vez vendrían tras de mí si pensaran que vale la pena el esfuerzo —dijo, para eludir la pregunta.

—¿Sugieres que debo tratar de ser menos capaz?

—Por supuesto que no —dijo Eli con firmeza—. Si lo haces, más gente morirá y más malos se saldrán con la suya. Tan sólo me refiero a que necesitas estar consciente de que los políticos te tienen en la mira.

—Comprendo —dijo Thrawn—. Me esforzaré por aprender las reglas y tácticas de esta forma de guerra. Mientras tanto, ¿hay algo que pueda hacer por el Comandante Cheno?

—Sólo desear que le vaya bien, supongo —dijo Eli—. Aunque lograras persuadir a alguien de que escuche una apelación, nunca volverá a dirigir una nave. De esta manera, por lo menos saldrá con una buena reputación.

—Excepto que sabemos que sólo fue una victoria parcial.

—*Sospechamos* —lo corrigió Eli, mientras bajaba la voz—. No sabemos qué es lo que busca Cisne Nocturno. —Señaló la puerta de adelante, que tenía la sencilla placa dorada DEPARTAMENTO DE SEGURIDAD IMPERIAL sobre una más pequeña que decía CORONEL WULLF YULAREN—. Tal vez aquí sea donde recibamos todas esas respuestas.

El Coronel Yularen esperaba detrás del escritorio cuando llegaron.

—Bienvenidos, Capitán Thrawn, Alférez Vanto —los saludó—. Tomen asiento.

—Gracias, coronel —dijo Thrawn—. Confío en que tenga noticias para nosotros.

—Sí, pero no las que esperan —comentó Yularen con amargura—. Hablando de noticias, acabo de escuchar que el panel de la corte marcial apuñaló al Comandante Cheno por la espalda. Lo siento.

—Gracias, coronel —dijo Thrawn—. Era un buen oficial.

—Es lo que he oído —comentó Yularen—. No era excelente, pero no merecía que lo botaran de esa manera —entrecerró los ojos—. ¿Alguna consecuencia para usted? ¿Alguno de ustedes? —dijo y miró a Eli.

—No, que me haya enterado, señor —contestó Eli.

—Bien —dijo Yularen—. No creo que le agrade al Alto Mando, Thrawn, pero no pueden ignorar que obtiene resultados —se burló—. Por desgracia, nuestros resultados no están a la altura de sus estándares. Hemos hecho una búsqueda completa de todos los documentos al alcance de mi departamento. El nombre «Cisne Nocturno» ha surgido en todo, desde contrabando de metales y compra de antigüedades hasta organización de protestas y disturbios. Sin embargo, aún no tenemos la más ligera idea de quién es realmente.

—Interesante —comentó Thrawn—. Dijo que organizaba protestas. ¿Protestas contra quién?

—Casi contra todos —dijo Yularen—. Sobre todo el gobierno, local o imperial, pero también corporaciones, intereses de manufactura y hasta compañías de mensajería. —Sus ojos iban de un lado a otro mientras leía de la pantalla de la computadora—. Tampoco hemos encontrado algo en común entre los diversos blancos. Tal vez sólo le guste crear problemas.

—¿Puede otorgarme una lista de las actividades con las que está relacionado? —preguntó Thrawn.

—Por supuesto. —Yularen recogió una tarjeta de datos y se la entregó a través del escritorio—. ¿Qué espera encontrar?

—Un patrón —dijo Thrawn—. Dijo que sus blancos aparecen al azar, pero creo que encontraremos algo que conecte las ubicaciones, el tiempo o el personal que participa. Muchos de sus planes se relacionan con el robo de doonium u otros metales preciosos. Es posible que lo impulse lo que considera robo o... —Miró a Eli—. *¿Gubudalu?*

Eli frunció el ceño *¿Gubudalu?* *¿Qué demonios significaba?* Rápidamente recorrió las raíces y los modificadores del *sy bisti*... Ah.

—Usurpación —dijo.

—Gracias —dijo Thrawn—. *¿Tal vez lo impulse el robo o la usurpación de algunos intereses personales o familiares en minería?*

—Interesante idea —dijo Yularen—. A los contrabandistas, piratas y ladrones típicos no les gusta llamar la atención, pero Cisne Nocturno deja su nombre por todos lados. —Frunció los labios—. Tal vez esté planeando alguna operación importante, por lo que quiere que todos estén mirando a otro lado. Recuerdo a un grupo de contrabandistas de armas durante las Guerras de los Clones a quienes les gustaba prender fuego a un lado de la ciudad para atraer a la policía y los bomberos allí, y luego robar un depósito de armas al otro lado.

—Por supuesto —comentó Thrawn—. *¿Qué pasa en Coruscant? ¿Hay disturbios aquí?*

—Debe estar bromeando —contestó Yularen y resopló—. Baje dos mil pisos y encontrará todos los disturbios posibles. Baje cuatro mil y bien podría estar en el Espacio Salvaje.

—Así que este sería un terreno fértil para protestas contra el Imperio.

—Lo sería —estuvo de acuerdo Yularen—. Excepto que todos los centros de poder están aquí arriba, y tenemos las mejores fuerzas de defensa policiacas, militares y privadas en la galaxia. Demonios, tenemos dojos de combate que no hacen otra cosa que entrenar a guardaespaldas del Senado y los ministerios. Cisne Nocturno podría agitar desde aquí hasta la Semana de la Ascensión sin hacer una sola muesa en algo que importe.

—Podría pensarse que Nubia es igualmente inmune a esas amenazas. —Thrawn señaló una entrada en su datapad—. Pero parece que esta protesta en la oficina del alcalde de Bahía Circular resultó muy efectiva.

—Ese fue un caso único —refunfuñó Yularen—. Los perpetradores lograron que se despidiera a todo el personal de la cocina y luego infiltraron el nuevo personal con su propia gente. Una vez que se tiene a alguien dentro, puede llevar a cabo casi cualquier cosa.

—Exactamente —dijo Thrawn—. *¿Dijo que había dojos que trabajan específicamente con guardaespaldas del Senado?*

—Sí —murmuró Yularen y frunció el ceño con repentino interés—. Sí, ya veo adónde va. Pero, la mayoría de los guardaespaldas que entrenan en esos lugares ya tienen empleo. Dudo que un senador iría a uno de esos dojos a contratar reemplazos o personal adicional. Tal vez contrataría a uno de ellos de una agencia acreditada. —Yularen se puso

de pie—. Aun así, ha pasado mucho tiempo desde que el Departamento de Seguridad echó un vistazo a cualquiera de esos lugares. Valdría la pena hacer un recorrido por la subcultura de combate del Distrito Federal. ¿Alguno de ustedes desea venir con nosotros?

—Bienvenidos al Dojo Yinchom. —«El chico sentado con las piernas cruzadas sobre el piso, a la derecha de la puerta, se pone de pie. Su voz tiene la claridad de la juventud, con alegría debajo de la solemnidad. Hace una reverencia hasta la cintura ante el Coronel Yularen, luego repite el gesto ante cada uno de los otros cuatro integrantes del grupo»—. Todo el que entra debe abandonar el tedio y las preocupaciones de la vida y preparar mente y cuerpo para los rigores y las alegrías del combate.

—Lo haremos —dijo Yularen. «Su voz es tranquila y oficial, pero detrás hay un dejo de humor, además de aprecio por la actuación del chico»—. Soy el Coronel Yularen. Deseo hablar con la propietaria del lugar. ¿Puedes ir y traerla ante nosotros?

—Claro —reconoció el chico. «Hace una nueva reverencia ante Yularen»—. Por favor, entren.

El grupo entró en el dojo. El chico esperó hasta que los cinco estuvieron parados contra la pared y avanzó por la orilla de la sala de entrenamiento.

—No es tan impresionante como el último, señor —murmuró Vanto.

—No —estuvo de acuerdo Thrawn.

—Un poco pequeño y demasiado alejado de la luz del sol como para que se le considere de primera —comentó Yularen. «Recorre lentamente con la mirada el área de entrenamiento; los ojos van de un lado a otro mientras asimila cada detalle. Un dúo de combatientes trabaja en cada una de las cuatro esquinas del tapete central: uno a mano limpia, el segundo a mano limpia contra una navaja, el tercero y cuarto bastón contra bastón. Una joven humana da vueltas en círculo en el centro del tapete, gritando instrucciones y correcciones ocasionales a cada una de las parejas».

—Por otra parte, treinta senadores han enviado a uno o más de sus guardaespaldas aquí para actualizar su entrenamiento o realizar combate de sombra en los últimos cinco años —continuó Yularen—. Así que el lugar debe tener *algún* atractivo. La propietaria es una togoriana llamada H'sishi.

«El chico, que sigue dando vuelta a la sala, pasa junto a una mujer sentada en una banca contra la pared».

—¿Señor? —dijo de pronto Vanto. «Señala a la mujer con la barbilla»—. Hemos visto a esa mujer en algún lugar.

«El chico pasa junto a la mujer. Ella se pone de pie y se abre paso por la orilla del tapete. Una patada en redondo, demasiado amplia, le pasa cerca. Ella se inclina con gracia para apartarse del camino. Una indicación de eficiencia y habilidad moderadas. Llega hasta los imperiales e inclina la cabeza».

—Bienvenido al Dojo Yinchom, Capitán Thrawn —dijo ella y elevó la voz para que se oyera por encima de los golpes de los bastones de combate—. Soy Arihnda Pryce. Tal vez no me recuerda, pero nos conocimos en la recepción del Hotel Alisandre, durante la Semana de la Ascensión, cuando usted era teniente mayor.

—Por supuesto que la recuerdo, señorita Pryce —dijo Thrawn—. Usted es asistente del Senador Domus Renking.

—Tiene una memoria notable, capitán —dijo Pryce—. Sin embargo, ya no estoy en la oficina del Senador Renking. Ahora trabajo con un grupo de activistas.

—Ya veo —dijo Thrawn—. Permítame volver a presentar a mis acompañantes, el Coronel Yularen y el Alférez Vanto.

—Recuerdo a ambos —dijo Pryce. «Saluda a cada uno con un movimiento de cabeza. Los ojos se desplazan brevemente hacia los dos agentes del DSI que permanecen en silencio detrás»—. ¿En qué puedo ayudarlos?

—Deseamos hablar con la propietaria —dijo Yularen—. El chico ha ido por ella.

—¿Quién es la mujer que supervisa los combates de sombra? —preguntó Thrawn.

—Es Juahir Madras, una de las instructoras —dijo Pryce.

—¿Usted está aquí para tomar clases? —preguntó Yularen.

—No —dijo Pryce—. Mi jefe pensó que podría establecer unos cuantos contactos con algunos de los guardaespaldas de alto rango que entrenan aquí, de modo que me he pasado los últimos días charlando con algunos. Ah... he aquí a H'sishi.

«Un ser grande y felino aparece en una de las entradas que llevan a un lado de la sala principal. Está cubierta por pelaje café y blanco, corto; lleva una combinación de falda a cuadros y bolsa a la cadera. Los ojos amarillos se concentran en cada uno de los visitantes, por turnos. Mira los dúos que combaten, luego a la Instructora Madras».

—¡ALTO! —gritó.

Al instante los combates de sombra cesaron. Entre el silencio, H'sishi atravesó el tapete, moviéndose con gracia sobre sus patas articuladas en la espalda. Pasó junto a la Instructora Madras sin mirarla para después detenerse al lado de Pryce.

—Buenos días, oficiales del Imperio —dijo. «La voz es sibilante pero clara»—. Soy H'sishi, dueña del Dojo Yinchom. ¿En qué puedo servirles?

«Los dúos de combates de sombra permanecen de frente a los visitantes, su calor facial es intenso por el ejercicio pesado. La expresión y la postura de la Instructora Madras muestran intranquilidad. Su mirada está en el pecho de Yularen, no en el rostro».

—Soy el Coronel Yularen —se presentó—. Ellos son el Capitán Thrawn, el Alférez Vanto y los Oficiales Roenton y Brook. Estamos haciendo una inspección de rutina de los dojos en el Distrito Federal, con interés particular en contratos gubernamentales y entrenamiento de guardaespaldas. Supongo que tiene registros completos de ambos.

—Por supuesto —dijo H'sishi—. Iré por ellos para mostrárselos.

—Antes de que lo haga —dijo Thrawn—, también estamos interesados en entrenadores para una posible unidad de combate nueva. ¿Enseña pelea avanzada con bastones?

—Sí —confirmó H'sishi—. ¿Ha entrenado usted en ese arte?

—Conozco los fundamentos —dijo Thrawn—. Me gustaría observar su mejor técnica de primera mano.

—Por supuesto —dijo H'sish—. La Instructora Madras y yo le ofreceremos una demostración.

—No hay necesidad de molestar a otros —dijo Thrawn—. Instructora Madras, por favor traiga los bastones. La Instructora H'sishi y yo combatiremos.

—¿Señor? —preguntó Vanto. «Su voz es de sorpresa y cautela, pero no muestra comprensión. No ve los patrones ni ha entrelazado los hechos y las posibilidades.

»Madras camina al centro del tapete, con los bastones de pelea en las manos. La postura corporal indica inquietud».

—Señorita Pryce, por favor camine a mi lado —dijo Thrawn—. Me gustaría hacerle una pregunta.

—Por supuesto —Pryce avanzó a su lado.

Thrawn, Pryce y H'sishi caminaron al centro del tapete.

—Dijo que trabajaba para un grupo de activistas —dijo Thrawn—. ¿Cuál?

—Se llama Grupo Cielos más altos —dijo Pryce.

—Gracias —dijo Thrawn—. Puede apartarse ahora. Instructora H'sishi, comencemos. Pryce y Madras se apartan.

—El cronómetro es para tres minutos —dijo H'sishi. Ella cruzó sus bastones como saludo. Thrawn imitó el gesto. Y empezaron.

«H'sishi es buena combatiente, pero sólo se concentra en el combate, sin pensar en otros asuntos. No observa que las posiciones relativas se alteran lentamente hasta que Pryce y Madras quedan a la vista. Ambas observan el combate, sin hablar entre sí; aunque pudo darse una rápida conversación antes de quedar a la vista. Las expresiones no son concluyentes. Ambas mujeres están fascinadas por el combate; todos los miedos, las preocupaciones y las ideas se han sumergido. Con la propia H'sishi ya no hay más dudas. Los tres minutos terminan. H'sishi da un paso atrás y de nuevo cruza los bastones».

—Excelente, capitán —dijo—. Su estilo me resulta desconocido, pero evidentemente ha sido bien entrenado.

—Gracias, instructora —dijo Thrawn. Cruzó los bastones y luego se los ofreció a Madras. «Ella avanza y los toma; sus ojos evitan la mirada de él»—. Quizás la próxima vez que tenga una encomienda en Coruscant me pueda enseñar algo de su estilo. ¿Corresponde a su especie?

—Sí, una forma togoriana —dijo ella—. Espero que se dé el tiempo. Sería bienvenido como estudiante y también como maestro. Ahora, Coronel Yularen, recuperaré los registros que solicitó.

Esperaron mientras iba a la oficina y regresaba con una tarjeta de datos. Yularen la aceptó y guio al grupo de nuevo afuera.



—Bueno, *eso* fue interesante —comentó Yularen mientras caminaban a su carro aéreo—. Supongo, capitán, que no sintió simplemente la necesidad de hacer un poco de ejercicio.

—Por supuesto —dijo Thrawn—. Supongo que observó que la Instructora Madras no dejó de combatir cuando entramos.

—Tampoco se detuvo cuando Pryce se acercó a hablar —dijo Yularen. «Su tono comunica reflexión»—. A pesar de que el ruido dificultaba la conversación.

—Sólo se detuvieron hasta que H'sishi se los ordenó —agregó Vanto.

—Supongo que cree que no fue sólo grosería —dijo Yularen.

—Creo que ella sabe quién soy —dijo Thrawn—. Evidentemente sabe quién es *usted*, coronel. Así que demoró nuestra reunión, deseando tiempo adicional para prepararse.

—Interesante —dijo Yularen—. Por desgracia, es una reacción que los agentes del Departamento de Seguridad Imperial ven todo el tiempo. *Todos* tienen secretos sucios.

—Pero no todos tienen secretos relacionados con Cielos más altos —dijo Thrawn.

—¿El grupo de activistas? —preguntó Yularen.

—Sí —dijo Thrawn—. Es en el que trabaja la señorita Pryce. Le pregunté por él antes del combate y miré a la Instructora Madras mientras la señorita Pryce me daba el nombre. Reaccionó con incomodidad.

—¿Está seguro?

—Sí —dijo Thrawn—. Por una razón u otra, el grupo merece investigación.

—Así que una vez que tuvo el nombre y la reacción de Madras, ¿por qué siguió adelante con la pelea? —preguntó Vanto.

—He desarrollado cierta habilidad para leer las emociones humanas —dijo Thrawn—. No tengo una referencia para los togorianos. Quería saber si a H'sishi también le preocupaba que conociera la conexión de la señorita Pryce con Cielos más altos.

—Así que le dio la oportunidad de ponerlo fuera de combate —dijo Vanto lentamente. «Su tono muestra creciente comprensión»—. Usted fue el único de nosotros que escuchó el nombre. Así que si ella hubiera querido, pudo dejarlo fuera de combate, asegurar que fue un accidente y darse a sí misma y al grupo algún tiempo.

—Correcto —dijo Thrawn—. Para ser más preciso, ofrecí lo que *parecían* oportunidades de lesionarme. Eran, por supuesto, ilusorias.

—Por supuesto —dijo Vanto. «Su tono es apropiadamente respetuoso, pero también contiene ironía»—. ¿Así que cuando fue atacado en la Real Academia Imperial...?

—Deseaba estudiar las habilidades de los atacantes —dijo Thrawn—. Lo habría protegido a usted del daño serio, como por cierto me protegí a mí.

—Tendrá que contarme acerca de eso en otra ocasión, capitán. —«Yularen saca su intercomunicador»—. Haré que el Departamento de Seguridad investigue a Cielos más altos y veremos qué descubre.

—Le recomendaría que la investigación sea cuidadosa y de bajo perfil —dijo Thrawn—. Ahora estarán alertas ante esa revisión, y no deseamos que se alejen.

—Sí, *sabemos* cómo manejar investigaciones, gracias.

—No quería ofender —dijo Thrawn—. También le agradecería que me hiciera el favor de permitirme observar sus avances.

—Lo siento, pero eso no será posible —dijo Yularen—. Llegaron nuevas órdenes mientras intercambiaba bastonazos con H'sishi. El Alférez Vanto las recibió. —«Hace un ademán en dirección de Vanto»—. ¿Alférez?

—Sí, señor —dijo Vanto. «Su voz contiene frustración oculta»—. Durante las cuatro semanas siguientes, mientras reparan el *Thunder Wasp*, estará en el Palacio con el Emperador Palpatine. Una vez que se completen las reparaciones, la nave regresará a las labores de patrullaje en los bordes Medio y Exterior. —«Hace una pausa y su frustración se profundiza más»—, bajo la autoridad de su recién nombrado capitán, el Comandante Thrawn.

—Felicidades, comandante —murmuró Yularen.

—Gracias —dijo Thrawn. Lo habían ascendido; a Vanto, no.

Así no era como debía ser. Vanto había conservado el rango de alférez un año más de lo acostumbrado, a pesar de que no había hecho o dejado de hacer algo para que se demorara su ascenso.

—Impresionante logro —continuó Yularen. «Su mirada pasa de Thrawn a Vanto. También reconoce que algo falta»—. Por lo general, un capitán calienta ese puesto por lo menos seis años.

—Entiendo que durante las Guerras de los Clones los ascensos ocurrían más deprisa.

—La guerra suele exigirlo —dijo Yularen. «Su voz contiene recuerdos amargos»—. Buena suerte con su nueva comisión y nuevo mando. No se preocupe por Cielos más altos. Cualquier cosa que haya, la encontraremos.

## CAPÍTULO 16

---

«Nadie es inmune al fracaso. Todos han probado la amargura de la derrota y la decepción. Un guerrero no debe quedarse anclado en ese fracaso, sino aprender de él y seguir adelante.

»No todos aprenden de sus errores. Es algo que quienes buscan dominar a otros conocen muy bien y saben cómo explotarlo. Si un oponente ha fallado una vez en un problema lógico, su enemigo probará primero el mismo tipo de problema, esperando que la falla se repita.

»Lo que el manipulador suele olvidar, y lo que un guerrero siempre debe recordar, es que dos tipos de circunstancias nunca son iguales. Un desafío no se parece a otro. Tal vez la posible víctima haya aprendido del error anterior. También puede presentarse un cruce de caminos vitales no anticipados o desconocidos».

\* \* \*

—Siento haberme perdido las dos últimas sesiones. —La voz de Otlis surgió del intercomunicador de Arihnda—. Como te dije, mi patrón ha venido de visita y hemos estado muy ocupados.

—Comprendo —dijo Arihnda.

Ella también lo había estado. Lo que no significaba que se sintiera feliz con la situación. No sólo por la interrupción en su entrenamiento de combate, sino porque realmente disfrutaba la compañía de Otlis. No obstante, el trabajo era trabajo, y aun en los más altos escalones del poder imperial sólo unos cuantos podían darse el lujo de elegir sus propios horarios.

—Si alguna vez llegas a tener un par de horas con las que no sepas qué hacer, dímelo —dijo ella.

—En realidad, por eso te llamo —dijo él—. Me quedé solo a vigilar la oficina esta noche; todos los demás irán a una fiesta ahora, si movemos la mesa de la sala de conferencias a la pared, habrá espacio suficiente para una sesión de combate de sombra. ¿Juegas?

—Creo que sí —dijo Arihnda, con el ceño fruncido. *Esto* había surgido de la nada. Aun así, sería una oportunidad de practicar un poco. Sin mencionar que un par de horas de contacto humano que no fuera sólo repetir políticas de altos principios morales a senadores y ministros.

—¿Cuándo nos vemos? ¿Y *dónde*? Nunca me has dado la dirección.

—¿No? ¿Lo siento? —recitó la dirección: un lugar en una de las torres de oficinas cerca del edificio del Senado—. En cuanto a la hora, cuanto antes mejor. Como dije, ya se fueron todos y tendremos todo el lugar para nosotros.

—¿Aparte de los droides porteros?

—Bueno, por supuesto, aparte de ellos —convino él—. Pero tengo la autorización suficiente como para responder por ti ante ellos. ¿En cuánto tiempo llegarás?

Arihnda revisó el cronómetro. Técnicamente, se suponía que debía mantener abierta la oficina cuarenta minutos más, sólo por si el asistente de algún senador llegaba a pedir información sobre una de las posturas políticas de Cielos más altos. Sin embargo, como siempre, estaba sola esta tarde. Decidió que sólo por esta vez la gente del poder y las influencias del Imperio podían esperar hasta mañana.

—Diez minutos —dijo ella.

—En diez, entonces —dijo Otlis—. Sólo toca el timbre de la puerta cuando llegues para dejarte entrar.

Arihnda investigó la dirección en su datapad durante su viaje en taxi aéreo, esperando descubrir para quién trabajaba exactamente Otlis. Pero esa información no aparecía en la lista. Una vez dentro del edificio, cuando Otlis ya hubo autorizado su entrada con los droides de la puerta exterior, buscó un directorio o algún otro índice o lista de ocupantes. Una vez más, nada. Al parecer, los residentes no querían que ni los visitantes aprobados por los droides supieran quién estaba aquí y dónde se encontraban exactamente.

Ya había adivinado que el patrón de Otlis se encontraba muy alto entre los rangos oficiales. Esto simplemente lo confirmó.

Los dos droides porteros en el pasillo la miraron en silencio mientras se acercaba a la puerta de la oficina. Sin embargo, le permitieron tocar el timbre sin cuestionarla. Otlis abrió pronto, le dio a los droides su contraseña de autorización personal y la hizo pasar.

—Bonito —comentó al mirar alrededor mientras él la conducía por el vestíbulo y el largo corredor. Las alfombras, los tapetes que colgaban de las paredes y las esculturas de los pilares eran elegantes pero más discretos que la decoración que había visto en las oficinas de otros senadores. Alguien a quien le gustaba el lujo, pero no sentía la necesidad de restregárselo a la gente en la cara—. Tu jefe debe ser más importante de lo que suponía.

—Tal vez —estuvo de acuerdo Otlis—. Por aquí.

Arihnda frunció el ceño y se quedó medio paso detrás de manera casual. Había una extraña capa de distancia emocional en el discurso y los modales de Otlis esta noche. Algo no estaba bien.

—¿Dónde es la fiesta? —preguntó.

—¿Qué fiesta?

—La fiesta a la que dijiste que todos habían ido.

—Ah. —Él se detuvo ante una puerta abierta e hizo un ademán hacia ella—. Por aquí, por favor.

—Gracias —dijo ella. Algo definitivamente no estaba bien, pero era demasiado tarde para retroceder ahora. Pasó junto a él y entró en la habitación. Entonces se detuvo abruptamente.

Esta no era la sala de conferencias que Otlis había prometido. Era una oficina, tan lujosa como el vestíbulo y el corredor, con pequeños adornos y trofeos de toda la galaxia en exhibición y sin espacio para combate de sombra.

Y sentado detrás del escritorio de perlas talladas...

—Buenas noches, señorita Pryce —dijo el Moff Ghadi, mientras se ponía de pie—. Qué gusto verte de nuevo.

Por un largo momento, Arihnda permaneció en su lugar, mientras la inundaba el recuerdo de su último encuentro con Ghadi. Este era el hombre que le había arrojado especia encima y luego la amenazó con hacerla arrestar, el que había usado ese chantaje para que traicionara al Senador Renking y que había lanzado su vida entera en caída libre.

—Su Excelencia —dijo ella, se apartó de la puerta y caminó hacia él—. Gusto en verlo, también. En verdad debí tenerme confianza en el Hotel Alisandre.

La sonrisa de Ghadi perdió un poco de confianza.

—¿Eh?

—Por supuesto —le aseguró Arihnda—. De haberlo hecho, le habría dicho que yo tenía tantos deseos de hacer caer al Senador Renking como usted.

—¿De verdad? —dijo Ghadi y la miró con detenimiento—. ¿Tu propio jefe?

—El hombre que orquestó la toma del negocio de minería de mi familia en Lothal para el Imperio —corrigió—. Tan sólo habría preferido destruirlo sin arruinar mi vida en el proceso. —Se detuvo junto a la silla para invitados, enfrente del escritorio—. ¿Puedo?

—Por supuesto —contestó Ghadi y señaló la silla. Ella notó que la sonrisa de él había recuperado toda la confianza—. Por los resultados, diría que el trastorno en tu vida fue lo mejor que te pudo pasar. Tu aplomo y confianza tan sólo muestran que has recorrido un largo camino.

—Y probablemente habría recorrido aún más si no hubiera tenido que empezar de nuevo desde el fondo —replicó Arihnda. Miró alrededor mientras se sentaba, observando que Otlis se había acomodado en el centro de la entrada detrás de ella, como si esperara impedir un intento de fuga. El hecho de que no hubiera tratado de correr parecía tenerlo confundido—. Pero eso es cosa del pasado —agregó y se dio vuelta hacia Ghadi—. Entonces... ¿a qué debo el placer de esta invitación?

—Primero aplomo y ahora franqueza —comentó Ghadi, aprobatoriamente—. Excelente. Veamos si podemos agregar honestidad a la lista. ¿Para quién trabajas?

—Estoy segura de que ya lo sabe. El grupo de activistas Cielos más altos.

—Bien —dijo Ghadi—. Sigamos adelante. ¿Quién contrató a tu grupo de activistas para destruirme?

Arihnda frunció el ceño.

—¿Perdón?

—No, no, el inútil método de la niña inocente ya no funcionará —dijo Ghadi—. No para ti.

—No soy niña ni inocente —dijo Arihnda con la mayor tranquilidad—. Tan sólo estoy confundida, porque no tengo idea de qué habla.

—¿De verdad? —masculló Ghadi—. ¿No tienes idea de que muy poco después de que uno de tus amigos vino a hablar conmigo, recuperaron parte de mi información financiera confidencial de una pandilla de contrabandistas? ¿Ni de que asaltaron una de mis minas una semana después?

—¿Qué se robaron? —preguntó Arihnda.

Ghadi frunció el ceño.

—¿Qué?

—Pregunté: ¿qué se robaron? —repitió—. Tal vez quien tomó sus datos sólo está interesado en sus minas u otros recursos.

Ghadi resopló.

—No insultes mi inteligencia —espetó—. Nadie roba a un moff. No lo hacen si quieren seguir respirando. Estos son los pinchazos preliminares que llevan a un ataque, o una distracción. En cualquier caso, quiero saber quién está detrás —entrecerró los ojos—. ¿Es Renking?

—Su Excelencia...

—Es el más obvio —siguió Ghadi—. Pero la sutileza nunca ha sido su punto fuerte. ¿Un senador diferente? Siempre están compitiendo para mejorar su posición y tener ventaja. ¿Tal vez un moff? —Ghadi masculló con una risa cínica—. Por supuesto. Es Tarkin, ¿verdad? El Gran Moff Tarkin, para quien nada es suficiente jamás. Por años ha querido que me vaya. Dime que es él.

Arihnda negó con la cabeza.

—Lo siento, Su Excelencia, pero no puedo ayudarlo...

Ghadi se echó hacia atrás en su silla, con la mirada fija en la cara de ella.

—Bien. No lo sabes. Quizá tu jefe sí. Llámalo y dile que te han invitado a mi oficina, tal como lo montó Otlis. Veamos si te hace una sugerencia interesante sobre lo que debes hacer una vez que llegues aquí.

Arihnda lo pensó. Driller parecía demasiado alegre y abierto para ser un espía, pero debía tomar en cuenta la falta de detalles sobre quién más trabajaba para él y a qué se dedicaba. Estaba su pila aparentemente interminable de créditos. Tal vez los mejores espías eran quienes no lo parecían.

—Muy bien —contestó y sacó su intercomunicador—. Supongo que quiere escucharme.

—Por supuesto. —Ghadi le hizo señas a Otlis, quien seguía junto a la puerta para que se acercara—. Sólo en caso de que planees intentar algo —agregó.

—Todo lo que estoy planeando es conversar —señaló Arihnda. Subió todo lo posible el volumen del intercomunicador y marcó el número de Driller.

—Hola, Arihnda. —La voz alegre de Driller surgió del dispositivo—. ¿Qué hay?

—Acabo de recibir una llamada de Ottlis —dijo Arihnda—. No puede venir al dojo esta noche, pero tiene un poco de tiempo libre en la oficina del Moff Ghadi y quiere saber si puedo ir a tomar una lección privada.

—Estupendo —dijo Driller—. ¿*Qué le dijiste?*

Arihnda sintió que una sonrisa cínica contraía sus labios. Así que Driller había sabido que Ottlis trabajaba para Ghadi, pero no se había molestado en mencionarlo.

—Le dije que necesitaba confirmarlo contigo y ver si podía cerrar más temprano.

—Seguro, adelante.

—Gracias —dijo Arihnda—. ¿Alguna instrucción especial?

Sólo hubo un breve titubeo.

—¿A qué te refieres? —preguntó él; su voz había cambiado de manera sutil—. ¿Instrucciones sobre qué?

—¿Qué debo hacer mientras estoy allí? —dijo Arihnda—. Como... ah, no lo sé. Algo que deba ver o sobre lo que deba tomar notas.

—No, no, nada de eso —dijo Driller y su voz volvió a ser normal—. Tan sólo termina tu sesión y regresa a casa.

Arihnda levantó la vista hacia Ghadi, quien veía fijamente el intercomunicador y tenía los labios fruncidos, con aspecto de concentración. A juzgar por la falta de una sonrisa de autocomplacencia, Arihnda deducía que no había escuchado nada de lo que buscaba, lo que era muy probable. Es más, casi seguramente así había sido. No conocía lo suficiente a Driller como para notar el titubeo o la breve alteración en el tono.

Sin embargo, Arihnda había percibido ambos. ¿Eso significaba que *algo* estaba pasando en Cielos más altos? ¿O Driller sólo estaba cansado o distraído por algo más? Tal vez había una manera de descubrirlo.

—Gracias —comentó—. Escucha, hay algo más. Ottlis dijo que pronto se abriría una vacante como ayudante de oficina con algo de entrenamiento en combate. Cree que yo podría solicitarlo.

—¿Quieres decir que dejarías Cielos más altos? —preguntó Driller, con tono repentinamente cauteloso—. No puedes hacer eso, Arihnda. Hay demasiado trabajo pendiente y tú eres nuestra mejor representante.

—Gracias, pero no creo que hayas entendido —dijo ella—. No es sólo un puesto de oficina al azar. Es con el Gran Moff Tarkin.

Esta vez, ni siquiera Ghadi debió pasar por alto la pausa.

—¿Tarkin? —preguntó Driller con cautela.

—Es lo que dijo Ottlis —comentó Arihnda—. Además, mira, no es que me vaya a ir para siempre. Cuando él no esté aquí en Coruscant, sólo estaría de medio tiempo, así que podría seguir trabajando contigo.

—Al menos podrías pasar por aquí y vernos ocasionalmente, ¿verdad? Tal vez para cenar y conversar.

—Por supuesto —dijo Arihnda—. Me gusta platicar contigo. Tú lo sabes.

—Claro, y viceversa —dijo Driller—. Bueno... que tengas una buena sesión y... si quieres solicitar el trabajo, adelante. Podría ser interesante.

—Gracias —dijo Arihnda—. Te veo en la mañana.

—Bien. Buenas noches.

Arihnda cortó la comunicación.

—¿Y bien? —preguntó, con una ceja levantada en dirección de Ghadi.

—¿Bien qué? —vociferó él—. ¿Y qué fue exactamente ese disparate acerca de Tarkin?

—Prueba que usted no es el blanco de nadie —dijo Arihnda—. Si lo fuera, me habría dicho que echara un vistazo a su oficina mientras estaba por aquí, como obviamente pensaba que lo haría. *Además*, no tendría deseos de dejar que perdiera mi contacto con Otlis y, por tanto con usted, para ir a trabajar con Tarkin.

Lentamente, parte del fuego se disipó de los ojos de Ghadi.

—Tejiste muy bien la madeja, señorita Pryce —dijo él—. Hasta podrías tener razón. Aunque, en realidad, necesitamos estar seguros, ¿o no?

—Lo que significa...

—Significa que de ahora en adelante serás mis ojos y mis oídos en Cielos más altos —dijo Ghadi—. Copiarás todos sus archivos, reportarás todas sus conversaciones y harás listas de todos sus contactos.

Con un esfuerzo, Arihnda se mantuvo sin expresión.

—Estoy segura de que eso no es necesario, Su Excelencia.

—Oh, creo que sí —dijo Ghadi—. Lo harás o llamaré al Departamento de Seguridad Imperial y les diré que viniste aquí esta noche a robar archivos y tarjetas de datos confidenciales. Otlis confirmará eso, por supuesto.

Arihnda volteó a ver a Otlis. Él le regresó la mirada, con rostro inexpresivo.

—No contrato tontos, señorita Pryce —agregó Ghadi en voz baja—. Otlis sabía desde el principio que había sido infiltrado contigo. Me ha mantenido al tanto del juego todo este tiempo.

—Ya le dije que no estoy jugando.

—Entonces debes recibir con beneplácito la oportunidad de probarlo —dijo Ghadi—. Otlis te dará lo que necesites y luego te escoltará a casa.

—No necesito su protección —dijo Arihnda y volvió a levantar la vista. Y pensar que había considerado a este hombre como amigo—. Ni su compañía.

—Lamento que te sientas así —dijo Ghadi—. Tampoco me importa. Buenas noches, señorita Pryce. Volveremos a hablar. Muy pronto.

El viaje al departamento fue muy silencioso. Otlis esperó hasta que ella quitó el seguro y abrió la puerta, luego caminó hacia las luces y los anuncios parpadeantes de la noche. Ninguno de los dos había dicho una palabra durante el viaje.



El departamento estaba vacío. Tal vez Juahir seguía en el dojo o estaba reunida con quien le había dicho que pusiera en contacto a Ottlis con su querida amiga Arihnda. No había problema. No se sentía preparada para enfrentarla en este momento.

Hizo la cena en piloto automático y comió de la misma manera. Después se sentó ante su computadora, mirando la pantalla y tratando de pensar.

La habían echado en una caja muy pequeña e incómoda. Ante el más leve indicio de que estuviera tratando de hacer trampa a Ghadi, la entregarían al DSI. Si Ottlis corroboraba los cargos, la condenarían en tiempo récord.

Eso no le dejaba otra opción que espiar en Cielos más altos. Pero si Driller estaba en realidad espionando para alguien más, ese alguien no se sentiría feliz si atrapaba a Arihnda hurgando en sus secretos. Si Driller *no* estaba espionando y Arihnda comprobaba que no había una amenaza deliberada en contra de Ghadi, el moff podría entregarla de todos modos al DSI como advertencia a sus hipotéticos enemigos.

Era la misma caja en que Ghadi la había atrapado antes. Tal vez esperaba que funcionara de la misma manera. Sólo que esta vez Arihnda estaba preparada y lo haría pagar.

Trabajó en la computadora una hora, obteniendo datos, ahondando en rumores e informes sin fundamento, encontrando pistas y registros financieros ocultos. Pasó otra hora uniendo todo. En algún momento Juahir llamó y dijo que iría a una fiesta y que no la esperara. En todo caso, Arihnda no lo tenía planeado.

Esperó hasta que tuvo todo en un paquete bien armado. Luego sacó su comunicador y se enlazó con el sistema Conexión Universal.

—Me llamo Arihnda Pryce —dijo al droide que tomó la llamada—. Quiero enviar un mensaje a un oficial de la armada que creo que se encuentra en Coruscant.

—¿Nombre?

Respiró profundo. Alguna vez se había dicho que él debía ser sorprendentemente competente o tener amigos poderosos. Cualquiera que fuera el caso, valía la pena ponerse en contacto con él.

—Thrawn —contestó—. Comandante Thrawn.

Él esperaba en un gabinete de un rincón del Restaurante Gilroy Plaza cuando llegó Arihnda. Tenía los rasgos ocultos a medias por la capucha de una túnica simple; los ojos rojos eran completamente invisibles. La primera idea que ella tuvo fue que era la persona equivocada, pero al acercarse vio que llevaba lentes oscuros que ocultaban todo, excepto un leve brillo.

—Señorita Pryce —la saludó cuando llegó a la mesa—. Llega tarde.

—Lo siento —se disculpó y miró alrededor mientras se sentaba en el otro extremo de la mesa. El restaurante estaba casi desierto. Los únicos clientes se encontraban en un

gabinete a la vuelta de la barra de servicio. Eso debía darles la privacidad suficiente—. Bonitos lentes. Con los ojos cubiertos, la mayoría supondría que es un pantorano.

—Es lo que me han dicho —dijo Thrawn—. ¿Por qué me pidió que nos viéramos?

Arihnda lo estudió. Su rostro era impassible y no dejaba ver nada.

—Me encuentro en un problema —dijo—. Creo que usted también está enfrentando algunos. Espero que podamos ayudarnos mutuamente.

Él inclinó la cabeza ligeramente debajo de la capucha.

—Siga.

—Esta noche me llevaron a una reunión con un alto oficial del gobierno —dijo—. Cree que el grupo de activistas con el que trabajo trata de destruirlo. Quiere que los espíe para él y, en caso de negarme, me amenazó con entregarme al Departamento de Seguridad Imperial bajo cargos falsos de espionaje.

—¿Parecía confiado en esa amenaza?

Arihnda frunció el ceño porque la pregunta le pareció extraña.

—Mucho.

Thrawn asintió.

—Continúe.

—En realidad es todo —dijo Arihnda—. Esperaba que me ayudara a quitármelo de encima.

—Ya veo —dijo Thrawn—. ¿Y su arma?

Arihnda parpadeó.

—¿A qué se refiere?

—Seguramente no espera que llegue a su oficina disparando fuego de turboláser —dijo Thrawn, con tono un poco seco—. Concluyo que tiene otra arma que cree que será útil contra él.

Arihnda sonrió casi abiertamente. Muy bien: era bueno.

—La tengo —dijo y sacó su datapad—. Durante su perorata mencionó que habían atacado recientemente una de sus minas. Estuve husmeando un poco y la encontré. — Encendió el datapad y le dio vuelta para mostrárselo—. ¿Nota algo interesante?

Thrawn asintió.

—Doonium.

—Sí —dijo Arihnda—. Una veta de buen tamaño, que aparentemente nunca registró. Por lo que se ve, está vendiendo el doonium a la armada mediante canales ocultos, tal vez a precios inflados, seguramente sin pagar impuestos.

—O tal vez lo está vendiendo en otro lugar —dijo Thrawn.

—El mercado negro actual del metal le dará ganancias mucho mayores —concordó—. En todo caso, nadie sabía de él hasta que alguien extrajo los datos e hizo una incursión en la mina. Pregunté qué le habían robado, pero nunca respondió. Apuesto lo que quiera a que fue parte del doonium.

—¿Y cree que su falta de claridad es un arma que puede usarse en su contra?

—Exactamente —dijo Arihnda—. Pensé que como usted es amigo del Coronel Yularen, podría pasarle esta información.

—Con eso, supongo que quiere que sea anónimamente.

Arihnda sintió un nudo en la garganta.

—Sólo en parte —dijo—. Es un poco complicado. No quiero que nadie, excepto Yularen, sepa que se la di a usted. Pero él necesita saberlo, porque quiero que quede en sus registros que le di estos datos para que no se me arreste o se me acuse si resulta que alguien en Cielos más altos *fue* el ladrón.

Por un momento, Thrawn la miró desde atrás de sus lentes. Luego negó lentamente con la cabeza.

—Puedo darle esto al Coronel Yularen —dijo—. Pero no ahora.

Arihnda lo miró fijamente.

—¿Por qué no?

—Porque cuanto más tiempo lo tenga, más probable será que otros en el Departamento la conozcan —dijo Thrawn—. Incluido tal vez el amigo cercano y aliado secreto de su oficial corrupto.

—¿Cree que tiene algún aliado específico allí?

—Estoy seguro —contestó Thrawn—. Dijo que amenazó con enviarla a prisión por robo, pero su sola palabra no sería suficiente para superar la falta de evidencias.

—¿Ni siquiera la palabra de un oficial con experiencia?

—Es el tipo de oficiales a los que precisamente el departamento se encarga de vigilar —dijo Thrawn—. Sólo con un aliado secreto podría saber que los cargos contra usted escaparían a un escrutinio meticuloso.

—No entiendo —comentó Arihnda—. ¿Cómo sabe siquiera que *tiene* alguien así?

—Usted dijo que está confiado —le recordó Thrawn—. Un guerrero no amenaza a un enemigo con un arma descargada a menos que no tenga otra opción. —Sacó la tarjeta del datapad y la echó en su bolsillo—. Conservaré su información para el Coronel Yularen, pero la entregaré sólo cuando yo juzgue que es el momento adecuado.

Arihnda pasó saliva con dificultad. Podía ver la lógica de Thrawn y tenía sentido, pero sin que Yularen y el DSI tuvieran algo sobre Ghadi, no había manera de que pudiera enfrentarlo sola.

—¿Y si dijera que estoy dispuesta a arriesgarlo?

—Yo no.

—¿Y si aumento la recompensa? —presionó Arihnda—. Usted conoce de tácticas militares, pero yo sé de política. Podría ayudarlo con eso.

—Aprecio el ofrecimiento —dijo Thrawn—. Pero no necesito ayuda.

—Tal vez su asistente no esté de acuerdo —dijo Arihnda—. El Alférez Vanto. En tres años usted ha pasado de teniente a comandante, pero él sigue siendo alférez. ¿Por qué?

Aun a través de los lentes, pudo ver que los ojos de él se entrecerraban un poco.

—Es un asunto militar.

—¿Lo es? —replicó Arihnda—. Recuerde que yo estaba en el dojo cuando Vanto recibió la noticia de su ascenso, Comandante Thrawn. Estaba decepcionado. Creo que también resentido, aunque trató de ocultarlo.

—¿Cómo lo sabe?

—Él y el Coronel Yularen entablaron una corta conversación cuando llegó el informe —dijo Arihnda—. Usted estaba luchando con H'sishi, así que probablemente no los escuchó. En cambio, yo estaba lo suficientemente cerca como para captar la esencia de lo que decían.

En realidad, no había oído tanto como pretendía, pero había buscado información acerca de Vanto mientras se preparaba para esta reunión y no había sido difícil unir las piezas. Por fortuna, las había unido de manera correcta. Detrás de los lentes, los ojos de Thrawn se entrecerraron aún más.

—La política no debería afectar los ascensos —comentó él.

—Tal vez no, pero es la realidad —replicó Arihnda—. Por lo que leí, usted no le agrada a algunos senadores y ministros. Es demasiado bueno para que lo ataquen directamente, así que buscan otras maneras. Una de ellas es presionar al Alto Mando para evitar que su asistente avance. Poner su nave al final de la fila para reparaciones es otra.

Thrawn se irguió.

—¿Perdón?

—Oh, ¿no lo había visto? —preguntó Arihnda—. Prácticamente han puesto a cada una de las naves que necesitan el astillero por delante del *Thunder Wasp* en la lista. Después de todo, la mejor manera de asegurarse de que no opaque a todos los oficiales de la preciosa elite del Mundo Central es mantenerlo en Coruscant, lejos de cualquier batalla o enfrentamiento posible.

—Interesante —dijo Thrawn—. Por supuesto había notado que asignaron al *Thunder Wasp* la prioridad más baja. Supuse que, para la asignación de prioridades, se consideraba cuáles naves necesitan regresar a sus labores de patrullaje cuanto antes.

—Eso es cierto a medias —dijo Arihnda—. Sólo sustituya cuáles *capitanes* quieren que regresen a sus tareas y cuál no quieren que lo haga. Así tendrá el cuadro completo.

—Ya veo —murmuró Thrawn—. ¿Tiene un aliado que pueda alterar eso?

—Tengo algunos contactos —dijo Arihnda y recorrió de prisa la lista de senadores y ministros con quienes había hablado mientras trabajaba en Cielos más altos. Sin saber quién estaba detrás de la vendetta contra Thrawn, no había manera de adivinar cuál podría intervenir a su favor—. Ninguno es en realidad un aliado.

Él se quedó en silencio otro momento.

—Dígame, ¿a quién teme su alto oficial gubernamental? —preguntó.

—No creo que le tema a *nadie*.

—Entonces ¿a quién odia? Todos los que tienen posiciones de poder temen u odian a alguien o algo.

Arihnda volvió a pensar en las peroratas de Ghadi. Ahora que Thrawn lo mencionaba...

—Hay alguien a quien odia, sí —contestó.

—Así que usted tiene un enemigo y una amenaza para ese enemigo —dijo Thrawn—. Eso le da dos posibles vectores de ataque. Uno consiste en volver a la amenaza en un aliado y luego usarla contra su enemigo. El otro —hizo una pausa y ladeó la cabeza— consiste en usar la amenaza como palanca contra su enemigo para que él se convierta en su aliado.

—Ya veo —dijo Arihnda lentamente, mientras su mente daba vueltas. Cuando él lo ponía de esa manera...—. ¿Alguna recomendación sobre cuál método sería mejor?

—Sólo usted puede decidirlo —dijo Thrawn—. Debe considerar cuáles armas y ventajas tiene a su disposición y cuál método ofrece la mejor posibilidad de éxito. —Levantó un dedo a manera de advertencia—. No obstante, recuerde que en ningún caso es probable que su nuevo aliado sea su amigo. Su asociación con usted estará basada tan sólo en el miedo o la necesidad. Miedo de lo que pueda hacerle o necesidad de lo que pueda proporcionarle. Si alguna de esas fuerzas pierde su valor, también lo perderá la posición de usted.

—Comprendido —respondió Arihnda—. Gracias, comandante. Creo que ahora ya sé qué hacer.

—Una cosa más. —Los ojos medio ocultos de Thrawn parecían querer traspasarla—. Podría resultar que su grupo de activistas termine siendo más de lo que usted sabe. Si va a conseguir la protección y el apoyo definitivos del Coronel Yularen, tal vez necesite dar la espalda a sus colegas. ¿Está preparada para eso?

Arihnda sonrió con amargura. *Sus colegas*. Driller, su jefe. Juahir, su compañera de habitación. Las únicas dos personas en Coruscant a las que conocía bien. Las únicas personas en este planeta a las que alguna vez había llamado amigos.

—Por supuesto —dijo.

La oficina de Cielos más altos estaba desierta cuando llegó, una hora más tarde. No era probable que alguien pasara por allí. Driller sabía que había ido a ver a Otlis e indudablemente había pasado esa información a Juahir. El hecho de que Arihnda no hubiera regresado a su departamento probablemente se vería como evidencia de que ella y el guardaespaldas de Ghadi habían pasado del combate de sombra a otras formas de actividad física.

Un año antes, hacer algo tan evidente u obvio la habría avergonzado. Ahora apenas lo notó, y mucho menos le importó, porque eso le permitió disponer de toda la noche para trabajar sin miedo a que la interrumpieran.

Apenas había amanecido cuando finalmente hizo la llamada.

—Más vale que esto sea importante —refunfuñó Ghadi—. Quiero decir, *endemoniadamente* importante. Estoy así de cerca de hacer que latiguen a Otlis por despertarme, y no quieres saber lo que quiero hacer contigo.

—Es importante —aseguró Arihnda—. Tenía razón: Cielos más altos mantiene bajo vigilancia a muchas personas importantes. He encontrado los archivos.

—Por supuesto que tenía razón —dijo Ghadi sombríamente—. ¿Algún motivo para que esta revelación no hubiera podido esperar para más tarde?

—Tal vez pudo esperar —concedió Arihnda—. Pero pensé que quería escuchar lo antes posible acerca del archivo de Tarkin.

Hubo un breve silencio.

—¿Tienen un archivo de *Tarkin*? —preguntó, y los gruñidos desaparecieron abruptamente—. ¿Qué hay en él?

—No lo sé —dijo Arihnda—. Tiene un cifrado diferente de todo lo demás que he encontrado. Pero si es como los otros que he podido leer, es probable que contenga muchos secretos. Cosas que Tarkin no querría que alguien más supiera.

—Perfecto —dijo Ghadi—. Sí, por supuesto que quiero esos archivos.

—Así lo pensé —dijo Arihnda—. Puedo cotejarlos con los demás archivos que he podido encontrar, pero preferí asegurarme de que usted quisiera este.

—No seas estúpida —dijo él—. Tienes el arma que necesito para acabar con Tarkin y prefieres saber si lo *quiero*. Ponlo en una tarjeta de datos y tráelo a mi oficina. *Ahora mismo*.

—Sí, Su Excelencia —dijo Arihnda—. Pero como le dije, en este momento es ilegible. Si me da tiempo, tal vez pueda descifrarlo.

—Tan sólo tráelo —masculló Ghadi—. Yo lo descifraré. Veamos qué tan alto y poderoso es el Gran Moff Tarkin cuando le esté empujando sus sucios secretitos por la garganta.

—Muy bien, Su Excelencia —dijo Arihnda—. ¿También quiere la demás información? ¿O prefiere esperar hasta que la haya descifrado?

—Tomaré todo lo que hayas encontrado sobre cualquiera de los otros moffs —contestó él—. Puedes quedarte con todo lo demás —murmuró algo ininteligible para sí—. *Tarkin*.

—Le llevaré este de una vez, entonces —dijo Arihnda—. ¿A quién debo darle la tarjeta de datos en su oficina?

—Eh, buena observación —dijo Ghadi—. Sí, mejor tráela directamente aquí. —Le dio una dirección en la torre Halcón Blanco—. Ottlis te recibirá en la puerta y tomará la tarjeta de datos. Dásela a él y *sólo* a él.

—Sí, Su Excelencia —dijo Arihnda—. Salgo para allá ahora mismo. —Cortó la comunicación.

Lo había hecho. O por lo menos había hecho la mitad. Pero le sobraba tiempo. Mucho tiempo.

## CAPÍTULO 17

---

«Hay tres maneras de derribar a un tusklan salvaje.

»El cazador promedio toma un arma de grueso calibre para disparar al animal. Cuando funciona, el método es rápido y eficiente. Pero si el primer tiro no da en un órgano vital, el tusklan puede caer sobre su atacante antes de que apunte por segunda vez y dispare.

»El cazador inteligente toma un arma de menor calibre. Es menos probable que el método produzca un primer tiro mortal, pero el segundo, tercero o cuarto podrán tener éxito. Sin embargo, si el calibre es demasiado pequeño, ninguno de los disparos penetrará hasta alcanzar puntos vitales, y el tusklan triunfará de nuevo sobre su atacante.

»El cazador sutil no toma un arma visible. En cambio, induce miles de moscas de aguijón para que ataquen al tusklan por todos lados. El método es lento y destruye la piel, pero al final, el tusklan queda muerto, y parece sin saber de dónde vino el ataque».

\* \* \*

Eli suspiró mientras veía la pantalla repetidora de navegación en la oficina de Thrawn. Otro día, otra crisis: una momentánea, de poca importancia y en un mundo menor.

—¿De qué se trata, señor? —preguntó.

—Parece una disputa por terrenos, alférez —dijo Thrawn.

Eli apretó los dientes. «Alférez». Thrawn había prometido que trataría de conseguirle el ascenso que, ambos estaban de acuerdo, se había demorado mucho. Hasta ahora, no se había presentado, y Eli sabía por qué.

Pensó en la breve reunión que había tenido hacía tanto tiempo con Culper, la recadera del Moff Ghadi. Pensaba mucho en esa reunión. En ese momento, había menospreciado la amenaza de Culper (de que lo mantendría en el fondo de los cuerpos de oficiales de la armada) como una hipérbole vacía diseñada para asustarlo.

Sin embargo, como el viejo dicho decía: no era un alarde si se tenían las cartas, y el Moff Ghadi evidentemente las tenía. A pesar de toda la inteligencia militar de Thrawn, no tenía idea de cómo navegar entre la política de Coruscant.

—Por un lado, está el clan afe de los cypharis nativos —continuó Thrawn—. Por otro, un grupo de colonizadores humanos en un enclave pegado al territorio del clan afe. Los colonizadores aseguran que los afes han estado traspasando sus asentamientos fronterizos y exigen concesiones y una zona segura intermedia que tomaría casi la mitad del territorio afe y los obligaría a moverse a terrenos controlados por sus colegas cypharis. Los afes aseguran que han vivido en esos territorios durante siglos y que sus ataques son en represalia por la invasión y las incursiones fronterizas de los seres humanos.

Eli suprimió otro suspiro.

—¿Por qué estamos aquí?

—Porque solicité la comisión —contestó Thrawn—. Con ayuda y apoyo del Coronel Yularen.

—Ya veo —murmuró Eli. ¿Con el respaldo adicional del Emperador?, se preguntó.

Quizá la conexión informal de Thrawn con Yularen no era algo que sucediera habitualmente entre oficiales de la armada y el DSI, y Eli sospechaba desde hacía mucho la mano silenciosa del Emperador en la relación. Por supuesto que tenía sentido: Yularen podía allanar el camino de Thrawn mediante el acceso a datos y la pura inercia del Alto Mando, mientras que Thrawn, a su vez, solía distinguir detalles que eran útiles para las investigaciones de Yularen, sobre todo con el rompecabezas completo de Cisne Nocturno.

Sin embargo, el arreglo y los beneficios adicionales no habían pasado desapercibidos para otros en la armada. Eli había observado la ocasional mirada extraña de otros oficiales al pasar, y las comunicaciones formales con el *Thunder Wasp* en ocasiones conllevaban matices de resentimiento o envidia. Naturalmente, Thrawn no daba muestras de percibir nada más que los beneficios.

—Aquí —dijo Thrawn y dio vuelta a la pantalla de su escritorio—. Dime lo que ves.

Eli se inclinó. Era un resumen de los registros de envíos del planeta durante los últimos seis meses, desplegado al lado de un desglose de los tipos de carga. Bajó la vista por ellos, mientras su cerebro automáticamente los clasificaba, mezclaba y analizaba... Lanzó una sonrisa casi completa.

—¿Crustáceos?

—Precisamente —dijo Thrawn—. El volumen de exportaciones de crustáceos casi se ha duplicado en los últimos cuatro meses.

—¿Más o menos cuando empezó la disputa por los terrenos?

—La disputa lleva agudizándose casi el doble de ese tiempo —dijo Thrawn—. Pero la reciente escalada en los incidentes de cruce de la frontera data de ese momento. La petición a Coruscant se hizo un mes después.

—Los seres humanos tienen algunos metales preciosos que quieren contrabandear —comentó Eli lentamente, mientras seguía la lógica—. Tal vez porque descubrieron una nueva veta hace ocho meses. —Miró con agudeza a Thrawn—. ¿Debajo del territorio de los afes?

—Es la razón más probable para la repentina exigencia de los colonos de los territorios de los afes.

—Así que se esfuerzan para contrabandear por un tiempo —continuó Eli—. Luego alguien llama a Cisne Nocturno. Él les enseña cómo hacerlo apropiadamente, empiezan a sacar su reserva en crustáceos y deciden que quieren un mejor acceso a la veta. —Eli movió la cabeza de un lado a otro—. Algo descuidado. Pensarías que alguien tan listo como Cisne Nocturno pondría en práctica una nueva técnica en lugar de hacer lo mismo.



—¡Vamos! —exclamó Thrawn, un poco en broma—. ¿No reconoces una invitación cuando la ves?

Eli volvió a mirar la lista de envíos.

—Muy temerario —comentó—. También demasiado estúpido. Apenas ganó el último round. Pensarías que había aprendido a dejar el juego mientras está ganando.

—Ah, pero ¿sí ganó la última ronda? —contraatacó Thrawn—. Estamos de acuerdo en que ganó en Umbara, pero realmente no sabemos cuántas otras confrontaciones hemos tenido él y yo en los últimos meses. Sólo podemos atribuirle las operaciones que firma, por decirlo así.

—No había pensado en eso.

—Yo sí —dijo Thrawn, y su voz se volvió profunda y pensativa—. Tal vez no lo has notado, pero parece haber una cantidad creciente de estos incidentes por todo el Imperio. Se ha dado un aumento en las actividades de contrabando, que le quitan a Coruscant el dinero de los aranceles. Los robos de metales como el doonium también han aumentado, al mismo tiempo que el Imperio está tratando de reunir la mayor cantidad posible de esos recursos. Se han dado disputas como esta, en ocasiones entre habitantes de un mismo mundo, en otras entre sistemas vecinos; todo ello distrae la atención y drena recursos militares. Aún más perturbador es que hay una creciente cantidad de incidentes de disturbios o revueltas abiertas.

—¿Crees que Cisne Nocturno está detrás de ellas?

—¿*Todas* ellas? —Thrawn negó con la cabeza—. No. Por el momento la confusión está desorganizada. Cisne Nocturno no es un reflejo sombrío del Emperador, que guía a un creciente ejército de descontento. Pero de igual manera no tengo duda de que ha metido la mano en algunos de los incidentes, y sospecho que en muchos logró su objetivo.

—Cualquiera que haya sido —murmuró Eli—. Ahora nos ha invitado a este. Me da gusto que podamos incluirlo en nuestro calendario.

—Por supuesto —dijo Thrawn—. Veamos lo que nos tiene preparado esta vez.

—Realmente no comprendo el propósito de esta reunión, comandante —comentó el Alcalde Pord Benchel. «Su expresión es tensa, los músculos en su garganta también están apretados. Su voz contiene resentimiento y frustración»—. No ha preguntado nada que no esté en nuestros informes y declaraciones juradas a Coruscant. ¿Los ha leído siquiera?

—Sí —dijo Thrawn—. El objetivo de esta reunión es que pueda conocerlos en persona. A usted y al resto del comité de disputa.

—No es un *comité de disputa* —lo interrumpió Lenora Scath. «Su expresión contiene ira, al igual que su voz»—. Es un comité por la justicia. *Nosotros* somos los únicos atacados, comandante, no los cypharis.

—Los informes sugieren que es una disputa —argumentó Thrawn—. De allí el término que les he asignado.

—No son *nuestros* informes —replicó Brigte Polcery. «Su expresión y voz sólo contienen ira»—. No los informes que cualquiera que esté en sus cabales pueda creer.

—¿Está sugiriendo que yo no estoy en mis cabales? —preguntó Thrawn a volumen intermedio.

—No, por supuesto que no —contestó Polcery atropelladamente. «Su ira se reduce, reemplazada por la precaución»—. Tan sólo digo que no puede confiar en que los cypharis digan la verdad. Ese clan que tienen hace que todos repitan siempre lo que el líder dice.

—Ya veo —dijo Thrawn—. ¿Está usted de acuerdo, señor Tanoo?

—¿Perdón? —preguntó Clay Tanoo. «Su postura corporal sugiere sorpresa y nerviosismo».

—Pregunté si está de acuerdo en que no puede confiarse en las afirmaciones de los cypharis.

—Ah. —Tanoo miró a los demás—. Sí, por supuesto. Es de clan, ¿sabe?

—Ya me lo han dicho —dijo Thrawn—. Fuentes confiables. —«Sus expresiones cambian. Benchel y Scath se preguntan si la afirmación es un insulto. Polcery y Tanoo están seguros de que lo es. Algunas de las otras setenta y tres personas reunidas en el salón de la asamblea muestran emociones similares. La mayoría está nerviosa o atemorizada. Quienes se encuentran al fondo del lugar quizás están demasiado lejos para escuchar el testimonio. Los lados del lugar se hallan cubiertos con banderines que describen su vida en Cyphar. Los diseños y patrones hablan de las privaciones y la determinación de su pasado, y de su esperanza para el futuro. Tejidos con esos patrones están la cercanía entre familiares y su desconfianza de la autoridad externa»—. Gracias. Todos ustedes pueden regresar a sus actividades.

—Gracias, señor —dijo Benchel—. ¿Puedo preguntar a qué decisión ha llegado?

—No he tenido tiempo para tomar una decisión, Alcalde Benchel. Mi siguiente tarea es ver directamente el territorio en disputa.

—Le aconsejo que no lo haga, comandante —comentó Polcery—. Los cypharis han amenazado con atacar a quien entre en sus territorios sin permiso.

—Es lo que he oído —dijo Thrawn—. Por fortuna, ya he recibido una invitación de Joko, el jefe de los afes.

«Las reacciones de expresión y postura corporal son breves. Pero basta con ellas».

—Bien, buena suerte —dijo Benchel—. Le aconsejaría que lleve un guardia, por si acaso.

Tres minutos después, el transbordador se elevó por los aires y voló a través del paisaje.

—Tus conclusiones, Alférez Vanto —lo invitó Thrawn a hablar.

—No estoy completamente seguro, señor —contestó Vanto, pensativo—. El Alcalde Benchel es una opción obvia; habla en voz alta, con pasión y lleva la batuta, pero me parece que habló en voz muy alta.

—¿Y los demás?

—Diría que Scath y Polcery. Tal vez Tanoo, pero parece demasiado lento e ingenuo. No me imagino a Cisne Nocturno confiándole grandes secretos.

—Olvidas que la conspiración ya estaba andando cuando trajeron a Cisne Nocturno —dijo Thrawn—. Tal vez no haya tenido más opción que participar. ¿Alguien más?

—No vi nada en los otros diez miembros del comité. Hasta donde sé, tan sólo son colonizadores regulares que quedaron atrapados entre los acontecimientos, o a quienes tal vez se les manipuló para que creyeran lo que los otros les dijeron. Lo mismo para los espectadores.

—Así es —dijo Thrawn—. Felicidades, alférez. Tus habilidades han mejorado notablemente.

—Gracias, señor —dijo Vanto secamente—. ¿A quiénes pasé por alto?

—A nadie —contestó Thrawn—. Scath, Polcery y Tanoo están evidentemente involucrados en la conspiración. El Alcalde Benchel, como ya lo has conjeturado, es uno de los engañados. ¿Tienes otras ideas o conclusiones?

—Aún no, señor —dijo Vanto.

—Queda tiempo —le aseguró Thrawn—. Estúdialo más. Hablaremos de nuevo después de que nos reunamos con el Jefe Joko.

Eli había hecho un rápido estudio de los cypharis durante el viaje en el *Thunder Wasp*, y la imagen más cercana que se había creado para el aspecto de los nativos era la de largos insectos de palo con hocicos de rodianos y filas ordenadas de corta pelambre roja. En la vida real, resultó que ese era exactamente su aspecto.

—No sé qué decirle, Comandante Thrawn —dijo el Jefe Joko, con voz al mismo tiempo chirriante, llorosa y melódica. Era una combinación interesante, con la que Eli no se había encontrado antes—. Los informes de los miembros de mi clan son ciertos y precisos. Los seres humanos del enclave Hollenside han cruzado la frontera en muchas ocasiones, robando y maltratando nuestros cultivos y atacando o quemando las estructuras de nuestras granjas. —Estiró un largo brazo detrás de él y dio unos golpecitos a la superficie interna de la casa de reunión cónica a la que había invitado a los imperiales—. Una vez también quemaron una casa.

—Por fortuna no fue la casa de reunión del clan —dijo Thrawn al pasar lentamente la vista por la estructura y las docenas de diseños que la decoraban—. Esta estructura está enriquecida con la cultura y la historia del clan afe.

—Así es —dijo Joko—. Pocos personajes del Imperio lo notarían. Son menos aún los que lo apreciarían.

—Tal vez. ¿Confrontaron a los atacantes?

—En tres ocasiones nuestros centinelas llegaron a la incursión antes de que los invasores se escabulleran —dijo Joko—. En dos de esas ocasiones, atacaron a los centinelas.

—¿Alguno resultó lesionado o muerto?

—Ocho quedaron heridos —dijo Joko—. No hubo muertos.

—Qué bueno que fue así, por lo menos —dijo Thrawn—. Esperemos que esto pueda resolverse antes de que lleguen a una etapa que arroje pérdidas de vidas. —Terminó su inspección visual de la casa de reunión y volvió a poner atención a Joko—. Examinemos ahora el otro lado de la navaja. Me han dicho que los integrantes del clan afe también habían cruzado la frontera hacia el enclave Hollenside.

—Quedarse sentados sin responder es estimular más ataques —dijo Joko, mientras su hocico se aplastaba—. Sí, hemos cruzado la frontera. Sí, hemos infligido daños equivalentes a nuestro sufrimiento. Pero nunca hemos atacado a los seres humanos en su propio suelo.

—¿No se defendieron ustedes de los guardias humanos?

—Lo hicimos —dijo Joko; su hocico retomó la forma redondeada y las puntas de su pelambre adquirieron un tono ligeramente anaranjado—. Pero sólo disparamos para distraer y alejarlos. No para herir o matar.

Eli recordó que no era lo que decía el informe del Alcalde Benchel. De acuerdo con él, habían disparado y herido a varios integrantes de la fuerza de guardias civiles organizada apresuradamente del enclave. Si Thrawn tenía razón y Benchel no era parte de la conspiración, el alcalde no tendría razón para mentir en eso. A menos que uno de los demás le hubiera mentado a él. En ese caso, su informe carecería de sentido. Eli suspiró para sí mismo. Thrawn hacía que pareciera tan fácil.

—Me gustaría ver dónde ocurrió la primera de esas incursiones —dijo Thrawn—. ¿Podría enviar a un guía con nosotros en nuestro transbordador a ese lugar?

—No hay necesidad de un transbordador o un guía —contestó Joko, mientras descruzaba las piernas, como si deshiciera una trenza—. Ya estamos aquí. ¿Me acompañan?

—Por supuesto —le aseguró Thrawn, y se puso de pie. Eli, tomado por sorpresa, se puso de pie torpemente—. Es una fortuna que las incursiones sucedieran tan cerca de la casa de reunión del clan.

—La fortuna sigue al designio —dijo Joko, mientras su hocico se ensanchaba—. Anticipé su solicitud. —Extendió los brazos para abarcar toda la estructura—. La casa de reunión es, por supuesto, móvil. Venga, le mostraré.

—Aquí —dijo Joko. «Se detiene a la orilla de un campo de tallos de granos tiesos y disecados»—. Aquí, cuando el grano aún estaba maduro y no se cosechaba, es donde los seres humanos vinieron por primera vez a la tierra de los afes.

Thrawn pasó la vista por el campo y se preguntó cuál sería el aspecto de las plantas en plenitud. Actualmente, quedaba poco en los tallos que pudiera verse. Miró hacia atrás, a la casa de reunión del clan, unos cien metros atrás. Su forma y estructura reforzaban los patrones de palabras e imágenes que habían visto en la pared interior.

Patrones y conexiones. A final de cuentas, a eso se reducía todo. Patrones y conexiones en la naturaleza, en las cosas creadas y en la guerra. Patrones de los seres y los contrabandistas humanos, y también de los afes y su defensa. Patrones de Cisne Nocturno, también. ¿Qué eran los patrones de este lugar?

—¿Pasan speeders aéreos regularmente por esta área? —preguntó.

—No regularmente —dijo Joko—. En ocasiones una nave viaja del enclave humano al asentamiento de los twi'leks.

—¿Hay fotografías del terreno desde cualquiera de esos vuelos?

—Ninguna, que yo sepa —contestó Joko. «Se toca la piel detrás de los ojos»—. Hemos visto la superficie desde la altura de los ojos. —«Señala hacia arriba»—. No necesitamos verla desde la altura de las nubes.

—Toda la información y los puntos de vista son útiles —dijo Thrawn—. Alférez Vanto, por favor calcule la ruta más probable.

—No es necesario —dijo Joko. Sacó una pequeña caja plana de la faja de su cintura y tecleó en ella.

Un enorme holomapa del área, vertical y de veinte metros cuadrados, apareció diez metros al frente de ellos. Joko ajustó la caja y la vista se agrandó.

—Hay dos ciudades importantes para el viaje por el cielo —dijo y señaló en el holomapa. Ingresó datos nuevos en la caja y la vista se redujo adonde estaban parados—. Ningún camino probable pasa por encima de donde estamos.

—Sí, ya veo —dijo Thrawn. Estudió el holomapa, luego la tierra de cultivo y de nuevo el holomapa. El campo de cultivo en general quedaría a plena vista de un speeder aéreo, aunque esta área en particular se encontraría en el borde de la observación. El aislamiento era limitado, al igual que el anonimato que ofrecía. Tal vez algo había sido visible antes de la cosecha que ya no lo era ahora.

—Alférez, quiero una lista de todos los que han viajado por esta ruta el año pasado. Jefe Joko, ¿alguno de los afes observó algo inusual en los cultivos de este campo? ¿Algunos granos se descartaron por enfermedad o malformación?

—Algunas plantas mueren en todos los campos —contestó Joko—. Este campo tiene una historia de ese tipo de daño. Aun así, casi todo es fértil y el agua es abundante, así que sigue plantándose.

—Sí. —Un grupo de tallos que eran ligeramente más cortos y delgados que el resto estaba a la vista, formando un corredor de cuatro metros de ancho que empezaba en la

orilla del campo y trazaba una ruta serpenteante hacia el centro—. ¿El daño ocurrió en esta parte específica del campo?

—Sí. —«Joko lo mira, con la parte superior del cuerpo encorvada como para bajar los ojos a la altura de los de los imperiales»—. Los tallos cortos son signo de desarrollo inapropiado. Tiene buen ojo, Comandante Thrawn.

—¿Su mapa también incluye las ubicaciones de los ataques humanos al territorio afe?

Joko ajustó la caja. El enfoque del mapa se amplió. Otro toque en los controles y apareció una docena de puntos rojos pulsantes. Todos se encontraban al norte del campo donde ahora estaban parados los imperiales.

—Los más recientes son los de color rojo profundo.

—¿Sus contraataques sobre los seres humanos?

Aparecieron cuatro puntos azules, casi opuestos a los cuatro puntos rojos más al norte.

—Hemos soportado mucho —dijo Joko—. Sin embargo, al final teníamos que defender nuestra posición.

—Comprensible. —Patrones... y este patrón empezaba a emerger—. Estarán protegiendo algunos de sus poblados esta noche. ¿Dónde se estacionarán sus guardias?

«Joko se eleva cuan largo es».

—¿Por qué lo pregunta?

—Creo que puedo anticipar el plan de los conspiradores humanos para esta noche —contestó Thrawn—. Deseo ver su despliegue ajustarse a mis propios planes.

«Joko se queda en silencio unos segundos. Luego toca el control. Aparecen tres puntos amarillos en el mapa, uno en el punto rojo más al norte, los otros dos aún más al norte».

—Su audacia los lleva aún más cerca de nuestras ciudades principales —dijo—. Resguardaremos esos poblados con anticipación. También tendremos guardias en reserva para perseguirlos de regreso a su guarida y hacerlos caer en la trampa.

—Sí. —El despliegue coincidía con el patrón que el arte de la casa de reunión había indicado. Era un patrón que los conspiradores tal vez también habían aprendido a lo largo de los muchos años en que las especies habían convivido una al lado de la otra—. Ofrezco dos sugerencias. En primer lugar, no tenga guardias para persecución. Desplíéguelos tan sólo para proteger sus poblados.

—¿Nos niega el derecho a la respuesta?

—Creo que sus atacantes esperan atraerlos para que crucen la frontera y puedan asegurar que invadieron el enclave —dijo Thrawn—. Al permanecer en su lado, les negarán esa arma.

—Sin embargo, la evidencia demostrará que su ataque fue primero —dijo Joko—. No tenemos intención de causar lesiones. Nuestra persecución sería tan sólo para identificar a los invasores.

—No obstante, sigo aconsejando contención.

—¿Por cuánto tiempo, Comandante Thrawn? —«Los labios de pelambre de Joko se vuelven brevemente anaranjados»—. ¿Cuánto tiempo nos tendrá acobardados ante un enemigo?

—Terminará esta noche.

Los ojos de Joko se dirigieron de prisa hacia Vanto, luego hacia cada uno de los cinco stormtroopers que los escoltaban y luego regresaron a Thrawn.

—Esta noche.

—Esta noche. Mientras tanto, le ofrezco mi escolta para que la despliegue como desee en defensa de sus poblados. Le advierto que sus blásters estarán calibrados para aturdir. No mataré a nadie de ningún lado.

—Pero algunos de los seres humanos son criminales.

—Cuando se haya establecido su culpabilidad, enfrentarán la justicia del Imperio —dijo Thrawn—. Hasta entonces, no habrá asesinatos.

—Justicia imperial —«La voz y la postura corporal de Joko contienen reclamo»—. Muy bien, Comandante Thrawn. Acepto su palabra. Por ahora. ¿Usted regresará a su nave a pensar?

—No —dijo Thrawn—. El Alférez Vanto y yo pasaremos la noche aquí.

—¿Aquí, en nuestro mundo?

—Aquí, en este mismo lugar —contestó Thrawn—. ¿Dejará la estructura de reunión en su lugar actual para que la usemos?

—¿Por qué?

—Deseo observar los cultivos bajo la luz de la luna —comentó Thrawn—. A veces el espectro alterado ofrece pistas.

—No encontrará pistas de esa manera —dijo Joko—. Pero dejaré la estructura. Hagan lo que deseen.

—Gracias —dijo Thrawn—. Una última petición. Sé que muchos de sus pobladores viven en este distrito. Solicito que se vayan por esta noche.

—¿*Todos*?

—Todos —confirmó Thrawn—. Pueden subir a las colinas o cruzar el río, pero todos deben dejar esta área.

—Causará trastornos —dijo Joko—. Necesitarán abrigo y provisiones. Son muchas las familias y niños pequeños que deberán viajar.

—El desplazamiento será sólo por esta noche —dijo Thrawn—. Seguramente la gente del clan afe puede soportar una noche de dificultades a cambio del reclamo de sus territorios.

—¿Puede prometer una resolución tan rápida?

—Le prometo justicia imperial —dijo Thrawn—. Desplace a su pueblo. Me pondré en contacto con usted cuando puedan regresar con seguridad.

Cinco minutos después partieron los stormtroopers y los afes; los primeros, en el transbordador del *Thunder Wasp*; los segundos, en los antiguos speeders terrestres del clan.

—¿Alférez? —Thrawn lo invitó a hablar.

—Estás esperando que los conspiradores vengan aquí esta noche —dijo Vanto—. Probablemente en gran número.

—¿Por qué?

—Porque esperan que dictamines a favor de los afes y, por tanto, bloques su acceso al mineral —dijo Vanto—. Esta podría ser su última oportunidad y querrán aprovecharla al máximo.

—Muy bien —dijo Thrawn. La secuencia de Vanto estaba ligeramente equivocada, pero su conclusión era correcta—. Si han tenido experiencia con la justicia imperial, no esperarán un dictamen demasiado rápido. Pero una larga investigación evidentemente centrará su atención en esta región y evitará que regresen sin ser observados.

—Ah —meditó Vanto, mientras su confianza previa se alteraba un poco—. Ya veo.

—Pero tu conclusión relacionada con la invasión sigue siendo válida —dijo Thrawn—. ¿Qué concluyes de las plantas que no se desarrollaron por completo?

—Envenenamiento por metales pesados —dijo Vanto, con confianza renovada.

—Lo que indica aún más que el mineral se encuentra cerca de la superficie. Es extraño que nadie lo haya visto antes.

—Las necesidades metalúrgicas del planeta se satisfacen con otras minas más grandes —dijo Thrawn—. Tal vez no valga la pena desarrollar una veta de este tamaño.

—A menos que seas parte de un grupo de diez o veinte que tiene en la mira créditos fáciles.

—Sí. ¿Observaste el patrón en las incursiones de los seres humanos?

—Están avanzando cada vez más al norte —dijo Vanto—. Hacia los centros de población más grandes. Supongo que están tratando de provocar una reacción más fuerte de los afes.

—Sí —dijo Thrawn—. Reconocen que la respuesta habitual de los cypharis ante tales ataques es defender el último sitio atacado, además de los dos siguientes a lo largo de la ruta anticipada. La esperanza de los conspiradores es doble: alejar aún más la atención de este punto para que sus operaciones de minería permanezcan sin detectarse e inducir un ataque de los afes que produzca muertes humanas.

—¿Quieren que los afes *maten* a alguien? ¿Tan sólo para que puedan presentar un mejor caso en Coruscant?

—En parte —dijo Thrawn—. Es más significativo el hecho de que las costumbres y las tradiciones de los afes los llevarán a replegarse por la vergüenza y la culpa, lo que los pondrá en desventaja ante futuras negociaciones.

—Por eso es que aconsejaste a Joko que permaneciera en este lado de la frontera —meditó Vanto, mientras asentía—. Aunque no traten de matar, podrían manipularlos para que lo hagan. ¿Comprendiste todo eso del arte en la casa de reunión?

—Así es.



—Me gustaría que me enseñaras a hacerlo —expresó Vanto con tristeza—. Si estamos esperando compañía, ¿no deberíamos traer unos cuantos soldados de la armada o más stormtroopers?

—Nosotros dos seremos suficientes —dijo Thrawn—. No esperarán problemas. Vanto sonrió con sombrías expectativas.

—No —estuvo de acuerdo—. Me atrevo a decir que no los esperarán.

## CAPÍTULO 18

---

«Hay muchas historias y mitos acerca de los chiss. Algunos son exactos; las fuerzas gemelas de la distancia y el tiempo han erosionado otros. Sin embargo, un hecho siempre ha permanecido constante: el acercamiento a los chiss debe hacerse desde una posición de fuerza y respeto. Hay que mostrar fuerza, porque el chiss sólo tratará con quienes sean capaces de mantener sus promesas, y hay que mostrar respeto, porque el chiss debe creer que esas promesas se mantendrán.

»Habrán muchas diferencias culturales y, cuando un guerrero trate con el chiss, debe estar consciente de ellas, pero nunca caer en el error de creer que paciencia es igual a aceptación, o que todas las posiciones son igualmente válidas.

»Hay cosas en el universo que son simple y llanamente malvadas. Un guerrero no busca comprenderlas ni comprometerse con ellas. Tan sólo busca eliminarlas».

\* \* \*

Había tres speeders de superficie con la capota abierta; eran nueve hombres y tres mujeres en total. Eli y Thrawn miraron a través de la entrada de la casa de reunión mientras los intrusos conducían cuidadosamente por el sendero de plantas dañadas, forzando su paso entre los tallos dañados. Uno por uno, los vehículos se detuvieron, espaciándose por el corredor en intervalos de veinte metros. Los invasores bajaron, se dispersaron por el sendero y se pusieron a trabajar.

Eli había esperado que se presentaran los tres conspiradores que Thrawn había identificado en la reunión. Evidentemente, atraparlos en el acto habría facilitado mucho la presentación de cargos. Sin embargo, sólo el nervioso, Tanoo, estaba presente.

Aun así, el hecho de que los speeders de superficie hubieran avanzado directamente al campo, sin mostrar preocupación evidente por dejar daño visible en los tallos restantes, indicaba que Thrawn había tenido razón al concluir que esta sería la última excursión por un tiempo. La implicación adicional era que todos los que no estaban trabajando en las redadas de distracción probablemente se encontraban aquí.

Como los stormtroopers de Thrawn respaldaban a los afes, los invasores no iban a tener la escaramuza rápida y huida fácil que estaban esperando.

En realidad, había buenas posibilidades de que todo el grupo terminara capturado. Si Eli y Thrawn atrapaban a este grupo también, los imperiales terminarían con toda la conspiración esta noche.

No habría, por cierto, falta de evidencia. Cada uno de los asaltantes tenía atadas a la cintura dos largas bolsas cilíndricas, de unos quince centímetros de diámetros, que arrastraban por el suelo. Caminaban con firmeza a lo largo de las secciones asignadas de la veta de mineral, excavando con pequeñas paletas y echando sus premios en las bolsas.

—Interesante —murmuró Thrawn—. Tanoo no está cavando.

Eli enfocó sus electrobinoculares. Thrawn tenía razón. Tanoo iba de un lado a otro entre los excavadores, analizando con un sensor manual el material que extraían.

—¿Está revisando la calidad del mineral? —sugirió.

—Tal vez —contestó Thrawn, con voz pensativa—. Localiza su registro completo. Quiero una lista de sus áreas de conocimiento y experiencia.

—Sí, señor. —Eli bajó sus electrobinoculares y sacó su datapad. Ya habían revisado los perfiles ejecutivos de los tres conspiradores conocidos, lo que había presentado a Tanoo como un genetista de cultivos. El registro surgió y Eli lo ojeó... Frunció el ceño cuando algo le llamó la atención.

—Su educación secundaria fue en química orgánica.

—¿Alguna vez ha sido arrestado o acusado de algún crimen?

—No hay nada de eso aquí —dijo Eli. Una idea se le ocurrió e ingresó una nueva búsqueda—. No hay arrestos para Tanoo, pero su hermano mayor fue arrestado por... — Se quedó callado, con la garganta tensa mientras leía el resto de la entrada—. Su hermano mayor fue arrestado por posesión de especias —dijo—. Específicamente, una variedad rara, llamada scarn, que se forma debajo de los campos de granos.

Thrawn volvió sus brillantes ojos rojos hacia él.

—¿Campos de granos como este?

—Sí —dijo Eli, con el sabor de la bilis en el fondo del paladar. Las especias, en cualquiera de sus docenas de variedades, eran una plaga en la galaxia: una droga horriblemente adictiva por la que las víctimas mentirían, robarían, asaltarían y matarían—. Esta cosa es más bien un precursor de la especia. Al parecer, se requiere un poco de refinación y manipulación química para elaborar scarn real.

—Enséñame el método.

Eli desplegó el archivo y le entregó el datapad. Thrawn leyó en silencio unos minutos. Luego le regresó el datapad y sacó su intercomunicador.

—Habla el Comandante Thrawn —dijo en voz baja—. ¿Los transbordadores y stormtroopers que ordené están listos para volar? Bien. Envíenlos a esta ubicación para recuperar prisioneros. También agregue al Teniente Gimm a la escolta del TIE. Hagan el lanzamiento cuando esté listo. —Obtuvo confirmación de la llamada y regresó el intercomunicador a su cinturón.

Eli revisó rápidamente las cifras. Por lo general, el tiempo de preparación y viaje significaría que los transbordadores aparecerían en cuarenta minutos. La previsión de Thrawn para tenerlos listos debería acortar eso a la mitad.

—¿Cuántos stormtroopers vienen?

—Veinte —dijo Thrawn—. No sabía el tamaño de la conspiración cuando di las órdenes.

—Es mejor que sobren y no que falten —convino Eli. Veinte stormtroopers eran más que de sobra—. ¿El Teniente Gimm es uno de los nuevos pilotos TIE?

—Sí —dijo Thrawn—. También es el mejor que tenemos.

Eli frunció el ceño. Aquí, en las áreas abiertas de Cyphar, no se necesitaba exactamente un experto para manejar una misión de alta cobertura. ¿Thrawn esperaba resistencia en la forma de speeders aéreos del enemigo? Pensó en preguntar, pero decidió que sería igual de fácil esperar a ver y volvió a usar sus electrobinoculares para ver a los excavadores.

Habían hecho progresos considerables. Las grandes bolsas que arrastraban detrás ya empezaban a llenarse. Cuando llegaran los stormtroopers, muy bien podrían estar listos para escabullirse al otro lado de la frontera.

—¿Qué es eso? —Una voz distante azotó débilmente el campo vacío.

Eli hizo una mueca. A menos, por supuesto, que se asustaran y despegaran antes.

Se concentró en Tanoo. El hombre levantó la vista al cielo nocturno, mientras sacaba torpemente un juego civil de electrobinoculares de un bolsillo en su cintura. Se los llevó a los ojos...

—Ponlo en aturdir —dijo Thrawn en voz baja mientras sacaba su bláster—. Voy a ir cien metros a la derecha y tomaré posición detrás de esa piedra que marca la frontera.

—Entendido —dijo Eli. Recorrió el campo con la vista y localizó el obelisco rugoso a la orilla del campo.

—Tú permanecerás aquí —continuó Thrawn—. Yo me encargaré de los speeders de superficie, mientras tú apuntas a los asaltantes. Asegúrate de que ninguno de ellos se nos escape.

—Entendido —repitió Eli. Doce contra dos... y los doce invasores tenían blásters enfundados. Por un instante, deseó que Thrawn hubiera tomado esas probabilidades en cuenta—. ¿Atacamos juntos o uno de nosotros empieza?

—Yo empezaré —dijo Thrawn—. Tú sabrás cuándo abrir fuego.

Eli frunció el ceño.

—¿Lo sabré? ¿Cómo...?

Pero Thrawn ya se había perdido en la oscuridad.

Eli maldijo en silencio. Recargó un lado de su bláster contra la orilla de la entrada de la casa de reunión, esperando recordar lo que había aprendido mucho tiempo antes en las clases de armas que recibió en la Academia.

—¡Son transbordadores *Lambda*! —dijo Tanoo con ansiedad, mientras su voz se volvía casi un chillido—. Vienen dos. Todos ustedes: regresen a los speeders. Vamos, vamos, *apúrense*.

—Oh, deja de ladrar —rebatía alguien con desdén—. Probablemente es ese imp idiota que trae una cena tardía de buffet o algo así.

Las palabras apenas habían salido de su boca cuando Thrawn abrió fuego. Su primer disparo quemó la placa oxidada del speeder de superficie que estaba en la retaguardia, haciendo explotar el elevador repulsor de popa-estribor. Con un chirrido metálico, el frente del vehículo se elevó mientras esa esquina se clavaba en el suelo.

Los invasores más cercanos se sacudieron como si hubieran pisado una placa estática. Eli apretó los dientes y se preguntó si era entonces cuando debía hacer su aparición.

Antes de que pudiera decidir, Thrawn disparó de nuevo, inutilizando el mismo repulsor elevador en el vehículo que tenía enfrente.

Eso fue suficiente para Tanoo. Mientras gritaba algo incomprensible, se lanzó al tercer speeder terrestre, el más cercano a él, y trató de darle vuelta para regresar a la frontera. Pero como los vehículos inhabilitados bloqueaban el camino detrás y los tallos más altos y firmes a cada lado resistían los intentos de atravesarlos, tuvo problemas para escapar. De todos modos, siguió intentándolo, golpeando los tallos una y otra vez, ganando unos centímetros cada vez.

Los demás invasores no se pusieron nerviosos tan fácilmente. En cambio, corrieron deprisa hacia los vehículos inhabilitados, con las grandes bolsas arrastrando y rebotando detrás de ellos, mientras sacaban sus blásters y disparaban a las proximidades del lugar donde estaba oculto Thrawn, sin dejar de correr. Eli se puso tenso, pero estaban moviéndose y ninguno de ellos parecía particularmente bueno con las armas, de modo que todos los disparos pasaron de largo. Los invasores se pusieron a cubierto detrás de los speeders de superficie y se arrodillaron, agachándose aún más, mientras Thrawn cambiaba a un patrón estándar de fuego rápido diseñado para mantener inmóvil a un enemigo. Los invasores respondieron asomándose al azar y disparando fuego ocasional como respuesta.

Mientras ambos bandos entablaban la batalla, Eli se dio cuenta de que los invasores ahora se habían alineado ordenadamente dentro de su campo de fuego. Aun mejor, presionados contra los speeders de superficie y de rodillas, no sólo eran blancos estacionarios sino que también tenían capacidad limitada para moverse o escapar.

Sonrió con firmeza. Thrawn había tenido razón: *sabría* cuándo disparar. Apuntó el bláster al primer par y apretó el gatillo.

La configuración para aturdir tenía un rango efectivo mucho más ancho que un disparo de bláster estándar, lo que permitía que cada tiro derribara a dos invasores. Como estaban atentos a Thrawn y su ataque, más ruidoso y peligroso, los conspiradores perdieron a seis hombres bajo el ataque de Eli antes de que el resto reaccionara de pronto ante la nueva amenaza. Al instante, cambiaron la dirección de su fuego hacia la casa de reunión, forzando a Eli a lanzarse a un lado para evitar que le dieran. Golpeó el suelo con el hombro izquierdo, lo que sacudió todo su cuerpo y le hizo perder el blanco por un momento.

En retrospectiva, fue el movimiento equivocado. Hasta ese momento, su posición se había mantenido oculta; ahora estaba a espacio abierto. Los disparos martillaban contra la casa de reunión y el suelo alrededor mientras se movía lo más rápido posible sobre codos y rodillas hacia otra piedra de la frontera, a la izquierda de la casa de reunión.

Llevaba cinco metros recorridos en su loco avance, cuando se dio cuenta de que tal vez debió ir en dirección opuesta, pasando la línea defensiva de los invasores, para tratar de llegar hasta Thrawn. Allí, los dos podrían trabajar juntos para contener a sus oponentes hasta que llegaran los refuerzos del *Thunder Wasp*. Demasiado tarde para eso ahora. Mientras maldecía para sí mismo, siguió avanzando, haciendo muecas con cada disparo

que quemaba el aire o chisporroteaba en el suelo cercano... Entonces, de pronto, todo quedó en silencio.

Con cautela, se detuvo tambaleante. Seguía el silencio. Con aún mayor cautela, levantó la cabeza. Los hombres y mujeres que le habían disparado se encontraban dispersos por el suelo junto a los speeders de superficie. De pie encima de ellos, Thrawn apuntaba con el bláster a Tanoo, quien seguía atrapado.

Eli se puso de pie, sintiéndose como un tonto, se sacudió lo mejor que pudo y caminó hacia su comandante.

—Bien hecho, alférez —comentó Thrawn, con la vista y el bláster todavía fijos en Tanoo, quien, por su parte, había abandonado sus intentos de escapar y se inclinaba resignado sobre el volante de su speeder de superficie—. ¿Estás herido?

—No, señor —dijo Eli, mientras su rostro enrojecía. «¿Bien hecho?». Ni de cerca—. Lo siento, señor.

Thrawn le lanzó una rápida mirada.

—¿Por qué lo sientes? Ejecutaste tu parte a la perfección.

—Pero no le di a todos —señaló Eli—. Y cuando me dispararon fui en la dirección incorrecta.

—No esperaba que derrotaras a todos —le aseguró Thrawn—, y tu decisión de atraer el fuego lejos de mí fue lo que me permitió moverme a la posición donde logré poner fin a su resistencia sin que se dieran cuenta.

—Ah —dijo Eli débilmente, dividido entre el deseo reflexivo de decirle a Thrawn que no había sido una decisión en absoluto y la renuencia, igualmente reflexiva, de no discutir con su oficial al mando cuando lo estaba felicitando.

Thrawn no le dio tiempo de decidirse por alguna de las partes del dilema.

—Vamos —dijo—. Espero que el señor Tanoo esté preparado para hablar.

Sí lo estaba.

—No fue idea mía —gimoteó Tanoo, todavía doblado detrás del volante—. Fue de Polcery: ella es quien ideó todo.

—Sin embargo, tú eras quien refinaba el precursor de la especia para contrabando —dijo Thrawn—. Una vez que aprendiste la técnica de tu hermano.

—Me obligaron —gimió—. Yo no quería, pero me obligaron.

—La técnica es muy interesante —siguió Thrawn, como si Tanoo no hubiera dicho una palabra—. Un pequeño cambio en la formulación da un producto que parece scarn, pero con efectos fuertemente reducidos. Un hombre al que se le obliga a trabajar contra su voluntad podrá sabotear los esfuerzos y deseos fácilmente, pero no lo hiciste.

Tanoo se incorporó detrás del volante y, aun en la oscuridad, Eli distinguió el disgusto en el rostro. No le gustó que lo hubieran atrapado, y mucho menos que hubiera sido un alienígena.

—Eres un pequeño e inteligente imp, ¿verdad? Bien; nos atrapaste. ¿Ahora qué?

—Se les entregará a una corte para juicio.

—¿De qué nos vas a acusar?

—Posesión de sustancia ilegal —dijo Thrawn—. Asalto a los poblados afes y sus habitantes.

—No lo creo —dijo Tanoo—. Ve: no hay invasiones esta noche; Polcery creyó que pondrías algunos stormtroopers en guardia. Así que eso no está en la lista. Y la posesión de un precursor no es ilegal.

—¿De verdad? —dijo Thrawn—. ¿Alférez?

Eli ya había sacado su datapad. Una rápida búsqueda... ¡Demonios!

—Tiene razón, señor —dijo—. El precursor de la especia no es una sustancia ilegal. Se puede convertir a tantos otros productos, que su posesión es perfectamente segura y legal.

—Sin embargo, el producto que han creado *sí* es ilegal —señaló Thrawn.

—Tal vez —dijo Tanoo—. Pero nunca lo probarás. Ve: eso es lo que los demás están haciendo esta noche en lugar de molestar a los cypharis. Están ocultando todos nuestros productos donde nadie los encontrará jamás.

—Tal vez sí. —Thrawn estiró la mano hacia el speeder de superficie y arrancó el sensor del cinturón de Tanoo—. Tal vez no.

Tanoo se rio a carcajadas.

—Si crees que vas a revisar el enclave en busca de nuestros suministros, olvídale. El rango de esa cosa es de sólo veinte metros y, en todo caso, sólo registra precursores. Acéptalo: no tienes nada.

—Al contrario, tengo todo lo que necesito —dijo Thrawn con calma—. Veinte metros serán más que suficientes. Una última pregunta: ¿quién de tu grupo trajo a Cisne Nocturno para que los asesorara?

Los ojos de Tanoo se estrecharon.

—¿Cómo sabes de él?

—Contesta mi pregunta.

Tanoo frunció los labios.

—Scath —dijo—. Conocía a alguien que lo conocía a él y pensó que podía ayudar.

—Lo hizo —dijo Thrawn—. Pero no lo suficiente. Ya llegará su fin. El de ustedes acaba de llegar.

Con sincronización perfecta, los dos transbordadores y los tres TIE que los acompañaban pasaron volando sobre sus cabezas. Los transbordadores dieron la vuelta y se inclinaron hacia la superficie cerca de Thrawn, los cazas se elevaron de nuevo en formaciones de baja y alta cobertura.

Diez minutos después, los conspiradores inconscientes estaban a bordo del primer transbordador, con esposas firmemente unidas a muñecas y tobillos. Eli usó ese tiempo para revisar los speeders de superficie, en busca de contrabando o algo más que pudiera usarse contra ellos en la corte.

Sin embargo, no encontró nada aparte del material en las bolsas de recolección. A menos que hubiera algún retoque en la ley local que hiciera ilegal la posesión de un

precursor de especias, y si los demás realmente se habían quedado en casa en lugar de traspasar la frontera, entonces tal vez Thrawn no tendría nada.

—Todo asegurado, señor —informó el comandante de los stormtroopers mientras Tanoo subía la rampa del transbordador bajo los blásters de un par de guardias vigilantes y desaparecía en el interior—. ¿Órdenes?

—Regrese a los prisioneros al enclave por el camino a los poblados afes que he marcado —dijo Thrawn y le entregó una tarjeta de datos—. Si ve alguna batalla allí, intervenga a favor de los afes. Haga su mejor esfuerzo para tomar vivos a los atacantes humanos, pero tiene libertad de usar fuerza mortal si lo considera necesario.

—Sí, señor —dijo el comandante—. ¿Quiere que el otro transbordador se quede aquí?

—Que los acompañe —dijo Thrawn—. Habrá más prisioneros antes de que termine la noche, ya sea en los poblados o en el enclave. Conservaré al Teniente Gimm; tome los otros dos TIE como escolta.

—Sí, señor. —Se despidió con el saludo militar y caminó hacia los transbordadores, dando órdenes mientras avanzaba.

Minutos después, los transbordadores estaban de regreso en el cielo; los TIE volaban en formación, flanqueándolos.

—Ahora terminemos con esto —dijo Thrawn, dando golpecitos con el dedo en el sensor que le había quitado a Tanoo—. Vamos.

El Teniente Gimm esperaba junto a su TIE y se enderezó para hacer el saludo militar cuando Thrawn y Eli se acercaron.

—Me dijeron que necesita un piloto para un vuelo difícil, comandante —dijo.

—Así es —confirmó Thrawn—. Por el suelo que corre debajo de nuestros pies hay una veta de material que es un precursor de una variedad de especia llamada scarn.

El piloto se puso un poco más rígido.

—Sí, señor —dijo, mientras su voz se ensombrecía—. He escuchado de ella.

—Este sensor mostrará su presencia —continuó Thrawn—. Sin embargo, sólo tiene un rango de veinte metros o menos, por lo que se necesitará volar a ras del suelo. Es casi seguro que la veta no corra en línea recta, sino que haya giros y desviaciones por el camino. ¿Cree que pueda seguirla?

—¿Puedo ver el sensor?

Thrawn se lo entregó. El piloto lo miró, lo movió de un lado a otro alrededor y luego asintió.

—Sí, señor, puedo hacerlo —dijo—. ¿Me permite sugerir practicar un poco de tiro mientras vuelo sobre ella?

—Tomo en cuenta su entusiasmo y lo aprecio, teniente —dijo Thrawn—. Pero me han dicho que el precursor corre a profundidad en algunos lugares, y tengo entendido que cierto grado de calor es parte del proceso de refinación. No queremos convertirlo por accidente en el producto final, que es mortal.

—No, señor —dijo el piloto—. Si tan sólo quiere trazar un mapa, puedo hacerlo.



—Haremos mucho más que trazar un mapa, teniente —le aseguró Thrawn, mientras sacaba su comunicador—. Como dijo, práctica de tiro. Teniente Comandante Osgoode, habla el Comandante Thrawn. Tengo un interesante desafío para usted.

\* \* \*

Eli quedaría convencido después que se trató de la operación militar más demente de la que hubiera oído hablar. Pero funcionó.

Fue bastante espectacular desde tierra. Quizás lo fue aún más desde una órbita baja. Gimm voló su caza TIE por la tierra de cultivo, casi a ras de las puntas de los tallos en ocasiones, y luego siguió sobre pastizales, ciénagas y más cultivos. Voló en curvas suaves o en zigzags de vértigo, por donde el rastro los guio, siguiendo siempre la línea del precursor de la especia que acechaba desde el suelo.

Como una estela de cincuenta metros de largo, iba quedando una ola abrasadora de llamas que arrasaban el suelo mientras el fuego purificador de los turboláseres del *Thunder Wasp* labraban el mismo camino, con un punto focal que correspondía exactamente a las maniobras del TIE y enviaba el precursor al olvido.

Por la mañana, todo había terminado, tal y como Thrawn había predecido.

—¿Qué hace? —Joko exigió una respuesta. «Su voz tiembla»—. ¿Ataca nuestra tierra soberana a voluntad?

—He destruido la fuente de ganancias de los conspiradores —dijo Thrawn. ¿En verdad el jefe no veía el patrón ni comprendía el resultado?—. Una vez que haya desaparecido el precursor de la especia, ya no tendrán incentivo para buscar el control sobre los territorios de los afes.

—Ustedes nos atacaron —repitió Joko—. Destruyeron tierras de cultivo y dañaron casas y manantiales.

—Si no hubiera destruido todo el precursor de la especia, los ataques habrían continuado.

—El Imperio nos habría dado justicia sin destrucción.

—Sin la destrucción, la justicia hubiera sido temporal —dijo Thrawn—. El valor era demasiado grande para ser ignorado. Los ladrones habrían regresado, y cuando lo hicieran, habrían perdido más que tierras de cultivo.

—¿Qué más? —demandó Joko—. ¿Huertos? ¿Puentes?

—Vidas.

Joko lo miró en silencio unos segundos. Pero este era tenso, y había amargura debajo.

—Veo que se preocupa por mi gente —dijo finalmente—. Pero habría sido posible proteger vidas y tierras de diferente manera. Una *mejor* manera.

—Puede apelar mis acciones en Coruscant —dijo Thrawn—. Ellos pueden repudiarlas.

—Sin embargo, el daño permanecerá —dijo Joko—. Apelaré sus acciones. Rezaré para que nunca volvamos a encontrarnos.

Vanto estaba esperando cuando Thrawn salió del transbordador.

—Alférez Vanto —dijo Thrawn—. ¿Coruscant ha respondido a mi informe?

—Sí, señor —dijo Vanto, con voz oscurecida por la rebeldía—. Me temo que no están felices contigo.

—Sin duda su infelicidad aumentará cuando el Jefe Joko remita su reacción.

—Bien —dijo Vanto con un suspiro resignado—. No sólo no están felices; están furiosos.

—Como lo esperaba.

—Lo que es una locura —dijo Vanto, mientras la ira aparecía detrás del decoro—. Terminaste con el conflicto, expusiste una conspiración criminal y sacaste del mercado una veta entera de especia. ¿Qué más quieren?

—Quieren un comandante que siga los procedimientos —dijo Thrawn—. Uno que tome sus consejos.

—¿Y que obedezca?

—Tal vez —dijo Thrawn—. Me he dado cuenta de que muchos almirantes aspiran a ese rango porque desean ejercer control y autoridad. Esos líderes se ven amenazados si los oficiales de menor rango resuelven problemas difíciles sin ellos.

—Por supuesto, siempre están los políticos acechando a la vuelta de la esquina. —Vanto lo vio mientras permanecía pensativo—. ¿Y tú, comandante? ¿Por qué *aspiras* a un rango más alto?

Era una pregunta que muchos habían planteado con los años. Thrawn mismo se la había planteado. La respuesta nunca parecía satisfacer a quien preguntaba.

—Porque hay problemas que deben resolverse. Algunos de ellos sólo yo los puedo resolver.

—Ya veo. —Vanto se quedó en silencio un momento—. El Teniente Mayor Hammerly logró contenerlos por un tiempo porque dijo que estabas en consulta con el jefe local. Pero esperan que les devuelvas la llamada.

—Por supuesto —dijo Thrawn—. Lo haré de inmediato.

—¿Qué les dirás?

—La verdad.

Vanto había hecho finalmente la pregunta y no había quedado más satisfecho que quienes la habían planteado antes. Thrawn se preguntó si alguien alguna vez quedaría satisfecho o llegaría a comprenderla en realidad.

«La verdad». Eli frunció el ceño ante las palabras mientras avanzaban por el corredor central del *Thunder Wasp* hacia los cuarteles. «La verdad». ¿Cuándo le había hecho ganar algo a alguien?

Thrawn había dicho la verdad con mucha frecuencia desde que llegó al espacio imperial. Sin embargo, constantemente lo estaban llamando de vuelta a Coruscant para explicar sus acciones ante concejos de oficiales cada vez más hostiles. Sólo era por la intervención y el favor de personas como el Coronel Yularen que aún permanecía en la armada, sin añadir que lo hacía al mando de su propia nave.

«La verdad». No, la verdad nunca le hacía ganar nada a nadie. Todo lo que hacía era enfurecer a quienes preferían mentiras, confusión y retroceso con la esperanza de lograr que ellos mismos se vieran mejor. Hasta donde Eli sabía, así eran casi todos.

Adelante, la puerta del hangar se abrió y el Teniente Gimm salió por ella.

—Teniente —lo saludó Eli—. Excelente vuelo allá abajo.

—Gracias —dijo Gimm, con una extraña expresión en el rostro—. Qué bien que me encontré contigo.

—¿Tiene alguna pregunta, señor?

El labio de Gimm se retorció en una sonrisa irónica.

—No me recuerdas, ¿verdad?

Eli frunció el ceño, mientras estudiaba su rostro. No logró ubicarlo.

—No, señor —admitió—. ¿Debería reconocerlo?

—Eso pensé —comentó Gimm y se encogió de hombros de manera casual—. Por supuesto, estaba muy oscuro en ese momento y tal vez tenías otras cosas en mente.

Eli contuvo el aliento y de pronto lo comprendió.

—Usted fue uno de los cadetes que atacó al Comandante Thrawn.

—Por supuesto, niego eso categóricamente. —Gimm bajó la vista hacia la insignia de Eli—. Aún eres alférez.

—Un alférez al servicio del mejor comandante de la armada —contrató Eli con firmeza.

—Tal vez —dijo Gimm—. Aunque, por lo que he oído, está en el aire si *sigue* siendo comandante.

—Ya veremos —dijo Eli—. ¿Qué es lo que quiere?

—Nada, en realidad —dijo Gimm—. Sólo que supieras que no me echaron de la Academia, a pesar de lo que estoy seguro que fueron los mejores esfuerzos del Comandante Thrawn. En realidad, todo me resultó bien. El Comandante Deenlark logró mover sus influencias para que los tres fuéramos transferidos al entrenamiento de cazas estelares en la Academia Skystrike.

—¿De verdad? —dijo Eli—. El Comandante Deenlark hizo eso, ¿en serio?

La frente de Gimm se frunció durante sólo un momento. Luego se aclaró.

—Ah, ya veo. Crees que mi familia fue la que movió sus influencias. —Se encogió de hombros—. No importa, en realidad, siempre y cuando *alguien* las haya jalado. Pero no lo tomes tan a pecho, alférez. Llegar a ser comandante todo este tiempo es muy

impresionante para un alienígena de las Regiones Desconocidas. Si termina como teniente a cargo de la reparación de droides, bueno, aún tendrá sus recuerdos.

—Estoy seguro de que logrará más que eso —dijo Eli.

Gimm alzó las cejas.

—Estoy seguro de que logrará más que eso, *señor* —corrigió.

Con un esfuerzo supremo, Eli contuvo la súbita urgencia de golpear a Gimm y enviarlo al otro lado del corredor.

—Estoy seguro de que logrará más que eso, señor.

—Así está mejor —dijo Gimm—. Creo que ahora iré a tomar un trago con los *auténticos* oficiales. Buenas noches, alférez.

Se dio vuelta y se alejó por el pasadizo. Eli lo miró mientras una mezcla poco placentera de emociones se arremolinaba en su interior.

Thrawn había tenido razón. El hombre se *había* vuelto un extraordinario piloto de caza estelar. Sólo que quizás nunca sabría a quién tendría que agradecerse. En realidad, quizás se iría a la tumba pensando que había logrado engañar al pobre y tonto alienígena.

Con un suspiro, siguió hacia los cuarteles. Mientras, se preguntaba si alguien, en algún lugar, realmente estaba interesado en la verdad.

## CAPÍTULO 19

---

«Las alianzas son útiles en algunas situaciones; en otras, absolutamente vitales. Pero casi siempre debe tomárseles con precaución. Ese tipo de uniones se basan en la ventaja mutua. Mientras exista esta, la alianza permanecerá firme. Sin embargo, las necesidades cambian, las ventajas se desvanecen y llega un día en que un aliado ve que pueden obtenerse nuevos beneficios al traicionar al otro.

»El guerrero debe estar alerta a esos cambios, si quiere anticipar y sobrevivir a un golpe no anunciado. Por fortuna, las señales suelen ser evidentes a tiempo de planear y ejecutar una defensa.

»Siempre existe la posibilidad de que los cambios sirvan para acercar aún más a los aliados. Es raro, pero puede suceder».

—La mezcla cuatro es realmente la mejor —dijo Lady Teeyr Hem, mientras acariciaba con dedos largos y delgados de phindiana la botella que Arihnda le había traído—. Te estoy profundamente agradecida.

—Me complace verla feliz —dijo Arihnda—. En mi caso, estoy en deuda por su simpatía hacia los objetivos de Cielos más altos.

—Sus objetivos son muy parecidos a los míos y los de mi esposo —dijo Lady Hem, mientras seguía acariciando con suavidad el cuello de la botella—. Debes haber ido muy lejos para encontrar este vino en particular.

—Fue un placer —le aseguró Arihnda.

En realidad, *sí* fue todo un desafío, que incluyó viajes a casi treinta de las mejores tiendas de vinos del Distrito Federal y varias horas de estudio de etiquetas hasta que encontró la cosecha exacta, la mezcla y la textura que sabía que Lady Hem quería. Pero había valido la pena: la expresión en el rostro de la phindiana era invaluable.

—De todos modos, debo irme ya —agregó Arihnda, mientras se levantaba—. Tan sólo quería dejar esta pequeña muestra de mi aprecio y preguntar si el Senador Hem se había dado tiempo para leer el documento que le envié.

—Sí lo hizo —contestó Lady Hem, mientras sus dedos se deslizaban ahora por la textura de la etiqueta en la botella—. Creo que está de acuerdo con su agenda y sus planes. Pero hablaré con él sobre eso esta noche. —Parpadeó rápidamente, lo que era la versión de su especie de una amplia sonrisa—. Tal vez mientras bebemos una copa de vino.

—Esperaré noticias tuyas con ansias —dijo Arihnda y le devolvió la sonrisa—. Me despido, hasta que hablemos de nuevo, Lady Hem.

—Hasta luego, mi buena amiga Arihnda Pryce.

No fue sorpresa que Driller se horrorizara.

—¿Dos mil créditos por una botella de *vino*? —Pareció ahogarse mientras veía el recibo de Arihnda—. ¿Te volviste *loca*?

—Los phindianos son una especie muy desarrollada tecnológicamente y muy dedicada a su familia —le recordó Arihnda—. Ambas cosas cuentan al doble para el Senador Hem. Una simple botella del vino favorito de su esposa y casi lo tendremos en nuestro bolsillo.

—No exactamente una *simple* botella —masculló Driller—. ¿Esto por lo menos te dará acceso a su oficina?

—Estoy esperando una invitación para el fin de semana —le aseguró Arihnda—. Y sí, estoy segura de que podré obtener algunas cifras de su parte sobre el presupuesto militar de la armada y el grado de apoyo del Senado. Las cifras *secretas*, no las que llega a ver el público.

—Estupendo —dijo Driller—. Es importante saber adónde va el dinero para que podamos ver qué queda para escuelas y hospitales.

—Por supuesto —dijo Arihnda y sonrió para encubrir la súbita oleada de indignación. ¿*Realmente* creía que era inocente y estúpida? Al parecer, así era—. ¿Hay alguien más a quien quieras que hable de Cielos más altos?

—Veamos —dijo, mientras estudiaba su datapad—. Un par de gobernadores están de visita. Son del Borde Medio, no demasiado difícil. O..., ah. ¿Qué tan grande es el pez tras el que te gustaría ir?

—¿Qué tan grande es el pez que tienes?

—El más grande —dijo él mirándola detenidamente—. Por el que una vez ibas a dejarme hasta que se cayó el ofrecimiento que te hicieron: el Gran Moff Tarkin.

Arihnda sintió que su estómago se paralizaba. *Tarkin*. En un momento absolutamente perfecto.

—Guau —dijo, mientras intentaba la mezcla exacta de despreocupación e interés—. Seguro, ¿por qué no?

—«¿Por qué no?». Porque tiene reputación de masticar a los activistas y los pequeños burócratas y escupirlos en tiras de carne perfectamente rectas —la previno Driller—. No se parecerá a ninguno de los encargos programados que has hecho últimamente. Será más parecido a una pelea de perros.

—Los encargos programados son divertidos —dijo Arihnda—. Pero, también me gustan las peleas de perros. ¿Puedes hacer que me reciba?

—Creo que sí —contestó Driller—. ¿Estás segura?

Arihnda sonrió.

—Confía en mí —dijo—. Siempre he querido conocer a Tarkin.

\* \* \*

Arihnda había aprendido que existían muchos tipos de trucos políticos y militares que se usaban para intimidar, presionar y poner a los visitantes en desventaja; Tarkin los conocía todos.

Empezaba con su oficina: la larga caminata desde la puerta; la alfombra gruesa y con textura que parecía arrastrarse a los pies del visitante y amenazaba con tropezarlo a cada paso; la luz del sol que se reflejaba en las esquinas de anaqueles y vitrinas y del escritorio, mientras el sitio de los reflejos se desplazaba, parpadeaba y distraía. Los objetos en los anaqueles y estantes representaban la siguiente capa: recuerdos de los triunfos pasados de Tarkin, una procesión de recordatorios de su poder. Aquí y allá, distinguió algún artefacto antiguo y valioso que había comprado, robado o del que había despojado a alguien. Otra lección más: el hombre conseguía lo que quería.

Era una exhibición impresionante, sobre todo si se consideraba que el gran moff tal vez sólo usaba esta oficina unas cuantas semanas al año. Su oficina principal, desde la que controlaba un gran territorio del Borde Exterior, debía ser aún más intimidante.

Al final del lugar, sentado en una silla de respaldo alto mientras la veía acercarse, estaba Tarkin. Arihnda pensó que si la oficina por sí sola no era suficiente para poner a los invitados a la defensiva, el primer vistazo al hombre probablemente lo sería. La cara demacrada, el pelo entrecano, los labios delgados y los ojos acerados eran como una imagen de la muerte a la espera; las doce placas de su insignia marcaban un contraste engañosamente colorido con el verde oliva oscuro de su uniforme; la quietud de la expresión y el cuerpo mientras la veía acercarse hacía pensar en la de un depredador de la jungla, preparándose para atacar.

Era una exhibición impresionante de poder e intimidación, que sin duda funcionaba bien con casi todos lo que se atrevían a entrar en su santuario; Arihnda intentaba ser la excepción.

—Gobernador Tarkin —lo saludó mientras se acercaba al escritorio—. Aprecio que se tome el tiempo de recibirme.

—Señorita Arihnda Pryce —devolvió el saludo. La voz coincidía con la frialdad del rostro—. Entiendo que representa un grupo de activistas llamado Cielos más altos.

—Eso es, por supuesto, lo que piensan —convino Arihnda—. En realidad estoy aquí para representarme a mí misma y para hacerle el mejor ofrecimiento que recibirá hoy.

La expresión de él no cambió, pero sus ojos parecieron enfriarse más.

—En realidad —dijo él—. Creo que tal vez sobrestima su encanto.

—Oh, no utilizo mi encanto, gobernador —le aseguró Arihnda—. Utilizo la información. —Sacó una tarjeta de datos de su bolso y la colocó sobre el escritorio—. He aquí un ejemplo. Esperaré con gusto mientras le echa un vistazo.

Por un momento, él se quedó en silencio, viéndola a los ojos. Luego, una pequeña sonrisa arrugó sus labios.

—Tiene todo el crédito por el ingenio —dijo y recogió la tarjeta de datos—. Tome asiento.

Arihnda se acercó a la silla en la esquina del escritorio y se sentó, tratando de impedir que la aprehensión que sentía aflorara a la superficie. Estaba noventa por ciento segura de que había interpretado correctamente las motivaciones de este hombre, pero el diez por ciento restante podría llevarla al éxito o acabar con ella.

Tarkin la miró otro momento, luego deslizó la tarjeta de datos en la computadora.

—Por lo menos no es tan obvia como para intentar un programa de robo de datos —comentó.

—En absoluto. —Arihnda sacó otra tarjeta de datos y la colocó sobre el escritorio—. *Esta* es la que tiene el programa de robo de datos. Es el folleto y la agenda de Cielos más altos que supuestamente debí darle.

La frente de Tarkin se arrugó brevemente.

—¿En verdad? —dijo, con tono intrigado—. ¿Quién es usted, exactamente, señorita Pryce?

—Alguien que quiere hacer un trato que nos beneficie a ambos —dijo Arihnda—. Pero por favor, mire la información en la tarjeta. Es una probada de lo que tengo para ofrecer.

De nuevo, Tarkin la miró un momento antes de regresar su atención a la computadora. Arihnda se sentó en silencio, observando cómo él desplazaba la vista de un lado a otro de la pantalla mientras repasaba el archivo. Durante su estancia en Cielos más altos, había llegado a ser buena para interpretar expresiones, humanas y no, por igual, pero la de Tarkin también podría haber sido una máscara teatral.

Llegó al final y volteó de nuevo hacia Arihnda.

—Interesante —comentó.

—¿Le pareció informativo? —preguntó Arihnda.

—Difícilmente —dijo él—. Ya casi sabía todo esto.

Arihnda sintió un apretón en el estómago.

—Ya veo.

—No se preocupe tanto —dijo Tarkin con otra sonrisa—. Es algo bueno. Prueba que ha entrado con éxito en los registros del Gobernador Naslings y también le da credibilidad a una o dos cosas que yo no sabía. No, mi comentario estaba dirigido a la habilidad de sus patrones. ¿Cómo llegaron a crear un programa de robo de datos tan inteligente?

—Imagino que trajeron a alguien para que los ayudara —respondió Arihnda—. Verá, creo que son rebeldes.

Por el más breve de los momentos, un atisbo de emoción cruzó por la cara de Tarkin. Luego la máscara regresó a su lugar.

—Rebeldes —repitió.

—Sí, Su Excelencia —dijo Arihnda—. Pero no se preocupe. Todo lo que tienen es el esqueleto del archivo de datos. Tan sólo lo suficiente para mantenerlos felices con mi trabajo y que sigan enviándome con otros funcionarios. —Se atrevió a sonreír—. Y que sigan financiándome, por supuesto. Los sobornos pueden ser costosos.



—Sobre todo en Coruscant —estuvo de acuerdo—. ¿Así que este es un programa de robo de datos de doble capa?

—Exactamente —contestó Arihnda—. Un socio lo dispuso en una capa que cubre la versión de los Cielos más altos. La idea de traerlo la dio otro socio. Ambos preferirían permanecer en el anonimato —agregó, como si fuera una idea secundaria.

El anzuelo funcionó como esperaba. Tarkin se reclinó en su silla, mientras clavaba la mirada en los ojos de ella.

—Estamos mucho más allá del punto de la timidez —dijo con frialdad—. Sus nombres.

—El programa fue elaborado por órdenes del Coronel Wullf Yularen, de la Dirección de Seguridad Imperial —dijo Arihnda—. Quien me aconsejó traer los resultados ante usted fue el Comandante Thrawn.

—Ah —dijo Tarkin, su voz cayó unos cuantos decibeles—. Así que deja caer los nombres de dos individuos altamente respetables con la esperanza de que crea que tiene amigos y benefactores poderosos. ¿Cuál de ellos sugirió *eso*?

—Ninguno —dijo Arihnda, que empezaba a sudar un poco—. Siempre he considerado que usted es el único benefactor que necesitaría.

Para su alivio, él le lanzó otra débil sonrisa.

—Gracias por no suponer que seríamos alguna vez amigos. —La sonrisa se desvaneció y una pequeña arruga cruzó su frente—. Interesante lo del Comandante Thrawn. Estuvo en Coruscant hace apenas unas semanas, explicando sus acciones ante otro panel de corte marcial.

—¿Qué hizo? —preguntó Arihnda. Había tratado de mantenerse al tanto de las actividades de Thrawn pero no había oído ni un susurro sobre esta.

—Quemó una veta de la especia scarn en algún territorio alienígena —dijo Tarkin—. Directo y eficiente. No es astuto políticamente, como a algunos les gustaría.

—¿Cuál fue el resultado?

—Fue absuelto, por supuesto —dijo Tarkin—. No le agrada de manera especial al Alto Mando, pero les resulta difícil discutir sus resultados. Al Emperador parece agradarle, además. ¿Qué es lo que él y nuestro buen Coronel Yularen esperan de usted a cambio de su ayuda?

—El Coronel Yularen quería los datos, por supuesto —respondió Arihnda—. Estaba sumamente interesado en mi exploración no oficial, por decirlo así, de los políticos más importantes del Imperio.

—Supongo que no se los ha entregado.

—Aún no —dijo Arihnda—. Pensé que le gustaría revisarlos antes. Tal vez extraer unas cuantas cositas que podría usar para... —Se encogió de hombros—. Digamos que para bien del Imperio.

—Muy noble de su parte —dijo Tarkin—. ¿Y el Comandante Thrawn?

—Es sorprendentemente fácil complacerlo —comentó Arihnda—. Todo lo que pidió fue que se aceleraran las reparaciones de su nave y un ascenso muy demorado para su

asistente. Lo primero ya lo he arreglado con algunos de mis otros contactos, pero aún hay cierta resistencia política para lo segundo.

—¿Resistencia a un ascenso militar? —preguntó Tarkin con incredulidad—. ¿Cuál de nuestros estimados políticos tiene tanto tiempo y energía de sobra?

—El Moff Ghadi —dijo Arihnda, mientras miraba atentamente a Tarkin.

Era todo lo que había esperado. Más aún: el rostro de Tarkin se puso rígido y sus ojos brillaron y se entrecerraron. Ya sabía que había rivalidad entre los dos hombres. No se había dado cuenta de lo profunda y amarga que era en realidad.

—El Moff Ghadi —repitió Tarkin—. Debí adivinarlo.

—Tengo información sobre él, por supuesto —dijo Arihnda, con voz que mantuvo su tono casual—. Fue uno de los primeros políticos que tomé como blanco.

—¿Trae esa información consigo?

—Justo aquí —dijo Arihnda, tocó el bolsillo de la cadera y luego sacó el datapad—. Pero pensaba que tal vez antes le interesaría escuchar una grabación que hice hace unos meses. —Tecló algo y subió el volumen.

«Más vale que esto sea importante», la voz de Ghadi surgió de la bocina. «Quiero decir, *endemoniadamente* importante. Estoy así de cerca de hacer que latiguen a Otllis por despertarme, y no quieres saber lo que quiero hacer contigo».

«Es importante», contestó la voz de Arihnda. «Tenía razón: Cielos más altos mantiene bajo vigilancia a muchas personas importantes. He encontrado los archivos».

«Por supuesto que tenía razón. ¿Algún motivo para que esta revelación no hubiera podido esperar para más tarde?».

«Tal vez pudo esperar. Pero pensé que querría escuchar lo antes posible acerca del archivo de Tarkin».

«¿Tienen un archivo de *Tarkin*? ¿Qué hay en él?».

«No lo sé. Este tiene un cifrado diferente de todo lo demás que he encontrado. Pero si es como los otros que he podido leer, es probable que contenga muchos secretos. Cosas que Tarkin no querría que alguien más supiera».

«Perfecto. Sí, por supuesto que quiero esos archivos».

«Así lo pensé. Puedo cotejarlos con los demás archivos que he podido encontrar, pero preferí asegurarme de que usted quería este».

«No seas estúpida. Tienes el arma que necesito para acabar con Tarkin y prefieres saber si lo *quiero*. Ponlo en una tarjeta de datos y tráelo a mi oficina. *Ahora mismo*».

«Sí, Su excelencia. Pero como le dije, en este momento es ilegible. Si me da tiempo, tal vez pueda descifrarlo».

«Tan sólo tráelo. Yo lo descifraré. Veamos qué tan alto y poderoso es el Gran Moff Tarkin cuando le esté empujando sus sucios secretitos por la garganta».

«Muy bien, Su Excelencia».

—Con eso basta —dijo Tarkin en voz baja.

Arihnda apagó la grabadora.

—Imagínelo —dijo, medio en serio y medio en broma—. Un alto funcionario conspirando para usar material ilegalmente obtenido con el fin de acabar con otro alto funcionario.

—Siendo lo bastante tonto, además, como para permitir que se grabe la conspiración. —Tarkin se le quedó viendo—. Noté que la voz de usted no era tan fácilmente identificable como la de él.

—Una falla de la grabadora.

—Por supuesto —dijo Tarkin—. Dígame, ¿qué es lo que le dio exactamente?

—Absolutamente nada —aseguró Arihnda—. Eran completos galimatías envueltos en lo que parecía una capa de cifrado avanzada. Tal vez siga tratando en encontrar una frase coherente.

—Ya veo —murmuró Tarkin—. Así que el Coronel Yularen obtendrá datos sobre los políticos del Imperio. El Comandante Thrawn obtendrá el ascenso de su asistente. Yo tendré los datos de Yularen antes que él, además de la satisfacción de borrar al Moff Ghadi de la faz de la galaxia. —Alzó las cejas—. No hemos hablado aún de usted. ¿Qué es lo que quiere por esto?

—Su mecenazgo y apoyo —dijo Arihnda—. La satisfacción de saber que he ayudado a los verdaderos poderes a seguir gobernando el Imperio. —Hizo una pausa—. Y si lo encuentra útil y conveniente, me gustaría la gubernatura de Lothal.

—Lothal —repitió Tarkin, se inclinó de nuevo hacia delante y tecleó en su computadora—. No es exactamente la petición trepidante que esperaba. ¿Por qué allí?

—La rivalidad entre el Gobernador Azadi y el Senador Renking costó a mis padres su empresa minera y los obligó a dejar su hogar —dijo Arihnda, mientras una inesperada oleada de ira crecía en su interior. Pensaba que había dejado atrás las emociones de esa traición. Al parecer, no era así—. Hacerme gobernadora de Lothal humillará al primero y me facilitará la tarea de derribar al segundo.

—Una visión clara de los propios objetivos es importante en un gobernador —dijo Tarkin secamente—. Pero las gubernaturas son bienes valiosos. Mucho me temo que esto no es suficiente. —Dio unos golpecitos en la tarjeta de datos que estaba sobre su escritorio.

—Pensé que si eso no llegaba a ser suficiente —Arihnda suspiró a fondo y sacó otra tarjeta de datos—, esto sí.

—¿Y es...?

—Todo lo que el Imperio siempre ha querido saber acerca de Lothal —le informó Arihnda—. Sus minas y refinerías, incluidas las minas calladas y secretas de las que nadie habla y sobre las que nadie paga impuestos ni aranceles. Su infraestructura y sus fábricas, incluidas cifras de producción y clasificaciones de eficiencia. La estructura bancaria y la manera en que se han ocultado o desaparecido los activos. Su gente, incluidos los marcos sociales, y cuáles especies se llevan o no se llevan entre sí. Resúmenes de exploraciones arqueológicas en las áreas del norte que sugieren la presencia de recursos minerales inexplorados, en terrenos protegidos o no. —Se enderezó

en su silla y colocó la tarjeta sobre el escritorio de Tarkin—. El Imperio está uniendo los mundos del Borde Exterior. Así que también sería lo más fácil e indoloro posible. Para todos.

—Interesante —dijo Tarkin, pero no hizo movimiento alguno para tomar la tarjeta—. Algunos considerarían eso una traición a su mundo de origen.

—Prefiero pensar que es lealtad a mi nuevo mundo.

—Bien dicho —dijo Tarkin, aprobatoriamente—. Si puedo decirlo así, su sincronización es impecable. Porque resulta que esa gubernatura en particular pronto estará vacante.

—¿El Gobernador Azadi se está retirando? —preguntó Arihnda con el ceño fruncido. No había escuchado sobre eso.

—Sí —dijo Tarkin—. Al parecer, más bien en contra de su voluntad.

—Interesante —meditó Arihnda. No era que Azadi no se lo mereciera. Ya fuera que hubiera intervenido activamente en el arresto de su madre y la pérdida de su compañía, o que simplemente se hubiera hecho a un lado mientras otros en su oficina hacían el trabajo sucio, aun así se lo merecía—. ¿Renking?

—Tal vez —dijo Tarkin—. Tal vez otras razones. Aun así, el Senador Renking *está* buscando la gubernatura. —Alzó las cejas—. Me pregunto quién de ustedes la desea más.

—Le he dado los medios para acabar con el Moff Ghadi —dijo Arihnda y se esforzó para mantener la calma bajo el súbito destello de furia y frustración. No perdería *ahora*. Sobre todo, no perdería ante Renking—. Tengo información interna sobre otros moffs, gobernadores y senadores. Le he dado Lothal. Yo quiero esa gubernatura, Su Excelencia. ¿Qué más necesita?

—Oh, mucho más, señorita Pryce —le aseguró Tarkin—. Hay mucha gente en el poder a quien me gustaría conocer mejor. Por fortuna, ahora la tengo a usted.

Arihnda apretó los dientes. Había empezado como lacaya de un senador; ¿ahora se le estaba ofreciendo el trabajo de lacaya de un gran moff?

—Su Excelencia...

—Por supuesto, como gobernadora tendrá mucho mejor acceso a esa gente que como activista —continuó—. Sí, puedo ver que esto es ventajoso para ambos.

Arihnda dejó escapar un suspiro silencioso. Así que había estado jugando con ella. Debió saberlo.

—Me da gusto que lo apruebe, Su Excelencia.

—Por supuesto, pasar de una simple civil a gobernadora planetaria es un gran paso —continuó Tarkin—. Aun así, tiene mucha experiencia y contacto con los poderosos del Imperio, además de la ventaja de ser oriunda del mundo en cuestión. Tal vez empezaremos por designarla gobernadora interina antes de concederle el título definitivo.

—¿Por cuánto tiempo? —preguntó Arihnda.

—Oh, unos cuantos meses —contestó Tarkin y se encogió de hombros—. Un año a lo sumo. Por supuesto, técnicamente, se supone que esos nombramientos deben pasar por el Palacio, pero no veo razón para que debamos molestar a los burócratas. Necesitará pasar

una buena cantidad del primero o segundo años en la oficina, aquí en Coruscant, aprendiendo los detalles de su nuevo puesto.

—¿Mientras reúno también los datos que quiere?

—Una corta ausencia de Lothal no debe ser problema —continuó Tarkin—. Hay varios ministros allí, y cualquiera de ellos puede dirigir las cosas mientras usted cumple su parte de nuestro trato. Lo único que necesita es elegir uno antes de regresar a Coruscant.

Arihnda sonrió. La gubernatura de Lothal, una oportunidad clara de acabar con Renking y tener que vivir entre la elite de Coruscant por más tiempo. De habérselo propuesto, no lo hubiera planeado mejor.

—Creo que tenemos un acuerdo, Su Excelencia.

—Así es —Tarkin le tendió una mano—. El resto de sus datos, por favor.

—Aquí está la mitad —dijo Arihnda y sacó dos tarjetas de datos más de su bolsillo—. Le daré la otra mitad una vez que se me haya confirmado en la gubernatura.

—Por supuesto —dijo Tarkin—. Encajará muy bien aquí, señorita Pryce. ¿O debo decir Gobernadora Pryce?

—Gracias, Su Excelencia —contestó y se levantó—. Ahora, si me disculpa, tengo que hacer un encargo más. Estoy segura de que, en todo caso, querrá echar un vistazo a esas tarjetas de datos. —Las señaló—. Ah, y la grabación del Moff Ghadi está en la segunda tarjeta. Deberá tener especial cuidado con ella.

Cuando Arihnda llegó, Juahir caminaba por el tapete central del Dojo Yinchom, con una bolsa de papel en la mano.

—Hola, Arihnda —la saludó Juahir—. ¿Saliste temprano?

—No, terminé un trabajo y estoy por empezar otro —dijo Arihnda—. ¿Te fue bien en tu entrenamiento?

—Excelente —dijo Juahir—. El Senador Xurfel inscribió a sus dos nuevos guardaespaldas con nosotros esta mañana. Tuve que pasarlos por la trituradora para ver qué tan buenos eran.

—¿Y?

—Tienen potencial, aunque no están a la altura de los estándares de Coruscant —dijo Juahir—. Pero los pondremos en forma. ¿Entre qué trabajos te encuentras?

—Bueno, estuve en la oficina del Gran Moff Tarkin ayer —dijo Arihnda—. Tuvimos una conversación agradable.

—Sí, eso oí —dijo Juahir, alegremente—. Driller me comentó que logró hacer que te recibiera. Felicidades.

—Gracias —dijo Arihnda—. No ha pasado mucho hoy, así que pensé en venir por aquí.

—Estupendo —dijo Juahir—. ¿Entrenamos un poco o vamos a almorzar?

—Ni una ni otra —dijo Aarihnda—. Vamos a arrestar a alguien.

—¿A quién?

—A ti.

Vio que Juahir quedaba boquiabierto mientras el Coronel Yularen y sus agentes entraban silenciosamente en el dojo detrás de ella.

—Aarihnda, ¿qué estás haciendo? —preguntó Juahir con cuidado.

—Estamos arrestando a una traidora —contestó Aarihnda—. Una mujer que ha estado usando su trabajo de entrenamiento para sobornar o chantajear guardaespaldas de alto rango y enviarlos a espiar a sus jefes. —Alzó las cejas—. Y, en ocasiones, tratar de matarlos.

—¿Qué? —Juahir respiró profundo, mientras sus ojos se abrían mucho y su piel adquiría el color de la ceniza.

—El guardaespaldas del Senador Evidorn, Kaniki —intervino Yularen sombríamente, mientras se acercaba a ellas—. Trató de matar al senador esta mañana. Al parecer, su adoctrinamiento sobre los males del Imperio fue *demasiado* efectivo.

—Nunca le dijimos que matara a alguien —protestó Juahir—. Se suponía que debía reunir información para... —se interrumpió y lanzó una repentina mirada de comprensión a Aarihnda.

—Así es —le confirmó Aarihnda—. Yo soy quien sacó los datos que Driller y Cielos más altos han estado reuniendo y los entregó al Departamento de Seguridad Imperial. Ahora mismo están arrestando a Driller y todos los demás relacionados con el grupo, pero dado el incidente con Kaniki, el Coronel Yularen decidió que quería arrestarte personalmente.

—Aarihnda...

—Sólo quiero saber una cosa —dijo Aarihnda, mientras la garganta empezaba a dolerle de pronto por la emoción contenida—. ¿Alguna vez fuiste mi amiga? ¿O siempre fui una herramienta para ti?

Juahir la miró mientras los agentes del DSI la rodeaban por atrás, con esposas en las manos.

—Sí, era tu amiga —dijo en voz baja—. No estaba relacionada con... esto... hasta después de que el Senador Renking te despidió. Eso fue horriblemente injusto. Me mostró lo corrupto que era todo el sistema. Después Driller se me acercó y...

—¿Driller y Cisne Nocturno? —la interrumpió Yularen.

Juahir volteó a mirarlo.

—Driller mencionó a alguien con ese nombre. Pero, sólo hablamos de lo que podíamos hacer para arreglar las cosas. Para lograr que el Imperio fuera mejor para todos.

—Entonces pensaste en mí y te imaginaste que podían usarme —dijo Aarihnda—. Pobre Aarihnda Pryce, naufraga a la deriva en los pozos arremolinados de Coruscant. La tonta perfecta.

—No fue así.

—Pero se acerca bastante —dijo Aarihnda y miró a Yularen—. Ya terminé. Gracias.

—Espera —suplicó Juahir mientras los agentes del DSI la conducían a la puerta—. Arihnda, yo era tu amiga. Te ayudé cuando necesitaste a alguien. ¿Puedes ayudarme ahora?

Arihnda levantó la mano. Yularen hizo lo mismo y los agentes se detuvieron.

—He aquí lo que haré, Juahir —dijo ella—. El Coronel Yularen va a interrogarte. Si le cuentas todo, *todo*, te enviará a prisión en lugar de hacer que te ejecuten.

El rostro de Juahir palideció aún más.

—Arihnda...

—Voy en camino al poder ahora —la interrumpió Arihnda—. Si logro mis objetivos, podré mover las influencias suficientes y sacarte en unos años. Si no... —Se encogió de hombros.

—¡Arihnda!

Yularen ya había hecho un ademán y los hombres empezaron a avanzar de nuevo. Arihnda permaneció en su lugar, sin voltear, hasta que la puerta se cerró detrás de ella.

—¿Qué hay con ella? —preguntó Yularen.

Arihnda se dio vuelta, pestañeando para apartar las lágrimas repentinas. H'sishi estaba de pie, en silencio, junto a la entrada de su oficina, mirándolos.

¿Yularen acababa de pedirle *a ella* un consejo? Por supuesto. Yularen y Tarkin habían estado en contacto por el asunto de Cielos más altos, y aunque el nuevo estatus de Arihnda no se había anunciado oficialmente, tal vez ya le habían dado la noticia al coronel.

—El Comandante Thrawn dijo que ella no sabía nada, ¿o no?

—Esa fue su conclusión, sí —dijo Yularen.

—¿Encontró usted algo en los registros que contradijera eso?

—No.

—Entonces supongo que podemos dejar que se vaya —Arihnda levantó un dedo de advertencia hacia la togoriana—. Pero, le recomiendo que deje Coruscant lo antes posible. Su antigua empleada podría tratar de echar parte de la culpa sobre sus espaldas. Le hace ese tipo de cosas a sus amigos.

—Gracias —dijo H'sishi con seriedad—. Señorita Arihnda, Coronel Yularen. —Se dio vuelta y desapareció en su oficina.

Arihnda sonrió. *Señorita Arihnda*. Un título insignificante, un barniz de respeto que se superponía a un desdén más profundo y casual. Era el título de las pequeñas y sin poder, pero ahora había terminado con él... para siempre. *Gobernadora Pryce*. Sí, ese estaba mejor. Mucho mejor.

«Otra semana», Eli se había acostumbrado repetirse, «otra misión».

Esta vez eran contrabandistas, pequeñas pandillas que trabajaban fuera de oscuros sistemas. El *Thunder Wasp* había resultado especialmente bueno para erradicar esas plagas del comercio imperial, y aparentemente Coruscant había tomado nota.

Por supuesto, Thrawn debía por lo menos parte de ese éxito al propio talento de Eli para identificar y rastrear entregas y suministros. Eso había llevado a ataques exitosos contra no menos de cuatro operaciones de contrabando, tres de las cuales habían incluido doonium para el mercado negro. Y dos de los cuales, además, aparentemente habían incluido a Cisne Nocturno.

Eli frunció el ceño. Todo esto de Cisne Nocturno empezaba a salirse de las manos. El *Thunder Wasp* había llegado a tiempo de cerrar uno de los proyectos que detectó Eli, pero llegó demasiado tarde para detener el otro antes de que lo cerraran definitivamente. Lo peor era que Eli había identificado por lo menos otras cinco operaciones que parecían encajar con el patrón de Cisne Nocturno y que estaban fuera del área de patrullaje del *Thunder Wasp* y, por tanto, más allá de la capacidad de Thrawn para derrotarlo.

Thrawn siempre enviaba advertencias a los comandantes de los sectores afectados. Sin embargo, las comunicaciones solían ser demasiado lentas, las naves estaban demasiado ocupadas con otros asuntos o los comandantes simplemente no le creían. Con el DSI sólo era marginalmente mejor, y aun allí por lo general sólo era el Coronel Yularen quien tomaba los informes con seriedad.

Thrawn siempre hablaba de patrones y conexiones. Después de casi cuatro años a su servicio, Eli apenas estaba adquiriendo la habilidad de distinguir esos patrones. Otros en la armada no eran tan astutos. Posiblemente nunca lo harían.

El enigma que Eli ni Thrawn habían sido capaces de resolver era por qué Cisne Nocturno estaba tan obsesionado con quitarle el doonium al Imperio y qué quería el Imperio con esa cosa.

No construían naves con él. Cada vez que Eli repasaba las cifras, la cantidad de doonium que el Imperio estaba reuniendo excedía por mucho cualquier necesidad posible. ¿Lo estaban acumulando contra alguna necesidad futura en las naves? Las discusiones de Thrawn en el Palacio... ¿el Emperador planeaba algo especial? ¿Una serie de expediciones en las Regiones Desconocidas, quizás? Había demasiadas preguntas para las que Eli no tenía respuesta.

Sin embargo, esas preguntas palidecían ante la que se levantaba ante ellos hoy. Es decir, la pregunta de por qué los habían convocado súbitamente a él y Thrawn de regreso a Coruscant.

No podía ser por el incidente en Cyphar. Ya habían absuelto a Thrawn de mal comportamiento por sus acciones allí. ¿Yularen había descubierto algo nuevo acerca de Cisne Nocturno que quería compartir personalmente? ¿O el Alto Mando había decidido que estaban cansados de que Thrawn siguiera concentrado en el hombre y querían que dejara de acosar a los otros comandantes tan sólo porque creía que no estaban haciendo su trabajo?



O tal vez Eli había cruzado alguna línea invisible en sus búsquedas y análisis del tema. El hecho de que se hubiera ordenado específicamente que apareciera con Thrawn era más que desconcertante.

—¿Sabe de qué se trata, señor? —murmuró Eli a Thrawn mientras un grupo de altos funcionarios llenaban el salón.

—No —dijo Thrawn—. Pero me parece interesante que también te hayan convocado. Así que también Thrawn lo había notado. En realidad, no era sorprendente.

—Trata de interpretar la expresión de sus rostros —murmuró Thrawn.

Eli suprimió una mueca. Lo estaba tratando de hacer desde que los funcionarios empezaron a presentarse. Concentró su atención en el almirante a la cabeza y estudió la expresión y el lenguaje corporal del hombre. Entonces contuvo el aliento y su análisis se detuvo cuando apareció en la entrada el último hombre de la fila: el Gran Moff Tarkin.

De pronto, todas las apuestas quedaron deshechas. Técnicamente, el título de Tarkin era de civil y su puesto le daba autoridad sobre una gran porción del Borde Exterior. Pero también llevaba un uniforme de la Armada Imperial, sus deberes y autoridad abarcaban lo civil y lo militar. Eli se preguntó qué área representaba hoy.

La almirante en el centro esperó hasta que todos estuvieron sentados. Luego se puso de pie.

—Nos hemos reunido esta mañana —dijo—, para rendir honores especiales a dos de los nuestros.

Eli pestañeó. ¿Honor? ¿Así que *este* no era otro comité de interrogación o corte marcial?

—Nunca algún oficial de la Armada Imperial ha logrado tanto éxito en tan poco tiempo —continuó la almirante.

Eli sintió un susurro de alivio, mezclado con un atisbo de melancolía. Así que de esto se trataba. Habían llamado a Thrawn para recibir otro ascenso. No era que Eli considerara que no merecía el reconocimiento. Al contrario, lo merecía de sobra. Aparte de la piedrita en el zapato que era Cisne Nocturno, su historial consistía en una cadena intacta de triunfos contra los enemigos del Imperio.

—Por tanto, es un gran placer que este concejo le confiera al Comandante Thrawn el rango de comodoro. Felicidades, Comodoro Thrawn.

Allí estaba. Eli sonrió y trató de mostrarse feliz (en realidad lo estaba), mientras se unía al aplauso. Venir hasta Coruscant a algo que, para Thrawn, era ya muy común, parecía excesivo, pero por lo menos podían regresar ahora al espacio. Incluso mientras la almirante daba un paso adelante y entregaba a Thrawn su nueva insignia, Eli empezó a recorrer mentalmente los archivos que debían llevarlos al siguiente nido de contrabandistas.

—También es un honor y privilegio —continuó la almirante— para este concejo rectificar una situación que se ha omitido por mucho tiempo.

Eli frunció el ceño, y los pensamientos de listas y manifiestos de suministros se desvanecieron. ¿Thrawn se había metido en algo de lo que Eli no había oído?

—Por tanto, con igual placer este concejo confiere al Alférez Eli Vanto...

Eli contuvo el aliento. Estaba sucediendo. Finalmente estaba sucediendo. Después de todo este tiempo, finalmente lo estaban ascendiendo a teniente.

—... el rango... —«Teniente Vanto». El sonido en su cabeza era como un trago de agua fría y cristalina después de una sesión en el dojo. «Teniente Vanto»...— de teniente comandante.

Eli sintió que todo su cuerpo se ponía tenso. ¿Qué había dicho la almirante? «¿Teniente comandante?». Era imposible. Nunca se había oído que un alférez saltara tantos rangos a la vez, debió escuchar mal.

—Felicidades, Teniente Comandante Vanto —terminó la almirante.

La insignia en la mano extendida de la almirante era por supuesto de teniente comandante.

—Felicidades —repitió Thrawn detrás de él.

—Gracias, señor —logró decir Eli—. Y gracias a usted, señora.

Hubo más: unos cuantos discursos cortos de los demás en el concejo, más felicitaciones, visiones agitadas del glorioso futuro que les esperaba a todos. Eli no escuchó nada.

Para su leve sorpresa, Tarkin se quedó después de que todos los oficiales se hubieron ido.

—Felicidades, comodoro —dijo el gran moff y saludó con la cabeza a Thrawn—. También a usted, teniente comandante —añadió en dirección de Eli.

—Gracias, Su Excelencia —dijo Thrawn.

—Gracias, Su Excelencia —repitió Eli.

—Una bonita ceremonia —continuó Tarkin—. Me da gusto haber asistido. La Gobernadora Arihnda Pryce le envía saludos y sus felicitaciones.

—Me preguntaba si lo haría —comentó Thrawn. Eli observó que había un atisbo de algo en su voz. ¿Una especie de broma privada entre él y Tarkin?—. Confío en que ella se encuentre bien.

—Bastante bien —dijo Tarkin—. Se está preparando con impaciencia para su nuevo puesto.

—Me complace que las cosas le hayan funcionado.

—A mí también. —Tarkin extendió la mano y tocó la nueva insignia de comodoro en el pecho de Thrawn—. Considere esto un premio adicional.

—Gracias, Su Excelencia —dijo Thrawn—. Por favor dé las gracias a la gobernadora cuando la vea de nuevo.

—Lo haré —dijo Tarkin—. Ahora creo que tiene que tratar con algunos enemigos del Imperio. Que tenga buena cacería.

Con un movimiento final de cabeza en dirección de Thrawn, se dio vuelta a la izquierda.

—Una vez más, felicidades, Teniente Comandante Vanto —dijo Thrawn—. Ojalá que la espera haya valido la pena.

—Por supuesto, señor —dijo Eli. Distante, se preguntó qué diría el Teniente Gimm cuando viera por primera vez el nuevo rango del antiguo alférez. Tal vez nada. No había mucho que le pudiera decir a un oficial superior. Pero definitivamente valdría la pena ver su expresión.

—Ahora es mejor que vayamos a nuestra nueva nave —continuó Thrawn y se dio vuelta hacia la puerta—. Hay mucho que aprender.

Eli frunció el ceño.

—¿Nuestra nueva nave?

Thrawn se dio vuelta, con una sonrisa medio divertida y medio concedora en su rostro.

—Veo que no estabas prestando atención al final. Creo que no. Nos han transferido, comandante. Ahora soy capitán del destructor estelar del Imperio *Quimera*.

Eli contuvo la respiración. ¿Le habían dado a Thrawn un DEI?

—No, eh... felicidades, señor.

—Gracias, comandante —dijo Thrawn, con creciente diversión—. ¿Nos vamos?

—Sí, señor.

Se dirigieron a la puerta.

—¿A qué se refería el Gran Moff Tarkin cuando dijo que tu ascenso era un premio adicional? —preguntó Eli.

—Creo que tan sólo fue una broma.

—Ah —dijo Eli. Un destructor estelar era una de las mejores asignaciones posibles, casi el más alto pináculo del éxito que la Armada Imperial podía ofrecer. Por supuesto que sería un honor y un privilegio servir a bordo de uno. Y más como teniente comandante.

Se prometió a sí mismo que antes de que dejaran el *Thunder Wasp*, se aseguraría de buscar al Teniente Gimm.

## CAPÍTULO 20

---

«En la guerra, difícilmente se puede obtener una victoria sin aliados. Algunos proporcionan ayuda directa y las dos fuerzas pelean lado a lado. Otros proporcionan apoyo logístico, como armas, equipo de combate o alimentos y otras cosas necesarias en la vida. A veces el uso más efectivo de un aliado es una amenaza, y su sola presencia crea una distracción u obliga a un enemigo común a desplegar recursos lejos del campo de batalla principal.

»Sin embargo, permanecer junto a un aliado no necesariamente significa que siempre se estará de acuerdo con él, con sus objetivos o sus métodos».

La alarma del *Quimera* se había silenciado cuando Eli llegó al puente. «Otro día», pensó, cansado, mientras salía del carro turboelevador, «otra crisis». La vida bajo el liderazgo del Comodoro Thrawn era bastante excitante, pero había ocasiones en que la persecución y captura de piratas y contrabandistas empezaban a sentirse rutinarias y hasta un poco aburridas.

Pero hoy no era sólo otro día, ni otra crisis. La primera advertencia de que algo serio estaba pasando fue que el grupo se reunió alrededor de Thrawn junto a la cápsula de hologramas del puente de popa. No sólo estaba allí el Oficial Mayor de Comunicaciones Lomar, sino también la Primera Oficial Karyn Faro y el Comandante de los stormtroopers Ayer.

Thrawn lo miró a los ojos y le hizo señas para que se acercara.

—Teniente Comandante Vanto —dijo con seriedad—. El Teniente Mayor Lomar acaba de recibir una llamada de auxilio del transporte de tropas *Sempre*. El capitán informa que están bajo ataque.

Eli lanzó una mirada a la pantalla de despliegue táctico. Si la posición y los vectores eran exactos, estaban a dos horas de distancia de la escena.

—Supongo que nadie más está cerca, señor.

—Nadie con suficiente poder de fuego. —Thrawn hizo un ademán hacia Lomar—. ¿Teniente mayor?

—El *Sempre* ha identificado a sus atacantes como la fragata *Castilus* y dos escuadrones de cazas estelares V-19 —informó Lomar—. Puede haber más: los atacantes tienen bloqueadores de comunicaciones activados y las transmisiones del *Sempre* son turbias. Mi gente está depurando y filtrando las grabaciones ahora, así que de haber alguien más allí, lo descubriremos. —Lanzó una mirada misteriosa hacia Thrawn—. Su última transmisión decía que habían abierto una brecha y los estaban abordando.

—Las naves atacantes se reportaron como robadas hace ocho semanas —añadió Thrawn.

Eli frunció el ceño. Había algo en la voz del comodoro...

—¿Lo hizo Cisne Nocturno?

—Tal vez —dijo Thrawn—. El plan fue muy ingenioso, lo que indicaría que metió la mano en su elaboración. Pero, haya estado o no detrás del robo, no creo que esté interviniendo en este ataque. Los ataques demasiado violentos no son su estilo.

—Los estilos pueden cambiar, comodoro —dijo Faro, con voz enérgica y un toque de impaciencia—. Además, con el debido respeto, no veo cómo el punto de partida de las naves importa ahora tanto como el hecho de que le están disparando a nuestra gente.

Eli hizo una mueca. Habían heredado a la Comandante Faro con el *Quimera*. Había servido como primera oficial bajo el capitán anterior. Nunca era demasiado insubordinada, pero tampoco estaba lejos de esa línea. Se suponía que un primer oficial no debía poner en duda los comentarios de Thrawn, mucho menos en público.

Thrawn simplemente inclinó la cabeza en dirección de ella.

—Ya estamos avanzando a la mayor velocidad posible en el *Quimera* para ayudar, comandante —informó—. Su origen nos permitirá anticipar sus objetivos y futuras acciones.

—Es un transporte de tropas, señor —intevino Faro, con un atisbo de impaciencia aún presente—. Creo que su objetivo podría ser matar unos cuantos soldados imperiales.

—Tal vez sí —dijo Thrawn—, tal vez no. —Hizo un ademán en dirección de Ayer—. Me parece que este transporte en particular encierra algo de misterio.

—Sí, señor —convino Ayer y miró con incomodidad a Eli—. Como le dije al comodoro, Comandante Vanto, el *Sempre* no está transportando tropas.

—¿Está vacío?

—No, señor.

Eli lanzó una mirada fugaz a cada uno de los demás.

—¿Perdón?

—No puedo decir nada más, señor. A ninguno de ustedes —agregó Ayer, con una mirada aún más incómoda a Thrawn.

—El mayor Ayer ha recibido una comunicación directa de Coruscant, pero no está en libertad de compartir el contenido con nosotros —comentó Thrawn—. Nuestras órdenes son entregarlos a él y a sus stormtroopers al *Sempre* mientras nos encargamos de las naves atacantes.

—Entendido, señor —dijo Eli, mientras una sensación poco placentera pareció depositarse sobre sus hombros. Las comunicaciones que estaban fuera de la cadena normal de mando siempre lo ponían nervioso—. ¿Qué pasa si necesitan ayuda a bordo?

—No la necesitaremos, señor —le aseguró Ayer.

—¿Y si la necesitan? —insistió Eli.

—No será así, señor —repitió Ayer. La disculpa había desaparecido de su voz y su nuevo tono dejó en claro que había puesto punto final al tema—. No puedo decir más.

—Estoy seguro de que se nos informará en el momento apropiado —dijo Thrawn—. Hasta entonces, nuestra tarea consiste en llegar hasta el *Sempre* antes de que lo aplasten por completo. Comandante Faro, haga una revisión completa de las armas y el personal de artillería. Debemos estar listos para el combate en el momento en que llegemos a la escena del ataque. Teniente Comandante Vanto, póngase en contacto con ingeniería. Si hay alguna manera de aumentar la velocidad del *Quimera*, aplíquela.

Una hora y cuarenta minutos después, el *Quimera* llegó para encontrarse con que todas sus órdenes eran ahora irrelevantes. El *Sempre* navegaba a la deriva, muerto en el espacio. Su tripulación yacía dispersa por toda la nave; no había sobrevivientes. Los compartimientos de las tropas estaban vacíos. Por supuesto, hacía mucho que las naves atacantes se habían ido.

—Qué extraño —comentó Vanto, mientras él y Thrawn se abrían paso entre uno de los montones de cuerpos. Una vez que se hubo disipado la necesidad de discreción (cualquier secreto del que se hubiera tratado), Ayer permitió con renuencia que los dos se unieran a sus stormtroopers mientras terminaban de limpiar la nave—. Hay quemaduras de bláster en algunos de los cuerpos, pero no en todos.

—Sí, ya observé eso —dijo Thrawn—. Varios de los últimos también tienen heridas en cabezas y torsos.

—Como si los hubieran golpeado físicamente —dijo Vanto. Señaló las marcas de sangre en una sección cercana de un mamparo—. Y luego tenemos esos. Como si la mayoría de las víctimas golpeadas tuvieran cabezas y cuerpos aplastados contra las paredes y los mamparos.

—Ten en cuenta, también, que algunas de las marcas están más arriba de lo que corresponde a la altura de las víctimas —observó Thrawn—. Esa marca en particular. ¿Ves un patrón en ella?

Vanto se acercó a la pared y levantó la vista hacia la marca indicada. «Su frente se arruga mientras piensa. Sus dedos flotan sobre la marca, como si la trazara mentalmente».

—Más sangre que en casi todas las demás. Esas manchas parecen marcas de dedos. ¿Alguien habrá tratado de escribir en la sangre?

—Tal vez —dijo Thrawn.

La marca era borrosa y parecía incompleta, como si hubieran interrumpido a quien la escribió. O tal vez no quería escribir. Evidentemente no parecía una letra o combinación de letras con las que estuviera familiarizado. Aunque si el autor se hallaba herido, eso explicaría la distorsión. Pero ¿por qué una persona herida decidiría escribir tan alto? Si no era una palabra o el principio de una palabra, tal vez sería un símbolo o un glifo.

Thrawn pasó la vista por los cuerpos estropeados. Como Vanto había señalado, a dos los mataron con blásters y a los demás los mataron a golpes. Ninguno tenía la altura

suficiente para haber hecho la marca con facilidad. Vanto había llegado a la misma conclusión.

—Diría que esto lo hizo uno de los atacantes o uno de los pasajeros.

—Tal vez una revisión de los cuarteles de las tropas nos dé una respuesta —dijo Thrawn—. Vamos.

Un stormtrooper montaba guardia ante la escotilla que llevaba a los cuarteles.

—Lo siento, señor —dijo el stormtrooper. «Su voz filtrada es tensa e imperiosa»—. No se permite la entrada a nadie.

—Soy el Comodoro Thrawn. Deseo entrar.

—Lo siento, señor, pero tengo órdenes.

—Le estoy dando nuevas órdenes, stormtrooper —le indicó Thrawn—. Los pasajeros se han ido. El secreto que se les ordenó guardar en relación con el *Sempre* ya no importa. Los oficiales y la tripulación del Imperio están muertos, algunos de sus propios colegas entre ellos. La justicia y la venganza por el ataque dependen de la información. Parte de esta se encuentra detrás de usted, al otro lado de esa escotilla.

—Lo siento, señor, pero tengo órdenes —repitió el stormtrooper. «Su voz no contiene reconocimiento de la urgencia de la situación».

—Soy su comandante, stormtrooper —dijo Thrawn—. ¡Hágase a un lado!

«Vanto se contrae ante el volumen y la vehemencia repentinos. El stormtrooper también reacciona con sorpresa. Rápidamente se aparta de la escotilla».

—Gracias —dijo Thrawn. Él y Vanto dan un paso dentro—. ¿Desapruebas mis palabras y mi tono?

—No desapruedo ninguno de los dos, señor —dijo Vanto—. Tan sólo me sobresalté. Nunca antes te había escuchado gritar con furia.

—No estaba enojado —replicó Thrawn—. Algunas personas no entienden razones. Otras se niegan a considerar las alternativas a su patrón de conducta normal. En esos casos, un rompimiento inesperado de los patrones propios puede ser una herramienta efectiva. ¿Qué ves?

Vanto se paró en el centro del área de dormir. Giró lentamente la cabeza, con los ojos descansando en las filas de literas de tres pisos.

—Esos no son racks de tamaño estándar. Son por lo menos medio metro más grandes. Además, creo que los racks transportadores de tropas estándares tienen cuatro pisos en lugar de tres.

—Sí —dijo Thrawn—. Estos cuarteles están evidentemente diseñados para pasajeros más grandes.

—Tampoco tienen el aspecto de ser temporales —dijo Vanto—. Los racks están fijados a las paredes, la cubierta y el techo. ¿Para qué tipo de pasajeros estaba diseñado el *Sempre*...? —«Se interrumpe. Sus ojos se fijan en el conjunto de grilletes puestos en las paredes junto a dos conjuntos de racks. Los dedos se aprietan con súbita tensión»—. No eran pasajeros —murmuró—. Eran prisioneros.

—No sólo prisioneros —dijo Thrawn—. Esclavos.

Faro estaba esperando cuando Thrawn y Eli regresaron al puente.

—Informe, comandante —ordenó Thrawn.

—Tengo el análisis del ataque, comodoro —dijo Faro y desplegó un esquema en la pantalla del sensor—. Al parecer, el fuego más dañino vino de los V-19: desactivaron los generadores del campo, el hiperimpulsor y los motores para velocidades inferiores a la de la luz; la fragata sirvió principalmente como distracción.

—No es inesperado —dijo Thrawn. Luego miró a Eli—. *Nikhi*.

Mentalmente, Eli negó con la cabeza. Después de tantos años hablando básico, todavía surgían palabras ocasionales que se le escapaban.

—A pesar de —le brindó la respuesta.

Thrawn asintió, agradecido.

—A pesar de lo que indica la doctrina militar establecida, si un escuadrón de cazas bien entrenado logra penetrar defensas de punto, suele ser más efectivo para desencadenar su poder que las naves capitales. Observen que la destrucción deliberada del hiperimpulsor indica que su objetivo nunca fue capturar la nave para su propio uso.

—Estaban aquí para liberar a los esclavos —murmuró Eli.

—Exactamente —dijo Thrawn—. ¿Había algo aquí que indicara las especies de origen de los atacantes o los métodos de entrenamiento?

—Ah, no se distinguió nada, señor —contestó Faro, con el ceño fruncido—. Ni siquiera estoy seguro cómo haríamos para determinar eso.

—Hay maneras —dijo Thrawn—. Las discutiremos más tarde. —Volteó hacia Lomar—. ¿Teniente mayor?

—Hemos terminado de depurar el audio del *Sempre* —informó Lomar—. Hay media docena de especies que pudieron hacer los sonidos obtenidos, pero sólo los wookiees coinciden con el tamaño que describió para los esclavos.

—Bien. —Thrawn sacó su datapad—. En ese caso, esta marca de sangre puede interpretarse como un emblema, en lugar de escritura. Muy bien. Comandante Vanto, a la computadora.

—Sí, señor. —Eli se sentó ante la terminal más cercana—. Listo.

—Los esclavos habrán venido de Kashyyyk —dijo Thrawn, entrecerró los ojos mientras recorría las páginas de su datapad—. Pero tendrá que haber un centro de procesamiento externo que examine la salud y otras calificaciones antes de enviarlos a su destino final. Use Kashyyyk y nuestra posición actual como extremos y busque la ubicación del centro probable.

—A menos que tuvieran prisa, no hay razón para que hubieran venido directamente —señaló Faro—. Pudieron haberlos procesado en cualquier lugar, desde aquí hasta Alderaan.

—La prisa no es tan problemática como la eficiencia, comandante —dijo Thrawn—. Si ha habido un flujo constante de tales transportes... —Hizo una pausa y siguió



recorriendo páginas—. De todos modos, modificaron permanentemente el *Sempre* para transportar wookiees o criaturas de su mismo tamaño. También parece razonable que el centro de procesamiento sea igualmente permanente. ¿Comandante Vanto?

—He extraído todo dentro de un doble cono de noventa grados, señor —informó Eli—. Hay *muchos* sistemas allí.

—Será una base militar —dijo Thrawn—, propiedad del Imperio y operada por él. Estará relativamente aislada, cerrada al tráfico externo y con una cantidad más elevada de material importado del que sugeriría el complemento de la tripulación enlistada.

—¿Por qué no busca simplemente envíos de comida para wookiee? —sugirió Faro.

—No creo que haya algo especial en la comida de los wookiees, señora —comentó Eli mientras seguía ingresando los parámetros—. Aunque lo hubiera, los envíos se disfrazarían como maquinaria u otros artículos. No sirve de mucho tener un centro secreto de esclavos si se anuncia a la galaxia que se está alimentando a un montón de bocas adicionales.

—Precisamente —dijo Thrawn. Eli observó que él seguía mirando su datapad, pero había terminado de pasar las páginas velozmente. Seguramente había encontrado lo que buscaba—. También es probable que haya otra base imperial cercana, menos secreta pero más grande y lo suficientemente cercana para proporcionar una rápida respuesta, si es necesario.

—Sí, señor. —Eli introdujo los parámetros finales—. Eso nos da... Lansend Veintiséis. Es una vieja estación de aduanas de la que se apropiaron los separatistas durante la guerra y la convirtieron en un área de preparación. El Imperio la recuperó pero no ha hecho mucho con ella.

—Hasta ahora —murmuró Faro—. ¿Cree que debemos prevenirlos de que vaciaron otro de sus transportes, señor?

—Haremos más que eso —dijo Thrawn—. Comuníquese con el timonel, Comandante Vanto, para que nos lleve a Lansend Veintiséis a toda la velocidad posible.

—Sí, señor —confirmó Eli. Marcó por el intercomunicador y dio las órdenes.

—¿Para qué se dirigirían allí los atacantes, señor? —preguntó Faro—. ¿No sería más probable que pasaran por alto la estación y llevaran a los wookiees a algún planeta de refugio?

—Supone que ya tienen todos los wookiees que quieren —contestó Thrawn.

—¿Quiere decir que cree que van a atacar la estación para liberar más prisioneros? —preguntó Faro, con el ceño fruncido.

—Considérelo, comandante —dijo Thrawn.

Eli ocultó una sonrisa. Conocía ese tono.

—Sin ayuda, habría sido casi imposible sacar al *Sempre* del hiperespacio en el punto preciso en el que los atacantes estaban esperando —continuó Thrawn—. Esa ayuda debió venir de Lansend o del mismo *Sempre*. En todo caso, la conclusión es que los atacantes tenían un aliado y un saboteador a bordo de la estación.

—Si sigue allí —dijo Faro, mientras asentía con comprensión—, ¿por qué no sabotear también las defensas de la estación?

Thrawn inclinó la cabeza hacia ella.

—Muy bien, comandante.

—Si tienen un saboteador a bordo, ¿no deberíamos prevenirlos? —intervino Lomar—. A ellos o a... Comandante Vanto, ¿el comodoro tenía razón en que había otra estación cerca?

—Sí —dijo Eli—. La base Baklek, a unos veinte minutos de vuelo.

—Debemos mantener el silencio de las comunicaciones —dijo Thrawn—. No deseamos alertar a los invasores de que los estamos persiguiendo.

—Con todo el debido respeto, señor, esto aún suena un poco forzado —comentó Faro—. Si alguien sabotó al *Sempre*, es muy probable que Lansend captara la misma llamada de auxilio que nosotros y que ya se hayan imaginado que tienen un problema. Atacar un transporte desprevenido es una cosa; hacerlo con una estación que está preparada y dispuesta es algo más.

—De acuerdo —convino Thrawn—. No obstante, creo que harán el intento.

—¿Porque son idealistas entrometidos y locos, y eso los vuelve suicidas?

—No —respondió Thrawn—. Porque nos dijeron que lo harían.

Faro lanzó una mirada sorprendida a Eli.

—¿Qué?

—El dibujo dejado entre los cuerpos —le informó Thrawn—. Ahora sabemos que los atacantes eran wookiees. La marca que encontramos era un símbolo de clan, subrayado por una marca que indicaba peligro o desafío.

Eli hizo una mueca cuando descubrió el sentido de lo que indicaba Thrawn.

—¿Y el desafío termina en venganza?

—Con culturas tribales como la de los wookiees, es muy frecuente —confirmó Thrawn—. Aunque no haya más wookiees que rescatar a bordo de la estación, buscarán vengarse de quienes participaron en la caza de esclavos. Como aún existe la posibilidad de que la estación esté desprevenida de sus acciones, deben atacar lo antes posible.

—Sólo que Lansend *podría* estar preparada para recibirlos —señaló Eli.

—Esperemos que así sea —dijo Thrawn—. En cualquier caso, espero que lleguemos a tiempo de atrapar a los atacantes en el acto.

—Todavía no hay señales de la estación —informó Vanto. «Su voz está llena de vida ante la expectativa de la batalla, el tono es un atisbo del remolino de posibilidades y patrones que gira en su mente»—. Salimos en quince segundos.

—Sistemas de armas y tripulantes preparados —dijo Faro—. Escuadrones TIE listos para el lanzamiento.

—Señal a la base Baklek en espera —dijo Lomar—. Mensaje pregrabado cargado y listo.

Un parpadeo de líneas de estrellas, y el *Quimera* llegó. Para encontrar que la batalla había empezado.

—La base está bajo ataque —dijo bruscamente Vanto—. Lectura de una fragata y veintidós cazas V-19. Los cañones láser de estribor de la base están hechos basura; las armas de babor siguen disparando.

—Lancen los TIE —ordenó Thrawn—. Su prioridad es inhabilitar la fragata sin destruirla. Envíe señal a la base Baklek y añada los detalles del Comandante Vanto a la alerta. Envíe señal a Lansend y solicite estatus.

En muchos casos, la estrategia de ataque de un oponente traicionaba su origen. Aquí, la batalla ya había degenerado en el caos y cada caza atacante se había convertido en su propio estrategia y táctico. Sin embargo, aun en el desorden a gran escala podrían encontrarse patrones y conexiones locales. Thrawn estudió los movimientos de los V-19, buscando repetición y posibilidades de predicción.

—*Quimera*, habla el Coronel Zenoc. —«La voz de la bocina del puente es tensa, pero sin pánico»—. Bienvenidos. Llegan en el momento adecuado.

—Coronel, habla el Comodoro Thrawn —dijo Thrawn—. Tiene un saboteador en su estación.

—La encontramos, la desarmamos y la encerramos —dijo Zenoc—. Por desgracia, no antes de que deshabilitara las comunicaciones de rango amplio y apagara el sistema de defensas del lado de estribor. Se supone que debemos llamar a la base Baklek, ¿puede lanzarles un silbido por nosotros?

—Ya lo hice —le informó Thrawn—. Necesito los planos de su base.

—Correcto —respondió Zenoc—. Van en camino. Incluyo una transmisión de sensor interno en tiempo real.

—Muy bien —dijo Thrawn—. ¿Comandante Vanto?

—Están entrando planos y transmisión de sensor ahora mismo —informó Vanto.

Los planos aparecieron, con puntos móviles que indicaban la posición de atacantes y defensores.

—Han abierto una brecha en la escotilla de embarque de estribor —continuó Zenoc—. Hasta ahora estamos resistiendo, pero nos han hecho retroceder. Parece que tratan de derribar nuestras defensas de babor para enviar otra partida de abordaje desde ese extremo y atraparnos en una pinza.

—Mis cazas están enfrentando a esos atacantes —comunicó Thrawn—. ¿Comandante Vanto?

—La fuerza de V-19 a babor se ha dividido —informó Vanto—. La mitad ha dado vuelta para enfrentar a los TIE, la otra mitad sigue atacando las defensas de la estación. Los V-19 de babor han dado vuelta para defender a la fragata.

—DEMASIADO TARDE —gritó Faro. «Su voz contiene una sombría satisfacción»—. Hemos dejado fuera el hiperimpulsor de la fragata. Nuestros visitantes no van a irse a ninguna parte.

—Ordene a los TIE que se concentren en cambio en los V-19 —dijo Thrawn. Los movimientos del personal de la estación habían revelado ahora un patrón—. Coronel Zenoc, ¿tiene personal en las secciones A-cuatro, A-cinco o B-cinco?

—No, señor.

—¿Hay esclavos en esa área?

Se presentó una corta pausa.

—No estoy autorizado para discutir esos asuntos, comodoro.

—Si desea salvar su estación, coronel, responderá mi pregunta.

Otra pausa.

—Hay cierto... personal no militar en la sección B-cinco —informó Zenoc.

—Gracias —dijo Thrawn—. Regrese todo su personal a B-ocho y manténgalo allí.

—¿A B-ocho? —«La voz de Zenoc contiene confusión».

—Sí —confirmó Thrawn—. Comandante Faro: he marcado siete puntos de mira en la parte de estribor de la estación. Necesito precisión absoluta de los turboláser. ¿Puede hacerlo?

—Por supuesto, comodoro —confirmó Faro—. Enviando blancos a los artilleros... artilleros, esperen sus órdenes.

—¿Coronel Zenoc?

—Hemos retrocedido —dijo Zenoc. «Su voz sigue conteniendo confusión y ahora también preocupación y desconfianza»—. Pero es una posición insostenible, señor. Si nos hacen retroceder aún más, vamos a meternos en problemas.

—No los harán retroceder —le aseguró Thrawn—. Su batalla ha terminado. Turboláser: *fuego*.

En los planos, los siete puntos marcados destellaron mientras placas de casco se desintegraban. Detrás de ellos, los sensores pintaron cuatro de las secciones internas con rojo brillante mientras el aire en el interior hervía en el espacio.

—¿Qué demonios? —vociferó Zenoc—. *Quimera*, ¿acaba de *dispararnos*?

—Sí —confirmó Thrawn—. Creo que ahora encontrará a sus intrusos atrapados en sus posiciones actuales.

Otra pausa.

—Me van a acabar —dijo Zenoc. «La cautela y la confusión anteriores se han ido. Su voz ahora contiene sorprendida comprensión»—. ¿Y B-cinco?

—Está intacta, aunque ahora también se encuentra aislada del resto de la estación —dijo Thrawn—. Seguiremos la batalla contra la fragata y los V-19. Le sugiero que pida la rendición de los intrusos antes de que empiece las operaciones de acceso de emergencia.

—Sí, por supuesto. —«La voz de Zenoc contiene alivio y hasta un pequeño grado de humor»—. Gracias, comodoro. Excelente trabajo.

—De nada, coronel —dijo Thrawn—. Seguiremos las operaciones hasta que lleguen los refuerzos de Baklek. Después de eso, dejaremos que se encargue de los prisioneros mientras recuperamos el *Sempre* y lo regresamos aquí. Supongo que tiene órdenes que cubren esas contingencias.

—Claro —dijo Zenoc. «Su voz se vuelve sobria mientras la inmediatez de la batalla se desvanece y recuerda la pérdida de la tripulación del transporte»—. Estaremos preparados cuando regrese. Una vez más, comodoro, gracias.

—¿Comandante Faro? —dijo Thrawn.

—Las fuerzas enemigas se reducen a la fragata dañada y a tres V-19 en funcionamiento —informó Faro—. Supongo que le gustaría que se acorrale y capture a los cazas restantes intactos, si es posible.

—Si es posible —dijo Thrawn—. Si no, el Imperio tendrá prisioneros suficientes para interrogarlos entre el resto de los sobrevivientes.

—Sí, señor.

Vanto se acercó por detrás.

—¿Comodoro? —preguntó con voz baja y perturbada—. ¿Qué vamos a hacer con los wookiees?

—Los dejaremos aquí.

Vanto se quedó en silencio un momento.

—No me siento completamente cómodo con la idea de que el Imperio esté usando esclavos, señor.

—Los términos no son siempre lo que parecen, comandante —replicó Thrawn—. Los llaman «esclavos», pero en realidad pueden ser sirvientes bajo contrato, prisioneros que cumplen su sentencia, soldados vendidos como esclavos para pagar las deudas a otros en su mundo. En ocasiones he visto todas esas situaciones.

—¿Realmente cree que cualquiera de esas cosas es probable?

—No —dijo Thrawn y su tono se endureció—. Pero no importa. Sin tomar en cuenta cómo se obligó a servir a esos seres, ahora son activos imperiales. Se les tratará como tales.

—Entendido, comodoro.

## CAPÍTULO 21

---

«Cada cultura es diferente. Cada especie es única. Eso presenta desafíos al guerrero, quien a menudo debe determinar la estrategia, los objetivos y las tácticas de un oponente a partir de pistas limitadas.

»Sin embargo, el peligro de interpretar mal a un oponente suele ser aún mayor en política. Allí, casi nunca se tiene la claridad de la activación de las armas o el movimiento de las tropas que avisan de un ataque inminente. A menudo, la única indicación de conflicto es cuando la batalla ya ha empezado».

La escotilla de la nave se abrió y dejó entrar el cálido aire de la tarde. Después de todos estos años, Arihnda había regresado a casa. Se detuvo un momento en la parte superior de la rampa, para pasear la mirada por los edificios de la Ciudad Capital antes de voltear hacia el más rústico paisaje de Lothal que la rodeaba. Después del enorme paisaje urbano de Coruscant, la vista de la vegetación salvaje resultó casi impactante.

—Bienvenida a casa, gobernadora. —Una voz surgió desde la parte inferior de la rampa.

Arihnda bajó la mirada. Maketh Tua estaba allí, vestida con el azul y gris de los ministros imperiales, un atisbo de su pelo rubio brillaba debajo de su casco cónico ajustado a la perfección. Sostenía un datapad en la mano; la sonrisa mostraba un atisbo de nerviosismo.

—Gracias —dijo Arihnda, mientras bajaba por la rampa y se detenía enfrente de ella—. Ha pasado un buen tiempo, ¿no?

—Sí, gobernadora —confirmó la mujer—. Más de un año desde que llegó a la gubernatura, en realidad.

Arihnda sintió que su labio se contraía. En ese año había pasado menos de una semana aquí, y por lo general sólo unas horas cada vez, gobernando mediante intermediarios del mundo que tanto esfuerzo le había costado obtener. La mayor parte de ese tiempo lo había pasado en Coruscant, haciendo amigos, reforzando la posición de Lothal entre los miles de mundos del Imperio y cazando fragmentos incriminatorios de información para el Gran Moff Tarkin.

Pero, por fin, *por fin*, había llegado aquí para quedarse.

Después de las luces brillantes de Coruscant, no estaba completamente segura de cómo se sentiría al respecto.

—Lo que significa que también tiene más de un año que fue nombrada supervisora de producción industrial —dijo ella—. Así que dígame: ¿cómo ha ido la producción industrial de Lothal?

—Muy bien, Su Excelencia, muy bien —dijo Tua—. Tengo todos los datos relevantes para que los revise en cuanto se ponga cómoda y esté lista.

En silencio, Arihnda extendió la mano. La expresión alegre de Tua se desvaneció, aunque sólo un poco, y rápidamente le entregó el datapad a Arihnda.

—Es el primer archivo, Su Excelencia.

—Gracias.

Arihnda tecleó para desplegar el archivo, mientras miraba a Tua por el rabillo del ojo. La mujer había sido ministro asistente durante el último par de meses de la administración del Gobernador Azadi. La remoción y el arresto repentinos de Azadi bajo cargos de traición habían sido un acontecimiento traumático para todo el personal gubernamental, y aun después de todo este tiempo era evidente que Tua no lo había superado por completo.

Esperaba que los demás se sintieran de manera parecida. Los subordinados nerviosos ponían esfuerzo adicional en su trabajo y no se metían en líos. Hasta que no estuvieran más familiarizados con la jefa que acababa de regresar, serían corteses, estarían llenos de energía y resultaría fácil controlarlos o intimidarlos. Lo que era muy bueno, porque la intimidación estaba por empezar en serio.

—¿Qué es esta declinación en la producción de refinería? —preguntó y dio vuelta al datapad—. ¿Veinte por ciento en los últimos cuatro meses?

—Son las minas, Su Excelencia —dijo Tua—. Se les ha trabajado tanto en los últimos años que se están quedando sin minerales de calidad.

—¿De verdad? —dijo Arihnda y dejó que su voz fuera un poco fría.

La garganta se le cerró a Tua.

—Han estado trabajando mucho —repitió—. También es cada vez más difícil encontrar mineros calificados. Muchos jóvenes se van a la Academia. El Comandante Aresko ha establecido una cadena completa de incentivos para ellos. Simplemente ya no quieren trabajar en las minas como antes. Ahora que el Imperio las dirige en lugar de las antiguas familias de mineros...

—Entonces traigan mineros de otros mundos —la interrumpió Arihnda. Ya había observado que las minas dirigidas por el Imperio habían registrado la declinación más rápida en trabajadores—. Mis padres... —se interrumpió cuando una cifra de la lista le llamó la atención—. ¿Ya se agotó la veta de doonium? Es imposible.

—Lo siento, Su Excelencia, pero es verdad —dijo Tua—. Yo misma he bajado a la mina. Se ha extraído todo el doonium.

—Ya veo —dijo Arihnda y desplegó la hoja de datos completa de Minera Pryce. El hecho de que Renking hubiera conservado descaradamente el nombre le causó irritación adicional—. En ese caso, no vale la pena el esfuerzo que se está poniendo en Minera Pryce. Cíerrenla.

Los ojos de Tua se agrandaron por el impacto.

—¿Perdón, Su Excelencia?

—¿No quedó clara la orden?

—No, Su Excelencia —dijo rápidamente Tua—. ¿Quiere que... se cierre ahora mismo?

—Justo ahora —confirmó Arihnda—. Al final del turno actual. Encárguese personalmente de ello, ministra.

—Sí, Su Excelencia. —Se dio vuelta y empezaba a irse...

—¿Ministra?

Tua volteó.

—¿Sí, Su Excelencia?

Arihnda le entregó el datapad a la mujer.

—Entiendo que el Senador Renking está en Lothal por el momento —comentó, mientras Tua recuperaba de prisa el dispositivo—. Que alguien le informe que quiero verlo en mi oficina lo antes posible.

Su oficina en el edificio de gobierno estaba tal como la había dejado: ordenada, pero escasamente decorada. Los partidarios de Azadi habían saqueado el lugar de todos sus objetos personales después de su arresto, y Arihnda no se había preocupado por reemplazar ninguno. Tampoco lo había intentado. Estaba aquí para trabajar, no para relajarse entre baratijas y sentimentalismos.

Pasó el resto de la tarde recorriendo los datos que había acumulado desde el último informe que Azadi hizo a Coruscant. La industrialización de Lothal estaba avanzando a un paso gratificante, pero también había algunas serias deficiencias que era necesario atender.

Casi anochecía cuando el droide en la oficina exterior anunció que Renking había llegado. Arihnda no se sorprendió en absoluto cuando el senador atravesó la puerta sin esperar permiso para entrar.

—Bienvenida de regreso, Su Excelencia —dijo él, sin una pizca de cordialidad real en su voz—. ¿Cuánto tiempo va a estar aquí esta vez?

—Espero quedarme aquí permanentemente —respondió Arihnda.

—Maravilloso. —Se detuvo a la orilla del escritorio, con cara sombría—. Ahora, ¿de qué demonios se trata esto de cerrar mi mina?

—*Su* mina —replicó Arihnda con calma—. Perdóneme, pero no estaba enterada de que *usted* tenía una mina. Creía que todas las minas de Lothal eran propiedad del Imperio o estaban bajo la supervisión de este.

—Sabe de qué estoy hablando —precisó Renking—. Su vieja mina: Minera Pryce. Mi acuerdo con el Imperio fue por el diez por ciento de las ganancias.

—Esa hubiera sido razón suficiente para cerrarla —dijo Arihnda—. Pero no se sienta halagado. Cerrarla fue una decisión estrictamente de negocios. La veta de doonium se ha agotado y no hay suficientes mineros experimentados para desperdiciarlos en roca que da poco rendimiento. Por tanto, Minera Pryce se cerrará y sus empleados se transferirán a otro lado.

—Supongo que usted decidirá qué personas van a qué lugar —preguntó Renking con suspicacia.



—Dejaré eso a la Ministra Tua —dijo Arihnda—. Pero sería justo que a los empleados con mayor antigüedad se les ofrezcan los mejores puestos.

—Son los que quedan de la época en que *usted* dirigía la mina, supongo.

—Así *es* como funciona la antigüedad.

Renking siseó.

—No tengo que quedarme sentado aquí y aceptar esto, ¿sabe? —dijo—. Puedo traer a mis propios expertos y demostrarle que la producción de la mina está a la par por lo menos con las otras minas de Lothal.

—Puede hacerlo —estuvo de acuerdo Arihnda—. Pero no lo hará. ¿Quiere saber por qué?

—Me muero por descubrirlo —espetó sarcásticamente.

—Uno: porque Minera Pryce es demasiado pequeña para que valga la pena pelear por ella —explicó Arihnda—. Usted tiene otros intereses que le dan mucho más, sobre todo ahora que el doonium se ha agotado. Dos: porque cada favor que queme en una mina sin valor es un favor que ya no podrá pedir para otra cosa. Sé cómo funciona. No puede permitirse desperdiciar favores por orgullo. —Ella dejó que su expresión se endureciera—. Y tres: porque la única manera en que pude haber obtenido esta gubernatura tan joven es porque tengo amigos y patrocinadores poderosos. Amigos *muy* poderosos... *y aún después de todo lo que ha investigado me atrevo a decir que todavía no tiene idea de quiénes son.* Hasta que no la tenga, no se atreverá a levantar un dedo contra mí.

Por un largo momento se miraron fijamente a través del escritorio. Luego, con otro siseo callado, Renking inclinó la cabeza.

—En ese caso, gobernadora, creo que nuestra conversación se ha terminado.

—Creo que sí, senador —estuvo de acuerdo Arihnda—. Buenas noches.

Esperó hasta que él salió de su oficina y los droides porteros le informaron que había dejado el edificio. Luego, encendió el proyector holográfico sobre su escritorio y marcó un número familiar. El monitor se iluminó con la cara triangular, los ojos brillantes y la cabeza con cresta grumosa de una anx.

—Hola, Eccos. Habla Arihnda Pryce. ¿Cómo ha estado?

Los ojos se abrieron desmesuradamente un momento. Luego, abruptamente, la jefa de minería anx dejó escapar un río de shusugaunta.

—Tranquila, Eccos, tranquila —dijo Arihnda—. Hable en básico, por favor: mi shusugaunta está muy oxidado. Sí, estoy de regreso, y sí, aún soy gobernadora. Pero eso no significa que no podamos seguir trabajando juntas. Es decir, *en caso de que* aún le interese hacer dinero.

—Por supuesto —dijo Eccos, con palabras apenas inteligibles debido a su espeso acento.

—Bien —dijo Arihnda—. Por supuesto que está al tanto de que Minera Pryce estaba trabajando una veta de doonium. Supongo que también sabe que la veta se ha agotado.

—Sí, ambas cosas —dijo Eccos, con voz pesada por la emoción—. Es muy triste.

—En realidad no, porque ambas sabemos que no es verdad —comentó Aarihnda con toda calma—. Vi el informe y sé que el bloque de granito que supuestamente marcaba el final de la veta no es nada más que una intrusión. El doonium sigue al otro lado.

—¿De verdad? —dijo Eccos, con tono de sorpresa—. ¿Está segura?

—Por supuesto que estoy segura —dijo Aarihnda—. Porque usted lo ha estado extrayendo.

Las mejillas arrugadas se fruncieron con consternación.

—Gobernadora Pryce...

—No se moleste en negarlo —la interrumpió Aarihnda—. He revisado también *sus* números. La razón de la llamada es para decirle que acabo de cerrar Minera Pryce. Eso significa que a partir de mañana por la mañana puede trabajar a toda velocidad en esa veta sin preocuparse de que alguno de los secuaces de Renking escuche sus máquinas detrás del granito.

Las mejillas se fruncieron de nuevo. Esta vez por la reacción opuesta.

—Yo... no sé qué decir.

—Entonces no diga nada —dijo Aarihnda—. Tan sólo extraiga el doonium y procéselo. —Miró brevemente el mapa que había desplegado en su datapad—. Dependiendo de la dirección de la veta, tal vez necesitemos reubicar a uno o dos granjeros más para apartarlos del camino. Hágame saber si necesita que haga eso.

—Sí, Gobernadora Pryce —dijo Eccos—. Que descanse esta noche en la calidez de sus sueños.

—Usted también —le deseó Aarihnda.

Cortó la comunicación, pero la simplicidad vulgar de la despedida tradicional siguió resonando ásperamente en sus oídos y su mente. Siempre había considerado que Lothal era dolorosamente rústico, pero la vida en Coruscant había agudizado fuertemente el contraste. Regresó a su computadora. Luego hizo una pausa. A través de la ventana que daba al oeste, el sol empezaba a ponerse. Por un momento, se quedó con la mirada fija pensando otra vez en la noche en que arrestaron a su madre y sus vidas cambiaron para siempre. En ese entonces, había pensado que la gente de las grandes ciudades tal vez nunca veía el horizonte o la puesta de sol y se había preguntado si esa gente alguna vez pensaba en esas cosas, o si por lo menos le importaban.

Aarihnda había vivido en Coruscant, en la gran ciudad definitiva de la galaxia. Y mientras miraba por la ventana, se dio cuenta de que en realidad *no* le importaba. Accionó una tecla para cerrar las cortinas, le dio la espalda al horizonte distante y regresó al trabajo.

Los meses siguientes fueron una mezcla poco placentera de trabajo frenético, tratos irritantes con los habitantes locales y tedio inexorable. Lothal era exactamente como Aarihnda lo recordaba: lleno de seres humanos de regiones apartadas y aún más seres no

humanos de los mismos lugares; además de patrones de favoritismos que a menudo socavaban los intereses imperiales en el planeta y una estructura social que no proporcionaba entretenimiento de calidad en absoluto.

El favoritismo era la peor parte. Durante sus años fuera de la capital, el Imperio había levantado firmemente las industrias de Lothal, expandido las minas y traído gradualmente más tropas para supervisar todo.

Sin embargo, no todos estaban felices con la nueva dirección del planeta. Las familias y los líderes antiguos resentían la lenta erosión de su poder y no eran discretos a la hora de reclutar amigos, socios y todos aquellos que estaban dentro de su red de influencias para denunciar al Nuevo Orden. La respuesta imperial había sido predecible: represión a la libertad de expresión y reducción de las libertades, seguida por el mismo estado de cosas.

Parte de ese estado de cosas incluía el desplazamiento de granjeros de sus terrenos, en ocasiones para poner una nueva fábrica o una instalación militar, pero con más frecuencia para mejorar las operaciones mineras. Naturalmente, los granjeros se quejaban de su reubicación forzada y traían a sus amigos para protestar, ocasionalmente llegando al borde de la violencia.

Era una discusión sin sentido. Lothal tenía cosechas más que suficientes para sus propósitos y en realidad era un exportador neto de productos alimenticios. El puñado de granjas perdidas era insignificante, pero los granjeros desplazados lo veían a su manera y el ofrecimiento de trabajo en fábricas y minas solía rechazarse tajantemente.

Aun así, a pesar de las quejas de una pequeña minoría, el trabajo seguía avanzando. Quienes habían asegurado que el nuevo desarrollo crearía trabajos y prosperidad fueron reivindicados. Quienes habían denunciado la creciente presencia imperial y vaticinado la fatalidad fueron reducidos a silenciosos murmullos.

Sin embargo, no todas las amenazas eran internas. Arihnda llevaba tres meses en Lothal cuando un inesperado peligro asomó silenciosamente la cabeza.

—Sí, Su Excelencia, observé este informe hace unos días —dijo la Ministra Tua, con el ceño fruncido, confundida, ante la página que Arihnda desplegó en la computadora—. No veo cuál es el problema.

—Por supuesto que no —dijo Arihnda sombríamente. A pesar de toda la experiencia de Tua en la administración de la infraestructura industrial de Lothal, la mujer era completamente ciega ante ciertos asuntos—. La gobernadora de Kintoni está ofreciendo expandir sus instalaciones de aterrizaje y mantenimiento de grado militar ¿y usted no ve por qué es un problema?

—No, Su Excelencia —contestó Tua, con aspecto más confundido que nunca—. Pensaría que cuanto más presencia de la armada tengamos en el área, mejor. Con todos los piratas y contrabandistas...

—No queremos mayor presencia de la armada en el área —aclaró Arihnda. ¿La mujer no entendía *nada*?—. Queremos una presencia mejorada de la armada en *Lothal*. ¿Comprende? *Sólo* en *Lothal*.

Tua se encogió en su silla, con los ojos abiertos por la sorpresa y el miedo. Bien.

—Su Excelencia...

—Queremos que *Lothal* sea el centro de esta parte del Borde Exterior —dijo Arihnda en voz baja. De alguna manera, una mayor suavidad en el tono parecía asustar más a Tua que los exabruptos—. Eso significa industria, minería, comercio, academias juveniles y militares de mayor importancia... *además* de una poderosa presencia de la armada para mantenerlo todo en paz. Si *Kintoni* empieza a atraer nuestras naves, todo lo demás lo seguirá. —Alzó las cejas—. ¿Quiere vivir en *Lothal* como era antes, Ministra Tua? ¿O ni siquiera recuerda cómo era hace tanto tiempo?

Con un esfuerzo visible, Tua encontró las palabras.

—Entiendo, Su Excelencia. Pero...

—Pero no ve lo que podemos hacer —la interrumpió Arihnda, súbitamente enojada. A pesar de toda la educación fuera de este mundo de Tua, volvía a pensar como nativa. Es decir, casi nada—. Salgo de inmediato para *Coruscant* —dijo, cerró la pantalla y se puso de pie. Hasta aquí había llegado su permanencia indefinida—. Se quedará a cargo hasta que regrese.

—Sí, Su Excelencia —dijo Tua, mientras se demoraba en ponerse de pie—. Eh... ¿puedo preguntar cuánto tiempo se irá?

—Hasta que termine esto —dijo Arihnda—. De una manera u otra.

—Lo siento, pero el Gran Moff Tarkin no está en *Coruscant* por el momento —le informó la recepcionista en la oficina de Tarkin, con voz cortés pero vacía—. Si lo desea, puedo enviarle un mensaje.

—No es necesario —dijo Arihnda. En realidad no esperaba que Tarkin estuviera aquí, pero valía la pena intentarlo—. Sólo agregue una nota a cualquier cosa que le envíe después informándole que la Gobernadora Arihnda Pryce de *Lothal* lo manda saludar.

—Sí, gobernadora.

Así que no reconoció a Arihnda, ni por cara ni por nombre. En realidad, no era sorprendente. Había miles de gobernadores en el Imperio y no era de esperar que alguien pudiera memorizar siquiera a diez de ellos. Sin embargo, Arihnda lo había esperado.

Cuando regresó, el holocomunicador del speeder aéreo estaba parpadeando por una llamada en espera. Miró la identificación, sonrió y aceptó la llamada.

—Habla la Gobernadora Arihnda Pryce. —Se identificó ante el hombre uniformado que respondió—. Estoy regresando una llamada del Comodoro Thrawn.

—Un momento, gobernadora. —Parpadeó la pantalla. Un minuto después, aparecieron la cara azul y los ojos rojos familiares de Thrawn.

—Señorita Pryce —dijo Thrawn e inclinó la cabeza hacia ella a manera de saludo—. Más bien, debo decir, Gobernadora Pryce.

—Gracias por regresar mi llamada, comodoro —dijo Arihnda, quien decidió no dar demasiada importancia al desliz. Estaba lo bastante familiarizada con la falta de dominio de Thrawn en asuntos políticos y sociales como para saber que no fue un insulto deliberado. Además, nunca era buena idea reprender a alguien que sería útil, o por lo menos eso es lo que esperaba—. ¿Ha tenido oportunidad de revisar las propuestas que le envié?

—Sí —contestó Thrawn y bajó la vista, en dirección de algo que quedaba fuera de la pantalla—. Si comprendí correctamente, quiere que le dé mi opinión sobre si Lothal o Kintoni sería un mejor lugar para una expansión de la presencia de la armada en esa parte del Borde Exterior.

—Es correcto —dijo Arihnda y cruzó mentalmente los dedos. Yendo en contra de sus instintos, había descartado el plan original de inclinar sutilmente datos y propuestas a favor de Lothal. Thrawn podría detectar esa manipulación y sería el final de cualquier oportunidad de ponerlo de su lado—. Es obvio que tengo un interés en el asunto, pero traté de presentar la opción de la manera más justa posible.

—Así lo hizo, gobernadora —reconoció Thrawn, con la vista enfocada todavía fuera de la pantalla—. Me tomé la libertad de confirmar sus notas y mapas con los archivos de la armada. Su presentación fue notablemente imparcial.

—Gracias —dijo Arihnda y sintió que un escalofrío recorría su espalda. Qué bien que no había tratado de inclinarlo a su favor—. ¿Cuál es su conclusión?

—Ambos sistemas ofrecen ventajas —dijo Thrawn, mientras finalmente regresaba la mirada a ella—. Pero si tengo que escoger una, escogería Lothal.

Arihnda exhaló en silencio.

—Gracias, comodoro —dijo ella—. ¿Puedo citarlo cuando haga mi presentación al Alto Mando?

—No es necesario, gobernadora —dijo Thrawn—. He realizado un análisis completo que incluye mis conclusiones. Puedo enviárselo ahora mismo, si lo desea.

—Por supuesto —dijo Arihnda—. Gracias.

—No me agradezca —le aseguró él—. Siempre estoy listo para ayudar a la Armada Imperial de cualquier manera posible. ¿Hay algo más?

—Por ahora no, comodoro —dijo ella—. Espero que nuestros caminos se crucen pronto. Hasta luego.

—Hasta luego, gobernadora.

El informe tardó unos momentos en cargarse, primero en el speeder aéreo y luego en una tarjeta de datos. Arihnda miró el avance y lo recorrió por completo en su mente. Con la bendición de Thrawn a mano, sólo era necesario ver a una persona más antes de estar lista para llevar el caso al Alto Mando.

Había una razón por la que había puesto este contacto al final de su lista. Aseguró la tarjeta de datos en su bolsillo y dedicó un momento a prepararse mentalmente. Luego,

mientras se unía al flujo del tráfico, se dirigió al centro del Distrito Federal. Hacia un lugar familiar. Demasiado familiar: la oficina del Senador Domus Renking.

—Difícilmente esperaba verla hoy —comentó Renking con rigidez mientras señalaba una silla para que Arihnda se sentara. Ella supuso que seguía molesto por su pérdida de Minera Pryce, pero aún no estaba preparado para intentar una contramaniobra—. Escuché que estaba en Coruscant, pero supuse que pasaría el tiempo con todos esos amigos y auspiciadores poderosos con los que alguna vez me amenazó.

—Las visitas sociales pueden esperar —dijo y sacó una tarjeta de datos—. Supongo que ha escuchado de la solicitud de Kintoni para tener una mayor presencia de la armada en su sistema.

—Por supuesto —dijo Renking, con el ceño fruncido, mientras se sentaba detrás de su escritorio—. ¿Y?

—Ni siquiera la armada tiene recursos infinitos —dijo Arihnda con la mayor paciencia posible. Debió adivinar que Renking estaría tan concentrado en sus pequeñas intrigas políticas que pasaría por alto la completa importancia del juego de poder de Sanz—. Cada crédito que gasten en Kintoni es un crédito que no gastarán en Lothal. Así que tenemos que poner un alto.

—Muy bien, correcto —dijo él—. Es una buena interpretación. Supongo que tiene algunas ideas.

—Por supuesto —observó Arihnda—. El plan consta de tres partes. En primer lugar, tengo una propuesta que demuestra lo que Lothal podría hacer en cuanto a instalaciones de aterrizaje y mantenimiento. Aquí están los detalles. —Le entregó una tarjeta de datos—. En segundo lugar, tengo un análisis y una recomendación para Lothal del Comodoro Thrawn. En tercer lugar...

—¿Thrawn? —La interrumpió Renking y frunció de nuevo el ceño—. ¿Ese teniente de piel azul que conocimos en esa fiesta de la Semana de la Ascensión?

—Sí, sólo que ahora es comodoro —dijo Arihnda—. *Además* es muy respetado por el Alto Mando. Su opinión debe tener un peso importante. Y en tercer lugar —alzó las cejas—, quiero que trabaje a la Gobernadora Sanz.

—¿Trabajarla cómo?

—No lo sé —dijo Arihnda con impaciencia—. Hable con ella, argumente, convénzala; lo que quiera hacer dependerá de usted. Sólo haga que ella retire su propuesta.

—Puedo intentarlo —comentó Renking—. ¿Cuánto tiempo tengo?

—La presentación se escuchará dentro de seis días —dijo—. Voy a dedicar ese tiempo a afinar mi propuesta y a buscar aliados en el Senado. Le sugiero que dedique ese tiempo para trabajar a Sanz.

—Comprendo —dijo Renking—. ¿Sin importar cómo quiera hacerlo?

Arihnda levantó una mano.

—Tan sólo haga su mejor esfuerzo, senador. Haga lo que sabe hacer mejor.

—Todos de pie —entonó el suboficial mayor que estaba parado junto a la pequeña mesa.

Sentada entre la multitud en la galería de solicitantes, Arihnda se puso de pie. Renking se encontraba detrás de ella, mientras un funcionario y dos civiles entraban en el salón. Al otro lado del estrecho pasillo, distinguió a la Gobernadora Sanz mientras se levantaba con el resto de la gente en su lado de la galería. Le pareció que la espalda de Sanz se veía antinaturalmente rígida.

El concejo tomó asiento y mientras los solicitantes se sentaban, la civil del medio levantó el datapad que estaba en la mesa enfrente de ella.

—El comité selecto del Alto Mando imperial ha estudiado las diversas propuestas que han traído ante él —dijo ella—. Estamos aquí para hacerles saber sus decisiones. —Tecleó en el datapad—. En primer lugar, en el asunto de Lothal *versus* Kintoni relacionado con un contrato para la expansión de instalaciones de la armada. El contrato se otorga a Lothal.

Arihnda sintió que una oleada de alivio la bañaba. Miró al otro lado del pasillo y le pareció que parte de la rigidez de Sanz se desvanecía. Era extraño, dado que acababan de rechazar su propuesta. Tal vez no había querido tanto el contrato como había dejado ver.

—Ya nos podemos ir —apuró Renking en voz baja, dándole unos golpecitos en la manga.

—Adelántese —murmuró Arihnda como respuesta, mientras estudiaba su datapad—. Las siguientes peticiones también son asuntos del Borde Exterior. Me gustaría ver cómo se resuelven.

Renking refunfuñó.

—Bien —dijo él y cayó en un hosco silencio.

Arihnda había estado al pendiente de varias peticiones, y ninguna de las decisiones del concejo resultó sorprendente. Finalmente, después de veinte minutos, asintió y señaló el pasillo a Renking. Él se levantó y se deslizó entre el resto de la gente en su fila. Arihnda caminó detrás de él.

—Eso terminó bien —comentó Renking mientras dejaban el salón de audiencias y se dirigían a la salida del edificio—. Supongo que debemos felicitarnos.

—Gracias —dijo Arihnda. Por el rabillo del ojo vio a una mujer con una túnica blanca del DSI que pasaba por la entrada y se dirigía hacia ellos—. Pero no lo habríamos logrado sin usted.

—Estoy contento de poder hacer mi parte.

—¿Senador Domus Renking? —dijo la mujer.

Renking volteó hacia ella y se agitó ligeramente al reconocer el uniforme.

—Sí —dijo él, con cautela.

—Mayor Hartell, Departamento de Seguridad Imperial —la mujer se identificó—. Necesito que venga conmigo, señor.

—¿Para qué? —preguntó Renking, mientras su cara empezaba a ensombrecerse—. ¿De qué se trata?

En su visión periférica, Arihnda notó que los transeúntes empezaban a detenerse, a caminar más lento y a girar la cabeza.

—¿Realmente quiere tener esta discusión aquí, senador? —preguntó Hartell.

—Le diré lo que *no* quiero —contrató Renking, mientras empezaba a elevar la voz—. No quiero que ningún lacayo del Departamento de Seguridad ponga mi nombre en una lista tan sólo para que otro lacayo pueda participar en juegos de poder con el Senado Imperial. Exijo conocer el cargo, si hay alguno siquiera, y quién es el demandante.

—Como desee, senador —dijo Hartell—. El demandante en este caso es el propio Departamento de Seguridad Imperial. El cargo es soborno.

Renking contuvo el aliento.

—¿Qué? —preguntó; las palabras salieron entre labios rígidos.

—No actúe como si estuviera sorprendido —dijo Harten—. Hace cuatro días se acercó a la Gobernadora Sanz de Kintoni y le ofreció un soborno sustancial si retiraba la petición de su planeta ante el Alto Mando. La Gobernadora Sanz declinó con base en que un retiro en una fecha tan tardía parecería sospechoso, pero luego estuvo de acuerdo con su contrapropuesta de que deliberadamente sabotearía su propia presentación, y que se pagaría el doble del soborno original si Lothal ganaba la postura.

Renking había adquirido el aspecto de un animal al que se cazaba.

—Eso es mentira —insistió él—. Todo eso... —Sin embargo, para Arihnda el tono se escuchaba más preocupado que desafiante—. Cualquier cosa que le haya dicho Sanz...

—La Gobernadora Sanz no nos ha dicho nada —dijo Harten con voz plana—. Pero lo hará. Ya está en custodia por su participación en este complot.

Renking contuvo el aliento, torciendo la cabeza para mirar a Arihnda.

—¿Pryce?

—En realidad no debería discutir actos criminales con la tarjeta de datos de alguien más en su cartera —dijo Arihnda en voz baja.

—Pero... —Renking dirigió una mirada a Harten y volvió a ver a Arihnda—. Usted me dijo que lo hiciera.

—Le dije que hablara, argumentara o la convenciera —corrigió Arihnda—. Nunca sugerí o siquiera insinué que tratara de sobornarla. —Hizo un ademán hacia Harten—. Todo eso también está grabado.

—Por supuesto —dijo Hartell—. Gracias por su ayuda, Gobernadora Pryce. Puede irse. Senador Renking, sígame por favor.

Renking le lanzó a Arihnda una mirada final; su expresión era una mezcla de incredulidad y odio. Luego, sin decir palabra, se dio vuelta y siguió a Hartell afuera.

Una vez que el drama hubo terminado, todos los que los rodeaban, los habitantes de Coruscant reanudaron sus actividades.



—Me voy a Lothal por la mañana —dijo Arihnda a la recepcionista en su oficina de Coruscant, mientras recuperaba las tarjetas de datos que había olvidado recoger antes—. Pero no estaré fuera mucho tiempo. Hay unas cuantas reuniones y conferencias el mes que viene a las que quiero asistir. El Gran Moff Tarkin me ha invitado a visitar Eriadu y evidentemente quiero regresar para la Semana de la Ascensión. Así que muy bien podrías mantener todo abierto y funcionando.

—Sí, gobernadora —dijo la recepcionista—. Ah, y recibió otro mensaje hace unas dos horas de Juahir Madras.

Arihnda se quedó congelada.

—¿Juahir Madras?

—Sí, gobernadora, del centro de detención Oovo Cuatro. Ha escrito, eh, unos veinte de esos mensajes durante el último año, más o menos. Los envié, pero su oficina de Lothal siempre los devolvió. ¿Quiere llevarlos consigo ahora?

Arihnda respiró profundo. Juahir Madras. Su vieja amiga. Su vieja y traidora amiga.

—No, consévalos aquí —dijo—. Te haré saber cuando esté preparada para leerlos.

## CAPÍTULO 22

---

«El soldado en el campo y el miembro de la tripulación a bordo de una nave de guerra inevitablemente ven una guerra desde una perspectiva limitada. Su objetivo es realizar la misión o tarea asignada y confiar en que los comandantes están conscientes de la situación general y la vasta matriz de hechos, posiciones, opciones y peligros.

»El liderazgo es un papel y una tarea a los que no debe aspirarse a la ligera. La lealtad tampoco debe darse sin razón. Aunque la razón principal no sea más que el juramento y el deber del soldado, un verdadero líder trabajará para probar que es merecedor de una confianza más profunda. Sin embargo, liderazgo y lealtad son armas de doble filo. Cada uno puede torcerse de su propósito. Las consecuencias nunca son placenteras».

—Persuádalos si puede —ordenó el Almirante de Flota Jok Donassius; su cara en el holograma era sombría y furiosa—. Devástelos si tiene que hacerlo, pero deténgalos, de una manera u otra. Pero que sea *rápido*.

—Comprendido, almirante de flota —dijo Thrawn, con voz firme y fría.

Eli pensó que era mucho más firme, y fría también, de lo que él mismo se sentía ahora mismo. Además, por las expresiones que podía ver en el resto de la tripulación del puente del *Quimera*, no era el único en recelar.

Era poco sorprendente. No había pasado mucho tiempo desde que la crisis de los separatistas desencadenó la devastación sangrienta de las Guerras de los Clones. Miles de millones habían muerto en ese conflicto, cientos de planetas habían sido casi destruidos y miles más todavía estaban tratando de salir desde el abismo. Lo último que la galaxia podía permitirse era una repetición de ese horror. Pero el Gobernador Quesl y el pueblo de Botajef aparentemente estaban listos para intentarlo.

Thrawn y Donassius terminaron su conversación, y el holograma quedó en blanco. Por un momento, Thrawn siguió mirando el proyector vacío, como si pensara con detenimiento en las órdenes que acababa de recibir. Luego, levantó la cabeza unos centímetros y volteó para quedar frente a sus oficiales con experiencia.

—Comandante Faro, instruya al timonel para que ponga curso a Botajef —ordenó.

—Sí, señor. —Faro miró al timonel (quien ya la miraba con atención, según observó Eli) y levantó un dedo. El timonel asintió como respuesta y volvió a su tablero—. En curso a Botajef, comodoro —confirmó Faro.

—Gracias. —Thrawn miró al grupo que lo rodeaba—. ¿Comentarios? ¿Teniente Mayor Pyrondi?

—Con todo el debido respeto, señor, creo que están locos —dijo la Oficial de Armas Pyrondi, un poco titubeante. Era la más reciente adición a los cuerpos de oficiales de

puede del *Quimera* y se estaba acostumbrando al estilo único de Thrawn de consultas tácticas abiertas—. ¿Realmente creen que pueden separarse del Imperio por sí solos?

—¿Quién dice que *están* solos? —replicó Faro sobriamente—. Hay muchos disturbios en la galaxia y están aumentando.

—Aunque se trata mayormente de protestas —intervino Eli.

—Hasta ahora —dijo Faro con énfasis—. Pero ¿quién dice que no hay otros cien sistemas que respaldan a Quesl en silencio, y que todos están esperando a ver hasta dónde llega antes de hacer proclamaciones de independencia propias?

—«No muy lejos» es exactamente a donde va a llegar —opinó Pyrondi—. Quiero decir, ¿en serio, señora? Tenemos suficiente poder de fuego para marcar nuestras iniciales en el lecho rocoso de Botajef.

—En realidad, el Gobernador Quesl está indudablemente al tanto de eso —dijo Thrawn—. ¿Entonces qué es lo que espera ganar con sus palabras de desafío?

—Esa es la pregunta, señor —Faro estuvo de acuerdo—. Si él es el representante de muchos otros sistemas, golpearlo no resolverá necesariamente el problema. Muy bien podría exacerbarlo. Si está solo —señaló a Pyrondi—, entonces la Teniente Pyrondi tal vez tenga razón. El hombre está loco.

—Si lo está, ha elegido un estupendo lugar para demostrarlo —dijo Pyrondi—. He conocido a unos cuantos jefies. Son los mejores seguidores del universo. Si los persuade de que usted es su líder, lo seguirán a cualquier parte. Y a pesar de toda la inmigración del siglo pasado aún representan un sólido ochenta y cinco por ciento de la población planetaria.

—Pero ¿no se quejaron de que Coruscant nombrara un gobernador humano? —preguntó Eli.

—Como dije, señor, son seguidores —contestó Pyrondi—. Pruebe que es líder y estarán allí. Quesl debió probarlo y de modo convincente.

—Yo pienso lo mismo —estuvo de acuerdo Thrawn—. Lo que sugiere que la mejor estrategia sería crear un nuevo líder para ellos.

—Suponiendo que tan sólo siguen a ciegas a Quesl, señor, y que no han entrado en esta cosa de la secesión por sí mismos —advirtió Pyrondi—. Si forma un grupo de auténticos creyentes jefies, tal vez no necesiten un líder que les diga qué hacer. Hay muchas cosas que no sabemos de ellos.

—Entonces debemos aprenderlas —dijo Thrawn—. Comandante Faro, ¿cuánto falta para llegar a Botajeff?

Faro revisó su datapad.

—Aproximadamente quince horas, señor.

—Estaré en mis cuarteles —dijo Thrawn—. El puente es suyo, Comandante Faro. Quiero al *Quimera* completamente listo para el combate dentro de catorce horas.

—Lo estará, comodoro —dijo Faro sombríamente, y Eli pudo ver en los ojos de ella los recuerdos vacilantes, abrasadores de sus experiencias en las Guerras de los Clones—. Cuente con ello.

La historia de Botajef era una de largos períodos de lealtad pasiva, seguida por breves episodios de conflictos que llegaban a ser vehementes, seguidos por nuevo liderazgo y otra era de lealtad pasiva.

El arte jefi seguía ese mismo patrón: curvas interrumpidas por líneas rígidas o ángulos agudos, con una paleta de colores que reflejaba el espectro emocional y ético del grupo. Las esculturas eran de bajo contraste, lo que tal vez indicaba que los mismos jefies reconocían las deficiencias de su matriz cultural. En contraste, los tressiles colgantes, con sus balances de amortiguación rápida, indicaban que también reconocían la estabilidad básica de su sistema político.

—¿Comodoro? —surgió la voz de Vanto.

—Entra.

Vanto cruzó el piso, atravesando los hologramas.

—¿Arte jefi?

—Sí.

—Bonito —comentó Vanto, mientras paseaba la mirada entre las piezas—. Un poco aserrado para mi gusto, pero bonito. Vine a informarte, comodoro, que estamos a dos horas de Botajef y el *Quimera* está preparado para la batalla.

—Gracias, comandante —dijo Thrawn—. Pareces preocupado. ¿Te inquieta la inminente confrontación?

—Así es —dijo Vanto—. Pero tal vez no de la manera que a todos los demás. Me preocupa que nos hayan dado esta comisión porque ciertas personas estén tratando de tenderte una trampa.

—¿Tienes alguna evidencia de esto?

—No hay evidencia, sino mucha lógica —dijo Vanto—. Sabemos que les desagradas a algunos funcionarios gubernamentales y que muchos sienten rechazo por los seres que no son humanos en general. Así que ahora tenemos un mundo básicamente no humano que proclama su independencia, con una fuerte flota de defensa para respaldarlo. Los dos resultados más probables son, primero, que aplastes a los jefies hasta volverlos polvo; o, segundo, que la Fuerza de Defensa de Botajef nos supere y nos eche del sistema.

—Por fortuna, no existen sólo esas dos opciones; hay más.

—Así lo espero —dijo Vanto—. Porque en mi primer escenario Coruscant puede pintarte como un alienígena enloquecido que aplastó a un mundo de inocentes jefies y seres humanos que sólo obedecían a su líder. En el segundo escenario, serás pintado como un incompetente y te patearán y degradarán para que mandes tu propio transporte de minerales.

—Es interesante que elijas ese ejemplo —dijo Thrawn. Los hologramas del arte jefi se desvanecieron y fueron reemplazados por un mapa del Imperio—. ¿Recuerdas qué puesto tenía la Capitán Filia Rossi antes de comandar el *Blood Crow*?

—Primer oficial en la escolta de un carguero de minerales, ¿o no?

—Sí —dijo Thrawn—. Estoy al tanto de que tú y algunos otros abrigaban reservas en esa época sobre la capacidad y experiencia de ella. Pero considera lo que ahora sabemos sobre cómo se sacan el doonium y otros metales del mercado general. Tal vez uno de los cargueros que ella escoltaba era más importante de lo que alguien se había dado cuenta en ese tiempo.

—Interesante —dijo Vanto, pensativo—. No sólo eso, sino que me parece recordar ahora que su puesto anterior fue en Socorro. Allí había grandes cantidades de doonium en los cinturones de asteroides. Me pregunto... como dices, nadie sabía lo que esos cargueros representaban. Me pregunto si eso pudo haber llevado a que alguien fuera un poco menos cuidadoso con la seguridad de lo que son ahora.

—Así es —dijo Thrawn—. En ese caso, debe ser posible rastrear la ruta de los envíos y descubrir dónde está ocurriendo esta operación.

—Puedo intentarlo. —Vanto frunció el ceño mientras la palabra le llamaba la atención—. Operación, ¿en singular? ¿Crees que es un solo proyecto?

—Sí —contestó Thrawn—. Piensa. Se están tomando componentes de hiperimpulsores de depósitos de suministros, pero no están desapareciendo hiperimpulsores ensamblados. De igual manera, se están tomando componentes de motores para velocidades inferiores a la de la luz, pero no motores completos.

—Interesante —meditó Vanto lentamente—. Aunque eso tan sólo podría significar que no quieren cargar cosas demasiado voluminosas.

—Tal vez —dijo Thrawn—. Aunque evidentemente hay transportes lo bastante grandes para transportar esos artículos. Mi conclusión es que tal vez estén creando hiperimpulsores y motores para velocidades inferiores a la de la luz de un tamaño nunca antes visto.

Los ojos de Vanto se agrandaron por la impresión.

—¿Te refieres a algo más grande que un destructor estelar?

—Por mi interpretación de los datos, considerablemente mayor —dijo Thrawn—. Confieso que siento cierto temor ante esa conclusión. He visto este mismo... *omseki*.

—Síndrome.

—He visto este síndrome antes —continuó Thrawn—. Las naves capitales del tamaño de destructores estelares y grandes cantidades de cazas de apoyo son los grupos más eficientes y flexibles de la armada para disuasión y combate. Sin embargo, hay muchos que consideran que *más grande* es equivalente a *mejor*. Aun el Imperio tiene recursos limitados, y me temo que esos recursos no siempre se asignan de manera inteligente.

—Las realidades de una burocracia de gran tamaño —opinó Vanto con tristeza—. Dos burocracias, en este caso, si cuentas al gobierno y a la armada. Siempre hay proyectos inútiles, en ocasiones realmente grandes, que se deslizan entre los huecos de los procesos de revisión.

—Por desgracia, es cierto —dijo Thrawn—. Tal vez aún tendré oportunidad de expresar mis ideas sobre las estrategias de esos sistemas de armas de semejante escala.

—Bueno, te invitan con mucha frecuencia a Coruscant —señaló Vanto—. Tal vez... —Se interrumpió porque de pronto lo había comprendido—. Sabes dónde está, ¿verdad? Has descubierto dónde están construyendo esta monstruosidad.

—Tengo una idea.

—Debí adivinar que lo harías —dijo Vanto—. Supongo que has rastreado los cargueros de minerales de Rossi.

—No logré descubrir su destino final —dijo Thrawn—. Sin embargo, sí encontré el vector más probable para los envíos.

—Lo que sólo te da... —Vanto sonrió con nueva comprensión—. Pero también tenemos el vector probable para la nave de esclavos wookiee. Así que, suponiendo que todos se dirigían al mismo lugar, cruzaste los vectores...

—Y encontré una ubicación —dijo Thrawn—. Por supuesto, tal vez no sea la ubicación correcta. Quizás en algún momento se presente una oportunidad de visitarla. Entre tanto, tenemos que encargarnos de Botajef.

—Sí —dijo Vanto—. Supongo que tienes un plan.

—Así es. —El mapa galáctico desapareció y fue reemplazado por la imagen de un ser humano sentado detrás de un podio—. Esta es la grabación de la declaración de independencia del Gobernador Quesl hace treinta horas.

—Sí, la he visto —dijo Vanto—. En cuanto al discurso, el hombre realmente ilumina el auditorio.

—¿Observaste las obras de arte que colgaban en la pared de exhibición detrás de él?

—Cincuenta y siete piezas en total. —Vanto sonrió con ironía—. Sí, las conté. También hice hologramas de cada pieza visible en esa grabación, en caso de que quisieras averiguar qué pueden mostrar sobre el hombre.

—Gracias —dijo Thrawn—. Sin embargo, no nos dirá nada sobre el gobernador. Los jefes han coleccionado esas obras durante siglos, y el Gobernador Quesl no ha alterado las piezas ni su posición.

—Lo sabes porque ya revisaste los archivos antiguos —dijo Vanto, un tanto cabizbajo—. Bueno, pareció una buena idea en su momento.

—Fue una excelente idea —dijo Thrawn—. En otras circunstancias bien pudo ser muy útil. Pero pon atención a las palabras y la manera de hablar del gobernador. ¿Qué escuchas?

—Bueno, no es tímido al expresar sus objetivos o emociones —dijo Vanto—. Deja muy en claro que no tiene intención de mantener a Botajef bajo el Imperio.

—Sin embargo, ¿no debería mostrar algún reconocimiento del poder que seguramente se traerá para enfrentarlo?

—Evidentemente uno lo pensaría —estuvo de acuerdo Vanto, mientras frotaba su barbilla, concentrado—. Ahora que lo mencionas, casi está desafiando a Coruscant para que venga y lo detenga.

—Hago una predicción —dijo Thrawn—. Creo que tras nuestra llegada encontraremos artillería pesada alrededor del edificio principal del gobierno. También predigo que el Gobernador Quesl repetirá su desafío directamente al *Quimera*.

—¿De verdad? —dijo Vanto—. ¿Y las fuerzas de defensa planetarias?

—Las desplegará inicialmente para mantener al *Quimera* a distancia. En algún momento posterior, las enviará al ataque.

—Interesante táctica —dijo Vanto—. Lo descubriremos muy pronto.

—Así es —dijo Thrawn—. Ahora puedes regresar al puente. Cuando llegues, haz que la Comandante de Cazas Yve y el Comandante de Stormtroopers Ayer se reporten conmigo aquí. Tengo algunas órdenes finales para ellos.

\* \* \*

El *Quimera* llegó a Botajef exactamente de acuerdo con lo programado. Y vaya si Thrawn había tenido razón.

—Dos corbetas CR90 se están elevando de órbita —informó Eli, mientras echaba un rápido vistazo a las lecturas tácticas—. Vienen de estribor y babor, posiblemente estén tratando de flanquearnos, pero manteniéndose fuera de un rango efectivo de fuego. Cinco escuadrones de interceptores V-19 Torrent están subiendo de la base polar del norte; dos escuadrones más vienen de la base polar del sur.

—Los sistemas de armas de ambas corbetas se están enfriando —agregó Faro—. Tal vez las hemos tomado por sorpresa.

—Lectura de tres grupos de turboláseres con base en tierra —dijo Eli, sonriendo para sí—. Coordenadas en pantalla táctica. Observen que una de ellas está en la capital, cinco turboláseres agrupados alrededor del palacio del gobernador.

—¿Alrededor del *palacio*? —repitió Faro con incredulidad—. *Realmente* está contando con el autocontrol imperial, ¿o no?

Eli volvió a pensar en la batalla sobre Umbara y en el fuego meticuloso que el *Thunder Wasp* había lanzado después a la veta del precursor de especias en Cyphar.

—Es más probable que no tomen en cuenta la precisión de los artilleros imperiales, señora.

—Tal vez tengamos la oportunidad de instruirlos —opinó Thrawn—. Teniente Mayor Yve, lance los TIE.

—Lanzando TIE, comodoro —reconoció Yve—. ¿Objetivos?

—Envíe cuatro a cada una de las corbetas —ordenó Thrawn—. No van a disparar sino a realizar vuelos rasantes en línea, dos a estribor y dos a babor. Los otros TIE se moverán para formar una pantalla entre nosotros y los V-19.

—¿Incluida la unidad especial, señor?

—Sí —dijo Thrawn—. No deben disparar hasta que lo ordene.

—Sí, señor —Yve volteó hacia el tablero.

Eli frunció el ceño. No había escuchado acerca de una unidad especial de TIE. ¿Algo que Thrawn e Yve habían planeado después de que dejó los aposentos de Thrawn para dirigirse al puente?

—¿No va a dejar que los TIE se defiendan, señor? —preguntó Faro.

—Estoy ofreciendo a los jefes un disparo gratis, comandante —respondió Thrawn en voz baja—. Dicho eso, no creo que ataquen primero.

—COMODORO, ESTAMOS RECIBIENDO UNA SEÑAL DEL GOBERNADOR QUESL —gritó Lomar.

—Pásenla.

La pantalla del intercomunicador se iluminó con la misma cara arrugada y fruncida que Eli había visto en la grabación anterior. Quesl estaba de pie, más cerca de la cámara esta vez, y tan agrandado parecía aún más desagradable y falso.

—Habla el Gobernador Quesl del sistema libre de Botajef —entonó—. Ha invadido espacio jefi. Si no se va, se le disparará.

—Soy el Comodoro Thrawn, comandante del destructor estelar del Imperio *Quimera* —dijo Thrawn—. Me temo que está actuando bajo una falsa interpretación, gobernador. De acuerdo con el tratado firmado por los jefes después de las Guerras de los Clones, cualquier cambio de estatus debe seguir las reglas formales a las que se hace referencia en la sección dieciocho, párrafo cuatro.

La cara arrugada se retiró de la cámara y Eli captó un atisbo de las obras de arte que colgaban en la pared detrás de él.

—¿De qué habla? —exigió una respuesta—. No existe ese tratado.

En la pantalla de despliegue táctico, los cuatro cazas TIE pasaron barriendo la corbeta de estribor, como Thrawn había ordenado. Eli contuvo la respiración y se preguntó si la corbeta vería el asalto y abriría fuego.

Por fortuna, no lo hizo. Aparte de una breve sacudida de su proa, en realidad no hubo respuesta en absoluto. La respuesta de la corbeta de babor fue aún más sobria ante el vuelo de los cazas, porque no mostró siquiera la pequeña sacudida de reflejo.

—Su falta de conocimiento del puesto que se le asignó es desconcertante —dijo Thrawn—. Bajo estas circunstancias debo llamar su atención al párrafo siete. Esa cláusula establece que antes de que se entable cualquier plática, el gobernador u otro líder debe estar completamente desarmado. —Señaló hacia la pantalla de despliegue táctico—. Por tanto, debo insistir en que se retiren esos emplazamientos de turboláseres alrededor de su palacio.

—Ah, usted insiste, ¿verdad? —replicó Quesl en tono condescendiente—. Entonces: ¿Comodoro o no, destructor estelar del Imperio o no, aún no se atreve a enfrentar a un pueblo libre y sus armas? ¿Tiene miedo de que nuestra mordida sean tan mala como nuestro ladrido? —Cruzó los brazos frente al pecho, con una sonrisa de burla en el rostro—. ¿Quiere que esos turboláseres se vayan, Comodoro Thrawn? Bien. Hágalo usted mismo.

—Muy bien —dijo Thrawn. Hizo un ademán a Yve—. ¿Teniente mayor?



—Sí, señor —dijo Yve—. Unidad Especial Uno: *adelante*.

En la pantalla táctica, seis de los cazas TIE que se habían movido para interceptar a los V-19 se separaron abruptamente. Pasando fácilmente entre la formación de los defensores, se dirigieron directo a la capital y el palacio.

—¿QUÉ? ¡NO! —gritó Quesl—. ¡DEFENSORES: *DEFIENDAN!*

Los turboláseres abrieron fuego. Las brillantes explosiones chisporrotearon en el aire hacia los cazas que se acercaban. Fue un ejercicio fútil. Yve había entrenado excepcionalmente a sus pilotos TIE y los cazas en sí eran rápidos y ágiles. Evadieron las explosiones con facilidad y se acercaron al palacio mientras el fuego de los defensores aumentaba.

—No es demasiado tarde para rendirse, gobernador —dijo Thrawn.

—Nunca —escupió Quesl. Su rostro estaba tenso por la expectación y tenía los ojos fijos en algún lugar fuera de la cámara—. Moriré con dignidad y gracia, y con la fuerza completa y el desafío del pueblo jefe de mi lado.

—Su espíritu es admirable —dijo Thrawn—. Pero sus dotes dramáticas son innecesarias. Observe el poder y la habilidad de la Armada Imperial.

Los TIE habían alcanzado el palacio y sus cañones láser abrieron fuego. Pero no dispararon al palacio. Aun mientras se doblaban, giraban y cambiaban de dirección para evitar las frenéticas explosiones de los turboláseres, lanzaron ráfaga tras ráfaga hacia las armas. Uno de los turboláseres se desintegró en una brillante explosión de metal y cerámica aplastada. El segundo quedó fuera de combate... luego el tercero.

—¿COMANDANTE FARO? —gritó Thrawn.

Eli parpadeó. Tan absorto había estado en la danza mortal sobre la superficie del planeta que había olvidado dar seguimiento a la situación en la vecindad inmediata del *Quimera*. Miró la pantalla táctica, para descubrir que, mientras estuvo distraído, el *Quimera* se había desplazado una distancia importante a estribor hacia la corbeta que aún mantenía la posición allí. Una línea azul apareció en la pantalla, marcando la activación de uno de los rayos tractores del destructor estelar, justo al mismo tiempo que, en la pantalla del intercomunicador, Quesl jadeaba y su imagen se agitaba violentamente. Eli volvió a mirar el despliegue táctico mientras finalmente comprendía lo que pasaba.

—¿Él está en la *corbeta*?

—Por supuesto —dijo Thrawn, con un mínimo asomo de satisfacción en la voz—. Junto con la extremadamente valiosa colección de arte que ves detrás de él. Mis disculpas, gobernador, por no cooperar con su esperada destrucción del palacio. Hubiera cubierto con efectividad su robo, además de enfurecer a los jefes para que lanzaran un ataque completo sobre el *Quimera*. Creo que esperaba escapar a la libertad durante el caos resultante.

En la pantalla, Quesl respiraba con pesadez, mientras su cara era una máscara de odio y desesperación.

—Ellos nunca le creerán —dijo, mordiente—. Los jefes me son leales.

—Son leales a un líder respetable —contrató Thrawn, con voz cada vez más fría—. No creo que lo vean así después de este día.

Por un momento Quesl lo fulminó con la mirada. Luego pareció marchitarse. Ofreció a Thrawn otra sonrisa burlona y se dio media vuelta para mirar la pared detrás de él.

—Valen cientos de millones, comodoro. Tal vez hasta miles de millones. Y todo lo que hacen es coleccionar polvo en un edificio de tercera en un mundo de quinta. *Miles de millones*. —Se dio vuelta de nuevo, mientras la perplejidad reemplazaba en parte a la melancolía—. Pero hay dos corbetas idénticas. ¿Cómo supo que yo estaba en esta?

—El vuelo rasante del caza —dijo Thrawn—. Su piloto reaccionó agitándose ante lo que temió sería una colisión inminente. Tripulación humana. La otra corbeta confió implícitamente en su líder y, por tanto, no mostró temor. Tripulación jefi. Usted, por supuesto, no dependería de jefies para que lo ayudaran en su traición.

Quesl suspiró.

—¿Así que esto es todo?

—Difícilmente —le aseguró Thrawn—. Usted y su tripulación serán traídos a bordo del *Quimera*, el arte debe regresarse, los jefies necesitan que se les ilumine y deben elegir un nuevo líder hasta que Coruscant pueda enviar un nuevo gobernador. —Sus ojos brillaron—. Después, por supuesto, se le juzgará.

Dejó que la última palabra colgara en el aire por un momento, tal vez invitando a que Quesl aceptara la oportunidad de responder, pero el gobernador permaneció en silencio. Thrawn hizo un gesto para que la pantalla del intercomunicador quedara en blanco.

—Supongo que no hay ningún tratado de las Guerras de los Clones —dijo Faro.

—No —dijo Thrawn—. Simplemente deseaba mantenerlo a la vista hasta que su movimiento debido al empuje del rayo tractor ofreciera confirmación final de su presencia. —Respiró profundamente—. Teniente Mayor Lomar, póngase en contacto con el jefe de la Fuerza de Defensa de Botajef y explique la situación. Estoy seguro de que querrán pruebas; puede invitarlo a bordo si lo cree conveniente. Comandante Faro, traiga la corbeta del gobernador al hangar. Mayor Ayer, sus stormtroopers abordarán en cuanto la nave quede asegurada. Vigile a los prisioneros; cuide aún mejor las obras de arte. Teniente Mayor Yve, traiga a la Unidad Especial Uno de regreso a la posición de pantalla con los otros TIE. Informe a todos los pilotos que permanezcan alertas, pero que no se anticipa mayor combate. —Miró a Eli, y este creyó detectar una pequeña sonrisa en los labios del chiss—. Comandante Vanto, póngase en contacto con el Alto Mando en Coruscant. Infórmeles que la situación en Botajef ha sido resuelta.

## CAPÍTULO 23

---

«Muchos creen que la vida militar está llena de aventura y emociones. En verdad, esa vida más a menudo consta de largos periodos de rutina, hasta aburrimiento, con breves intervalos de desafío y peligro.

»Muy pocas veces los enemigos buscan a sus oponentes. El guerrero debe volverse un cazador, buscar y acechar con arte y paciencia. Los éxitos a menudo se alcanzan mediante la confluencia de pequeñas cosas: hechos sueltos, conversaciones imprudentes u oídas por casualidad, vectores logísticos. Si el cazador es persistente, el patrón se volverá visible y se encontrará al enemigo. Sólo entonces el combate romperá la rutina.

»Por tanto, no resulta sorprendente que quienes buscan emociones en ocasiones se cansen de las búsquedas largas y arduas. Se sienten aliviados cuando el enemigo aparece por cuenta propia, con una posición firme y planteando un desafío. Sin embargo, el guerrero inteligente suele sentirse especialmente alerta en esos momentos. Sabe que pocas cosas son más peligrosas que un enemigo hábil en su propio terreno cuidadosamente elegido».

—Cilindros de código, por favor —dijo la guardia de la puerta. «Su voz es enérgica y formal, pero su rostro muestra sospecha».

—Tenga —dijo Vanto y entregó su cilindro y el de Thrawn.

«La guardia toma el primero y lo desliza en el lector de identificaciones. El procedimiento de confirmación toma más tiempo de lo habitual. Tal vez no cree que el ID sea genuino. Vanto también percibe la demora».

—¿Hay algún problema, suboficial mayor?

—No hay problema, comandante. —«Su rostro aún muestra sospecha cuando regresa los cilindros, pero no tanta como para pedir ayuda»—. Tiene permiso para entrar, Comandante Vanto. —«Otra breve pausa, pero con titubeos notorios»—. Igual que usted, Almirante Thrawn.

Pasaron por la entrada hacia el interior de los cuarteles del Alto Mando.

—Me pregunto de qué se trata esta vez —murmuró Vanto mientras se abrían paso entre el resto del personal de la armada que corría para realizar las tareas encargadas.

—El patrón de comunicación durante los últimos cuatro días indica que han convocado también a las fuerzas de tarea centésima tercera y centésima vigésima quinta —observó Thrawn—. Concluyo que se está planeando una misión importante.

—Interesante —dijo Vanto—. ¿Cuánto se necesita ahondar en las charlas para extraer esos fragmentos de información?

—No mucho —le aseguró Thrawn—. Hay patrones en las comunicaciones imperiales, como en todo lo demás. Una vez que se conoce el patrón, es fácil obtener el conocimiento.

—Esa es una verdadera habilidad —opinó Vanto—. Me tomaría horas con una computadora y una hoja de matriz llegar a algún lado.

Cuando llegaron Thrawn y Vanto, el resto del grupo estaba esperando, sentado en semicírculo enfrente de un holoprojector, con la espalda hacia los recién llegados. Cuatro de los asistentes eran oficiales de la armada y cuatro civiles; el último vestía con el estilo de la clase alta gubernamental. Había dos sillas vacías entre los oficiales y los civiles.

De pie, a un lado del proyector, se encontraba el Almirante de Flota Donassius. «Su expresión es controlada, pero la postura corporal es tensa». De pie en el lado opuesto estaba el Coronel Yularen. «Su rostro y postura también son tensas, aunque la oculta mejor que Donassius».

—Almirante Thrawn —dijo Donassius y saludó con la cabeza seriamente mientras Thrawn y Vanto se acercaban al anillo de asientos—. Permítanme presentar al Almirante Durril del destructor estelar del Imperio *Judicator* y el cuerpo especial centésimo tercero; el Almirante Kinshara del destructor estelar *Stalwart* y el cuerpo especial centésimo vigésimo quinto. Almirante Thrawn del destructor *Quimera*, recién asignado al nonagésimo sexto.

—Es un honor —dijo Thrawn y saludó con la cabeza mientras él y Vanto pasaban al final de la fila. «Kinshara regresa el saludo cortésmente, su expresión no contiene rencor o mala voluntad. La expresión y la postura corporal de Durril denotan disgusto ante la presencia de un ser no humano. Los otros dos oficiales, uno capitán y el otro comandante, contienen la cortesía y la cautela normales de los ayudantes que conocen a un oficial desconocido y de alto rango».

—Y estos son los gobernadores de los sistemas relevantes —continuó Donassius—. La Gobernadora Restos de Batonn; el Gobernador Wistran de Denash; el Gobernador Estorn de Sammun... —«La cuarta gobernadora de la fila resulta inesperada»— y la Gobernadora Pryce of Lothal.

—Es un honor —repitió Thrawn—. Es un placer verla de nuevo, Gobernadora Pryce.

—Igualmente —dijo Pryce. «Su expresión es fría, la voz profesional. Pero su postura corporal contiene tensión oculta»—. Me hubiera gustado que fuera bajo circunstancias más placenteras.

—Circunstancias por las que se les ha convocado —dijo Donassius. «Su voz contiene sombría preocupación»—. Tomen asiento, por favor. Iremos justo al grano. ¿Coronel Yularen?

—Gracias, almirante —dijo Yularen. Oprimió una tecla en su control remoto y apareció un holograma de una sección del Borde Exterior—. El sector Batonn —identificó—. Hemos estado observando un aumento de actividades criminales e insurgentes aquí durante los últimos meses. Hasta el momento se había supuesto que se trataba de la agitación aleatoria de los inconformes. Sin embargo, ahora tenemos

indicaciones de que algunos de esos grupos empiezan a trabajar juntos o por lo menos a compartir información y coordinar planes. Ninguno representa más que una molestia, pero creemos que se trata de una tendencia que tenemos que acabar antes de que se propague.

—¿Qué tan profunda es esta cooperación? —preguntó Thrawn.

—Poco, por el momento —dijo Yularen—. Los grupos insurgentes son paranoicos, prácticamente por definición, y no suelen confiar entre sí más de lo que confían en sus propios gobiernos. Pero como digo, están empezando a hablar.

—Así que necesitamos callarlos —dijo Pryce.

—Una pregunta, coronel —interrumpió la Gobernadora Restos—. Hay cuatro gobernadores aquí, representando a cuatro sistemas afectados. Pero sólo veo comandantes de tres fuerzas de tareas. ¿Puedo preguntar cuál de nuestros sistemas planean ignorar?

—El Almirante Konstantine ya se está encargando de los insurgentes de Lothal —informó Donassius—. Se solicitó que la Gobernadora Pryce estuviera aquí como observadora, porque su sistema se encuentra cerca del área de preocupación y está experimentando muchos de los mismos problemas.

—Ya veo —dijo Restos y lanzó una mirada de sospecha a Pryce—. Siempre y cuando Batonn reciba la atención suficiente.

—Por supuesto, gobernadora —dijo Yularen—. En realidad, vamos a empezar con su planeta, porque parece ser el punto focal de la actividad en el sector. Si logramos que los insurgentes retrocedan allí, los otros grupos deberán desaparecer.

—¿Qué significa «retrocedan»? —preguntó Wistran—. ¿De dónde deben retroceder?

—En este momento, de un lugar llamado Isla Scrim, a trescientos kilómetros al oeste del principal continente de Batonn —dijo Yularen—. Hace cinco días, un grupo de insurgentes invadió la guarnición imperial del lugar y se apoderó de ella. Ahora tienen por lo menos a trescientos rehenes, casi todos soldados y técnicos, pero también trabajadores civiles. Mantienen control completo del campo de energía de la isla, las defensas costeras y tres de los cañones de iones. Almirante Thrawn, este será suyo.

—¿Tiene un plano de las instalaciones? —preguntó Thrawn.

—Por supuesto. —El holograma cambió a una vista aérea de la Isla Scrim.

—Dijo que había tres cañones de iones —comentó Thrawn—. Pero veo ocho emplazamientos fortificados a lo largo de la costa.

—El último informe de estatus, de hace unas seis semanas, estableció que cinco de los cañones esperaban el reemplazo de los tubos de cathron —dijo Yularen.

—¿Cuáles cinco?

—Me temo que es irrelevante —dijo Yularen—. Los insurgentes han tenido tiempo suficiente para intercambiar los tres tubos funcionales, así que no sabemos cuáles son los tres cañones funcionales.

—No debe importar —opinó el Almirante Durril. «Agita la mano como para desechar algo de manera casual»—. De todos modos no los atacará desde arriba. El mejor método es una incursión a baja altura.

—Las defensas costeras son más adecuadas para repeler hasta un ataque de tamaño considerable —señaló Thrawn.

—No ha estado mucho tiempo en la armada, ¿verdad? —preguntó Durril. «Su tono contiene condescendencia. La mirada cae a la nueva insignia de almirante, la expresión contiene desaprobación y resentimiento»—. De lo contrario, sabría que si más de la mitad de los cañones de iones de la isla están desactivados, entonces por lo menos también lo estarán la mitad de las defensas costeras. Unos cuantos botes de asalto llenos de stormtroopers, y todo habrá terminado.

—Tal vez —dijo Thrawn—. Necesitaré más tiempo para estudiar la situación.

—No hay tiempo —dijo Donassius—. Cada hora que la guarnición esté retenida, la reputación del Imperio se mancha un poco más. Sus órdenes son avanzar de una vez hacia Batonn y liberar a Scrim del puño de los insurgentes. —«Su labio se tuerce»—. Destruyan la isla, si es necesario, pero eliminen a los rebeldes.

—Si se destruye la isla, también se mataría a los rehenes —dijo Thrawn—. Hay mejores maneras. Pero requieren más reconocimiento y planeación.

«El salón queda en silencio. La postura corporal de los demás contiene desaprobación e incomodidad».

—Muy bien —dijo Donassius. «Su voz es rígida»—. Si no cree que pueda manejarlo, el nonagésimo sexto puede ir en cambio a Sammun. ¿Esa tarea será más de su agrado?

—Iré a donde la armada lo desee —dijo Thrawn.

—¿Ha tenido tiempo suficiente en el nonagésimo sexto para que operen juntos sin problemas?

—Lo he tenido, almirante.

—Muy bien. Almirante Durril, parece confiado en que puede neutralizarse fácilmente a los rebeldes en Scrim. Su centésimo tercero se encargará de ellos.

—Con placer —dijo Durril. «Su voz contiene impaciencia y gusto».

—Bien —«Donassius hace un ademán en dirección de Yularen, su expresión contiene desaprobación»—. Coronel Yularen, puede continuar con su informe.

—Desapruebas mi decisión —dijo Thrawn, mientras Eli y él bajaban por las escaleras del exterior hacia la pista de aterrizaje donde esperaba el transporte.

—Creo que *todos* desaprobaron tu decisión —dijo Eli con amargura—. Creo que acabas de quemar cualquier capital que pudieras haber tenido con el Alto Mando.

—Por el momento —dijo Thrawn con calma, sacó su datapad y tecleó algo—. Eso cambiará.

—No veo cómo —comentó Eli y trató de ver lo que hacía Thrawn. Las imágenes destellaban en la pantalla del datapad, pero por el ángulo Eli no podía ver un solo detalle—. El Almirante Durril parecía tremendamente seguro de recuperar la isla.

—El Almirante Durril siempre está seguro de sí mismo —dijo Thrawn—. Pero tiende a valorar la velocidad más que la precisión. A veces eso le sirve, pero con más frecuencia lleva a cálculos erróneos.

—¿Crees que este es uno de los cálculos erróneos?

—Estoy seguro —dijo Thrawn—. Esa falla será costosa, para su cuerpo especial y para él, en lo personal.

—Maravilloso —murmuró Eli. Más hombres y mujeres heridos o muertos por la arrogancia de sus superiores—. ¿Debimos decir algo?

—Yo *sí* dije algo —le recordó Thrawn—. Dije que la situación necesitaba más estudio.

—¿Así que vamos a dejar que él y el centésimo tercero se estrellen contra la pared?

—El Almirante Durril ha adoptado una posición —dijo Thrawn—. Le hemos ofrecido consejo. Él no lo ha tomado. Debemos hacernos a un lado y dejar que ponga a prueba su confianza.

—Supongo —dijo Eli, mientras estiraba el cuello. Las imágenes seguían fluyendo por el datapad de Thrawn—. ¿Puedo preguntar que estás haciendo, señor?

—Estudio el arte de los sammunis —dijo Thrawn—. Necesito una mejor comprensión de su cultura.

Cuando Thrawn finalmente dejó a un lado el datapad, tenían a la vista la plataforma de aterrizaje. Caminaron hacia el transbordador, y Eli hizo una mueca con vergüenza renovada por el aspecto patético y mediocre de su carguero ligero, metido entre los más impresionantes transbordadores *Lambda* de los demás almirantes. Aún no sabía por qué Thrawn había elegido esa nave en particular, que había tomado de la pandilla de contrabandistas a la que habían derrotado más recientemente, en lugar de traer su propio *Lambda*. La mejor suposición de Eli había sido que esperaba mostrarlo como trofeo a los otros almirantes. De alguna manera, nunca había llegado a eso.

—También desapruebas mi elección de transporte.

Eli lo miró de soslayo.

—¿Tienes que hacer eso?

—Resulta que tiende a impedir conversaciones innecesarias —observó Thrawn y sacó su intercomunicador—. Almirante Thrawn a Comandante Faro.

—Sí, almirante —dijo la nueva capitán del *Quimera*, con gran energía—. ¿Tenemos órdenes, señor?

—Así es, comandante —dijo Thrawn—. Va a llevar al cuerpo especial a Sammun. Hay actividad insurgente allí y se nos ha encargado eliminarla.

—Sí, señor —dijo Faro, con un atisbo poco característico de incertidumbre en la voz—. ¿Dijo que *yo* voy a llevar la fuerza? ¿No estará con nosotros?

—Es correcto —confirmó Thrawn—. El Comandante Vanto y yo tenemos que hacer un encargo en otro lado.

—Ya veo —dijo Faro. Eli sabía que ella aún se estaba acostumbrando a ser la capitán del *Quimera* y se dio cuenta de que no se sentía completamente feliz por ser lanzada a

una misión tan pronto sin que su almirante estuviera allí para supervisarla. Pero su habitual confianza en sí misma ya empezaba a reafirmarla—. Muy bien, almirante. ¿Alguna instrucción específica?

—Por supuesto —dijo Thrawn—. Entrará en el sistema a distancia y dispersará al resto del cuerpo especial. Luego llevará el *Quimera* cerca de Sammun y exigirá la rendición de los insurgentes. Nuestra información de inteligencia indica que están protegidos contra asaltos de superficie o aéreos, pero es poco probable que sus escudos y bunkers resistan mucho tiempo los turboláseres de un destructor estelar.

—¿Así que voy a amenazar con atacar, pero el verdadero objetivo es sacarlos de sus posiciones?

—Exactamente —dijo Thrawn—. Tal vez necesite hacer algunos disparos para convencerlos de que abandonen su fortaleza, pero no debe destruirlos por completo. Es posible que el cuerpo especial también necesite destruir algunas naves que huyan, pero debe capturar a la mayoría indemnes.

—¿Y si se dirigen a otros lugares del planeta?

—Creo que eso es improbable —dijo Thrawn—. Su primera reacción será buscar la seguridad y oscuridad del espacio.

—Comprendido, señor —dijo Faro. Ahora estaba de acuerdo con el plan, y Eli no tenía dudas de que lo seguiría hasta completarlo. A pesar de toda su actitud casual hacia el decoro, era bastante inteligente y por lo general sabía lo que hacía—. Si hay algo que no tendrán allí, será seguridad.

—Muy bien, comandante —dijo Thrawn—. Antes de que parta para Sammun, separe el *Shyrack* para mi uso. Informe a la Capitán Brento que hablaré en privado con ella en cuanto decida su curso de acción.

—Sí, señor —dijo Faro—. ¿Debo reportarme cuando complete mi misión o esperar a que usted inicie el contacto?

—La última opción es la mejor —dijo Thrawn—. Que tenga buena caza.

—Usted también, almirante.

Thrawn regresó el intercomunicador a su cinturón.

—Ahora a nuestro encargo —dijo.

—Sí, señor —dijo Eli—. Ah... estamos caminando sobre hielo peligroso aquí, señor. Donassius nos ordenó ir a Sammun.

—No precisamente —le aseguró Thrawn—. El Almirante de Flota Donassius dijo que el nonagésimo sexto tenía que encargarse allí de la insurgencia. No hubo mención específica de ti o de mí.

Eli hizo una mueca: una fina distinción, aunque dudaba que alguien involucrado la apreciaría. Sin embargo, Thrawn, que era almirante, le había dado una orden a Eli, que era comandante.

—¿Puedo preguntar adónde vamos?



—A Batonn, por supuesto —contestó Thrawn—. El Almirante Durril está convencido de que no tendrá dificultades para capturar la Isla Scrim. Tengo interés en ver si está en lo correcto.

\* \* \*

—Matriz de asedio estándar —murmuró Vanto. Su tono contenía interés y atención, pero hasta ahora había evitado todo juicio de las tácticas del Almirante Durril—. No hay respuesta obvia aún de la isla.

—Tal vez estén negociando —señaló Thrawn. «Por supuesto, las naves están dispuestas en matriz de asedio, pero no es precisamente estándar. Dos de los cruceros ligeros están más apartados del *Judicator* de lo normal, y Durril no ha lanzado una pantalla de cazas»—. No captaríamos una señal de comunicación estrecha desde aquí.

—Es cierto —estuvo de acuerdo Vanto—. Sigo esperando que alguien nos detecte y nos ordene alejarnos.

—Nuestro transpondedor nos identifica como un carguero con licencia apropiada —le recordó Thrawn. «Hay una señal de saludo de una de las corbetas que forman pantalla a Durril. El transpondedor del carguero regresa el saludo. Un momento de duda, un saludo final y luego la corbeta deja de hacer preguntas»—. Sin duda, suponen que estamos esperando a valorar la extensión de la batalla antes de comprometernos a reanudar el viaje hacia la superficie.

—Por supuesto —dijo Vanto, con ironía—. Qué suerte que hayas tenido la previsión de elegir este como nuestro transporte. —Alzó las cejas—. ¿Sí fue suerte? ¿Viste algo en el tráfico de comunicaciones que te hizo sospechar que tal vez necesitaríamos algo menos notorio que un *Lambda* militar?

—Tenía algunas sospechas —dijo Thrawn. La perspicacia y percepción de Vanto habían aumentado notablemente con los años. Ahora veía muchos de los patrones, comprendía rápidamente razones y motivaciones subterráneas. En ocasiones, las razones más profundas seguían eludiéndolo, pero quedaba tiempo. Las habilidades tácticas del joven comandante seguían creciendo, aunque el propio Vanto no estaba completamente consciente de sus avances. Ahora había que concentrarse en mejorar su observación y entrenar su mente para ensamblar datos y sacar conclusiones más rápido. En la batalla, esas decisiones reflexivas a menudo significaban la diferencia entre la victoria y la derrota.

«Hay una serie de destellos del cuerpo especial distante».

—Se ha disparado la primera andanada —anunció Vanto—. Turboláseres a pleno desde el *Judicator*. El campo de energía de la isla... parece que está resistiendo.

—¿Alguna reducción en fuerza?

—Ninguna que estos sensores puedan detectar desde aquí —respondió Vanto. Su frente se frunció por la concentración—. Segunda andanada disparada. Tercera. Parece

que ahora Durril puso a disparar a todas sus naves. Aún no hay respuesta de los insurgentes.

—Eso cambiará pronto —dijo Thrawn. «Las corbetas de pantalla ahora han sido llevadas más cerca del destructor estelar mientras Durril responde a la falla inicial en destruir el escudo de la isla». Al ordenar fuego de todas sus naves, ahora Durril ha mostrado toda su capacidad.

—También ha marcado todas sus posiciones —indicó Vanto—. Si el comandante de la isla es inteligente, contratacará antes de que esas posiciones cambien... y allí van. El campo parece contraerse: veo fragmentos de las costas oeste y sur. Durril sigue golpeando en el centro...

«En la pantalla principal, dos corrientes de ráfagas verdes teñidas de rojo se disparan desde las orillas de la isla».

—¡Fuego de iones! —dijo bruscamente Vanto—. Golpes directos sobre el *Judicator*.

—¿Incapacitado? —preguntó Thrawn. «Los cruceros ligeros y las fragatas han abierto fuego de nuevo mientras Durril ordena a sus turboláseres que tomen como blanco los cañones de iones de las costas del norte y el oeste».

Pero la acción fue demasiado tardía. La orilla del campo se ha expandido de nuevo, siguiendo las andanadas de los cañones de iones, y las explosiones de los turboláseres se dispersan inofensivamente. Las naves escolta siguen disparando, algunas a los ahora protegidos cañones de iones, otras al centro del campo, en un intento de sobrecargar el generador.

—Ahora Durril sólo está aleteando —murmuró Vanto, mientras el juicio que había retenido ahora se convertía rápidamente en burla—. Tal vez ordenó a todos que siguieran disparando mientras trata de echar a funcionar de nuevo sus sistemas. Muy bien, el campo se está contrayendo otra vez. Ahora es la costa norte la que se abre...

«Una vez más, Durril no logra observarlo ni reaccionar. Las naves escolta siguen disparando inútilmente hacia los emplazamientos del oeste y el sur mientras un cañón de iones en la costa norte abre fuego».

—¡Demonios! —Vanto respira con dificultad—. Coordinación perfecta. Quien esté a cargo allí es bueno.

—¿Daños? —preguntó Thrawn. La última explosión de iones ha dado en la fragata y dos cruceros en el flanco de babor del *Judicator*, y envía rayos chisporroteantes de energía por sus cascos, dañando sensores, sistema de orientación y control de turboláseres.

—Blancos en los escoltas de babor —reportó Vanto—. Ahora se quedarán sólo con armas secundarias y drives auxiliares. Tal vez aún puedan salir de allí si Durril los libera, pero otra explosión o dos en los lugares correctos y quedarán a la deriva.

«De nuevo, Durril continúa su ataque sin efectividad, en lugar de ajustarse a las tácticas del oponente. Los escoltas aún mantienen su posición cuando se dispara otra andanada de iones desde la isla».

No obstante, en esta ocasión, mientras las ráfagas barrían al mismo grupo de escoltas, una franja de ocho pequeños cargueros espaciales apareció debajo de la orilla este del escudo y se dirigió hacia el continente, a trecientos kilómetros de distancia.

—El *Judicator* definitivamente perdió sus turboláser —comentó Vanto sombríamente—. Aún podría tener un drive auxiliar, tal vez suficiente para ponerse a salvo. Sin embargo, Durril no lo está intentando. Al parecer, los dos cruceros ligeros y la fragata que recibieron el último ataque han quedado inmovilizados.

—Un ataque se concentró en el *Judicator* y los escoltas en el flanco de babor de Durril —dijo Thrawn. «Los cargueros siguen volando bajo sobre el agua. Su comandante lleva al grupo de un lado a otro continuamente, aprovechando la mínima cubierta de las nubes y el brillo solar reflejado para que se tenga la menor visibilidad desde arriba»—. El flanco opuesto a la dirección en que envió a sus cargueros.

—¿Cargueros? —preguntó Vanto—. ¿Dónde?

—Al este de la isla —respondió Thrawn—. Vuelan bajo y con potencia mínima, lo que los vuelve casi invisibles a las naves que ya se encuentran bajo ataque de iones.

—También a las naves que no están bajo ataque, pero que han concentrado toda su atención en las naves que sí lo están —señaló Vanto—. Muy bien, ahora los veo. También me engañó el truco. —Miró a Thrawn—. Supongo que lo estabas esperando.

—Era una de las posibles razones por las que ignoraban a los escoltas de estribor a expensas de las naves de babor —dijo Thrawn—. Pero es interesante. El procedimiento estándar habría sido exactamente el opuesto: apuntar a los escoltas del lado de estribor del *Judicator* para minimizar la respuesta a la partida de los cargueros.

—El continente queda muy lejos —indicó Vanto—. No tiene caso huir si todos saben que vas en camino y hacia dónde te diriges.

—Sí. —«Siete de los cargueros siguen viajando hacia el este a la altura de las olas. El octavo, ahora fuera de la zona de batalla, se está elevando al espacio. Un momento interesante para que el comandante divida su convoy»—. Lo que me hace preguntar a dónde van. En particular, el que se ha separado y se dirige al espacio. ¿Tu análisis?

Vanto lo pensó por un momento.

—No puedo distinguir desde aquí si son cargueros o transportes personales —dijo lentamente—. No obstante, no hay razón para que envíen gente fuera de la isla en medio de una batalla, ya sean sus propias fuerzas o sus rehenes. De modo que son cargueros. Una razón obvia para tomar Scrim es toda la artillería militar almacenada allí, por lo que esas naves probablemente representan todo lo que no estaba pegado al suelo. Siete para las células insurgentes en tierra firme; ¿uno para Denash o Sammun?

—O para cualquier otro lugar —dijo Thrawn.

—Sí. —Vanto se inclinó para acercarse a la pantalla del sensor—. El escudo se está desplazando de nuevo. Parece que le van a dedicar otra ráfaga al *Judicator*.

Esta vez no fue la explosión de un cañón de iones lo que se disparó desde la costa oeste de la isla. En cambio, fue el fuego verde e intenso de una andanada de turboláser desde un emplazamiento al norte del cañón de iones del oeste. La ráfaga golpeó la

superestructura de estribor del *Judicator*, quemando la superficie y el interior del metal del casco.

Vanto contuvo el aliento.

—Demonios. ¿Un turboláser? Donassius nunca dijo que la isla tuviera turboláseres en funcionamiento.

—Tal vez no lo sabía. —«Una segunda ráfaga de fuego chisporrotea por la atmósfera, descargando su energía de nuevo contra la nave insignia de Durril. Una vez más, Durril no se mueve para contrarrestar o evadir». El carguero que se aleja del planeta probablemente está a punto de saltar a la velocidad de la luz. Salúdalo.

Vanto le lanza una mirada asustada.

—¿Quieres que lo *salude*?

—Sí —dijo Thrawn—. Una señal de comunicación estrecha, por supuesto, para mantener la conversación en privado. Somos el *Slipknot* y tú eres un contrabandista de armas llamado Horatio Figg.

La momentánea confusión de Vanto se convirtió en comprensión.

—Así que esa es la *verdadera* razón por la que nos pusiste en una nave de contrabandistas capturados. ¿Estoy comprando o vendiendo?

—Cualquier cosa que nos lleve a recibir una invitación para visitar su base.

—Una invitación a su base. —Vanto respiró profundo—. Está bien. Aquí vamos. —Abrió el intercomunicador y ajustó para que produjera un haz estrecho—. Carguero no identificado, habla el carguero *Slipknot* —gritó—. Parece que los están quemando allí. ¿Necesitan ayuda?

No hubo respuesta.

—De nuevo —dijo Thrawn en voz baja.

Vanto asintió.

—Déjame probarlo de otra manera, carguero. Supongo que tienen algo de mercancía nueva. También adivino que quieren conservarla. ¿Quieren ser civilizados o prefieren que llame a los *imps*?

—Ni siquiera lo pienses, *Slipknot*. —«La voz es sombría y furiosa. Contiene sospecha y amenaza a la vez».

—No lo estoy pensando —aseguró Vanto—. Tan sólo trato de iniciar una conversación amigable. Si tengo razón sobre su carga actual, tal vez haya algo allí que podría quitarte de las manos.

—Olvídalo. Ni hablar.

—Bien —dijo Vanto—. En ese caso, tal vez te gustaría añadir un poco de betún a tu nuevo pastel.

Hubo una larga pausa.

—¿Qué ofrecen? —«La voz aún contiene sospecha, pero también cauteloso interés».

—Un poco de todo —le dijo Vanto—. Como atacaste una base militar y no a un traficante de especias, supongo que estás interesado más que nada en armas. Entonces, hablemos de tráfico de armas. ¿Compras o no?

Hubo otro silencio en el otro extremo.

—Podría ser —dijo—. El jefe dice que desea hablar. —Un ligero parpadeo en el tablero—. Te he enviado las coordenadas. Salta en cuanto estés listo.

—Las tengo —dijo Vanto—. Te veo allí.

Vanto cortó el canal de comunicación.

—Bien, tal vez los engañamos, tal vez no —dijo Vanto—. ¿Ahora qué?

—Nos preparamos para seguirlos —dijo Thrawn.

—Quieres decir, ¿ahora mismo? —preguntó Vanto—. ¿Y el *Judicator*?

«Una tercera andanada de turboláser barre al destructor estelar. Las cuatro naves escolta indemnes disparan hacia el arma, pero una vez más es demasiado tarde mientras el escudo de la isla se cierra sobre ella. Hay un patrón en los ataques, pero Durril no lo reconoce ni lo explota».

—No les podemos brindar ayuda —dijo Thrawn—. Ya he transmitido una señal de ayuda de emergencia a nombre del Almirante Durril. Es mejor que dirijamos nuestros esfuerzos a otro lugar.

—Entendido —comentó Vanto, frustrado pero reconociendo la realidad de la situación.

«El escudo se encoge de nuevo, esta vez abriéndose en la costa este. Las naves escolta alteran su objetivo, dirigiendo un nuevo ataque contra los emplazamientos de cañones de iones ahora expuestos. Es casi la misma respuesta que Durril ya ha intentado varias veces. Pero como era de prever, el comandante de la isla ahora cambia de táctica. No surge fuego de los cañones de iones. En cambio, mientras las naves imperiales siguen disparando, el campo se encoge de nuevo desde la costa oeste, sin que lo observen las naves imperiales preocupadas y maltrechas. Los escoltas siguen disparando a los emplazamientos del este cuando una nueva ráfaga de fuego de iones del emplazamiento oeste silencia sus armas».

—Extraño —comentó Vanto.

—Explícalo.

—Nuestro amigo en el carguero —dijo Vanto—. Está lo suficientemente lejos para saltar, pero aún no lo ha hecho. Me pregunto si está experimentando problemas con su hiperimpulso.

—Tal vez —dijo Thrawn—. ¿Qué otras posibilidades hay?

—Tal vez esté esperando a ver cómo se desarrolla la batalla —sugirió Vanto—, obteniendo la mayor cantidad posible de datos antes de saltar o tal vez enviando, o recibiendo, instrucciones de último minuto.

El carguero se agitó abruptamente, parpadeó con pseudomovimiento y desapareció.

—Supongo que obtuvo todo lo que quería —dijo Vanto—. Entonces ¿los seguimos?

«En la isla, el escudo se encoge una vez más para exponer el turboláser de los insurgentes. Pero las naves imperiales ya no están en posición de responder de manera oportuna. Como antes, el *Judicator* es el blanco del ataque».

Neutralizar, atacar, fingir, atacar. Era un patrón eficiente, aplicado con oportunidad de experto.

—¿Tienes dudas?

—No lo sé —dijo Vanto lentamente—. Cedió esas coordenadas con una facilidad terrible. Podría tratarse de una trampa.

—Es cierto —convino Thrawn—. Por otra parte, dudo que sería tan tonto como para ofrecer la verdadera ubicación de su base. Lo más probable es que tengamos un punto de encuentro donde nos puedan estudiar más de cerca.

—No estoy seguro de que eso suene mejor.

—Hay riesgos —dijo Thrawn—. El resultado dependerá de lo ansiosos que estén por adquirir nuevas armas. Permíteme sugerir otra razón para que haya demorado la partida. Dime, ¿qué están haciendo los otros siete cargueros?

—¿Los otros...? Ah, sí... ¿el resto del grupo? —Vanto reajustó los sensores—. Todavía se dirigen al continente. Sólo que... interesante. Sus vectores están divergiendo. Ya no se dirigen al mismo lugar, sino que parecen ir a siete puntos distintos.

—Si hubiera un observador del Imperio, ahora se le estaría ofreciendo una opción —señaló Thrawn—. Podría tratar de seguir al octavo carguero en el espacio o permanecer aquí y rastrear a los siete hasta las otras fortalezas de los insurgentes.

—Después de que el octavo atrajo toda la atención hacia sí mismo —dijo Vanto—. Hay muchas posibilidades de que esté en algún lugar esperando a ver qué tan rápido lo seguimos.

—O si lo seguimos en absoluto —dijo Thrawn—. Si tú estuvieras al mando, ¿qué elegirías: uno o los siete?

«Las explosiones de turboláser de la isla siguen azotando al *Judicator*, desgarrando su casco y acabando con sus armas. Los cañones de iones han abierto fuego de nuevo, enviando ráfagas frescas a las naves escolta, evitando que se muevan para brindar ayuda».

—Probablemente iría con... espera un minuto —dijo Vanto con súbita comprensión—. No *tengo* que escoger, ¿verdad? Ya adivinaste que necesitábamos refuerzos. Esa es la razón por la que desprendiste al *Shyrack* del nonagésimo sexto. Supongo que está acechando por algún lado, cerca de aquí.

—Así es —dijo Thrawn. Excelente—. La Capitán Brento está observando el planeta, incluidos esos siete cargueros. Por tanto, podemos volver nuestra atención al octavo.

—Sí. —Vanto echó una última mirada a la pantalla del sensor, evidentemente renuente a dejar al centésimo tercero en una batalla desesperada—. Está bien. Hagámoslo.

## CAPÍTULO 24

---

«Hay ocasiones en la vida de todo comandante en que debe ceder el bastón de mando a un subordinado. En algunas ocasiones, la razón para hacerlo es la experiencia, como cuando el subordinado tiene habilidades de las que el comandante carece. Otras, el motivo es la posición: cuando el subordinado está en el lugar adecuado en el momento preciso y el comandante no. A menudo se anticipa que se perderá la comunicación directa, lo que significa que pueden darse instrucciones generales al subordinado, pero luego este las debe seguir bajo su propia iniciativa a medida que la situación fluye alrededor.

»Ningún comandante disfruta esos momentos. Incluso, la mayoría de los subordinados los temen. Y aquellos que no lo hacen, muestran el exceso de confianza que casi siempre lleva al desastre. Sin embargo, debe hacerse frente a esos momentos. Todos aprenderán de ellos, ya sea que lleven a la satisfacción o al sufrimiento».

\* \* \*

Cuando llegaron a las coordenadas, el carguero estaba esperándolos.

—Te tomaste mucho tiempo en llegar —refunfuñó el otro—. ¿Problemas?

Eli respiró profundo. Si había un grupo al que realmente había llegado a conocer durante su tiempo en la armada era el de contrabandistas, mercaderes de armas, ladrones y malhechores diversos en general. Sabía cómo se comportaban, hablaban y pensaban. El truco estaba en pensar y hablar de la misma manera. Activó el intercomunicador.

—No planeaba usar el hiperdrive en absoluto hasta que apareciste. No creí que te aburrieras tan fácilmente.

—Sí. Ja, ja. ¿Quiénes eres?

—Me llamo Horatio Figg.

—¿Qué hacías en Batonn?

—Pescando gangas y clientes —dijo Eli—. Escuché de eso de la Isla Scrim y pensé en venir a ver si estaban interesados en hacer algún negocio. Comprar o vender: como dije, me dedico a ambas.

—Bueno, personalmente, me gustaría convertirte ahora mismo en polvo y terminar con esto —dijo el otro—, pero el jefe quiere verte, así que adivino que vas a vivir un poco más. Sígueme.

—Gracias —dijo Eli y dio vuelta hacia el vector del carguero—. No te arrepentirás.

—Ya lo hice. Y no trates de correr: no soy el único que anda por aquí.

El intercomunicador se apagó.

—¿Ahora qué? —preguntó.

—Ahora nos preparamos —dijo Thrawn, mientras desabrochaba las correas y salía de su asiento—. Quédate con él y sigue vigilando. Volveré en un momento.

Diez minutos después, regresó cuando su destino era visible en las pantallas.

—Veo que hemos llegado.

—Apenas —dijo Eli, con el ceño fruncido. Thrawn tenía su túnica doblada sobre el brazo con un pequeño bláster sostenido en la otra mano—. Parece un viejo Nómada de la era de las Guerras de los Clones.

—No estoy familiarizado con esos.

—Eran una especie de taller de reparación de naves viajero que venía a los sistemas después de que terminaban las batallas y se iban las flotas —explicó Eli—. Las instalaciones de reparación por lo general eran dañadas con mucha severidad, y estas naves venían a recoger algo de lo que sobraba para los lugareños. Te das cuenta de que no vas a engañar a nadie por quitarte la túnica, ¿verdad?

—No es esa la intención —dijo Thrawn—. Quítate la túnica y ponte esta.

—Está bien, pero no me queda... guau —Eli se interrumpió cuando distinguió la quemadura de bláster recién hecha—. ¿Qué es *eso*?

—Tomaste esta túnica de un oficial al que mataste —dijo Thrawn—. Por eso no te queda. La llevas porque intimida a la gente.

—Está bien —dijo Eli, con el ceño fruncido en dirección de la túnica mientras se quitaba rápidamente la suya. Vio además que la insignia de almirante de Thrawn había sido reemplazada por una de teniente. ¿Una insignia de *teniente*? Le lanzó a Thrawn una mirada penetrante.

—Sí —confirmó el almirante—. Mi antiguo control remoto, modificado para las necesidades actuales. Cuando llegue el momento, oprime la placa más cercana al centro de tu pecho.

—¿Cuándo llegue el momento?

—Lo sabrás. Ten. —Le ofreció el bláster gastado—. Escóndelo en algún lado. Te lo quitarán, pero parecería sospechoso que no llevaras un arma de respaldo.

—¿Así que también conservo este? —preguntó Eli y señaló su bláster con la barbilla mientras alisaba la tira de sellado de la túnica de Thrawn. La ropa era definitivamente dos tallas más grande.

—Sí —dijo Thrawn—. Será una muestra de la mercancía que tienes a la venta.

—Está bien —dijo Eli, mientras nuevas dudas lo molestaban. Representar este loco papel en un intercomunicador era una cosa, hacerlo en persona era otra completamente diferente.

Se esforzó por apartar la idea. Toda la esencia de ser un malhechor era la confianza en uno mismo. Si no podía fingirla, estaba muerto.

—¿Dónde estarás tú?

—Planeando nuestra escapatoria —dijo Thrawn—. Mientras tanto, aprende lo más que puedas.



—Correcto. —El Nómada estaba surgiendo a la vista, adelante, y Eli pudo ver que había seis pequeñas naves ya alineadas en la gran bahía de reparaciones, completamente flanqueada. Entre las naves estacionadas había tres espacios vacíos, con luces de aproximación intermitentes que marcaban el del centro—. Tan sólo recuerda que no puedo fingir este papel eternamente.

—Seré lo más rápido posible —dijo Thrawn. Dejó la cabina de mando, llevándose consigo la túnica de Eli.

—Figg, hay un espacio de aterrizaje marcado para ti —dijo el piloto del carguero, apartándose del camino de Eli—. Aterrizza y sal. Alguien te estará esperando.

Eli activó el transmisor.

—Entendido —dijo—. Espero que haya algo que comer. Me estoy muriendo de hambre.

—Tú prepárate para hablar —dijo el otro con un tono desagradable—. Porque eso es lo que vas a hacer, y mucho.

Tres hombres armados esperaban a Eli cuando bajó por la rampa del carguero.

—Bien, bien —se burló uno de ellos—. Un imperial. Qué sorpresa.

—Y tú eres exactamente el tipo de idiota por el que llevo puesto esto —dijo Eli, tratando de poner un poco de recriminación cansada en la voz—. ¿Ni siquiera te diste cuenta de que no me queda?

—¿O viste la quemadura de bláster? —agregó uno de los otros, que apuntaba su bláster al estómago de Eli.

—Que no se ve si inclino la cámara de comunicación de la manera correcta —dijo Eli—. Lo que está garantizado es que hace que la gente me ponga atención y coopere.

—No, desde aquí no se ve —dijo el primer hombre—. Ese bláster. Apártalo, lentamente, y patéalo.

—Ten cuidado con él —dijo Eli, mientras sacaba el bláster de la funda y lo colocaba sobre la cubierta frente a él. Un suave empujón con la punta del pie lo envió girando hasta los guardias—. Es parte de mi inventario. Genuinas armas de mano de la Armada Imperial. No se obtienen en cualquier lugar.

—Te sorprendería —dijo el primer hombre—. Brazos abiertos y mantente quieto.

Eli obedeció. El hombre hizo un ademán y sus dos acompañantes dejaron sus blásters sobre la cubierta y caminaron hacia Eli, con expresión decidida.

Había esperado que no encontraran el bláster gastado oculto debajo de su brazo, pero sí lo hicieron.

—¿Más inventario? —preguntó el primer hombre, tomó el arma y frunció el ceño mientras los demás recuperaban sus armas.

—Mitad inventario, mitad seguro —dijo Eli—. Te sorprendería saber cuántos clientes tratan de irse sin pagar lo que compraron.

—Seguro. Vamos.

La bahía de acoplamiento tenía tres escotillas que llevaban al resto de la enorme nave. Los tres hombres llevaron a Eli por la del centro, la más cercana a su carguero. Una corta caminata por un corredor con bordes oxidados, una vuelta en otro corredor y llegaron a un compartimiento con una placa deslavada que decía CAPITÁN.

El primer hombre avanzó y dio unos golpecitos en el picaporte. La escotilla se abrió e hizo una seña a Eli para que avanzara.

Eli respiró con cuidado. Confianza en sí mismo, se recordó. Confianza arrogante. Con un saludo de cabeza casual a su captor pasó por la escotilla... y se quedó congelado: sentado detrás de un viejo escritorio, con una sonrisita en el rostro...

—¿Cygni?

—Así que me recuerdas —dijo el hombre, mientras su sonrisa se ensanchaba—. Me da gusto verte de nuevo Comandante Vanto. Por favor, llámame Cisne Nocturno.

Eli no pudo respirar durante un buen tiempo. Aun desde el primer encuentro a bordo del *Dromedar*, Cisne Nocturno siempre se había mantenido en las sombras y tras bambalinas. Siempre. Era la última persona que Eli esperaba ver a cargo de la operación en la Isla Scrim. ¿Era esto algo nuevo? ¿O nunca habían conocido realmente al hombre?

Saltó cuando alguien lo golpeó con fuerza en la espalda. Se esforzó para descongelar sus músculos y entró en el lugar.

—Toma asiento —dijo Cisne Nocturno y señaló una silla en la esquina de su escritorio—. ¿Qué llevaba?

—Bláster estándar —dijo el primer guardia, pasó rozando a Eli y colocó el arma azul marino sobre el escritorio—. Además de esto —agregó y colocó el bláster gastado junto a él—. Nunca he visto uno como este.

—Algún tipo de antigüedad —comentó Cisne Nocturno, mientras lo veía de cerca—. ¿De la época de las Guerras de los Clones? —preguntó, con la mirada fija en Eli.

Eli movió la cabeza de un lado a otro.

—Ni idea.

—En realidad no importa —dijo Cisne Nocturno y dio vuelta unos grados a ambas armas para que apuntaran y directamente a Eli—. Por cierto, me da gusto que el Almirante Thrawn te haya enviado a buscarme. Siempre había pensado que te entregaron un mal juego de cartas, y tu presencia aquí significa que te perderás lo que los rebeldes de la Isla Scrim le están haciendo justo ahora. —Fruunció el ceño y su mirada cayó hacia la insignia de la túnica—. *Eres* comandante, ¿no? Vi el anuncio. No te han degradado, ¿verdad?

—No, sigo siendo comandante —confirmó Eli, mientras parte de su neblina mental ardía en una repentina oleada de cautelosa excitación. Cisne Nocturno pensaba que era *Thrawn* quien había dirigido ese ataque fallido en la isla—. Es sólo parte del camuflaje.

—Ah —dijo Cisne Nocturno—. No es un gran disfraz. ¿De verdad no esperabas un desafío?

—Oh, claro que lo esperaba —dijo Eli, mientras su mente corría. Evidentemente, Cisne Nocturno pensaba que Eli estaba solo. Su mejor oportunidad ahora era buscar evasivas—. Simplemente no esperaba que hubiera alguien a bordo que me hubiera visto antes, mucho menos tú. Entonces, ¿qué?, ¿te has lanzado con un montón de locos?

—Difícilmente están locos —dijo Cisne Nocturno—. Tu Imperio es corrupto, comandante. Corrupto, peligroso y, al final de cuentas, autodestructivo. Va a caer de todos modos. Sólo estoy ayudando un poco.

—Si fuera tú, me cuidaría del exceso de confianza. —Eli ofreció un consejo—. Siempre y cuando haya comandantes como el Almirante Thrawn, vas a tener que andar cuesta arriba.

—Ah, pero no *hay* comandantes como el Almirante Thrawn —dijo Cisne Nocturno con una sonrisa casi absoluta—. Ya no. —La sonrisa se desvaneció—. Por favor, comprende que la Isla Scrim era mi último recurso. Traté de destruir a Thrawn políticamente. Hice el esfuerzo de persuadir al Alto Mando de que causaba más problemas de los que valía la pena tolerar. Pero siempre salió ileso. Matarlo fue la única manera que pude idear para neutralizarlo.

—Estoy seguro de que él apreciaba tu moderación anterior —dijo Eli, con el ceño fruncido a medida que los patrones de los desafíos anteriores de Cisne Nocturno repentinamente se volvían evidentes—. Aun así, los destructores estelares son naves muy resistentes. La isla también tiene un único turboláser y está disparando por la atmósfera. Es posible que todavía pueda salir.

Cisne Nocturno se encogió de hombros.

—Tal vez. Sin embargo, en este momento en realidad no importa. Perder la nave que comanda, y la nave *está* perdida, independientemente de si Thrawn personalmente sobrevive o no, es un error del que ni él podrá recuperarse. Sin importar quiénes sean sus amigos o qué tan alto estén, no tendrán otra opción que darle la espalda.

Eli tuvo que sonreír al escuchar eso.

—Tal vez —dijo—. Parece que su carrera ha despertado mucho interés en ti.

—Así es —dijo Cisne Nocturno, con el ceño fruncido ante la sonrisa de Eli—. Desde que puso las cosas de cabeza en mi pequeño robo de gas tibanna. ¿Qué te divierte tanto?

—Oh, nada —dijo Eli—. Ya que hablamos del tibanna, ese fue un buen truco de tu parte. ¿Cómo sacaste el gas sin causar daño a los cilindros?

—Lo siento. Secreto profesional.

—¿Y qué? —replicó Eli—. De todos modos vas a matarme.

—En realidad, no —dijo Cisne Nocturno—. No, a menos que causes problemas. Mi objetivo es Thrawn, no tú.

—Gracias —dijo Eli secamente—. No estoy seguro si sentirme halagado o insultado. Aunque tal vez la Isla Scrim no sea suficiente. Para empezar, supongo que no sabes cómo fue que admitieron a Thrawn en la armada.

—Me imagino que el nombramiento fue impulsado por uno de sus amigos. —Cisne Nocturno entrecerró los ojos mientras estudiaba el rostro de Eli—. No —dijo lentamente—. No sólo un amigo. Un ser no humano de las Regiones Desconocidas... tendría que ser alguien en una posición *muy* elevada. No... espera. —Sus ojos se agrandaron—. ¡Por todos los diablos! —Contuvo la respiración y se inclinó hacia delante sobre su escritorio—. ¿Fue él?

—¿Fue quién? —preguntó Eli, retrocediendo un poco.

La repentina intensidad de Cisne Nocturno fue un poco más que intimidante.

—Por todos los diablos. —Volvió a murmurar Cisne Nocturno, con los ojos fijos en Eli—. ¿De verdad no lo sabes?

—Aparentemente no.

—Así que *ese* fue Thrawn —dijo Cisne Nocturno y su mirada se dirigió hacia algún lugar sobre el hombro de Eli—. Escuché sobre eso hace un par de años, de parte de alguien que trabajaba en los asteroides Thrugii. Había un ser humano desconocido, de piel azul y ojos rojos brillantes, quien de alguna manera formó equipo con uno de los generales jedi que combatió en las Guerras de los Clones.

Eli sintió un nudo en la garganta.

—Anakin Skywalker —murmuró.

En un destello, los ojos de Cisne Nocturno regresaron presente. Una escotilla invisible pareció cerrarse de golpe sobre sus recuerdos.

—Sí, el General Skywalker —dijo, con voz cautelosa—. Entonces *sí* conoces la historia.

—Todo lo que sé es que Thrawn conoció alguna vez al hombre —dijo Eli—. No me dijo nada más.

El intercomunicador del escritorio lanzó un bip. Por un momento, Cisne Nocturno fijó la vista en los ojos de Eli. Luego se reclinó en su silla y tocó un interruptor.

—¿Sí?

—Buscamos en el carguero, señor —surgió una voz débil—. Nadie más a bordo. Pero escuche: el compartimiento de máquinas muestra una fuga de radiación.

—¿Una fuga de radiación, dices? —repitió Cisne Nocturno y alzó las cejas en dirección de Eli.

—Sí, señor, y parece mala. ¿Cree que debemos sacarla de la bahía antes de que el reactor entre en fase crítica?

—Oh, dudo que necesitemos llegar a esos extremos —dijo Cisne Nocturno—. ¿Cuántos soldados tienes contigo?

—Seis en total. Dijo que fuera cuidadoso.

—Eso dije —afirmó Cisne Nocturno—. Reúne a todos junto a la escotilla e idea una manera de entrar. Debe haber un mando para puentear el control cerca del picaporte principal.

—Espere un minuto —protestó el hombre—. ¿Quiere que *entremos*? ¿Sin nuestros trajes contra radiación?

—No los necesitarán —le aseguró Cisne Nocturno—. Se trata sólo de uno o dos imperiales ocultos entre los amortiguadores. Por supuesto, estarán armados, así que sigan siendo cuidadosos.

—Entendido —dijo el hombre.

Cisne Nocturno tocó de nuevo el interruptor del intercomunicador.

—¿En serio? —preguntó a Eli con una sonrisa torcida—. ¿Una fuga de radiación?

Eli se encogió de hombros, mientras ahogaba una maldición. De todas las estratagemas que Thrawn podría sacarse del sombrero, ¿tenía que ser la que Cisne Nocturno ya se sabía?

—Es un clásico.

—Por supuesto —estuvo de acuerdo Cisne Nocturno—. Aunque, igual que tú, no sé si sentirme halagado o insultado. Probablemente estás deseando haber intentado algo diferente.

—No sabía que estuviera actuando ante un auditorio que ya había visto el mismo espectáculo.

—Es verdad —dijo Cisne Nocturno—. Espero que quien esté allí no dé batalla. La gente de Simmco no es muy brillante, pero tiene muy buena puntería.

—Estoy seguro de eso —dijo Eli con un suspiro. Sin importar cómo terminara esto, Cisne Nocturno estaba por llevarse una sorpresa. Tendría al propio Thrawn, o tendría su cadáver.

—Pero me estabas contando de Thrawn y Skywalker —continuó Cisne Nocturno.

—No, ya te conté de Thrawn y Skywalker —corrigió Eli—. Es todo lo que sé. Sin embargo, esa historia del thrugii suena interesante.

—Mejor hablemos de ti —dijo Cisne Nocturno—. Con Thrawn a punto de dejar los escenarios, tu carrera finalmente se liberará de su sombra. —Alzó las cejas—. *Has estado a su sombra, ¿o no?*

Eli sonrió. Hubo ocasiones en que lo había sentido así. Pero ya no. Desde hacía mucho tiempo.

—No me preocupa eso —le aseguró—. El futuro es lo que tú haces de él, como mi padre solía decir. Yo soy comandante, he tenido una lista decente de victorias a mi cuenta, y me gustaría pensar que he hecho uno o dos amigos en el camino.

—¿De verdad? —dijo Cisne Nocturno—. Porque Thrawn no parece tenerlos. No es políticamente astuto en lo absoluto, por lo que he oído —resopló—. En cuanto a ti, mi joven e idealista comandante, ¿de verdad crees que tienes amigos en Coruscant? ¿Un don nadie del Espacio Salvaje que ha pasado toda su carrera como la mascota de un ser no humano?

—No es así —insistió Eli—. Viste cómo cambiaron de opinión con Thrawn.

—Tal vez porque los favores se compran y se venden —dijo Cisne Nocturno—. Realmente necesitas aprender más sobre Coruscant. —El intercomunicador volvió a sonar, y Cisne Nocturno accionó el interruptor—. ¿Sí?

—Señor, habla Simmco —surgió la voz del hombre—. Hemos buscado en el compartimiento de máquinas y hay...

Un golpe explosivo que surgió del intercomunicador lo interrumpió. Un instante después, Eli sintió un eco más callado de la explosión a través del mamparo detrás de él y, de pronto, el salón hizo erupción con la cadencia atronadora de la alarma universal para *abandonar la nave*.

Cisne Nocturno tomó deprisa el bláster de Eli del escritorio con una mano y golpeó el intercomunicador con la otra.

—¿CAPITÁN? —gritó sobre la cacofonía—. Capitán, ¿qué está pasando?

Eli se preparó. «Tú lo sabrás», le había prometido Thrawn. Estiró la mano de manera casual a su insignia y presionó la placa más interna. Cisne Nocturno percibió el movimiento y volvió el bláster a manera de advertencia hacia su prisionero... Justo cuando el bláster gastado que se encontraba frente a él explotó en una nube cegadora de humo.

Eli se levantó en un instante, haciendo una mueca mientras el rayo láser de Cisne Nocturno atravesaba chisporroteando el espacio que acababa de ocupar y destrozaba el respaldo de la silla. Por una fracción de segundo, pensó contraatacar, pero se dio cuenta de que sería un suicidio y, en cambio, corrió hacia la escotilla. Si la abría antes de que la visión de Cisne Nocturno se aclarara, podría lograrlo.

Ya casi llegaba allí y tenía la mano estirada hacia el picaporte, cuando la escotilla se abrió por cuenta propia y una figura amenazante cargó hacia el interior, con un bláster empuñado. Eli chocó con él a toda velocidad, enviando al hombre de espaldas sobre la cubierta y conteniendo un resoplido agónico mientras el impacto lo dejaba sin aire. Eli agarró el bláster, lo torció para quitárselo, golpeó con él un lado de la cabeza del hombre para asegurarse de que se quedara quieto, se puso de pie y se dirigió a la bahía de acoplamiento.

Aun por encima del ruido pudo escuchar muchos gritos y carreras mientras el resto de la tripulación reaccionaba ante la alarma. Por fortuna, no tuvo que ir muy lejos. Irrumpió en la escotilla en la bahía de reparaciones... Hacia un colmenar agitado de actividad. Todos los que aún no lograban dejar la nave principal parecían estar allí, algunos trepando al equipo de control de daños, pero la mayoría corriendo hacia las distintas naves con la clara intención de alejarse.

Cada vez, eran más y más los hombres y mujeres que entraban a raudales en la bahía. Eli sabía que, tarde o temprano, uno de ellos lo descubriría. Apretó los dientes y volteó hacia su carguero, con la esperanza de que la explosión hubiera sido la manera en que Thrawn se deshizo de la partida de abordaje de Simmco.

Una explosión de bláster pasó chisporroteando a su lado, lanzándolo hacia atrás y haciéndolo perder el equilibrio. Buscó asirse de algo, pero no lo logró y cayó torpemente sobre una mano. Volteó mientras levantaba su arma prestada y se preguntaba si tendría tiempo de disparar antes de que su atacante acabara con él...

Entonces distinguió a Thrawn a una cuarta parte del camino hacia la bahía, con un bláster en la mano, llamando a Eli desde la entrada de uno de los otros cargueros. Eli volvió a ponerse de pie y corrió a toda prisa hacia la nave.

Treinta segundos después estaba allí, subiendo a toda prisa por la rampa y atravesando la escotilla. Thrawn ya había desaparecido, presumiblemente en la cabina de mando. Eli aseguró la escotilla, revisó dos veces que el seguro estuviera bien puesto y siguió avanzando.

Thrawn estaba sentado en la silla del piloto, y las pantallas e indicadores ya estaban encendidos.

—Bienvenido a bordo, comandante —dijo mientras Eli maniobraba para abrirse paso entre el espacio amontonado hasta el asiento del copiloto—. Debemos huir antes de que se den cuenta de que no somos parte de su grupo.

—¿Por eso estamos tomando este en lugar del nuestro? —preguntó Eli mientras empezaba a sujetar las correas.

—Una bonificación inesperada —dijo Thrawn—. Mi objetivo primario eran los datos que pudieran haber dejado descuidadamente y sin contraseña en la computadora de esta nave. En particular, los registros de navegación que podrían indicarnos bases y líneas de suministro. —Lanzó una rápida mirada de reojo a Eli—. Supongo que te llevaron con su líder. ¿Era Cisne Nocturno?

—Sí —dijo Eli y frunció el ceño, con súbita comprensión—. ¿Sabías que sería él?

—No estaba seguro, pero lo sospechaba.

—¿Por qué no me dijiste? —Eli exigió una respuesta. Thrawn siempre jugaba sus cartas cerca de su insignia, pero esta vez había llevado las cosas demasiado lejos—. Hubiera sido extremadamente útil saber contra quién me enfrentaba.

—Al contrario —dijo Thrawn—. Difícilmente hubieras sido capaz de producir una actuación convincente, de no estar genuinamente sorprendido.

—¿Así que simplemente nos llevaste a su trampa?

—Él necesitaba creer que nos había atrapado desprevenidos —comentó Thrawn—. De otra manera, hubiera estado en guardia.

—Él y su tripulación —dijo Eli, mientras la furia se disipaba. Como siempre, una vez que Thrawn explicaba las cosas, podía ver la lógica táctica—. Supongo que nunca estuviste en el compartimiento de máquinas.

—Correcto —dijo Thrawn—. Me escondí en la cápsula de escape, cubriéndome hasta que quienes abordaron avanzaron a popa, entonces salí y encontré el control de la alarma para abandonar la nave.

—Después de hacer estallar una bomba —dijo Eli—. Déjame adivinar. El mismo truco del paquete de energía del bláster que usaste para salir de tu planeta de exilio.

—Sí —dijo Thrawn. El tablero de estatus se puso en verde—. Hora de regresar a Batonn.

Accionó el impulsor y salieron disparados de la bahía. Eli se puso tenso, pero nadie abrió fuego.

—A ver qué cantidad del cuerpo especial del Almirante Durril ha sobrevivido.

—Espero que sea más de la que temes —dijo Thrawn—. Pero ya veremos.

—Le dije a Cisne Nocturno que los destructores estelares eran naves resistentes —dijo Vanto y agitó la cabeza, sorprendido, mientras miraba por el ventanal al centésimo tercero reagrupado—, pero esto raya en lo increíble.

—No estuvieron mucho tiempo bajo bombardeo —dijo Thrawn—. La Capitán Brento tenía instrucciones de entrar en cuanto nos fuéramos, coordinar lo mejor posible a las naves restantes que siguieran funcionando y usar los rayos tractores combinados sobre el *Judicator*.

—¿Hiciste que un puñado de cruceros ligeros arrastrara a un *destructor estelar*? ¿Y funcionó?

—No necesitaron moverlo demasiado lejos —dijo Thrawn—. Tan sólo lo suficiente para que alcanzara una órbita que lo sacara del alcance de los cañones de iones. Una vez que se detuvo el ataque, los sistemas de alimentación del *Judicator* se reactivaron con la rapidez suficiente para alejarse de Batonn y el peligro.

—Ah —dijo Vanto—. Me pregunto si Durril reconocerá la ayuda del *Shyrack*.

—Le resultará difícil ignorarla.

—Es cierto. Pero apuesto que lo intentará.

\* \* \*

—... y después de eso logramos hacer las reparaciones en los motores y salir de rango —concluyó Durril su informe. «Su imagen holográfica parpadeante es difícil de interpretar, pero su voz contiene enojo y vergüenza»—. Me disculpo por mi falla, Almirante de Flota Donassius. Pero ahora que sé contra qué me enfrento, mi siguiente asalto tendrá éxito.

—Tal vez —dijo Donassius. «Su imagen holográfica se vuelve hacia el tercer holograma que flota sobre el proyector del *Quimera*»—. Almirante Kinshara. ¿Su informe?

—Se ha acabado con los insurgentes en Denash, almirante de flota —dijo Kinshara. «Su voz contiene satisfacción ante el éxito y una satisfacción más sutil ante la falla de Durril»—. Resultó que había poco allí. Sin embargo, nuestro interrogatorio preliminar a los prisioneros sugiere que una gran parte de sus naves y materiales tal vez ya se han transferido a Batonn.

—Excelente —dijo Durril. «Su voz contiene enérgica confianza»—. Todos en un solo lugar. Será mucho más fácil que seguirlos a todos.

—¿Almirante Thrawn? —invitó Donassius.



—Probablemente Sammun ya está pacificado —dijo Thrawn—. Se destruyeron dos naves enemigas y se capturaron cuatro. Se decomisó un arsenal considerable de armas pequeñas.

—Me dicen que sin su presencia real.

«La Comandante Faro cambia de pie de apoyo. Su habitual confianza queda silenciada; su postura corporal contiene incomodidad».

—La acción se realizó bajo mi dirección, almirante.

—Ya veo. —«Por un momento, Donassius sigue mirando a Thrawn»—. Almirante Durril, ¿cuando podrá viajar el centésimo tercero?

—Podemos volver a entrar en combate en treinta horas, señor —dijo Durril. «Su vergüenza se ha ido, ahora su voz contiene expectativa».

—No pregunté cuándo podía pelear, almirante —dijo Donassius—. Pregunté cuándo podía viajar.

—Ah... tal vez cinco horas —dijo Durril. «Su voz contiene súbita precaución»—. Señor, con el debido respeto...

—En cinco horas va a traer su cuerpo especial a los astilleros de Marleyvane para reparación —dijo Donassius—. ¿Almirante Thrawn?

—¿Sí, almirante de flota?

—Dijo que necesitaba reunir información de inteligencia sobre los insurgentes de la Isla Scrim. ¿Cuánto tiempo necesitará?

—Señor, debo protestar —dijo Durril. «Su aturdida incredulidad se transforma en indignación y orgullo herido»—. Esta operación se me dio *a mí*. Soy perfectamente capaz de supervisarla por completo.

—¿Almirante Thrawn? —repitió Donassius.

—En realidad, almirante de flota, la recopilación está completa —dijo Thrawn—. Puedo recuperar la isla en cuanto lo desee.

—Bien. —«La imagen de Donassius mira a Durril, luego de nuevo a Thrawn. Su voz contiene satisfacción»—. Cuando lo crea conveniente, almirante.

## CAPÍTULO 25

---

«En un momento u otro, todo guerrero desea tener una fortaleza inconquistable, que se perciba como un refugio, un lugar de desafío o una roca a la que se pueda incitar a los enemigos para que se estrellen contra ella para su propia destrucción.

»Los políticos, también, anhelan esas fortalezas, aunque las imaginan construidas con poder y autoridad, en lugar de piedra, armas y escudos. Los industriales desean de manera similar tener protección contra competidores y merodeadores, mientras que los piratas esperan defensa contra las autoridades del sistema. De una manera u otra, todos desean una seguridad definitiva.

»Sin embargo, la seguridad definitiva no existe. Quienes confían en ella encontrarán que esa esperanza se estrella contra la misma roca detrás de la que buscaban ocultarse».

\* \* \*

Los capitanes tenían sus órdenes. Las naves del cuerpo especial nonagésimo sexto estaban en posición. Había llegado la hora.

—TODAS LAS NAVES, REPÓRTENSE —gritó Thrawn desde el centro de la pasarela de mando. Hacía una revisión final, como siempre.

Eli sonrió para sí mismo. A pesar de todo el interés de Thrawn en observar y establecer los patrones de sus oponentes, el almirante tenía los suyos en gran cantidad.

—Interesante plan —murmuró Faro, a un lado de Eli—. Por lo menos, tiene la posibilidad de tomarlos por sorpresa.

—Los planes del almirante suelen hacer eso —murmuró Eli como respuesta.

—Así lo he observado —dijo Faro—. Ha estado mucho tiempo con él, ¿o no?

Eli se encogió de hombros.

—Toda mi carrera.

—Debe haber sido agradable —murmuró Faro—. Mentas como la suya son escasas. Con mucha frecuencia, los hombres y mujeres en posiciones de mando con experiencia están allí por las personas a *quienes* conocen más que por lo que saben.

—Sí, he servido bajo una buena cantidad de ellos.

—Al igual que Thrawn, supongo —dijo Faro—. En ocasiones debió volverlo loco. Qué bueno que usted estuvo allí para mantenerlo cuerdo.

—No tengo nada especial, señora —replicó Eli—. En realidad, yo iba camino a ser un oficial de suministros antes de que Thrawn apareciera.

Faro sacudió la cabeza.

—Eso habría sido un desperdicio. Su lugar está en el puente, no en el transmisor.

—No estoy seguro en concordar con eso, señora —dijo Eli, mientras sentía una punzada de vergüenza—. Evidentemente no tengo el genio del almirante para la táctica.

—Tal vez no —dijo Faro—. Pero una vez que los planes se han explicado, usted los comprende.

Eli tuvo que sonreír.

—Una vez que se han explicado, señora, *cualquiera* puede comprenderlos.

—¿Lo cree así? —replicó Faro—. ¿Realmente cree que todos los capitanes y oficiales con experiencia del nonagésimo sexto comprenden cómo va a funcionar esto?

—Por supuesto —dijo Eli, con el ceño fruncido—. Es obvio.

—Para usted y para mí, comandante —dijo Faro—. No para todos.

Eli volteó a ver a Thrawn, mientras llevaba la cuenta regresiva mental de los reconocimientos de las naves a medida que iban llegando a la estación de comunicaciones. ¿Tenía razón Faro? De ser así, ¿por eso Thrawn había manipulado la carrera de Eli para conservarlo como asistente? ¿No como castigo o ni siquiera como capricho, sino para entrenarlo en el arte del mando?

Llegó el reporte de la última nave, y Eli vio que la espalda de Thrawn se enderezaba un poco. Era hora.

—Muy bien —dijo el almirante—. *Shyrack, Flensor, Tumnor*: adelante.

—Mantenga posición —agregó Faro en voz baja al timonel del *Quimera*.

Eli respiró profundo y expulsó el aire lenta y silenciosamente. Enviar a los tres cruceros ligeros del cuerpo especial a un camino peligroso era un riesgo terrible, uno que la mayoría de los comandantes dudaría en tomar. Pero era la única manera en que este plan podría funcionar.

Frunció el ceño. ¿Faro tenía razón? ¿Eli era uno de los pocos que podía genuinamente comprender las tácticas de Thrawn?

Los cruceros se estaban moviendo hacia el interior del planeta, mientras sus turboláseres disparaban a la Isla Scrim. Por el momento, era un desperdicio de esfuerzo; aun sin el escudo de la isla, casi todos los disparos serían inefectivos. Pero cuando las naves de guerra bajaran y penetraran más a fondo en la estratósfera, la cantidad de energía se volvería cada vez más elevada. Al final, si los cruceros continuaban, las explosiones empezarán a crear tensión en los escudos y posiblemente sobrecargarán el generador. Antes de que eso sucediera, los insurgentes tendrían que responder.

Por supuesto, no esperaron a que la situación se volviera crítica. Los cruceros aún se encontraban en la atmósfera superior cuando el escudo se contrajo simultáneamente en toda la costa, abriendo vectores de disparo para los tres cañones de iones.

—CAÑONES DE IONES DESCUBIERTOS —gritó Thrawn—. Cruceros: fuego a voluntad.

Las tres naves de guerra cambiaron sus vectores de disparo del centro del campo hacia los nuevos blancos. Eli pensó que era como una repetición del primer intento del Almirante Durril.

Pero esta vez se había agregado algo nuevo a la mezcla. Aun mientras los turboláseres de los cruceros martillaban los emplazamientos de cañones de iones, un cuarto cañón de iones abrió fuego desde una posición en la costa sureste.

El *Shyrack* lo distinguió y trató de cambiar su mira. Sin embargo, el tiempo de respuesta de la nave fue demasiado lento para ese gran desplazamiento angular y las brumosas explosiones de iones disparadas desde la superficie fueron demasiado rápidas. Antes de que el fuego del crucero pudiera rastrear su nuevo blanco, los conjuntos de iones se dispersaron por su casco, desactivando sus sensores y silenciando sus armas. Antes de que el *Flensor* y el *Tumnor* pudieran cambiar sus miras, el cuarto cañón había enviado una andanada a cada uno de ellos también, y sus ataques, igualmente, se silenciaron.

—Así que el almirante tenía razón —comentó Faro—. *Sí* tenían un cuarto cañón activo. Debían tener un tubo de cathtron excedente cuando tomaron por primera vez la isla.

—Nos hemos enfrentado antes al Cisne Nocturno —le recordó Eli—. Se aprende a no dejarse llevar por las apariencias.

—CRUCEROS: REPORTEES —gritó Thrawn.

Eli escuchó con atención mientras llegaban los reportes. Muy bien, Cisne Nocturno era inteligente. Pero no sabía todo. No sabía de lo resistentes que eran también los cruceros ligeros, por ejemplo. Las tres naves habían perdido las armas primarias y los drives principales, pero sus comunicaciones y parte de sus armas secundarias estaban intactas. Lo más importante de todo era que también lo estaban los drives secundarios.

—Maniobra final —ordenó Thrawn— *Flensor*: ahora.

El *Flensor* empezó a irse hacia estribor. Thrawn lo miró por un momento y luego movió la mano.

—*Shyrack*: ahora.

Por turnos, el *Shyrack* y el *Tumnor* se movieron de manera casual a sus posiciones asignadas.

—¿Qué hay del cuarto cañón de iones, almirante? —preguntó Faro.

—No será problema —le aseguró Thrawn—. ¿Capitán Yelfis? El *Tumnor* recibió la última andanada. ¿Cuáles fueron sus observaciones?

—El cañón ya estaba chisporroteando, almirante —la voz de Yelfis salió del altavoz—. Mi oficial de ingeniería dice que es señal de que un emisor del tubo de cathtron está en proceso de agotamiento. Cualquiera que haya sido el distribuidor del mercado negro de donde lo obtuvieron, los timaron.

—Dado que su objetivo principal fue forzarnos a retirarnos y reevaluar, diría que su breve funcionalidad justificaría el costo —dijo Thrawn—. Por fortuna, no es tan fácil disuadirnos. Comandante Faro, llévenos al interior.

Adelante, el horizonte planetario se fue elevando a medida que el *Quimera* cambiaba de posición. Se movió detrás de los tres cruceros parcialmente inhabilitados, entrando en la estratósfera y acercándose aún más a la superficie...

—Cañón de iones del norte despejado para disparar —previno el capitán del *Flensor*.

—Compense, comandante —ordenó Thrawn.

—Compensado —confirmó Faro con toda calma.

Eli esbozó una sonrisa casi completa. Los insurgentes habían visto acercarse al *Quimera* y tenían la esperanza de ponerlo fuera de combate como lo hicieron con el *Judicator*. Pero un pequeño cambio en las posiciones de las naves imperiales había puesto al destructor estelar directamente detrás del crucero dañado.

—¿Comandante? —preguntó Thrawn.

—Seguimos adentrándonos, almirante —informó Faro.

—Cañón de iones del oeste despejado para disparar —informó Brento desde el *Shyrack*—. Ajustando... está cubierto, *Quimera*.

—Gracias, capitán —dijo Thrawn—. Todas las naves, sigan como está planeado.

Faro se acercó un paso a Eli.

—Me pregunto si están empezando a preocuparse —murmuró.

—Lo dudo —dijo Eli—. Quien sea que esté dirigiendo las cosas allí, es lo suficientemente inteligente para saber que las sombras funcionan en ambas direcciones. Si sus cañones de iones no pueden apuntar al *Quimera*, los turboláseres del *Quimera* tampoco pueden apuntar a los cañones de iones.

—¿Y el turboláser de la isla?

—Esperará hasta que estemos más cerca —dijo Eli—. Como es el único blanco aún disponible para nosotros, supondrá que ya le estamos apuntando. No querrá abrir el campo hasta que tenga la mejor oportunidad de lanzar un disparo asesino.

—Como dijo usted, debe ser un hombre inteligente —dijo Faro—. Casi siento pena por él.

Los tres cañones de iones de la isla siguieron abriendo fuego esporádicamente, con el evidente propósito de tratar de que un disparo pasara a los cruceros y diera al *Quimera*. Pero Thrawn había dispuesto bien sus naves y los cuatro capitanes habían seguido sus órdenes con precisión. Cada vez que los cañones disparaban, sus explosiones simplemente se desgastaban contra los cruceros.

El *impasse* no podía durar para siempre, por supuesto. Si los cañones seguían disparando, los sistemas de los cruceros terminarían tan congelados que las naves no tendrían potencia ni movilidad de ningún tipo y serían incapaces de volver a activarse. En ese momento, empezarían la lenta espiral hacia dentro que finalmente los llevaría a estrellarse contra la superficie. Por fortuna, eso no iba a suceder. El *Quimera* se desplazó hacia dentro...

—Distancia óptima de disparo, almirante —informó Faro—. Turbolásers preparados.

—Gracias, comandante —dijo Thrawn—. Objetivo uno. Turboláseres: *fuego*.

A través del ventanal, Eli observó que el cielo se iluminaba mientras los rayos de color verde brillante se abrían paso hacia el planeta, abajo.

Pero no hacia la isla en sí. Como el Almirante Durril y el *Judicator* habían demostrado tan dolorosamente, las defensas de los insurgentes eran más que adecuadas para defenderse de cualquier ataque orbital. Sin embargo, Scrim era una isla y el océano junto a sus costas no estaba protegido por ese escudo.

—Impacto directo en las coordenadas del blanco uno —una voz surgió de una de las dos fragatas del nonagésimo sexto, que volaba en órbita de observación alta sobre la zona de batalla—. Cráter de agua... implosión... las olas se dirigen hacia fuera...

—¡IMPACTO! —gritó una voz desde la segunda fragata—. Ola de la escala de un tsunami ha golpeado la costa oeste.

—Blanco dos: *fuego* —ordenó Thrawn—. ¿Daño en blanco uno?

—Poco claro, almirante —dijo el observador de la segunda fragata. El hombre estaba tratando de permanecer tranquilo y profesional, pero Eli podía escuchar el temor en su voz—. Pero el tsunami golpeó directamente el emplazamiento del cañón de iones del oeste.

—Informe de blanco dos —interrumpió el observador de la primera fragata—. También se golpeó el emplazamiento del turboláser. Parece aún más inundado que el blanco uno... el suelo debe estar a la altura del mar o tal vez hasta tiene forma de tazón.

—Alternen fuego —instruyó Thrawn—. Blancos uno y dos.

—Escudo retrayéndose —informó el *Flensor*—. Turboláser despejado para disparar...

—EL SEGUNDO TSUNAMI HA GOLPEADO EL BLANCO DOS —gritó el primer observador.

—Segundo tsunami en el blanco uno —agregó el segundo—. El cañón de iones del oeste está inundado. Turboláser... —se interrumpió—. Explosión en el emplazamiento del turboláser, almirante. Al parecer, el agua puso en cortocircuito a los capacitores. Diría que el arma está fuera de servicio.

—Comunicaciones, abra transmisión —ordenó Thrawn—. Isla Scrim, habla el Almirante Thrawn a bordo del destructor estelar del Imperio *Quimera*. Bajen su escudo y ríndanse, o seguiremos inundando sus armas pesadas y sus defensas costeras hasta que hayan sido destruidas y queden muertos sus operadores. Repito: bajen su escudo y ríndanse o serán destruidos.

No hubo respuesta.

—¿Seguimos disparando, almirante? —preguntó Faro.

—Alternen fuego entre los blancos uno y tres —dijo Thrawn—. Alerten a los botes de asalto para acción inminente.

Otra explosión de fuego de turboláser chisporroteó del *Quimera* hacia el ahora hirviente océano.

—Tsunamis en blancos uno y tres —informó el primer observador—. Al parecer, ha empezado un fuego en el área que rodea al blanco dos.

—SEÑOR, ¡SE HA BAJADO EL ESCUDO! —gritó con excitación el oficial de sensores—. ¡Parece que se están rindiendo!

—Confirman eso, almirante —agregó el oficial de comunicaciones—. El líder insurgente está preguntando formalmente los términos.

—Dígale que él y sus hombres van a abandonar sus armas en los edificios y a esperar afuera a que lleguen los botes de asalto —dijo Thrawn—. Cualquier intento de resistencia

adicional enfrentará fuerza mortal. —Dio media vuelta hacia el foso de la tripulación, y Eli pudo ver un brillo especialmente áspero en sus ojos rojos brillantes—. Así que dígame —añadió en voz baja— que los costos serán altos si alguno de sus rehenes resulta herido.

Esperó la confirmación, luego se dio vuelta y caminó de regreso por la pasarela de mando hasta donde Eli y Faro permanecían de pie.

—Puede comunicarse a Coruscant con noticias de nuestra victoria, Comandante Vanto —dijo—. Una vez que se haya recuperado por completo la isla, Comandante Faro, usted supervisará la tarea de remolcar a los tres cruceros a salvo de la gravedad de Batonn para que puedan iniciar reparaciones.

Eli asintió.

—Sí, señor.

—Sí, almirante —dijo Faro—. Quisiera agregar mis felicitaciones. Un plan brillante, perfectamente ejecutado. Una victoria excepcional.

—¿Victoria, Comandante? —Thrawn negó con la cabeza—. Esta batalla terminó. Pero la guerra por Batonn aún no se ha ganado. —Se dio vuelta y miró atrás, hacia la pasarela—. En caso de que se me necesite, estaré en mi cabina. Infórmenme cuando se haya asegurado la isla.

—¿Alguna vez ha estado a bordo de un destructor estelar, gobernadora? —preguntó Yularen mientras su corbeta era atraída por el rayo tractor de acoplamiento hacia la bahía del hangar del *Quimera*.

—No, no he tenido el privilegio, coronel —dijo Arihnda. En realidad, nunca había visto tan cerca una de estas naves enormes, mucho menos la habían invitado a una.

No obstante, las naves eran naves, los hombres eran hombres y los almirantes (aun los que habían ascendido tan rápido entre los rangos como Thrawn) seguían siendo almirantes. Ella había manejado bien su parte y podría manejar esta.

Thrawn estaba esperando cuando la Gobernadora Arihnda y el Coronel Yularen surgieron del túnel de acoplamiento.

—Gobernadora Pryce —la saludó el almirante—. Coronel Yularen. Bienvenidos a bordo.

—Gracias, almirante —dijo Arihnda. El Comandante Vanto estaba de pie unos pasos detrás de él, junto con una mujer que vestía una insignia de comandante—. Apreciamos que nos reciba con tan poco tiempo de anticipación.

—Sobre todo considerando lo ocupado que obviamente está —agregó Yularen—. Pero creo que esta reunión resultará valiosa.

—Ya veremos —dijo Thrawn—. La sala de conferencias está por este lado.

La sala de conferencias, cuando finalmente llegaron, resultó ser apenas un poco más que un compartimiento para instruir a los pilotos. Los refrigerios que se habían dispuesto eran simples y superficiales, probablemente del mismo comedor de los pilotos.

Thrawn no había presentado a sus subordinados. Por fortuna, Arihnda y Yularen ya conocían a Vanto, y la otra mujer, como descarte y por su rango, tenía que ser la capitán del *Quimera*, la Comandante Faro. Mentalmente, Arihnda negó con la cabeza. Después de todo este tiempo, Thrawn aún no tenía un sólido manejo de los requisitos políticos de su puesto.

—Tenemos entendido que ha identificado la fortaleza principal de los insurgentes en Batonn —dijo Yularen mientras se sentaba a la mesa—. El complejo de la Minera y Refinería Creeppath, afuera de Ciudad Paeragosto.

—Sí —los ojos de Thrawn parpadearon y se fijaron en Vanto—. Aunque los cargueros que volaban de la Isla Scrim aterrizaban en diferentes lugares del continente, el Comandante Vanto logró organizar los vectores de envío que indicaban que sus cargas terminaban definitivamente en Creeppath.

Arihnda sintió que su estómago se endurecía.

—Por supuesto, está planeando entrar en él por la fuerza.

—No veo que tengamos otra opción, gobernadora —dijo la Comandante Faro—. El escudo del complejo bloquea el asalto orbital.

—Aunque no lo hiciera, hay casi treinta mil civiles dentro de los límites del complejo —agregó Thrawn.

—Sí, lo sé —dijo Arihnda—. Dos de esos civiles son mis padres.

Esos perturbadores ojos rojos se estrecharon.

—Ya veo.

—Lo que no necesariamente es tan malo —dijo Yularen—. La Gobernadora Pryce, por obvias razones, ha seguido muy de cerca los acontecimientos en Batonn. Hace dos días se acercó a mí con una propuesta. —Hizo un ademán—. ¿Gobernadora?

—Es muy simple, almirante —dijo Arihnda, mientras deslizaba su voz, expresión y lenguaje corporal hacia lo que a ella le gustaba llamar «modo de persuasión»—. Visité a mis padres varias veces cuando trabajaba para el Senador Renking. Conozco a varias personas allí, y es probable que ellos también las conozcan. Quiero ir allí, reencontrarme con mis padres y sus amigos y echar un vistazo de cerca a la configuración de las defensas y las armas insurgentes. De esa manera, cuando envíe sus fuerzas, no irán a ciegas.

—Dependiendo de la configuración, hasta podrían intentar la desactivación del escudo —señaló Yularen—. Si se le deja fuera de acción, eso facilitaría considerablemente esta operación.

—Sí —dijo Thrawn y miró detenidamente a Arihnda—. Tengo una duda. Cuando visitó por última vez Batonn, usted era la asistente de un senador. Ahora es una gobernadora imperial. Su puesto y reputación pueden precederla.

—No será así —dijo Arihnda—. Llevaré un disfraz, pero el hecho simple es que para la mayoría las expectativas sobrepasan las observaciones. No esperan ver a la Gobernadora Pryce de Lothal, así que no la verán.

—Sus padres lo sabrán.



Por un segundo, Arihnda recordó ese terrible día en Lothal, cuando tuvo que decirle a sus padres que tendrían que abandonar su hogar, por años o tal vez para siempre. Había hablado mucho y con energía durante esas tres horas: disuadiendo y discutiendo, elogiando la oportunidad que se les brindaba mientras advertía de los peligros si rechazaban el ofrecimiento de Renking, prometiendo que ayudaría en el futuro mientras aceptaba que estaba indefensa en el presente. Al final, los persuadió y se mudaron a Batonn, estableciéndose finalmente en su nueva vida con comodidad y satisfacción razonables. Pero fue Arihnda quien los persuadió: no Renking y sus amenazas, sino Arihnda.

—No se preocupe por ellos —afirmó—. Le aseguro que permanecerán callados.

—Supongo que no iré sola —interrumpió Vanto.

—Por supuesto que no —dijo Arihnda. Aunque eso era exactamente lo que quería. Había discutido largo y tendido con Yularen antes de verse forzada a ceder—. Uno de los hombres del Coronel Yularen irá conmigo.

—El pretexto será que están siguiendo a un amigo que se ha inmiscuido en la situación de la mina —dijo Yularen—. Eso les dará una excusa razonable para entrar en una posible zona de combate y para persuadir a sus padres de que la hagan pasar los puestos de revisión insurgentes.

—También hace innecesario que se incline por alguna de las partes en disputa —dijo Thrawn—. Para bien, porque no sabemos qué lado apoyan sus padres.

Arihnda apretó los labios. No había pensado en eso.

—Estoy segura de que son leales al Imperio.

—Tal vez —dijo Thrawn—. Cisne Nocturno es muy persuasivo. También debo señalar que aun para un escolta del Departamento de Seguridad Imperial esta será una empresa peligrosa.

—Estaré bien —insistió Arihnda—. Lo más importante es que usted necesita la información.

—Difícilmente es usted una experta en recolectarla —indicó Faro—. Me parece que eso limita su valor.

Arihnda tuvo que sonreír ante eso. Si tan sólo Faro supiera lo buena que era para recolectar información.

—Uno: el Agente Gudry *está* entrenado en esas cosas —dijo ella—; sabe cómo obtener la información. Dos: *yo* conozco de minas, minería y refinación; sabré cuál equipo se supone debe estar en las instalaciones y cuál no, además de cuál vale la pena tomar como blanco para destrucción orbital y cuál no. Entre esa recolección y mi filtro, formaremos un equipo efectivo. —Miró a Thrawn—. Me atrevo a decir que el más efectivo posible de integrar en tan poco tiempo.

Thrawn la miró fijamente un momento, luego pasó a ver a Yularen.

—¿Usted responde por el Agente Gudry, coronel?

—Por supuesto —dijo Yularen—. Es muy competente, como investigador y como protector. La mantendrá segura. Cuente con eso.

Thrawn guardó silencio otro momento. Luego asintió de manera que sería apenas perceptible bajo un microscopio.

—Muy bien. ¿Cómo pretende llevarla a la mina?

—La llevaré a Dennogra y los pondré a ella y Gudry a bordo del transbordador planetario regional —dijo Yularen—. Llegarán a Ciudad Paeragosto como cualquier otro visitante.

—Ya veo —comentó Thrawn. Arihnda se dio cuenta de que aún tenía dudas, pero que también sabía que su poder era limitado en relación con las acciones de una gobernadora, sobre todo si ya contaba con la bendición del DSI—. ¿Cuál es el marco temporal?

—Podemos llevarla hasta Dennogra y de vuelta a Batonn en doce horas. —Yularen miró su cronómetro—. Eso debe tenerla en Creeppath unas dos horas antes de la puesta del sol, hora local. —Señaló con la barbilla detrás de él—. Por el aspecto de sus cruceros ligeros, dudo que de todos modos esté listo para emprender cualquier acción antes.

Arihnda frunció los labios. Evidentemente, Yularen tenía razón en esa evaluación. Su corbeta había pasado junto a uno de los cruceros cuando venían hacia acá, y el flanco completo de la nave dañada era una masa sólida de remolcadores de mantenimiento y enormes barcasas de reparación. Por lo que habían visto en los otros dos cruceros, colocados lejos del *Quimera*, donde estarían fuera del camino de cualquier tiroteo, no estaban en mejor forma.

—En el ataque con cañones de iones, los cruceros recibieron daños mayores de los que originalmente pensamos —concedió Thrawn—. Aun así, el estado de sus reparaciones es casi irrelevante, porque serán poco útiles en un asalto de superficie.

—A menos que Cisne Nocturno también tenga un componente espacial para su plan —previno Yularen—. Recuerde que el Almirante Kinshara reportó que la mayor parte de las naves insurgentes ya habían dejado Denash cuando llegó el centésimo vigésimo quinto.

—Ese informe simplemente repitió las afirmaciones de sus prisioneros —le recordó Thrawn—. Aún falta confirmar la presencia y la cantidad de naves insurgentes que estaban en el sistema de manera independiente.

—Tal vez —dijo Yularen—. Aun así, debería vigilar de cerca el cielo.

—Siempre lo hago, coronel —le aseguró Thrawn con una leve sonrisa—. Para que quede asentado, desapruebo el plan de la Gobernadora Pryce, por seguridad y efectividad. Sin embargo, como estoy seguro que se prepara a recordarme, Batonn y Ciudad Paeragosto aún no se consideran zonas militares plenas, lo que limita mi autoridad sobre los movimientos que se hagan allí.

—Sin embargo, con su desaprobación o no, sé que cuento con su apoyo instantáneo si surgen problemas —dijo Arihnda. Sus muchos años de combate político le habían enseñado que nunca era dañino ser cortés en la victoria—. Le agradezco eso, almirante.

Thrawn inclinó la cabeza hacia ella.

—Gobernadora. —Miró a Yularen—. ¿Regresará al *Quimera* después de que lleve a la Gobernadora Pryce y al Agente Gudry a Dennogra?

—Por desgracia, tengo negocios urgentes en otra parte —contestó Yularen—. Pero confío en que nos volveremos a encontrar pronto.

—Esperaré con gusto ese momento —dijo Thrawn—. ¿Usted proporcionará los intercomunicadores y los recolectores de datos que la Gobernadora Pryce y el Agente Gudry necesitarán?

—Sí, y coordinaré con el Comandante Vanto frecuencias y contraseñas —respondió Yularen.

—Muy bien. —Thrawn inclinó de nuevo la cabeza hacia Arihnda—. Éxito en su misión, gobernadora. Cuídese y manténgase sana y salva.

—Y regrese datos útiles —añadió Yularen—. Mejor aún, vea si puede dejar fuera de combate el escudo. Hará las cosas un poco más simples.

—No se preocupen —les aseguró Arihnda a los dos—. Haremos nuestro mejor esfuerzo.

—... y los códigos de cifrado descifrarán cualquier cosa que se envíe de vuelta —terminó Yularen y entregó a Eli una tarjeta de datos mientras caminaban hacia la bahía del hangar.

—Gracias —dijo Eli, mientras deslizaba la tarjeta en su datapad y le daba una rápida revisión. Todo parecía en orden—. Supongo que quiere que mantenga aislado esto del resto del sistema de computadoras de la nave.

—Si es posible —dijo Yularen—. Es una de las mejores encriptaciones del Departamento de Seguridad, y en realidad no queremos que ande dando vueltas por la galaxia.

—Entendido —dijo Eli, mientras sacaba la tarjeta de su datapad. La entrada del túnel de acoplamiento estaba adelante, y la Gobernadora Pryce ya se había apartado, caminando más deprisa hacia él. En realidad estaba ansiosa por iniciar su misión—. El Almirante Thrawn ya se ha puesto en contacto con las fuerzas imperiales en el terreno. Estarán preparadas para avanzar de inmediato si la Gobernadora Pryce y su escolta les facilitan la entrada.

—Sí —dijo Yularen, y su voz pasó a ser sutilmente extraña—. Gobernadora, siga y acomódese. Yo necesito intercambiar unas rápidas palabras con el Comandante Vanto.

Pryce le lanzó una mirada ligeramente perpleja por encima del hombro pero desapareció en el túnel sin mayores comentarios.

—¿Algún problema, coronel? —preguntó Eli en voz baja.

—No lo sé —dijo Yularen—. ¿Puede decirme quién configuró la ubicación del *Quimera* y el resto del cuerpo especial?

—Creo que el almirante lo hizo en persona. ¿Por qué?

—Porque decididamente no es estándar —contestó Yularen—. En realidad, raya en la locura. —Hizo un ademán—. Sus tres cruceros ligeros están en la esquinas de un

triángulo equilátero de casi cien kilómetros cada lado. Eso significa que no sólo se encuentran demasiado lejos de su nave insignia sino también uno del otro. Ninguno de ellos puede apoyar a los demás ni está a rango de cobertura del *Quimera*.

—No están exactamente dispuestos para la batalla en este momento —dijo Eli. Aun así, él mismo había preguntado sobre el emplazamiento. La explicación de Thrawn había sido que quería una gran cantidad de espacio alrededor de cada uno de los cruceros para que las enormes y pesadas barcasas de reparación que había traído al sistema no se estorbaran entre sí. ¿Era una explicación? ¿O simplemente una excusa?

—Su falta de capacidad para el combate es precisamente lo que me inquieta —dijo Yularen—. Como dije, no pueden apoyar al *Quimera* y este no los puede apoyar a ellos. Son básicamente tortugas panza arriba unidas y rodeadas por otras tortugas panza arriba. En caso de que salieran unas cuantas naves armadas del hiperespacio, perderán un crucero y un montón de naves de apoyo. Si tres fuerzas atacaran al mismo tiempo, las tres naves y los grupos de apoyo habrán desaparecido.

—No al mismo tiempo —murmuró Eli—. Vendrían en secuencia. El *Shyrack*, luego el *Flensor* y después el *Tumnor*. Querrán darle al *Quimera* tiempo apenas suficiente para girar sus turboláseres hacia un crucero antes de atacar al segundo.

—Veo que está aprendiendo a pensar tácticamente —comentó Yularen—. La pregunta es ¿por qué Thrawn no está haciendo lo mismo?

—Estoy seguro que sí —dijo Eli.

Pero Yularen tenía toda la razón. Lo que dejaba sólo una razón en la que Eli podía pensar para explicar por qué se habían dispuesto los cruceros a tanta distancia.

Eran el equivalente de Thrawn al cambio de dirección en el tráfico. Algo para desacelerar un ataque furtivo al animar a los invasores de que se encargaran de un trío tentador de naves periféricas mientras el *Quimera* se preparaba para un combate completo. Sólo que la carnada estaba indefensa... lo que significaba que cualquier ataque degeneraría instantáneamente en una masacre.

Eli sintió un nudo en la garganta. Thrawn no haría algo tan insensible. Seguramente no lo haría.

—Bueno, por mi parte no le veo lógica —dijo Yularen sombríamente—. Pero supongo que es asunto de él, no mío. Todo lo que estoy diciendo es que debe echar un ojo a las cosas. Cisne Nocturno... he tenido la sensación desde ese primer encuentro por el gas tibanna de que el hombre se ha vuelto una obsesión para Thrawn. Probablemente, más de lo que el almirante admitiría. Mientras él esté orquestando todo esto, no me siento muy seguro de que Thrawn esté pensando con mucha claridad.

—Está pensando bien —replicó Eli con firmeza—. Cualquier cosa que haga, será por el bien del Imperio.

—Eso espero —dijo Yularen—. De todos modos, siga echándole un ojo. —Con una mirada final y persistente detrás de ellos, Yularen se dirigió al túnel y dejó solo a Eli en el pasillo, ahora con nuevos y perturbadores pensamientos.

Esperó hasta que la corbeta ya iba con toda seguridad a su destino. Luego, jugando con la tarjeta de datos de Yularen entre los dedos, se dirigió al puente.

Muy bien, vigilaría a Thrawn. Vigilaría a todos. Porque Cisne Nocturno estaba en algún lugar en el área, con algún plan de acción ya en marcha. Y, como el propio Thrawn había señalado, el hombre era muy persuasivo.

## CAPÍTULO 26

---

«Cada persona tiene metas. Algunas son abiertas, visibles para todos los que tienen el cuidado de observar. Otras son más privadas y sólo se comparten con los amigos o socios más cercanos. Otras más son secretos oscuros de los que se espera nunca salgan a la luz.

»Sin embargo, a final de cuentas, inevitablemente, esas metas más profundas deben hacerse manifiestas si van a alcanzarse. Deben abrirse para que alguien las escuche, las vea u ofrezca ayuda.

»Todos los que sacan sus metas a la luz deben estar preparados para la aceptación o el rechazo. Y deben estar preparados para las consecuencias. Para todas ellas».

A bordo del *Quimera*, Thrawn había dicho que Ciudad Paeragosto aún no era una zona completamente militar, pero si no lo era, Arihnda no tenía interés en afrontar la realidad.

El primer puesto de revisión estaba en el puerto espacial, donde todos los que bajaban de sus transportes tenían que mostrar una identificación y responder algunas preguntas sobre el propósito de su visita a Batonn en general y Ciudad Paeragosto en particular. Después de eso, eran los soldados y las tropas de la armada de la Fuerza de Defensa de Batonn quienes establecían una barricada en la carretera principal que llevaba de la ciudad al complejo minero Creekpath. Todavía no parecía que hubieran establecido un cordón completo, pero Arihnda supuso que sólo era cuestión de tiempo y números. Finalmente había un puesto de control justo bajo la orilla del escudo de Creekpath, custodiado por lo que parecía ser un grupo mixto de insurgentes, inconformes, buscadores de emociones, mercenarios pagados y aspirantes a mercenarios.

Pero las identificaciones que Yularen le había dado (nombre real parcial y dirección planetaria falsa para Arihnda, y todo falso para Gudry) funcionaron muy bien, reforzadas por el increíblemente buen manejo de la jerga del Agente Gudry. Arihnda esperaba tener que llevar esa carga. Evidentemente, Yularen no había exagerado las habilidades de Gudry.

—Lo hizo muy bien, gobernadora —murmuró Gudry mientras se dirigían a una fila de transportes personales de cuatro asientos, justo dentro del último puesto de revisión—. Mejor de lo que esperaba.

—Me da gusto recibir su aprobación —respondió Arihnda con un murmullo—. Empezaremos con la casa de mis padres, luego nos dirigiremos al área de la mina para echar un vistazo alrededor.

—Sólo necesitábamos a sus padres para entrar —comentó Gudry—. Y ya entramos.

—Tan sólo hemos pasado la barricada —señaló Arihnda—. No estamos dentro del propio complejo de la mina.

—No hay problema —dijo Gudry—. En todo caso, quiero ver lo que está pasando antes de que oscurezca.

Arihnda cerró sus dedos alrededor del brazo de él.

—Uno: no seas idiota —dijo, con voz baja—. Mi padre es capataz y mi madre administradora; tener una cara familiar nos llevará más allá de los puestos de control o las patrullas de seguridad con mayor facilidad que la conversación fanfarrona del Departamento de Seguridad. Dos: una instalación minera es tan brillante de noche como de día; sólo que las sombras se mueven a lugares diferentes. Y tres: como a los imperiales que siguen las reglas les gusta atacar las posiciones enemigas en la oscuridad, la puesta del sol atraerá la atención de los insurgentes hacia fuera. La noche es *exactamente* lo que queremos.

Gudry se quedó callado otro par de pasos.

—Bien —refunfuñó—. Lo haremos a su manera. Por ahora.

—Lo haremos a mi manera —estuvo de acuerdo Arihnda—. Siempre.

Su primer temor era que sus padres hubieran cambiado su horario de trabajo. Eso significaría que tendrían que buscarlos o arriesgarse a hacer una llamada por intercomunicador. Para su alivio, su madre acudió a la puerta al segundo timbrado.

—¿Sí? —dijo con cautela. Miró a uno y al otro y luego fijó la vista en Gudry—. ¿Qué puedo hacer por ustedes?

—Puedes empezar con un abrazo —sugirió Arihnda.

Elainye se sacudió y su mirada regresó a Arihnda. Hubo una fracción de segundo de confusión, y luego sus ojos se agrandaron.

—¡Arihnda! —jadeó, dio un paso adelante y abrazó a su hija—. No tenía idea de que vendrías. ¿Qué le has hecho a tu pelo?

—Fue algo espontáneo, madre —comentó y le lanzó a Gudry una sonrisa afectada y triunfal por encima del hombro de su madre. Gudry había argumentado que la larga peluca rubia sobre el pelo corto y negro de Arihnda y los lentes de contacto oscuros en los ojos azules no engañarían a nadie. Obviamente, Arihnda había tenido razón—. Escuché del problema que había aquí y quise asegurarme de que tú y papá estuvieran bien.

—Estamos bien —dijo Elainye en el hombro de Arihnda—. Aunque eso podría cambiar en cualquier momento. —Tendió una mano a Gudry—. Soy Elainye Pryce.

—Mattai Daw, señora —dijo él—. Arihnda me ha contado tanto de usted que siento como si ya la conociera.

Arihnda sintió que sus labios se curvaban. En realidad, lo único que Gudry sabía sobre sus padres había sido retransmitido en breves fragmentos de conversación a bordo del transporte, diálogo que había consumido tal vez quince minutos de su tiempo juntos. El resto del viaje desde Dennogra lo habían pasado en silencio mientras Gudry se concentraba en planos, mapas y los últimos despachos del DSI.

—Necesitamos hablar, madre —dijo ella—. ¿Está papá aquí?

—Sí, por supuesto. Entra, entra.

Un minuto y otra ronda de abrazos después, los cuatro estaban sentados en la sala.

—¿Entonces qué está pasando por allá? —preguntó Talmoor—. ¿Viniste aquí a hablar con la gobernadora para arreglar este desastre?

—Por desgracia, la Gobernadora Restos no escucha a nadie —contestó Arihnda, mientras escudriñaba a su padre. Había envejecido considerablemente en las semanas desde la última holollamada; su rostro estaba más arrugado, sus ojos más agobiados y su postura caída—. En realidad, estoy aquí en misión *muy* poco oficial, por ello el pelo y los lentes de contacto. Aparte de asegurarme de que ustedes dos estén a salvo, necesitamos su ayuda. Un amigo de Mattai tal vez esté dentro del área de la mina y necesitamos de su ayuda para encontrarlo y sacarlo de allí.

—Desde luego que está ahí —dijo Gudry con la mezcla justa de preocupación y vergüenza—. Es de los que se meten en algo como esto sin pensar. Necesito encontrarlo y sacarlo de allí antes de que todo esto estalle.

—Espera un minuto —dijo Talmoor—. Para empezar, no hay nadie en la mina que no esté allí por su propia voluntad. Están peleando por los derechos de la gente contra un gobierno represor y peligroso.

Arihnda sintió que su estómago se endurecía. Thrawn había preguntado de qué lado estarían sus padres en el enfrentamiento. En ese momento, Arihnda había defendido por reflejo su lealtad. Escuchar a su padre hablando así...

—Creo que tal vez estás hablando en términos muy generales —interrumpió ella—. El Imperio tiene muchas facetas.

—Tal vez en Coruscant —dijo Elaine—. Tal vez en Lothal. No en Batonn. Aquí, la gobernadora y sus amigos son..., bueno, lo diré. Son corruptos, Arihnda. Excesivamente corruptos. Y la galaxia necesita escucharlo.

Arihnda empezó a respirar de nuevo. ¿Así que tan sólo la política local era el problema? Ella podía manejarlo.

—Me encargaré de eso cuando regrese a Lothal —prometió—. Puedo hacer una petición al Senado, tal vez hasta al Emperador. Hay procedimientos para ese tipo de cosas.

—Sí, los hay —dijo sombríamente Talmoor—. Se llaman revoluciones. Comprendo tu preocupación por tu amigo, Mattai, pero en realidad no hay nada que podamos hacer.

—Y yo estoy perfectamente de acuerdo con aceptarlo —dijo Gudry—. Pero necesito escucharlo de él. He oído demasiadas historias sobre gente presionada por piratas y grupos insurgentes... y sí, sé que casi todas son probablemente apócrifas, pero necesito... —Pasó saliva con dificultad—. Tan sólo necesito oírlo de él.

—Así que vamos a entrar —dijo Arihnda—. No tienen que llevarnos si no quieren, pero nos ayudaría si llaman de antemano a alguien que conozcan.

Talmoor suspiró.

—Nunca pasarán el cordón sin mí. Bien, los llevaré. ¿Cómo se llama tu amigo?



—No lo sé —dijo Gudry—. Quiero decir, no siempre ha estado del lado correcto de la ley, si entienden a qué me refiero. Lo conozco como Blayze Jonoo, pero no sé qué nombre esté usando aquí.

—Eso es útil —dijo Talmoor con un toque de sarcasmo—. ¿Por lo menos lo reconocerás si lo ves?

—Por supuesto —le aseguró Gudry—. Es un tipo que conoce de dispositivos electrónicos de armas, así que eso debe darnos una pista de dónde podría estar trabajando.

—Está bien —dijo Talmoor y tomó su chamarra de un perchero junto a la puerta—. Entraremos allí y echaremos un rápido vistazo. Pero si nos dicen que nos vayamos, nos iremos de inmediato. ¿Está claro?

—Claro —dijo Arihnda—. Antes de irnos, necesito pasar al baño.

—Muy bien —dijo Talmoor—. ¿Recuerdas dónde está?

—A menos que tú y mamá lo hayan movido —dijo Arihnda y lanzó una sonrisa casi completa—. Regreso en seguida.

Y allá fue. Sin embargo, camino al baño estaba la cocina, y la bolsa de mano de su madre colgando de su correa, como siempre, en una clavija detrás de la puerta. Fuera de la vista de los demás, Arihnda abrió el bolsillo lateral, esperando fervientemente que su madre no hubiera cambiado la marca y modelo del intercomunicador desde la última visita.

Pero su madre era una mujer de hábitos y, afortunadamente, el intercomunicador era el mismo que tenía antes. De prisa, Arihnda lo cambió por el otro, idéntico, que había llevado desde Coruscant, y luego siguió rumbo al baño.

Hubiera sido agradable simplemente pedir prestado el intercomunicador sin preocuparse por el cambio, pero no se atrevió a arriesgarse. Si su madre notaba la ausencia, usaría una señal de búsqueda para localizarlo y eso plantearía preguntas molestas en el momento y el lugar incorrectos. De esta manera, a menos que Elaine decidiera hacer una llamada, no se notaría la desaparición de su intercomunicador.

Gudry seguía hablando de su amigo perdido cuando Arihnda se les volvió a unir.

—Lista —confirmó—. Gracias, padre.

—No hay nada que agradecer —dijo Talmoor—. Está bien, hagámoslo.

\* \* \*

La línea que separaba la luz de la sombra había pasado Ciudad Paeragosto. El cielo sobre la fortaleza enemiga en Creeppath se estaba oscureciendo a medida que se acercaba la noche. Era hora.

La oficina de Thrawn estaba en silencio, llena con el mismo crepúsculo que los insurgentes de abajo estaban experimentando. A Thrawn lo rodeaban hologramas del arte batonnese, que flotaban como mensajeros del pasado; cada pieza hablaba del carácter, las actitudes y los modos de pensamiento de la gente y la cultura que la había creado. Forma y flujo, color y textura, estilo y medio: todo le decía algo. Aun factores como el tipo de

arte y el presunto valor de las piezas ofrecían pistas de cómo reaccionaría la gente en la guerra.

Por desgracia, con este tipo de insurgencia los patrones no eran tan claros como lo serían en una simple insurrección planetaria. La mayoría de quienes estaban bajo el liderazgo de Cisne Nocturno eran batonneses, pero había otros que habían hecho el viaje para unirse a su causa. Esos elementos externos distorsionarían y diluirían los patrones expuestos por el arte.

En una situación ideal, tendría tiempo para un estudio sin prisas y más concentrado del enemigo. Pero no había más tiempo. La Isla Scrim había sido una distracción, algo llamativo y obvio con lo que Cisne Nocturno esperaba mantener la atención del Imperio mientras reunía sus fuerzas y armamentos bajo el escudo protector de Creeppath. Lo más probable era que hubiera esperado que la recaptura de la isla persuadiera al Imperio de que Batonn ya no era una amenaza y le dejara tiempo para una mayor preparación después de que se retiraran.

Pero por una vez hizo un mal cálculo. Le había llegado la hora, lo mismo que a la insurgencia de Batonn. Era responsabilidad de Thrawn hacer todo lo que estuviera bajo su poder para asegurarse de que terminara de la mejor manera posible.

El intercomunicador de su escritorio ya había sido puesto en la frecuencia apropiada.

—¿Sí? —respondió una mujer.

—Habla el Almirante Thrawn a bordo del destructor estelar del Imperio *Quimera* —dijo—. Deseo hablar con Cisne Nocturno.

Hubo una pausa.

—¿Perdón? —dijo la mujer. «Su voz contiene incredulidad y asombro».

—Habla el Almirante Thrawn —repitió—. Por favor, informe a Cisne Nocturno que deseo hablar con él.

Esta vez, la pausa fue más larga.

—Un momento.

Pasaron cuarenta segundos antes de que el intercomunicador volviera a activarse.

—Habla Cisne Nocturno —dijo la voz familiar. «Su tono contiene precaución pero poca sorpresa»—. ¿Cómo obtuviste esta frecuencia?

—Era una de las muchas contenidas en los registros del carguero que el Comandante Vanto y yo tomamos de tu Nómada.

—Ah —dijo Cisne Nocturno. «Su voz contiene ahora humor negro dentro de la precaución»—. Descuido de quien haya volado por última vez esa nave. Bien. Con cualquier otro esperarías un ultimátum o por lo menos un poco de presunción. Pero nada me impacta como tu estilo. ¿Por qué llamaste?

—Deseo hablar contigo.

—Lo estamos haciendo.

—Juntos, cara a cara, sin barreras.

«Hay un resoplido callado».

—Por supuesto. ¿Quieres venir a mi campo fuertemente armado o debo ir al tuyo?

—Hay un campo a dos kilómetros al noreste de las instalaciones de Creekpath —dijo Thrawn—. Incluye un acantilado de colinas bajas que lo bloquean de la observación casual, pero al que se llega fácilmente desde tu campo.

Otra pausa.

—Estás hablando en serio, ¿verdad? —dijo Cisne Nocturno. «Su voz contiene confusión»—. ¿Realmente quieres que vaya allí, fuera del escudo?

—Si te hace sentir más cómodo, llegaré primero —ofreció Thrawn—. Como sabes, tengo un carguero civil, que no atraerá atención indebida.

—Tendrás guardias, por supuesto.

—Les ordenaré que permanezcan en el carguero y fuera de la distancia de fuego. Ten por seguro que no busco tu muerte.

—¿Sólo quieres mi captura?

—Interpretas mal —dijo Thrawn—. Tu captura no tiene valor para mí. Evidentemente tampoco lo tiene tu muerte.

—Me has picado la curiosidad —dijo Cisne Nocturno. «Precaución, pero también creciente interés»—. ¿Qué valor *tengo* para ti?

—Sólo lo hablaré cara a cara —dijo Thrawn—. No lo discutiré en una conversación por intercomunicador.

—Ya veo. —Otra pausa—. Dices que no quieres matarme. Me gusta esa parte. ¿Qué te hace pensar que yo no te mataré *a ti*?

—Porque valoras la vida —dijo Thrawn—. Porque soy la única garantía de que los civiles que abarrotan tu fortaleza no serán masacrados. En caso de que otros lideren el ataque, casi seguramente matarán a todos y destruirán todo a su paso. Tú no quieres eso.

—Yo no pedí a los civiles que vinieran aquí —dijo Cisne Nocturno. «Hay dolor, furia y resentimiento recientes»—. Con unos no lo pude evitar, quienes tienen sus casas debajo del escudo. Pero, a los otros... les pedí que no vinieran. Pero no pudimos alejarlos.

—Comprendo —dijo Thrawn—. También comprendo que ves esa carga de la manera en que la vería yo. Me comprometo a hacer todo lo que esté en mi poder para evitar muertes innecesarias. Por eso es por lo que sé que me permitirás regresar al *Quimera* en paz.

Esta vez la pausa fue más larga, casi de once segundos. Sería útil interpretar la expresión y la postura corporal, pero la conexión era sólo de audio. Si Cisne Nocturno aceptaba la invitación, sería posible una interpretación más completa.

—Como digo, curiosidad —comentó Cisne Nocturno—. Está bien. ¿Por qué no? El campo noreste. ¿Cuándo?

—Estaré allí en una hora —dijo Thrawn—. Puedes llegar cuando lo creas conveniente.

—Una hora —dijo Cisne Nocturno—. Estaré allí.

Talmoor necesitó entablar algunas charlas elaboradas, pero finalmente permitieron que él, Arihnda y Gudry cruzaran el perímetro exterior de la mina. No había transportes personales a la vista, pero Talmoor les aseguró que la parte central del complejo estaba tan sólo un kilómetro adentro y partieron a pie.

Mientras avanzaban, como Arihnda había esperado que lo hiciera, su padre comenzó un monólogo sobre la historia reciente de Creekpath.

—... la ironía es que la gobernadora es la culpable de que tengamos un escudo —dijo mientras se apartaban del paso de un camión speeder que se dirigía al interior, con la zona de carga llena de cajas. Arihnda entrecerró los ojos para ver mejor mientras el vehículo pasaba y alcanzó a distinguir las palabras CADENA MAKRID a los lados—. Cuando comenzó el problema en Denash, el propietario de Creekpath le suplicó que lo protegiera. Lo único que quería eran unos doscientos soldados para reforzar sus puestos de control, pero la gobernadora quería conservar a todos los soldados para su propia protección. Así que en su lugar encontró un escudo regional DSS-02 usado y lo instaló.

—Qué interesante —comentó Arihnda y miró a Gudry, quien caminaba al otro lado de su padre. El sol se había metido hacía mucho, pero como había predicho, las luces del complejo lo compensaban con creces, y bajo su brillo pudo ver que una leve sonrisa jugaba alrededor de los labios del agente.

Era poco sorprendente. Los escudos DSS se usaban por todo el Imperio, y en algún lugar del entrenamiento en el DSI de Gudry sin duda había aprendido a desactivarlos.

Yularen había sugerido que eliminaran el escudo, pero de la forma descuidada que implicaba que estaba bromeando. Antes de que terminara la noche, podría verse sorprendido.

—Hubiera pensado que los operadores habrían tratado de sabotearlo antes de que ustedes los echaran —comentó Gudry.

—Antes de que los *insurgentes* los echaran —corrigió Talmoor, en busca de rigor—. Tal vez esté de acuerdo con algunas de sus quejas, pero no soy uno de ellos. En todo caso, por lo que entiendo, fueron rodeados y escoltados fuera de las instalaciones antes de que supieran siquiera qué pasaba.

—¿Y entonces llegó Cisne Nocturno? —preguntó Arihnda.

Talmoor le frunció el ceño.

—¿Quién es Cisne Nocturno?

—El líder del grupo —dijo Arihnda—. ¿No lo sabías?

—Te lo dije. No estoy con esa gente —dijo cortante—. ¿Dijiste que tu amigo era un técnico, Mattai?

—Más que nada técnico, pero se dedicaba a muchas cosas —contestó Gudry—. Tal vez hasta lo trajeron para mantener el escudo funcionando. ¿Sabe dónde se encuentra el generador?

—En algún lugar por allí —dijo Talmoor y señaló—. Supongo que podríamos dirigirnos en esa dirección igual que en cualquier otra.

Arihnda los dejó avanzar un par de pasos. Luego, escogiendo su momento, se deslizó detrás de un camión speeder estacionado y se apartó. Pasó junto al camión, rodeó otro y se dejó caer sobre una rodilla donde estaría fuera de la vista si Gudry o su padre miraba en su dirección. Sacó el intercomunicador de su madre y marcó la frecuencia de su padre.

Él respondió a la segunda señal.

—¿Elainye? ¿Pasa algo?

—No me siento bien —dijo Arihnda, con voz jadeante, como si fuera algún tipo de reacción—. Creo que fue... creo que es algo en el aire.

—Espera, llamaré al hospital —dijo Talmoor con voz ansiosa.

—No, no es tan malo —señaló Arihnda con voz un poco más ahogada. No estaba segura de la impresión que estaba causando, pero esperaba que la tensión y los jadeos cubrieran cualquier deficiencia—. ¿Puedes venir a casa? Necesito que tú y Arihnda vengán a casa.

—Sí, por supuesto —dijo Talmoor—. Arihnda...

Se interrumpió. Indudablemente se preguntaba dónde había desaparecido.

—Por favor, apúrate —dijo Arihnda. Apagó el intercomunicador, lo deslizó en su bolso y se levantó. Justo a tiempo. Mientras regresaba, su padre y Gudry aparecieron en el extremo del camión speeder.

—¡ARIHNDA! —gritó Talmoor.

—AQUÍ ESTOY —gritó Arihnda como respuesta y se acercó deprisa—. Lo siento... vi a un grupo de hombres y quería revisar.

—¿Qué aspecto tenían? —preguntó Gudry.

—Me temo que nada parecido a la descripción que me diste —dijo Arihnda—. ¿Pasa algo?

—Tu madre se siente enferma —dijo Talmoor y la tomó del brazo—. Tenemos que ir a casa ahora mismo.

—¿Es serio?

—Dice que no —dijo Talmoor—. Pero de todos modos nos vamos. Vamos, Mattai.

—Espere un minuto, necesito encontrar a mi amigo —objetó Gudry—. ¿Puedo quedarme? Prometo que no me meteré en problemas.

—No creo... —empezó Talmoor.

—Es buena idea —lo interrumpió Arihnda—. Te sabes el camino de regreso, ¿verdad?

—Seguro —dijo Gudry—. Usted dos sigan adelante. Yo estaré bien.

—No puedo dejar que te quedes sin mí —dijo Talmoor, pero sus palabras eran mecánicas. Sus pensamientos estaban evidentemente con su esposa—. Prometí...

—Déjame hablar con él —ofreció Arihnda. Sin esperar respuesta, tomó el brazo de Gudry y lo apartó unos pasos.

—Bueno, esto es malditamente incómodo —susurró Gudry—. ¿La vieja vaca se enferma *ahora*?

—Puedes hacer esto solo, ¿verdad? —preguntó Arihnda y se esforzó por ignorar que acababa de insultar a su madre.

—Por supuesto —refunfuñó él—. El problema es que tu viejo no me dejará.

—Haré que cambie de opinión —dijo Arihnda—. ¿Viste ese último camión speeder, el que tenía las cajas de Cadena Makrid? Debes ver adónde fue. Cadena Makrid es un...

—Es un explosivo de alambre —interrumpió—. Gracias, lo sé. Estoy más preocupado por la colección de Cisne Nocturno de cañoneras de policía y cazas rasantes.

Arihnda se quedó boquiabierta.

—¿Viste *cañoneras*? ¿Cuántas?

—No las vi —dijo Gudry con paciencia—. Lo que vi fue un tiradero de piezas de repuesto, con suficiente material para remendar un par de docenas.

Arihnda hizo una mueca. Vehículos de combate aéreo. Justo lo que necesitaban.

—Debes encontrarlos y marcarlos —dijo ella—. Y...

—Sí, gracias, conozco mi trabajo —dijo él—. Tan sólo quítame a tu viejo de encima y llévatelo de aquí, ¿sí?

—Muy bien. —Todavía con la mano en el brazo de él, se dio vuelta hacia su padre—. Muy bien, hemos hecho un trato —le dijo—. Tú y yo regresaremos a casa a ver a mamá. Él se quedara una hora, *nada más*, y buscará a su amigo. Si no lo ha encontrado para entonces, regresará a casa. ¿Está bien?

Talmoor titubeó, con la cara transfigurada por la indecisión.

—Arihnda...

—Estará bien, papá —dijo Arihnda, soltó el brazo de Gudry y tomó el de su padre—. Estará bien, y mamá nos necesita. Vamos, vamos.

—Muy bien —dijo Talmoor, con renuencia, mientras permitía que lo arrastrara de regreso al perímetro—. Tan sólo ten cuidado, Mattai. Y no te metas en problemas.

Con su padre distraído por la preocupación, fue fácil guiarlo de regreso por un puesto de revisión diferente, donde los guardias no sabían que habían entrado tres y salido sólo dos. Por fortuna, los hombres y mujeres del puesto también conocían al capataz Talmoor Pryce y no revisaron. Ni siquiera lo interrogaron.

Arihnda se preguntó cuántos seguirían vivos por la mañana, pero ese no era su problema. Esta gente se encontraba en el centro de una zona de combate; por voluntad propia se habían colocado ahí, y lo que pasara a continuación recaía sobre sus propias cabezas. Eso también era cierto para Gudry.

En cuanto a Arihnda, tenía una tarea más importante. El trabajo que había planeado desde el principio de este *impasse*. El único que podía realizar. Era el momento de empezar.

## CAPÍTULO 27

---

«Un enemigo casi nunca será algo más que un enemigo. Lo único que se puede hacer con un enemigo es derrotarlo. Un adversario, en cambio, puede convertirse en un aliado.

»Hay un costo, por supuesto. Todo en la vida tiene un costo. Al tratar con un adversario, en ocasiones el costo se paga en poder o posición; otras, en orgullo o prestigio.

»Sin embargo, en ocasiones ese costo es mayor: se arriesga el futuro o aun la propia vida, pero en todas esas situaciones, el cálculo es simple: si lo que se puede ganar vale tanto o no como la posible pérdida. Y el guerrero nunca debe olvidar que él y su adversario no son los únicos en la ecuación. En ocasiones, todo el universo puede colgar de la balanza».

Cisne Nocturno ya esperaba en el lugar de la cita cuando llegó Thrawn.

—Entendí que esperarías hasta mi llegada —dijo Thrawn.

—Estaba aburrido —dijo Cisne Nocturno. «Su voz contiene un casual humor negro. Su postura corporal contiene tensión pero también cansancio. Su calor facial está elevado con una baja cantidad de precaución»—. Además, tenía curiosidad de ver si me decías la verdad. —Señaló las estrellas arriba de ellos—. Aun ahora podrías matarme y no habría nada que pudiera hacer para detenerte.

—No me sirves muerto ni capturado.

—Es lo que dices —comentó Cisne Nocturno—. Supongo que me estás llamando para que me rinda y persuada a mis seguidores de que lo hagan también.

—Interesante que debas llamarlos seguidores —dijo Thrawn—. Cuando nos conocimos, eras simplemente un consultor. Ofrecías tus habilidades tácticas a quien las pagara, sin pensar en las consecuencias.

—Haces que suene como si hubiera sido un mercenario sin moral —comentó Cisne Nocturno. «Su voz contiene aceptación y acuerdo. Su postura corporal contiene tensión, pero también una sutil admisión de que la evaluación es exacta»—. Pero tienes la razón en casi todo. Aunque me gustaría señalar que *te salvé* la vida durante el secuestro del *Dromedar*.

—¿Cómo?

—Persuadí a Angel de llevar ese droide de sabotaje a bordo de su nave contigo y los otros prisioneros —dijo Cisne Nocturno—. Estaba muy seguro de que tenías algo en mente para él y quería que estuviera a tu disposición.

—¿Por qué?

Cisne Nocturno se encogió de hombros.

—Le dije que los entregara en el punto de descenso, pero sospechaba que por lo menos te iba a matar a ti y a los otros imperiales. No lo podía detener por mi cuenta, así que tenía que esperar que fueras lo bastante inteligente para sobrevivir si tenías las herramientas. Es decir: el droide.

—Gracias —dijo Thrawn—. Permíteme indicarte, a la vez, que si no lo hubieras hecho tú, tenía un segundo droide ya amarrado al casco.

—Ah. Por supuesto. —«La sonrisa de Cisne Nocturno contiene ironía»—. Demasiado para jugar la carta de apelar a tu sentido de la obligación.

—Me parece que las obligaciones no son una base estable para una relación —dijo Thrawn—. Tal vez sea diferente en el gremio minero.

Los ojos de Cisne Nocturno se agrandaron.

—En realidad no —dijo él. «Su tono contiene incredulidad y miedo creciente. Los músculos de su brazo se tensan mientras su postura corporal cambia al modo de huida»—. ¿Cómo lo supiste?

—Sabes de minería y metales —dijo Thrawn—. Te diste cuenta de la desaparición del doonium más rápido de lo que sería probable para alguien no familiarizado con los metales y el mercado de estos. También le hablaste al Comandante Vanto del cinturón de asteroides Thrugii, que apoya muchas operaciones del gremio minero.

—Supe que era un error en el instante en que lo dije —comenta Cisne Nocturno. «Sacude la cabeza, su postura corporal se relaja del modo de huida al de aceptación o derrota»—. Entonces ¿cuánto sabes?

—Sé que un grupo observó la creciente confusión en los mercados de metales del Imperio y rompió con el gremio en un intento por manipular esa confusión para su propio beneficio. Sé que varios miembros partieron después y siguieron caminos diferentes. Supongo que tú estabas en uno de ellos.

—¿Sí? —«La expresión de Cisne Nocturno ahora contiene una tranquilidad cautelosa»—. El caos en los precios del metal estaba dañando mucho a los pequeños negocios, sobre todo los constructores de naves. Me uní al grupo con la esperanza de que pudiéramos sustraer y desviar una cantidad suficiente de las demandas de la armada para ayudarlos. —«Sus labios se comprimen, su expresión contiene frustración y un breve destello de enojo. Su calor facial aumenta brevemente, luego cede»—. Cuando descubrí que simplemente estaban vendiendo nuestros metales robados de vuelta al Imperio en el mercado negro, los dejé.

—¿Y te uniste a los insurgentes?

—En ese entonces no —dijo Cisne Nocturno—. Fue mucho después. Casi todas las personas con quienes trabajé al principio eran sólo ciudadanos comunes afectados y lastimados por el Imperio y no lograban recuperarse. La justicia cuesta dinero, y robar y contrabandear metales como el doonium era la manera más eficiente de generar ese dinero.

—¿Doonium y gas tibanna?

Cisne Nocturno sonrió.



—Me hubiera gustado ver tu expresión cuando supiste que lo había extraído. Por lo menos una parte. —«Su expresión y su postura corporal muestra que recuerda y reflexiona». Ahora que lo pienso, quizá fue la primera vez que trabajé directamente para un grupo insurgente. La primera vez que supe que estaba trabajando para uno, en todo caso. Pero sólo tenía bases en la superficie y carecía de naves; de lo contrario, no hubiera tenido que contratar a Angel y sus locos sincu.

—Ya no volverán a preocupar a la galaxia jamás.

—Sí, es lo que oí —dijo Cisne Nocturno—. Después de eso... no lo sé. Por un tiempo caminé entre ambos mundos. Seguí ayudando principalmente a los inocentes, pero también trabajé con insurgentes ocasionales, cuando surgían. Pensé regresar al gremio minero, pero para entonces ya habían descubierto al grupo con el que me había ido y echaron al Imperio contra él. Puedes adivinar el resultado. —Sonrió—. O no tienes que adivinarlo, porque ya lo sabes.

—Así es —confirmó Thrawn—, ¿de modo que ya no tuviste a nadie más excepto los insurgentes?

—Ah, pude haber tenido una vida cómoda por mí mismo sin ellos. —«Cisne Nocturno frunce los labios, su expresión contiene repentino temor». Pero entonces empecé a escuchar rumores. Historias de algo sucio relacionado con el Imperio en medio de la nada. El proyecto que se estaba llevando todo el doonium, iridio y otros metales que estaban sacando de los mercados. Escuché que estaban agotando las minas de planetas enteros. Las viejas instalaciones de Thrugii en que solía trabajar estaban todavía bajo el control de la Corporación Kanauer, pero ahora eran en realidad una operación del Imperio. Empecé a sentir curiosidad. —«Sus labios se comprimen. Su expresión contiene arrepentimiento». En ocasiones es muy malo ser curioso.

—Nunca es un error ser curioso, pero a veces puede ser peligroso. ¿Deseas detener este proyecto que buscas?

«Cisne Nocturno frunce el ceño, su expresión y su postura corporal contienen sospecha. Sus calor facial aumenta de nuevo».

—¿Por qué? ¿Estás a cargo de protegerlo?

—No.

—Deberías estarlo. —«Su sospecha se está desvaneciendo». Es decir, en caso de que *realmente* quisieran protegerlo. ¿Lo detendría? No lo sé. Supongo que primero necesitaría saber de qué se trata, para que pueda juzgar si vale la pena o no todo el caos que está causando. ¿Por qué preguntas?

—Porque yo, también, estoy interesado en el proyecto. Me gustaría escuchar lo que sabes.

—Seguro. —«Cisne Nocturno hace un ademán en dirección de Creekpath. Su expresión contiene humor sardónico». Quítate ese uniforme, únete a nosotros y te diré todo lo que sé.

—Sabes que no puedo hacer eso.

—Y yo no puedo darte información que algún día podría ser vital para esas personas —dijo Cisne Nocturno—. Obligaciones, ¿sabes?

—Sin embargo, también tienes una obligación más alta con ideales mayores —dijo—. Cuéntame sobre Cyphar.

—¿Cyphar? —«La frente de Cisne Nocturno contiene sorpresa»—. ¿Qué hay de eso?

—Aseguras que tienes obligaciones con la gente de Creeppath —dijo Thrawn—. El dinero que hubieras obtenido de la operación de contrabando del precursor de especias en Cyphar te habría servido para comprar armas y suministros para ellos. Sin embargo, deliberadamente usaste la misma técnica de los crustáceos que había visto antes con la esperanza de que lo notaría y destruiría la operación.

«Cisne Nocturno mueve la cabeza de un lado a otro. Su expresión contiene resignación y admiración. Los músculos de su brazo se relajan, lo que indica que ya no espera combate en ningún campo».

—A veces se me olvida lo bueno que eres —dijo—. Otras me da gusto que lo seas. Tienes razón, armé eso esperando que lo llevaras a un final estrepitoso. He visto lo que hacen las especias a la gente y no quería ser parte de eso.

—Sin embargo, trabajaste con ellos.

—Bajo pretensiones falsas. —«Su voz contiene amargura»—. Me dijeron que los estaban aplastando entre los afes y el gobierno de Cyphar y que no podían lograr que el Imperio les prestara atención. Cuando descubrí lo que realmente contrabandeaban ya estaba en el terreno y no podía retirarme sin arriesgarme a recibir un disparo de bláster en la cabeza.

—Tuviste oportunidad de alertar a las autoridades.

—No era seguro que hicieran algo. —«La sonrisa de Cisne Nocturno contiene humor negro»—. Además, tenía una reputación que mantener. No, mi mejor esperanza era que tú lo notarías y te encargarías de eso. Y lo hiciste.

—Como me encargué de Cielos más altos en Coruscant —comentó Thrawn.

«Cisne Nocturno levanta las manos, con las palmas hacia afuera. Su postura corporal contiene precaución y protesta; su rostro, una mezcla de ira y desprecio».

—Cualquier cosa que creas que sabes sobre Cielos más altos, créeme cuando digo que asesinatos o intentos de asesinatos *nunca* fueron parte del plan. La única razón por la que estaban sobornando guardaespaldas era para lograr acceso a los archivos de datos clasificados sobre el proyecto secreto del Imperio.

—¿Supieron algo?

—Aprendimos mucho —dijo Cisne Nocturno. «Su expresión contiene determinación»—. Supimos que hay un motivo para que el Gran Moff Tarkin esté involucrado en lo más alto. También que el trabajo se está haciendo en un solo lugar, en vez de estar disperso por toda la galaxia.

—No es completamente correcto —dijo Thrawn—. Tienen un sitio principal de trabajo, pero también hay uno subsidiario.

—¿En verdad? —Cisne Nocturno frunció el ceño—. Interesante. Por lo general no se me pasan cosas como esa.

—Un error excusable —dijo Thrawn—. Casi todos los materiales para la ubicación subsidiaria se entregaron hace algún tiempo, y sólo se han hecho pequeñas adiciones desde entonces. Como digo, el sitio principal de trabajo está absorbiendo la mayor parte de los envíos actuales.

—Gracias, eso me hace sentir un poco mejor. —«La voz de Cisne Nocturno contiene humor seco»—. Aun así, suena como si estuviéramos hablando de una sola estructura principal o de una entrelazada, más que de un grupo de naves grandes o estaciones de batalla. De otra manera, sería más seguro dividir las naves entre diferentes lugares.

—De acuerdo.

—Me estoy acercando. Unas semanas más... —«Se detiene, la determinación se convierte de nuevo, poco a poco, en cansancio»—. Pero no *tengo* unas semanas más, ¿o sí?

—Esa decisión aún es tuya.

—¿Lo es? —«Cisne Nocturno sacude la cabeza. El cansancio se extiende de la cara a toda la postura corporal»—. Estas personas se han unido a mí por su voluntad, almirante. No puedo darles la espalda.

—Ya veo —dijo Thrawn—. Siempre he sabido que eres un maestro de la táctica. Veo ahora que también eres un líder.

—¿Lo soy? —«Su expresión contiene amargura»—. Déjame contarte un secreto. En un momento tracé un gran plan para atraer a todos esos grupos insurgentes y rebeldes bajo un solo techo.

—¿Qué te detuvo?

—Paranoia —dijo—. Desconfianza, querellas y orgullo. —«De nuevo, sacude la cabeza»—. No sé si alguien más alguna vez los unirá a todos. Sólo sé que yo no pude. Fue demasiado para mis habilidades de liderazgo. —«Hace un gesto en dirección de Thrawn; su expresión contiene un poco de confusión»—. Lo que no entiendo es por qué sigues sirviendo al Imperio. ¿No ves la maldad que estás ayudando a perpetuar?

Las luces del complejo minero detrás de Cisne Nocturno brillaron débilmente contra las nubes bajas y dispersas. Miles de personas esperaban allí, preparándose para el inevitable ataque imperial.

—Te plantearé un escenario —dijo Thrawn—. Tú y yo enfrentamos a un peligroso depredador que intenta matarnos. Correr es imposible; las herramientas y armas son limitadas. ¿Cuáles son tus opciones?

—La obvia es unir fuerzas —dijo Cisne Nocturno. «Su voz contiene duda y reflexión»—. Pero, tú evidentemente vas por algo más.

—No necesariamente —dijo Thrawn—. Unión contra un enemigo común es una posibilidad. Pero hay otra.

—¿Cuál?

—Ya la sabes —replicó Thrawn—. Me golpeas para que sea la presa más fácil. Mientras el depredador me devora, esperas encontrar o construir un arma que puedas usar para asegurar la supervivencia.

—Lógico —dijo Cisne Nocturno. «Su tono contiene una callada repulsión. La postura corporal indica un deseo de apartarse de esa idea»—. Sangre fría, pero lógica. ¿Qué pretendes decir?

—Lo que quiero decir —continuó Thrawn— es que esa era la opción que se me antepuso cuando decidí visitar el Imperio.

Cisne Nocturno frunció el ceño.

—La historia que escuché es que te rescataron del exilio.

—No sabía que ese conocimiento se hubiera extendido al público general.

—No. —«La sonrisa de Cisne Nocturnos contiene humor irónico»—. Tuve que hacer una investigación a fondo para descubrirlo. Igual que para encontrar los registros de tu paso por la Real Academia Imperial, además de todos los otros detalles de tu carrera.

—Me siento honrado de saber que fui objeto de semejante dedicación.

«Cisne Nocturno se encoge de hombros».

—Para derrotar a un enemigo, debes conocerlo. No es que te haya derrotado con mucha frecuencia, pero siempre has sido un caso de estudio fascinante. ¿Ahora me dices que *no estuviste* exilado?

—Se pretendió que así pareciera. Pero esa no fue la realidad.

«Cisne Nocturno sonríe débilmente. Su expresión contiene expectativa».

—Cuéntame esta realidad.

—Estaba explorando los bordes del nuevo Imperio poco después de las Guerras de los Clones. Había atestado una pequeña parte de ese conflicto y había visto el caos que el colapso de la República había creado en toda la región.

—Hay teorías de que el conflicto y el colapso fueron armados por agentes externos.

—Las causas no alteran el hecho de que la República era inestable —dijo Thrawn—. Había demasiados puntos de vista diferentes. Demasiados estilos diferentes de ideas y cursos de acción políticos. El sistema era lento e ineficiente por naturaleza.

—¿Y descubriste que el Imperio es lo opuesto?

—En esa época conocía poco del Imperio —dijo Thrawn—. Pero durante una de mis inspecciones, descubrí una colonia de refugiados neimoidianos. Una vez que supieron a quién representaba, me suplicaron que trajera a los chiss para luchar contra Coruscant. Prometieron que su pueblo se levantaría como respuesta y que juntos derrocaríamos al Emperador Palpatine y restauraríamos la República.

—Espero que no hayas aceptado su ofrecimiento. —«El tono y la expresión de Cisne Nocturno contienen desprecio»—. Los neimoidianos tienen una opinión muy exagerada de sí mismos y sus capacidades.

—Evidentemente no confié en su palabra sin apoyo. Ni hice promesa alguna. No obstante, mis superiores se quedaron preocupados por mi informe.

—¿Por el Imperio? ¿O por los neimoidianos?

—Por la realidad —dijo Thrawn—. Hay cosas malvadas en esta galaxia, Cisne Nocturno. Mucho más malvadas que el Imperio, y mucho más peligrosas para todos los seres vivos. Conocemos algunas, mientras que sólo hemos escuchado rumores de otras. Necesitábamos saber si el Imperio que estaba creciendo de las cenizas de las Guerras de los Clones podría ser un aliado contra ellas.

—O si, en cambio, debería buscarse que colapsara para convertirse en una presa fácil —comentó Cisne Nocturno. «Su voz contiene temor».

—Ahora comprendes mi escenario —dijo Thrawn—. Conocí a un general jedi durante mis investigaciones de las Guerras de los Clones. Eso me dio una ventaja ante los nuevos líderes del Imperio. Por tanto, yo era la mejor opción para enviar.

—Así que te abandonaron en algún lugar e hicieron parecer como si estuvieras exilado.

—Sí —dijo Thrawn—. El campamento fue diseñado para que diera la impresión de que me habían abandonado muchos años antes. En realidad, sólo estuve allí unos meses. Probamos varias carnadas para atraer una nave imperial al planeta. Al tercer intento, tuvimos éxito. Usé mis habilidades tácticas para deslizarme a bordo de la nave, esperando impresionar a su capitán. Tuve éxito y me llevaron a Coruscant.

—Donde te hicieron oficial de la Armada Imperial.

—Algo totalmente inesperado —dijo Thrawn—. Mi objetivo era simplemente persuadir al Emperador de que me permitiera estudiar la estructura política y militar del Imperio bajo el pretexto de compartir información acerca de amenazas distantes. Pero este ofrecimiento me dio oportunidad de aprender mucho más.

—Tu estudio te convenció de que esperar que el Imperio fuera algún día tu aliado era mejor que acabar con él. —«Cisne Nocturno sacude la cabeza. Su expresión contiene desaprobación»—. Me temo que ese uniforme te ha blindado contra la realidad.

—En absoluto —dijo Thrawn—. Evidentemente, el Imperio es corrupto. Ningún gobierno escapa por completo de esa plaga. También es tiránico, pero la crueldad total y expedita es necesaria cuando la galaxia se ve amenazada continuamente por el caos.

—¿Qué pasa cuando la crueldad engendra más caos? —preguntó Cisne Nocturno. «Su tono contiene desafío, su postura corporal deja de lado brevemente el cansancio para contener nueva energía»—. Por eso es por lo que pasa. La represión y la rebelión se alimentan y se devoran mutuamente.

—Entonces la rebelión debe morir —dijo Thrawn—. El peligro es demasiado grande. Las apuestas son muy elevadas. Si el Imperio cae, ¿qué puede reemplazarlo?

—Justicia. Misericordia. —«La sonrisa de Cisne Nocturno contiene tristeza»—. Libertad.

—Caos —dijo Thrawn—. Ausencia de leyes. Las Guerras de los Clones.

«Cisne Nocturno niega con la cabeza».

—Tal vez yo tengo una perspectiva más optimista de mis iguales que tú. Así que consideras que la tiranía es una defensa contra el mal. ¿Por cuánto tiempo?

—Explícalo.

—¿Por cuánto tiempo aceptarás la tiranía como una parte necesaria del gobierno imperial? —preguntó Cisne Nocturno—. ¿Hasta que toda resistencia quede silenciada? ¿Hasta que todos los demonios se hayan esfumado?

—Tal vez tu optimismo no es tan fuerte como lo aseguras —dijo Thrawn—. El tono de un gobierno es marcado por su líder. El Emperador Palpatine no vivirá eternamente. Cuando llegue el momento de que su autoridad se entregue a otro, mi posición como oficial con experiencia me permitirá influir en la elección de ese líder.

—¿Y esperas que ese nuevo líder esparza luz en la oscuridad?

—Hay esperanza de que lo hará —dijo Thrawn—. Pero si el mal sale victorioso, esa esperanza se habrá extinguido para siempre.

—Esperanza. —«Cisne Nocturno sacude la cabeza. Su postura corporal no contiene esa esperanza»—. Me temo, almirante, que aún eres peligrosamente inocente en asuntos políticos. —«Levanta una mano. Su postura corporal contiene derrota»—. Espero que tengas razón. Pero me temo que estás equivocado.

—Ya veremos.

—Algunos de nosotros lo verán —dijo Cisne Nocturno—. Otros se habrán ido desde hace mucho. ¿Y los neimoidianos? ¿Qué sucedió con ellos?

—Hasta donde sé, aún están donde los dejé, alimentando su resentimiento y soñando con una victoria que se ha demorado mucho —dijo Thrawn—. Como dije, no les prometí nada. Sin embargo, ese contacto inicial fue la razón por la que creé y luego alimenté una amistad con el Cadete Vanto. Cuando escuché que mencionaba el nombre «chiss», pensé que tal vez ellos los habían plantado a bordo del *Strikefast* para observarme en secreto.

—Supongo que no fue así.

—No —dijo Thrawn—. Cuando me convencí, ya había visto otras cualidades en él, mismas que he pasado los últimos años ayudándole a desarrollar. Como tú, él posee la rara combinación de aptitudes tácticas y liderazgo.

—Ah —meditó Cisne Nocturno. «Su voz contiene tristeza»—. Ahora llegamos a la parte en que me pides que abandone a mi gente y mi causa y me una a tu lucha por un mejor Imperio.

—En absoluto —dijo Thrawn—. Después de tus actividades aquí, nunca serías aceptado por la armada.

—Ni yo aceptaría esa oferta.

—Pero tienes razón en que deseo ofrecerte un puesto —dijo Thrawn—. No con el Imperio, sino con la Ascendencia chiss.

«Los ojos de Cisne Nocturno se agrandan. La expresión contiene sorpresa total. Los músculos de brazo y torso se aprietan, su postura corporal se fortalece».

—¿Tú quieres...? Almirante, eso es una locura.

—¿Un ser humano entre los chiss es más increíble que un chiss entre humanos? —preguntó Thrawn—. Te ofrecería la posibilidad de enfrentar fuerzas mucho más malvadas que las que enfrentas ahora. Más aún, tu trabajo allí podría algún día salvar las vidas de todos aquellos quienes están contigo en Creeppath.

—¿Qué hay de esas personas justo ahora? ¿Qué pasaría con ellas?

—Les hago una promesa —replicó Thrawn—. Si se dispersan, dejando sus armas detrás, este será el final.

—¿Qué, sin castigo? —«La expresión y el tono de Cisne Nocturno contienen sarcasmo»—. ¿Sin martillo tiránico para acabar con el caos?

—Los habitantes de Batonn son recursos imperiales —comentó Thrawn—. Un comandante inteligente nunca desperdicia recursos sin necesidad.

«Cisne Nocturno mueve la cabeza de un lado a otro. Su expresión contiene incredulidad y dolor».

—Debí adivinar que así es como ves a la gente.

—Veo la realidad —dijo Thrawn—. Tus seguidores pueden regresar a sus hogares y sus trabajos: no habrá represalias ni se tomará otra acción contra ellos.

—Hasta que te vayas. —«La expresión de Cisne Nocturno contiene amargura»—. Aunque la Gobernadora Restos honre tu trato, cosa que dudo, eso se acabaría en algún momento. Las injusticias contra la gente son demasiado grandes; la arrogancia de quienes están en el poder, demasiado profunda. Tarde o temprano se levantarían de nuevo. Sólo que esta vez no tendrían a nadie que los lidere. Serían segados como granos en un campo, sus voces silenciadas antes de que siquiera se les escuche.

—Entonces ¿te quedarás?

—No hay otra opción —dijo Cisne Nocturno—. Tenemos el mismo sentido del deber, Almirante Thrawn. Tal vez al final de cuentas buscamos el mismo fin, por lo menos para el futuro distante. Pero, vemos caminos ampliamente diferentes para ese fin.

«Se endereza de nuevo, la postura corporal contiene un sentido de partida inminente».

—¿Puedo contar con tu promesa de que protegerás a los civiles... discúlpame, los recursos imperiales de Creekpath lo mejor que puedas?

—Cuenta con ella —dijo Thrawn—. Trataré de preservar todas las vidas bajo tu liderazgo, combatientes o no, hasta donde mis habilidades me lo permitan. Y mi ofrecimiento de clemencia ante la rendición aún se mantiene.

—Aprecio eso. Buenas noches, almirante, y gracias por tu tiempo. Hemos sido adversarios distantes por mucho tiempo. Mi curiosidad ha quedado satisfecha.

—¿Sí? —preguntó Thrawn—. Todavía está el asunto del nuevo proyecto del Imperio. Si te ayudara en la búsqueda de respuestas, ¿te persuadiría de que te unas a mí?

«Cisne Nocturno mira al otro lado de la brecha que los separa. La expresión es apretada, los ojos están entrecerrados. Su postura corporal contiene sorpresa una vez más».

—¿Qué es exactamente lo que sabes?

—No tengo conocimiento directo —dijo Thrawn—. Pero, también he reunido algunas de las piezas del rompecabezas por mí mismo. Tal vez también sé dónde se localiza el sitio principal de trabajo.

—Pero ¿no has ido allí a ver?

—No he encontrado una oportunidad.

—¿No has encontrado una? ¿O te has negado a crearte una? Y si ya lo encontraste, entonces ¿qué? ¿Qué harás? Sirves al Imperio, y este proyecto, sea lo que sea, representa una gran cantidad de recursos imperiales.

—Sirvo al Imperio —dijo Thrawn—. Pero también sirvo a la causa de la Ascendencia chiss. Si considero que este proyecto es una amenaza para ellos, tal vez me resulte necesario reconsiderar mi camino.

«La expresión de Cisne Nocturno contiene interés y tentación. Sus dedos frotan incasablemente su pierna, con un movimiento que contiene incertidumbre».

—Y si me rindo y acepto tus términos, ¿qué me ofreces?

—Viajaremos juntos al sitio.

—¿Y los habitantes de Creeppath y Batonn?

—Te he expuesto mis términos.

—¿Qué hay de sus quejas contra la Gobernadora Restos?

—Haré lo que pueda.

«Cisne Nocturno sacude la cabeza, su postura corporal contiene resignación».

—Allí es donde radica el problema. Esta es una situación política, y tú no cuentas con poder político. Por una parte, tenemos un rompecabezas y miedo de lo que el Imperio está planeando; por otra, debo proteger a gente real, de carne y hueso. Lo siento.

—Yo también.

«Cisne Nocturno se da vuelta y empieza a caminar hacia el complejo minero».

—HE LEÍDO ACERCA DEL CISNE NOCTURNO —gritó Thrawn detrás de él—. ¿Y tú?

«Cisne Nocturno se da vuelta parcialmente. El rostro se ensombrece. Su postura corporal de nuevo contiene cansancio, además de un callado temor».

—¿Te refieres a que sólo canta al caer la noche?

—Sí —dijo Thrawn—. Tú no esperas defender tu posición con éxito, ¿verdad?

—Sé que no habrá éxito —dijo Cisne Nocturno.

—Eso no necesariamente significa el final y puedo dar órdenes de que te capturen ileso.

—Las ignorarán. La mitad de los soldados de aquí son de la Defensa de Batonn, y Restos está decidida a deshacerse de mí.

—Entonces ven conmigo ahora.

—Un hombre tiene que hacer lo que debe, Almirante Thrawn. Aunque su defensa sea contra la caída de la noche eterna.

Empezó a caminar de nuevo. Un minuto después estaba fuera de la vista detrás de las colinas. Otro minuto después, el sonido de un speeder aéreo susurró entre la quietud de la noche.

—Gracias por no matarme —dijo Thrawn.

—No me agradezca aún. —«La voz del Coronel Yularen surge detrás. Contiene enojo y sospecha»—. Dígame por qué no debería dispararle por traición al Imperio.



Elainye se sorprendió al ver a su esposo y su hija en casa tan pronto, pero no estaba tan sorprendida como Talmoor.

—¿Estás bien? —preguntó él, mientras la envolvía en un rápido abrazo—. Sonabas terrible. ¿Ya pasó lo que haya sido?

—¿Ya pasó *lo que* haya sido? —preguntó Elainye, con el ceño fruncido hacia él, confundida—. No tengo idea de qué hablas.

—Me temo que fui yo —levantó la voz Arihnda, mientras sacaba el intercomunicador de su madre y se lo entregaba—. Necesitaba regresar aquí y alejarme de Mattai. Esta fue la manera más fácil de lograrlo.

—¿Para *qué*? —preguntó Elainye, con los ojos fijos en Arihnda mientras tomaba de nuevo su intercomunicador mecánicamente.

—Va a darse una batalla pronto —dijo Arihnda—. Una grande. Necesito sacarlos de aquí antes de que empiece. Así que deben empezar a empacar.

—Arihnda, Arihnda —la tranquilizó Talmoor—. Está bien. No van a atacar la mina en realidad. La gobernadora no se atrevería a distraer a sus preciosos soldados de sus tareas de guardaespaldas para usarlos contra nosotros.

—No tendrá otra opción. —Arihnda rechinó los dientes—. Hay un cuerpo especial imperial sobre nosotros, y su almirante tiene órdenes de neutralizar a los insurgentes de Batonn. Eso significa Creeppath, y *va* a tomarlo. Así que necesitan reunir todo aquello sin lo que no puedan vivir...

—Arihnda, por favor...

—No hay «por favor», madre —Arihnda le gruñó—. No hay por favor, y tampoco tiempo. Necesitan ir a empacar, *ahora mismo*.

Ella no tenía la intención de gritar esas palabras finales, pero lo hizo, y sintió un aleteo de culpa mientras su madre saltaba ante su inesperada vehemencia. Pero si eso era lo que se necesitaba para que se movieran, Arihnda podría vivir con ello.

—Vamos, Elainye —dijo Talmoor, mientras apretaba la mano de su esposa—. Haz lo que dice.

Él se dirigió a las escaleras. Elainye no se movió.

—¿Y nuestros amigos? —preguntó ella, mientras resistía el apretón de su esposo, con voz sujeta a un rígido control—. ¿Qué pasará con los hombres y mujeres con los que trabajamos en la mina?

—No estoy aquí por ellos —dijo Arihnda—, sino por ustedes.

Hubo otro largo silencio.

—Ya veo —dijo Talmoor—. Está bien. Vamos, Elainye.

—Apúrense —advirtió Arihnda, mientras veía por la ventana las luces del complejo minero, a la distancia.

Gudry no sabía nada de esta parte, pero si lo descubría, estaba completamente segura de que no le iba a gustar.

—Creía que dijo que tenía asuntos urgentes en otro lado —dijo Thrawn mientras el coronel Yularen bajaba por la colina, con una carabina bláster en las manos. «Como la voz, la postura corporal contiene precaución y sospecha».

—Preguntó si regresaría al *Quimera* —le recordó Yularen—. Dije que no. Y no lo hice.

—No quería que la Gobernadora Pryce y el Agente Gudry supieran que vendría aquí a vigilarlos de lejos.

—Correcto —dijo Yularen—. Ambos se habrían sentido insultados, aunque por diferentes razones. Puede imaginar mi sorpresa cuando el Comandante Vanto me informó que había dejado el *Quimera* en ese carguero que tomó del Nómada de Cisne Nocturno.

—Veo que pidió al Comandante Vanto que fuera extravigilante, también.

—Ahora busca evasivas —dijo Yularen. «Sigue hacia delante hasta que está a cuatro metros de distancia. Su bláster está apuntado unos grados a un lado, sin amenazar directamente pero listo para llevarlo al blanco»—. Quiero saber qué está haciendo aquí y qué asunto trató con Cisne Nocturno.

—Soy almirante —dijo Thrawn—. Usted es coronel. Puedo ordenarle que se retire.

—En teoría —convino Yularen—. En la práctica, el Departamento de Seguridad Imperial tiene más peso en Coruscant del que nuestros respectivos rangos sugieren. —«Titubea un segundo, luego baja la carabina para apuntar al suelo»—. No creo que sea una traidor, almirante. Pero esta reunión tiene la apariencia de la traición, y eso es todo lo que sus enemigos necesitarían para hacerlo caer. En resumen: o habla hoy conmigo o algún día los enfrentará. ¿Qué decide?

—Invité a Cisne Nocturno aquí para ofrecerle un puesto con mi pueblo —dijo Thrawn—. No sólo los habría beneficiado a ellos, sino que la pérdida del líder de los insurgentes hubiera colapsado la oposición en Batonn.

—Ya veo —dijo Yularen. «Su voz contiene incertidumbre»—. Él lo rechazó, ¿verdad?

—Ya lo vio irse.

—Tal vez tan sólo fue a cambiarse de ropa —replicó Yularen—. ¿Está seguro de que no va a regresar?

—No lo hará.

—Bien —dijo Yularen—. Ahora cuénteme acerca de sus cruceros ligeros. Específicamente, por qué los ha colocado tan lejos del *Quimera* con esas barcasas horribles que trajo de algún lado y que los rodean.

—Los cruceros están en reparación y no pueden combatir —dijo Thrawn—. Los coloqué a esa distancia para que pudieran salir del rango de cualquier ataque desde la superficie.

—Ajá —dijo Yularen—. Suena razonable... excepto que donde se encuentran ahora mismo están completamente desprotegidas ante un ataque desde el espacio. ¿Recuerda esas naves que se alejaron de Kinshara en Denash?

—No se ha probado la existencia de esas naves.

—Las pruebas son para juristas y políticos. Yo hablo de tácticas y estrategia, temas de los que aparentemente ahora sabe poco. Esos cruceros están tan lejos de la gravedad de Batonn que alguien simplemente podría atacarlos, abordarlos, desatar el infierno e irse. —«Alza las cejas, la expresión contiene una pregunta»—. Sus hiperimpulsores sí están funcionando, ¿verdad? Eso es lo que Vanto dedujo de los registros de reparación.

—El Comandante Vanto es muy capaz en el área de los suministros y las reparaciones —dijo Thrawn—. Si afirma que los hiperimpulsores funcionan, puede confiar en eso.

—Me da gusto oírlo —dijo Yularen—. No ha respondido mi pregunta.

—Está en lo correcto en que un ataque decidido y rápido podría hacer que los cruceros desaparezcan —dijo Thrawn—. Pero ¿ha dejado de observar el giro de ese escenario?

«Yularen frunce el ceño. Las arrugas desaparecen cuando comprende».

—¿Que los cruceros también pueden saltar si un ataque es inminente?

—Exactamente —dijo Thrawn—. Por eso los coloqué donde están. Las barcasas de reparación se encuentran unidas con la suficiente holgura para no convertirse en un impedimento.

—¿Y los separó tanto porque...? —«Su expresión contiene expectativa». Thrawn permaneció en silencio. «La expresión de Yularen cambia a una comprensión precavida»—. Porque no quiere que posibles ladrones tengan a los tres en una fila ordenada, listos para saquearlos.

—Precisamente —dijo Thrawn—. Usted posee las mismas habilidades tácticas que el Comandante Vanto, coronel. No sé si también posea sus cualidades de liderazgo.

—Realmente *no* tiene mucho sentido político, ¿verdad? No importa. Recibí una transmisión de Gudry mientras Cisne Nocturno se alejaba. Se ha adentrado en las profundidades de la base Creeppath y ha colocado minas en el generador del escudo y en un almacén temporal de explosivos que encontró. Enlazó ambos disparadores al control remoto de su intercomunicador. —«Su expresión contiene súbita frustración»—. También dijo que una vez que recupere a Pryce estará listo para alejarse, y que puede detonar una o ambas minas cuando usted lo ordene.

—¿Cuando *recupere* a la Gobernadora Pryce?

—Esa es la parte que también me preocupa —dijo Yularen. «Frustración e ira»—. Al parecer, se fue a algún lado, posiblemente con sus padres a cuestas, y él no puede recogerla ni localizar su intercomunicador. Dijo que la buscará primero en su casa. Si no está allí... —«Sacude la cabeza».

—La encontraremos —dijo Thrawn—. Necesito regresar al *Quimera*.

—Adelante —dijo Yularen—. Tan sólo esperemos que no tengamos que decir al Gran Moff Tarkin que necesita encontrar otro gobernador para Lothal.

## CAPÍTULO 28

---

«Todos luchan por la victoria, pero no todos comprenden lo que es en realidad. Para un soldado o piloto en la línea de fuego, la victoria es sobrevivir a la batalla actual; para un político, es una ventaja que se puede llevar a la mesa de negociaciones; para un guerrero, es sacar a un enemigo del campo de batalla, o lograr que se rinda.

»En ocasiones la victoria es mayor de lo que el guerrero esperó jamás. En ocasiones, es más de lo que puede soportar».

—Estás bromeando —comentó Arihnda, mientras veía la pila de veinte tarjetas de datos que su madre le había entregado—. *¿Todas?*

—*Todas* —dijo Elaine con firmeza—. Y si encuentro esa otra caja antes de que nos saques, habrá diez más.

—Es el historial de tu vida, Arihnda —le recordó Talmoor—. Tus recitales de danza, tus debates escolares, tu primer día de trabajo en la mina. Todo, hasta que te fuiste a Coruscant.

—Bien —contestó Arihnda, mientras lograba revisar el cronómetro sin desparramar las tarjetas de datos por todo el piso—. Tienen quince minutos y no olviden traer algunos de sus propios recuerdos.

—Tú eres la parte más importante de nuestra vida juntos, Arihnda —dijo Talmoor en voz baja.

—Bueno, traigan algunas de sus propias cosas. Deben tener *algunos* recuerdos de antes de que naciera. ¿Dónde están las bolsas de viaje?

—Abajo, en la alacena de la cocina —dijo Elaine—. Hay una grande y tres más pequeñas.

—Muy bien —dijo Arihnda—. Cargaré estas en una de las pequeñas y subiré la grande. Recuerden: quince minutos.

Bajó las escaleras, cargando las tarjetas de datos en una pila vertical, presionada contra sus palmas. Quince minutos debía ser tiempo suficiente para salir de aquí antes de que regresara Gudry.

Se equivocó. Exactamente por quince minutos.

—*Aquí* estás. —La voz de Gudry surgió detrás cuando ella llegó al pie de la escalera.

Arihnda se estremeció, casi soltando las tarjetas mientras se daba vuelta. Gudry había surgido del hueco del comedor, con expresión de sospecha y una línea de sangre seca que salía del borde de su barbilla. Tenía un pequeño bláster apretado en su mano.

—Por supuesto —dijo Arihnda con la mayor tranquilidad posible. Demonios—. ¿Dónde más habría de estar?

—Ah, no lo sé —dijo Gudry con sarcasmo—. Tal vez en el hospital. Como tu madre estaba mortalmente enferma y todo.

—Falsa alarma —dijo Arihnda—. Le preparamos algo de té, hicimos que levantara los pies y empezó a sentirse mejor.

—Sí, se ve —dijo Gudry—. Puedo oír la fiesta que tienen arriba. Suena como una fiesta para empacar. ¿Dónde está la taza de té?

Arihnda sintió que su estómago se endurecía. «Estúpida», se reprendió. Sabía que no debía contar mentiras innecesarias, sobre todo si podían comprobarse fácilmente.

—¿Qué es exactamente lo que quieres decir?

—Lo que quiero *decir* es que te deshiciste deliberadamente de mí —dijo él y dio un paso hacia ella—. Quiero *decir* que nunca ibas a ayudarme a encontrar lo que necesitábamos.

—Tú eres el profesional. No creí que necesitaras ayuda.

—Mientras que tus padres *sí* la necesitan para salir antes de que este lugar se vaya al infierno. —Gudry movió la cabeza de un lado a otro—. Lo siento, cariño. Esta no es una misión de rescate. Es de búsqueda y destrucción. —Levantó su intercomunicador—. Por fortuna para el Imperio, *no* te necesito. Terminé la búsqueda y ahora estamos listos para la destrucción.

Arihnda respiró profundo. Lo maldijo de todos modos. ¿Cómo pudo ser tan rápido? O, mejor, ¿cómo pudo ser ella tan lenta?

—Excelente —dijo ella—. ¿Qué es lo que tenemos?

—Un almacén temporal de explosivos y el generador del escudo. —Sonrió maliciosamente—. Oh, sí, llegué hasta el generador del escudo.

Arihnda miró su nuevo bláster.

—Supongo que es donde conseguiste el arma.

—Digamos simplemente que el dueño anterior ya no la necesita —dijo Gudry—. Enlacé los detonadores a mi intercomunicador. La señal uno es el escudo, la dos son los explosivos.

—¿*Todos* los explosivos?

—Todos —dijo él—. Un almacén endemoniado... necesité cuatro de mis tapas para cubrir todas las pilas. No importa eso. Estamos listos, el cuerpo especial y los soldados de la armada están listos, y es hora de largarnos de aquí. Así que deja esas tarjetas y vámonos.

—Aún podemos llevar a mis padres con nosotros —dijo Arihnda—. No serán un lastre.

—No me importa si pueden convertirse en dragones arkanianos y llevarnos volando —replicó Gudry—. Una partida atrae atención que no nos podemos permitir. Yo estoy a cargo y no van a ir.

—Yo soy una gobernadora —dijo Arihnda mordaz dando un paso hacia él.

—Yo tengo el bláster.

Hubo un repentino jadeo en las escaleras. La madre de Arihnda se había quedado congelada en los escalones intermedios, apretando un brillante cristal multicolor, con los ojos muy abiertos ante la vista del bláster de Gudry. Arihnda dio otro rápido paso hacia Gudry cuando él giró por reflejo para quedar de frente al ruido... y cuando volteó de nuevo hacia Arihnda, ella le lanzó la pila de tarjetas de datos en la cara.

Él se movió con rapidez, pero había dado media vuelta, perdió el equilibrio y su bláster quedó apuntando en la dirección equivocada. Agachó la cabeza para evitar las tarjetas de datos voladoras y levantó la mano libre para cubrirse, luego volvió a girar hacia Arihnda.

Demasiado tarde. Ella lo tomó por la muñeca con la mano derecha y, mientras él trataba de soltarse, ella giró el brazo hacia arriba, se agachó por debajo de este, tomó el bláster con la otra mano y jaló el codo de Gudry bruscamente hacia abajo. Al hacerlo, lo pasó a través de su hombro. Hubo un sonido débil mientras la articulación se rompía y un gruñido apenas más fuerte cuando Gudry reaccionó ante el dolor. Arihnda dobló el bláster para quitárselo de la mano y saltó para alejarse... Jadeó de dolor cuando él le golpeó con la base de su otra mano.

Cayó hacia delante y lejos de él, mientras la cabeza le daba vueltas y las rodillas se tambaleaban. Estiró a ciegas la mano libre y logró atrapar el brazo de una silla mientras caía junto a ella. Giró alrededor del brazo y cayó de espaldas contra el piso.

—Qué bien —masculló Gudry mientras avanzaba hacia ella, apretando con la otra mano su codo roto—. Intentaremos eso de nuevo en el dojo después de que me peguen el brazo. Levántate: es hora de irnos.

—Con mis padres —logró decir Arihnda entre jadeos.

—No —dijo Gudry, mordaz—. Déjalos que se mueran aquí con el resto de los parias del Borde Exterior.

Arihnda levantó el bláster y le asestó tres disparos en el pecho.

Cayó muerto antes siquiera de tener tiempo de cambiar de expresión. Arihnda se puso de nuevo de pie con dificultad, mientras se sostenía la base de la cabeza y hacía gestos ante las cuchilladas de dolor que se disparaban por su cráneo.

Su madre seguía de pie en las escaleras, con los ojos más abiertos que antes.

—¿Ves? —logró decir Arihnda, mientras señalaba con su bláster al cristal apretado en las manos de Elaine—. Sí tienen recuerdos suyos.

—¡Arihnda! —Elaine respiró con dificultad—. Oh, Arihnda...

—No tenía opción, madre —interrumpió—. Iba a dejarlos a ti y a papá, y probablemente iba a matarme en cuanto lo sacara del área. —Lo que no era verdad, por supuesto. Pero si eso hacía sentir mejor a su madre, estaba más que feliz de contar el cuento—. Déjame ir por la maleta...

—Yo traeré la maleta —dijo Elaine, mientras lograba por fin desprenderse de las escaleras y corría hacia su hija—. Tú siéntate. No, espera... déjame ir por el medpac primero.

—Tan sólo trae la maleta —dijo Arihnda—. Yo iré por el medpac. No tenemos mucho tiempo.

Elainye miró a Gudry y se dio vuelta deprisa.

—Estaremos listos —murmuró.

Con una última mirada a su hija, y sin mirar en absoluto al hombre muerto que yacía en el piso, se dirigió a la alacena y las bolsas de viaje.

Por un largo momento, Arihnda se quedó viendo a Gudry, preguntándose si debía sentir algo por lo que había hecho. Pero no había nada: ni culpa, ni dolor, ni siquiera náuseas. Gudry había amenazado a sus padres, se había interpuesto en su camino y había pagado el precio.

Con cuidado, consciente de su equilibrio inestable, se acercó a él, quien aún tenía todo su equipo especial, incluidas las tapas explosivas, el mecanismo de disparo que había configurado en el intercomunicador y cualquier otra cosa que había decidido traer con él.

Tal vez Arihnda no necesitaría nada más que el detonador. Pero pensándolo bien, tal vez sí lo necesitaría. Cayó de rodillas y empezó a buscar en el cuerpo.

\* \* \*

—¿Todavía no hay respuesta de Pryce o Gudry? —La voz de Yularen surgió de la bocina del puente del *Quimera*—. ¿Ha recibido algo?

—No, desde la transmisión del Agente Gudry confirmando que había saboteado el escudo —dijo Faro—. Supongo que también tiene el código de disparo necesario.

—Sí, pero preferiría no usarlo a menos que los demos por capturados o muertos. Sólo hasta entonces.

Eli miró adelante, a lo largo de la pasarela de mando. Thrawn estaba junto al ventanal del frente, con las manos unidas en la espalda, inmóvil mientras miraba el planeta, abajo.

El almirante no había tenido mucho que decir desde su regreso de la visita clandestina al área de Creeppath. Eli había recibido una comunicación privada de Yularen mientras Thrawn iba de regreso a la nave, pero el mensaje no había dicho mucho, excepto que había recibido respuestas satisfactorias a las preguntas relacionadas con los motivos o las estrategias del almirante.

Satisfactorias para el coronel y el DSI, tal vez. No mucho para Eli. El hecho de que Thrawn hubiera regresado a salvo de Batonn había aliviado muchas de sus preocupaciones y tensiones. Pero el asunto de los cruceros vulnerables aún colgaba sobre la situación como una nebulosa.

Sobre todo porque Eli había comprobado, por lo menos para su propia satisfacción, que el Almirante Kinshara había tenido razón en que los insurgentes sacaron naves a hurtadillas de Denash.

Tampoco habían sido sólo unas cuantas naves. Su estimado, recogido de las listas de envíos de partes y equipo sobrantes que Kinshara había recuperado de la base capturada,

indicaba que había no menos de treinta naves de tamaño medio acechando en las cercanías. Todas armadas y listas para atacar subrepticamente.

Incluso para un destructor estelar, una fuerza de treinta naves armadas no era para tomarse a la ligera. En una situación como esa, el *Quimera* necesitaba sus naves de pantalla a la mano, pero no las tenía. Los tres cruceros seguían asentados en sus pequeños círculos privados de aislamiento, muy lejos del *Quimera*; cada una de sus mitades estaba rodeada de naves de suministros y barcasas de reparación. Las dos fragatas eran inútiles, porque Thrawn las había enviado a tareas de observación a gran altura, en caso de que Cisne Nocturno intentara traer nuevas armas o personal a sus fuerzas en la superficie.

Eli había reportado sus hallazgos a Faro, quien respondió con el vaciado de los hangares del *Quimera* y aumentando al doble la pantalla de centinelas TIE alrededor del planeta. Pero los TIE no podían empezar a cubrir todo y las naves de guerra más cercana que podían responder a un llamado estaban a más de treinta horas de distancia. Para cuando llegara cualquier ayuda, la batalla habría terminado.

Eli miró la pantalla táctica y sintió que su estómago se hundía. Todas las naves del nonagésimo sexto eran vulnerables. Pero sólo había una que de verdad importaba. Si las treinta naves acechantes de Cisne Nocturno dejaban fuera al *Quimera*, todo el sistema quedaría abierto para ellos. Si no lo hacían, era porque ya habían perdido. El *Quimera* no era sólo un blanco. Era *el* blanco definitivo.

—CORONEL YULAREN, ¿CUÁL ES EL ESTATUS DE SUS TROPAS? —gritó Thrawn.

—No tenemos suficiente para un cerco, almirante, pero probablemente podemos montar una sólida tanda de disparos... —dijo Yularen—. También debo mencionar que el informe de Gudry de una cantidad desconocida de cañoneras y cazas rasantes tiene un poco preocupados a los comandantes en la superficie.

—Una vez que el escudo quede inutilizado, esos voladores no deben ser problema —le aseguró Thrawn—. El *Quimera* puede descender a una distancia de fuego efectiva en tres minutos, tiempo más que suficiente para encargarse de naves aéreas de combate de ese tamaño.

—Probablemente necesitaremos ese apoyo, señor.

—Lo tendrán —dijo Thrawn—. Antes de que todas las tropas estén enfrascadas en batalla, quiero que aparten un escuadrón de cuerpo especial para mí.

—Sí, señor. ¿Cuál será su misión?

—Una vez que la batalla empiece, quiero que se abran paso a la casa de los padres de la Gobernadora Pryce —dijo Thrawn—. Si ella y el Agente Gudry quedaron expuestos al peligro, es posible que se hayan refugiado allí.

—Comprendido, señor —dijo Yularen—. En realidad, tal vez no necesitemos esperar a que se desarrolle la batalla. Si estoy leyendo los mapas y las imágenes correctamente, la casa está lo suficientemente alejada del centro como para enviar un escuadrón en el momento que queramos.



—Esa también fue mi conclusión —dijo Thrawn—. Pero la situación en el terreno suele ser más compleja de lo que aparenta desde órbita. ¿Cuánto tiempo le tomará al escuadrón llegar a la casa?

—Deme quince minutos para armar un escuadrón y prepararlo —dijo Yularen—. Tal vez treinta más para que pasen a través del piquete exterior y se abran paso hacia el interior. Cuarenta y cinco minutos, una hora cuando mucho.

—Bien. Proceda.

—Sí señor.

—E informe a los comandantes que están por preparar a sus tropas —agregó Thrawn—. Si la Gobernadora Pryce y el Agente Gudry no están en la casa de los Pryce, y si no hemos sabido de ellos de otra manera para entonces, supondremos que su misión ha fracasado y procederemos en consecuencia.

—Sí, señor —dijo Yularen.

—¿Capitán Faro?

—¿Almirante? —respondió Faro y bajó un escalón de la pasarela.

—Prepare el *Quimera* para el combate —dijo Thrawn—. Espero que las fuerzas enemigas aparezcan en cualquier momento.

—Sí, señor. —Faro señaló a los fosos de tripulación—. Turboláseres preparados. Escudos en potencia de espera.

—Escudos en espera, señor —confirmó una voz.

—Turboláseres en... —empezó una segunda voz.

—¡Se acercan! —interrumpió bruscamente el oficial de sensores—. Naves de tamaño medio... diez... vienen en el vector uno-diez por ochenta. Rango, ciento treinta kilómetros.

Eli se dio vuelta hacia la pantalla táctica, mientras se formaba un nudo en su garganta. Las diez naves habían salido del hiperespacio treinta kilómetros detrás del *Shyrack* y se dirigían directamente a él, acelerando a velocidad de ataque mientras llegaban. Exactamente como había temido.

—Almirante... el *Shyrack*...

—¡Se acercan! —el oficial de sensores lo interrumpió—. Once más de tamaño medio en el vector...

—Dos grupos más se acercan —corrigió el oficial de sensores secundario, con voz tensa—. Estos también de once naves. Almirante, están apuntando a los cruceros.

—Los veo —dijo Thrawn, con voz glacial.

«¡Entonces haz algo!». El cerebro de Eli gritó las palabras. Los tres escuadrones de ataque aún no abrían fuego, pero el respiro sólo duraría otros pocos segundos. Otros veinte kilómetros y sus cañones bláster cortarían a los cruceros indefensos como un cuchillo de frutas a través de una cáscara débil. Y una vez que destruyeran a los cruceros, no quedaría nada entre ellos y el *Quimera*.

Eli miró a la pantalla de despliegue, mientras su mente repasaba furiosamente la situación, tratando de encontrar una salida. Pero no la había: el *Quimera* estaba

demasiado adentrado en la gravedad de Batonn como para saltar a la velocidad de la luz. Con el drive principal todavía en espera, tomaría casi diez minutos subir a la distancia necesaria. No había armas en la superficie que pudieran ayudar y Batonn no contaba con plataformas de armas orbitales. Todo lo que quedaba era que el destructor estelar se asentara aquí y esperara el golpe de las naves enemigas.

¿Esa era el plan de Thrawn? ¿Hacer que los atacantes desperdiciaran energía en los cruceros, posiblemente agotando algunas de sus armas en el proceso, y luego esperar que la armadura y las armas del *Quimera* fueran suficientes para contenerlos? Evidentemente el almirante no quería que los recién llegados se unieran a Cisne Nocturno y sus insurgentes en la superficie... ¿era esta la manera de asegurarse de que permanecieran en el espacio fuera del alcance de Cisne Nocturno hasta que la batalla de Creekpath terminara?

Un movimiento llamó la atención de Eli, y volteó para ver cómo Thrawn retrocedía por la pasarela de mando. Sin prisas, como si le preocupara estar demasiado cerca del ventanal cuando el ataque empezara, pero con la pisada medida del hombre seguro de su plan y su mando. Se detuvo junto a la sección de comunicaciones del foso de la tripulación, casi como si fuera algo casual.

—Comuníquese con los comandantes en la superficie —ordenó—. Las unidades en el oeste y el norte pueden abrir fuego sobre los insurgentes de Creekpath. Pero, van a permanecer en las orillas del complejo... sólo fuego de acoso... hasta que el escudo quede desactivado o hasta que dé órdenes adicionales.

—Sí, señor.

Thrawn siguió avanzando por la pasarela y se detuvo ante Eli y Faro.

—El fuego de distracción en cualquier lugar del perímetro ayudará al escuadrón de recuperación del Coronel Yularen —dijo.

—Sí, señor —dijo Eli, mientras una pequeña parte de su mente sentía una punzada de disgusto por haber estado tan preocupado por las naves atacantes que no había unido esas piezas—. Señor... ¿las naves?

—Sí, comandante: las naves —concordó Thrawn y se dio vuelta para mirar por el ventanal—. Ahora descubramos qué tan bien he interpretado a nuestro oponente.

—Y si estamos a punto de morir —murmuró Eli.

—Sí —dijo Thrawn—. Y si estamos a punto de morir.

Arihnda y sus padres estaban cerca del piquete externo de los insurgentes cuando los complejos al norte y el oeste se incendiaron con fuego de blásters.

—¿Talmoor? —murmuró Elainye, tensa, y apretó el brazo de su esposo.

—Lo escuché —dijo Talmoor, con voz sombría—. Así que está sucediendo. Esperaba que no pasara.

Arihnda miró a través de la zona semiiluminada frente a ellos, tratando de distinguir a las tropas imperiales. Pero seguían agazapadas y en silencio, tal como lo habían estado cuando ella y Gudry cruzaron su fila para dirigirse al interior. ¿Esos escuadrones habían pasado por alto la orden de atacar? No era creíble. Si seguían en su lugar, era porque se les había ordenado que permanecieran así. En cuyo caso los ataques a la distancia representaban la penetración en un sólo vector o una distracción.

Lanzó una sonrisa casi total en la oscuridad. Por supuesto. Estuvo ignorando las cada vez más frecuentes llamadas en el intercomunicador que le había quitado a Gudry, porque no quería hablar con Thrawn hasta que supiera exactamente lo que iba a decir. Si ese fuego de blásters era una distracción, indicaba que un equipo podría entrar desde otra dirección para buscarla.

Su sonrisa se desvaneció. El lugar lógico para empezar a buscar sería la casa de sus padres. Si el equipo llegaba allí y encontraba el cuerpo de Gudry... Tal vez podría salir bien librada si daba buenas razones. Pero tal vez no. El hecho de que Gudry estuviera muerto sin que Arihnda y sus padres mostraran alguna quemadura de bláster requeriría una explicación muy cuidadosa.

—Necesitamos seguir —dijo Elainye, mientras sus ojos seguían fijos en las luces parpadeantes a la distancia—. ¿Arihnda?

—En un minuto —dijo Arihnda, mientras miraba alrededor. Unos metros a su derecha había una máquina parecida a una excavadora; probablemente los insurgentes la habían puesto allí para que esta parte del piquete tuviera algún lugar para retroceder cuando empezara el tiroteo—. Quédense aquí. Ya regreso.

La bolsa de Gudry había incluido seis tapas explosivas disparadas mediante intercomunicador. Le quedaba una sola.

Colocarse detrás de la excavadora fue la parte fácil. Lo difícil fue programar el intercomunicador de Gudry para detonarla. Había recorrido el procedimiento con él en el transporte, pero se trató de una explicación superficial por parte de un hombre que evidentemente nunca esperó que ella tuviera que usar ese conocimiento.

Sin embargo, después de un falso inicio, logró colocarlo en la configuración de la señal tres. Tomó el comunicador de modo que no se notara que lo traía y regresó con sus padres.

Seguían mirando a la distancia, como si pudieran ver lo que sucedía allí por el puro poder de la voluntad.

—Hora de irnos —les dijo en un murmullo—. Dejen que yo hable.

Había esperado que los guardias en la línea de los insurgentes estuvieran demasiado ocupados con lo que pasaba afuera y que ella y sus padres pudieran atravesarla sin ser vistos. Una vez más, la suerte estaba contra ellos.

—Alto —les ordenó una voz baja, justo adelante—. ¿Adónde creen que van?

—Necesito sacar a mis padres de aquí —dijo Arihnda. Era un viejo y sostenía con destreza. Tal vez un veterano de las Guerras de los Clones—. Mi madre no se siente bien

—agregó, mientras caminaba hacia él, con el intercomunicador de Gudry apretado como previsión—. Necesito ir a...

—Veamos algunas identificaciones —la interrumpió el guardia—. De todos.

No se necesitó más. Hasta ahora, todas las personas que habían encontrado sabían quién era su padre, por su nombre, si no es que por su cara, y era muy probable que este hombre también lo conociera. Si era así, y empezaba a hacer preguntas o, peor aún, si llamaba a un superior sospechoso...

—Eso no será necesario —dijo Talmoor y dio un paso adelante—. Soy Talmoor...

Arihnda apretó los dientes y disparó el intercomunicador. Las tapas explosivas tenían poder limitado y la explosión no fue grande. Pero bastó con eso y fue lo suficientemente fuerte como para atraer la atención de todos a la excavadora cuando se estremeció y se mecía brevemente a un lado.

Mientras el guardia se quedaba boquiabierto, Arihnda se acercó a él, presionó la boca de su bláster contra el pecho de él y disparó.

Con el sonido del disparo amortiguado por su cuerpo y cubierto adicionalmente por los ecos de la explosión, ella dudó que alguien escucharía algo. El guardia no hizo ruido alguno mientras caía al suelo, y su bláster produjo algunos sonidos metálicos contra el pavimento. Arihnda miró alrededor mientras guardaba de nuevo el bláster en el interior de su túnica, pero no vio otros piquetes.

—Arihnda, ¿qué...? ¡Arihnda! —jadeó su madre—. ¿Qué sucedió?

—Tal vez lo golpeó un fragmento de metralla —dijo Arihnda, la tomó del brazo y la jaló para que avanzara—. ¿Padre? Vamos.

—Pero tenemos que ayudarlo —dijo Elaine.

—Es demasiado tarde —dijo Arihnda y tiró de ella con más fuerza—. Padre, vamos.

—En un momento —dijo su padre, con voz extraña.

Arihnda volvió a mirar sobre su hombro, y el movimiento envió otra punzada de dolor por su nuca. Talmoor estaba de pie a un lado del cuerpo recién fallecido y lo miraba.

—¡Padre! —dijo ella en un susurro audible—. *Vamos*.

Él miró el cuerpo otro momento. Luego se movió y siguió adelante. Aun bajo la débil luz, Arihnda pudo ver el dolor y la repulsión en los ojos de él.

Había esperado que los desafiaran por lo menos una vez más antes de llegar a la fila imperial. Pero la explosión aparentemente había enviado al resto de los insurgentes a pelear para ponerse a cubierto mientras descubrían si el ataque había empezado o no. Adelante, vio una fila de transportes blindados personales, sus bultos oscuros contra las luces de Ciudad Paeragosto a la distancia.

—¡Alto! —una voz profesional y enérgica surgió detrás de ellos.

Arihnda miró atrás. Dos hombres con los uniformes negros de los soldados de la armada caminaban hacia ellos, con carabinas bláster preparadas. Ella no tenía idea de dónde se habían escondido.

—Está bien —dijo ella deprisa—. Soy Arihnda Pryce. Estoy aquí por una encomienda especial del Coronel Yularen.

—¿*Gobernadora* Arihnda Pryce? —dijo uno de los soldados y aceleró el paso—. Justo a tiempo, gobernadora. El coronel estaba preocupado por usted. Es mejor que le llame... el equipo ya partió.

—¿Qué equipo? —preguntó Arihnda.

—El equipo de rescate que se envió a la casa de sus padres —dijo el soldado—. ¿Son ellos?

—Sí, son mis padres —confirmó Arihnda y su corazón empezó a latir más rápido. Había esperado que el equipo entraría hasta que la batalla empezara.

Tal vez aún era tiempo para detenerlos.

—¿Cuándo partieron?

—No lo sé —dijo y le lanzó una mirada rápida—. Tal vez hace veinte minutos. Tendrá que preguntarle al Coronel Yularen. ¿No se supone que debía haber alguien más con usted?

—Nos separamos —dijo Arihnda, mientras apretaba los dientes. Veinte minutos. Dependiendo de lo sigiloso que hubiera tenido que ser el viaje al interior, tal vez ya tenían la casa a la vista.

Para el caso, ya podrían estar dentro.

—Lo llamaré de inmediato —dijo ella y levantó la vista. Las estrellas, lo que podía verse de ellas a través del brumoso resplandor del complejo, mostraban el parpadeo adicional que surgía cuando su luz se filtraba a través de un campo de energía. Todavía estaban bajo el borde del escudo de Creekspath—. ¿Dónde está su cuartel general? —preguntó a los soldados—. Tengo que llevar a mis padres a la ciudad para que se les dé un cuidado apropiado.

—Los cuarteles generales están por allá —dijo el hombre, mientras señalaba una versión más grande del transporte blindado—. El Mayor Talmage. Él arreglará lo del transporte.

—Gracias. —Arihnda hizo señas a sus padres—. Vamos, encontramos un lugar donde puedan quedar lejos de todo esto.

Avanzaron. Arihnda condujo a sus padres delante de ella. «Otros pasos más», se decía a sí misma. «Sólo unos cuantos pasos más».

\* \* \*

Los tres grupos de naves atacantes estaban ahora a distancia de disparo de los cruceros. Eli apretó los dientes, mientras se preguntaba cuándo empezaría la masacre. Los atacantes siguieron adelante, alcanzaron el rango de disparo a quemarropa...

Entonces, suavemente y al mismo tiempo, sus formaciones se separaron mientras las naves se abrieron para rodear los cruceros y las naves de apoyo. Limpiaron los

obstáculos, reformaron sus grupos y continuaron hacia dentro, hacia el *Quimera*. Sin hacer un solo disparo.

—¿Qué *demonios*? —murmuró Faro.

—Cisne Nocturno aprendió de nuestro ataque en la Isla Scrim —dijo Thrawn con calma—. ¿Vieron cómo trajo sus naves en los vectores precisos en que nuestro fuego sería bloqueado por los cruceros para la primera etapa de sus ataques?

—Sí, señor —dijo Faro—. Hablando de nuestro fuego...

—Paciencia, comandante —dijo Thrawn—. Teniente Mayor Lomar, informe a los cruceros que se suelten de las barcazas inmediatamente.

—¿*Ahora* los está alejando, señor? —preguntó Eli—. Pensé que los puso allí para que pudieran saltar antes de que una fuerza enemiga abriera fuego.

—Una suposición incorrecta, comandante —dijo Thrawn con calma—. Los atacantes nunca iban a dispararles. Recuerde que enfrentamos a Cisne Nocturno, quien insistió en que los piratas mantuvieran cautiva a la tripulación del *Dromedar*, aunque ellos querían matarlos. Nunca ordenaría a sus fuerzas que dispararan a naves que no podían responder el fuego —señaló al ventanal hacia el *Shyrack*—. Desde un punto de vista puramente táctico, tener a nuestras naves indemnes y a las tripulaciones detrás de sus atacantes y directamente en nuestra línea de fuego también debe hacernos dudar para abrir fuego defensivo.

—¿Por eso los está alejando? —preguntó Faro—. ¿Para que finalmente podamos responder?

—No los estoy alejando. —Thrawn le lanzó una sonrisita—. Paciencia, comandante. Comandante Vanto, informe de las barcazas de reparación.

—Se han apartado del *Shyrack* —dijo Eli, mientras estudiaba la pantalla—. Lo mismo para las que rodean al *Flensor* y el *Tumnor*... —Hizo una pausa y miró al grupo de estructuras de reparación. ¿Algo estaba surgiendo detrás de ellos?—. ¿Almirante? ¿Son esos...?

—En efecto, lo son, comandante —dijo Thrawn en voz baja—. Cazas TIE, un escuadrón completo de cada lugar. Los traje al sistema Batonn ocultos dentro de las barcazas de reparación.

Eli lanzó un suspiro silencioso y el nudo en su estómago se soltó de golpe cuando finalmente comprendió.

—Estaban esperando a que pasaran las naves atacantes.

—Sí —dijo Thrawn—. Ahora, gracias a la estrategia de Cisne Nocturno, están perfectamente colocadas detrás de sus blancos.

Mientras Eli seguía mirando, los TIE rodearon suavemente las barcazas y aceleraron a velocidad de ataque, cayendo sobre las naves insurgentes que se acercaban.

—Nuestros TIE aún están en la pantalla de centinela —dijo—. ¿De dónde viene esto?

—El *Judicator* —dijo Thrawn—. El Almirante Durril nos los prestó amablemente. ¿Comandante Faro?

—¿Señor?

—Instruya a nuestros turboláseres para que se preparen a disparar —dijo Thrawn—. Recuérdelos que no deben errar los disparos, porque podrían dar contra los TIE.

—Sí, señor —dijo Faro, con una leve sonrisa en el rostro—. Control de fuego, escucharon al almirante. Enemigos acercándose. Prepárense para derribarlos.

Había llegado la hora. Los padres de Arihnda estaban a salvo dentro de los cuarteles generales del Mayor Talmeg. Arihnda estaba parada detrás del vehículo. La firme luz de las estrellas arriba mostraba que finalmente estaban fuera del escudo de Creekpath, y nadie miraba.

No podía detener al escuadrón especial de Yularen, ni evitar que encontraran el cuerpo de Gudry. Todo lo que podía hacer era asegurarse de que nunca lo reportaran.

Levantó el intercomunicador de Gudry y accionó el control remoto. No el de la señal uno, que destruiría el escudo; el de la señal dos, que encendería el almacén de explosivos de Cisne Nocturno. Y, de pronto, el mundo quedó despedazado en un resplandor de fuego.

A pesar de lo que Eli pensaba de las habilidades de Durril como táctico, los pilotos de los cazas del *Judicator* estaban entre los mejores que había visto. Cuando los atacantes llegaron al rango de fuego cercano del *Quimera*, sólo seguía en combate una tercera parte de ellos.

Ahora era el turno del *Quimera*. El cielo estaba lleno de naves que aceleraban y los destellos verdes de las explosiones de turboláser cuando, por el rabillo del ojo, Eli vio que la pantalla centrada en la fortaleza de Creekpath se iluminaba con una brillante explosión de luz.

Volteó hacia la pantalla, con el aliento retenido en la garganta. Por otra fracción de segundo el fuego y el humo arremolinado permanecieron en un círculo casi perfecto. Luego, con un segundo parpadeo de luz desde el mismo centro, el círculo se desvaneció y la masa rodante de humo y escombros se volvió una nube de bordes enredados mientras la explosión se expandía hacia el exterior.

Alguien en uno de los fosos de la tripulación maldijo... y de pronto Eli comprendió: los explosivos que Gudry había armado acababan de detonar, pero como el escudo seguía en su lugar, la enorme explosión había sido contenida y reflejada al interior, demoliendo no sólo la fortaleza de los insurgentes sino también la multitud de casas civiles amontonadas alrededor de las instalaciones de la mina. ¿Qué *demonios* acababan de hacer los insurgentes?

El puente del *Quimera* se había quedado en silencio. Thrawn fue el primero en romperlo.

—Comandante Faro, comuníqueme con el Coronel Yularen y los comandantes en la superficie —ordenó con voz tranquila pero levemente alterada—. Que los soldados entren en el complejo insurgente ahora mismo. Pero no para combate, sino para búsqueda y rescate.

—Comprendido, señor —contestó Faro, con la voz todavía bajo un rígido control—. ¿Y esos? —añadió, mientras señalaba las naves enemigas arremolinadas entre el fuego del cañón bláster y el turboláser.

—Si alguno se separa y huye, déjenlo ir —dijo Thrawn—. Sus historias de lo que pasó aquí hoy acelerarán la desmoralización de cualquier otro grupo similar.

—¿Y los que se queden a pelear?

Thrawn no lo dudó.

—Destruyanlos.

—¿Vieron eso? —preguntó Elaine una vez más, con voz todavía temblorosa—. ¿Vieron eso?

—Lo vi, madre —confirmó Arihnda, mientras medio guiaba y medio arrastraba a sus padres al transbordador en espera. Detrás de ellos, toda la fila imperial había cobrado vida mientras hombres y vehículos entraban a los edificios ardientes y los fragmentos dispersos que había sido el complejo minero Creeppath—. Y no, no tengo idea de lo que sucedió.

—Qué cosa tan terrible —murmuró Elaine—. ¿Cómo pudo el Imperio hacer algo así?

—Si quieren culpar a alguien, culpen a los insurgentes —replicó Arihnda, con más dureza de lo que pretendió—. Son quienes forzaron esta confrontación.

Su madre se quedó en silencio. Su padre no había hablado desde que dejaron el vehículo de Talmege.

Arihnda tenía que admitir ciertas náuseas propias. La explosión contenida por el escudo había sido mucho más devastadora de lo que esperaba, pero había cumplido con su propósito. La explosión o la tormenta resultante seguramente habían arrasado la casa de sus padres y, con ella, la evidencia del asesinato de Gudry. Al final, eso era todo lo que importaba.

—He aquí lo que van a hacer —dijo y sacudió un poco a sus padres para asegurarse de recibir su atención—. El piloto tiene instrucciones de llevarlos al campo de aterrizaje de Ciudad Paeragosto y a un transporte llamado *Duggenhei*. Ya está pagado su pasaje a Lothal. Una vez allí, vayan a la mansión de la gobernadora... Llamaré antes para indicarles que los acomoden en una de las suites para invitados. Yo me reuniré con ustedes en cuando pueda, e idearemos entonces lo que quieren hacer. ¿Está claro?

—Pero... —empezó Elaine.

—No hay *peros*, madre —dijo Arihnda—. Vete y espera. ¿Está bien?



Elainye suspiró.

—Está bien.

—¿Padre? ¿Está bien?

Talmoor simplemente asintió.

—Muy bien —dijo Arihnda, se detuvo al pie de la rampa del transbordador y soltó los brazos de ambos—. Sigán adelante. Estaré allí en cuanto pueda.

Se quedó mirando mientras abordaban en silencio; ambos se movían aún como soñadores atrapados en una horrible pesadilla. La escotilla se cerró y el transbordador despegó, dirigiéndose hacia las luces distantes de la ciudad.

—¿Sus padres?

Arihnda se dio vuelta. El Coronel Yularen estaba de pie, unos metros atrás, con los ojos fijos en ella.

—Sí —dijo ella—. Los estoy enviando de regreso a casa. No hay nada aquí para ellos ahora.

—No queda mucho aquí para nadie, en realidad —dijo él—. Vine a decirle que el Almirante Thrawn solicita su presencia a bordo del *Quimera*.

Arihnda sabía que el coronel pudo decírselo por intercomunicador. Pero de haberlo hecho, no habría sido capaz de seguirla y ver qué era lo que hacía. Bien. Que mire, se pregunte y sospeche. Ella era ahora la Gobernadora Pryce y tenía bajo su mando a una vasta serie de minas, fábricas e industrias vitales para el bienestar económico y militar del Imperio. Siempre y cuando siguiera entregando lo que Coruscant quería, era intocable.

—Gracias, coronel —dijo—. ¿Tiene un transbordador listo?

—Sí, Su Excelencia —contestó él—. ¿Nos vamos?

## CAPÍTULO 29

---

«Toda la gente tiene algo de qué arrepentirse. Los guerreros no son la excepción. Uno esperaría que fuera posible distinguir entre acontecimientos causados por el descuido o la falta de habilidad propia y los causados por circunstancias o fuerzas más allá del propio control. Sin embargo, en la práctica no hay diferencia. Todas las formas de arrepentimiento queman a fondo la mente y el alma. Todas las formas dejan cicatrices de igual amargura.

»Siempre, bajo la cicatriz acecha la idea y el miedo de que pudo hacerse algo más. Que pudo emprenderse o dejar de emprenderse alguna acción, y que eso habría cambiado las cosas para mejorar. A veces puede aprenderse de esas preguntas pero es más habitual que tan sólo agreguen tejido a la cicatriz.

»Un guerrero debe aprender a dejar de lado esos arrepentimientos lo mejor posible, consciente de que nunca se alejarán demasiado».

\* \* \*

—Fue una matanza por donde lo quieran ver —dijo Yularen. «Su voz está bajo control pero contiene profundo arrepentimiento y el eco de recuerdos oscuros»—. Vi algunas cosas horrendas durante las Guerras de los Clones. Esto se encuentra a la par de lo peor de ellas.

—Tiene las cifras —preguntó Thrawn.

—Sí, señor —dijo Yularen, mientras introducía información en su datapad—. Como puede ver, la cantidad de muertes civiles excede por mucho la cantidad de insurgentes asesinados.

—¿Cómo sabemos cuáles fueron cuáles? —preguntó la Gobernadora Pryce. «Su voz contiene desdén y precaución, pero no simpatía. Los músculos de brazos y hombros están rígidos debajo de su túnica»—. Después de todo, esta fue una revuelta ciudadana.

—Podemos suponer que la gente dentro del cordón central y quienes sostenían armas en las filas de centinelas eran insurgentes —dijo Yularen. «Su tono es cortés, pero contiene un reproche oculto»—. La gente en sus casas cuando la tormenta de fuego los hizo pedazos probablemente no lo era.

—No hay necesidad de tanta vehemencia, coronel —replicó Pryce. «Su voz contiene tranquilidad ahora, el desdén se está desvaneciendo. Sus manos, que descansan sobre la mesa de conferencias, muestran un rígido autocontrol».

—¿Usted no sabe cómo llegaron a detonarse los explosivos antes que el generador del escudo? —preguntó Thrawn.

—Le diré lo mismo que al Coronel Yularen —contestó Pryce—. Fui a la casa de mis padres para que se prepararan para irse. Esperamos allí al Agente Gudry. No regresó a la

hora en que quedamos, así que nos fuimos. Sólo puedo suponer que los insurgentes lo atraparon o incapacitaron y que, en lugar de permitirles que lo tomaran vivo, detonó las tapas.

—¿Las del almacén de explosivos primero? —preguntó Yularen. «Su voz contiene sospecha. Sus ojos están fijos y sin pestañear en Pryce».

—O detonó ambos a la vez —dijo Pryce. «Su voz contiene impaciencia y desafío. Sus manos empiezan a moverse, luego quedan de nuevo inmóviles mientras recupera el control»—. O trató primero el generador y falló. No sabremos los detalles hasta que se haga una investigación completa.

El Comandante Vanto se agitó en su silla, también frustrado y con sospechas, pero no dijo nada.

—El Senado ya ha ordenado una investigación —dijo Yularen—. Pero dudo que encuentren algo útil. La sección interna del complejo, donde las explosiones tuvieron lugar, estaba reducida casi por completo a polvo.

—Una vez más, no tengo mucha simpatía por los insurgentes —dijo Pryce—. Pero lamento la pérdida del Agente Gudry. Era un buen agente y un protector leal.

—Confío en que también lamente la pérdida de los soldados que murieron en la explosión —dijo Yularen—. Incluidos quienes fueron enviados a rescatarla.

—Una misión de la que no sabía nada —dijo Pryce. «Su voz contiene frialdad. La rigidez se está desvaneciendo de sus músculos»—. Como dije antes, no quería usar mi comunicador más de lo que fuera absolutamente necesario.

—¿Tenemos información de la capacidad de los insurgentes para interceptar esas comunicaciones? —preguntó Thrawn.

—No sabemos que pudieran hacerlo, señor —intervino Vanto—. Pero *es* teóricamente posible. Evidentemente, alguien como Cisne Nocturno habría querido estar al tanto de quién se comunicaba desde el interior de su fortaleza, de haber tenido esa capacidad.

—Sí —dijo Thrawn—. ¿Su informe, coronel, decía que se ha confirmado su muerte?

—Sí, señor —dijo Yularen—. Encontraron su cuerpo y lo identificaron en una de las áreas externas, donde el daño fue menos grave. Tal vez estaba revisando el perímetro —dudó—. O se estaba preparando para mantenerse junto con los defensores allí.

—Sí —dijo Thrawn.

Así que todo se había terminado. El camino había llegado a su fin. El patrón estaba roto. El canto del Cisne Nocturno se había silenciado. La galaxia empeoraría por su pérdida.

—Aun así, el Emperador está complacido con el resultado —comentó Pryce. «Su voz contiene orgullo y satisfacción mientras mira a Thrawn. Su cabeza se mantiene en alto»—. Muy complacido, por cierto.

—¿Sí? —preguntó Thrawn.

«Los ojos de Pryce se apartan de la mirada de él. Los músculos de su garganta se aprietan, la expresión contiene precaución e incomodidad».

—Sí —dijo ella—. Espero que encuentre una manera tangible de mostrar su agradecimiento.

Hubo una señal del intercomunicador de la sala de conferencia.

—¿Sí? —preguntó Thrawn.

—Un mensaje de Coruscant, almirante —informó Faro. «Su voz contiene un entusiasmo controlado»—. El Emperador solicita su presencia en el Palacio Imperial, en cuanto sea conveniente para usted.

—Gracias, comandante —dijo Thrawn—. Transmita mi confirmación e informe a Coruscant que viajaremos allí en cuanto se haya terminado este asunto de Batonn.

—Sí, señor. —El intercomunicador se apagó.

—No querrá hacer esperar al Emperador, almirante —advirtió Pryce.

—Estoy de acuerdo —dijo Yularen—. Con todo respeto, señor, nosotros podemos manejar las cosas desde el terreno.

—Los cruceros pueden seguir en cuanto se completen las reparaciones —añadió Vanto—. No deben estar más que un par de días detrás de nosotros. Si gusta, podemos dejar las fragatas aquí con ellos para que formen juntos un convoy.

—Excelente idea —dijo Thrawn—. Muy bien. Informe a la Comandante Faro que se prepare. El *Quimera* dejará Batonn en tres horas, y el resto del cuerpo especial lo seguirá en cuanto sea posible. Coronel Yularen, si durante las siguientes tres horas encuentra que mi presencia aquí sigue siendo necesaria, por favor infórmeme para que demore nuestra partida.

—Sí, señor. —«Yularen, Vanto y Pryce se levantan de la mesa».

—Gobernadora Pryce, ¿puedo intercambiar unas palabras con usted, en privado, si es posible? —preguntó Thrawn.

Vanto y Yularen intercambiaron miradas, pero recogieron sus tarjetas de datos y dejaron la sala de conferencias sin comentarios adicionales.

—¿Una pregunta, almirante? —dijo Pryce, cuando los otros se habían ido. «Permanece de pie junto a la silla, la postura corporal no contiene indicación de que esté preparada para volver a sentarse».

—Una afirmación, gobernadora —corrigió Thrawn.

«Pryce mueve la cabeza de un lado a otro. Los músculos de su mejilla y garganta muestran nueva tensión, pero su espalda sigue rígida y recta, y su cabeza se mantiene en alto, con confianza desafiante».

—No.

—¿Perdón?

—Así no es como se presenta una acusación contra un miembro poderoso del gobierno imperial —dijo ella—. A pesar de todas sus habilidades tácticas, almirante, aún no conoce los principios del trato con los políticos.

—¿No?

—No —dijo Pryce. «Su voz contiene confianza»—. Toda su carrera ha sido de triunfos militares y baches políticos, y cada uno de esos baches ha requerido que alguien

con habilidad política lo saque de él. —«Se inclina hacia delante y pone las manos con las palmas sobre la mesa, al frente»—. Mostremos nuestras cartas. O, más bien, mostraré *mis* cartas, porque usted no es del tipo que juega a las cartas. Evidentemente sospecha que yo sé más de lo que he dicho acerca de lo que sucedió en Batonn. Bien. Sospeche de mí todo lo que quiera. Pero no pierda de vista el hecho de que me necesita.

—¿De qué manera?

—Para suavizar sus futuros baches políticos —dijo ella—. Créame: *habrá* más baches. Usted es un almirante exitoso. Eso lo hace un blanco para personas que quieren extraer parte de su poder para ellos mismos.

—¿Gente como usted?

Ella sonrió de nuevo. «Su expresión contiene ironía. Su postura corporal contiene un poco de respeto a regañadientes».

—Por lo menos ha aprendido *algunas* lecciones políticas. Pero no. No quiero quitarle su poder. Simplemente quiero que avance por una línea que nos beneficie lo más posible a ambos.

—¿Como cuál?

—El hecho es que tengo algo parecido a una situación insurgente en Lothal —dijo ella. «Su voz contiene resistencia. El calor facial aumenta. La postura corporal contiene resentimiento e ira, pero dirigidos a otra parte»—. Quería hacer de mi mundo la mejor y más fina fuente de metales de alta graduación en el Borde Exterior, además del principal centro militar y de manufactura del sector. En el proceso, tal vez he presionado un poco de más a los habitantes locales. Sin importar la causa, tenemos problemas, y el Almirante Konstantine ha sido poco efectivo para enfrentarlo.

—¿Ha hablado con el Alto Mando?

—El Alto Mando tiene muchos puntos álgidos con los que debe lidiar ahora mismo. —«Su voz contiene impaciencia y desdén»—. Como cada día surge algo más, he tenido algunas pláticas con el Gran Moff Tarkin y él no se siente nada feliz con mi situación. En especial, con el hecho de que nuestros rebeldes locales están empezando a llevar su molestia a otros lugares de la región. Ha dejado en claro que necesito encontrar una solución.

—¿La ha encontrado?

—Sí —dijo ella—. Usted.

—¿Qué beneficios obtendría?

—Ya detallé uno de esos beneficios —dijo Pryce—. Si no considera que mi guía política tiene el valor suficiente, entonces tome en cuenta lo que añadiría a su prestigio una victoria o dos más. Eso es todo lo que Coruscant valora, usted lo sabe: resultados. —«Ella inclina la cabeza a un lado»—. Mis fuentes me indican que pronto será reemplazado el Almirante de Flota Sartan de la séptima flota. Batonn es justo el tipo de victoria que podría enfilarlo para ese mando.

—Estoy satisfecho con el nonagésimo sexto cuerpo especial.

—Estará más satisfecho con la séptima flota —replicó Pryce. «Ella hace una pausa, su expresión y su postura corporal muestran esfuerzo por recuperar el control»—. Una última carta, una que sé que le interesa. La séptima flota también cuenta con gran capacidad de fuego. Se le envía a los conflictos más importantes, donde hay enemigos poderosos y desesperados. Si usted no la comanda, alguien más lo hará. ¿Cree que haya alguien más en la Armada Imperial a quien le importe tanto como a usted limitar las muertes?

—Ha expuesto ventajas interesantes —dijo Thrawn—. Tomaré en cuenta su propuesta.

—Hágalo. —«Su postura corporal contiene confianza plena; la expresión, un triunfo callado»—. Mientras tanto, vaya a su reunión con el Emperador. Sonría y agradézcale cualquier elogio o baratija que le sume. —«Sonríe, con expresión que contiene cinismo»—. ¿Quién sabe? Hasta podría hacerlo gran almirante. Lo importante es que vaya a verlo, y pronto nos veremos de nuevo.

—Por supuesto, así será —dijo Thrawn—. Hasta luego, gobernadora. Buen viaje.

Habían pasado dieciocho minutos desde que ella se fue cuando Vanto regresó a la sala de conferencias.

—La Gobernadora Pryce se acaba de ir —informó y miró con detenimiento a Thrawn—. ¿Qué te dijo?

—Se ofreció a ser mi consejera en asuntos políticos.

—Definitivamente podrías necesitar a alguien como ella —comentó Vanto con cierta duda—. Sin embargo, no estoy seguro de que sea la adecuada para el trabajo. ¿Qué dijo acerca de Creekpath?

—No admitió haber tomado parte en la destrucción —dijo Thrawn—. Pero creo que ella tiene por lo menos parte de la culpa.

—Pero ¿no tienes pruebas?

—Ninguna.

—Me lo imaginé —dijo Vanto, con voz sombría—. Por lo que dijo Yularen, no es probable que consigamos alguna. Así que se saldrá con la suya.

—Tal vez sí —dijo Thrawn—. Tal vez no. He notado que a menudo hay simetría en esas cosas.

—Podemos esperarlo —dijo Vanto—. Entonces. ¿A Coruscant?

—A Coruscant —dijo Thrawn.

—Sé que no te va a gustar aceptar el crédito por lo sucedido allí —dijo Vanto—. Pero, trata de sonreír y, en todo caso, actúa con agradecimiento. —Frunció el ceño—. ¿De qué te ríes?

—La Gobernadora Pryce me dio el mismo consejo.

—Oh. —Vanto se encogió de hombros—. Bueno, sigue siendo una buena idea. Con tu permiso, me gustaría ir a ver si hay datos finales del terreno antes de irnos.

—Por favor, hazlo —dijo Thrawn—. Recuerda, también, que los demás han servido bien al Imperio. Confío en que el Emperador tendrá suficientes honores para otorgárselos a todos.

—Yo no esperaré tanto —dijo Vanto—. No importa. Estoy muy satisfecho con ser tu asistente, almirante. Es donde se supone que debo estar.

—Tal vez sí —dijo Thrawn—. Tal vez no.

La sala del trono era como Thrawn la recordaba, aunque ahora la veía con diferentes ojos. El nuevo uniforme que le habían dado era blanco, con hombreras doradas y una insignia plateada al cuello, completamente diferente a cualquier otra cosa en la Armada Imperial. La insignia de rango que el Emperador mantenía en su mano nudosa era igualmente impresionante: doce placas azules, rojas y doradas.

La cara del Emperador no se parecía a la que Thrawn había visto antes. «Su expresión contiene satisfacción, con asomos de diversión y malicia».

—Felicidades, gran almirante —dijo mientras entregaba la insignia—. Un excelente día para usted. Un excelente día para mi Imperio. —«La diversión crece»—. Aunque me temo que muchos no lo verán de esa manera.

—Me esforzaré por tranquilizar sus corazones y mentes —dijo Thrawn—. Pero primero debo calmar mi propio corazón y mi mente.

«La sonrisa deja la cara del Emperador. Parte de la satisfacción se desvanece, reemplazada por disgusto».

—¿Ah, sí? —dijo—. Muy bien. Di lo que tienes en mente, gran almirante.

—Cuénteme acerca de la Estrella de la Muerte.

«La diversión se desvanece. La malicia crece».

—¿Cuándo y cómo escuchaste de ese proyecto?

—Supe del nombre por despachos no asegurados —dijo Thrawn—. Deduje el tamaño y el poder por las asignaciones de recursos. Ahora deseo conocer su propósito.

«La diversión reaparece, mezclada ahora con comprensión y triunfo».

—Ah —dijo y bajó su mano al costado—. Tus pensamientos son muy evidentes, Mith'raw'nuruodo. Temes que, una vez que me haya encargado de los rebeldes dentro de mis fronteras, dirija mi arma imparable contra tus chiss. ¿Eso es lo que te preocupa?

—Eso es una parte —dijo Thrawn—. Evidentemente no desearía ver la ayuda que les presto a usted y su Imperio subvertida en conquista y destrucción. Pero también deseo prevenir contra el desvío de una cantidad excesiva de recursos del Imperio tomados de una armada flexible de naves capitales y cazas estelares a proyectos gigantescos que sólo pueden llevar la presencia del Imperio a un sistema a la vez.

—Permíteme disipar tus miedos —dijo el Emperador—. No tengo nada en puerta contra tu gente. Por cierto, he observado que a pesar de tu ayuda para elaborar un mapa de las rutas del hiperespacio de la Región Desconocida has mantenido en secreto la

localización de los mundos y las bases chiss. Eso es aceptable. No te regateo la defensa de tu pueblo. En cuanto a los recursos imperiales... —«Sonríe de nuevo, con el triunfo creciendo y volviéndose extrañamente frágil»—. Pronto no habrá necesidad de dispersar la presencia del Imperio a través de la galaxia. Una vez que la Estrella de la Muerte esté operando a plena capacidad, su propia existencia suprimirá toda oposición. ¿Y entonces...?

«Levanta el brazo, mientras extiende la insignia de rango». Esta vez, Thrawn la tomó.

—Bien —dijo el Emperador. «Su sonrisa contiene de nuevo satisfacción. La malicia se difumina, pero nunca desaparece por completo».

A un lado de la sala del trono, una puerta se abrió y apareció una figura alta, vestida de negro, con una larga capa negra que se arremolinaba detrás de él.

—AH... LORD VADER —gritó el Emperador a manera de saludo. «Hace una seña a la figura para que se acerque. La postura corporal contiene un sentido de superioridad y dominio»—. Ven a unirte a nosotros. No creo que hayas conocido a Darth Vader, Gran Almirante Thrawn.

«Vader se acerca, con paso medido pero confiado. Su rostro está oculto, los movimientos musculares enmudecidos e imposibles de interpretar detrás de su ropa blindada, pero su postura contiene poder y autoridad. También confianza. Confianza más que otra cosa».

—Tiene razón, Su Excelencia —dijo Thrawn—. Gusto en conocerlo, Lord Vader.

—Gran almirante —dijo Vader e inclinó su cabeza cubierta con un casco. «Su voz es profunda y parcialmente mecánica. También contiene poder y confianza».

—He escuchado grandes cosas de usted —dijo Thrawn—. Es un placer finalmente conocerlo.

—Sí —dijo Vader—. Puedo decir lo mismo.



## EPÍLOGO

---

«Se dice que uno debe mantener a los aliados a la vista y a los enemigos al alcance de la mano. Es una afirmación válida. Uno debe tener la capacidad de interpretar las fortalezas de los aliados, para determinar cómo usarlos de la mejor manera, y también de interpretar las debilidades del enemigo, para determinar cuál es la mejor manera de derrotarlo. Pero ¿qué debe hacerse con los amigos?

»No hay una respuesta aceptada, quizás porque la verdadera amistad es excesivamente rara. Sin embargo, he formulado una respuesta propia: a un amigo no es necesario mantenerlo a la vista o al alcance de la mano. A un amigo debe dársele la libertad de encontrar su propio camino y de seguirlo.

»Si uno es afortunado, esos caminos se unirán por un tiempo. Pero si los caminos se separan, es reconfortante saber que un amigo aún adorna el universo con sus habilidades, ideas y presencia. Porque si un amigo lo recuerda, uno nunca se irá por completo».

\* \* \*

Eli leyó la entrada por segunda vez. Luego, con un suspiro, cerró el datapad. Aún no sabía por qué Thrawn le había dejado su diario. Tal vez lo había visto simplemente como historia o como una oportunidad final de entrenamiento e instrucción. O quizás la razón estaba contenida de alguna manera en esa entrada final.

A la distancia, Eli se preguntó si el diario tenía continuación y, en ese caso, si alguna vez encontraría las demás entradas. Lo dudaba, pero en realidad no era importante. La galaxia tenía el legado y los logros de Thrawn. Era de presumir que quienes podían aprender de ese legado ya lo hacían; y quienes no, nunca lo harían. Eli esperaba haber pertenecido al primer grupo.

Dejó a un lado el datapad y volvió a mirar el patrón de números que fluía por la pantalla. Sabía que casi nadie encontraba sentido a los números. Para Eli, por su vida y formación como especialista en suministros, eran como música. Ya sea que se formaran en listas de inventarios, cálculo de objetivos o cursos y datos de posición en el hiperespacio, los números estaban en el corazón de todo lo que hacía que el universo funcionara. Hablaban a una gran sinfonía de seres, humanos y no humanos por igual; de mundos y rutas comerciales; de la sangre vital de buenos y malos por igual.

Tal vez por esto Thrawn y él habían trabajado tan bien juntos. Eli tenía sus números; Thrawn, su arte. Nadie más había comprendido por completo alguna de las dos habilidades.

Sonrió ante la idea y ante su propia presunción. No, nunca había comprendido por completo a Thrawn. Dudaba que alguien alguna vez lo hubiera logrado.

Pero ese era el pasado de Eli. Este era su presente y tenía esperanzas de que fuera su futuro.

El flujo de números del curso llegó a su fin y Eli tiró de las palancas de hiperimpulso. La vista a través del toldo de la cabina de mando cambió de cielo moteado a franjas de estrellas, y luego a la fría belleza de estrellas desconocidas.

En el centro del esplendor, había una sola nave. Una nave *grande*, reluciente con luces apagadas, erizada de armamento, tripulada por hombres y mujeres a quienes Eli no conocía. Había llegado a su destino.

La pantalla del intercomunicador se iluminó con un rostro majestuoso y de piel azul, con ojos rojos brillantes. Su pelo de color negro azulado estaba atado con un nudo apretado en la nuca; la insignia de collar era de almirante.

—Soy la Almirante Ar'alani de la Flota de Defensa chiss —dijo con voz clara y un *sy bisti* de acento pesado—. ¿Usted es él?

—Yo soy él. —Eli respiró a fondo—. Soy Eli Vanto. Traigo saludos para ustedes de Mitth'raw'nuruodo. Él cree que puedo ser útil para la Ascendencia chiss.

—Bienvenido, Eli Vanto —dijo Ar'alani e inclinó la cabeza a manera de saludo—. Descubramos juntos si él estaba en lo correcto.

## ACERCA DEL AUTOR

Timothy Zahn es autor de más de cuarenta novelas, casi noventa cuentos y novelas cortas y cuatro colecciones de ficción breve. En 1984, ganó el premio Hugo por mejor novela corta. Zahn es famoso por sus novelas de *Star Wars* (*Heredero del Imperio*, *El resurgir de la fuerza oscura*, *La última orden*, *Lealtad*, *Decisiones* y *Bandidos*). Otros de sus libros incluyen la serie Cobra, la serie Quadrail y la serie juvenil Dragonback. Zahn tiene una licenciatura en Física por la Universidad del Estado de Michigan y una maestría por la Universidad de Illinois. Vive con su familia en la costa de Oregón.

[Facebook.com/TimothyZahn](https://www.facebook.com/TimothyZahn)